



IMPEDIMENTA

MIRCEA CĂRTĂRESCU

El ala izquierda

Cegador, I

Traducción de Marian Ochoa de Eribe



EL ALA IZQUIERDA

CEGADOR, I



MIRCEA CĂRTĂRESCU

*Traducción del rumano a cargo de
Marian Ochoa de Eribe*



IMPEDIMENTA

«Cegador está considerada la obra cumbre Mircea Cărtărescu. Una epopeya fantástica y luminosa sobre la infancia, la muerte, el sueño y el amor. Un viaje alucinado a las entrañas de una ciudad gris, Bucarest, donde descubrimos ecos de Kafka, Borges, Pynchon o Kundera. Una obra destinada a refundar la literatura europea reciente.»

«Una catedral de la imaginación y la erudición que catapultó a Cărtărescu a los más altos niveles de la literatura europea.»

ANDREAS BREITENSTEIN, *Neue Zürcher Zeitung*

*Porque parcial es nuestra ciencia
y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo parcial.
Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba
como niño, razonaba como niño.
Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño.
Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora
conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido.*

SAN PABLO, 1 Corintios 13, 9-12

PRIMERA PARTE

Antes de que construyeran el bloque de enfrente y de que todo se tornara opaco e irrespirable, yo contemplaba Bucarest, durante noches enteras, desde la triple ventana panorámica de mi habitación de Ștefan cel Mare. El ventanal reflejaba habitualmente el mobiliario pobretón de la estancia, un dormitorio de madera amarillenta, un tocador con un espejo, unas plantas — un aloe y una esparraguera— colocadas sobre la mesa en macetas de barro. Una lámpara con tulipas de cristal verde, una de ellas desportillada desde hacía tiempo. El espacio amarillo de la habitación se volvía más amarillo aún al hundirse en el gigantesco ventanal, y yo, un adolescente demacrado y enfermizo, vestido con un pijama andrajoso y una especie de chaleco por encima, pasaba toda la tarde sentado en el baúl de la ropa, mirando como hipnotizado mis ojos en el reflejo del espejo translúcido de la ventana. Colocaba los pies sobre el radiador de debajo de la ventana; en invierno me abrazaba las plantas, algo que me provocaba una mezcla perversa, subliminal, de placer y sufrimiento. Veía en la ventana amarilla, bajo la triple flor del fantasma de la lámpara, mi rostro afilado como una cuchilla y mis ojos rodeados por ojeras violetas. Los pelillos del bigote resaltaban más aún la asimetría de la boca, que era, de hecho, la asimetría de toda mi cara. Si cubrías la mitad izquierda del rostro en una fotografía, obtenías la imagen de un joven franco y voluntarioso, de rasgos casi bellos. La otra mitad, sin embargo, sorprendía y asustaba: su ojo estaba muerto y la boca era trágica, la desesperanza se extendía por la piel del rostro como un eczema. Solo cuando apagaba la luz de mi habitación me sentía, sin embargo, verdaderamente yo. De repente, por las paredes empezaban a girar las bandas azul eléctrico y verde fosforescente de los tranvías que atravesaban rugiendo la carretera, cinco pisos más abajo; de repente era consciente del ruido espantoso del tráfico y de la soledad y de la tristeza infinita de mi vida. El interruptor estaba detrás del armario y, cuando apagaba la luz, la habitación se transformaba en un acuario lívido. Me movía, como un pez

viejo, entre los muebles podridos que olían a residuos marinos atrapados entre las rocas; caminaba por la alfombra de yute, áspera bajo las plantas de mis pies, hasta el baúl, me sentaba de nuevo sobre él, colocaba los pies en el radiador y el fantástico Bucarest estallaba súbitamente bajo el cristal azuleado por la luna. Era una especie de tríptico nocturno de un brillo vidrioso, infinito, inagotable. Allá abajo veía una parte de la carretera, sus postes eléctricos como cruces de metal que sostenían los cables del tranvía, y las luces rosadas que, en invierno, extraían de la noche oleadas y oleadas de nieve furiosa o lenta, dispersa como en los dibujos animados o tupida como una pelambreira. En las noches de verano, sin embargo, me distraía imaginando a los crucificados, con su corona de espinas en la cabeza, clavados unos junto a otros en la interminable hilera de postes. Escuálidos y melenudos, con lienzos húmedos alrededor de las caderas, seguirían con ojos lacrimosos el discurrir de los automóviles por la calle empedrada. Dos o tres chavales —rezagados en la calle, quién sabe por qué, a aquellas horas de la noche— se detendrían y mirarían al Cristo más cercano, alzando hacia la luna sus caras triangulares.

Enfrente había una panadería, luego unos cuantos patios y un estanco redondo. Una sifonería. Una tienda de ultramarinos. Tal vez sueñe tan a menudo con ese lugar porque es la carretera que atravesé yo solo por primera vez para ir a comprar el pan. En mis sueños no es una casucha miserable, siempre a oscuras, donde una vieja en bata blanca manosea panes cuya forma y olor recuerdan a las ratas, sino un espacio misterioso al que conducen unos escalones altos que cuesta subir. La bombilla mortecina, unida tan solo por dos cables pelados, cobra un sentido místico y la mujer resulta ahora joven y hermosa entre las ciclópeas banastas de pan. La mujer es alta como una torre. Cuento mi dinero bajo esa luz quimérica, las monedas brillan en mi mano pero no consigo calcular cuánto es y empiezo a llorar, pues no sé si me llega para comprar un pan. Más allá, calle arriba, está el tío Cățelu, un jubilado infeliz y holgazán que tiene un huerto como devastado por la guerra donde no crece absolutamente nada, se trata, de hecho, de un descampado lleno de basura. El viejo y su mujer se mueven desorientados de aquí para allá, entrando y saliendo de una chabola cubierta

con tela asfáltica, tropezando con un perro esquelético cuyo apodo ha heredado él.[1] Un poco más lejos, hacia el estadio del Dinamo, está la tienda de ultramarinos, pero, en realidad, no distingo sino una esquina. Cerca del Circo Estatal se encuentran el bloque del autoservicio y otro quiosco de prensa. Allí, en mis sueños, empiezan los subterráneos. Merodeo, con una cesta metálica en la mano, entre las estanterías de los refrescos y la mermelada, de las servilletas y los paquetes de azúcar (en las que se escondían a veces cochecitos de metal verde o naranja, o al menos eso decían los chavales), penetraba después, a través de una puerta batiente, en otra zona de la tienda que no ha existido nunca y me encontraba fuera, bajo las estrellas, cargando aún con la cesta llena de tarros y botes. Estaba en la parte trasera del bloque, entre cajas amontonadas, y ante mí había una puerta metálica pintada de blanco, donde a veces vendían queso. Pero ahora no había una única puerta, como en la realidad, sino unas diez, alineadas a lo largo del bloque, y, entre ellas, las ventanas fuertemente iluminadas de unas habitaciones situadas en el semisótano. A través de los cristales podías ver unas camas curiosas, de patas muy altas, y en esas camas dormían unas niñas muy jóvenes con sus pequeños senos desnudos y el cabello desparramado por la almohada. En uno de mis sueños abrí la puerta que tenía más a mano y descendí una escalera de caracol que conducía a las profundidades de una pequeña alcoba, iluminada en colores eléctricos; allí me esperaba una de esas dóciles niñas-muñeca de cabellos rizados. Aunque era ya un hombre cuando tuve este sueño, no se me concedió poseer a Silvia, y toda mi excitación se disipó en una maraña pastosa de palabras y gestos. Abandoné la estancia con ella de la mano, atravesé la carretera nevada y contemplé su cabello azul a la luz de los escaparates de la farmacia y del restaurante Hora, luego esperamos juntos al tranvía en medio de la nevada que nos emborronaba los rasgos de la cara; llegó el tranvía, sin carcasa, tenía tan solo unos asientos de madera sobre el chasis, Silvia subió y se perdió en una zona de la ciudad en la que volvería a encontrarla más adelante, en otros sueños.

Detrás de esa primera línea de edificios se veían otros, cubiertos de estrellas. Había una villa maciza de tejas rojas, también había una casa rosa

como un castillo, había bloques bajos del periodo de entreguerras, entreverados de hiedra, que tenían ventanas redondas y cuadradas con adornos *Jugendstil* en el hueco de la escalera y torreones grotescos en el tejado. Todo ello se perdía entre el follaje, ahora negro, de álamos y carpes que barría el cielo profundo, más oscuro cuanto más se acercaba a las estrellas. En las ventanas iluminadas se desarrollaba siempre una vida de la que yo capturaba fragmentos aislados: una mujer planchaba la ropa, un hombre en camisa blanca daba vueltas por la habitación del tercer piso, dos mujeres sentadas en unas butacas discutían sin parar. Solo tres o cuatro ventanas resultaban interesantes. En mis noches de excitación erótica permanecía junto a la ventana, a oscuras, hasta que se apagaban todas las luces y ya no se veía nada, a la espera de esas escenas, de esos desvelamientos de senos y nalgas y triángulos púbicos, de hombres revolcándose en la cama con mujeres o acorralándolas contra la ventana para poseerlas por detrás. Muchas veces las cortinas y los visillos estaban echados y yo me esforzaba entonces, entornando los ojos, por interpretar los movimientos abstractos y fragmentarios que centelleaban a través de la línea de luz sin cubrir; veía sobre todo muslos y caderas hasta que, apabullado, mi sexo se humedecía penosamente dentro del pijama. Solo entonces me acostaba para soñar que penetraba en aquellas habitaciones ajenas y que participaba en las complicadas maniobras eróticas que tenían lugar en su interior...

Más allá de esta segunda línea de edificios, la ciudad se extendía hasta el horizonte, cubriendo la mitad de la ventana con una mezcla cada vez más diminuta, más confusa, más indistinta, más aleatoria, de vegetación y arquitectura, con las agujas de los álamos brotando aquí y allá y las extrañas cúpulas arqueándose entre las nubes. En la lejanía distinguía (me la había mostrado mi madre, de niño, en los cielos de después de la tormenta) la silueta en zigzag de los almacenes Victoria, unos cuantos bloques altos del centro, construidos muchos años atrás en forma de zigurat, cargados de anuncios luminosos, rojos, verdes y azules, que se encendían y se apagaban a diferente ritmo y, más lejos, tan solo las estrellas, que abarrotaban el horizonte y formaban a lo lejos una loma de oro viejo. Engarzado como una

piedra en el anillo de estrellas, el Bucarest nocturno llenaba mis ventanas, se derramaba en el interior y penetraba tan profundamente en mi cuerpo y mi cerebro que, incluso desde la adolescencia, me imaginaba ya una amalgama de carne, piedra, líquido cefalorraquídeo, vigas de acero y orina que, sostenida por vértebras y arquitrabes, animada por las estatuas y las obsesiones, haciendo la digestión gracias a los intestinos y las centrales térmicas, nos hubiera transformado en un solo ser. En verdad, cuando me sentaba por la noche en el baúl de la ropa, con los pies en el radiador, no era yo el único que contemplaba la ciudad, también ella me espiaba, también ella soñaba conmigo, también ella se excitaba, porque no era sino la sustituta de mi fantasma amarillento que me miraba a través de la ventana cuando estaba la luz encendida. Tenía veinte años cumplidos cuando perdí esa imagen. Pusieron entonces los cimientos del bloque de enfrente, decidieron ensanchar la carretera, asfaltarla, demoler la panadería, la sifonería y los quioscos para construir al otro lado de la carretera una muralla de bloques más altos que el nuestro. Era un invierno gélido y el cielo estaba blanco y transparente después de la nevada. Yo miraba de vez en cuando por la ventana. Una excavadora amarilla derribaba, con una pala dentada, el edificio en el que había vivido una mujer lasciva que nunca se me había mostrado desnuda. El interior de las habitaciones estaba vacío y la ruina se veía aún más patética por culpa de la nieve. Le arrancaban un riñón a Bucarest, le extirpaban una glándula tal vez vital. Quizá bajo la costra de la ciudad, como si fuera una herida, existían subterráneos de verdad y quizá esa ama de casa extremadamente lúbrica y que (¿tal vez por capricho?) no se me había mostrado nunca desnuda había sido en cierto sentido un centro, una abeja reina de la vida subterránea. Ahora su celdilla se desmigaba como el yeso. Poco tiempo después, el otro lado de la carretera parecía una dentadura destrozada, con raigones amarillentos, espacios huecos y vacíos de una podredumbre metálica. La nieve olía de maravilla cuando yo abría una de las tres inmensas ventanas frágiles y húmedas, cuando sacaba afuera la cabeza rapada para que se me congelaran el cogote y las orejas y para contemplar el vaho que salía de mi habitación, pero detrás de ese olor limpio, fresco como el de la colada helada en la cuerda, podía imaginar el

hedor de la destrucción. Y si es cierto que los hemisferios cerebrales se desarrollaron a partir del antiguo bulbo olfativo, tal vez el hedor, la fetidez metafísica, el tufo de las axilas del tiempo, el olor acre a trapos de cocina que precede al éxtasis o el olor a berros que despide la locura sean nuestros pensamientos más profundos.

En primavera, los cimientos estaban ya excavados, unos canales sarnosos se extendían por el barro, cables rosas y negros brotaban de unas gigantescas bobinas de madera más altas que una persona, y el esqueleto de hormigón se elevaba solapando una franja de Bucarest tras otra, ahogando su vegetación rumorosa y cubriendo sus frontones, sus gorgonas, las cúpulas y las terrazas superpuestas unas sobre otras. Los encofrados de madera y hierro forjado, irregulares y precarios, los andamios por los que trepaban los obreros, las asfáltoras que emitían oleadas de humo, los nuevos postes eléctricos de hormigón, depositados en montones y destinados a sustituir los oxidados crucifijos metálicos, parecían las partes visibles de una conspiración urdida para separarme de Bucarest, de mí mismo, de los quince años en que, sentado en el baúl, con los pies sobre el radiador, había echado la cortina a un lado y había contemplado los vastos cielos de la ciudad. Se levantaba un muro, se cerraba una zona de mi mente, de ahora en adelante tendría vedado el acceso a todo lo que yo había proyectado de mí en los cubos y en los rectángulos y en el verde-negro y el verde-amarillo y en la luna delgada como una uña reflejada en todas las ventanas. A la edad de siete u ocho años, mis padres me obligaban a echar la siesta. El armario estaba por aquel entonces colocado en paralelo con la cama, y yo contemplaba durante largos minutos mi reflejo en el barniz amarillo, un niño de ojos oscuros que sudaba bajo las sábanas sin poder pegar ojo ni un solo instante. Cuando el sol reflejado en el barniz me deslumbraba y me hacía ver manchas moradas, me volvía de cara a la pared para contemplar, siguiendo cada florecilla y cada hojita rojiza, el estampado de tela con que estaba tapizado el respaldo del arcón. Distinguía en el laberinto floral ásperas simetrías, grupos inesperados, cabezas de animales y cuerpos masculinos con los que construía historias que tendrían que prolongarse luego en mis sueños. Pero el sueño no llegaba nunca, había

demasiada luz, y fue precisamente la luz blanca de octubre la que me llevó a jugar con fuego: escuchaba atento los ruidos de la habitación de mis padres y luego me levantaba de la cama muy despacio y me dirigía de puntillas hacia la ventana. La imagen de la ciudad era ahora polvorienta y lejana. La calle trazaba una amplia curva hacia la izquierda, así que podía divisar los bloques que se extendían hacia Lizeanu y Obor. Más lejos se adivinaba el Foișor de Foc y, tras él, la central térmica, con sus chimeneas hiperboloides que lanzaban un humo rígido. Los álamos parecían rectos y ojivales, pero los más cercanos traicionaban su recargado tesoro: las ramas llenas de hojas temblorosas, vueltas hacia arriba, no eran rectas, sino serpenteantes, como unas trenzas recién deshechas. Pegaba la frente al cristal y, aturdido por el insomnio, esperaba a que dieran las cinco, pero el tiempo no parecía discurrir y no podía apartar de mi mente la imagen terrorífica de mi padre irrumpiendo de repente por la puerta, con una media de señora en la cabeza, anudada como si fuera un fez, para sujetar su cabello negro «ala de cuervo». Durante unos minutos de esos, robados al sueño obligatorio, contemplé una vez el paisaje más hermoso del mundo. Sucedió después de una tormenta con relámpagos que se ramificaban por un cielo bruscamente oscurecido — tan oscuro que no habría podido decir dónde reinaba mayor oscuridad, si en la habitación o en el exterior— y con una lluvia tan torrencial que cada uno de los chorros paralelos estaba rodeado por un vaho de gotas finas que rebotaban perezosas en todas direcciones. Cuando cesó la lluvia, entre el cielo negro y la ciudad empapada y cenicienta se hizo de repente la luz. Era como si dos manos protegieran con infinita delicadeza aquella luz dorada, fresca, transparente, que se posaba en las superficies tiñéndolas de azafrán y limón, pero que, sobre todo, doraba el aire y le confería el brillo de un prisma de cristal. Lentamente, las nubes se abrieron y otras bandas del mismo aire enrarecido, en caída oblicua, se cruzaron con la luz inicial haciéndola aún más intensa, más clara y más fresca. Extendido por las colinas, con las torres como de mercurio de la Metrópoli, con todas las ventanas incendiadas como bengalas, rodeado por el arcoíris, Bucarest era un retablo pintado en mi triple ventanal, a cuyo marco inferior apenas llegaban mis clavículas.

Mi miniatura sería ahora borrada y sobre ella, en caracteres iguales y apretados, escribirían un texto imperativo y pesado como un telón. Y hoy, cuando me encuentro en la mitad del camino de mi vida, cuando he leído todos los libros, incluso aquellos tatuados sobre la luna y sobre mi piel, los escritos con la punta de una aguja en el rabillo de mis ojos, cuando he visto y he tenido suficiente, cuando he desarreglado sistemáticamente todos mis sentidos, cuando he amado y he odiado, cuando he levantado inmortales monumentos de bronce, cuando me han salido telarañas esperando al pequeño Dios, sin comprender durante mucho tiempo que no soy sino un sarcopto que excava canales en su piel de luz antigua, cuando unos ángeles como espiroquetas pueblan mi cerebro, cuando toda la dulzura del mundo me ha agasajado y cuando se han ido abril y mayo y junio —hoy, cuando debajo del anillo mi piel se escama en miles de hojitas de papel de biblia, hoy, este vivaz y absurdo hoy—, intento desordenar mis pensamientos y leer las runas en las ventanas y los balcones llenos de coladas de ese bloque de enfrente que ha partido mi vida en dos, como el nautilo que tapia cada compartimento en el que ya no cabe y se muda a uno mayor, en la espiral de nácar que resume su vida. Pero este texto no es humano y no consigo descifrarlo. Lo que ha quedado al otro lado —mi nacimiento, mi infancia y mi adolescencia— se transparenta a veces, por la gigantesca pared porosa, en harapos largos y enigmáticos, deformados en anamorfosis y escorzos, pulverizados por los contornos de la difracción, innumerables; a través de ellos llego a la minúscula habitación donde regreso de vez en cuando. Nácar sobre nácar sobre nácar, azulado sobre azulado sobre azulado, cada edad y cada casa en la que he vivido (si es que todo ello no ha sido sino una alucinación de la nada) es un filtro que deforma las anteriores, que se mezcla con ellas, que hace sus franjas más estrechas y más heterogéneas. Pues no describes el pasado al escribir sobre asuntos antiguos, sino al escribir sobre el aire brumoso que hay entre ellos y tú. Sobre la forma en que mi cerebro actual envuelve mis cerebros dentro de unos cráneos cada vez más pequeños, de hueso y cartílagos y membranas. Sobre la tensión y la falta de entendimiento entre mi mente de ahora y la de hace un instante y la de hace diez años. Sobre su interacción, sobre la injerencia de una en la

imaginería y las emociones de la otra. ¡Cuánta necrofilia hay en el recuerdo! ¡Cuánta fascinación por la ruina y la putrefacción! ¡Cuánto manoseo de médico forense entre órganos licuados! Cuando pienso en mí a diferentes edades o en las anteriores vidas consumidas, es como si hablara de una larga serie ininterrumpida de muertos, un túnel de cuerpos que mueren unos dentro de otros. Hace un momento, el que había escrito aquí, reflejado en el barniz oscuro de la taza de café, las palabras «que mueren unos dentro de otros» se ha caído del taburete, su piel se ha desgarrado, los huesos de la cara han aflorado, sus ojos han reventado y rezuman una sangre negra. Dentro de un instante, el que escriba «el que escriba» se desplomará también a su vez sobre el polvo del anterior. ¿Cómo penetrar en este osario? ¿Y por qué hacerlo? ¿Y qué máscara de tela, qué guantes de látex te podrían proteger de la infección que emana del recuerdo?

Hace años me sucedía, al leer poemas o escuchar música, que percibía el éxtasis, la congestión brusca y concentrada del cerebro, la acumulación súbita de un líquido volátil y vesicante, la apertura repentina de un postigo, pero no hacia el exterior sino hacia algo rodeado por el cerebro, algo profundo e insoportable que rezumaba beatitud. Conseguía acceder allí, a la cámara prohibida, a través de la poesía o de la música (o de un solo pensamiento o de una imagen que me venía a la mente o —hace mucho tiempo, cuando volvía del liceo, pisando los charcos primaverales junto a los raíles del tranvía— del reflejo en un escaparate, del perfume de una mujer). Penetraba en el epitálamo, me embadurnaba en la amígdala, me acurrucaba en la prolongación abstracta del anillo de oro del centro de la mente. La revelación era como un grito de alegría silenciosa que solo tenía en común con el orgasmo la brutalidad epiléptica, pero que expresaba alivio, amor, sumisión, entrega, adoración. Había agujeros, brechas hacia la cisterna de luz viva de lo más profundo de nuestro ser, puntos de ruptura que cribaban el límite interior del pensamiento haciendo que semejara un cielo estrellado, pues todos tenemos una bóveda estrellada en el cráneo y, sobre ella, la conciencia moral. A menudo, sin embargo, esa eyaculación hacia el interior no alcanzaba el apogeo, sino que se detenía en las antecámaras y en las antecámaras de las antecámaras, allí recogía unas imágenes temblorosas que

se apagaban en un instante, dejando a su paso pesadumbre y nostalgia, y que me perseguían después durante todo el día. Artilugios de fabricar luz, los versos me volvían vicioso, los utilizaba como si fueran droga y me resultaba imposible vivir sin ellos. Había comenzado, tiempo atrás, a escribir también unos poemas gráciles, feéricos y agresivos, entre los que insertaba algunas veces, de forma absolutamente innecesaria, unos pasajes incomprensibles que parecían dictados por alguien y que me horrorizaban como una profecía cumplida cuando los releía. Hablaba en ellos de mi madre, de Dios y de la infancia como si, en el curso de una conversación de bar, hubiera empezado de repente a hablar, con una vocecita de niño, en la lengua de los castrados o de los ángeles. Aparecía en los poemas mi madre, caminando por la calle Ștefan cel Mare, más alta que los edificios, volcando a su paso camiones y tranvías, aplastando con sus gigantescos pies los quioscos de metal, barriendo a los transeúntes con su falda barata de dubetina. Se detenía frente al triple ventanal de mi habitación, se agachaba y miraba en su interior. Toda la ventana se llenaba con su gran ojo azul y con su ceja fruncida que me llenaba de espanto. Luego se enderezaba y se alejaba hacia el ocaso, derribando con su cabello áspero y fosforescente los aviones del correo aéreo y los satélites artificiales en un cielo teñido de sangre... ¿Por qué mitificaba a mi madre de esa manera? Nada, jamás, me había acercado a ella, nada había despertado mi interés por ella. Era la mujer que me lavaba la ropa, que me freía las patatas, que me mandaba a la universidad incluso cuando yo habría querido hacer novillos. Era la madre, un ser neutro de aspecto neutro, que vivía su vida modesta, saturada de trabajo, en nuestra casa, donde yo había sido siempre un extraño. ¿Qué escondía esa carencia afectiva de nuestra familia? Mi padre andaba siempre de aquí para allá, cuando venía a casa, con el rostro congestionado, olía a sudor y se sujetaba el pelo, grueso como la cola de los caballos, con una media de señora agujereada cuyo talón le colgaba siempre entre los omóplatos. Mi madre le servía la comida y ambos veían la tele, eligiendo a sus «amores» entre los cantantes de música popular o entre los actores de variedades y lanzándose continuas pullas al respecto. Yo comía deprisa y me retiraba a mi habitación de la calle (las otras dos daban hacia atrás, al

edificio melancólico, de ladrillo rojo, del molino Dâmbovița) para contemplar el ajeteo poliédrico de Bucarest desde mi ventana o para escribir versos deslavazados en un cuaderno escolar, o me acurrucaba debajo del edredón, cubriéndome la cabeza como si no pudiera soportar la humillación y la vergüenza de ser adolescente... Éramos, en mi familia, como tres insectos —preocupado cada uno por su propia estela química— que se rozaban a veces las antenas y seguían su camino. «¿Qué tal en clase?» «Bien.» «Le han dado una buena paliza a tu Dinamo, y encima en casa.» «Déjate, que tampoco a tu Poli le va mucho mejor.» Y de vuelta otra vez a mi caparazón para escribir de nuevo versos venidos de ninguna parte:

mamá, tú me has dado el poder de soñar.
estaría noches enteras mirándote a los ojos
y con tu mano en mi mano creo que empezaría a comprender.
y latiría de nuevo tu corazón por nosotros dos
y entre nuestros cráneos translúcidos como la piel de los camarones
brotaría un fantástico cordón umbilical
y la hipnosis y la levitación y la telepatía y el amor
serían solo flores de colores en nuestros brazos.
juntos
jugaríamos eternamente un juego de cartas con dos únicas figuras:
vida, muerte
entretanto las nubes brillarían al romper el día, a lo lejos.

[1]. *Cățelu* significa «cachorro». (Todas las notas son de la traductora.)

Me encontré un buen día hurgando en el pequeño archivo de mi familia, guardado en un antiguo bolso de cuando mi madre estaba soltera, una especie de bandolera granate de piel sintética que imitaba unas escamas completamente desgastadas. El interior estaba forrado con una especie de seda salpicada de manchas. En el bolsillo interior había un par de relojes de muñeca tan viejos que la esfera estaba recubierta por una especie de salitre negruzco y la tapa trasera, oxidada. Hacía mucho que habían perdido la correa. A su lado, unos cuantos fusibles, la bombilla de una radio requetevieja y otras baratijas con las que yo había jugado de pequeño. Dentro de un papel amarillento, dos trencitas de un rubio ceniza atadas con una goma, mis propias trenzas de cuando mis padres —me contaba mi madre— me vestían con vestiditos y pichis y me llamaban, como todos los vecinos, Mircica.[2] El cabello era suave y siempre me daba miedo, pues era algo concreto, como si ese niño de tres años viviera una vida paralela y pudiera entrar en cualquier momento por la puerta. En el fondo del bolso había papeles y facturas, contratos de alquiler, certificados de garantía firmados y sellados, pero también pastillas amarillas, caducadas, de un olor acre, fotografías ajadas con las esquinas dobladas y rotas, con fechas y textos breves escritos torpemente a bolígrafo por detrás, monedas fuera de circulación, una crucecita de bautizo, la florecita blanca de alguna boda... Vaciaba sobre la cama el contenido del bolso y revolvía todo sin saber qué esperaba encontrar. Daba con una película de fotos revelada, envuelta en papel, la desenrollaba y contemplaba al trasluz las escenas de familia sacadas unas veces a lo largo y otras a lo ancho, con gente que siempre tenía el rostro negro y el cabello blanco, trajes blancos y camisas negras, vestidos negros con flores blancas y vestidos blancos con flores negras. Encontraba las tres fotos de «cuando era pequeño» que tan bien conocía: en el patio de la calle Silistra, con un traje de punto, el cabello ondulado y un tirabuzón sobre la frente, con una mano apoyada en un poste del jardín coronado por

un globo, y la otra cubriéndome los ojos, porque tenía año y medio y estaba lloriqueando; se veía también la pared de una casa de los arrabales, con un geranio en la ventana, y el patio pavimentado con adoquines cúbicos. Luego mi foto en una motocicleta con sidecar, en la feria (yo, mofletudo y asustado, con mi blusita de manga corta) junto a un oso disecado que tenía la piel trasquilada y no era mucho más alto que yo. Respecto a esta última, por lo demás, nadie estaba muy seguro de que se tratara de mí. Podía muy bien ser mi primo Marian, el hijo de la tía Sica. La imagen, bastante pequeña, se había degradado hasta el tono sepia sucio. Había otras tres fotografías de tiempos inmemoriales entre documentos, cartillas militares e insignias con el esmalte mellado. La típica foto de boda de mis padres; estaba tan retocada que sería difícil decir qué aspecto tenían, de hecho, los contrayentes: él, con su cabello tan oscuro como la tinta peinado hacia atrás, y una expresión tan hosca como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento, vestía un traje negro que parecía dibujado sobre el fondo; ella, enfundada en su vestido de novia, tenía un rostro irreconocible (podía ser cualquier personaje de una película de la época) y, a ambos lados, sosteniendo los monstruosos cirios de boda, una madrina increíblemente gorda, cuyas piernas sufrían de elefantiasis, y un padrino calvo con un bigote a lo Groucho Marx. La segunda fotografía era, en realidad, la primera desde el punto de vista cronológico. Eran mi padre y mi madre en la ciudad termal en la que se conocieron. Aquí ella estaba guapa, tiene los pómulos altos, el cabello castaño ondulado, los ojos brillantes: una trabajadora joven que ha venido a la ciudad y que no piensa en el futuro. Él es casi un crío, tiene poco más de veinte años y se parece a mí. Lleva una sudadera y unas botas militares. Nieva ligeramente sobre sus cabezas descubiertas mientras permanecen apoyados en la balaustrada de un puente. Por el puente pasan dos individuos tocados con boinas. Es 1955 y el invierno es mucho más suave que el del año anterior. Quién sabe qué fotógrafo ambulante, un antiguo burgués tal vez —puede que incluso hubiera sido fotógrafo también en el régimen anterior—, acechaba en el puente a la espera de clientes que posaran, y mis padres, que en ese momento eran aún tan poco el uno para el otro, se habían dejado inmortalizar, por timidez, en el triste esplendor de su

juventud. La última foto estaba cuidadosamente partida en dos, no con tijeras, sino a base de doblarla una y otra vez. Primero se rajó la película y luego se dejó desgarrar limpiamente el papel poroso. Lo que se salvó es la imagen de mi padre conmigo en brazos, yo tendría también unos dos años y luzco las famosas trencitas rubias. Sin embargo, no llevo un vestido, sino un pelele estampado. Mi padre mira sonriente, con sus mandíbulas rectas y la mirada cortante, hacia el objetivo, mientras que yo respondo risueño a alguien que está a mi izquierda y que debía de encontrarse en la parte de la fotografía que falta. Ahí se ve tan solo el codo desnudo de una mujer.

El interior del bolso, en el que había hurgado ya en otras ocasiones, aunque no con el interés de ahora, olía a cobre y a óxido por culpa de los relojes. Lo último que encontré, porque estaba muy escondida entre los finos pliegues del bolso, llenos de miguitas, era la dentadura postiza que mi madre no había utilizado jamás y que escondía allí como un objeto vergonzoso del que no se podía hablar. Cuando di con ella por primera vez, me invadió un sentimiento de asco y de vergüenza que ya había experimentado antes, en lo más profundo de mi infancia. Era el primer año en que cruzaba la calle yo solo para comprar el pan o el tebeo *El club de los temerarios* o cigarrillos para mi padre. Me dirigía, en las silenciosas tardes de verano, a unos edificios que hoy ya no existen, entraba en el estanco y contemplaba espantado a la vendedora emperifollada y gorda, de cabello rosa, rodeada de revistas y almanaques. Fuera caía la noche, pero aquí, en este cuchitril tras el escaparate, la luz era intensa e inmóvil. Yo examinaba, a través del mostrador de cristal, los diferentes paquetes de cigarrillos, de tabaco para pipa, los mecheros de hojalata en forma de pistola, las navajas que parecían peces de plomo... Junto a todo esto y las cerillas y otras menudencias, lo que más me gustaba eran unas cajitas de cartón lacado decoradas con fotografías de mariposas tropicales, azules y doradas; sobre ellas había una etiqueta en la que ponía algo en letras negras. La palabra era larga y fascinante: preservativo. ¿Qué habría en su interior? Mientras jugueteaba con la caja de hojalata en forma de laurel de la que salía una reina de goma, me preguntaba en el silencio de mi habitación qué juguete extraño, exótico, guardarían las cajitas de las mariposas. A veces imaginaba

que podría tratarse precisamente de una mariposa, con un resorte por cuerpo y unas alas de papel de plata como el de los caramelos. O un chicle perfumado, transparente, en cuya carne de gelatina estaría atrapado un pececito rojo. Me decía que, de camino al cine Volga, adonde iba de vez en cuando con mis padres a ver una película, les pediría que me compraran un preservativo. Costaba solo tres *lei*. Aunque, en realidad, podía conseguirlos yo mismo sisando por casa monedas de cinco, diez y quince céntimos hasta reunir esa cantidad. Empecé a ahorrar y me imaginaba ya a la vendedora de pelo rosa sonriéndome, maternal, y entregándome la anhelada cajita (sabía cuál iba a pedirle: la del escaparate, esa en la que la mariposa aleteaba sobre un fondo verde intenso)... Una tarde, de camino al cine, distinguí en el escaparate de otro estanco las cajitas chinas y, levantando los ojos, me atreví a preguntar: «Papá, ¿qué es un preservativo?». El rostro de mi padre se ensombreció y me respondió con brutalidad: «¿No tienes nada mejor que preguntar?». Mi madre y mi padre —entre los que caminaba yo a paso rápido— permanecieron luego en silencio varios minutos, intercambiando miradas. Sabía, por el tono de mi padre, que había topado con una de esas puertas cerradas, esas zonas a las que los padres, aunque te quieren, no te permiten acceder jamás. Había sentido su respiración, esa respiración de la misteriosa vida de los adultos, esas prohibiciones incomprensibles relacionadas con el nacimiento de los niños, con esos órganos pequeños y arrugados situados entre las caderas y con el asalto de mi padre a mi madre en el dormitorio, cuando mi madre gritaba y yo corría a salvarla, golpeando con los puños la cintura de aquel hombre hirsuto y embrutecido. Después de esa infeliz pregunta, me invadió una especie de horror hacia mí mismo que volví a sentir cuando abrí el paquete amarillento que guardaba la dentadura postiza de mi madre. Eran los dientes superiores, los delanteros, de un color blanco sucio, un poco azulado, de plástico ordinario, incrustados en una encía artificial. El rojo de la encía no era el de la verdadera mucosa de la boca, sino que presentaba un matiz especial, como si el plástico procediera de otras prótesis viejas, fundidas y reutilizadas: era violáceo, levemente morado, apenas dominaba el rojo. Los extremos de metal visibles aquí y allá acentuaban la repulsión fascinante que yo sentía ante aquel objeto que hacía

girar entre los dedos. De mi madre he heredado la mala dentadura, propensa a sufrir caries y roturas internas, a astillarse; como consecuencia, al masticar sentía de repente en la lengua el fragmento inconfundible de una muela: brillante como un espejo por un lado y rugoso y áspero por el otro. Ella me transmitió unos increíbles dolores de muelas que me hacían correr por casa derribando las sillas y arrancando las cortinas. Pero no era la pena por el futuro previsible de mi dentadura lo que me angustiaba al contemplar aquel arco espantoso de la encía, sino su color. Había en él algo concreto que me recordaba una cosa que yo había visto antes, que había conocido en algún momento pero que ahora no conseguía precisar. Durante unos cuantos días me paseé con las encías y los dientes en el bolsillo. Daba vueltas obsesionado en torno al liceo Cantemir, por la calle Toamna y la calle Profetul, bajaba por Galați envuelto en el estruendo del tranvía 5, vagabundeaba entre las ruinas de Lizeanu. Se acercaba el ocaso, la nieve en polvo de las aceras acogía el color rosa con timidez, alguna vieja, asomada a una ventana, chupaba espasmódicamente un chupete de bebé, un gato con los ojos que después tendría Gina, una mujer que se detenía, miraba a su alrededor y se subía las bragas, sujetándolas a través del chaquetón y la falda. Yo esperaba, paseando entre tiendas de ultramarinos y carritos de bebé, el momento en que el ocaso se vistiera del color exacto de las encías y, de repente, lo alcanzó. Me encontraba en la calle Domnița Ruxandra, allí donde se abre una plazoleta como de ensueño, rodeada por jardines con globos de colores y un edificio casi vivo, amarillo y estrecho como el filo de una navaja, con una banda vertical de vidrio mate sobre la entrada. El cristal ardía ahora en el ocaso y en su llamarada se retorcían los tallos Art Nouveau de hierro forjado, oscuros y cálidos como la noche. La nieve iluminaba la plazoleta con una luz blanca que llegaba desde abajo, como de debajo de la tierra, y se derretía rápidamente en el rosa mórbido del atardecer. El bloque silencioso, como el filo roto de un cuchillo clavado en el asfalto, me provocaba un estado de inquietud y desmayo. Me detuve en el centro de la plazoleta, como la estatua de un héroe triste, saqué del bolsillo el papel poroso por el paso del tiempo y desarrollé aquel objeto horrible. Coloqué la prótesis al trasluz y los dientes empezaron a brillar, amarillos

como bengalas, mientras que las encías desaparecían, fundidas en el color idéntico del ocaso. «Ay, mamá», susurré en la locura de aquel silencio. Permanecí unos cuantos minutos contemplando la prótesis bajo aquella luz cada vez más sombría, hasta que el ocaso se tornó rojizo como la sangre venosa y el aparato dental adquirió una especie de luz interior, como si un gas ligero, fluorescente, hubiera llenado el arco de las encías de goma. Y en torno a ellas se recompuso, fantasmal, mi madre. Primero el esqueleto transparente como la piel de las pulgas de agua, como una radiografía verdosa, aterciopelada, delicada. El cráneo con las grandes manchas de las órbitas y las más pequeñas de las fosas nasales, la caja torácica, la mariposa translúcida de los huesos ilíacos, los tubos gelatinosos de las manos y de las piernas y de los dedos. Sobre ellos, como una nieve ligera, como los velos de los peces exóticos, creció la carne espectral de mi madre, esa mujer grande, desnuda, de pechos caídos, hermosa como en sus fotografías de juventud, con el cabello líquido disuelto en la noche. Miraba hacia el edificio lívido, y yo tapaba sus labios con la mano como si quisiera impedir que dijera algo o que cantara. Mi coronilla apenas llegaba a su pecho. Formábamos ambos, en la oscuridad que nos envolvía, un enigmático conjunto estatuario, petrificado para nadie. Volví en mí con la prótesis en la mano, con un sentimiento de frustración, con la sensación de que había estado muy cerca de algo importante y grave. La guardé de nuevo en su envoltorio y permanecí un rato, aturdido, en aquella plaza cuyo silencio me producía vértigo.

Y de repente empezó a nevar. Bajo la luz dulce de la única bombilla de la plaza que colgaba, violeta y solitaria, del poste, los copos se arremolinaban al principio con rapidez, luego más despacio, blanquecinos cuando entraban en el halo de luz difusa, casi negros hacia la mitad y blancos de nuevo al caer al suelo. Sentía su roce invisible en los labios y en las pestañas, cuando se encendieron las luces en dos o tres ventanas de las casas burguesas de alrededor. A través del aire incoloro, cincelado por el hielo húmedo de los copos, me dirigí hacia el edificio que ahora parecía un glaciar negro erigido en el cielo brumoso. Entré por una puertita lateral, custodiada por dos contadores de gas como dos animales quiméricos. Descendí unos cuantos

escalones que llevaban al semisótano. Una sola bombilla amarilla, tan débil como una vela, iluminaba todo el pasillo pintado de verde. A lo largo de este pasillo con recodos inesperados, se extendía bajo el techo un tubo de hierro vendado aquí y allá con masilla y esparto. A izquierda y derecha se alineaban varios cuartos con puertas delgadas que parecían de cartón. Con el ruido de mis pasos, de vez en cuando se abría una y tras ella se adivinaban espacios exiguos y cálidos con hombres en calzoncillos, mujeres en bata que bebían café en tazas desportilladas, alguna vieja que se había quitado el pañuelo, lo había colocado en el respaldo de la silla para mostrar las dos trenzas de cabello canoso que le llegaban hasta los talones... Alcancé el pie de la escalera de caracol que llevaba a la planta baja y a los pisos superiores. Subí. Cada rellano presentaba un color diferente de la desolación. Puertas negras como en la morgue, placas esmaltadas, mucho más grandes de lo que sería necesario, que señalaban el número de los apartamentos, mirillas que olían a cobre. Arbustos marchitos y olor a felpudos de yute. En el último piso no había puertas. Solo paredes desnudas, verdosas, bajo una bombilla mortecina. Una escalerilla de metal conducía hacia la salida a la terraza del edificio. Minúsculos y veloces copos de nieve caían en el interior y se derretían sobre el cemento del suelo. Salí a la terraza y me quedé de piedra. Un país de melancolía se extendía ante mí. Era imposible que me encontrara en la terraza del bloque amarillo de la plazoleta. Estaba en la cima de una construcción gigantesca en la que finalmente reconocí uno de los edificios antiguos del centro, rodeado por unas cúpulas de cobre que parecían unos senos monstruosos. Todo lo que abarcaba mi mirada, Bucarest, como una maqueta de cristal llena de sangre, se extendía bajo sus fantásticos tejados: huevos inmensos, campanarios, las torres de la Metrópoli, la panza de cristal de la Caja de Ahorros, las esferas del hotel Negoiu y la Academia de Ciencias Económicas, las setas sinuosas de la iglesia rusa, el iceberg del Palacio de Telecomunicaciones atravesado por antenas parabólicas como la prótesis de hierro de la pierna de un niño poliomiélico, el falo del Foișor de Foc, todo ello abarrotado por un pueblo de estatuas que representaban gorgonas y atlantes y querubines y a la Agricultura y a la Industria y a todas las Virtudes y a Séneca y a

Kogălniceanu y a Bălcescu y a Rosetti y a Vasile Lascăr, un universo contorsionado de piedra caliza, de yeso y de bronce, cubierto de nieve. Una mujer cuyas alas eran cinco veces más altas que yo. Una cuarta parte de Bucarest se ocultaba tras sus plumas de piedra. Las cúpulas tenían escamas, como los huevos de una criatura lunar. Toda la flora, la fauna y la demonología de ese paisaje temblaban inmóviles, negras con destellos rojizos, recortadas contra un cielo bajo, blanquecino. En el rostro de la estatua sobre la que yo estaba recostado reconocí a mi madre. Cuando uno de los huevos rodeados por guirnaldas calizas estalló, con un ruido seco, en medio del silencio atravesado por los trolebuses solitarios de una noche de invierno, y cuando un feto translúcido, del tamaño de un perro, emergió meneando su cabeza húmeda y sin ojos, cuando la yugular de la estatua de mi madre empezó a latir, eché a correr hacia la abertura por la que había salido. Descendí unos diez pisos hasta que me encontré de repente en un rellano conocido. Estaba ante la tranquilizadora puerta del apartamento de mis padres, en Ștefan cel Mare, del que había partido unas horas antes. Me abrió mi padre. Me descalcé, me despojé del gorro, humedecido por la nieve, y del abrigo y me refugié, como de costumbre, en mi habitación. Saqué el paquete del bolsillo y lo guardé en su sitio, en el fondo del bolso de los papeles. Volví a esconder el bolso tras una pila de ropa. Me desnudé por completo ante el espejo del lavabo. ¡Qué animal tan extraño era! Qué cabeza triangular, como de serpiente, transfigurada ahora por el terror de las estatuas y las cúpulas que mis ojos aún reflejaban. Qué tórax tan estrecho, con el corazón casi visible entre la red de venas azuladas de mi piel. Entre las caderas, el sexo, congestionado ya por las erecciones de tantas noches de tormento, había virado del rosa de la infancia al marrón oscuro. El vello se espesaba por los muslos. Di la espalda al espejo y me miré por encima del hombro. Las vértebras se transparentaban a través de la piel de la columna como montículos blanquecinos. La espalda, hasta donde alcanzaba la vista, mostraba los triángulos de los omóplatos de manera tan visible que parecían dos finas placas superpuestas. Mis nalgas redondas y pesadas, casi femeninas, estaban separadas por una gruesa línea de vello que parecía trazada con tinta. Era, evidentemente, un animal, un frágil aparato de

materia orgánica. No conseguía comprender cómo podía mover tanta piel y tanta carne. Me miraba los dedos y me concentraba con todas mis fuerzas, ordenándoles: «¡Moveos!». No sucedía nada, era como si intentara que un vaso se deslizara por la mesa. ¿Cómo conseguía poner un pie delante del otro? ¿Cómo secretan sus jugos mi páncreas y mi glándula pituitaria? ¿Cómo nacen los espermatozoides en mis testículos y los sonidos en mi cóclea? Me palpaba el cuerpo con las manos y no conseguía entender por qué era precisamente aquella amalgama de huesos, cartílagos y piel y no cualquier otra criatura. Sacaba la lengua todo lo que podía, hacía gestos extraños, adoptaba posturas catatónicas, intentaba imaginarme visto desde fuera, a un metro de distancia. O me preguntaba cómo sería no haber nacido hombre, sino insecto o planta, vivir sin ser consciente de mi vida... Cuando me cansé, me puse el pijama y me senté ante la ventana, en el arcón, para mirar cómo nevaba sobre la carretera. Los bordes afilados del radiador me quemaban las plantas de los pies.

[2]. Diminutivo feminizado de Mircea.

Después de tardes así, que se habían convertido en el aire mismo de mi vida solitaria y frustrada, tras mis paseos de topo por el *continuum* realidad-alucinación-sueño como a través de un triple imperio inextricable, me tumbaba en la cama y cogía al azar un libro del montón apilado en el suelo, junto al arcón. Leía casi toda la noche. Los libros llegaban en el momento oportuno, de forma misteriosa, como si fueran las piezas del puzle de una imagen clara y, sin embargo, incomprensible, incompleta, una especie de superlibro que aparecía en la frontera entre mi mente y los libros. Leía en la profundidad de la noche, el silbido del silencio era cada vez más fuerte, a veces un insecto daba vueltas en la pantalla de la lámpara y se abrasaba con la bombilla ardiente. Algún camión hacía temblar los cristales. Parpadeaba sin cesar, rápido con el párpado derecho, titubeante con el izquierdo. Recordaba las noches en que tenía que cerrar el ojo con los dedos para poder dormir. Los días en los que reía solo con la mitad de la cara mientras que la otra mitad permanecía huraña y siniestra. Ahora, cuando parpadeaba rápido, los músculos orbiculares de la boca latían de modo desagradable y, cuando estaba cansado, un sudor frío brotaba de los poros de la mejilla izquierda. Jugaba a observar la habitación con un solo ojo. Con el derecho, la estancia se revelaba luminosa y los colores brillaban serenos unos junto a otros. Pero el izquierdo veía una extraña caverna verdosa en la que los volúmenes blandos fluctuaban como la piel de unos animales subacuáticos. Hacia el final de la noche, el sentido de los libros se evaporaba por completo y yo solo sostenía en mis brazos sus páginas porosas, los signos cabalísticos incomprensibles, el perfume del papel polvoriento, el perfume más excitante de la Tierra. Mis dos hemisferios cerebrales se contraían de placer en su escroto óseo. Medio dormido, espiaba los libros con la pasión de un *voyeur*, rasgaba a veces el borde de una página para contemplar los hilillos de la textura esponjosa, tiraba del desgarrón del lomo o seguía, durante media hora, sobre el campo inmenso de la página, el correteo de algún insecto que

habitaba allí, en *El doble* de Dostoievski o en *La física para todos*. Minúsculo, con un cuerpecillo negro, el insecto tenía seis patitas transparentes con una mancha oscura en las extremidades. Pero si te concentrabas podías ver incluso las antenas, también translúcidas, que se agitaban sin cesar. Recorría con paciencia las colinas y los valles del papel de mala calidad, se hundía entre las páginas, volvía a salir a la luz amarilla y brillante sin prestar atención a los complicados procesos psíquicos de la mente de Goliadkin o a las letras negras, más grandes que él, en que estaban codificadas sus locuras. Sus fuertes garritas lo mantenían bien anclado al libro, al papel en que había nacido, y, por mucho que yo soplara, no conseguía sacarlo de allí. Se detenía tan solo un instante para hacer frente al huracán, pegaba el abdomen a la burda estera de la página y luego seguía su camino, con pasitos idénticos y satisfechos. Nadie podía expulsarlo de su patria, esa que le había tocado en suerte y en la que moriría, convertido en una cápsula seca en la raíz de una página. Tal vez royera, de vez en cuando, unos trocitos blancos o negros de la fibra de celulosa. Clavaba su ovopositor en el punto de la *i* de Goliadkin y depositaba unos tubitos cilíndricos con un pequeño embrión en su interior. Desconocía que su mundo tenía un significado, que podía ser leído, él lo vivía y eso le resultaba suficiente. Tal vez Goliadkin, cuyo ojo del tamaño de un billón de soles se acercaba a él, o tal vez yo fuéramos el Dios de ese insecto, pero sus ganglios nerviosos a duras penas conseguían mantenerlo con vida. Era un Dios que no lo había creado y no lo podía redimir, un Dios desconocido e indescifrable para siempre.

Y de repente yo también me sentía contemplado. Aterrado, me ponía en pie de un salto y me dirigía a la ventana. Contemplaba las estrellas diseminadas sobre la ciudad. Alguien, en la profundidad de otra noche, tenía mi mundo entre sus manos y se entretenía siguiendo mi avance por caminos tortuosos. Soplabla la soledad y la desgracia, como unas lenguas de fuego negro que brotaran de su boca, pero yo me aferraba a la vida extendiendo mis vísceras pegajosas por la página. ¿En qué libro me encontraba? ¿Qué tipo de mente me haría falta para poder comprenderlo? Y si lo entendiera, ¿no me decepcionaría saber que había vivido en un licencioso folletín de tres al cuarto, o en un horario de trenes, o en un libro para colorear? ¿O en

una abyecta carta anónima? ¿O en un rollo de papel higiénico?

Cerraba el libro sobre el minúsculo ser que, sin embargo, era perfectamente idéntico a mí, con un cuerpo lleno de órganos como los míos, con células en cuyo protoplasma se desarrollaban los mismos millones de reacciones químicas por segundo, y apagaba la luz justo en el momento en que el alba empezaba a clarear en la ventana. Me acurrucaba bajo la sábana y me tapaba la cabeza, dejaba tan solo una ranura estrecha para poder respirar. Así dormía también mi madre, momificada en posición fetal, así dormía yo desde que alcanzo a recordar. Pero siempre me daba miedo quedarme dormido. ¿Dónde estaría mi cuerpo durante tantas horas? Tal vez llegara a lugares de los que no podría regresar o de los que regresaría transformado en un monstruo horrible. La falta de continuidad de mi yo me provocaba una presión ácida en el plexo solar. Me parecía intolerable disolverme, noche tras noche, en una jungla terrorífica que se encontraba en mí pero que no era yo. ¿Qué haría si, de tanto descender y descender a las catacumbas de mi imaginario, perforaba las profundidades y me despertaba entre los ídolos terribles, embadurnados de sangre y esperma, de los arquetipos, del instinto del hambre y de la sed, del reflejo del vómito? ¿Y si perforaba incluso esa zona y me hundía en lo somático, enroscado a los riñones y las vértebras, ahogado por las células de las que nacen el pelo y las uñas, suavemente acariciado por los movimientos peristálticos de los intestinos? Podría suceder cualquier cosa, que se estropeará incluso el mecanismo del despertar, como aquella mañana de primavera cuando abrí los ojos en la habitación inundada por el sol, fresco y lleno de vida, antes de descubrir que no podía moverme. Estaba completamente paralizado. Intentaba levantarme, pero me sucedía lo mismo que cuando ordenaba a mis dedos que se movieran. No sabía, ya no sabía cómo hacerlo. El mundo se había reducido a las arrugas de la sábana, a un trozo de tela estampada y a un reflejo en el espejo. Todo esto duró más o menos un minuto, luego recuperé, no sé cómo ni en qué momento, la posesión de mi propio cuerpo, y la rebelión hipnagógica cesó.

Finalmente, sin embargo, me vencía el sopor, que me envolvía en un capullo de sueños viscosos. Me disolvía en el sueño como el azúcar en el agua, me deslizaba suavemente como el pasador por la cremallera del olvido. Me sobresaltaba a veces con tanta violencia que todo en mi interior parecía desintegrarse. Otras veces caía en picado como un ascensor viejo que se precipitara en un pozo sin fondo. Rostros y máscaras horribles, con las mejillas desgarradas, con los ojos fuera de las órbitas, con el cerebro a la vista, se me aparecían por un instante y se fundían en el alarido de un animal agónico. Una voz tímida susurraba mi nombre muy cerca de mi oído. Lentamente, una espuma de palabras-imágenes inundaba la pantalla de las retinas y alguien componía, con manchas aleatorias, historias y paisajes como los que yo descubría también en el papel pintado de mi habitación o en las baldosas del cuarto de baño. El dedo de un quiromante, con un grueso anillo de oro, se paseaba por la palma de mi sueño, interpretaba y profetizaba, se detenía en las líneas caóticas y de repente rodeaba con la uña un retazo de piel clara como el cristal, bajo la que latían los arbolillos de las venas y las arterias. Un delirio agrio, un revoltijo de hilos de colores, montones de desechos domésticos e, inesperadamente, inmensos paisajes de Altdorfer, océanos con veleros, montañas azules pobladas de animales de ámbar, batallas en las que cada botón y cada flor de lis de los estandartes y cada lunar del rostro de los soldados se veían como a través de una lupa cegadora. Abstrusas ciudadelas de mármol, de columnas retorcidas y ventanas redondas como las de los cuadros de Desiderio Monsú. Cárceles como las de Piranesi. Ocasos derrumbados sobre edificios despoblados, severos y solitarios, alrededor de los cuales doy vueltas volando; paso junto a los mascarones de los aleros que alternan con ventanas incendiadas sobre las que pone «Hardmuth». En la noche coagulada como la sangre, incluso el mármol se torna oscuro, unas estrías rojas resaltan su geometría. Líneas y lazos de luz vespertina orlan las hojas de los acantos de los inmensos

capiteles, las serpientes de piedra en el cabello de las gorgonas, los pezones y el vello púbico de los atlantes vivos, lisiados, que sostienen los balcones. Deambulo, minúsculo como una pulga, bajo pórticos inmensos, penetro en salas bellamente revestidas de mosaicos, bajo cúpulas tan altas como las estrellas, me pierdo por laberintos de habitaciones decoradas con dibujos sinuosos, salgo a través de puertas de cristal para sumergirme de nuevo en la afasia, en la incomprensión, en el delirio y en la inmundicia. Selvas con charcos de agua clara, lagunas con visiones de ciudades eternas: la cartografía de mis sueños en aquella época. Y en la vida del sueño recordaba otros sueños. Lo sabía: en esa construcción rosa como los cubos de juguete de los niños, ya había estado antes. Ya había tenido antes una araña completamente transparente extendida en la palma de la mano, tan pesada como una bola de cuarzo, con su bolsa de veneno latiendo, esmeralda, en el abdomen. Ya había cerrado antes los ojos, cegado por la llamarada de la aurora, en una de las ensenadas de esa Venecia imposible. Había canales entre los sueños, se comunicaban unos con otros como los edificios de Bucarest, así como cada día de mi vida, separado por años o por meses o por una sola noche, se unía a los demás a través de tubos filiformes, imperceptibles. Pero no todas las catacumbas, los tubos, los cables, los alambres y los canales tenían la misma importancia. Las avenidas del sueño desembocaban bruscamente en las autopistas de la realidad y creaban constelaciones y engramas que alguien, desde muy arriba, podría interpretar como un tatuaje multicolor, pero que alguien situado muy abajo sentiría en su propia piel como la tortura sádica del tatuaje. Me despertaba a veces en medio de la noche con una mano completamente muerta, fría como la piel de una serpiente y extrañamente pesada, un objeto blando que solo conseguía mover con la otra mano. En mi mente, la veía de un color negro violáceo y la masajaba con la incredulidad y el espanto con que acariciaría el espinazo escamoso de una anaconda, con la absurda esperanza de volver a sentirla alguna vez como parte de mi cuerpo. Cuando la soltaba, se dejaba caer de nuevo sobre la almohada y, solo cuando masajaba con más fuerza esa piel fría, la piel muerta empezaba a picar y yo me colaba de nuevo en aquel guante entumecido. Su encaje de nervios, venas, canales linfáticos y

tubitos de energía psíquica cobraba vida y mi esquema corporal se completaba de nuevo.

Los sueños me arrastraban también hacia el pasado. Durante unos dos años, antes de la construcción del bloque de enfrente, soñaba de vez en cuando que escalaba unos riscos de una altura vertiginosa. En el interior de la roca negra, estrecha como un rascacielos, había generalmente espacios habitados y escaleras, pero yo prefería trepar por fuera, de piedra en piedra, cada vez más arriba, hasta alcanzar la cumbre perdida en la niebla. Sin embargo, ahora los riscos y las torres habían desaparecido, y el sueño me conducía por espacios soterrados, empapados de emoción, a través de edificios y habitaciones que yo reconocía, sin saber por qué ni cuándo había estado allí, qué me había sucedido en ellos para provocar ese llanto desconsolado de ahora, el desmayo y la tristeza inhumana de la vida en esos interiores. Soñaba con edificios sumergidos en el agua cristalina y fría en la que podía respirar pero que oponía resistencia a mi avance. A través de la luz difusa, con mi cabello ondeando en las corrientes líquidas, me dirigía hacia las ruinas macizas, hacia las paredes amarillas y azules situadas a miles de metros de profundidad en el fondo del agua. Cangrejos rojos se arrastraban por la arena y algún que otro pececillo coleaba frente a una ventana. Las fachadas estaban putrefactas, ruinosas. Yo penetraba, a través de puertas hinchadas e incrustadas de conchas, en espacios llenos de agua turbia. ¡Qué altos eran, devorados por la decadencia y la melancolía! Tapetes bordados flotaban sobre la cómoda, del jarrón rojo de la vitrina emergía un lirio de mar, los corales brotaban en el cenagal de la alfombra, habitado por el kril. Un pulpo había anidado en el retrete y en la bañera giraba un polvo brillante. Yo exploraba cada habitación, intentaba comprender dónde me encontraba, por qué conocía el voluminoso aparato de radio de teclas de marfil y un ojo mágico, la máquina de coser de pedal, tan oxidada que resultaba irreconocible, el cuadro con los dos gatitos en cuyo marco florecían millones de gusanos relucientes. Incluso las sillas, volcadas y arrastradas por las corrientes, me resultaban familiares. Sí, yo ya había estado antes entre sus patas, que se alzaban oblicuas en el aire, me había columpiado entre ellas en las tardes doradas de primavera. Una

soledad que nadie puede experimentar en la vida real, que te destroza los huesos como un animal salvaje, me desgarraba por dentro. El sueño finalizaba cuando descubría en la cocina, acostado a los pies del viejo frigorífico, un gran cadáver mecido por la corriente. Una mujer consumida por el salitre ocupaba todo el suelo de cemento. Su vestido se había deshecho y se había mezclado con las algas formando una pasta, una especie de gelatina marrón. La cocinilla se le había incrustado en la cadera, y su cabello se había enredado con la cortina sujeta con lazadas en forma de mariposa. Mediría unos cuatro o cinco metros aquella estatua pútrida, envuelta en harapos.

Me despertaba abatido, frustrado como un amnésico que no consigue recordar quién es. Intentaba reanimar las vastas zonas muertas de mi mente. En el medio cultural de mi tálamo, entre el hipocampo y la amígdala, se elevaban unos edificios de cartón-piedra bajo la intensa luz boreal del córtex. Recapitulaba: desde que nací hasta que cumplí dos años, en Silistra, una calle popular del barrio de Colentina; de los dos a los tres años, en un piso de Floreasca, junto a un garaje; de los tres a los cinco años, en una casa, también en Floreasca, pero esta vez en una bonita y silenciosa alameda bautizada con el nombre de un compositor italiano. Más adelante, en Ștefan cel Mare, en el gran bloque adosado a la comisaría. Esos eran los compartimentos olvidados de mi concha, construidos por mi mente uno tras otro, como una serie de caparazones, y abandonados luego para cariarse como muelas hasta la encía sangrante. Sabía que había vivido en todos esos lugares, conservaba aún algunas imágenes pero ninguna vivencia, ninguna emoción, nada verdadero. Aquellos tres o cuatro edificios eran como los dientes torcidos de la prótesis de mi madre, sin nervios y sin la irrigación de los capilares de las venas y de la arteria. Plástico, plástico ordinario y estúpido. Imaginaba que sus puertas estaban tan solo cinceladas en las paredes, que sus interiores estaban rellenos, pastosos como los bombones de praliné, así que todo era una burda imitación de feria. Pero rondaba aquellos edificios con tozudez, pues eran las únicas referencias en mi búsqueda. Intentaba reconstruir mi animal cerebral en su extraño ballet a través del tiempo, palpaba las protuberancias de los edificios sucesivos, los cráneos

sucesivos en los que se había refugiado, cimentados con sus babas calcáreas. La carne de la mente había levantado pacientemente las habitaciones y los tejados, los paisajes y los hechos. Al crecer, los había ido abandonando secos y vacíos como los cráneos amarillentos de los perros en los descampados o como el interior limpio, de goma, de la cabeza de las muñecas.

En contra de mis costumbres, me quedaba en la cocina después de comer y charlaba con mi madre, que evocaba con deleite algunos episodios del pasado. Ante la mesa cubierta con un mantel de hule rasgado, cargada de platos sucios, mellados, de cucharas y tenedores, que en mi casa, no sé por qué, eran más grandes que en cualquier otra parte donde yo hubiera estado y habían sido fabricados con un hierro curiosamente retorcido que recordaba al estaño —cucharas dobladas, tenedores de dientes torcidos, cucharillas tan grandes como las cucharas de otra gente y un cazo gigantesco—, mi madre, recortada sobre el cielo de verano (en el que se alzaban las copas de los álamos rebosantes de semillas y las almenas del molino Dâmbovița), con su rostro de piel suave, afilado como el mío, hablaba sobre todo para sí misma, atenta a su interior, su voz se mezclaba con el ronroneo de las tórtolas y con el perfume del verano. Yo encerraba una avispa en miel y contemplaba cómo se debatía torpemente, con una burbuja de aire entre las mandíbulas, mientras mi madre contaba sus sempiternas historias, su infancia en el campo, con «papi y mami», con los que soñaba casi cada noche, con la casa de los abuelos devorada por el paso del tiempo, en Tântava, con todos los ritos de su clan de búlgaros rumanizados que vivían envueltos en el incienso de la ortodoxia y en un miedo ancestral, precristiano, hablando de Cristo y de la Virgen María sin tener la menor idea sobre la Biblia, cantando villancicos como si fueran historias abigarradas, sin saber quiénes eran Herodes ni los Reyes Magos. De niña, mi madre y otras chiquillas de su edad lanzaban *caloieni*[3] a las aguas del río Argeș, las mismas en las que depositaban ahora unos roscos con velas encendidas por el alma de los difuntos. En las épocas de sequía, había participado en las flagelaciones y posterior destrucción de los iconos a azadazos, la venganza del pueblo contra un Dios que los hostigaba. Había visto cómo la Virgen María, con el niño en brazos, era cosida a escupitajos y abofeteada por aquellos que la habían adorado desde siempre y que ahora

aullaban como locos: «¡Danos lluvia! ¡Danos lluvia!». Había visto también cómo conducían a las gitanillas *paparude*[4] hasta las afueras del pueblo y cómo las rociaban con cántaros y palanganas de agua, mientras bailoteaban desnudas y negras, con sus caderas de mujer, con sus pechos apenas turgentes, cubriéndose las vergüenzas, aún lampiñas, con hojas de yezgo. Después de la danza, se las ofrecían al gitano amaestrador de osos y al violinista, que las llevaban al bosque y las violaban para que lloviera. Los aldeanos juraban que se las entregaban también al oso, que este quebraba sus huesos en los bosquetes de frambuesas. De pequeña, mi madre no temía a nadie tanto como al pope, pues el coco de todos los críos del pueblo, cuando lloraban mecidos en las piernas de su madre o en sus cunitas de madera, era «que te corta el pope la lengua», y debía de quedar también algún recuerdo, no en la mente, sino en el cuerpo de los niños desnudos, brutalmente aferrados por las garras del pope y sumergidos tres veces, con la boca y la nariz tapadas, en la pila bautismal helada. Barbudo y feroz, envuelto en su ropaje místico, el pope se les aparecía en sueños a los niños del pueblo, mientras dormían en sus colchones de paja. Mi madre recordaba aún los inviernos apocalípticos, cuando la nieve llegaba hasta las ventanas, y los arrebatos de cólera ciega de su padre, que una noche la agarró del pelo y al amanecer la arrojó en camisón —tendría unos seis años— a un montón de nieve. La niña, aterrada, tuvo que dormir en el establo, pegada al vientre de la vaca, cubierta con pajas y boñiga.

Yo tendría esa edad cuando fui a Tântava por primera vez. Las carreteras estaban cubiertas de nieve. De la tasca del centro del pueblo brotaba el vapor de la *tuica*.^[5] Campesinos con pellizas marrones salpicaban la nieve aquí y allá. Cuando te acercabas a ellos, olían a humo y a ajo. Nosotros seguíamos nuestro camino y, tras un buen rato de marcha, llegábamos a la casa de mi abuelo. Abríamos la puerta encalada y entrábamos en el huerto para detenernos entre dos membrillos. El perro, negro como un demonio, brincaba enloquecido sujeto por la cadena, estaba tan escuálido que se le veían las costillas. Como premio a tantos desvelos, recibía cada noche un puñado de *mămăliga*^[6] seca. El abuelo salía al umbral sin mostrar alegría, viejo y robusto, con la barba canosa, canosa también la cabeza rapada casi al

cero, con una banda de cabello más oscuro en el centro. La casa brillaba como una cáscara de huevo en las llamas del ocaso. Subíamos a la veranda y entrábamos en el zaguán por la puerta porosa y rojiza que una cristalera dividía en cuatro partes. Atravesábamos el zaguán de suelo de adobe, había un horno encalado y unos luceros en las paredes que daban a la habitación contigua, y accedíamos a una sala que olía a lana de oveja. La única luz era la llama púrpura (que viraría al amarillo al cabo de una hora) que entraba por la ventana azotada por las ramas del peral y que se reflejaba en el espejo torcido, colgado arriba, junto a las vigas. En las paredes, iconos estridentes de papel barato, enmarcados en negro: San Jorge matando un dragón verde como la hiel; el arcángel San Miguel con una armadura medieval y un estandarte prendido a la lanza; el propio Dios vestido con hábitos talares, amarillos y azules, sosteniendo un libro abierto en el que ponía algo en letras rojas. Cuántas veces, desde ese día, me subí a las camas cubiertas con colchas rugosas para contemplar de cerca todos esos seres de un mundo espectral y abigarrado, las alas de los ángeles, la curiosa Omega melancólica entre las cejas de la Virgen María, el rostro venerable, moreno, de melenas y barba blancas, de nuestro severo Señor... Pasaba a la otra pared, donde, bajo los mismos tapetes bordados en su juventud por mi madre y sus hermanas, brillaban tras el cristal otras imágenes, rodeadas esta vez por curiosos marcos de vidrio machacado. Eran fotos ocres, amarillas, sepia, cenicientas, casi borradas, con campesinos y campesinas rígidos bajo sus gorras y pañuelos, un par de bodas —la de mamá y la de la tía Sica; reconocía las fotos porque nosotros también las teníamos, guardadas en el bolso rojo— y un soldado que portaba un arma alargada, una bayoneta más larga que él. Era mi abuelo, Badislav Dumitru, que ahora servía *țuica* caliente en unas tacitas de barro, pequeñas como dedales. Yo pateaba por el diván mientras los adultos tomaban asiento en los taburetes, en torno a una mesa redonda, y brindaban. El ocaso cerrado, el olor a oveja y a *țuica*, el palabrerío monótono en el que la voz apagada, sibilante, del abuelo se oía de vez en cuando como procedente de otra época y otro mundo... Todo era extraño y solemne, y adquirió una dimensión supraterrrenal cuando encendieron la lámpara de gas de la pared, con su cristal y su espejito redondo. Seres de

cera transparente, brillos y oscuridad, graves como en la Última Cena, un silencio que solo existe en el campo me tranquilizaron, yo estaba petrificado, con los ojos abiertos de par en par junto a aquella mesa cuadrada; la radio antediluviana y las viejas gafas del abuelo componían sobre ella una naturaleza muerta. La hermana de mi madre, que trajinaba en el horno, entró con la *mămăliga*, la colocó en medio de una mesita redonda y trajo a continuación unos cuencos con pollo asado y otro, más pequeño, con una ajada blancuzca. Una paz de otro siglo, una luz tenue, la luz de un clan, protegida por rostros sagrados y alados, un olor a arcilla y a santidad invadieron la habitación que era ahora el centro del centro del mundo. Nos acostábamos cabeza con cabeza en unas camas duras, sobre tablones, nos arropábamos con pellizas viejas y dormíamos un sueño pesado, mientras oíamos nevar en el huerto a través de las delgadas paredes del ensueño. Acurrucado como un bebé en un vientre de lana vieja y paja crujiente, devorado por decenas y decenas de pulgas, soñaba los sueños de mi abuelo, junto a cuya cabeza canosa descansaba la mía. Cuando, asustado por algún mochuelo, abría los ojos en la oscuridad, veía con claridad, azulada, discreta, palpitante, un aura de luz pura en torno a su cráneo hirsuto, un nimbo intenso como la llama de un infiernillo brotaba de la cabeza, luego se enrarecía y amarilleaba; tendría una anchura de un palmo y, finalmente, una orla perfectamente circular, de diamante líquido, venía a rodearla con precisión, como si fuera una ancha y milagrosa bandeja de rayos sobre la que se apoyaba la vieja cabeza. Yo sentía en sueños que, en aquel manantial de luz, mi propio cráneo se tornaba translúcido y los hemisferios arrugados de mi cerebro, envueltos en su membrana, parecían nueces sin formar. Como plantones que germinan bajo el asfalto, las neuronas brotaban aquí y allá bajo la piamadre, provocando que cientos de torres de iglesias se elevaran en mi bóveda craneal, cada una con una campana que tocaba a difuntos, hasta que la membrana nacarada se rompía por todas partes y las campanas neuronales se abrían milagrosamente, como los lirios de mar en sus tallos, balanceándose de repente, ondeando al viento solar del aura de mi abuelo. Yo me sumergía entonces en una Escitia delirante.

- [3]. Figuras de barro de forma humana y adornadas con flores que se arrojan al agua o se entierran para atraer las lluvias.
- [4]. Bailarinas que invocan a la lluvia.
- [5]. Aguardiente casero.
- [6]. Especie de polenta de maíz, alimento tradicional del campesinado rumano.

Una fila de trineos sin cascabeles, tirados por caballitos de crines alborotadas, con las pezuñas envueltas en bandas de piel, llevaba hacia la salvación a todo el clan de los Badislav, a los jóvenes, a los viejos, a los niños y a las mujeres, junto con el trigo, con los arcones de carne de cerdo conservada en manteca, con sus ropas, sus iconos y con las estolas del pope, que, vestido como un campesino más, fustigaba de vez en cuando la grupa marrón brillante de la yegua que trotaba enjaezada y graciosa ante él. También la yegua le golpeaba en el rostro con su cola dorada y áspera, y mostraba el orificio negro como el alquitrán entre las grupas. Ante ellos no se distinguía camino alguno, tan solo el campo que conducía al Danubio y a la redención, cubierto por la nieve que les llegaba hasta el pecho a los caballos. Sotos de bosque joven y ralo, con los tallos inmóviles en el aire helado, como dibujados en el aire con tinta sepia, quedaban atrás a ambos lados. Los cuervos, como hojas negras, migraban de un árbol a otro y sacudían la nieve de las ramas. El sol de oro fundido empujaba las sombras al paso de los trineos y trazaba unos árboles finos sobre las ondas de nieve, brotaban de la misma raíz que los verticales pero parecían más alargados y más frondosos. En los siete trineos se amontonaban los supervivientes del pueblo carbonizado y humeante, de sus callejuelas y chabolas llenas de cadáveres merodeados por lobos y zorros. Aquel año terrible la calamidad no vino de la mano de los turcos, ni de la tempestad que avivaba las llamas, ni de los albaneses del gobierno. Si alguien hubiera preguntado a cualquiera de las mujeres con collares de monedas al cuello y pañuelos de cendal en torno a sus feos rostros de búlgaras, con ojos cristalinos como los de las cabras, esta habría fruncido el ceño con desesperación y estupidez y se habría santiguado, pero no le habría respondido, pues lo único que querían todos era olvidar. Entre sus pellizas, en el fondo del trineo, se apretujaban los niños y algún que otro perro negro, cuyas patas temblaban enloquecidas. Recordaban tan solo la aldea aislada del mundo, en una vaguada de los

montes Ródope, rodeada por riscos de basalto; en la roca se abría una garganta que desembocaba, hasta donde alcanzaba la vista, en unos pastos floridos y en unos fértiles huertos de hortalizas. Un pueblo apartado cuyos habitantes estaban unidos por complicados lazos de parentesco, todos eran primos y compadres, todos vivían en el temor a Dios en torno a una ermita sin torre edificada en medio de la aldea. En verano trabajaban doblados sobre rodrigones de tomates y sobre cuadros de pimientos morrones, los chiquillos llevaban las vacas a pastar y trenzaban interminables cadenas de dientes de león o peleaban con los cayados, bellamente tallados y repujados. El cielo era azul como una flor de transparentes pétalos azules abierta sobre el valle.

Junto a las casuchas estaba el cementerio atestado de cruces, unas en pie, otras derrumbadas por el paso del tiempo, con temblorosas inscripciones en caracteres cirílicos. Las más antiguas, de piedra, estaban tan cubiertas de musgo y tan devoradas por el liquen que parecían esponjas informes desperdigadas por la tierra negra, rodeadas por cólquicos y aros. En la iglesia entintada por el humo, el pope procuraba mentarlos a todos regularmente, y las velas de sebo de vaca ardían sin cesar, tiznando el techo bajo como si fuera el culo de una sartén. Roscos y *colivă*, arroz con leche y ciruelas pasas constituían el alimento de los muertos, se los enviaban por el hilillo de agua del arroyo Bârzova, en barquitas de madera repletas de cirios, los días señalados por el santoral. A los viejos del pueblo que se quedaban dormidos en brazos del Señor se les cantaba bajito al oído, en la noche del velatorio, para explicarles los detalles del destierro que les esperaba: tenían que hacerse amigos de la nutria para atravesar las aguas negras, y del lobo, para conocer el camino hacia la casa de su familia, allí podrían abrazar a su padre y a su madre, reunidos todos como niñitos en torno a la Madre de Dios y al Niño de luz.

Aquel fue, sin embargo, el año de las adormideras. En invierno, los Badislav pudieron contemplar, en sus manos llenas de callos, las semillas menudas y cenicientas de la amapola, desconocidas hasta entonces y traídas por una caravana de gitanos que, robando y leyendo el futuro en las conchas, recorría los Balcanes. Los gitanos hablaban, mientras despiojaban a

sus osos, sobre la maravillosa flor que atraía los sueños, que hacía que los bebés callaran y durmieran como lirones toda la noche, que dilataba las pupilas de las mujeres y hacía que suspiraran por acoplarse. Los granitos eran buenos, mezclados con miel, para hacer aromáticos pasteles, y de sus cápsulas se extraía la leche de los santos, que te llevaba al paraíso y te hacía conocer en vida a los ángeles de las nubes. A cambio de las semillas, por un saquito lleno, los gitanos pidieron cuatro hermosos violines que olían a madera de abeto, con cuerdas de tripa de oveja retorcida, de esos que sabían fabricar algunos campesinos. La caravana partió de improviso, esfumándose en el vacío como si nunca hubiera existido.

Quedaron las semillas de amapola, ligeras como el papel, que los Badislav sembraron en una franja entera de tierra negra y reluciente, entre hileras de calabacines y de lechugas. En pleno verano se abrieron unas flores de pétalos morados, con manchas negras como la lengua de los ahorcados; las hojas de los largos tallos eran de un verde azulado muy pálido, salpicado de cal. Cuando los pétalos cayeron y se mezclaron con la tierra, quedaron unas cápsulas rebosantes de leche que emanaban un tufo tan dulzón que los pájaros no sobrevolaban el campo venenoso; tampoco los escarabajos ni las langostas se atrevían a pasar entre los tallos pálidos. En poco tiempo, las cápsulas se hicieron grandes como la cabeza de un bebé y, al agitarlas, las semillas resonaban en su interior. Las mujeres entraron con hoces en aquel sembrado que les llegaba hasta el pecho y pasaron un día entero segando aquellas plantas, muertas de la risa, pues las cápsulas les recordaban la zarzamora del miembro de sus maridos. Las acarrearón en cestos hasta la veranda de las casas y una vez allí, todavía entre risas, al anochecer, extrajeron el líquido espeso y extendieron sobre unas bandejas, al aire libre, la «simiente de gitano», como la bautizaron finalmente. En unos cuantos días, la leche había cuajado, estaba dura como el queso, y luego como la piedra. Parecía tiza jabonosa de un blanco azulado, también las mujeres pusieron esa corteza en un almirez y la majaron hasta volverla tan fina como el polvo del camino. Hicieron rosquillas y hojaldres turcos en los que, junto con la mermelada, la miel y las cáscaras de naranja, espolvorearon el polvo mágico. Lo mezclaron con vino y con aguardiente de pera, con leche

con *mãmãliga* y en los cigarrillos de maíz que ellas se liaban. Se reunió todo el pueblo en una fiesta inolvidable, como si estuvieran en pleno invierno; se divirtieron y contaron chistes hasta que el vapor de la amapola se les subió a la cabeza y todos, tanto los mozos como los viejos, cayeron en un extraño trance. Se les apareció un ángel de luz, desnudo, con pechos de mujer y vergüenzas de hombre, con el cabello dorado prendido en miles de trenzas. Y el ángel les dijo: «Estáis libres de pecado. Sed como vuestro abuelo Adán y vuestra abuela Eva, pues vuestros pecados han sido perdonados». Y todos, mozos y mozas, esposos y esposas, se despojaron de sus pellizas y camisolas y se acoplaron al buen tuntún entre los perros y los niños: la madre con el hijo, el padre con la hija, el hermano con la hermana, y así estuvieron, con las pupilas tan dilatadas como el iris, con un sudor transparente y helado corriendo por sus rostros, hasta que asomó el otoño, dulce como el mosto al principio, áspero como el vino tinto después. Las llamas y la herrumbre se extendieron por las colinas mientras, en el valle, la aldea se desmoronaba poco a poco y las vacas mugían muertas de hambre. Aspirando el mapacho mezclado con semilla de gitano, los hombres yacían en los bancos sin otro cuidado que mantener el fuego en la estufa. Las mujeres se olvidaban de sus bebés, los dejaban lloriqueando en las artesas y se marchaban al pueblo, con los pezones maquillados, en busca de un amante cuyo peso no hubieran sentido aún. Cuando lo encontraban en algún granero lleno de ruedas de telarañas —el insecto, saciado, se encontraba en el centro y mostraba la cruz del dorso—, ellas, que se habían casado vírgenes y que no se atrevían a levantar los ojos del suelo en presencia de su esposo, se arremangaban ahora las faldas y mostraban sus muslos rollizos y la colina peluda en el centro; se dejaban montar allí mismo, sobre los sacos de trigo, en medio del olor de los correajes engrasados con sebo.

Las telarañas —con arañitas en los extremos— habían llenado el aire de oro, se enredaban en los zarcillos de la vid, en los tutores del huerto, y volaban después hacia la linde de la aldea, donde el antiguo cementerio se doraba al sol como un sapo en los últimos días de brumario. Allí se trababan en los brazos de las cruces; poco después, el cementerio entero estaba vestido de encajes de hilo de seda. Bajo la tierra, en sus estrechas casitas de

pino, los muertos se morían de hambre. Llevaban cuarenta días sin ser invocados en la iglesia, donde el viejo cura permanecía sentado, llorando entre los iconos como un navegante en un velero a la deriva; durante todos esos días no habían recibido los roscos, la *coliva* ni el arroz con leche de sus parientes vivos. Aterrorizados ante la idea de morir por segunda vez de hambre y olvido, los muertos empezaron a agitarse, un rugido amenazador surgía del subsuelo. Haciendo castañetear sus poderosas dentaduras, comenzaron a romper los tablones esponjosos, destruidos por las larvas enquistadas de los escarabajos, a excavar con sus garras como de topo unos túneles que los llevaban de unos a otros, a reunirse de dos en dos o de tres en tres y, finalmente, todos juntos, formando un pueblo subterráneo, se apiñaron en una cava atravesada por raíces; los ataúdes, que quedaban ahora encima de los cráneos, parecían brillar como cajitas de cristal. Trescientos muertos debilitados por un prolongado ayuno, pero animados por una rabia que solo los difuntos conocen, entrechocaban allí las pálidas setas de sus cráneos y hacían crujir sus ropas ennegrecidas, mantenían largos y duros discursos y se miraban unos a otros abriendo de par en par sus órbitas vacías, llenas de gusanos. Y al comienzo del invierno, el día de los santos mártires Mina, Hermógenes y Eugrafo, hacia el ocaso, un ejército putrefacto, calvo y sarcástico se abrió camino hacia el mundo blanco. Había muertos viejos, de huesos amarillos como los de las vacas, que no habían sabido numerar sus miembros, así que se habían olvidado algunos dedos o la mandíbula inferior en el antiguo féretro; había también muertos más recientes, envueltos aún en sus camisolas, que conservaban en los rostros y en el cuerpo retazos de carne seca como la mojama; había mujeres con las caderas ensanchadas por los partos y con la caja torácica envuelta en unas melenas que recordaban el cáñamo sin hilar; había críos pequeños, vencidos por el peso de unos cráneos demasiado grandes para su débil cadáver; había apestosas carroñas de perros y gatos que, animadas por el espíritu de aquella cólera colosal, acompañaban también a la cohorte. Un hedor ponzoñoso se arremolinaba sobre ellos como una humareda verde, y se elevaba hacia las estrellas. Cuando llegaron a las casas, se dispersaron; cada uno se dirigió donde su familia y comenzó una matanza atroz entre los

aullidos desesperados de los perros. Los espectros irrumpieron en los zaguanes, luego en las habitaciones donde, ante los ojos de las mujeres que creían estar soñando, arrancaban de las cunas a los bebés envueltos en pañales y mordían con apetito su carne tierna, salpicando el suelo de adobe con su delicada sangre. Se abalanzaban sobre las mujeres, las montaban sobre los bancos y las penetraban con su gusano negro, itifálico, endurecido por primera vez después de tanto tiempo. Acorralaron a los mozos en los graneros, esquivaron con maestría sus golpes desesperados con las horquillas; finalmente los agarraron de la pelambarrera para arrancarles los brazos y las piernas, como si fueran langostas, y les royeron los cogotes hasta llegar al hueso. Muertos de miedo, muchos de los campesinos se aliaron con los esperpentos, descuartizaron en primer lugar a sus mujeres e hijos y a continuación, con la mirada vidriosa y temblando como hojas, estrangularon a los perros de los corrales y bebieron su sangre negra. Aquella noche empezaron a caer unos copos grandes y blandos, que se derretían en los charcos rojizos de las callejuelas. Los cadáveres vagaban en vano, de casa en casa, en busca de gente con vida. Los encontraron debajo de las camas y detrás de los hornos, indiferentes a sus aullidos, los sacaron de allí y los convirtieron en mártires, los empalaron y los desollaron vivos; a última hora de la tarde no parecía quedar ya nadie con vida en el pueblo. Entonces dieron fuego a las casas y las cincuenta isbas empezaron de repente a echar humo y a sacar lenguas rojas como los dragones de los iconos. Solo la iglesia del centro del pueblo permaneció negra y silenciosa, con su empinada techumbre de tejas sobre la que empezó a cuajar, como un ribete de plata, la nieve. En la plazoleta frente a la iglesia, donde los vecinos bailaban la *horã* todos los domingos, se reunieron, en pequeños grupos, los muertos procedentes de todas las callejuelas. Porque por las grietas de las viejas paredes emergía el dulce aroma a carne de gente sana y salva que excitaba el apetito de los habitantes del subsuelo. Los supervivientes se habían congregado en el recinto sagrado donde, de rodillas, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas, bruscamente espabilados de la embriaguez de la amapola morada, rogaban a la piadosa Madre de Dios. El pope, el único que no se había pervertido con los poderes de la planta

oscura, preparaba entretanto sus armas de guerra, en las que había depositado todas sus esperanzas. Se había vestido con su casulla de fiesta mayor, se había puesto al cuello la cadena de plata de la que colgaba, cubriéndole el pecho, una cruz de ébano incrustada con perlas antiguas e irregulares. Colocó ante él, una vez los hubo retirado de las paredes, los iconos que habían demostrado obrar milagros. En el amplio bolsillo delantero de la sotana guardó la cajita de cristal que contenía el diente de uno de los doscientos discípulos del santo mártir Nikon, el tesoro de incalculable valor de la iglesia. En la mano derecha sujetaba un incensario humeante y en la izquierda, el Evangelio, abierto en la página en la que Cristo expulsa a los demonios de un poseído y los arroja a una piara de cerdos. Cada uno de los cuarenta habitantes de Badislav llevaba un icono bendito al cuello y, en la frente, una brillante mancha de mirra.

El ejército de huesos y harapos, animado fantásticamente por la luz de las hogueras, deliberaba. Los esqueletos limpios, los más antiguos, agitaban bajo la nieve unas patas largas como de mantis religiosa. No les importaba el murmullo piadoso del interior ni el olor a incienso: la ciudadela debía ser sometida y destruida a toda costa, y todos sus habitantes exterminados. Y todo ello antes del canto de los gallos. La nieve que había empezado a cuajar, húmeda y cristalina, se retiraba ante las pezuñas tintineantes que mostraban unas uñas petrificadas a través de sus viejísimas abarcas. La puerta de la iglesia estaba reforzada con hierros y su gruesa y agrietada piel exhibía las huellas de las armas y los arcabuces, manchas de sangre, blasfemias talladas en letras cirílicas que algún pope de la antigüedad no había conseguido lijar. El cadáver de la vieja Liubița, enterrada tan solo una semana antes, rebosante aún de gusanos blancos y gordos, se acercó y palpó la puerta con unos dedos amoratados. Su cabeza de ojos rezumantes asintió y se retiró. Había que prenderle fuego, pues las gruesas vigas se veían tan orgullosas como los muros de un castillo. Los esperpentos se arremolinaron y sus labios arrojaron al mismo tiempo una llamarada verde como el veneno, sus lenguas negras colgaban como las de los galgos. La llama chocó contra un trozo de madera secular y solo unas pocas astillas se encendieron para consumirse casi al instante. Volvieron a soplar, pero tampoco ahora se

prendió el roble embreado. Los esqueletos comprendieron entonces que no conseguirían vencer por sí mismos. Se reunieron, como ante el brocal de un pozo, en torno al círculo de fuego que el más viejo de los muertos había trazado en la nieve sirviéndose de una antorcha. Contemplaban con sus órbitas negras y vacías cómo el barro del interior del círculo se tornaba translúcido como un agua verde y profunda, y cómo esa agua, cada vez más rojiza, más parda, más oscura, más negra que el betún, descendía hasta el fondo de la tierra, donde unos puntos y unas lucecitas parecían empezar a moverse. Cientos de manchas saltarinas, hirsutas, rojizas brotaron de la oscuridad, aferrándose a la línea de luz. Al poco, unas alas peludas de murciélago, unas colas fustigadoras, unos picos corvos, unos pechos gibosos, unos cuernos de toro y de carnero y de chivo y de muflón y de víbora cornuda y de dragón surgieron de un cenagal de aullidos como los de una mujer de parto o los de un hombre al que arrancan los huevos. Corrían cada vez más deprisa, se aferraban como piojos, con pinzas y ventosas, a los chorros de luz, sus caderas escamosas palpitaban, se reían a carcajadas con unas bocas dentadas que se abrían en sus vientres, los labios de sus traseros eructaban con rostros enloquecidos, bizqueantes. Eran los demonios, que habían empezado a surgir del círculo mágico como una fabulosa maraña de maldad, llenando el cielo con sus alas y sus aullidos, la tierra con gotas de veneno y esperma, y con horror al Ser Divino. Los demonios-grillo se abalanzaron sobre el tejado de la iglesia, clavaron la sierra de su cola entre las tejas y depositaron en su interior unos huevos alargados de los que, al instante, asomaron arañas venenosas de cien patas. El sacerdote, con sus hábitos de hilo dorado, los petrificaba rociándolos con agua bendita. Los demonios reptadores excavaron agujeros en la tierra y se presentaron inesperadamente entre los penitentes. Pero el incienso se coló por sus narices e hizo añicos sus cráneos de serpiente. Los demonios-murciélago se hicieron con unos bloques de piedra, sobrevolaron el tejado con ellos y los dejaron caer sobre él. Cuando las alcanzaba, sin embargo, la plegaria angelical de los rezos, las piedras se detenían en el aire y se abrían como unos enormes capullos, mostrando unos pétalos carnosos, de rara belleza, de tal manera que el cielo sobre la iglesia se llenó de flores multicolores. Locos

de rabia, los demonios se lanzaron hacia las paredes, se encaramaron a ellas y al tejado, royendo y escarbando con las garras de tal manera que ni una sola esquinita del santo recinto podía adivinarse bajo la maraña hormigueante, bajo el revoltijo enloquecido, bajo el zumbido furioso de los élitros y las antenas.

La pesada puerta se abrió entonces de par en par y los cuarenta aldeanos, vestidos con sus camisolas blancas, con los rostros y las manos de un color rojo transparente a la luz de las velas que portaban, salieron apretujados unos contra otros, precedidos por el sacerdote de las barbas hasta la cintura, ceñudo y decidido como el Dios Padre de los iconos. La inmensa cruz de más de dos metros, acarreada por sus fuertes manos, que sobresalían de unas mangas anchas, brillaba como el oro, al igual que las cruces que todos llevaban al pecho. Con más intensidad brillaba, sin embargo —grano de diamante con millones de destellos—, el diente del mártir en la cajita de vidrio, prendida ahora a la frente de una niña. La luz se derramaba por el valle, chocaba con las rocas de los alrededores, que se volvían transparentes como si fueran de cristal, y, cada vez más intensa, se alzaba en una sola columna hacia los cielos, rompiendo las nubes, apartando las estrellas y revelando la grandeza infinitamente dulce de la Trinidad. A través de la brecha de luz, empezaron a nevar ángeles con arcos y carcajes de flechas en bandolera; portaban largas lanzas y sus bucles de oro ondeaban en el descenso. Un grito de victoria brotó del pecho de los Badislav.

Cuando sus pies se posaron en el suelo, los transparentes heraldos, contruidos con ideas y cristal, se nutrieron de las fuerzas de la tierra. Unos hilillos de sangre brotaron en las plantas de los pies, se extendieron rápidamente por sus cuerpos luminosos formando sistemas venosos y arteriales, visibles, como en los crustáceos, a través de la carne translúcida. Una sangre de pórvido tiñó sus labios y mejillas, y las grandiosas alas —dirías que de cisne— se unieron a la carena del pecho con unos músculos triangulares y fuertes. Los héroes alados, con armaduras de hojas de oro, formaron una falange y atacaron, lanzas en ristre, al desordenado hatajo de muertos. En unos instantes, el terrible pueblo subterráneo quedó reducido a un montón de tibias, vértebras, mandíbulas, cráneos y huesos ilíacos,

amarillentos como la cera vieja, que exhalaba todavía veneno hacia los cielos. Los demonios se escurrieron de la iglesia como un fango espeso, la dejaron perdida de babas y excrementos, y se abalanzaron como una manada de lobos rabiosos contra las falanges de ángeles. Los conocían a todos y cada uno de ellos, pues eran los Fieles, los que habían permanecido con el Señor durante la gran rebelión, los que habían visto acrecentada su gloria mientras los demás se hundían en lo infradivino, lo infrahumano, lo infra-animal, arrastrados por la sangrienta espiral de la blasfemia eterna. En lo más profundo de cada uno, detrás de las escamas, de las garras y de las alas de dragón, latía un ángel lloroso.

Y comenzó la batalla que hizo temblar el pequeño valle sobre el que seguían cayendo copos de plata. Protegidos por sus iconos y sus cruces, envueltos en el vapor del incienso, los aldeanos permanecían apiñados, contemplando con los ojos abiertos de par en par, con las barbas erizadas, con la carne de gallina, la refriega. Los ángeles les arrojaban a los espectros flechas de hierro, de cristal y de luz, los desmenuzaban con las espadas de doble filo, su sangre negra se derramaba sobre la nieve, levantaban el vuelo y asfixiaban con sus grandes manos a los demonios alados. Dragones y hombres-lobo, grillos-topo con cabeza humana, hombres con cabeza de mosca abrían sus morros, hocicos y picos y lanzaban chorros de fuego rojo hacia los legionarios celestiales. De vez en cuando, unos ángeles con las alas encendidas, del color bengala del ave del paraíso, caían sobre una choza o un viñedo sin hojas. Como perros acorralados, mostrando los dientes, tres o cuatro diablos se abalanzaban aullando contra cada heraldo celeste, lo apestaban con el hedor de sus tripas, lo rociaban con la orina que arrojaban los increíbles tubos situados entre sus caderas y lo cubrían de maldiciones mortíferas, más venenosas que el fuego que brotaba de su boca, pues, ante aquellas palabras cargadas de una devastadora blasfemia, el cerebro angelical era asaltado por unos dolores atroces. En oleadas sucesivas, los monstruos asaltaban el triángulo afilado de la falange, lo rompían, atrapaban a algunos soldados y los arrastraban por el suelo en medio de la oscuridad. En estos asaltos también los diablos caían y se retorcían en medio de la nieve.

Hasta que, hacia el alba, la nevada cedió y los ángeles empezaron a cantar. Soltaron las espadas ensangrentadas y las lanzas con los estandartes desgarrados, se despojaron de las armaduras transparentes; envueltos en unas largas vestimentas blancas, los bucles de su cabello dorado caían desde los hombros hasta la cintura. Apiñados, con los ojos azules elevados hacia el cielo, los ángeles cantaban. Alzaban hacia Dios sus voces de niña, graciosas y frescas como tallos, como capullos de clavel. Elevaban en el aire frío y denso las súplicas cristalinas de la salmodia. Los hombres lloraban como niños, abrazando los iconos contra el pecho. El montón de huesos empezó a temblar, los esqueletos empezaron a recomponerse, las cráneos a buscar sus cuerpos, los fémures a unirse a la cadera, y, como amasada con la levadura del cántico sobrenatural, una carne nueva y tierna cubrió de nuevo los huesos fríos, una carne revestida de piel, de tal manera que, al poco, desnudos y rejuvenecidos, todos en la treintena, los muertos se pusieron en pie. Haciendo un último gesto de despedida a sus parientes vivos, el grupo de hombres y mujeres sin ropa se dirigió lentamente hacia el cementerio. Uno de ellos permaneció ante la iglesia para trazar en el suelo un gran círculo de fuego. Los demonios, petrificados desde el comienzo de la salmodia angelical, se precipitaron hacia el gran pozo en cuyo centro la tierra se había vuelto transparente. Se arrojaban en él de cabeza, aferrándose a las tráqueas de la luz, arrastrando los metros de intestinos de sus vientres desgarrados, dejando a su paso un reguero de vómito y sangre; fueron menguando poco a poco y desaparecieron en la oscuridad.

Un nuevo grito de felicidad llenó el vacío sobre los Badislav. Sin dejar de cantar, los heraldos se diseminaron entre los aldeanos, los abrazaron y reconfortaron uno a uno, cogiendo su rostro entre las manos y besando la frente con sus labios de granada. Con el roce, el hueso frontal se volvía cristalino como el hielo junto a una hoguera, hasta que todo el cráneo se tornaba transparente y brillante, y a través de él se veían los pliegues y los lóbulos rosados del cerebro. Únicamente un crío, el más mofletudo de todos, el de los ojos más grandes y más azules, escondía en su cráneo, en lugar de la delicada masa encefálica, una araña enorme, con las patas pegadas al cuerpo. La visión duró un instante, pues un vapor lechoso volvió a

emborronar enseguida los huesos de los cráneos y la piel de nácar rayado de las frentes. Al abrazar a una feligresa de tetas enormes, uno de los ángeles vio que algo se endurecía debajo de su túnica, se levantaba lenta y dulcemente, hasta que se puso tieso y apuntó al cielo, mientras su camisola luminosa, como sostenida por un palo invisible, se arremangaba, arrugada, hacia arriba, descubriendo unos pies con uñas de calcedonia. El canto de alabanza se le atascó en la garganta y, en su lugar, un aullido gutural, como el de un lobo joven, brotó de su boca. Las lágrimas nublaron sus ojos, cristalinos desde la creación del mundo, y el ángel rabioso se arrojó de repente, contrayendo su rostro celestial, en el pozo de fuego, tras los pasos del último diablo, al que agarró de la cola de agujones venenosos. Mientras se adentraba por el camino al Hades, su piel se cubría de pus y fístulas, sus membranas, de tiña, los ojos, de glaucoma, la espalda, de escamas, su mente, de caderas y de pechos de mujeres. Los demás ángeles, sin embargo, apenas mostraron un atisbo de pena por el compañero caído, reanudaron sus cánticos y, aleteando vigorosamente, se elevaron del suelo para alzarse solemnemente al cielo, siguiendo el denso rayo del diente del mártir, como una bandada de pájaros humanos. La sangre, la linfa, la melancolía y la hiel brotaban de las plantas de sus pies como un chorro propulsor, hasta que quedaron tan limpios y transparentes como la luz del pensamiento. Cuando alcanzaron las estrellas, los cielos se abrieron y los aldeanos pudieron vislumbrar de nuevo, cegador, el rostro piadoso de la Divinidad, en el que los ángeles se sumergieron como en una nube de oro.

Y ahora los trineos atravesaban la meseta extensa y soleada del campo sin senderos. Las fosas nasales de los caballitos resollaban, emitían un vaho ardiente. Alguna que otra mujer, con los cabellos completamente blancos después de la noche de horror, miraba asustada hacia atrás y hacía la señal de la cruz con la lengua en la boca cerrada, pero solo la estela de los patines se extendía hasta perderse, como una flecha que apuntara hacia la aldea del valle, el origen invisible del espacio y del tiempo. Avanzaban durante el día y al anochecer, cuando la nieve se tornaba de un rosa oscuro, el sacerdote levantaba la mano y organizaban un pequeño campamento al abrigo de los trineos. En el centro, el fuego blandía, como un pintor de iglesias, sus miles

de pinceles, pintando de añil, azafrán y oro la pezuña de algún caballo, un chalequillo estampado con flores de árnica, un rostro redondo de ojos fatigados, una cantimplora sujeta con una cinta de piel raída y, a unos pocos pasos del campamento, la piel erizada del lomo de algún lobo. Tras un sueño a buen recaudo, al alba embridaban de nuevo a los caballos, bajo la bola roja, fundida, del sol, y reanudaban la huida. Por las noches, ningún hombre se acercaba a su mujer, y no habrían de hacerlo hasta que no se asentaran en algún lugar donde tuvieran hornos, una iglesia y huertos.

Aquellas últimas noches, las estrellas del cielo se habían multiplicado y la oscuridad suspendida en el firmamento era cada vez más profunda, más azul, salpicada de racimos y ramificaciones estelares. Los días se tornaban más cálidos, la nieve se derretía cada día que pasaba, los carámbanos goteaban en las ramas de los bosquecillos y las pezuñas hacían salpicar una mezcla templada de agua y hielo. La luz viró del gris al amarillo brillante y asomó una primavera temprana, con su perfume inquietante, llenando la gran esfera blanca en cuyo centro avanzaba la oruga oscura de los trineos. Una mañana, una línea azulada, extendida sobre el horizonte, apareció ante los fugitivos. La franja se ensanchaba a medida que se acercaban a ella, se transformó en una serpiente sinuosa enroscada en la lejanía, hasta que el camino empezó a descender y, lacerado por las varas de los árboles, atravesado por el vuelo graznador de los cuervos, se dejó ver aquel paisaje maravilloso. Era el majestuoso Danubio, de una anchura tan increíble que los árboles de la orilla de enfrente apenas se distinguían, como si fueran unos líquenes ralos envueltos en la bruma purpúrea. Una capa de cristal grueso, verdoso, pulido por un viento cálido, escondía, en toda aquella extensión, el tumulto abrumador de las aguas y, como un espejo cegador, reflejaba el sol en el cénit de su órbita. «¡Dunav! ¡Dunav!» gritaban los niños, que habían saltado de los trineos y correteaban, chapoteando por la nieve con sus abarcas de piel de cerdo, para llegar cuanto antes a la gigantesca pista helada. Pero el sacerdote los llamó a gritos y los hombrecillos regresaron, acariciando a su paso las barrigas calientes de los caballos. Porque, antes de atravesar sus profundidades, había que apaciguar el río. Se imponía ofrecer un sacrificio para no perecer engullidos en el

furioso resquebrajamiento del hielo. El siervo del Señor recordaba cómo, en su infancia, cuando trajeron desde el norte el diente milagroso junto con otras reliquias sagradas, el sacerdote hizo un agujero en el hielo y lo roció con agua bendita, inclinándose de vez en cuando para leer algo en el atril abierto, colocado precisamente junto al agujero; agarró por los hombros a la niña elegida por el destino, besó sus ojos y la dejó caer en el agua helada. Había transcurrido toda una vida y las costumbres se habían dulcificado. Los viejos empezaron a mostrarse convencidos de que no es el cuerpo sino el alma del hombre lo que buscan todas las fuerzas de la Creación, sean luminosas o enemigas, y, puesto que la sombra no es sino espíritu, sería suficiente con sacrificar tan solo la sombra. Así que, cuando levantaban una casa, cuando atravesaban el agua, cuando construían un puente, a las inagotables deidades del lugar les ofrecían las sombras de los vivos en lugar de los antiguos sacrificios de carne y sangre.

Tuvieron que esperar hasta el alba, que, tras una noche de vigilia general, bajo las estrellas engullidas por las nubes antes de asomar más límpidas aún, más cristalinas y más relucientes, como copas frotadas con paños de seda, se presentó como un haz de llamas. Los ojos de los campesinos, que se lavaban la cara con nieve, brillaban tan rojizos y redondos como los de los pájaros. Parecían incluso, con sus camisolas de manga ancha, una bandada de aves acuáticas que, confundidas por la temperatura, estuvieran de vuelta en el Danubio antes de la llegada de la primavera. El destino eligió esta vez a un chico que más tarde se convertiría en el abuelo del viejo Babuc, es decir, de mi abuelo. Era un crío abandonado, pero no uno cualquiera. Diez primaveras atrás, un grupo de niñas del pueblo había salido a recolectar cólquicos y violetas en un prado cercano. Se trenzaban coronas con ellos y correteaban entre los arbolillos de corteza verdosa que impregnaban el aire con ese aroma embriagador que reconocerían unos cuantos años después, cuando, en determinadas fiestas, los mozos las llevaran al monte para hacerlas mujeres: la corteza tierna olía a semilla de hombre. Bajo el cielo desgarrado por las ramas desnudas, desgarradas ellas mismas por una añoranza oscura y extraña, suspirando con ojos lánguidos, dejaban la huella de los dedos de los pies en la hierba apenas brotada, salpicada con el morado

y el amarillo de las campanillas menudas de olor más bien desagradable. En una esquina, el bosquecillo raleaba, los arbolitos estaban arrugados como manojos de varas marrones, y los cólquicos no refulgían ya con sus colores habituales, sino que eran negros como el betún, una mancha extensa de lunares negros sobre la hierba menuda. Una capa de nieve con grandes gotas de agua remoloneaba todavía en la raíz de los retoños y brillaba como el diamante. Con los cabellos caldeados por el céfiro, las jóvenes se dirigieron hacia el extraño calvero y desde lejos divisaron en la capa de nieve salpicada de negro una criatura rosa, inmóvil, rodeada por un aura de rayos como la de los santos pintados en las iglesias. Era un bebé desnudo, gordito, movía los dedos dormido, envuelto en una delgada membrana de cristal, tan fina como una uña, que centellaba al sol. Las niñas se agacharon alrededor de la aparición. Sus melenas rizadas se pegaban, crujiendo suavemente, al huevo transparente, que habían levantado con delicadeza para poder contemplar mejor al niño dormido. Dieron un respingo, pues, aunque era tan hermoso como solo un renacuajo de tres meses puede serlo, había algo raro en él: el bebé, con cejas y pestañas, con la tierna boquita fruncida, con las tetillas pálidas como dos lentejas y con el pajarito arrugado entre los pliegues de sus muslos, no tenía ni rastro de ombligo. Lo llevaron al pueblo e intentaron sacarlo de su urna de lágrima endurecida, pero ni el herrero, ni el leñador, ni el pope, utilizando todas sus mañas, fueron capaces de atravesar la vejiga; el crío se había despertado ya y había empezado a lloriquear de hambre, agitando las manitas. Llamaron entonces a la bruja del pueblo, una vieja olvidada hacía tiempo que vivía en el hueco de un tilo gigantesco y que se presentó por la noche; sobre su coronilla, como si fuera un cántaro, flotaba una luna enorme, redonda como un *icosar* de oro. Cogió el huevo con el bebé en su interior, se lo metió debajo de las faldas, lo colocó sobre el vientre y, sujetándolo con ambas manos, como una mujer embarazada, se tendió en el horno.[7] Al amanecer, en presencia de los ancianos del pueblo, que la contemplaban asombrados, comenzaron los dolores del parto. Gritó y se retorció echando espumarajos por la boca, con los ojos fuera de las órbitas, como los caracoles, hasta que aquella falsa barriga empezó a reblandecerse y a aplastarse. Bajo los harapos de la vieja,

que olían a hierbas y a raíces, algo parecía moverse. La comadrona sacó al bebé envuelto en una membrana flácida y la cortó con un cuchillo. El crío se cagó encima mientras maullaba como un gato. Lo lavaron, lo enfajaron y lo arrimaron el pecho de una mujer que ya tenía otro crío y que se hizo cargo también de este. Lo bautizaron al amanecer, sumergiéndolo tres veces en la pila para librarlo de Satanás. El chico creció después junto a los demás niños del pueblo y, aparte de la ausencia de ombligo, no se diferenció en nada de estos hasta el día en que, tras las desgracias del año de la mariposa, le tocó en suerte extender su sombra sobre el helado Danubio.

Se contaban unas historias espeluznantes sobre aquellos a los que les habían robado la sombra. En menos de un año se les secaban las piernas, la cabeza y el cuello se les llenaban de bubas, la piel se les agusanaba y las lombrices —blancas con cabeza negra— pululaban por su cuerpo y, cuando morían, los intestinos, como un nido de víboras, salían del vientre y desaparecían en unos agujeros escarbados en el suelo. Su alma llegaba al infierno en el momento mismo de la aparición de la sombra, dejando que su cadáver podrido siguiera deambulando una temporada más bajo el sol. Los diablos lo recibían en un agujero excavado en un peñasco, lo colgaban boca abajo de un poste al rojo vivo, sobre el suelo en llamas, y, en un aire enrojecido, en medio de un tufo a azufre más abrasador que el fuego, con unos aullidos más desgarradores que el azufre, con un pánico más ensordecedor que los aullidos, le despedazaban la lengua, le arrancaban los huevos, le reventaban los ojos, desgarraban su carne y le descuartizaban el hígado, el corazón y las entrañas con sus largas uñas, le introducían por el ano unas lanzas al rojo vivo y todo esto una y otra vez, sin descanso, durante toda la eternidad.

La estola de hilo de oro del pope brillaba tenuemente, como un ascua, bajo el sol púrpura, transparente, sin rayos, de la mañana. Cuatro niños sostenían el gran evangelario, de tapas de una piel tan dura como el hierro, adornadas con plata ennegrecida, abierto por la página en la que cruzan el Mar Rojo, entre paredes de agua, con Moisés al frente, los que habían huido de Egipto. El pope leyó las letras negras y rojas, salmodiando y arrojando incienso, hizo después una señal a los campesinos para que desnudaran a

Vasili, el chico elegido. A pesar del frío intenso que hacía que su piel emanara un vaho como el de los caballos, él permaneció tranquilo, sin temblar, sin frotarse con las manos la piel de gallina del pecho, en el que brillaba una crucecita de cobre. Solo conservaba un trapo

en torno a las caderas. Se acercó lentamente a la ribera escarpada del río, caminando por los montones de nieve con los pies descalzos, seguido un poco más atrás por los aldeanos. Rodeó los juncos negros, llenos de cuervos quejumbrosos, y de repente su sombra larga y afilada como la aguja negra de un reloj se extendió sobre el hielo. Los aldeanos se arrodillaron y se santiguaron con gestos exagerados, de la frente al ombligo, mientras el pope rogaba al majestuoso dios helado que aceptara la ofrenda y que les dejara pasar al otro lado. El chico abrió los brazos y su sombra, que se dibujaba cerca de la orilla puesto que el río fluía del ocaso al levante, hizo lo mismo. Una cruz larga de un negro rojizo se extendía ahora sobre el espejo del agua. «Toma, toma la sombra», murmuraban sin cesar los Badislav, y de repente, ante sus ojos, el espectro de la cruz empezó a devorarse, a secarse como unas manchas húmedas al sol. Tanto el poste más largo como el travesaño de los brazos se consumieron, se hicieron añicos, sorbidos uno tras otro por el río. En unos minutos, Vasili, que estaba pálido, con el vello dorado de los brazos y las piernas en punta, se quedó sin sombra. Entre alaridos y gritos, los demás lo abrazaron y volvieron a vestirlo deprisa, le colocaron sobre los hombros una pelliza de lana de oveja. El niño se subió al trineo, se cubrió con una manta de lana y lloró largo rato por su sombra, perdida para siempre.

Los caballos corrían ahora ligeros y altivos por el hielo transparente como el cristal, pero los Badislav miraban a su alrededor con estupor. Nunca habrían imaginado tanta belleza petrificada bajo la gruesa corteza de hielo. Sin embargo, el jardín del Señor es superior a la mente del hombre, e incontables son sus maravillas. La fila de trineos avanzaba en medio del silencio y el frío sobre el paisaje mágico. A un par de metros bajo el cristal revoloteaban por todas partes, con las alas extendidas, las mariposas. Sus cuerpos delicados y peludos como orugas, rojizos o amarillo-pálidos o negruzcos, medían más de veinte pies y entre los extremos de sus alas

desplegadas podías llegar a contar a veces incluso cuarenta pies. Sus patitas, tres en cada parte, finitas, brotaban a ambos lados, y la trompa con la que habían libado la bruma de las flores (pero ¿dónde podía haber unas flores tan grandes como palacios para semejantes insectos maravillosos?) estaba recogida como el muelle de un reloj bajo su cabeza de ojos grandes, rojizos. En cuanto a las alas, con su azur, con el terciopelo doloroso del púrpura, con los matices y casi el sabor a cereza podrida, a extravagante pistacho, a naranja amarga, con la suavidad de alfombra persa de sus párpados, con su forma floral y vívida, con sus colas de golondrina, con sus ojos de pavo real, de hurón, de avispa, de mujer infiel, de garduña, las alas superaban en aguas y brillos incluso a los lirios del campo, que ni hilan ni tejen, pero que —según san Mateo— presentan más esplendor que Salomón con toda su pompa. Por todas partes, en toda la extensión del río, en todo lo que abarcaba la vista, las mariposas de colores, con las alas abiertas, a pocos pasos unas de otras, formaban un pavimento embriagador. Las más alejadas se veían pequeñas y borrosas, como una bruma azulada, pero aquellas sobre las cuales avanzaban los trineos parecían un animal fabuloso, una de esas hadas de las que hablaban los ancianos en los velatorios, una cierva nunca antes vista, semejante al avestruz, al basilisco o al unicornio blanco como la leche. Al iluminar sus alas inmóviles, el sol, que se encontraba ya cerca del cénit y que ardía con una llama amarilla, reflejaba sus colores sobre el vientre y los hocicos de los caballos y sobre los rostros de los de los trineos, emborronándolos con añil y dorado y rojo y azafrán, colores selectos y señoriales, más bellos que el eterno carmín de los iconos de sus casas.

La caravana se detuvo para descansar y almorzar precisamente en medio del Danubio. Sacaron un pisto de verduras y aguardiente de albaricoque y se sentaron en cobertores de lana, por grupos, sobre el cristal verdoso. Durante esos tiempos amargos se habían saturado ya de los tarazones de cerdo que transportaban en las vasijas, conservados al igual que los chicharrones en su propia manteca. El lomo de una mariposa gigante se les mostraba por debajo, a unos pocos pasos bajo el hielo, como el lomo de un delfín entre las olas del mar. «¿Cómo será la carne de mariposa?», soltó un crío con unos mocos como velones en el labio superior y, animados de repente, los

aldeanos empezaron a opinar: que si será como la pechuga de oca, que si como el cuerpo baboso del caracol, que si como el músculo blando y tierno que hay bajo el caparazón de los cangrejos cocidos. Finalmente, a pesar de los esfuerzos del pope por hacerlos recapacitar, estimulados por el aguardiente, unos cuantos aldeanos cogieron los escardillos y las estacas con la punta templada al fuego y empezaron a romper el hielo. Encendieron también hogueras a su alrededor para atraer a la superficie al búfalo alado. Se afanaron unas cuantas horas hasta que pudieron palpar la piel de terciopelo del vientre anillado y reunir en la palma las escamitas de las alas, parecidas a las de las carpas. Y cuando, de repente, un temblor reavivó las antenas de la mariposa y las patas delgadas comenzaron a agitarse, los campesinos segaron con la hoz su cabeza del tamaño de una barrica y la echaron a rodar. Una sangre azulada y espesa salpicó a los verdugos. Luego empezaron a cortar gruesos trozos del espinazo. Su carne era transparente y temblorosa como la gelatina, si bien algo más densa, y despedía un olor dulzón. No la atravesaba hueso alguno, pero una membrana y unos hilos nacarados la sostenían como si estuviera dentro de una red brillante. La pusieron a cocer en cazuelas de barro, sobre trébedes. Comieron todos de ella, a excepción del pope, que presentía en todo esto otra trampa del Diablo. Sin embargo, no sucedió nada extraño: los aldeanos se chupaban los dedos, satisfechos ante aquel sabor extraordinario. Al romper el caparazón de las patas, encontraron en su interior una especie de médula más deliciosa todavía. En la cabeza, que mordisquearon en vano, no encontraron nada más que un puñado de sesos que olían desagradablemente a mohó. Con los estómagos así de satisfechos e increíblemente dichosos, comenzaron, con las tajaderas, a cortar retales de aquellas alas teñidas en miles de colores que recordaban las velas de los bergantines. Llamaron a sus mujeres y rodearon sus caderas con los paños rasgados. «Ni la zarina tiene una saya así, mujer», decían ellos riendo, mientras las mujeres, más sensatas, los maldecían y salían corriendo, afirmando que solo las gitanas se pondrían unas ropas tan chillonas. Finalmente, hicieron con ellos mantas para envolverse en los trineos y reanudaron el camino. Atrás quedó la gran mariposa descuartizada, con los nervios de las alas extendidos de par en par como

muletas, con las patas amputadas desperdigadas a su alrededor, entre charcos y ceniza de los tallos del maíz.

En el año de gracia de 1845, Vasili y los suyos avanzaban por los caminos nevados de Muntenia. Todo lo que alcanzaba la vista era una campiña plana que giraba a su alrededor y parecía extenderse hasta el fin del mundo. Aquí y allá, pueblos con casas de adobe y tejados de paja lanzaban humo hacia un cielo tan blanco como la nata. Los lugareños eran aviesos y despabilados, solo pensaban en darles gato por liebre, eran más flacos y más morenos que los campesinos de los trineos. Las mujeres, en cambio, eran mucho más guapas, se maquillaban como las mujeres de la ciudad y sabían cómo conseguir unos ojos húmedos y brillantes gracias a una infusión de hierbas. Cuando se detenían en el centro de un pueblo, la caravana, a la que ladraban los perros y rodeaban niños con gorros puntiagudos, se desbarataba. A cambio de una buena suma en *mahmudes* de cobre, cobijaban a los caballos, libres de los arneses, en los cobertizos de los aldeanos, y los cincuenta búlgaros, después de ir a rezar a la iglesia —eran más opulentas que las suyas, con las cúpulas cubiertas de plomo, pero peor decoradas y dotadas—, eran invitados a la casa de algún señor, donde bebían *tuica* caliente, hilaban la lana y contaban chistes. Los dos popes, en un aparte, vaciaban un vasito tras otro intentando comunicarse en la lengua eslava de la pila benditera, y terminaban por entonar a dúo los cánticos e himnos sagrados. Los demás se mezclaban con los valacos, hablando por señas e intercambiando sus aguardientes, riéndose sin saber muy bien de qué, admirándose los unos de las peculiaridades de los otros. A los mozos búlgaros, vigorosos y torpes, de cejas tupidas y rostros mofletudos de un rojo amoratado, se les iban los ojos tras las muntenias esbeltas y maquilladas con tanta pericia como los huevos de Pascua. En más de una ocasión, hacia el amanecer, brillaron las navajas por alguna mirada demasiado atrevida, pero los hombres más sensatos separaban a los mozos y los apaciguaban. A continuación, los Badislav se acostaban sobre sus mantas peludas en algún zaguán, caían en un sueño profundo, envueltos en sus alas de mariposa y protegidos por la candela que arrojaba en la pared una mancha de oro fundido. Reanudaban su camino cuando el día se confundía con la noche y una luz grande, pálida, se

extendía sobre el campo. Al cabo de tres días y tres noches encontraron el sitio.

Era el ocaso y había empezado a nevar de nuevo. Los látigos restallaban con desgana y el hocico ardiente de algún que otro caballito resollaba. El pope, sumido en sus pensamientos, pasaba las cuentas de un rosario de ágata. Las piedras rojizas entrechocaban con un ruidito dulce, tembloroso, tanteadas por los dedos de falanges peludas del pope, uno de los cuales era tan solo un muñón. El índice de la mano derecha se le había secado y caído de inmediato en su juventud, cuando, siendo un frailecillo con una pelusilla por barba, tocó por primera vez el pezón de una mujer, contraviniendo así su juramento de pureza y castidad. Ahora había empezado a picarle el muñón y los granos de ágata lo atemorizaban tanto como lo había hecho la impúdica zarzamora del pecho en otra época. En el momento en que, asustado, empezó a susurrar deprisa los rezos para alejar al Diablo, avistó las ruinas. Brillaban tenues en un campo de color sangre, como el último muñón de una muela en la boca de una vieja. Se detuvieron y, con los faroles en la mano, se bajaron de los trineos ante los muros abandonados, una pared casi entera y otra a medias, que se juntaban en la esquina entre un montón de piedras nevadas. En el interior había santos de barbas hendidas pintados según los cánones sagrados, con el nimbo dorado y amplias vestimentas de pliegues azules, rostros aceitunados y miradas ojerosas. No cabía duda de que en otra época allí había existido una bella y célebre iglesia. Quedaban más de cuarenta santos pintados en las paredes, cada uno de ellos desplegaba un rollo de pergamino con unas letras enrevesadas. Cada uno ocupaba un nicho, separado de los otros por unas líneas gruesas, rojizas. Y, curiosa coincidencia, uno de ellos mostraba, en lugar del dedo índice de la palma izquierda, un muñón pelado idéntico al del pope. Algo así resultaba insólito en una pintura, pues los santos no podían exhibir la falta de un miembro que mermara su perfección. Eran enjutos, por supuesto, pues eso representa la victoria del espíritu sobre la carne, pero era imposible que fueran mancos, cojos o tuertos. Aterrado, bajo la mirada de todos, a la luz de los faroles, el pope tendió la mano y la colocó sobre la mano del santo. En ese mismo instante todos sintieron el temblor y cayeron

de rodillas. Nunca sabrían si aquello había sido una sacudida de la tierra o del interior de sus almas, o todo al mismo tiempo. El hecho es que, en medio del rumor exaltado de los rezos, unos copos de fuego cayeron del cielo y se posaron sobre sus cabezas y, de repente, los hombres, las mujeres y los niños empezaron a profetizar y a hablar en diferentes lenguas, con los ojos abiertos, gritando y desternillándose y llorando de la risa; entretanto, unas paredes de aire brillante crecían desde el suelo y se unían a las paredes que quedaban aún en pie; unas bóvedas de aire se arqueaban sobre las cabezas iluminadas y una torre de aire se elevaba hacia los cielos. Poco a poco, los muros cuajaron, se tornaron de un translúcido lechoso y, a continuación, mates como el marfil, antes de cubrirse finalmente de pinturas magistrales, muy parecidas a las de las paredes en ruinas; estas también se mostraban ahora limpias, en la nueva iglesia no quedaba ni rastro de las primeras. Coros esculpidos en madera, con filigranas y cordones, un iconostasio decorado con iconos y un altar cubierto de piedras preciosas se sumaron al maravilloso conjunto. Mientras tanto, en la falange del pope creció el fantasma de cristal de un dedo, en su interior se moldearon los huesitos, en la punta creció una uña transparente, se formaron las venitas y una piel con finas hebras de vello blanco recubrió todo el dedo. Cuando despegó su mano de la mano pintada, se pudo ver que también al santo le había salido el dedo olvidado.

Fundaron allí, entre los ríos Argeş y Sabar, el pueblo de Tântava; levantaron al principio unas chozas en medio de un lodo curiosamente blando y, en primavera, construyeron las casas, con zaguán y dos habitaciones, agrupadas en torno a la grandiosa iglesia como las ovejas en torno al pastor. Cavaron la tierra de los alrededores en grandes parcelas y sembraron verduras, así que en verano la aldea estaba tan contenta entre sus hortalizas y rodrigones como en su antiguo asentamiento del valle de Ródope. Los primeros Badislav que se trasladaron a Muntenia y que se convirtieron, un cuarto de siglo después, en ciudadanos del reino, iban a vivir, a procrear, a olvidar su lengua y a aprender la de sus vecinos, a extender sus tierras, a beber hasta perder el sentido en la tasca que poco después aparecería en el centro del pueblo, un lugar de culto al Diablo, el

hermanito de Dios —como sostenían las creencias más ancestrales—, iban a matarse con los rodrigones de los tomates por alguna mujer, a velar a sus mayores moribundos para que no murieran sin la candela, a mirar al cielo en busca de las nubes de lluvia, sin imaginar siquiera por un instante que, de hecho, no habían levantado sus casas, no habían arado y no habían sembrado sino un retazo del lóbulo parietal derecho de un biznieto, y que toda su existencia y su tenacidad en este mundo era tan pasajera e ilusoria como el fragmento anatómico de la mente que los soñaba.

[7]. Se refiere a los grandes hornos de adobe tradicionales, que servían también para caldear las casas.

El pasado lo es todo, el futuro no es nada, no existe otro sentido del tiempo. Vivimos en un trocito de piedra caliza de la placa esclerotizada del cosmos. Un animal pequeño y compacto, una sola partícula, un billón de veces más pequeña que los cuarks, un billón de billones más ardiente que el núcleo del sol, abarcaba, unificándolo en el soplo de una sola fuerza, todo el dibujo que nuestra mente percibe en el instante en que se le permite percibir, con burbujas de espacio y supercuerdas y el garabato brumoso de las galaxias y el mapa político del planeta y el mal aliento del tipo con el que hablas en el tranvía y la visión de Ezequiel a orillas del Chebar y cada molécula de melanina de una de las pecas bajo la ceja izquierda de la mujer a la que has desnudado y poseído la noche anterior y la cera de la oreja de uno de los diez mil inmortales de Artajerjes y el grupo de neuronas catecolaminérgicas del bulbo raquídeo de un tejón dormido en los bosques del Cáucaso. Abarcaba, sobre todo, eso que nuestra mente no ha conocido y no va a comprender jamás, pues, en cierto modo, ese punto era precisamente nuestra mente, era el pensamiento que se pensaba a sí mismo como un sable demasiado afilado que se cortara a sí mismo. Era el pasado absoluto, sin fisura, carne metafísica, homogénea y sin fibras, sin diferencias internas, a excepción de unos —al principio— inapreciables filamentos de futuro. ¿Cuándo y por qué se desplazó la simetría? ¿Quién y cómo fabricó las diferenciaciones de los comienzos? ¿Quién pudo soportar el crujido inicial de la fisura del Todo? El futuro, que es alienación, alejamiento y enfriamiento, desgarró en miles de jirones el globo inicial, abrió heridas horribles en el cuerpo de la unidad del ser, huecos que se ensancharon cada vez más, separando los granos de sustancia y dejando que una sangre fotónica, gorgoteante, circulara entre ellos. Una noche purulenta envolvió cada corpúsculo, una esquizofrenia negra y desesperanzada. Simple y perfecto en otra época, el cosmos adquirió órganos, sistemas y aparatos, y hoy, grotesco y fascinante como una locomotora de vapor expuesta en la vía

muerta de un museo, hace girar sus bielas y manivelas bajo una campana de cristal. E incluso la campana de nuestra mente está incorporada a la desolación cósmica, es un órgano interno que refleja el Todo al igual que una perla refleja por completo la carne martirizada de la concha.

A pesar de ello, el universo no es todo lo que sucede, sino mucho más. Porque si nuestros analizadores, los de cada ser vivo, los ojos, ojos compuestos, ojos como cámaras fotográficas, las antenas con baterías de quimiorreceptores, la línea lateral de los peces, el oído de cócleas temblorosas, las células ósmicas de las fosas nasales, las papilas gustativas, los órganos con los que la araña percibe las vibraciones, esos con los que la garrapata siente el dióxido de carbono, los receptores táctiles de la piel, los que se enroscan en cada fibra del músculo de los órganos bucales del sarcopto, los sensibles al frío y al calor, los animados por las rocas otolíticas del órgano del equilibrio y los otros cien mil sentidos que engullen sin orden ni concierto las vibraciones de la materia, si estas vulvas, estas ventosas, se adhieren a la simetría estelar, pero existen, perceptibles tan solo gracias al súper-órgano del pensamiento, unas supersimetrías, unas estructuras enrolladas sobre sí mismas que anulan, en un nivel superior, el discurrir del pasado hacia el futuro, del todo hacia la nada. El propio cosmos, en un nivel superior al paisaje de las galaxias y los cuásares, se refleja en sí mismo, en una súper-mente cuyo fundamento es la memoria. Existe una memoria universal que abarca, almacena y destruye la noción del tiempo. Existe el Akasha, y el Akasha es la salvación del universo, y fuera del Akasha no existe esperanza de redención. Él es el ojo en la frente del Todo que abarca la historia del Todo con todo lo que es, ha sido y será. En el Akasha no existe la muerte, tampoco el nacimiento, todo es coplanario y todo es ilusorio. Todos los acontecimientos del mundo y cada partícula de sustancia y cada *quantum* de energía están presentes allí en una luz transfinita, en el Recuerdo. Y si incluso nuestro pensamiento (con el que percibimos el Akasha en privilegiados momentos de éxtasis) consiguiera alguna vez, añadiendo quizá una séptima capa al neocórtex o creando otra curiosa base orgánica, volverse sobre sí mismo, tal y como, en algún momento, en el cerebro de un ser peludo, la conciencia se volvió hacia sí misma y se

transformó en consciencia, tal vez conseguiríamos, al igual que los ángeles, detectar la Memoria de la Memoria del mundo, y la Memoria de la Memoria de la Memoria y acaso más allá, hasta el infinito. Y si también la consciencia, convertida así en pre-ciencia, se volviera otra vez sobre sí misma, sería capaz, transformada en omni-ciencia, de elevarse sobre esa telescopía de memorias para ver los pétalos infinitos del centro de la rosa, la araña cautivadora que teje la ilusión, modelándola rápidamente en forma de cosmos, espacios y tiempos, cuerpos y rostros, con sus infinitas patas articuladas.

Nosotros mismos, aunque seamos un órgano insignificante del mundo, somos en cierto modo el mundo entero. Todo está en todas partes de forma simultánea y en cada instante; pues del mismo modo que una barra, al girar rápidamente, describe un círculo compacto e inmóvil, así como el barrido del tubo de rayos catódicos describe la imagen televisada, la lanzadera inicial que empezó a describir el mundo imprimió la misma configuración a todos los fragmentos del ser, de arriba abajo, de los holones a la holarquía, de los eones al pleroma. Todo objeto imaginable —o que desborde la imaginación— está, como un ínfimo ejemplo de homogeneidad universal, estructurado de manera bipolar, todos son como los imanes, estructuras duales, con los polos orientados de forma opuesta. Un polo animal y otro vegetal se manifiestan en todas partes, en cualquier objeto. El primero es el del espacio, el del espíritu, el de la búsqueda y el movimiento, el otro es el del tiempo, el del alma, el de la pasividad inmóvil. Sí, lo masculino y lo femenino, el azufre y el mercurio, el yin y el yang del símbolo de la colina soleada y la sombría. Vivimos en dos medios, así como un árbol vive en el aire y en la tierra, las ramas son sus raíces aéreas, y sus raíces, las ramas subterráneas.

La simetría bilateral de nuestro organismo —pues tenemos dos brazos, dos piernas, dos hemisferios cerebrales, dos ojos, dos pulmones, dos riñones, dos gónadas— oculta habitualmente la sutil simetría arriba-abajo, más elevada, sin embargo, y más verdadera. Pues el diafragma, semejante a un muro entre dos reinos, divide nuestro organismo en dos zonas de polaridades opuestas. Por encima del diafragma dominan los signos de aire y fuego y,

debajo, los de agua y tierra. Que los brazos corresponden a las piernas y la cintura pélvica a la escapular es algo evidente y fácilmente observable. Unas curiosas correspondencias ligan, sin embargo, los órganos de la cavidad torácica a los del vientre. Que el corazón corresponde al hígado, los pulmones a los intestinos y a los riñones, por muy distinta que parezca su morfología, lo puede demostrar cualquier estudio embriológico. Si observáramos a un hombre con los brazos extendidos sobre una cruz imaginaria de san Andrés, mostrando toda su mágica simetría (que es la de una larva, la de un ser en un estadio evolutivo inconcluso), encontraríamos en las extremidades de su cuerpo, entre los brazos y las piernas, la más fantástica, la más extraña y la más embriagadora diferencia, pero también su correspondencia. La cabeza se corresponde con el sexo y toda la mística de la organización animal está concentrada aquí. Los hemisferios cerebrales y los testículos o los ovarios son los mismos órganos, a los que una polaridad opuesta ha llevado a un funcionamiento opuesto y ha obligado a diferenciarse desde el punto de vista morfológico. El cerebro se dirigió hacia el polo animal, que lo modeló convirtiéndolo en el órgano de la relación, de la espacialidad, de la exploración interna y externa, mientras que las gónadas se fijaron a la materialización fecunda del tiempo. Y ambos, en diferentes planos de la existencia, viven y se bañan en la inmortalidad. En el orgasmo de la mente y en los silogismos de la fecundidad, en el esperma del cerebro y en la memoria de los ovarios, se nos aparece, con dos rostros distintos, el angelical y el demoníaco, el masculino y el femenino, el cosmos arrollador, la joya ensangrentada donde habitamos.

El espacio es el paraíso, el tiempo es el infierno. Y qué extraño resulta que, al igual que en el símbolo de la bipolaridad, en el centro de la sombra se encuentre la luz y que en la luz esté la semilla de la sombra. Pues, al fin y al cabo, ¿qué es la memoria, ese manantial venenoso del centro de nuestra mente, del paraíso, con sus pozos de mármol torneado, con su agua temblorosa, verde como la hiel, con el dragón de alas de murciélago que la custodia? ¿Y qué es el amor, el agua límpida y fresca de las profundidades del infierno sexual, la perla cenicienta de la concha de fuego y de aullidos desgarradores? La memoria, el tiempo del reino sin tiempo. El amor, el

espacio del territorio sin espacio. Las semillas opuestas y, sin embargo, tan semejantes de nuestra existencia, unidas por encima de la gran simetría y anulándola en un único sentimiento inmenso: la nostalgia.

Somos animales nostálgicos, una abyección organizada de forma geométrica, como si nuestro progenitor hubiera escupido en la corola de una flor de lis y nosotros nos hubiéramos formado en ella a partir de la flema y el perfume. Pero, dado que, al contrario que el Akasha, la memoria no conoce sino la dimensión del pasado, nuestra nostalgia es un sentimiento mutilado, parcial, que toma por realidad una metáfora y que se enrosca en torno a una media verdad. Todos tenemos la memoria del pasado, pero ¿cuántos de nosotros podemos recordar el futuro? Y, sin embargo, estamos entre el pasado y el futuro como el cuerpo vermiforme de una mariposa entre sus dos alas. Podemos utilizar una de ellas para volar, pues hemos tendido filamentos nerviosos hasta sus márgenes; la otra nos resulta desconocida, como si nos faltara un ojo por esa parte. Pero ¿cómo vamos a volar con una sola ala? Profetas, iluminados, herejes de la simetría anticipan lo que podríamos ser y lo que tendremos que ser. Y eso que ellos ven *per speculum in aenigmate* lo veremos todos con claridad, al menos con tanta claridad como vemos el pasado. Entonces también nuestra torturante nostalgia estará entera, el tiempo no existirá ya, la memoria y el amor serán todo uno, el cerebro y el sexo serán uno, y nosotros seremos como los ángeles.

Que somos las larvas de un ser astral nos lo demuestra nuestro tronco cerebro-espinal. Con la médula espinal a modo de raíz y los dos hemisferios cerebrales como dos cotiledones carnosos, el cerebro guarda un parecido perfecto con los primeros estados de una plantita después de brotar. La carne es la tierra donde ha sido sembrada y cuyos recursos agotará; así también el cerebro será consumido y se arrugará como una nuez para convertirse en un fruto seco, y del centro brotarán, tiernas y luminosas, las dos hojitas, las alas del alma, las alas del espíritu, que abandonarán el semillero de este mundo para, revestidas de la gloria de un cuerpo celestial, ser plantadas en una tierra nueva, bajo un cielo nuevo.

Y el amor doloroso que nace del núcleo del tiempo, nuestra nostalgia de

cada día —larva ella misma de la nostalgia principal y verdadera— proyecta hacia el pasado lo que presente que es nuestro destino y nuestro futuro: busca en la profundidad de los subterráneos, en los sótanos, en las cavas, en las mazmorras y en las grutas del tiempo eso que, tal vez, se encuentre en el aire enrarecido del desván, con sus claraboyas metafísicas. Busca desesperada algo que hay que encontrar, una salida que hay que descubrir, aunque sabe que no existe un órgano para ello. Buscamos siempre al revés, pero cuanto más buscamos en el sentido equivocado, más grandes son la alegría y la certeza que sentimos, puesto que diametralmente opuesto significa estar en el mismo eje y eso ya es un vínculo fuerte. Vemos nuestro objetivo en el espejo, en la ilusión, pero de esa forma sentimos que existe en algún lugar de la realidad. Nuestra ceguera respecto al futuro se parece a la agnosia corporal de algunos enfermos: para ellos, la mitad derecha (o izquierda) del mundo simplemente ha desaparecido, junto con la mitad respectiva de su cuerpo. Para ellos no queda siquiera la nada, es el silencio absoluto de los sordos de nacimiento, la ausencia de toda noción o intuición del sonido. Metáforas, rodeos, aproximaciones, ardidés más o menos ingeniosos, definiciones a través de la negación... Se puede probar todo, pero el que no percibe, aquel para el que no existe una zona de la realidad, se cansa enseguida de preguntar cómo será, a qué se parecerá eso que no va a conocer jamás. Las especulaciones metafóricas son para él simples juegos culturales, símbolos con valor estético, antes que una necesidad profunda de definición. También nosotros nos reduciríamos como mucho a semejantes juegos de canicas si no existiera la nostalgia. Si no nos doliera la pasividad. Si no sufriéramos como perros al no buscar y al no torturarnos con preguntas para las que sabemos muy bien que no tenemos respuesta, porque la respuesta no será una palabra o una frase, sino una modificación real y dramática de nuestro esquema corporal y de la esencia de nuestra naturaleza. No somos como el ciego de nacimiento, sino como el que ha perdido la vista en la infancia y sueña a veces cosas inconcebibles: imágenes y colores, contornos y sombras, labios, ojos, una mano... Sin embargo, solo los reconoce como emociones evanescentes, como un presentimiento lleno de dudas: que algún día verá, y no solo con los ojos, sino con toda la piel del

cuerpo, y no solo con la piel, sino también con las vísceras, con las venas y las arterias, con la tráquea y el esófago, con los huesos pélvicos y con las glándulas endocrinas, con la sangre y la saliva y con el almizcle de su transpiración. Y no solo con el cuerpo, sino con los perros y las acacias y con los bloques de casas y con los coches y con las tiendas de alrededor. Con las estaciones y las constelaciones. Que verá alguna vez con el gran ojo claro y limpio de la totalidad, fuera del cual solo existe la inexistencia.

Abyección y gloria reviste, asimismo, como una mucosidad que puede ser también santa mirra, la forma de nuestro cuerpo. Abyección porque somos gusanos, tubos con una doble simetría, nutrición en el centro, relación y reproducción en las extremidades. Un intestino lleno de heces entre un cerebro y un sexo. Nuestro pensamiento, al que tanta importancia concedemos, no es un fenómeno más sorprendente que la capacidad de los peces abisales de generar luz, que la capacidad del pez-torpedo de producir descargas eléctricas. Tenemos tal vez un órgano que percibe la divinidad, pero es rudimentario, se reduce a una reacción de tipo «más» o «menos», «existe» o «no existe», tal y como los paramecios tienen una mancha roja con la que sienten la luz, sin que puedan «verla». ¿Qué se puede salvar de nosotros? ¿El alma? ¿El cuerpo estelar? ¿La consciencia? Un simple tumor te anula, un núcleo epiléptico enturbia la memoria, la imagen de las nalgas de una mujer te impide pensar, una injusticia te arrastra al más puro delirio paranoico, un sueño te hiela la nuca y te pone los pelos de punta. La armonía de un billón de billones de corpúsculos blandos (sistemas y aparatos compuestos de tejidos compuestos de células compuestas de orgánulos: ribosomas, lisosomas, mitocondrias, corpúsculos de Golgi, núcleos con cromosomas compuestos de cadenas de ADN y ARN compuestas de ácidos nucleicos compuestos de moléculas de una estereosimetría alucinante compuesta de átomos compuestos de partículas nucleares compuestas de cuarks) apenas da lugar a una gota de líquido brillante, de pensamiento claro, en el que se desarrolla el polvo estructurado de los mundos, y eso solo porque alguno de los billones de gusanos con consciencia de sí mismos que se forman acurrucados unos en el vientre de otros viven cuanto se les concede y desaparecen después en el

conglomerado hormigueante de la tierra. Todo ello en un grano de arena de una playa tan grande como el universo. ¿Dónde queda lugar para la salvación? ¿Y por qué alcanzarías precisamente tú, cenagal atómico, la vida eterna?

Gloria porque de la simetría de nuestro cuerpo se desprende la simetría de los mundos en analogías embriagadoras. El embrión humano resume la filogenia del mundo vivo. Nadando en la piscina musculosa del útero, sintiendo el calor de la vejiga urinaria y del recto, translúcidos y con la columna curvada, plegamos nuestras capas embrionarias para transformarnos, sucesivamente, en celentéreos y gusanos, peces de branquias ondeantes y batracios, mamíferos insectívoros y primates, hasta que rompemos la vulva ensangrentada y, manchados de meconio, salimos con la cabeza por delante al nuevo medio, «una tierra nueva y un cielo nuevo», donde se desarrollará nuestra vida hasta el próximo nacimiento. Una relación igual de mágica existe entre las etapas de esta vida y el esquema corporal de nuestra carne, como si nuestra propia vida —si pudiéramos ver el tiempo como vemos un panorama espacial— fuera un ser humano formado de tiempo, con una estructura idéntica a la nuestra hasta en los más mínimos detalles, y que tuviera analogías perturbadoras con el ser gigantesco, cuyos órganos son las incontables generaciones de todos los seres vivos. En cierto modo, al nacer, al jugar, al enamorarnos, al madurar, al hacernos sabios y al morir, vivimos y respiramos las gónadas, las vértebras, los esfínteres, los intestinos, el diafragma, los pulmones, el corazón, la yugular, los maxilares, el cerebro y el cráneo de tiempo de nuestras vidas.

Y si toda nuestra vida no es sino la sombra de nuestro cuerpo proyectada a través del tiempo, tal vez tengamos también una supersombra, una proyección más verdadera y más compleja que el objeto mismo, una sombra que nos habita tal y como el cangrejo ermitaño se extiende en el caparazón del cangrejo anfitrión, pero de otra manera, sin embargo, pues aquí el parásito es muy superior al anfitrión. Constituido por una sustancia espiritual, por el cristal gaseoso que circula por venas de diamante y arterias de jade, por capilares de perla y canales de pórvido, a través de intersticios

de turquesa y canales linfáticos de ópalo, con riñones de jaspe y piel de cuarzo y corazón de circonita y cerebro de berilio y testículos de zafiro, nuestro ángel interior, nuestra sombra interior, superpuesta de forma exacta al lodo apestoso de nuestra carne, nuestro cuerpo celestial, tiene también su anatomía paradójica. Hay siete chakras a lo largo de la espina dorsal y siete plexos en las vísceras. Tres de ellos están bajo el diafragma, en el polo del tiempo y del sexo, de la vida vegetativa. El diafragma, que separa el espíritu de la materia, es el límite de los dos reinos, pues somos seres anfibios entre el cielo y la tierra. Él es la superficie de la tierra: por debajo están las raíces ciegas que tantean entre topos y, por encima, la corona con sus dones que se elevan hacia las estrellas. Bajo el diafragma está Muladhara enroscado como una serpiente al hueso sacro, inervando la serpiente entre los muslos con los cuatro pétalos de luz aceitosa. Más arriba, en la cintura, está Svadisthana, el de los seis pétalos multicolores, el rey de los riñones y de la vejiga, de las células Leydig y del recto, el lugar de la voluntad y de la vitalidad. Manipura tiene diez pétalos e ilumina el plexo solar. Él amansa la anaconda de los intestinos, las lenguas pálidas del páncreas y del bazo, el hígado rojizo con su bolsa de hiel. Sobre el diafragma hay otros tres chakras, los del polo animal, el espacio y el cerebro. Entre las placas de los omóplatos se encuentra Anhata, sede de los sentimientos, el que lava las islas internas de nuestra sangre, el que nutre el timo; la glándula de la infancia, Visuddha, el de los dieciséis pétalos transparentes, ilumina las vértebras del cuello, cuida del ritmo de la respiración, protege los pulmones y la tiroides y abre los ojos helados del intelecto. En el triángulo entre las cejas se incrusta Ajna el de los tres fuegos, pues ahí, en la glándula pituitaria, la reina del sistema nervioso, está también la sede del alma. Pero fuera de esta simetría, fuera del espacio-tiempo, del cerebro-sexo, aunque situada en la parte del espacio y el cerebro, diadema y ojo esférico en la coronilla, Aleph de los Alephs, brilla Sahasrara, diamante de un mundo de diamante.

Deberíamos recordar con los testículos y amar con el cerebro, pero no es así. La memoria está en el centro de la mente, y el amor se encuentra entre los muslos, como si el perverso espíritu se hubiera situado al revés en su féretro de materia orgánica. Quizá una vez, *seguramente* una vez, antes de

topar con el muro del diafragma, el muro del bloque construido en Ștefan cel Mare, el muro tosco de la madurez, los siete chakras y los plexos se invirtieron, de tal manera que pensábamos y amábamos con el mismo órgano, que eyaculábamos y recordábamos con el miembro contrario. Pero después, tal y como en el octavo mes el feto se coloca boca abajo en el útero, nuestro doble de chakras y plexos y rayos dio la voltereta que nos hace tan paradójicos. Tan fascinantes. Y tal vez él sea el feto que se dio la vuelta al presentir el nacimiento. Pues todos somos mujeres, somos úteros que se desgarrarán y se pudrirán para salir a otro mundo, bajo nuevos cielos cristalinos, translúcidos como los crustáceos y con los siete corazones latiendo al ritmo alfa como siete cerebros o siete sexos.

La memoria está en el centro de la mente, debajo del cráneo, bajo la piamadre y el neocórtex sobre los que se extiende, en las zonas sensoriales y motoras, el homúnculo de lengua hinchada y garras de orangután. En el centro del cerebro, envuelta en el sistema límbico, en el fórnix y el hipocampo, los cuerpos mamilares y la amígdala, la memoria chapotea en las aguas estriadas del tálamo y del hipotálamo, y modela ahí las esculturas neuronales, reblandece el mármol de la mente con líquidos fluorescentes. Crea redes ligeras como telarañas, dobladas sobre sí mismas como las bandas de Moebius, apretadas como los pétalos de una rosa incolora. Fluye de lo real a lo virtual y de nuevo a lo real, como si las manos de Escher se dibujaran mutuamente millones de veces por segundo. Pero ¿construye esta lanzadera reluciente e incansable algo más verdadero, algo menos monstruoso que el homúnculo que es su cielo estrellado? ¿Es acaso el cuerpo de tiempo y ensoñación de nuestra vida, desde que el esperma pegajoso se une al óvulo y su cerebro avanza por los mucílagos para mezclarse con el cerebro del sol, hasta que nosotros mismos —esperma de qué inconcebible animal— nos unimos al gran globo de nuestra vida y nuestro cráneo se hace añicos y el cerebro (¿llevándose qué mitad de la información?) emigra por el mucus de la muerte y se fusiona con la mente de la muerte y entonces todo parece en una gigantesca explosión metabiológica llamada renacimiento, es acaso proyectado de manera verídica, creíble, en la pantalla de detrás de las retinas? En la cremallera de

nuestra vida, los dientes no solo son terriblemente desiguales, sino también de diferentes colores, están compuestos por sustancias diferentes, sometidos al azote de los vientos como las velas de las yolas y, por su parte, el tirador, caprichoso como una mujer, salta de repente docenas de dientes como si no existieran, para detenerse sobre uno de ellos un minuto o varias horas, lamiéndolo y acariciándolo, analizándolo minuciosamente, acoplándose con él y haciendo niños, hasta que ese diente se marchita, se ennegrece y cae, y solo entonces se digna el tirador a seguir desplazándose. Resulta ser también un homúnculo, más deforme, más grotesco, más fantasmal que el sensorio, el aborto jorobado de nuestra vida, de su sentido último y oculto. Pero este aborto tiene asimismo un diamante en la frente y con él puede oler a Dios y así hasta la millonésima dimensión, de tal manera que podemos imaginar, junto a un mundo espacial en el que los hombres y los animales desaparecieran de repente y en su lugar existieran, trenzándose en las calles y las casas, solo sus imágenes proyectadas en la corteza, homúnculos de hombres y perros y gatos y ratones..., también un mundo en el tiempo, donde en lugar de vidas reales quedarían las vidas de los seres tal y como las reconstruye la memoria, donde un gesto de la infancia duraría más que diez años de madurez y los órganos temporales aquejados de elefantiasis colgarían por todas partes, mientras que los demás apenas se podrían distinguir.

En lo más profundo del chakra de tres pétalos, en el ojo de la frente, la memoria teje un hombre. Por horrendo que sea (pues el tiempo es el infierno y una criatura de tiempo es un diablo del infierno, o tal vez un eterno condenado), él es nuestro gemelo, y un extraño deseo nos arrastra hacia el otro, a los brazos del otro. Cuando, por la tarde, acostado en mi cama, mientras fuera gritan los niños y flotan las pelusas de los álamos en un verano luminoso, recuerdo escenas y gestos y rostros muy antiguos, oscuros y enigmáticos, fundidos en una emoción pura, entonces lo veo a él, que nace en mi propia carne, pero en otra dimensión, creciendo de mí como una caricatura aterradora y querida. A cada momento que pasa, él se desprende un poco más de mí, se vuelve más descarado y más independiente, crece en sombra y en poder y se eleva sobre mí, estirando

sus garras, sus alas de murciélago, su hocico de dientes curvos, como la dentadura postiza de mi madre, su único ojo en el hueso negro y brillante de la frente. Sale de mí como un insecto, todavía húmedo y blando del envoltorio transparente de su antigua carcasa. Mi memoria es la metamorfosis de mi vida, el insecto adulto cuya larva es mi vida. Y si no me zambullo valientemente en el abismo de leche que lo rodea y lo esconde en la crisálida de la mente, nunca sabré si he sido, si soy una mantis voraz, una araña ensimismada sobre sus patitas interminables o una mariposa de una belleza sobrenatural.

Recuerdo, es decir, invento. Transformo el aturdimiento de los instantes en oro pesado y aceitoso. Y, en cierto modo, transparente, cada vez más transparente a medida que el pozo de mi cerebro se hace más profundo (y yo, un esqueleto inclinado sobre el brocal, contemplo mis ojos soñadores reflejados en el agua dorada). Ese hialino donde se encuentran, como tres flores heráldicas sobre un escudo, el sueño, la memoria y las emociones son mis dominios, mi mundo, el Mundo. Ahí, en ese cilindro reluciente que desciende a mi cerebro. Ahí, como una muestra expuesta en un grueso frasco de cristal verdoso, pálido y abotargado por el alcohol, yace él, con los párpados rasgados como los de los asiáticos, con una sonrisa extática y borrosa, con el cordón umbilical enroscado en torno al vientre. ¡Qué bien lo conozco! ¡Con qué fidelidad lo imagino! ¡Oh, gemelo mío, abre tus párpados cargados de rímel, aprieta tus dulces labios pintados, hínchate hasta hacer añicos el matraz y, a través de las esquirlas del cráneo, a través de los mucílagos orgánicos, sal a la luz! Ilumina con el ojo entre las cejas las páginas de piel nacarada de este libro. De este libro ilegible, de este libro.

Mi madre tenía en la cadera izquierda una gran mancha rosa-violácea en forma de mariposa. El cuerpo vermicular se extendía horizontalmente desde el vientre hacia la nalga, una de las alas descendía por el muslo y la otra subía hacia la cintura. Recordé esto en la adolescencia, y no en una ensoñación vespertina, sino en un sueño. Soñé, una noche de julio, después de vagar horas muertas por las calles del centro contemplando atentamente las estatuas, que mi madre estaba tumbada en la cama con una sábana de satén blanco, primorosamente arrugada, semejante al forro de los joyeros. Era grande y blanca como el mármol, su piel transparente dejaba ver las venitas y las glándulas sudoríparas, y en la cadera izquierda se había posado una mariposa tropical de colores deslumbrantes, apoyada en sus patitas finas y nerviosas. Cuando desperté, me acordé de que mi madre tenía una mancha de lupus eritematoso en la cadera. La había visto muchas veces, tiempo atrás, cuando en las tardes tórridas andaba desnuda por casa. La conocía desnuda, cuando tenía dos o tres años mis ojos la habían visto y la recordaban. Pero después, cuando nos fuimos a vivir al piso y mi madre tejía alfombras, solo podía verla desnuda de la cintura para arriba, con los pezones del mismo color que la mariposa de la cadera que ahora tenía vedada. Y más tarde, cuando nos mudamos a la casa de Floreasca, no me estaba siquiera permitido ver el pecho de mi madre, como si esta mujer de la que yo había nacido fuera un territorio de piel húmeda, con granos y lunares, que yo dominaba señorialmente en otra época, y que me había sido arrebatado después, palmo a palmo, al cabo de una serie de desgraciadas batallas. En estas no solo perdí hectáreas de muslos, vello púbico, axilas y pechos y arrugas del vientre, sino que también resulté herido, mutilado por cuchillas de acero en las que ponía algo con letras desconocidas. En cinco años perdí irreversiblemente el cuerpo de mi madre y me alejé de él, fui apartado con tanta crueldad que solo pensar en él y recordarlo lobotomiza mi mente con las mismas cuchillas ensangrentadas. Por eso, cuando soñé

con la mariposa en la cadera, me desperté con una horrible sensación de náusea. ¿Dónde había guardado hasta entonces mi mente esa imagen? ¿Era siquiera auténtica? Más que la mancha propiamente dicha, recordaba más bien mi asombro al contemplarla. ¿Acaso mi abuela, de la que no me acordaba en absoluto, como si a mi madre la hubiera hecho mi abuelo solo, había robado una mariposa? ¿O, soleándose desnuda en la orilla del Sabar, mientras llevaba a mi madre en su vientre, la había rozado la sombra de unas alas delicadas?

Me quedé en la cama hasta que se hizo noche cerrada, cortada únicamente en tiras de rayas eléctricas en el techo y las paredes por los destellos de los tranvías de Ştefan cel Mare. Estaba excitado y triste. Si cerraba los ojos, veía bajo los párpados las decenas de estatuas que había contemplado, intentando comprender cómo podría ser el pensamiento de aquellos hombres de bronce verdoso y de piedra, hombres ilustres a los que unas musas rubicundas tendían plumas de oca o coronas de laurel igualmente oxidadas. ¿Cómo harían el amor estas mujeres de útero de mármol? Sí, en la profundidad de la noche, cuando los tranvías se retiraban, los hombres ilustres bajaban de sus pedestales, agarraban a sus musas del pelo y las arrastraban a los bosquetes del parque. Penetraban con sus penes de metal bruñido los labios humedecidos por el rocío nocturno. Los atlantes se acoplaban con las gorgonas de yeso de narices rotas, de tal manera que los balcones cargados de adelfas se derrumbaban sobre el empedrado. Pero interrumpí mi ensoñación erótica porque un balcón así, en el primer piso, con tiestos de adelfas y geranios, *existía* en algún sitio, había venido desde alguna parte a la realidad, estrechamente ligado a la mancha de lupus de mi madre. La mancha del color de la dentadura postiza (¡ah, ahora me daba cuenta!), la mancha siniestra. Siniestra. Silistra. En Silistra había una casa con un balcón sostenido por unos atlantes. Mi madre me llevaba en brazos de la tienda a casa, arrebujado en mi abrigo, y mi cabeza pasaba justamente bajo los pubis desconchados y pintados en un amarillo sucio de aquellos dos barbudos tremendos, doblados por el peso del balcón. Miraba hacia arriba y, dibujada sobre el cielo blanquecino, adivinaba a una vieja cuyo cabello blanco caía en cascada como los de las doncellas. Pero todo lo

demás parecía fundirse en la bruma, estaba perlado y desvaído, y, ciertamente, el resto se disolvió en el sueño.

Por la mañana me desperté nervioso y ausente en medio del piar estridente de los pájaros y la intensa luz dorada del verano. Me levanté de la cama arrugada, recorrí las habitaciones pintadas en colores apagados, oliva y beis, y entré en la cocina, donde mi madre trajinaba atareada entre las sillas mugrientas. Tomé, en silencio, un café con leche en el que mojaba las rebanadas de pan. Con la miga hacía bolas marrones, atravesadas por rayas, y las arrojaba a las tazas sucias del fregadero. Salí un poco al balcón. El molino Dâmbovița, en otra época reluciente con su traje de ladrillo rojo, estaba ahora blanquecino por la harina y el polvo depositados sobre el tejado lleno de salientes de hojalata, sobre las ventanas redondas y rectangulares, sobre las grapas que sujetaban unas paredes de más de cien años. De la mezcla del ladrillo y el blanco salía un color indefinido, triste, el de todos los molinos antiguos, fábricas y talleres ruinosos, devorados por el tiempo y por la vegetación. Porque, cubriéndola hasta la cintura, a su alrededor se elevaban unos chopos negros como el betún, con hojas de un verde carnavalesco, que lamían los viejos muros pálidos y los cubrían con oleadas de plumón. La pelusa de los álamos, que caía como nieve de julio, se acumulaba a los pies del molino, se enredaba en los huecos y las grietas entre los ladrillos, se trababa en las patas de las palomas que poblaban el tejado, brotaba en algún trocito de tierra y echaba ramitas a través de los postigos de las ventanas, opacas por la harina. Un cadáver gigantesco, unos escombros que aún funcionaban (en su interior se oía día y noche el zumbido de los cedazos eléctricos), dominaba la parte trasera de nuestro bloque, rasgando las nubes con sus frontones de castillo medieval, igualmente ruinosos y tristes. El molino tenía un patio enorme —desierto y silencioso bajo el sol— donde se encontraban los pequeños edificios destinados a la administración; un tosco muro de hormigón lo separaba del territorio de los niños que salían por la mañana de los ocho portales del bloque y se desperdigaban por su sombra, iluminándolo con trozos de espejo y gritos estridentes. A lo lejos, a la izquierda del molino, se adivinaba el contorno de la Casa Scânteia,[8] en cuya cúspide brillaba una estrellita

roja. A la derecha, durante una época se podía divisar el Circo Estatal, borrado ahora por la carne, los nervios, los músculos y los huesos verdes de los álamos. Solo desde la azotea se veía el Circo, posado sobre la campa como un platillo volante. Los álamos plantados a unos pocos metros del bloque se elevaban hasta el quinto piso, donde vivíamos nosotros, así que podíamos tocar, estirándonos, sus ramas delgadas y frondosas, plagadas de palomas. Una paloma había empollado el año anterior, durante tres semanas, una pelotita de ping-pong que había caído en el desagüe de nuestro balcón. Estuve media hora en el balcón, en pijama, contemplando las nubes, más blancas que el cielo blanco, rodeadas de luz, y, cuando volví a entrar en la cocina, tuve la sensación de entrar en una cava siniestra. En aquella densa penumbra mi madre parecía una gitana olvidada en una silla, junto a su infiernillo, toda oscura y sudorosa, excepto los ojos, que captaban el despliegue cegador del cielo de verano. Avispas con corazas amarillas revoloteaban por todas partes, pues habían hecho un nido en la rejilla de la ventilación y se colaban entre sus láminas metálicas. Por el cuerpo de mi madre, como si fuera una extraña domadora, al igual que por su cabello fino y escaso, que siempre sería castaño, ajeno a las canas, se paseaban avispas del tamaño de un dedo que movían con energía sus mandíbulas y hacían girar las alas como ventiladores. Le dije que me iba a dar una vuelta, me vestí y salí a la luz cegadora del exterior.

Mis camisas de manga corta me quedaban siempre estrechas de hombros, así que en la pechera se formaban unas arrugas grandes, oblicuas, que me marcaban un pecho más hundido de lo que era en realidad. Al salir del frescor del piso, empezaba inmediatamente a sudar unas gotas grandes que caían del vello de las axilas sobre la piel ya húmeda. Bajo mis camisas rosadas o verdosas, el tórax encorvado nadaba en el color transparente y el agua. El asfalto se hundía a mi paso. Me contemplaba en el escaparate de la tienda de muebles y me veía entre accesorios de cocina y ficus: un chaval de rostro afilado como un cuchillo y caminar vacilante. Si me sentía observado por alguien, mis pasos se volvían torpes y mecánicos, como si siempre tuviera miedo de no saber cómo caminar y de caer en el asfalto de un momento a otro. Hasta Obor caminé por la sombra, cegado por el brillo de

los parabrisas y de las ventanas, memorizando de forma inconsciente la amplia curvatura de los bloques que culminaba ante al cine Melodía.

Desde Obor, sabía que tenía que seguir calle arriba por Colentina. La ciudad presentaba ya un aire de suburbio. Entre los coches se colaban carros tirados por caballos, tenían ruedas de automóvil y unas tablas azuladas o verdes decoradas con sirenas, ciervos y motivos florales. Dejaban a su paso boñigas amarillo-verdosas, globulares. También la gente era distinta. Las mujeres se cubrían con pañuelos y vestían faldas de percal, lucían coronas dentales metálicas con las que se sonreían unas a otras cuando salían por la puerta de las fábricas, cargadas de bolsas y cestos. Parecían unas gallinas grandes con la cresta lacia. Grupos de gitanos ocupaban las aceras, agachados, a la espera del tranvía, ellas vestían faldas fruncidas, de flores anaranjadas y rosas, y chaquetas de hombre; ellos, con traje negro y sombrero, se apoyaban en unos sacos abultados, increíblemente pringosos. Me gustaba, sin embargo, su olor a barrio, a podredumbre natural, como ese olor inconfundible del campo donde se mezclan la fermentación de la fruta en las barricas de *țuica*, la lejía de las lavazas arrojadas al suelo trazando un semicírculo, la savia de la abrumadora vegetación que en verano oscurecía las miradas. Obreros en bicicletas viejísimas, de hierro macizo, con dos o tres sifones azulados sujetos con una cuerda a la parrilla trasera del sillín, pedaleaban lentamente con sus zapatillas blanqueadas por la cal. La carretera ascendía amarilla hacia el ocaso, flanqueada por el laberinto verde de los árboles.

Pasé por delante de Suveica, la fábrica de tejidos en cuyos telares había trabajado mi madre; salía al atardecer ahogada por las mosquitas y asqueada por las náuseas que le provocaba el tufo a grasa rancia de la fábrica de jabón contigua. De camino a casa —y durante toda la noche de después— sentía en los oídos el zumbido de los telares entre los que había bregado todo el día. Sobre la puerta de entrada, con letras de metal rojo en forma de arcoíris, decía «Viva el Partido Comunista Rumano», y en un cuadro de honor, con fotos en blanco y negro del tamaño de una postal, las campeonas en productividad sonreían como tontas, mujeres de rostros deformes, masculinos o infantiles, con permanentes, con ojos apagados. Los vestidos

de lunares, ya fueran blancos sobre un fondo oscuro, ya fueran al revés, y con un cuello blanco, como un uniforme escolar, parecían la moda universal de la época en el limitado escenario entre la fábrica, la plaza y el hogar.

Me detuve, contrariado, en Teiul Doamnei. Había empezado a notar, con el olfato de la mente, los efluvios de la casa de Silistra. Pero ¿de dónde procedían? Desde que nos mudamos de esa zona, recordaba haber vuelto una sola vez: veía como en sueños un viaje en tranvía, una plaza empedrada con adoquines cúbicos, el fantasma de unos edificios abstrusos, amenazadoramente inclinados... Nada más. Pero ahora, desorientado, daba vueltas por el barrio de casas ruinosas, con relojerías y cerrajerías, preguntaba a algún viejo —sí, la calle estaba por aquí, en alguna parte, la conocía todo el mundo, pero creía que no se llamaba Silistra, que tenía otro nombre, nadie sabía cuál...—, y habría regresado a casa si, de repente, en el aire enrarecido de mi mente, el recorrido de ese día no se me hubiera aparecido como un imagen deslumbrante llegada de no sé dónde: era como el esqueleto cristalino del ala de un pájaro o, más bien, de un mamífero volador. El húmero se extendía desde mi bloque hasta Bucur Obor, el radio y el cúbito, ensamblados, desde Obor hasta Teiul Doamnei, y allí se abrían los huesos de los dedos, exageradamente largos, que terminaban en unas fuertes garras. Cuando vi, en uno de los dedos de la fiera, una especie de anillo de oro macizo, supe que había encontrado (pues todo descubrimiento es un recuerdo) la calle y la casa mística de mi nacimiento. Solo tenía que cruzar la carretera y adentrarme en las callejuelas del barrio de enfrente.

Pero la deslumbrante ala no tenía, al parecer, solo cinco dedos, sino una maraña entera. Caminé varias horas, bajo un sol tropical, por calles idénticas, tristes, suburbiales, con casas burguesas y casas populares, con cometas enredadas en los cables del telégrafo y tórtolas cantando en el follaje de las moreras, doblé esquinas y leí las placas con los nombres de las calles: Bujoreni, Zorilor, Sadova, Maior Anastasie Petru, Perișani... Contemplé, hipnotizado, ruinas devoradas por las malas hierbas, con los marcos de las puertas y las ventanas arrancados y con un niño mugriento arrastrando una banda de latón recortada, farfullando algo en las estancias pintadas de azul. Pregunté a unas mujeres mayores, en zapatillas, dónde

estaba la calle Silistra. «Ah, Silistra..., creo que es la segunda por ahí. Pero ¿a quién buscas, hijo?» Me quedé de piedra cuando, al fondo de una calle lejana, transversal respecto a las que había recorrido hasta entonces, vi, recortada sobre un cielo salpicado de nubes, una torre melancólica y austera, la de mis sueños de siempre. La torre de verdad tenía, sin embargo, en la planta baja, una ventana de pesados postigos de chapa ondulada. Mientras permanecía inmóvil en la calle desierta, frente al gigantesco edificio, tuve la certidumbre de haber estado allí antes y una curiosa fascinación me empujó a abrir la puerta de madera sin pintar. La escalera de caracol, con su balaustrada de piedra fría, estaba ante mí. Subí temblando como una hoja. La pintura de la pared era verde, aceitosa. En un tiesto se erizaba un cactus atacado por los hongos, pálido y enclenque. Llamé, apoyándome en el frescor de la balaustrada, a la única puerta, con una gran mirilla pasada de moda, del minúsculo rellano. Envuelta en la luz turbia que procedía de un único ventanuco, me abrió Anca. Entré en un vestíbulo que olía a alfombras polvorientas. El comedor estaba cargado de objetos viejos, de figuras de porcelana melladas y de plata casi negra. En un cuadro aparecían la torre y Anca —jugando a la rayuela delante de ella—, pintadas en estilo naif. Junto a la torre, en la pintura (que no en la realidad), se alzaba, verde oliva, un ciprés.

Mareado aún de tanto dar vueltas por los meandros del barrio de Colentina, con la camisa empapada de sudor, agradecía el frescor del apartamento oscuro y silencioso. Anca me trajo, en un platillo, una cucharada de confitura de rosas y, mientras la tomaba, contemplando las volutas y filigranas del mango de la cuchara, me habló de su infancia.

[8]. Es el edificio que actualmente se conoce como la Casa de la Prensa Libre. Fue el más alto de Bucarest entre 1956 y 2007.

Su madre trabajaba como prensadora en una troquelería. Ocho horas al día, de lunes a sábado, haciendo lo mismo. Sentada en un cajón de madera podrida, ante la gigantesca y grasienta prensa hidráulica, introducía trozos cuadrados de hojalata entre las mandíbulas de la maquinaria. Un cilindro pulido descendía violentamente, troquelaba el metal y se elevaba también con brusquedad, en medio de un ruido ensordecedor. En el taller había ocho prensas que funcionaban sin interrupción. En cada una trabajaba una mujer en bata azul. Todas las mujeres estaban casi sordas. Todas tenían los dedos enteros, pues las que se los habían pillado no habían vuelto por allí. La madre de Anca trabajó en el taller hasta que sintió los dolores del parto (a la niña no le costaba recordar el estruendo de las prensas, tal y como lo había oído, difuminado a través del líquido amniótico, desde que no era más que una salamandra). Se dirigió a la maternidad en tranvía, en medio de la aglomeración alegre y sudorosa de una tarde de sábado.

Anca creció en la torre, una de las antiguas dependencias de ladrillo rojo de un taller de comienzos de siglo, demolido años después. Un terreno baldío —con unas cuantas máquinas negras, grasientas, ruedas, bielas, muelles y la carcasa del vagón de un tranvía, con la pintura reventada y sin ventanas— extendía sus malas hierbas y sus basuras detrás de la torre. Allí jugaba la niña, sentándose en una de las banquetas de madera del antiguo tranvía y fingiendo pasearse con él, atrapando saltamontes cenicientos y marrones que zumbaban intentando escapar de entre los dedos, rozando con el vestido (que tenía un capullito de terciopelo amarillo en el bolsillo delantero) las piezas embadurnadas de aceite... Cuando anochecía y el cielo se tornaba púrpura, y una ventanita se encendía en lo más alto de la torre, Anca sabía que tenía que volver a casa. Sin embargo, a veces se demoraba en el descampado, recogía bolas de papel arrugado con fotografías a color, se quedaba escuchando la sirena de la fábrica cercana o correteaba simplemente de aquí para allá hasta que la luz se impregnaba de tierra y

aparecía la luna.

«¡Mircea, todo era tan extraño entonces! La luna surgía como un inmenso bloque de hielo y hasta las flores de los antirrinos silvestres adquirían el color pálido de la luna. Una pared medianera o un muro medio derrumbado empezaban a brillar mientras todo lo demás se hundía en la sombra. Y detrás del muro aparecía siempre, aquellas noches, Herman. No me daba miedo, se acercaba muy despacio mientras yo estaba agachada, con la falda cubriéndome las piernas, contemplando algún trozo de vidrio. Nunca respondía a la primera cuando me llamaba mi padre, a pesar de que, en el silencio que me rodeaba, su voz sonara fuerte y clara como la de un ángel, porque me gustaba *muchísimo* estar con Herman. No me cogía de la mano, era yo la que cogía la suya, y nos dirigíamos siempre hacia la cercana casa en ruinas, en cuyo tejado se abría un agujero tan grande como una habitación entera. Pasábamos entre las matas de equisetos que crecían incluso en el umbral y penetrábamos en el azul fluido de la habitación bajo el cielo raso. Allí, cogidos de la mano, frente a frente, sus ojos, azules como los míos bajo la luz, se tornaban de un blanquecino transparente, como los de los peces, y

en su cristal, arañado con la punta de una aguja, veía mi busto y el papel floreado, ajado, en la pared de detrás. Como ya entonces estaba encorvado —tenía los hombros más caídos que he visto nunca—, se veía obligado a echar la cabeza hacia atrás para poder mirar de frente. El hecho de que allí, en aquella habitación en la que todo parecía flotar, me despojara siempre de la camisa, desabrochándola con cuidado y desnudando mis pezones negros sobre un pecho casi plano, me parecía divertido y misterioso, y no me asustaba en absoluto porque él nunca me tocaba el pecho, solo me miraba o, como mucho, me colocaba un mechón de pelo por delante, estirándolo hasta donde terminan las costillas. Empezaba a hablarme de un mundo que para mí era natural, próximo a este y, sin embargo, inaccesible. La voz de Herman, monótona y grave, era un túnel que me llevaba directamente hasta allí. De repente, el túnel se ensanchaba, se formaban unas arrugas carnosas y blandas y un mundo cegador se mostraba ante nosotros. Docenas de lunas rojizas hacían arder el agua abarrotada de veleros en una amplia bahía

rodeada de colinas en las que palacios de cristal, pagodas de berilio, campanillas de crisolita se amontonaban simplemente unos sobre otros, como borlas de una fabulosa arquitectura. Nuestra fragata se acercaba a la orilla y desembarcábamos en las gradas de mármol rosa, tallado en volutas y contravolutas, de una escalera que nacía en las propias olas y ascendía hacia una fachada grandiosa. Las columnas del pórtico eran tal vez cincuenta veces más gruesas que yo. Las estatuas superiores, colocadas en soportales enrojecidos por la luna, simbolizaban probablemente los vicios o las virtudes. Ventanas ciegas, redondas y rectangulares se perfilaban en la fachada translúcida y límpida como un espejo. Entrábamos en el palacio de mármol, vaciado de muebles, de tapices, de pinturas, y, por fin, en una de las salas, en un trono de mármol, encontrábamos a una niña con la cabeza rapada y el cráneo adornado de tatuajes miríficos. Otra noche, en otro palacio y otra sala, en lugar del trono encontramos, en el centro de la caverna de mármol, una prensa hidráulica de las del taller de mi madre. Un trozo de latón sobresalía de sus mandíbulas, y en él estaban troqueladas unas letras. Formaban una palabra, un nombre que no había oído jamás.

»Herman venía cada dos o tres noches y conversaba conmigo, no mucho más de una hora, en la casa derruida. Recortada sobre la luna, las patas de alguna araña brillaban transparentes en un extraño ritual. Hablando con su tono monótono y triste, el joven cargado de espaldas iba destramando la tela ligera con que estaba tejida mi vida: los estampados que representaban nuestra torre, el descampado, a mi madre y a mi padre, las muñecas, a las hijas de los vecinos, para construir en su lugar otros muchos paisajes con templos de mármol disueltos en luz. Una noche, después de que me hubiera guiado por la galería de una mansión con ventanas sostenidas por *putti* y guirnaldas, por unos pasillos rectangulares salpicados de nichos en los que dormían unas urnas panzudas, llegamos a una estancia en ruinas, a través de cuya ventana sin marcos y llena de malas hierbas ardía la luna. En aquella habitación yo miraba a Herman a los ojos. Estaba desnuda hasta la cintura, como siempre, y mis cabellos caían desde los hombros hasta los pezones. Mi amigo tenía en la mano una maquinilla níquelada, una especie de tenazas con una parte más ancha llena de dientes. Se acercó a mí y,

sonriendo, hizo con los dedos de la otra mano el gesto de cortar con tijeras. Me dejé rapar al cero; banda a banda, mis cabellos caían brillantes a mi alrededor. Luego me dejé rasurar la cabeza con una cuchilla de esas antiguas que se pliegan en una funda. Al final, Herman pasó los dedos por el hemisferio limpio que protege mi cerebro con la misma voluptuosidad con que acariciaría el pecho de una mujer madura. Fue la única vez que sentí miedo. Solo entonces distinguí unos instrumentos de forma desconocida dispuestos sobre la mesa de tablones. Algunos se parecían a los trozos de metal que solía encontrar en el descampado junto a las piezas grasientas y la carcasa del tranvía. Otros tenían en el extremo unas agujas largas, inquietantemente curvadas. Con ellos, a lo largo de toda la noche, Herman tatuó mi cráneo, laborioso como una gran araña, trabajando maquinalmente en silencio. ¿Qué lámina anatómica fantasiosamente coloreada, qué constelaciones del mapa del cielo de otro planeta, qué encaje almidonado del gorro de una holande-sa rolliza había grabado Herman en el hemisferio de mi cráneo? Nunca llegaría a saberlo. En aquellas largas horas de sufrimiento por los cortes de la cuchilla, los pinchazos y la inyección de tintas multicolores, yo miraba alrededor, moviendo solo los ojos, y observaba, como en esos pasatiempos con imágenes casi idénticas, ciertas discordancias entre la habitación ruinosa que yo conocía y esta en la que me encontraba ahora: la forma del picaporte oxidado, la del enchufe arrancado de la pared, la del trozo de papel pintado desgarrado eran distintas, aunque no conseguía apreciar en qué se distinguían. Tal vez la diferencia no estuviera en ellas, sino en mí, en mis emociones, incluso en mi aspecto (seguro, seguro que estaba ahí, pues recuerdo que, mirando profundamente los ojos de pez de Herman, vi a una princesa extraña de un lejano país, con la cabeza rapada y las orejas curiosamente grandes. Fue la única vez que me vi hermosa).»

Anca volvió a casa al amanecer, agotada, con los huesos agarrotados, con la aguda sensación de que aquel no era el mundo en que había nacido, de que el solar era distinto, de que las nubes adoptaban en el cielo de la mañana unas formas imposibles, proféticas, de que incluso los gorriones que picoteaban las basuras no parecían ser tal y como eran en realidad, sino completamente distintos, aunque su forma fuera idéntica a la imagen que

Anca conservaba en su memoria. Su padre miraba por el ventanal de la torre, pálido e insomne, con el cabello alborotado por el viento frío. Cuando la divisó, permaneció inmóvil un instante y luego se retiró de la ventana. «Bajó a trompicones la escalera espiral y se abalanzó sobre mí. Me abrazó, y sentí su olor a masilla y a estopa. Mi cabeza estaba helada y dolorida. La piel inflamada trazaba en mi mente una red de dolores lineales y dolores puntiformes. Apoyé mi cráneo sobre su pecho y así nos encontró mi madre, que venía corriendo de la casa de un vecino que tenía teléfono. Había llamado a todos los hospitales, a la ambulancia, a la policía... Subimos los tres las escaleras de la torre, una vez arriba me encerraron en una habitación sin espejos, y allí permanecí hasta que pasaron, girando pesadamente, el otoño, el invierno, la primavera y de nuevo el verano. Mi cabello creció como los tallos, como una hierba castaña, y aquel año me salieron mechones de pelo en los sobacos y en el bajo vientre, así que me espantaba la idea de que aquellos pelos rizados y brillantes me cubrieran por entero, a excepción de los pezones y los ojos, como si fuera una perra. ¡Qué soledad viví mientras se redondeaban las cúpulas de mis pechos! ¡Mientras se suavizaba mi piel! Yacía horas muertas acurrucada en mi cama húmeda, con las manos entre los muslos, mojando la almohada con saliva y lágrimas. En cuanto vio, pálida, el dibujo colorido de mi cráneo, mi madre empezó a odiarme, ya solo entraba en mi dormitorio para gritar que estaba sucio o que olía mal, que llevaba días sin lavarme. No me dijo nada cuando me desperté una mañana, muerta de miedo, con una mancha de sangre en la sábana, entre las piernas. Me trajo tan solo una palangana con agua jabonosa en la que lavé la tela áspera. Cuando entraba de repente en mi habitación con su cara de obrera atribulada, con su olor a jabón barato, Cheia o Cãmila, con un plato de sopa en la mano, algo se ablandaba y se escurría en mi interior dejando un vacío insoportable entre las costillas: no quería, ni muerta, hacerme mujer, ir a la fábrica, cocinar, fregar, coser, que mi marido me agarrara por la noche, me arrojara sobre la cama, me montara y me maltratara, como había visto que hacían mis padres a veces. ¿Por qué no se iba mi madre de casa? ¿Por qué no salía? ¿Qué clase de vida era esa entre la casa y la fábrica, con un solo vestido que duraba varios años, con un

sujetador que parecía más bien un trapo de cocina y unas bragas hechas trizas de tanto escaldarlas? Algunas veces iba a la peluquería, de donde regresaba con unos ricitos ridículos que se deshacían al cabo de unos días. Cuando se le hacía una carrera en la media, la llevaba a arreglar donde una señora que trabajaba de la mañana a la noche en un cuartucho con escaparate, en el que apenas cabía su cuerpo rollizo, como una oruga con vestidos estampados. Sí, mi madre había venido a este mundo para vivir sin alegría y sin esperanza alguna. Por eso no me enfadaba cuando veía que me odiaba. Veía en ella mi desgraciado futuro de pintora de brocha gorda o tejedora o prensadora, pues por aquel entonces no imaginaba que fuera posible otro tipo de vida. Y tal vez no lo sea.

»Unas cuantas veces vino a casa mi tutora, pues tenía que empezar el bachillerato y no me había presentado en la escuela durante todo el otoño. En septiembre mi cabello había crecido y parecía un cepillo, así que el tatuaje estaba ya cubierto. No fui a clase en todo el curso. Los médicos me encontraron un problema de huesos o de corazón —ya no me acuerdo— que me permitía aplazar los estudios un año, pero leí mucho, pues cualquier cosa era mejor que estar en la cama o dar vueltas alrededor de la mesa. Y también soñé mucho, más que nunca: una vez escuché en la radio que los embriones sueñan en el útero materno, que sueñan (¿con qué?) casi todo el tiempo. Y yo, encerrada en la habitación, acurrucada debajo de las sábanas, era tan solo un fruto de carne que maduraba en la sombra. Soñé con tu llegada, soñé una noche tu rostro con todos sus detalles, por eso no me inmuté cuando llamaste al timbre, sino que te hice pasar como si fueras un viejo amigo, como invitaría al propio Herman si viniera alguna vez. En mi sueño, tú vagabas por las calles silenciosas y soleadas de un barrio humilde, eras como la mano de un ciego que se adentra en eso que, si no fuera invisible, se podría llamar realidad, como si pudiera existir algo ahí donde no hay nadie para percibir su existencia. Contemplaba desde el ventanuco cómo te acercabas, cómo cruzabas el solar lleno de extraños mecanismos de relojería (en lugar de la carcasa del tranvía, ahora podía verse, con unas ruedas relucientes, un tranvía nuevecito, de cristales irisados, recién pintado de rojo y amarillo, con escalerillas levadizas en las puertas, un número muy

visible en la parte lateral y una pequeña plataforma trasera), cómo llegabas al ciprés —talado, de hecho, hace unos cuantos años— enfrente de la torre, cómo leías la tontería que había escrito en el muro con una tiza naranja Dănuț, el hijo del vecino albañil, y cómo sentías que tenías que entrar y subir hasta mi casa. Te llamé entonces, en sueños, por tu nombre: “¡Mircea!”, y supe que, al cabo de unos años, lo oirías.»

La confitura de rosas me había causado un dolor lacerante en la base de la nariz. La había terminado y ahora rascaba distraído, con la cucharita, el fondo del platillo de cristal grueso, impregnado de restos de sirope. Herman. ¡De qué forma tan extraña empezaba a relacionarse todo! Siempre había confiado en que mi vida transcurriera de forma completamente distinta a la de los demás, sería una vida con sentido, un sentido tal vez inaccesible para mí, pero visible desde algún lugar superior, como un dibujo sobre un sembrado inmenso. Nada podía ser casual. Cada persona conocida y cada dolor de muelas y cada mota de polvo vista en un rayo de luz (o tal vez no vista, sino tan solo presente para cubrir con su ínfima geometría una esquinita del fractal infinito de mi vida) e incluso la más vaga sensación de hambre o de inquietud no eran sino motivos y manchas coloreadas de esa alfombra que se enrollaba y se desenrollaba por sí misma, envolviéndome como un capullo de seda o como las vendas de una momia abigarrada. E incluso yo, la mariposa momificada, era tan solo un motivo que jaspeaba el cañamazo con la lana de mi sangre. En la entrada del laberinto vigilaba Anca, en su torre solitaria, con su cráneo tatuado cubierto de pelo, al igual que yacen en la jungla y en Ernst los templos mayas cuajados de crótalos. Una luna llena, inmensa, amarillea a veces sus escalones. Los ojos azules de Anca iban a ser lo único constante a lo largo de su vida, desde que era una niña hasta la vejez, como si el volumen fluctuante de esa vida hubiera sido una sucesión de fotografías insertadas en dos barras azules. Pero una Anca anciana, colgando fofa de sus propios ojos, me parecía una imagen inconcebible, pues ella no podía tener un destino propio, separado del mío, su interior era compacto y homogéneo como el de las estatuas. Anca no era más que una breve aparición en mi existencia, un autómatas concebido para unas cuantas réplicas, como cada ser u objeto que he encontrado en alguna ocasión. La botella de zumo que vacié en algún momento de mi infancia había aparecido para que bebiera de ella. No había sido nada antes y no

sería nada después de que la soltara y se perdiera de mi vista. Una mujer que, por la calle, me hubiera mirado un instante y luego, con la misma expresión, hubiera mirado el escaparate de la ferretería había existido solo ese instante, moldeada con mucho yeso y una pizca de color, y se había desvanecido al momento en la circulación bulliciosa de la calle. ¿Qué haría Anca en la vejez? ¿Cuidaría de sus nietos? Pero la silla en la que me encontraba entonces, mientras la contemplaba y bebía un vaso de agua fría, no la había fabricado un carpintero con madera traída de la montaña, y la madera no la habían cortado de un abeto que hubiera vivido treinta años en la soledad verde del bosque de coníferas, y el abeto no había brotado de una semilla caída en el suelo, entre agujas de abeto putrefactas y helechos. Al cabo de un año no la habrían vendido, no la ocuparía nadie más, y al cabo de diez años no se desmembraría, no sería utilizada para tapar el agujero de una valla y su madera no se llenaría de hongos y líquenes allí, en un huerto de ciruelos, hasta que los clavos se oxidaran por completo y la madera pasara por los intestinos de la carcoma para mezclarse con la tierra. La silla no tenía historia, sino que se había formado únicamente para existir durante una hora, en una casa construida para una hora, habitada por una chica que tenía ya unos pechos grandes y redondos, pero sin cualidades, sin suavidad y sin calor, sin estructura interna. Si me hubiera acercado a Anca y hubiera acariciado sus pechos, estos habrían adquirido entonces, al momento, elasticidad y perfume, para volver a perderlos al instante. Avanzaba despacio por un camino predestinado y alguien creaba la existencia a mi alrededor. Sí, estaba seguro: construían mi vida, un artista metafísico inventaba segundo a segundo millones de detalles, accesorios exuberantes y arrebatadores, una superficie irisada más allá de la cual se encontraba tal vez una radiancia homogénea o lo indescriptible. Naturalmente, esta inmensa apariencia podía asumir también, en cualquier momento, la apariencia de profundidad. Podías tomar una muestra de sustancia (una gota de sangre del dedo, por ejemplo), la podías poner en el microscopio y podías llegar a vislumbrar el copo de nieve de la hemoglobina, con el átomo de hierro del centro y el encaje de oxígeno e hidrógeno a su alrededor, pero la propia investigación creaba esta estructura y era tan solo local; ni una sola

gota de todos los kilómetros cúbicos de sangre de todos los seres vivos estaba así formada. Su profundidad no era sino una superposición de superficies...

Me levanté de la mesa. Anca también se levantó, alisándose el vestido azul con los dedos. Cada arruga albergaba en sus huecos un sedoso reflejo ultramarino, más oscuro que el azur del vestido y fluido como el agua, como si la chica estuviera vestida con una especie de líquido gelatinoso. Me condujo a otra habitación, más pequeña, en cuya pared había un espejo resquebrajado. Bajo el espejo había una mesa de madera de abeto, con un cajón, cubierta con un trozo de estameña burdamente cosido. Nos miramos un momento en el espejo de aguas oliva-castañas: un joven con las mejillas hundidas, de labios sensuales, ojos fijos y fanáticos y, a su lado, más baja, una modesta chica del arrabal. Anca abrió el cajón y vi en su interior, ocupándolo por completo, un fantástico instrumental. Era un estuche con instrumentos relucientes entre los cuales distinguí una navaja de afeitar, una maquinilla, tenazas, agujas y botellitas; había también otros aparatos más complejos, totalmente desconocidos para mí, que me recordaban las agujas de una máquina de coser, unas tenazas eléctricas de tortura, unas espoletas... Todo estaba colocado en compartimentos adaptados a su forma, de espuma blanca de látex. Articulaciones de delicados tornillos, puntas finas que se arqueaban como las mandíbulas de los insectos, empuñaduras macizas y pesadas, troncocónicas... Todas ellas producían tanto placer como repugnancia, eran perfectas, pero perfectas para hacer daño, para arrancar, pinchar, cortar, tal vez también para estrangular y trepanar (una pequeña sierra, una joya de metal plateado, podía servir para extraer los fragmentos recortados en el hueso del cráneo). Cogí el estuche con cuidado y lo coloqué sobre la mesa. La chica alcanzó una silla vieja y mugrienta y se sentó frente al espejo. Se soltó los lazos de los tirantes de los hombros y se quedó desnuda hasta la cintura, con unos pechos grandes y duros, con los pezones erizados por el frío. Como yo estaba de pie a su espalda, le pasé la mano por el cabello y entre los mechones castaños alborotados distinguí por primera vez la Maravilla: el universo multicolor grabado en la piel blanca-nacarada de su cabeza. Bajo mis dedos se abrían senderos perfumados, rodeados por

miles de hebras que extendían sus raicillas blancuzcas. Cada sendero parecía empedrado con losas azules y violetas y rosas y amarillas, como las letras desaparejadas en un crucigrama convexo. Un bosque silencioso, vacío y solitario que cubría cimientos antiguos. Me imaginé por un momento minúsculo como un piojo, explorando aquel bosque estéril, pisando su suelo blando, cogiendo con las manos troncos gruesos, semitransparentes, de sustancia córnea. Intentando trazar en un mapa el inextricable mandala que se extendía bajo mis pasos.

Extraje la maquinilla. La hice funcionar un par de veces y pude contemplar cómo se superponían las dos cuchillas dentadas de la parte anterior, bien lubricadas; a continuación posé el metal frío en la frente de Anca y abrí el primer surco hasta la coronilla. El bucle cayó graciosamente ondulado, Art Nouveau, en el regazo de la joven, unos pocos pelitos se trabaron en las pestañas y se los sacudió con un rápido pestañeo. Continué, siguiendo con atención las protuberancias del cráneo, sembrando el suelo de suaves rizos hasta que la frente entera se extendió hasta la fontanela. Roturé a continuación la zona de la orejita izquierda (ahora observé sus tiernos pendientes de niña: tres bolitas rojas como frambuesas engarzadas en una gota de oro de mala calidad), luego la nuca, poniendo buen cuidado en no mirar la extraña litografía cada vez más descubierta. Entre los dos tendones de la nuca quedaban al final unos cuantos rizos que me resultó imposible cortar con la maquinilla. Avancé hacia la oreja derecha y acabé cuando la graciosa espiral de la patilla cayó también, como un rollo extendido, al suelo. El cráneo era gris, como si junto con el pelo hubiera retirado también la carcasa que protegía, como el casco de un motorista, el cráneo de la chica. Solo que en aquel desierto de ceniza había dibujos. Ahora el tatuaje se distinguía bien. Sin embargo, no quise entender su sentido desde el principio, sino que, entrecerrando los párpados para ocultar todo lo posible las florituras embriagadoras, seguí con mi trabajo, reconstruyendo en sentido contrario las maniobras tecnológicas de Herman. Enjaboné el cráneo y, con la navaja, retiré las últimas hebras del antiguo bosque. Froté el cráneo con un paño hasta que empezó a brillar, mate, una bola de marfil: el rostro de Anca, comparado con ella, parecía carnoso y vulgar como un órgano

sexual lacio que colgara hacia el suelo. Sus tetas, su vientre plano de adolescente, sus caderas y sus piernas envueltas en cachemir azul eléctrico colgaban ahora como los flecos de una medusa desde la convexidad multicolor de la cabeza. Contemplé durante largo rato, asombrado, los miles de líneas que se cruzaban como las hebras de hilo de un complicado encaje, las curvas de una gracia infinita, trazadas con compás, las figurillas minúsculas que surgían unas de otras, intercaladas en un diorama inextricable. No había nada que descifrar y, sin embargo, todo pedía a gritos ser descifrado: por el trazo místico de las líneas, por la paciencia maniaca de las conexiones, por el refinamiento de los colores sentías que allí estaba codificado un mensaje, que Herman me había enviado una generosa invitación o una terrible advertencia, o ambas simultáneamente, inscritas en el hemisferio de aquel planeta habitado y floreciente en otra época. Di vueltas alrededor de Anca, intenté establecer vínculos, unir mentalmente esta mancha en forma de ala con aquella línea en forma de pata de araña multiarticulada, esa figura que me resultaba conocida con aquel grafiti de aseo público, esta letra tan nítidamente pintada (una M, una mayúscula antigua, coloreada en un bello violeta) con aquel hombre desnudo y bello como un arcángel... Pero me faltaba la clave, y sin ella todo era caos y desesperación. Como en los posos de una taza de café, como en el caparazón de una tortuga, como en los renglones enteros y recortados del *Libro de los cambios*, como en la palma de una mano cuyos dedos extendidos abarcaran el mundo, como en un sueño inextricable, como en una profecía oscura, intentaba yo, catoptromante de la memoria, adivinar, en la oscuridad de demasiados colores, en la obscenidad de una castidad radical, el mensaje de otro mundo. Pasaba mis dedos, con los ojos cerrados, por la concha de nácar del cráneo de Anca; como un frenólogo que explorara la bosa de la testarudez y la del reconocimiento, abría luego los ojos y daba vueltas en torno a la joven, probando docenas de ángulos a los que correspondían nuevas disposiciones de los dibujos (en la zona parietal izquierda estos parecían esconder la filigrana de un huevo extraño, transparente, en el que latía acurrucada una quimera con escamas; hacia el occipital destacaba claramente la palabra DAN, tejida con cobras reales; sobre la frente vislumbré

por un instante a una niña desnuda, agachada, orinando un chorro azul, luego la perdí; en el área de Broca mis padres sonreían juntos como en una fotografía de boda). Anca buscaba de vez en cuando, desvalida, mi mirada, mostrándome en el espejo algún detalle y encogiéndose luego de hombros.

Solo cuando miré exactamente la parte superior de su cabeza y únicamente con el ojo derecho —ese con el que veo bien—, tuve la revelación de la totalidad. Allí, en el cráneo de Anca, Herman (el mismo con el que había pasado yo horas muertas hablando en los escalones de cemento del bloque de Ștefan cel Mare, escuchando sus susurros arrastrados que hablaban de Felicia y del cosmos y de su necesidad de beber dos botellas de vodka al día) había tatuado el Todo, y el todo tenía mi rostro. Al mirar justo en el centro de la fontanela, vi mi rostro como reflejado en un espejo convexo. Si yo desplazaba la mirada hacia la derecha o la izquierda, aunque fuera un solo centímetro, la perspectiva se modificaba y se descomponía la imagen global, como si el dibujo no fuera plano, como si tuviera relieve e incluyera todo el espacio intracraneal y se clavara en las yugulares de Anca para echar unas raíces filamentosas por todo su cuerpo. Era mi rostro, cada uno de sus rasgos, sin embargo, estaba rodeado por numerosos dibujos minúsculos, trenzados entre sí, y los detalles de estos, rodeados por líneas más delgadas aún, estaban a su vez formados por otros dibujos, a otra escala. El proceso era infinito, pues el velo del pez abisal que, al girar, formaba una hebra del pelo de mi ceja derecha, estaba compuesto por un paisaje nocturno en el que José, María y el niño Jesús velaban en torno a una hoguera la víspera de su huida a Egipto. Si mirabas con atención una de las estrellas que salpicaban el cielo sobre la sagrada familia, distinguías una inmensa aglomeración de rostros que gritaban en medio de unas lenguas de fuego (uno de ellos era el rostro de Felicia). En el lunar de su papada se veían claramente los restos humeantes de un accidente de ferrocarril, y en un átomo de este humo se adivinaban los planetas y los soles de otro universo, con su flora, su fauna y su etología, y así hasta el infinito. Para explorar cualquier detalle, tenías que elegir una ramificación, ignorar el resto del dibujo y fijarte tan solo en un detalle del detalle inicial, y luego en otro detalle del detalle del detalle. Esa zambullida en el centro del dibujo

podía resultar fatal para la mente que la llevaba a cabo. En el enésimo nivel tenías que volver en ti, regresar, reconstruir, a partir del billón de detalles de tu nivel, un detalle único del universo inmediatamente superior, sumarlo a otro billón de detalles para ascender otro nivel, en una continuidad enloquecedora. Creo que pasaron horas hasta que salí a la superficie, hasta que recompuse mi rostro, en el espejo sedoso del cráneo de Anca, a partir de una infinidad de detalles. Pero ¿había regresado acaso a la misma superficie? ¿No se repetía tal vez mi imagen en la profundidad de los billones de estratos al contemplar, desde el torreón, el cráneo rasurado de una chica desnuda hasta la cintura, sentada en una silla ante el espejo? Tal vez, siguiendo un nuevo impulso de mi mente, habría podido elevarme tan alto que la escena de la habitación de Anca, junto con el torreón y las casas de alrededor, junto con las nubes, junto con el fantástico panorama de la ciudad de Bucarest, junto con la inmensa curvatura de la Tierra, junto con el reloj de oro de la galaxia, junto con la espuma de la supergalaxia, curvada sobre sí misma y latiendo como un embrión, todo esto formaría tan solo un átomo de carbono de un hilo de quitina de la espalda de una mosca de otro universo, y este otro universo formaría un átomo con la peladura de una patata arrojada a la basura en un universo de un rango superior, y todo este proceso de mi mente continuaría a su vez hasta el infinito, al igual que el de la inmersión en los detalles y los detalles de los detalles...

Contemplaba de nuevo mi rostro delgado y triste, como dibujado a carboncillo, tal y como «se reflejaba» en la bola viva, brillante, situada ante mi esternón. Miré a mi alrededor, el mundo se había vuelto algo concreto, tranquilizador, con impenetrables paredes cenicientas sobre las que se dibujaban, afiladas, las luces y las sombras, con una ventana en la que giraban las nubes de verano, con una chica calva sentada en una silla ante un espejo... y conmigo. Por el suelo estaba desperdigado el cabello castaño, húmedo, que parecía en cierto modo sucio. Anca se levantó, se anudó los lazos de los tirantes y me cogió de la mano. Regresamos al comedor. Permanecemos unos cuantos minutos en silencio; ella, cenicienta y agotada como si supiera que su vida había acabado (volví a verla hace unos años: un ama de casa con un niño de la mano, con una bolsa deforme en la que se

adivinaba media col, mirando a uno y otro lado para cruzar por la zona de Ziduri Moși. Presentaba el aspecto amargado de los enfermos y los jorobados. En la mejilla derecha tenía un moretón oscuro. Golpeé la ventanilla del tranvía que me llevaba hacia Pantelimon, pero no conseguí captar su mirada) y que, de ahora en adelante, tendría que caminar ciega por las tinieblas, descargada como un arma con la que ya han disparado, ignorada como un precioso incunabulo entre los harapos y los legajos de un anticuario incompetente; entretanto, yo contemplaba distraído el cuadro de la pared: una niña vestida de rojo saltando a una rayuela torcida, cuyas casillas estaban dibujadas en distintos colores. El torreón era solemne y tosco, parecía un barracón de tablones demasiado alto, con la punta entre las nubes, y sobre él, como un filo grisáceo, oblicuo, caía la sombra del ciprés. En el pequeño vestíbulo nos abrazamos como hermanos y nos rozamos las mejillas con los labios. Descendí la escalera de caracol, abrí la puerta de entrada y, de repente, como la ráfaga de una ventisca, me golpearon, hasta casi hacerme caer, la luz y el calor del día. No había dado siquiera diez pasos y mi camisa estaba ya empapada. Avanzaba entre las llamas con los ojos cerrados, lastimados, procuraba orientarme aunque estaba casi seguro de haber tomado la dirección equivocada. Y fue precisamente así, ya que al cabo de un rato, al girar en una callejuela con una alcantarilla ahogada por unas algas filamentosas, reconocí una casa en ruinas, esa en la que, a la ida, había visto al gitano jugando con el recorte de una tira de cobre. El chiquillo estaba ahora unas casas más allá, comiendo pipas junto a otros chavales en calzoncillos mugrientos y camisetas agujereadas. Entre los hierbajos que orlaban los boquetes apestosos de las ventanas —el revoque caído dejaba ver los ladrillos— distinguí un destello dorado. Me adentré entre las basuras y los cardos, manchándome los pantalones con los bidones oxidados y los tubos aceitosos, hasta llegar al muro de la casa. Desperdigados por todas partes, en las esquinas de las habitaciones vacías, en la hierba, entre las zarzas..., había excrementos humanos, resecaos y cubiertos de moscas. Recogí la tira de cobre, un semicírculo torcido y tan caliente que a duras penas podía sujetarlo con las manos. Parecía la cinta de una película, cada cuadro estaba como recortado

por la cuchilla de una prensa de guillotina. El corazón me dio un brinco cuando descubrí que, hacia la mitad, la serie de rectángulos se interrumpía y, en su lugar, aparecían unas letras. Era una palabra, tal vez la que vio Anca en sueños (o en su verdadera realidad). La palabra era PÂNCOTA.[9]

[9]. Ciudad transilvana, cerca de la ciudad de Arad.

Treinta años recuerdan las lágrimas de mis ojos. No estoy en mis cabales. Siento en mis oídos el susurro de la soledad, desesperado y tranquilizador al mismo tiempo, como oía en otra época el susurro de los intestinos que rodeaban el útero de mi madre. El gorgoteo del manantial de la cueva de su vejiga. A veces pasa el tranvía o, en la profundidad de la noche, ladra algún perro vagabundo o habla alguien en voz alta y todo estos ruidos le recuerdan a mi piel (pues seguramente en aquel entonces yo oía con la piel, como las arañas, como si estuviera completamente envuelto en mi propio tímpano) el eco lejano de la voz de mi padre, en una habitación miserable en la que yo todavía no existía. Muy joven, sin afeitar, en camiseta, mi padre pegaba la oreja a la barriga de mi madre y decía algo, y mi piel, tan fina como una pompa de jabón, oía sus palabras deformadas, como se oyen los ruidos de casa cuando te sumerges por completo en la bañera llena. Me parecía sentir incluso el olor a sudor que emanaba la pelambreira de sus sobacos. Sentía luego cómo agarraba con los dedos mi taloncito o mi codo, cuando yo los apoyaba en la pared elástica del vientre. Sentía en una parte del cuerpo, cuando estaba acurrucado, translúcido, la sombra de la gran mariposa de la cadera de mi madre, que eclipsaba la luz mortecina de la bombilla que colgaba del techo sujeta por dos cables. A veces abría los párpados, se me emborronaba la córnea con el líquido de la placenta y, a través del cristal grueso del útero, entreveía el Mundo: dos animales inmensos olisqueándose en su guarida, abrazándose en una cama de tabloncillos, penetrándose como se penetrarían dos astros. Dos anatomías monstruosas extendidas en el cadalso de tablas, dos muestras teratológicas. El útero de mi madre deformaba, como una lente de carne, el nuevo mundo al que yo sería expulsado. Visto a través de él, su cráneo se alargaba, el hocico se llenaba de colmillos terroríficos, las costillas atravesaban la piel y se abrían como las alas monstruosas de un murciélago, mientras que de la columna vertebral de mi padre brotaban unas espinas óseas que arañaban el

techo. Tenía miedo de ellos, de su guarida, de los suplicios de la respiración y la digestión, del roce inimaginable de unos dedos córneos en mi piel suave y húmeda.

Llevo tres meses escribiendo en este cuaderno de tapas marrones. En todo este tiempo apenas he abandonado mi buhardilla. Y cuando he salido hasta la tienda de ultramarinos o a comprar pan, o a pasear de noche por la zona de Rosetti-Universidad-Batista, he vuelto siempre a casa con la sensación de que está pasando algo. Tampoco la gente está en sus cabales. Es como si mi cuaderno fuera la punta de un bolígrafo sumergida en un bote de agua: poco a poco se desprenden velos diáfanos, de color morado e índigo, de irrealidad, que se diluyen como el humo de un cigarrillo en el viento frío de este abril. Ayer por la mañana, en medio de una luz cegadora, una muchedumbre de bucarestinos se arremolinaba en el cruce Moşilor-Bulevard y contemplaba las cúpulas puntiagudas de la casa en la que yo había reparado tiempo atrás, un edificio amarillo, de fachada cóncava, coronado por dos cúpulas como dos senos inmensos, recortadas en el cielo alborotado de la primavera. El tranvía 21, que pasa tan solo a un metro de distancia, provoca en el bello edificio, con los marcos de las ventanas pintados de azul pálido, un leve y permanente temblor, como si fuera ciertamente un torso femenino que naciera del asfalto. Ahora unos trabajadores provistos de cascos de protección se habían encaramado al tejado, a los andamios circulares que rodeaban aquellas tetas de cobre de cuyos pezones sobresalían los mástiles negros de los pararrayos. Resultaba difícil adivinar qué estaban haciendo. El edificio había sido restaurado el verano pasado. ¿Qué podía ser aquella sustancia espumosa, rosa, con la que iban recubriendo, parche a parche, el generoso pecho suspendido sobre el edificio? Los trabajadores la extraían de unos fardos que acarreaban a la espalda. Al final todo se aclaró: ¡le estaban poniendo un sujetador al edificio! En un par de horas, aquellas cúpulas que medían por lo menos cinco metros estaban completamente cubiertas por volantes y bordados de un rosa marfil, con dibujos de florecillas y calados; las dos gigantescas copas estaban unidas por la mitad con un broche de turquesa, sujeto con una banda elástica. El Ayuntamiento —nos dijeron— se había percatado años atrás de la indecencia del edificio y había esperado

pacientemente hasta reunir los fondos para remediar la situación. Aunque parece de seda, la envoltura de las cúpulas está, de hecho, confeccionada con un material plástico impermeable, capaz de resistir a la intemperie.

Y los monstruos. Salen cada vez más, los ves por todas partes: tullidos, jorobados, vagabundos apestosos, viejas con el cráneo rasurado y las mejillas chupadas como en los cuadros de Goya, locos y locas, cretinos que se comen los mocos. A un viejo mendigo tirado en el asfalto delante de Turnul Bărăției, venerable, de aspecto severo, con una barba canosa y amarillenta que le llegaba hasta la cintura, le colgaban, sin embargo, como una hernia, a través de la cremallera abierta, el pene y los huevos, rosados como los de un adolescente. Y más y más, llenando las calles, animando las estaciones del metro, la humanidad de los subterráneos que crece como las aguas amenazadoras.

Al principio, aunque me había percatado ya de su extraño aspecto, la miré distraído. Ocupaba un asiento del metro y lo rebosaba con creces. Destacaba, en primer lugar, como una gran mancha rosa claro, porque llevaba una blusa y un pantalón del mismo material rosa-satén, fino, con florecitas como de pijama. Era considerablemente más ancha que alta, rechoncha, rellena como un mandarín (incluso la línea de su cuerpo tenía algo de chino aquejado de obesidad), con unos brazos increíblemente blancos, adiposos, de piel muy fina, que afloraban de unas mangas cortas. La cabeza grande, de cabello erizado, muy canoso, tenía algo paradójico: su piel parecía más áspera que la del cuerpo, con rasgos en cierto modo artificialmente envejecidos. La montura metálica de sus gafas acentuaba esa impresión. Y, sin embargo, en su rostro se leía algo increíblemente ingenuo y desvalido: la expresión de una niña de diez años, una mezcla de miedo y de timidez. A veces arrugaba la nariz como un osito panda y su boca carnosa permanecía entreabierta en una expresión de tierna perplejidad. Parecía tan limpia, tan emperifollada (olía desde la distancia a jabón fino) que podrías pensar que se trataba de una extranjera o una muñeca asiática. Tras recortarla con la mirada de la muchedumbre sudorosa que cabeceaba en el metro, me di cuenta de que no estaba sola. A su lado, de pie, había otra mujer. Su cabello era igualmente gris. Parecía, por su rostro, mayor que la

que iba sentada (pero ¿cuántos años mayor?), y su aspecto no llamaba la atención en absoluto: una mujer corriente, con un vestido corriente. El rostro mostraba una expresión áspera: la boca apretada, arrugas en el entrecejo, una mujer sin alegrías, probablemente golpeada por la vida. Un cuerpo robusto, adiposo, sin el aspecto flácido de la primera. Siguiendo las miradas que se dirigían la una a la otra, uno podría pensar en un principio que estaba equivocado: la que estaba de pie miraba a la otra con un amor que resultaba más patético aún en aquel rostro severo, y esta le respondía con unas sonrisas tímidas, mirándola desde abajo con los ojos más infantiles que te puedas imaginar. Cuando llegamos a la estación, la mayor le hizo un gesto a la otra para que se levantara, y la pareja que formaban juntas se volvió mucho más explícita y más enigmática al mismo tiempo. Pues ambas, con un peinado idéntico, el mismo cabello duro y entrecano, se tocaban, se miraban, circulaba entre ellas un amor difícil de interpretar, enternecedor y extraño. La de más edad agarraba a veces a la más joven por el hombro, con miradas tranquilizadoras, alentadoras, otras veces le apretaba suavemente el brazo gordezuelo o le acariciaba el antebrazo. Esta, más cohibida, levemente inclinada hacia delante, con las manos colgando junto al cuerpo, respondía siempre con el mismo amago de sonrisa perdida que nunca culminaba. Cuando se abrió la puerta, deslizándose a un lado, la mayor la ayudó a bajar y se alejaron entre la muchedumbre por las baldosas del andén. La más joven caminaba raro, con torpeza, como si moviera las piernas con la mano, ancha y extraña como un balón rosa, y de repente pareció estar de nuevo sola, una muñeca china o un osito.

Me temo que no voy a no poder describirlo tal y como lo recuerdo: había subido, un día insoportablemente luminoso, en un autobús abarrotado. Alguien que se encontraba a mi lado dejó libre su asiento y ocupé yo el sitio junto a la ventanilla. Saqué un libro para leer hasta llegar a casa. El autobús no había abandonado todavía la parada. Entre los últimos en subir había dos hombres altos, huesudos, con camisas arrugadas de manga larga. Presentaban buen aspecto para ser de provincias. No tendrían más de cuarenta años. Uno de ellos ayudó a subir a un enano, que era el tercero en discordia. Justo entonces se cerraron las puertas y el autobús arrancó.

Cuando nos estábamos acercando a la siguiente parada, la mujer que iba a mi lado se levantó y uno de los dos hombres, que habían estado hablando de fútbol todo el tiempo con los brazos apoyados sobre el enano, se sentó y colocó a este, como si fuera un niño, sobre sus rodillas. Era un pobre hombre relativamente bien proporcionado; por el cabello húmedo, medio canoso, por las arrugas de la cara, por la corpulencia dirías que pasaba de los cincuenta años. No mediría más de un metro. Llevaba gafas negras, tenía una boca roja y mellada, una barba a medio afeitar oscurecía su rostro brillante y rosado. Los brazos, que sobresalían de las mangas arremangadas de la camisa de cuadros, eran también rosados, pequeñitos y con la piel fina, solo en las falanges de los dedos tenía un poco de vello. Se agarraba al respaldo del asiento delantero y las piernas colgaban bajo el abismo del asiento. Lo más perturbador era que este hombre temblaba. Como un animal asustado. No miraba a nadie, permanecía sujeto allí, en los brazos del joven, y temblaba sin cesar. El sudor se escurría del cabello a las mejillas. Los otros dos no le hacían caso, como si fuera un mono o un perro camino del veterinario. Cuando tuve que bajar, me levanté del asiento y solo entonces me miró atemorizado el enano, de abajo arriba. Sin embargo, no esbozó el menor gesto. El joven se giró con él en brazos y me dejó pasar.

Hace dos o tres días, al regresar por la noche, solo, a casa, pasé por el portal 1. Entré en el callejón, miré hacia arriba en aquel interminable pozo cuadrado forrado de ventanas: un retazo de estrellas brillaba en las alturas; entré en el portal que olía a insecticida, con la pintura de las paredes descascarillada en grandes bandas, volví a salir y avancé, sonámbulo, hacia el patio de hormigón. Una sola bombilla mortecina, anaranjado-rojiza, iluminaba espectralmente el patio. Todo sucedió como en un sueño. Vi el trono con el cuenco oxidado que lo coronaba, la zanja, el puentecillo de cemento que conducía a la entrada tapiada. Todo era mezquino, ceniciento, agobiante, con sombras claras y afiladas, sumido en el silencio y en una especie de fuerza oculta, latente, mítica. Una escalera de incendios sujeta con aros de hierro arrojaba una sombra de encaje en la pared del edificio de la Policía. El follaje de un álamo se agitaba levemente sobre el fondo de un muro encalado. Me movía, fascinado y prudente, en una fotografía. Miraba

fijamente la pasarela con escalones apoyada sobre el inmenso muro ciego. La balaustrada de la izquierda arrojaba una sombra de alquitrán, triangular, en las baldosas de la pasarela. En aquel rincón se elevó, con los ojos brillantes, con los labios húmedos, Silvia. Tenía los brazos cruzados sobre sus pequeños pezones, pero estos se adivinaban a través de la carne fantasmal de los brazos. El cuerpo desnudo y delgado, el pubis lampiño, las piernas claras, blancas como la tiza, se dibujaban sobre el fondo rugoso del muro por el que correteaban los insectos nocturnos. Reconocí en Silvia a uno de aquellos seres translúcidos, visitantes cada vez más asiduos, que pasaban la noche junto a la cabecera de mi cama mirándome con atención y que no desaparecían cuando abría los ojos y, aterrado, me incorporaba. Descendió lentamente los escalones, se detuvo ante mí, y en ese momento, desconcertado, me di cuenta de que era tan alto como ella, que nos mirábamos a los ojos desde la misma altura que a los diez años; entretanto, los muros habían crecido muchísimo y el molino del otro lado era un castillo obtuso, tan vasto como un continente, que comprimía el trocito de cielo nocturno que había sobre él. Las polillas aleteaban, marrones, por el cielo que la luz eléctrica tornaba espectral y se posaban en el yeso rugoso, formando mosaicos triangulares. Silvia se encaramó al trono elevado, se sentó en el cuenco de metal y yo me quedé de pie, con la cabeza echada hacia atrás, mirándola a los ojos, contemplando su cuerpo vítreo, blancuzco, en medio del olor a gorgojos y a harina del molino. Mirándome a los ojos y sonriéndome, la chica empezó de repente a orinar un chorro amarillo brillante, que arrojaba gotas de diamante sobre el asfalto, a mis pies. Suspendeda en su enigma, parecía una fuente barroca, de una belleza ambigua.

Había días en los que solo me encontraba a ciegos por las calles. En cuanto veía al primero, tenía de pronto un presentimiento. Y, ciertamente, empezaban a aparecer por todas partes. Otras veces me fijaba únicamente en los mendigos tullidos, se desabrochaban la camisa para exhibir el tumor, del tamaño de la cabeza de un niño, que brotaba en su estómago, una traqueotomía sonriente, un ántrax extendido por el cuello y las clavículas, manos y piernas burdamente amputadas y muñones atados con cuerdas

como si fueran embutidos. Parecía que toda la población de Bucarest estuviera mutilada. Después de estos vagabundeos, volvía aquí, a mi buhardilla en la cúspide del bloque rojizo de Uranus, el bloque que conocía desde la adolescencia, en torno al cual había merodeado cuando no podía imaginar siquiera que un buen día lo dejaría todo para realizar mi sueño de siempre: una buhardilla con una silla, una mesa y una cama para vivir, aureolado por la soledad, una vida fantástica. Podría intentar (como hago desde hace tres meses) volver al lugar de donde nadie ha vuelto, recordar lo que nadie recuerda, entender lo que nadie alcanza a entender: quién soy, qué soy. El otoño pasado alquilé la buhardilla, a la que me fui mudando poco a poco, al principio unas horas por la mañana, solo para escribir, luego para echar la siesta, finalmente para las convulsiones y las pesadillas nocturnas. Es una habitación pequeña, el techo presenta una caída pronunciada desde la pared de la puerta hacia la de la ventana. Resulta curioso que la ventana sea ovalada —en el exterior hay una guirnalda de yeso sostenida por dos amercillos—, así que desde dentro, como en el interior de un marco, se ve Bucarest, un conglomerado de edificios y vegetación bajo un cielo siempre cambiante. La mesa está justo enfrente de la ventana y se baña en su luz, mientras que la cama permanece tímida y sombría, en el rincón oscuro. La cama es lo profundo de la profundidad de mi nido de araña. El escritorio es tan solo una proyección de mi cama. Este texto, que devora sin cesar, como el moho o el óxido, las páginas blancas, es el sudor, el esperma y las lágrimas que manchan las sábanas de un hombre solo. Extendida como un trozo de pergamino escuálido, recién desollado, en un marco de madera, la sábana podría ser el mapa de nuestra vida secreta, con grandes zonas blancas y zonas amarillentas, zonas arrugadas y zonas quemadas, solo países y dominios de nombres alegóricos, deltas y ríos y desiertos: el País del Amor y el País de la Atrociad, la Laguna del Miedo, el Fiordo del Vértigo... Superficies manchadas por todas las deyecciones del mundo, el córtex apretujado en el cráneo como un harapo pringoso en una lavadora, la sábana arrugada en la cama y las hojas del cuaderno, oscurecidas por las líneas del boli, los tres textos se envuelven y se entrelazan en mi locura. Si extendiera mi corteza cerebral sobre la cama, la

cubriría por completo, como un cobertor con seis láminas cenicientas, atravesadas por venitas. Si la dividiera en trozos y los pegara entre dos cubiertas, resultaría este texto emborronado con ácido lisérgico, este lienzo en el que transpiro de miedo y de concupiscencia. Me levanto de la cama y me siento ante el escritorio. Luego vuelvo a tumbarme en la cama, arrastrando conmigo, en mi mente pulverizada, el encaje de las letras formadas con el bolígrafo, como telarañas que se funden en la red más vasta del sueño.

¿Quién soy? ¿Quién he sido? ¿Cómo es posible? ¿Por qué he venido al mundo? ¿Qué significa toda esta locura, todo este circo, todo este engaño? ¿Por qué salí de un útero femenino en esta mota de polvo estelar? ¿Y por qué puedo entender esta locura? Junto a la banalidad de ese pensamiento nocturno de que vas a desaparecer enseguida para siempre, cuando te incorporas bruscamente y dices «No, Señor, no quiero, por favor, por favor, Señor...» y sabes que no volverás a pensar y no volverás a sentir nada jamás, junto a esta monstruosidad banal, he vivido en incontables ocasiones otra que me ha perturbado tal vez más: podría haber nacido gusano o ácaro o chinche o simple bacteria, habría sentido la existencia y luego habría desaparecido sin llevarme nada de ella conmigo, hundiéndome en mi limo del fondo del lago, avanzando con movimientos peristálticos, agitando mis cilios vibrátiles en una gota de agua, excavando canales con las mandíbulas a través de un apestoso trozo de queso que habría sido mi universo toda la vida. Habría podido ser un hongo que le provocara una candidiasis bucal a un perro callejero, o quién sabe, cualquier otra cosa. No solo sin consciencia, sino también sin conciencia, incluso sin sensaciones. Señor, ¿cómo será el horror de vivir sin sensaciones? Tener la oportunidad divina de aparecer en este mundo, pero no poder ser en el mundo otra cosa que un trozo de yesca en el tronco de un abeto o un oxiuro embadurnado de heces en un recto que para ti es todo el universo. Y en este momento me vuelvo loco, salto de la cama y deambulo por la casa con la cabeza entre las manos, murmurando deprisa cualquier cosa solo por no oír mi pensamiento. Porque de pronto mi mente lúcida y perversa me repite una y otra vez que también soy eso, que soy ciertamente un oxiuro y que el mundo es ciertamente un ano asqueroso

y que nunca sabré cómo es el mundo verdadero, la consciencia verdadera, la luz verdadera, ante la cual lo que hay aquí es una cloaca. Mi mente me dice que no soy más que una ciénaga de carne, venas y arterias, tendones y mucosidad, y ella misma no es sino una miserable conciencia, apenas capaz de comprender su propia miseria.

Ahora, mientras escribo estas frases, a duras penas las distingo en estas páginas cada vez más crepusculares. Es un ocaso de esos que pocas veces suceden en primavera. El cielo se ha vuelto de golpe amarillo y amenazador, deposita en los huecos de los edificios posos de oro. Es un amarillo-verdoso como podría ser el veneno de las cobras. La bóveda es cada vez más oscura, mientras la luz persiste aún en las casas y las ventanas, caldeando su piel pálida, confiriéndoles el color alborotado del recuerdo. Yo mismo soy amarillo como un bloque de sal en la habitación cada vez más oscura. Me pongo en pie y contemplo, desde el escritorio, Bucarest, mi ciudad, mi *alter ego*. El extraño edificio de la calle Uranus en el que decidí vivir me ha parecido siempre el pene de la ciudad, erecto, rojizo, con la piel recorrida por venas y cables. Con mi cráneo transparente en el ocaso, con mi cuerpo delgado y ondulante, roído por el brillo de la ventana, soy tan solo un espermatozoide a punto de brotar hacia el cielo. Hasta la lejanía, donde se vislumbra el Inter, la ciudad eleva sus volúmenes mezclados con ramas, los tejados mezclados con nubes. Mi ventana ovalada es, sin embargo, demasiado pequeña como para tener la sensación de un panorama sin márgenes, como tenía en la adolescencia, en Ștefan cel Mare, antes de que construyeran el bloque de enfrente. Ahora estoy en la otra parte del bloque, en un chakra simétrico y lejano. Soy adulto, es decir, imbécil, es decir, cansado, mi vida está definitivamente acabada, pero hago lo único que me queda por hacer, es decir, deslizar miradas lúbricas y febriles por el edificio-telón, por el diafragma de mi cuerpo, como un *voyeur* de mi propia vida, como si, al igual que los moluscos, hubiera sido hembra la mitad de mi vida y fuera luego macho, como si pudiera fecundarme a mí mismo a través del bloque perineal. *Voyeur* de mi infancia y mi adolescencia, intentando adivinar qué sucede tras las persianas, corriendo de una ventana a otra, interpretando erróneamente lo que adivino en la penumbra, tomando un

codo por un seno, un vestido arrojado en el respaldo de una silla por unos glúteos desnudos, las ramas negras que golpean la ventana por las sacudidas de los amantes en la cama. Ya no puedo estar allí, nunca más estaré allí, pero tengo que volver hasta allí, tengo que intentar entenderlo.

Los bloques del horizonte se han vuelto negros como el alquitrán, con los bordes emborronados con un naranja sombrío. No quiero encender la luz, aunque lo único que distingo ahora es el óvalo de la ventana y el naranja más oscuro de la página. Y una raya del mismo color sucio en el borde del boli. En el cuarto de hora (tal vez) de claridad que queda, me vuelvo a la palabra recortada en cobre. PÂNCOTA. «Pântec»,^[10] me he dicho al instante, avanzando por la luz estridente y ardiente, y girando en una calle perpendicular. A ambos lados de la calle se sucedían edificios cuadrados, amarillos, con el revoque descascarillado, como unas tumbas etruscas. Una especie de casas-vagón, con un solo piso, con todas las ventanas rotas, brotaban directamente de un montón de retretes rotos, bidones abollados y papeles. Rostros de gitanas viejas se asomaban a las ventanas. Todo me resultaba conocido y me dolía como una herida, como si el barrio entero fuera tan solo una postilla de sangre coagulada en las rodillas de un niño y yo, el niño, me hubiera arrancado la postilla hasta hacerme sangrar. Sin embargo, no podía localizar nada con precisión. No sé cuántas veces doblé la esquina, cuántas veces llegué a las extrañas piedras triangulares, con la estatua de un soldado en el centro, rodeado de charcos verdes como la hiel y llenos de renacuajos. Cuántas veces volví por las mismas calles, cuántas veces encontré la casa (o el castillo) construida por un viejo maníaco y decorada con torrecillas, hornacinas ojivales llenas de estatuas, emblemas misteriosos... En el jardín, clavados en postes, grandes globos de cristal rosa, azul, violeta, azafrán, rosa pálido reflejaban, como unas bolas de Navidad, el paisaje del jardín, sus enanos de escayola y los rodrigones cargados de tomates. Pântota. Sabía que tenía que ser el nombre de una calle y que no podía encontrarse en otro sitio que en este barrio intrincado. Pântota. Pântec. Contemplando las ruinas —pues ruinas eran, de hecho, todas las casas, ruinas que olían a jabón de lavar y a lavazas— recordaba claramente el poema que había escrito unos años atrás, cuando vi en sueños (como

volvería a verla luego infinidad de veces) mi casa natal. Se lo recitaba en voz alta a las vallas agrietadas de hormigón, a las minúsculas flores que salían entre los adoquines, a las nubes erigidas en las alturas como otro barrio laberíntico, de una tristeza abrumadora:

recuerdo: gotas de sudor brotaban entre las piedras del pavimento
hago memoria: la tienda de ultramarinos derrumbada sobre las nubes
y las nubes corriendo hacia la barriga de mi madre, chocando allí contra
un billón de cuernos de caracol
apretujándose allí en billones de poros.
conozco: los parvularios, las guarderías, los caminos de queroseno
comprendo: la noche, la noche con bocio endémico
las estrellas, el relleno de crisantemos troceados,
de arterias troceadas, de estanques...

veo de nuevo: te vuelvo a ver arrodillada, las tetas caídas, el cabello en
ebullición
el brazo blanco tendido, los dedos arrugando mi cara
enorme, terrorífica, una bomba que explota a cámara lenta
una mosca negra y grande que zumba en la red de mis nervios.
¡madre querida que no me has parido jamás!
te escribo estas líneas que no van a vivir jamás.

reconozco la calle de diamante y la casa del número cero
en la que trenzabas mis venas para hacerle a papi un jersey
las reconozco, reconozco aquellas nubes atadas con cadenas como los
perros
abalanzándose contra tu vientre, desgarrándolo, sacándome de allí
sacándome de allí, lo recuerdo, mamá,
y envolviéndome en el edredón de tu cabello.

cómo aullabas, qué amoratada estabas mientras las nubes, tus hombres
y tus parteros te fecundaban, me parían,
cuando yo, limpio como la leche y obediente

dejaba la sombra de mis dedos en tu rostro.

Las ventanas de una parte de las calles habían empezado a brillar en el ocaso cuando encontré la calle. «PÂNCOTA (antigua Silistra)», ponía en una plaquita azul clavada en una cerca embadurnada con alquitrán. Por qué habían cambiado el nombre de la calle me sigue pareciendo aún hoy en día incomprensible. Pero sé que me adentré en aquel túnel de casas inquietantes caminando lentamente, esforzándome con toda mi alma por reconocer, por reconstruir, por revivir. En mis sueños más profundos ya había entrevisto algo de esta porción completamente sellada de mi vida. También entonces de forma ambigua, inverosímil, combinada con otros objetos disparatados de otros estratos de la mente. Caminaba con la sensación de avanzar a través de mi propio cerebro, de que nada era real, o de que sobre la realidad se colocaba, como una dentadura postiza en los tocones limados de los dientes, un decorado fabuloso, psíquico, mágico. Vi el balcón con adelfas, apoyado sobre los hombros de arcilla rosa de los dos atlantes de pubis peludos. En el balcón tan devorado por las polillas que los agujeros se veían desde la calle, una mecedora de mimbre se balanceaba suavemente ante una puerta de cristales cuadrangulares. Pasé junto a la antigua tienda de ultramarinos, con su pequeña entrada bajo la bóveda de piedra. Entré un momento en la cava en la que, en brazos de mi madre, debí de mirar a mi alrededor con ojos como platos, tontorrones, debí de alargar los dedos hacia el geranio rojo como el fuego del escaparate (todavía allí veintiocho años después), hacia la primitiva caja registradora, con rollos de papel para los tiques, hacia los estantes con conservas y macarrones que apenas brillaban en la penumbra. La vendedora estaba todavía allí, momificada, con la nariz picada, enseñando los dientes, envuelta en su bata hecha jirones. Las arañas pululaban por todas partes, sus telas eran tan densas que parecían, prendidas entre viejos sacos de harina agusanada y de azúcar petrificado, trozos de fieltro o de guata. Por las manos negras y secas de la vendedora (que llevaba también un lazo marchito en el pelo) se paseaban unas cucarachas grasientas, cuyas antenas se toqueteaban siguiendo un alfabeto abstruso. Todo estaba podrido, todo apestaba, todo hormigueaba en la

antigua tienda de ultramarinos. Salí con telarañas enganchadas al pelo, como si hubiera encanecido de tristeza, y seguí mi camino por el túnel neural hasta que adiviné antes de ver, intuí, localicé o tal vez construí, excavando en el jabón del día con mis propias miradas, la Casa. La vieja y querida casa, tantas veces olvidada y recordada, la casa del centro de mi mente.

Cuando lo vi por fin, al otro lado de la cerca torcida de hierro forjado, el patio en forma de U me pareció sorprendentemente estrecho. En mis recuerdos, en mis sueños y en los recuerdos del sueño era diferente, amplio y bullicioso. En realidad no tenía mucho más de seis o siete metros de anchura. Un Mercedes azul, de los años setenta, abollado y reparado, con un aspecto deplorable, ocupaba la mitad del espacio liso y soleado. Temblaba de emoción al ver lo que no creí que volvería a ver jamás. El edificio que bordeaba el patio no era uniforme, como si las tres casas hubieran sido construidas en épocas distintas. La parte de la derecha, donde vivían Ma'am Catana y el viejo, era una especie de casa de pueblo encalada en azul, con ventanas de bastidores de madera; la del fondo era una casa burguesa, amarillenta, leprosa, con una galería de madera en el primer piso (allí estaba el barco, también allí vivieron Elvira y el tío Nicu Bă), galería que, pintada en un blanco sucio, se prolongaba asimismo por la parte izquierda del edificio y sostenía el tejado con unos postes de madera. Entre los postes se distinguían las ventanas con postigos de color azul marino. Los postigos estaban ahora arrancados de las bisagras, las ventanas rotas, algunas tapiadas, otras tapadas con periódicos amarilleados por el tiempo. Abajo se abría en la pared encalada una puerta granate, la puerta escarlata de mis pesadillas, presente como un sello de sangre en todo lo que he escrito y en todo lo que mi mente ha esbozado en tardes insomnes.

Estremecido, con la carne de gallina, abrí la puerta de hierro forjado y entré en el patio. No había nadie. Las nubes relucientes se habían detenido en el cielo. En un rincón, una adelfa rosa, lo único vivo en el patio vacío, despedía un aroma embriagador. Me detuve ante la puerta escarlata. Apoyé mi frente en ella por un instante. Sentí que me escurría por las losas del patio como si fuera una sombra. La puerta no estaba cerrada con llave, así

que la entreabrí y entré. Ya no me hallaba en la realidad. Lo sabía, ahora lo reconocía todo. Conocía la escalerita, también esarlata, con olor a aguarrás, que conducía al piso superior. Subí lentamente, a punto de perder la conciencia a cada paso. La emoción me anulaba como un dolor abrumador, tan terrible que se transformaba en una especie de felicidad. Llegué arriba, a la galería con suelos de tablones desgastados, devorados por el tiempo. Abrí una puerta más entre dos ventanas astilladas. Penetré en el vestíbulo conocido, recordado con una nueva oleada de adrenalina liberada en las arterias. Aquí había tres puertas, bajo una luz pesada, verdosa, en la que zumbaban unas mosquitas. No lo dudé un solo instante porque era la puerta, asimismo esarlata, era el papel pintado con cestillos de flores, enmohecido y arrancado de las paredes, pero fácilmente reconocible todavía. Abrí la puerta y entré en la habitación. Me detuve en el umbral, entornando los ojos ante tanta luz.

Un sol cegador, matinal, inundaba la habitación, y en la luz insoportable, en el centro, distinguí a mi madre, joven y desnuda, sentada en la cama, con la mancha de lupus en la cadera, con el cabello suelto sobre los hombros, mirándome y dándome la bienvenida con una sonrisa.

[10]. Significa «vientre». Lo respetamos en la lengua original para guardar la similitud con «Pâncota» en boca del protagonista.

SEGUNDA PARTE

Los pavos reales picoteaban frenéticamente la cebada que les tendía Maria, para indignación de Marinache, el pavo. A este, que los miraba con un solo ojo, se le oscurecían los abalorios morados que le colgaban del pico. De vez en cuando contemplaba fijamente, también con un solo ojo, el cielo de verano, cargado de nubecillas blancas, y, entonces, el ojo rojo, indiferente, brillaba como una gota de agua. Las tres aves convivían por obligación en unos pocos metros cuadrados de tierra cubierta de gallinazas, en medio del patio en forma de U. Y si la pareja de pavos reales, con sus corazas de color verde metálico y azul oscuro, era la favorita de todos los inquilinos y el orgullo del patio, el pavo, por el contrario, con sus ínfulas y su carácter pendenciero, era objeto de burla y diana de todas las pullas. Con una coqueta coronita de plumas en la coronilla, Pompilia caminaba delicadamente con sus patas de coral, pendiente siempre de Păunaș, a la espera de poder contemplar, una y otra vez, el espectáculo cosmogónico de la cola desplegada, llena de ojos azules. Los vecinos del patio no brillaban por su imaginación a la hora de bautizar a las aves imperiales. Pompilia era una putilla de un patio cercano que salía todos los días, al anochecer, con el bolso al hombro, a la caza de hombres; en cuanto a Păunaș, casi todos tenían en la cocina, sobre el hornillo, unos paños como cosidos por un ciego, con pastores tocando la flauta o campesinas hilando junto a la estufa, en los que ponía con letras torcidas y sin ortografía: «Donde reina la paz, Dios encuentra solaz» o «Pavito del prado, dónde está mi enamorado». El pavo era barrigudo y mugriento como el acordeonista gitano Marinache, que se hacía pasar por ciego en el tranvía, aturullando a los viajeros con los mismos vales pegadizos desde el río Colentina hasta Dristor. Ponía los ojos en blanco, de tal manera que entre los párpados hinchados por la conjuntivitis se adivinaban dos rayas amarillentas, como de marfil, y no los abría hasta que no doblaba la esquina de la parada en la que se apeaba.

Dos ojos de esmeralda (los de la pava), dos de zafiro y dos de rubí estaban

clavados ahora en Maria, que reía y los llamaba o a la que se le escapaba algún «qué cabrón» cuando una de las aves le picoteaba los dedos gordezuelos, de señorita. Con el cabello rizado por la permanente, con la mirada decidida, ataviada con una blusita blanca de cuello bordado, sin escote, un vestido plisado hasta las rodillas, gruesas medias de lana y zapatos baratos, con un bolsito ovalado, rojizo, que le colgaba, cruzado entre los pechos, hasta la cadera, la chica tenía algo virginal y decente, como un personaje de las películas de los años cincuenta —y nos encontramos de hecho en el año de gracia de 1955—, una joven en blanco y negro moviéndose por una pantalla desgarrada por los rasguños, en una sala cinematográfica que apesta a pipas y a aguarrás. Y, sin embargo, iluminaba con su sonrisa y con el candor de sus ojos firmes la sala de butacas rotas, gañanes sin afeitar, ratas y tufo a orina, procedente de los aseos junto a la pantalla.

Se dirigía precisamente al centro. En domingo, el estruendo de los telares de Donca Simo que la acompañaba día y noche en los días de labor se difuminaba. Maria se despertaba algo más tarde en su pequeña habitación del primer piso; allí dormía, cocinaba, se aseaba, todo en el mismo y único espacio, contemplaba el cielo a través de la cortina salpicada con flores rojas bordadas y, si el sol penetraba con fuerza en la estancia, se incorporaba, se estiraba y reía, embriagada por los sueños y la soledad. Escuchaba durante un rato los ruidos del patio, el ladrido de Gioni, los chillidos de los pavos, los juramentos de los gitanos, las peleas de aquellos patanes y el crujido de la bomba de agua, y luego se preparaba para salir. Se lavaba en la palangana la cara, las axilas y el pecho, se ponía su única blusa decente y revolvía un buen rato en el interior del bolso para buscar la barra de labios barata, mezquina, del color de una caja de bombones, envuelta en un tubito de cartón. Se pintaba la boca trazando un corazoncito y después se extendía el carmín frotando los labios entre sí. El maquillaje era aún peor, despedía un intenso olor a pis de gato, pero a Maria le gustaba, pues todas las obreras de su taller se ponían estos polvos populares cuando salían por la ciudad y lo encontraban natural. Un poco de agua de colonia de un frasco en forma de cochecito, y la chica podía salir por la puerta al esplendor del verano. Pero

tenía que tener una cita o ir al cine para que la joven se echara colonia. Cuando salía a hacer la compra o cuando iba a la fábrica, respetaba el dicho de Victorița la ratera, que asomaba a la habitación de Maria su rostro chupado y arrugaba la nariz al ver el cochecito de perfume medio lleno en el borde de la ventana: «¿Por qué diantres te echas siempre esa porquería? Hazme caso: el mejor perfume es agua y jabón. ¿Sabes por qué se perfumaban todas aquellas condesas? Porque no se lavaban. Porque eran unas guarras. Para tapar el olor a sudor». Victorița tenía una mejilla tersa y mofletuda, pero la otra era solo piel pegada a los huesos de las mandíbulas y a las muelas, secada por quién sabe qué enfermedad. Daba pena verla. Pasaba unos años en libertad, volvían a pillarla en el tranvía con la mano en algún bolsillo y otra vez a la cárcel. Sin marido, sin hijos, pero siempre feliz y contenta. A través de las paredes de adobe, Maria la oía canturrear todo el día, rivalizando con la radio, las canciones de Angela Moldovan:

*Me he hecho una pelliza nueva, ay, hojita,
y que nieve o que llueva, yo ya tengo pellicita...*

En aquel entonces no todo el mundo tenía un aparato de radio. Había solo dos en el patio de Silistra número 67. Uno bramaba de la mañana a la noche canciones proletarias en el primer piso de la casa del fondo, en la habitación del que se convertiría en tío Nicu Bă, pero que por ahora eran tan solo tío Nicu, el maestro carpintero, guasón y borrachuzo, con la boina calada hasta los ojos. El otro, sintonizado por la ratera con una cerilla, era el de Victorița y sonaba menos estridente.

En cuanto salía por la puerta (vivía en aquella época en la planta baja), la chica se topaba con un mundo abigarrado y pendenciero, como si toda la casa fuera una gran jaula de loros. Dorel se afeitaba en la calle, con el espejito apoyado en la cerca de alambre de las aves. Estaba desnudo hasta la cintura y tenía los hombros peludos, los pantalones del chándal le colgaban en pliegues que ponían en evidencia sus muslos gruesos y el sexo embutido en una pernera. Pero Maria no prestaba atención a su ropa, sino que, alegre, lo miraba y le decía «¡Buenas, Dorel!», luego se escabullía riendo, porque el

electricista siempre intentaba abrazarla y llenarle la cara de espuma. Cuando se enjabonaba, su boca parecía roja de sangre. «¿Cómo está, tía Angela? —sonreía luego Maria a una mujer que vivía en el primer piso, apoyada en la balaustrada azul—. ¿Qué tal Ionel?» «Berrea que te berrea, cagando y meando a todas horas, qué va a hacer el pobre. En cuanto le cambio el pañal me planta otra cagadita en el limpio, parece que lo hace aposta. No se te ocurra tener hijos. —Angela luce en la cabeza los rulos de rigor y lleva una bata que esparce por el patio olor a albóndigas—. ¿Vas al cine? ¿Echan alguna película bonita?» «No, me voy a dar una vuelta, tía. Es una pena perderse este sol.»

«Vete, vete, Maria. Yo también voy a ver qué está haciendo el crío.» El pesado perfume de la adelfa sobre el arcón carcomido, con sus hojas afiladas llenas de pulgones y sus flores de un rosa agusanado, se mezclaba con el tufo a comida y lavazas del arrabal. El cuadro de tulipanes ardía bajo los cielos divinos con llamaradas rojas y amarillas. Como soplaba una brisa cálida pero nefasta para el pelo, Maria sacó un pañuelo del bolso y se lo anudó bajo la barbilla. Unas mechass castañas, rizadas con bigudíes, revoloteaban, sin embargo, a su paso, tras escapar del pañuelo de seda artificial con imágenes de Sinaia. Maria sonreía y Nea Gigi, el tornero de cabello entrecano y un ojo tuerto por una viruta de metal, miraba sus caderas y aspiraba su olor a colonia. «No es guapa, pero todavía es joven —se decía él—. La estará esperando algún mozo en la ciudad para que se haya emperifollado tanto.» Maria sonreía, de hecho, porque se había acordado de esa escena de la película *Retumba el valle* en la que el chico rico, chocarreramente vestido con un traje blanco, se dirige al astillero Bumbesti-Livezeni, donde los jóvenes trabajaban contentos, y liga con las chicas de pueblo llamándolas —qué ridículo— «señorita», pero ellas enseguida le bajan los humos al burguesito, lo sacan en la revista proletaria y lo convierten en un personaje de una obra de teatro: el joven rico se acerca por detrás a una trabajadora con delantal, de grandes pechos, así, lozana y sonriente, y le dice

Señorita, señorita,

¿no nos conocimos en los baños este verano?

De hecho, no lo dice, sino que lo canta, pues se trata de una especie de opereta, y ella le responde con voz estridente, provocando carcajadas entre los chicos y las chicas de la sala

¿Qué baños?

A ver, mamarracho,

¡espérate, que voy a darte yo baños!

Y le suelta unos cuantos escobazos. Y al burguesito de verdad, que también está en la sala, se le saltan las lágrimas y empieza a lloriquear como un tonto... Maria no puede más y se echa a reír a carcajadas. Las dos gitanas de la puerta, Lina y Săftica, la miran boquiabiertas. Son gitanas-gitanas, de las de faldas plisadas y moneditas ensartadas en las trenzas. Las de oro —los reales— se habían esfumado en manos de la policía. Les quedaban solo las monedas de cobre. Eran bajitas, morenas y muy jóvenes, tenían unos quince años, pero ya tenían hombre, unos mastuerzos mayores que ellas, y Săftica tenía también dos churumbeles debajo de la falda. Comían pipas todo el día y hablaban de sus gitanos, que andaban «de coño en coño» y no pasaban por casa. Tres cuartas partes de su vocabulario eran «que me coma el...» y «que le den por...», y llamaba la atención que no se saturaran de repetir y repe-tir las mismas porquerías. A Maria la dejaban en paz, pero a las demás las despellejaban, a Coca, por ejemplo (la puta del patio), no se la quitaban de la boca. Coca no se cubría nunca la cabeza con un pañuelo o una pañoleta, sino con una boina rosa, del mismo color que las flores de las adelfas, algo que sacaba a las gitanas de sus casillas. Pero, al menos, Coca nunca traía hombres a su cuartucho, tan limpio y modesto como el de Maria, sino que hacía la calle en la avenida e iba a casa de los clientes. Volvía al alba, cuando los inquilinos, provistos de tarteras con embutidos y huevos cocidos, salían a trabajar. Trifulcas y altercados se sucedían día y noche en el patio, pero no por culpa de Coca. Era la propia patrona, Ma'am Catana, la que solía empezar la bronca. Anormalmente gorda, bigotuda, tenía unos ojos malvados de mujer oriental; unas varices aterradoras, como

lombrices moradas y arrugadas, recorrían sus piernas masculinas, se plantaba frente a un inquilino y empezaba a gritarle fuera de sus cabales: que si lo había visto fumando en la cama y que iba a dar fuego a la casa, que si no la había saludado, que si no le gustaba su jeta... Todos eran para ella unos «paletos», y las mujeres, unas «golfas», «descarriadas», rastreras. Acostumbraba a salir al patio a comerse un plato de sopa y entonces tenía que reinar el silencio, porque, engullendo a cielo abierto, Ma'am Catana pensaba en las cuentas de la casa. Pero, como el patio estaba lleno de chiquillos mugrientos en calzoncillos, negros de tanto revolcarse, ella se levantaba cientos de veces del taburete y los perseguía maldiciéndolos «... en tu madre y tu padre». Todo lo que Ma'am Catana tenía de arpía lo tenía su marido de bonachón, era un viejito que se parecía a Nuestro Señor, que canturreaba todo el día por el patio y fumaba cigarrillos baratos, sentado en el umbral de la casa. A su espalda, por la puerta entreabierta, se adivinaban las maravillas de la habitación de los caseros, de las que todo el patio hablaba con admiración y timidez, como si se tratara un país encantado. Maria había estado una vez en la habitación de los milagros y se había quedado atónita ante tanta belleza. Al parecer, el viejo Catana había llegado a ser alguien en su época, un comerciante con el riñón bien cubierto. La estancia estaba llena de muebles antiguos, adornados con guirnaldas, rosas y amorcillos de madera. Sobre la colcha de la cama, de felpa estampada, había una muñeca enorme con cabeza de porcelana y un vestido de tul rosa. Otras muñecas, más pequeñas, con amplios vestidos de tergal rosa y azul, se alineaban sobre la mesita de noche y sobre el arcón de la cama, junto a unos chinos de escayola y otros de una piedra verdosa translúcida. Un gran tapiz cubría toda la pared a la que estaba adosada la cama. Maria se quedaba sin aliento cuando lo veía. El tapiz representaba un lago azul con nenúfares, y en la orilla había un gran campo de flores. En medio de las flores y los bosquetes de celindas se elevaba un pabellón dorado, lleno de gente vestida a la española. Dos de ellos bailaban, ella llevaba un vestido de volantes y tocaba las castañuelas, él, tieso, con un chaleco muy corto, pantalones hasta la rodilla y medias blancas, tenía el cabello rizado, prendido en una coleta, y sombrero de torero. Los demás los rodeaban formando un corro de sillas,

algunos muchachos hacían la corte a las muchachas, otros tocaban la guitarra... Un montón de palomas se enredaban entre sus pies. En las otras paredes había cuadros con pesados marcos repujados, devorados por las polillas. El que más le gustó a la chica era uno que representaba a un gato gris, pero también el de los cisnes y la montaña en forma de cono, de lana fruncida. En los jarrones de la mesa, cubierta de tapetes de macramé, flotaban unas espigas peludas, teñidas en diferentes colores. El mantel tenía pesadas borlas de seda. El aire era ocre y olía a licor de guindas. Del techo colgaban cientos de carámbanos de revoque, era como estar en la cueva del tesoro, y también un candelabro antiguo con tulipas de papel crepé. De noche, la luz que se filtraba por las ventanas de los caseros era rosa y titilante, como en los sueños.

Pero Catana no parecía conceder demasiada importancia a la habitación que compartía, por gusto o por necesidad, con la bruja. Él se había construido, mucho tiempo atrás, una estancia que lo cobijaría eternamente, como un arca de mármol. Los inquilinos estaban al corriente de su locura por boca de la propia patrona, que, en sus feroces borracheras, después de arrojarle las lavazas al pobre viejo, aullaba como una loca que le había consumido la juventud y que la había despojado de la herencia de sus padres. «¡Un panteón es lo que necesita él! ¡Un panteón, cuando apenas nos llega para comer! ¡Te ibas de putas en Dămăroaia, ay, pero ahorrabas dinero para el panteón! ¡Manipulabas la balanza de la tienda mientras pensabas en la muerte! ¡Ay, Dios mío, cuando te agarren los demonios te van a meter aceite hirviendo por el culo! ¡Ojalá te coman los gusanos con tu panteón y todo! ¡Desgraciado! ¿Sabéis, amigos, lo que ha hecho este criminal en la vida? ¿Este, este corderito inofensivo que veis aquí? Mató a la mujer con la que vivía cuando tenía la tienda en Buzău, le dio fuego, recogió las cenizas con una cuchara, las puso en un perol grande y se las comía por la mañana, eso es lo que hizo, y, después de comérselas, este bribón fue a la policía; aunque lo confesó todo él solito, le dieron una paliza que lo dejaron tonto, se pasó doce años en la cárcel, miradlo, este miserable, que lo veis en la puerta y pensáis que yo soy la loca, pero preguntadme qué es lo que ha hecho este hombre con mi vida, que me asombra que no me haya llevado a

mí también a la tumba. ¿Y resulta que necesitas un mausoleo? ¿De mármol rosado? ¿Con ángeles de piedra? Ay, amigos, ojalá hubiera sido un borrachín, ojalá se hubiera bebido el dinero, habría sabido yo al menos para qué lo hacía, pero lleva cuarenta años ahorrando para un panteón. Hace veinte años que los canteros se quedan con su dinero. ¿Sabéis lo que tiene el cerdo este en Bellu? Un palacio, amigos, no un panteón. Te puedes pasear por dentro en carro. ¡Y qué estatuas! ¡Y qué figuras! ¡Y cuántas recámaras! ¡Cuántos nichos vacíos! Una familia entera puede esperar allí hasta el Juicio Final. ¿Es que no habrías podido construir unas casas en la avenida, para que viviéramos como personas, para vestir a tus hijos? ... que de esos sí que me has hecho un montón, eso sí que lo sabías hacer, tú sembrando y yo cargando con el mochuelo. ¿Es que no habrías podido? ¿Para qué te sirve el panteón si revientas? ¿No es acaso lo mismo que te arrojen a la calle y te coman los perros o que te metan en un panteón de mármol? ¿Qué más te da? Cuando te mueres, estás muerto, entérate. ¡Azada y pala! Gracias a Dios que soy más joven que tú. ¡Cualquier día de estos te colocaré sobre la mesa, tieso y frío, y lo que me voy a reír! ¡Qué bailoteos me voy a marcar a tu alrededor, mira, así! ¡Ayyyyy! Y te tiraré de la nariz y te sacaré la polla afuera, que la vea todo el mundo, para que te enteres. ¡Endemoniado! ¡Loco! No te creas que vas a disfrutar de esa tumba de mármol. Cuando las ranas críen pelo. Tendrás que darme las gracias si te entierro en un rincón del cementerio invadido por la maleza. ¡Me has envenado el alma toda la vida, miserable!» Los inquilinos los contemplaban como si estuvieran en el circo y se morían de la risa, pero el venerable anciano asentía de vez en cuando con los ojos cerrados y decía con ternura: «Así es, así es, es como dice ella, amigos. Perdonadme, amigos», pero sus palabras eran ahogadas inmediatamente por otros juramentos de la consorte.

Solo al cabo de unos años descubriría Maria que la vieja, en su delirio, no había mentido; bien al contrario, su mente obtusa no había sido capaz de intuir en su justa medida la realidad al reducir el panteón de Catana a un palacio. Porque el viejo entregó su alma en 1962, cristianamente, con un cirio y un pope en la cabecera de la cama, llorado por todo el patio y con fama de santo en el barrio. No dejó a su muerte más que las casas y una

moneda de cincuenta céntimos en la caja repujada con imágenes fabulosas que estaba sobre la mesa. A pesar de sus feroces promesas, la patrona organizó un funeral con gran pompa, a la altura de las más encopetadas costumbres del arrabal. Seis gitanos con instrumentos de latón mellados y con un gran tambor seguían, entonando cantos fúnebres, la carroza de madera tallada, con los cristales desgastados de tanto frotarlos, arrastrada por caballos adornados con penachos negros. Unos cuantos gitanillos portaban los pesados estandartes, descoloridos por la intemperie. Un estandarte ondeaba también en la entrada al patio. Aferrados a la carroza fúnebre, llorando, vestidos con burdos ropajes negros, venían Ma'am Catana y los parientes, y, tras ellos, toda la chusma del patio y de la calle, comiendo pipas y charlando. Maria se había enterado gracias a Leana la Loca, que pasaba de vez en cuando a verla por su nueva casa de Ștefan cel Mare, de que había muerto Catana, y se acercó también ella para acompañar al viejo en su último viaje y encontrarse con sus antiguos vecinos. Estaba ya desmejorada y amargada por la vida. Vio a Catana en el féretro forrado con satén blanco, entre coronas de rosas de papel crepé: parecía que en el ataúd abierto se encontraba la viva imagen del Señor. El cortejo salió por Colentina hacia Obor, por Moșilor, atravesó el centro de la ciudad y en cinco horas llegó a las alamedas llenas de tumbas del cementerio Bellu. Aquí las casas de piedra con adornos de mármol y bronce ennegrecido, con estatuas y fotografías ovaladas, con puertas y ventanas enrejadas, daban la impresión de ser una ciudad habitada por una especie distinta, con otras necesidades y otra anatomía. Unos tristes cipreses se elevaban hacia el cielo. Serpenteando entre tumbas y panteones, la carroza fúnebre se detuvo ante una extraña construcción.

Era una casa rosa que brillaba nostálgica en el ocaso. Pues aquel húmedo día de noviembre la noche cayó enseguida, con la ayuda de unas pesadas nubes amarillas. El panteón tenía un frontón triangular, severo, con una ventana redonda en el centro. La puerta estaba enmarcada por dos hornacinas con dos estatuas de bronce bruñido. ¿Qué figuras humanas representaban aquellos broncees? ¿Qué clase de reverencia ante la muerte era esa? Porque las estatuas aullaban mudas, enloquecidas por el pánico o

por un atroz desgarramiento de las vísceras. Se les veía el paladar y las muelas hasta el fondo de la garganta, y allí, detrás de la campanilla, el color se volvía rojizo (tal vez por el reflejo del ocaso), como si el cuello y la tráquea fueran de carne, como si en la terrible coraza de bronce estuvieran encerrados unos cuerpos humanos todavía vivos, con los órganos blandos palpitantes y la sangre latiendo por los tubos de las venas, con la mente sintiendo en todas sus neuronas aquella agonía infinita. Las estatuas de bronce estaban paralizadas en un gesto de protección y rechazo, con los dedos extendidos, con las costillas a la vista, con el vientre hundido, en un intento desesperado por desprenderse del pedestal y huir por el cementerio infinito. Solo después de que el cura hubiera rociado todo con agua bendita, el extraño edificio perdió su poder de fascinación. Sin dar crédito a lo que veían sus ojos, la gente observó que, de hecho, los dos efebos de bronce eran ángeles, que sus bocas abiertas cantaban y sus ojos se elevaban hacia el cielo. La misa fue larga y tediosa, cuando finalizó, reinaba ya la oscuridad, solo el templo resplandecía como un cristal rosado, y descendieron el féretro por las escaleras del panteón. La puerta de hierro ennegrecido, muy pesada, bien engrasada, dejaba ver un recinto vacío y un tramo de escaleras que conducían a un sótano. Los enterradores portaban el ataúd sobre los hombros con mucho cuidado, seguidos por los parientes. Maria creyó que no habría sitio para los demás. Ella, en cualquier caso, no quería entrar. Nunca le habían gustado los entierros ni los curas. No creía en la vida eterna o, mejor dicho, no pensaba en ello. «¡Como si hubiera vuelto alguien para contar cómo es! Si tu alma es honrada, no tienes por qué tener miedo. Lo que sea, será.» Pero, poco a poco, la gente a su alrededor comenzó a desaparecer, todos bajaban y parecía que todavía quedaba sitio. Al poco rato, estaba sola, estremecida por la oscuridad y el frío. La arquitectura irregular, ahora negra como el alquitrán, de los panteones de alrededor recortaba el cielo como los dientes de un serrucho. Alguna que otra estatua (un ángel con trompeta y las alas extendidas) se perfilaba sombría sobre el poso todavía amarillo del horizonte. Los cipreses también estaban manchados de petróleo y se balanceaban, siniestros. Maria, helada de espanto, descendió.

A gran profundidad, ante ella, distinguía dos o tres siluetas que avanzaban en la oscuridad verde y se fundían en esta. Los escalones parecían no tener fin. Maria bajó durante varias horas y se le había olvidado casi dónde se encontraba cuando vislumbró, en el alejadísimo extremo de la diagonal de la escalera, un minúsculo rectángulo de luz. No más altos que unos insectos, los últimos acompañantes del séquito mortuorio brillaron un instante bajo esa luz que se acercaba despacio, y desaparecieron por la puerta nítidamente marcada. Maria siguió sus pasos, llegó a una nave enorme y avanzó minúscula por un mosaico pulido y grandioso. La sala parecía redonda; el otro extremo estaba tan alejado que se perdía casi en una bruma nacarada. Apoyada en las colosales columnas de pórfido, una bóveda dorada se elevaba tanto que resultaba imposible encontrar las palabras adecuadas para describir su altura, un campesino habría dicho que ascendía más allá de la bóveda celeste, más allá de la esfera de cuarzo de las constelaciones. Monstruosas esculturas se alineaban, alternando con las columnas de un rojo oscuro, a lo largo de los nichos que rodeaban la sala. Representaban a hombres y mujeres desnudos, pintados en color carne, las mujeres, rosadas, los hombres, más bien cetrinos; todos tenían los mismos ojos de color azul y sus rostros mostraban el mismo terror. El grosor de las uñas de sus pies tenía la estatura de una persona, y en sus rostros, perdidos en la bruma de la cúpula dorada, se adivinaba tan solo el brillo de sus ojos dilatados. Cada uno de los gigantes exhibía trágicamente una tara: el seno izquierdo de una mujer estaba afectado por la elefantiasis y colgaba como un saco horrendo hasta el pubis; otra tenía la cabeza hundida en el pecho y un esternón prominente, como el de los pájaros. El hombre más cercano tenía una pierna poliomiélica, sin muslo ni cadera, tan solo un fémur, una tibia y un peroné envueltos en fundas de piel arrugada. El testículo de otro, invadido por una hernia, colgaba hasta el suelo. Mancos, cojos, enanos, caquéxicos, coxálgicos, gente con espina bífida, con obesidad mórbida, con labios leporinos, cíclopes, seres con once dedos en las manos y en los pies, con la piel amoratada por una insuficiencia cardiaca, leprosos, enfermos de ántrax, de escrofulosis, de vitíligo, la línea circular de estatuas gigantes abrazaba, en el anillo de la mutilación, la sala redondeada, por cuya superficie avanzaba

hacia el centro, como una procesión de ácaros, el séquito mortuario.

Maria recorría boquiabierta las vastas superficies de colores imaginando, seguramente, sobre el suave suelo de piedra semipreciosa (¿malaquita? ¿obsidiana?) un enorme dibujo, geométrico o figurativo, que la vista no podía abarcar. Solo desde muy arriba, cerca del ápex de la bóveda, se habría podido apreciar el significado completo de aquel fabuloso mosaico. Los zapatos baratos del ama de casa eran, sin embargo, como los dedos inexpertos de un ciego reciente o como los de un adolescente que acaricia a su primera amada. Poco a poco, los que portaban el féretro se iban acercando al centro de la sala. Al avanzar, se les abrían más y más perspectivas. Pudieron distinguir así las aperturas simétricas en la pared curvada, entre nichos y columnas, como portaladas con inscripciones de bronce y complicadas florituras, que desembocaban en las infinitas galerías. La luz suave y coloreada, como la de una catedral, llenaba el mausoleo de una gelatina diáfana que venía de ninguna parte. En aquel silencio mustio, solo se percibía el taconeo de los zapatos, débil y armonioso como la música de un carillón.

Maria caminaba entre los afligidos parientes del viejo. No podía apartar los ojos del féretro, que era ahora una cáscara de cristal ahumado, prismática, que los seis enterradores acarreaban a trompicones. ¡Cuánto había cambiado también el muerto! Los rasgos de la cara se le habían difuminado, los ojos se veían como dos bolas inmensas bajo la gruesa piel del rostro, como si los globos se hubieran fundido en los hemisferios cerebrales, la nariz y la boca se habían confundido en una trompa que descendía hasta el pecho. Los brazos y las piernas se habían hundido en el vientre y en el tórax, desagradablemente hinchados ahora. La ropa había reventado, la barba y el pelo se extendían como la pelusa del diente de león y una larva blancuzca, que latía tenuemente, yacía ahora, pasiva pero viva, en los élitros del féretro. Maria, con los ojos abiertos de par en par y la carne de gallina, se aferró también a la dura cáscara de quitina translúcida.

En el centro de la sala, tan lejos de la pared circular que las estatuas y las columnas, menos imponentes que un bosque en el horizonte, apenas se distinguían a través de la bruma azulada, había una tumba de cristal con la

lápida retirada. Los enterradores depositaron su carga, la gente se arremolinó y el pope empezó a lanzar incienso y a cantar. Todos se santiguaban y de vez en cuando respondían al pope con un «Amén». De todas partes llegaban unos extraños ecos, con varios minutos de retraso, que interferían formando una rosa sonora, casi visible en el vacío de la sala. La larva húmeda por las secreciones gelatinosas fue colocada en el hueco de cristal y la sellaron con la tapa, cubierta por una inscripción menuda e ilegible. La sustancia que formaba la caja era tan límpida y transparente que, si no hubiera sido por los brillos irisados de los prismas de cuarzo, se podría decir que la larva flotaba sobre el suelo. La joven se perdió en la contemplación de los lentos y tortuosos movimientos peristálticos bajo la piel de la crisálida, que guardaban gran parecido con el movimiento de los globos oculares bajo los párpados de los que duermen...

Cuando, al cabo de un rato, apartó la mirada del gigantesco capullo, Maria se encontró sola. Los afligidos parientes, los gitanillos con los estandartes, los músicos y el cura habían desaparecido como si se hubieran disuelto en aquel aire corrosivo. Para llegar a la puerta más próxima habrían necesitado varios días. ¿Se habían hundido en el brillo del infinito mosaico del suelo? ¿Habían seguido bajando a través de alguna trampilla camuflada? Maria no lo entendía y no quería entenderlo. Porque no se puede pensar bajo bóvedas más amplias que tu bóveda craneal. Petrificada en medio del sueño, junto a la tumba tallada en cristal, la mujer sintió de repente que se desmoronaba por completo, como si se hubiera podrido en unos pocos segundos antes de que su mente hubiera perecido. El terror brotaba como un sudor helado. Supo que si no se desprendía en aquel preciso instante de la fascinación y la irrealidad de la caverna-mausoleo, se quedaría allí para siempre, como una oruga paralizada, la presa viva del monstruo que latía a su lado, en el huevo. Hizo un esfuerzo sobrehumano por alejarse, lentamente, de la tumba, y echó luego a correr, gritando sin oír sus gritos, por las baldosas multicolores.

Corrió al azar, horas y horas, deteniéndose de vez en cuando para recuperar el aliento, pero las paredes de la sala parecían no acercarse en absoluto, o hacerlo tan despacio que las columnas y las estatuas lisiadas parecían glaciares inmóviles en el margen del universo. Sin embargo, salían

poco a poco de la bruma azulada de la distancia y la mujer se dio cuenta enseguida de que se acercaba al monstruoso hombre acromegálico, con el tórax rodeado de nubes, con unas garras tan grandes que entre los dedos se adivinaban las entradas a unas galerías abovedadas que se perdían en lejanas perspectivas. Maria penetró así en el túnel situado entre el dedo meñique y el siguiente del pie derecho de la estatua y se encontró en un fantástico viaducto de ladrillo. Aquí y allá, por las paredes cubiertas de telarañas, se extendían los cuernos de antiguos trofeos de caza. Los cuadros, rodeados por pesados y labrados marcos de bronce, estaban demasiado ennegrecidos por el paso del tiempo como para poder distinguir qué representaban. Frías chimeneas de mármol, parrillas y atizadores de latón alternaban con escupideras del mismo metal liso. La galería estaba iluminada por antorchas clavadas en soportes de metal negro, en lo alto de unas paredes llenas de telarañas y de polillas. El silencio silbaba y la luz parecía extinguirse a medida que Maria, que recordó de repente que había dejado por primera vez a Mircișor[11] solo en casa, avanzaba cada vez más deprisa entre las líneas que se unían en el horizonte. Maria echó a correr, aterrada ante la idea de no escapar jamás del fabuloso mausoleo, se le rompió un tacón y siguió su carrera cojeando hasta que su cuerpo, antes que ella misma, notó un cambio imperceptible. El aire se tornaba rojizo, pero de forma tan lenta que era como si, en cada metro de galería, una única molécula virara en aquel doloroso rosa del crepúsculo. De manera igualmente morosa, el suelo se tornaba elástico y los cuadrados de las baldosas, antes tan nítidamente delimitados como en un tablero de ajedrez, empezaban a mezclar sus colores, a disolver sus contornos al igual que los cuadros, las chimeneas y los trofeos de las paredes, que perdían poco a poco las formas y tendían a confundirse en el nácar rosado de las paredes, cada vez más diáfano y monótono. Poco después, Maria avanzaba por una trompa de carne húmeda que se curvaba donde se perdía la vista en una espiral más amplia. Las paredes, por las que chorreaba un líquido amarillento y pululaban unos seres pegajosos, vibraban sin cesar y tejían en el aire mágico unos sonidos aterciopelados, entrelazados con voces y tintineos cada vez más fuertes, hasta que la mujer tuvo la impresión de caminar entre sonidos

solidificados. Al girar, empezó a sentirse mareada, aunque el radio de la gran curva exterior, la novena o la décima a partir del centro, no podía ser menor que el de Bucarest. Cuando hubo recorrido la caracola entera, tropezando por un suelo tan viscoso como las paredes, se encontró ante una escultura o una maquinaria colosal que ocupaba una gruta ósea, irregular, en consonancia con el monstruoso artilugio. Estaba compuesto por tres piezas suspendidas sobre la coronilla de Maria como tres nubes de verano curiosamente enlazadas en el cielo. Articuladas con tendones gelatinosos, las piezas de hueso vibraban con un rugido continuo, como el de las lanzaderas de tejer que la mujer recordó, horrorizada. Los extremos de la primera —que recordaba vagamente al estribo de una silla de montar— y la última se apoyaban en dos enormes ventanas redondeadas, cegadas por unas temblorosas membranas translúcidas, mientras que la del centro, como el frontón de un templo, se arqueaba entre ellas para conferir al conjunto profundidad y grandeza. Maria, abrumada por las dimensiones sobrehumanas de la construcción calcárea, se acercó a la ventana del otro extremo de la sala, trepó por los picos y las excrecencias de calcio, aplastó con el pie criaturas ameboideas hasta que llegó a la membrana del color de la luna, detrás de la cual brillaban las luces y flotaban las sombras de otro mundo. Apoyó la frente y las manos en la cálida membrana, y se esforzó por adivinar algo a través de la sustancia turbia, hialina. El aullido del mundo exterior era lacerante, tan insoportable como el de una cascada gigantesca. Una forma indescriptible surgió bruscamente como de un abismo y se elevó de repente, verde y amarilla y gris, acercando —¿el qué?, ¿la cara?, ¿el cefalotórax?, ¿las espinas de la cola?— a la ventana de carne, Maria empezó a gritar y regresó corriendo, sin oír su propio grito, sintiendo tan solo la garganta en carne viva, perdió los dos zapatos, pasó por la sala de esculturas enigmáticas, por el caracol húmedo y por el viaducto que, al cabo de varias horas, había recuperado las suaves baldosas de coral, las paredes de ladrillo, las chimeneas y las escupideras de latón, los trofeos de caza y los cuadros ennegrecidos, y penetró por fin en la gigantesca y brumosa nave de las estatuas. Volvió a recorrer su diámetro, se detuvo varias veces para pasar la noche tumbada en el suelo brillante, pasó junto a la tumba de cuarzo del

centro, donde la larva se había envuelto ya en un capullo de hilos multicolores, y llegó a los incontables escalones que conducían a la salida. Cuando vislumbró de nuevo la luz del día, que estallaba entre los melancólicos cipreses del cementerio Bellu, Maria se santiguó. En el tranvía tuvo que enfrentarse a las miradas de la gente, que observaba sorprendida sus pies descalzos. Hizo un transbordo en Buzești y cogió el 24 hasta el Circo. Cruzó frente a la floristería y llegó al portal del edificio en el que vivían desde hacía más de un año. Los gritos de Mircișor se oían desde la entrada. Encontró ante la puerta del apartamento a un grupo de vecinos intentando calmar al chiquillo que berreaba con toda su alma al otro lado: «¡Mi ma-miiii! ¿Qué voy a hacer sin mi ma-miii?». Empapada de sudor y enrojecida por el esfuerzo, se abalanzó de golpe, abrió y cogió en brazos al niño que ahora reía entre lágrimas.

[11]. Diminutivo de Mircea.

Cuando salió del patio en forma de U, Maria se adentró en el otoño. Sobre el patio, el cielo seguía siendo de un azul intenso, unas nubes de leche, mofletudas, flotaban inmóviles. La adelfa verde y rosa pintaba aún su sombra azulada sobre la pared encalada de la casa de la izquierda, y sus inquilinos agitanados transpiraban en medio del olor a gachas como si fueran las excrecencias carnosas de un arrecife de coral. En cuanto cerró la puerta del patio, sin embargo, desaparecieron de repente el bochorno, el perfume y los ruidos, y Maria se encontró en Silistra, avanzando entre hojas muertas y charcos que reflejaban un cielo con nubes de tormenta. Soplaba un viento húmedo y frío que parecía borrar los contornos de las casas y de los transeúntes. Pero la joven no tenía frío. Seguía caminando con su vestido de verano entre gente con paraguas e impermeables. Una vieja que se cubría la cabeza y los hombros con un saco vacío (pues unas desagradables gotas de aguanieve habían empezado a caer, gélidas como el hielo, sobre el empedrado) la miró con recelo y se escabulló por un patio cercano. Ante otra puerta se detuvo un cristalero, que depositó en el suelo la carga verdosa que reflejaba la tristeza y la desolación del día.

¡Qué extraño, qué luminoso era aquel carmín barato, de sabor a caramelo, en los labios de la señorita de ojos castaños! Bajo aquel cielo que corría como un humo negro, deshilachado, era lo único colorido y vivo. Dos ojos sin rímel y una boca en forma de corazoncito. Unos pocos tirabuzones rizados con tenacillas revoloteaban fuera del pañuelo. Maria sonreía. Una sonrisa dulce y juiciosa como un cuello blanco en un vestido de verano, el único que la joven trabajadora se puede permitir. El consabido vestido plisado de lunares. Como no quería pensar todavía en Costel, pensaba (sonriente) en su hermana Vasilica, en su madrina, en cómo un día la madrina, que no veía bien, había puesto en los pasteles polvos de fregar en lugar de azúcar glas (había hecho unos «tía Mimi», la joya de su corona, con una crema deliciosa que olía a limón), Vasilica dio un mordisco a uno de

esos rombos perfumados y el detergente crujió entre sus dientes, pero no se atrevió a decir nada hasta que la madrina los probó y dijo: «¡Ayyyyy, Vasilica, buena la he hecho, les he puesto polvos de fregar en lugar de azúcar glas!», y se echaron a reír como locas. También Maria se echó a reír en medio de la calle. ¡Qué chiflada está la madrina! Pero toda su familia era así. El padrino, el tío Butunoiu, había sido vendedor de joven, había tenido una tienda de ropa de caballero en el barrio de Bucureștii Noi; ahora reparaba acordeones y echaba pestes contra los rusos, pero, naturalmente, solo con la familia y siempre en voz baja. En cuanto a la hija de la madrina y su nieta Aura, Maria no podía con ellas. Nunca había conocido a unas criaturas más repelentes, unas miradas más pérfidas que las de aquellos ojos de un verde-turbio, los mismos en la madre y en la hija, dos barriobajeras empingorotadas como dos fulanas. Marian, el crío de Vasilica, acababa siempre con arañazos en la cara después de ir con Aura a visitar a sus padrinos. Una foto en la casa de su hermana mostraba a los dos niños de pie, cogidos de la mano de forma extraña (la mano derecha de Marian y la mano izquierda de Aura entrelazadas en diagonal), Marian tenía una sonrisa bobalicona, y Aura fruncía el ceño, con una mueca de insólita maldad para una niña de tan solo cinco años. La niña sujetaba en la otra mano un aro y lucía un ridículo pompón en el pelo, mientras que el niño, tieso, apretaba contra el pecho una pelota de goma a rayas.

¿Cómo se había rodeado de semejante parentela? ¿Cómo había sacado tiempo para hacerse con esa gente que vivía en Bucarest desde mucho antes de que ella se mudara allí? Porque Maria había llegado a la ciudad, dejando atrás su Tântava natal, durante la guerra, cuando encontró trabajo, con Vasilica, como aprendiz en la sastrería Verona, situada en la parte trasera de ARO, junto a la casa blanca, con veranda y marquesina multicolor, de la famosa actriz de variedades Mioara Mironescu. Las dos campesinas de quince y diecisiete años (Vasilica era su hermana mayor) dormían juntas en el primer piso, en una sola cama, muertas de cansancio después de coser durante horas y horas, y soñaban toda la noche con máquinas Singer y jóvenes elegantes, funcionarios con canotieres blancos y bastones de caña. Se despertaban abrazadas, con los rostros pegados, deseosas por volver de

nuevo al ajeteo de la gran ciudad. Como los domingos no trabajaban, salían a pasear por las calles, entre las casas de los bulevares recorridos por coches y carros, y contemplaban embelesadas los diferentes negocios, los escaparates de las tiendas de muebles y de las joyerías, la altura embriagadora del Palacio de Telecomunicaciones (¡cuánto les habría gustado ser telefonistas!, en las películas americanas la telefonista conocía siempre a un joven millonario), las oficinas en las que unos jóvenes polvorientos escribían en máquinas Yost cartas y documentos de toda índole, a las señoras elegantes, con una piel de zorro alrededor del cuello y aspecto de vampiresas de película. Por la noche, unas guirnalda luminosas adornaban la entrada de las terrazas de verano, los cines y los teatros. Las chicas contemplaban asombradas estas maravillas que no pertenecían a su mundo y que no envidiaban, pues ellas iban a los cines baratos de barrio, frecuentados por trabajadores que escupían las cáscaras de las pipas, que silbaban cuando el chico y la chica se besaban en la pantalla y que a veces dejaban caer, como por descuido, en el muslo de la joven sentada a su lado, una mano pesada que olía a la grasa del torno. Muchas veces, por culpa de estos «chiflados», las chicas tenían que cambiarse de sitio en la sala a oscuras y hacían crujir el parqué frotado con aguarrás. Tras atravesar oxidadas vías de tren y campos de manzanilla, visitaban también las ferias de las afueras, donde se apretujaban en una marea de gente ante unos carteles que parecían pintados por niños: animales salvajes y devoradores de serpientes, mujeres-araña, enanos y mujeres desvergonzadas que actuaban ante los hombres mostrando sus blancos pechos desnudos, llenos de lunares... Los niños llevaban gorros de papel brillante y papel pinocho y soplaban unas trompetas multicolores. Las hermanas se compraban un cucurucho de palomitas o una ristra de caramelos y disfrutaban como dos chiquillas de aquel día tan abigarrado, de su propia juventud, de la frescura del mundo. ¿Qué sabe la gente de pueblo de todo esto? Nada. Lo único que hacen durante toda la vida es trabajar y trabajar. No había pasado siquiera un año desde que eran bucarestinas y despreciaban ya a los aldeanos, «los destripaterrones», y sentían pena por su hermana Anica, casada en Tântava y obligada a quedarse allí para siempre, con su vaca y su cerdo, trajinando

entre tomates y pimientos. Cuando se cansaban de vagabundear por la feria, las chicas se montaban en los tiovivos, aullando con todas sus fuerzas y girando hasta marearse junto con el mundo que las rodeaba. A veces algún chico del asiento contiguo las agarraba al vuelo y hacía girar su columpio, luego las soltaba para que dieran vueltas enloquecidas, llorando de la risa y sin poder distinguir a su alrededor sino un remolino de colores entremezclados. Por la noche iban a alguna terraza barata, con gente variopinta y alegre, y comían crujientes *mititei*[12] en medio del eco, arrastrado por el viento, de un lejano acordeón. Volvían a casa del brazo, subían entre risas la escalera de caracol y se reencontraban con su camita de hierro y con la palangana del rincón, en una habitación desnuda pero íntima, por cuya ventana se filtraba la luna. Las chicas hablaban todavía un buen rato, debajo de las sábanas, bañadas en el aire azul de la luz de la luna que confería a sus rostros un aire extraño, pálido, como en el cine. Maria no era guapa, pero era más guapa que Vasilica. Su hermana tenía una cara astuta y espabilada, como de ardilla, y, por mucho que se hubiera esforzado, no habría podido parecerse a la imagen icónica de la mujer de los años cuarenta que veían cada día en los grandes carteles de los cines y en los anuncios de los periódicos. Maria había decidido, en secreto, que Vasilica no podría ser jamás otra cosa que una modista capaz de agradar a los clientes adinerados.

Ahora ella miraba por la ventanilla trasera del vagón del tranvía 4 que atravesaba, haciendo sonar la campana, el cruce ahogado por el humo de la plaza Obor. Un trabajador de la compañía de ferrocarriles, que acarreaba unos tubos de estufa sujetos con una cuerda, se apretujaba contra ella, empujado a su vez por los demás, y le arrojaba a la cara un tufo a chorizo. Como el vagón estaba abarrotado, todo el mundo discutía y se insultaba, pero Maria, mirando ausente las tabernas llenas de campesinos con cestos y ristras de ajos y las tiendas de «cristales-espejos», llaves, quincalla, telas, no les prestaba atención, soportaba con estoicismo el borde gofrado del tubo clavado en su hombro y, en medio del estruendo de los camiones tirados por caballos y de los tranvías que se cruzaban y frenaban en el último momento lanzando chispazos pálidos en el aire oscuro, saltaba de un pensamiento a

otro, estremecida por las gotas de lluvia que golpeaban la ventana.

Vasilica y ella llevaban todavía trenzas hasta la cintura, con una cinta roja entreverada de arriba abajo, cuando llegaron a Bucarest. Las había traído su padre en el carro y las dejó al cuidado del «tito», su hermano mayor, que, sin embargo, cruzó poco después el Dniester y se perdió en algún lugar en las orillas del Don. Regresó en el 51. Las chicas trabajaban en el taller de la mañana a la noche. Cuando entraban, al alba, las filas de máquinas de coser Singer negras y brillantes, de rueda y pedal, les parecían a las muchachas unos bichos con agujones venenosos prestos a atrapar a su presa: una chica joven y viva. La patrona era una mujer severa, tenía una mirada dura y unas mejillas cuyos músculos no paraban de agitarse. No permitía que las jóvenes abandonaran el taller ni siquiera para aliviar sus necesidades. A pesar del morro pintado y de las pestañas cubiertas de rímel, había en su cara algo masculino. Las aprendizas más antiguas les transmitían a las novicias lo que habían descubierto también ellas de sus predecesoras: que *madam* Georgescu no era una mujer propiamente dicha, que tenía debajo de la falda lo que tienen los hombres. Algunas añadían que esta mujerona se afeitaba la barbilla, el cuello y el pecho para que no le creciera un vello como el de los bandoleros. Pero, aunque fuera cierto, una gruesa capa de polvos lo cubría todo. En cualquier caso, no se había casado nunca y compartía su habitación, por la zona de Rahova, con una joven maestra, bajita y desvaída, de ojos bordeados por una piel rosada y unos dientes menudos, como de gato. Como no reía jamás, *madam* Georgescu aterrorizaba a sus aprendizas y las hacía obedecer sin rechistar. Las hermanas —que no habían trabado amistad con las otras chicas, muchas de ellas unas putillas que hablaban como las muchachas llegadas del pueblo no habían oído hablar jamás— se habrían sentido unas verdaderas desgraciadas y habrían llorado cada noche en su cama de hierro, una en brazos de la otra, si no hubiera sido por la maravillosa señora Mioara Mironescu, que para ellas se convirtió en el no va más, un hada de cuento, un modelo y una diosa cuyo interés por las dos pequeñas campesinas no dejaba de parecerles un milagro divino. ¿Quién había puesto en su camino a la famosa actriz? ¿Por qué, en cuanto las vio asomadas a la ventana de la casa vecina, riendo y haciendo muecas,

lanzando miguitas a las palomas del empedrado, la actriz, que acababa de descender de un Packard imponente, se detuvo, levantó la cabeza tocada con un sombrerito con velo, y permaneció así, como una silueta ceñida por un traje, recortada de una revista de modas, con las manos envueltas en unos guantes de color azafrán que apretaban contra el pecho un ramo de violetas? El sol teñía su rostro en colores intensos y colores pastel, incendiaba la seda ligera del velo y prendía una estrella brillante en la gran perla de ónice de la peineta de su cabello. Contempló unos instantes a las aprendizas del primer piso, como fascinada, y luego se escabulló por el callejón oscuro de la casa de al lado, sus colores se perdieron poco a poco en la sombra cada vez más densa. El automóvil negro partió y dejó la calle vacía y melancólica, animada tan solo por algunas plantitas mustias, que habían brotado entre los adoquines del empedrado.

Se conocieron al cabo de unos días y siguió un torbellino de embeleso infinito. Aquella mujer de cabello negro-azulado, corto, con patillas afiladas, con ojeras bajo unos ojos siempre entornados, con «esclavas» de latón en las muñecas e incluso en un tobillo, las llevó una noche al cabaret Gorgonzola, en la parte trasera de Şelari, donde actuaban unos negros vestidos con trajes a rayas y sombreros. Dejó a las chicas instaladas en una mesita para que pudieran contemplar atónitas a los negros que tocaban relucientes trompetas y saxofones y al resto de la clientela, y desapareció por una escalerita escondida tras los cortinones de terciopelo rojo. Un camarero les trajo a ambas algo de comer y una copa de champán, mientras los demás se levantaban y se arremolinaban en la pista de baile. «¡Foxtrot!», gritó el negro del contrabajo, y todos se arrancaron en un baile ridículo y endemoniado que hizo que las hermanas, a pesar de sentirse intimidadas, rieran hasta que se les saltaron las lágrimas. Cuando los bailarines regresaron a sus mesas, salió una cantante rubia, rellenita, con un vestido rojo, que entonó, con una voz extrañamente profunda, una canción triste y lánguida sobre un amor enloquecido «como no ha habido otro igual en este mundo», y el abandono cobarde y cruel de la joven «doncella» por parte de «un hombre de dientes relucientes», al que, sin embargo, la doncella amaría

*Hasta la tumba de mármol gélido,
hasta más allá de la muerte.*

Aturdidas por el champán, las muchachas lagrimeaban también por culpa del humo verdoso, cada vez más denso, de los puros. Vasilica estaba precisamente enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano, cuando, boquiabierta, observó que el negro del tambor le sonreía y le guiñaba un ojo. Volvió a mirar. El negro seguía sonriendo y mostraba unos dientes de caballo entre unos labios que parecían pintados. Vasilica volvió la cabeza, pero a sus espaldas no había sino una columna marrón. A partir de ese momento, ni se le pasó por la cabeza mirar hacia el estrado de los seis cantantes de jazz.

Les trajeron otra copa de líquido pálido, burbujeante. La sala se sumió poco a poco en la oscuridad y una luz azulada, como de luna llena, la inundó, haciendo que brillaran de repente, antes de apagarse una a una, las estrellitas doradas que colgaban sobre las cabezas. Empezó una música suave, de violines, y, ante las jóvenes campesinas, un espectáculo arrebatador se desplegó sobre el escenario oscuro. Un reflector titubeante barría el cortinón trasero como si buscara algo que podría aparecer de un momento a otro. Los violines atacaron con ímpetu un fragmento apasionado, luego titubearon también ellos, suavemente, en cuanto apareció, en el extremo superior del escenario, un zapatito de señora que descendía lentamente; a continuación asomó, envuelto en una media lila, un muslo maravillosamente torneado, seguido de una espuma de encajes. Una mujer de ensueño, con un vestido que dejaba al aire sus hombros desnudos y empolvados, un vestido de satén blanco, con un miriñaque ricamente bordado y un velo blanco, ondeante, una mujer de mejillas rosas y verdes, salpicadas de chispas doradas, descendía desde la noche, graciosamente reclinada en el cuerno de una luna amarilla, con ojos, boca y barbilla, que sonreía a los enamorados de todo el universo. La luna lanzaba guiños con sus pestañas largas y enmarañadas, y el hada, en la que a las hermanas les costó reconocer a su vecina, pues ahora llevaba una peluca rizada, plateada, cuyos bucles caían hasta la cintura, empezó a cantar una canción sobre el

Bucarest nocturno, salpicado de estrellas, en el que los enamorados escuchan, con las manos entrelazadas, los lamentos de los violines gitanos de las tascas, y luego salen al exterior, bajo el manto de estrellas, para abrazarse a la luz temblorosa de las farolas, en plazoletas adornadas con estatuas. Se deslizaron también otras piezas del decorado, el Ateneo, el Arco de Triunfo, la estatua ecuestre de Mihai Viteazu, todo ello extrañamente pintado, solo con bucles y volutas, como si estuviera trenzado en hierro forjado. Las siluetas de unos jóvenes con frac y sombreros de copa y señoritas en minifalda, de traseros redondos y cinturas estrechas, bailaban una pantomima lenta entre los edificios de cartón, en la penumbra, pues la única intensamente iluminada era la lánguida mujer recostada en el cuerno de la luna.

Cuando terminó una de las estrofas, la artista dejó que los violines reanudaran el tema en un nuevo acceso de sufrimiento y languidez, y ella descendió, junto con la luna, hasta el suelo, se puso de pie y, contoneándose para mostrar sus maravillosas caderas, bajó los escalones que separaban el escenario de la sala. El resto de la canción la cantó acercándose a las mesitas, apoyando su mano enguantada en el hombro de algún caballero mientras lo miraba intensamente a los ojos, acercando tanto su boca que al público se le paraba el corazón, luego le daba un empujón y pasaba a otro caballero, en otra mesa. Uno de los negros (¿acaso no era el mismo que le había sonreído a Vasilica?) se acercó a Mioara, besó su mano graciosamente tendida y, con los últimos acordes de la música, la acompañó del brazo hasta el escenario, dejó que se instalara de nuevo en el cuerno de la luna y que se elevara, arrastrada por hilos invisibles, para desaparecer más allá de la bóveda estrellada.

El Packard las condujo de vuelta a casa tan mareadas que a duras penas consiguieron despedirse de la cantante, mientras se reían y se tambaleaban sobre unos tacones a los que no estaban acostumbradas. Subieron la escalera a trompicones y se acostaron vestidas, con las cuentas de los collares baratos tan enredadas que al día siguiente a Maria le llevó un buen rato desprenderse de su hermana, que dormía como un tronco. «¡Vasilica, eh, Vasilica!», la zarandeó, pero Vasilica, con sus brazos blancos y rollizos, se

dio la vuelta.

La muchacha fue la primera en llegar al taller, donde las agujas de la fila de máquinas negras brillaban como complicadas piezas bucales bajo una luz sucia. En cada uno de los aparatos, unas hojitas de oro se trenzaban en una complicada filigrana. Maria tomó asiento, apoyó el pie en el pedal y giró suavemente la rueda hasta que la aguja engrasada empezó a moverse. ¡Qué fina era, qué punta tan afilada! Muchas veces, en sus noches de insomnio, había imaginado que unas agujas la atravesaban, que un extremo largo y levemente curvado se le clavaba en el corazón, y entonces se ponía de rodillas y, con un brazo sobre la cara, hacía con el otro gestos para que se alejaran mientras apretaba los ojos y los labios. Pero la perversa aguja atravesaba la palma de la mano colocada sobre el corazón, penetraba bajo el seno izquierdo emitiendo un crujido leve, punzaba su corazón y la hacía sangrar. Los pulmones se enrojecían como dos grandes bolas de algodón y la aguja salía por el omoplato y la clavaba al cabecero de la cama. Estaba atrapada, martirizada, no podía escapar, su brazo libre aleteaba sin esperanza, como una libélula clavada con un alfiler en el insectario. Este fantasma apareció en su vida cuando empezó a trabajar con la máquina de coser y la atormentaba sin descanso. Cada día le producía más repulsión acercarse a aquel insecto negro junto al que tenía que sobrevivir hasta la caída de la tarde. Aquella mañana, Maria cogió un cuello de camisa y lo colocó bajo el prensatelas de níquel, luego intentó poner la aguja en movimiento. El pedal, sin embargo, se atascó y la aguja no quiso bajar para atravesar la tela. La joven hizo girar la rueda con la mano, pero enseguida se dio cuenta de que el mecanismo de la máquina estaba bloqueado. Por lo general, cuando sucedía algo así, recurrían al tío Titi, el mecánico, que se ponía manos a la obra y trajinaba entre las varillas, los discos, los arcos y otras extrañas piezas de metal, copiosamente embadurnadas de vaselina, que componían el cuerpo de la máquina de coser. Pero en esta ocasión Maria, mareada todavía por el champán y por la magia del espectáculo de la víspera, abrió por primera vez la puertita de la máquina. Disponía de una bomba de metal llena de aceite y con un destornillador, y confiaba en ajustar algo en su interior, engrasarlo un poco y solucionar ella sola el

problema. Pero, cuando la puertita curvada, lacada en negro, se abrió con un clic, la chica se quedó de piedra. Incluso ahora, en el tranvía, mientras intentaba distinguir las tiendas alineadas en el bulevar a través de los chorros de lluvia y divisaba por el rabillo del ojo una imagen borrosa del templo griego que tanto significaría en su vida, Maria sintió un escalofrío al recordarlo. Porque en la ventana metálica de la máquina de coser latían unas vísceras. Una especie de riñones, una especie de glándulas endocrinas, carne y cartílagos, venas, arterias y canales linfáticos, ganglios que se dilataban y se contraían lentamente bajo un rocío sangriento. Nervios ramificados en fundas filiformes de mielina. Zonas hialinas y zonas oscuras como coágulos. Todo latía y temblaba al ritmo de los latidos fuertes, audibles, de un corazón invisible. Maria cerró la puertita de golpe y salió corriendo, gritando, por la puerta del taller. A partir de ese día no volvió a coser a máquina y sintió durante toda su vida horror a la costura. Vasilica cosería todos sus vestidos —los pocos que tendría— a lo largo de los años y, siempre que, de rodillas, le tomaba las medidas con el centímetro, su hermana le reprochaba que no hubiera aprendido a coser con *madam Georgescu* (dónde estará ahora, de qué vivirá) y que no supiera hacerlo.

Unos días después, Mioara invitó a las chicas a dar un paseo en barca por Cișmigiu (el chófer del automóvil negro remaba con las mangas arremangadas, sonriendo a las damas debajo de un bigote con los extremos retorcidos), las llevó a una tienda en Cavafii Vechi y les compró vestidos y sombreritos a la moda, deshizo sus trenzas con sus propias manos y las dejó a cargo del maestro peluquero (este les hizo tantos bucles y bulecitos con unas tenacillas que parecían dos caniches bobalicones ante los espejos del salón) y, finalmente, les reservó una mesita fija en el Gorgonzola, más cerca del escenario que la primera velada, de esta manera, durante muchas noches seguidas, las aprendizas disfrutaron del champán —que bebieron ahora con más mesura— y de los maravillosos números del escenario. El negro de los tambores, Cedric, se acercó del brazo de Mioara hasta su mesa y se quitó educadamente el sombrero ante ellas. Las chicas lo miraban boquiabiertas, mudas, como si hubieran visto a Satanás en persona, pero poco después, poniendo los ojos en blanco, riendo a mandíbula batiente y haciendo

muecas sin cesar, Cedric consiguió hacerles reír de tan buena gana que a partir de aquella noche las chicas esperaban ansiosas que la orquesta hiciera una pausa para que el joven pudiera acercarse hasta su mesa durante un cuarto de hora. Elegante, cautivador, con una cadenita de oro en la muñeca izquierda y unos zapatos puntiagudos, Cedric les contaba cómo era su Nueva Orleans natal, cómo era el barrio francés, les hablaba de las palmeras y los agaves, de los saxofones que sonaban y aullaban en miles de bares, de Bourbon Street, por donde pasaba cada primavera el desfile de Mardi Gras, y, sobre todo, les hablaba de las siniestras ceremonias de vudú de los negros que se reunían en las afueras de la ciudad y llevaban a cabo unos ritos sangrientos a la luz de la luna, disfrazados con máscaras de plumas de loros. Sacó a bailar a Vasilica e intentó enseñarle los pasos del foxtrot. El negro bailaba de maravilla, se descoyuntaba y se contorsionaba como una marioneta en torno a la chica, que reía como una tonta en medio de la pista, sin atreverse a dar un paso. Mientras tanto, Mioara cogía la mano de Maria y, con una sonrisa extraña en los labios, acariciaba sus manos apoyadas en la mesa con sus dedos largos y secos, de uñas largas, pintadas de color púrpura. La cantante lucía en el índice un anillo extraño del que Maria, un tanto cohibida, no podía apartar la mirada. El anillo no era de metal, parecía un aro de hebras de pelo, gruesas y brillantes, en torno a las cuales se enrollaba, sujetándolas, un hilo de plata. Era pelo de mamut, le explicó Mioara. Había conocido unos años atrás a un austriaco que había estado en la Tierra de Francisco José, en las heladas tierras boreales, y que habría muerto de hambre junto con sus compañeros, con los que había partido para investigar el chamanismo siberiano, si no hubieran encontrado, en un bloque de hielo, un mamut intacto, con cuya carne resistieron hasta la primavera. En medio de la fantástica noche polar tejieron, en su miserable tienda, jerséis, mantas y adornos. El anillo de Mioara tenía también una piedra del marfil del mismo mamut; el austriaco había repujado en ella, con una aguja, la imagen de una mariposa con las alas extendidas y con las antenas enrolladas en dos espirales simétricas. Lo verdaderamente curioso era que, si uno se fijaba mejor, el ala derecha de la mariposa estaba trazada con una línea firme, mientras que la otra estaba compuesta por una serie de

puntos ennegrecidos por el paso de los años. Como Vasilica y Cedric parecían haber desaparecido (había pasado ya la medianoche, las parejas ocupaban las mesas sumidas en la sombra y se besaban sin prestar atención al ilusionista, que desplegaba en las manos un abanico de cartas), Mioara cogió a Maria del brazo con suavidad, la invitó a levantarse de la mesa y salieron a la noche bucarestina, esmaltada aquí y allá por las tenues manchas de oro de las farolas Sécession. La cantante dejó marchar al chófer y ellas se fueron a pie por las callejuelas desiertas y sonoras, animadas tan solo por la presencia de algún gato que se colaba por debajo de un portón.

Llegaron a Lipscani y luego, por la calle Carada, se adentraron en el pasaje Villacrosse. Pasaron a la galería Macca. Los tragaluces de cristal amarillo del techo, que filtraban durante el día la luz del sol, reflejaban ahora los rayos pálidos de las bombillas instaladas en las farolas de hierro forjado. Sus pasos resonaban con fuerza en el túnel de edificios blancos, espectrales, cuyas tiendas tenían los postigos cerrados. Ricos adornos de estuco, máscaras, gorgonas, guirnaldas y amorcillos, orlas y molduras enmarcaban las ventanas. Mioara se detuvo de repente debajo de una farola y se volvió hacia Maria. Bajo aquella luz artificial, el rostro de la cantante recuperó el aspecto lunar, deslumbrante, desgajado del mundo, que tenía en el escenario a la luz de los focos. Manchas violetas, líneas verdes y amarillo limón, como de arlequín, coloreaban su cara marchita, en la que los ojos brillaban húmedos. Su boca pintada parecía ahora casi negra, dulce y sensual como una flor. Sujetó la cabeza de Maria entre sus manos, la miró a los ojos y, sonriente, le dijo que tenía un apartamento allí mismo, en el primer piso. ¿No le gustaría verlo antes de volver a casa? Maria aceptó, contenta. Entraron por una puerta negra, lacada, con un número de latón a la altura de los ojos. Mioara tomó la delantera y, meneando con gracia su delicioso trasero, subió la escalera de barandilla metálica seguida por la joven aprendiz. Al fondo de un rellano muy estrecho, con una butaca y una mesita en la que descansaba una bandeja de latón repujado, había una única puerta, también cerrada, que tenía una ventana ovalada cubierta con una cortinilla rosa. Mioara la abrió y penetraron en una alcoba que dejó a Maria sin aliento.

Era la cabina de un barco de lujo donde una ventanita, cerrada con un pestillo de níquel, brillaba tras la cortina bordada con pájaros blanquecinos. El olor a perfume marchitaba el suave terciopelo de los cortinones y de la cobertura de la cama hasta un matiz de cereza amarga. La cantante cruzó aquel aire de consistencia gelatinosa y corrió las cortinas sobre la imagen amarillenta de las casas de enfrente. En la penumbra se oyó el clic de una lámpara y la oscuridad se tornó roja. Los jarroncitos chinos y las tacitas de café de la caja de cristal incrustada en un mueble de nogal, en el que destacaban unos lirios tallados, adquirieron un brillo cálido. Mioara levantó con delicadeza la tapa de un gramófono y colocó un disco en el plato. El brazo cromado, con una aguja en el extremo, rechi-nó en el disco negro hasta que se escuchó un tango que Maria reconoció de inmediato:

*Cuando echo de menos tus ojos en la noche,
sorbo un rayo de su serenidad de ensueño,
estrellitas hacia ti me llevan entre susurros
y muero de hambre por el paraíso de amor...*

En la habitación no había ninguna silla, así que, cuando Mioara se descalzó y se tumbó en diagonal en la cama, con un brazo debajo de la cabeza, Maria se sentó en el borde de la cama. «¡Qué bien se está en tu casa!», susurró, embelesada. En la pared, una máscara de terciopelo negro la contemplaba fijamente, había odio en aquellos ojos oblicuos. La cantante encendió un cigarrillo y, mirando al techo, donde apenas se distinguía una coqueta lámpara de mayólica, exhaló lentamente el humo, que se enredó en volutas transparentes con los brazos de la lámpara. Luego se incorporó y se apoyó en un codo para mirar a Maria a los ojos, con los párpados entornados, como había hecho antes, a la luz de la farola. La joven tuvo la impresión de que en el mundo solo existía esta habitación en la que las dos acechaban. El corazón le dio un vuelco, sin saber por qué, y, cuando Mioara tendió la mano hacia ella, como una serpiente pálida, se retiró un poco y su mano, aferrada por los dedos de la mujer, se inundó de repente de sudor.

Permanecieron en silencio hasta el final de la canción. Cuando la aguja

rechinó de nuevo en el plástico brillante, la cantante se incorporó con energía y cerró el gramófono. Luego descubrió (pues estaba cubierto con un pañuelo de cachemir estampado) el espejo del tocador, en cuya luz verdosa se vieron las dos de color blanquecino-castaño, con los ojos brillantes. «Ayúdame a quitarme el vestido», dijo Mioara, y Maria, obediente como una criada, se colocó detrás de ella y le desabrochó los corchetes del vestido, afloraron la nuca y la espalda de la artista mientras esta se despojaba de los pendientes y los brazaletes, que le habían dejado unas marcas rojas encima del codo. Miora se sacó el vestido por la cabeza y quedó en combinación, ligero y medias de seda, todo de un negro deslumbrante, al igual que su cabello corto. «Así se está mucho mejor», susurró, y volvió a tumbarse en la cama. Aunque era menuda, la artista tenía unos pechos grandes y redondos y un trasero bien marcado, así que parecía más mujer, más dulce, a medida que se desnudaba. Maria contempló tímidamente la piel húmeda de los muslos de su protectora entre el encaje de la combinación y la media sujeta con el ligero. Todas las chicas que ella había visto desnudas en el arroyo de

Tântava, al igual que ella y su hermana, tenían las piernas llenas de vello, pero los muslos de Mioara eran como de nácar. Y cuando la cantante se quitó las medias, desenrollándolas, ahumadas como el cristal, hasta la punta de los dedos, la chica pudo ver que toda la pierna era blanca y lisa y que tenía la uñas pintadas. «Quítate el vestido tú también», le dijo como de pasada, mientras ella se despojaba del resto de las prendas. El miedo y la turbación invadían a Maria. ¿Por qué se había desnudado la artista? ¿Por qué no le daba vergüenza mostrarlo todo, todo? Ahí también ella tenía pelo, era el único punto de su cuerpo idéntico al de todas las chicas, al de todas las mujeres. Maria no había visto nunca a una mujer tan bella. Iluminaba la alcoba, y sus partes más oscuras, las moneditas granates de sus pezones y el triángulo negro entre los muslos, brillaban de forma extraña en el aire denso como el sirope. Cohibida, sin saber qué pensar, qué sentir ni qué hacer, dijo: «Es que no tengo calor, no hace calor». «No, pero estarás más cómoda.» Como Maria titubeaba, la cantante se levantó, dio unos pasos hacia el pequeño trinchero de nogal y sacó una botella y dos copas. Sirvió un licor casi negro y le ofreció una copa a la joven. Dio la vuelta al disco y

escucharon Zaraza:

*Cuando apareces, señorita, por el parque en el ocaso
rodeada por pétalos de azucena,
tienes en los ojos pasiones dulces y brillos de pecado
y tienes un cuerpo de serpiente felina.*

El sabor de la bebida era engañoso, dulce y perfumado, enmascaraba la llamarada de alcohol que se coló enseguida en las venas de Maria, alterando su estado de ánimo, apaciguando su nerviosismo y acentuando la dicha de encontrarse allí, en la alcoba impregnada de perfume, junto a aquella diva increíble. Cuando se agachó para coger la botella, en la piel del vientre de Mioara se dibujaron dos arrugas profundas y en la columna se marcaron las vértebras como unas islas de piel luminosa; la vulva, por su parte, bajo sus pesadas nalgas, era oscura como la de las yeguas entre la telaraña de pelo rizado. La joven sintió que se disolvía en el aire cargado de la habitación cuando vio que Mioara se acercaba a ella, la abrazaba y le besaba el cuello apasionadamente, hundiendo la boca y la barbilla en el hueco de su clavícula, como había visto que hacen, solo en el cine, los hombres con las chicas a las que aman. «No tengas miedo, pequeña, ay, cómo te deseo, cómo te deseo», suspiraba la actriz, tumbada sobre ella y acariciándole las nalgas. La chica la rechazó solo cuando intentó besarla en la boca. Entonces, la cantante, entre jadeos, se puso de rodillas y empezó a quitarle la ropa dejando a la vista sus pechos casi sin pezones; tiró de la blusa hasta que los botones volaron por la habitación y le bajó la falda, que quedó hecha un guñapo a sus pies. Volvió la cara hacia los muslos de la joven y se abalanzó sobre ellos con fiereza. Maria no se defendía. Algo dulce y grave irrigaba su cuerpo, como cuando escuchaba a alguna aprendiz descarada hablar sobre el amor, sobre lo que sientes cuando te desnudan. Es cierto que el que te desnudaba era siempre un hombre. Después de desnudarte, te separaba las piernas y te metía eso que tienen los hombres donde tú no tienes nada. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Se podía hacer también con una mujer? (Pero ¿quién pensaba todo esto en lugar de Maria? Pues ella parecía contemplar

desde arriba a las dos mujeres tumbadas en la cama.) Apretando sus muslos con fuerza, Mioara contemplaba, con el rostro contraído de deseo, el pubis de la joven, abultado entre los muslos, con sus bragas corrientes y recatadas. Lo mordió suavemente y luego tiró de las bragas hasta que empezó a asomar la línea de vello.

Entregada y mareada por el alcohol, Maria sintió de repente cómo la actriz se crispaba, cómo se le cortaba la respiración. Los jadeos excitados que se habían oído hasta entonces cesaron y durante unos instantes solo se escuchó el crujido de la aguja en un rincón de la habitación. El rostro de la actriz, desfigurado por el pánico, se volvió hacia ella con los ojos desencajados, con el cabello revuelto. Mioara se puso en pie de un salto y se arrimó a la pared en la que colgaba la máscara de terciopelo negro, que mostraba ahora una sonrisa siniestra junto a su rostro. «Perdóname —gritó de repente—. ¡Perdóname! ¡Perdóname!» De hecho, no gritaba, eran bramidos de miedo que brotaban hasta desgarrar las cuerdas vocales, como si en lugar de la joven aprendiz hubiera aparecido de repente, en la cama deshecha, una araña del tamaño de una persona. Asustada, la joven también se incorporó. «¡No! —gritó de nuevo Mioara—. ¡No te acerques! ¡Perdóname!» Se acurrucó en un rincón, como una niña, y se cubrió el rostro con los brazos. Luego se dejó caer de lado y quedó tendida sobre la alfombra. Tambaleándose, Maria se acercó, se agachó junto a ella e intentó hacerla volver en sí. Pero aquellos músculos desmayados estaban duros como piedras, el rostro, ceniciento y los ojos, abiertos como los de una muerta. Solo la yugular palpitaba suavemente bajo la piel del cuello.

La joven se espabiló de repente y se vio en bragas, en una habitación desconocida. Solo entonces recordó qué había pasado y el miedo, el asco y el odio a sí misma, inexplicablemente mezclados en su pecho en lugar de la razón y la lucidez, la empujaron a huir. Su ropa estaba destrozada, pero se la puso como arrastrada por el frenesí, y abrió el armario para buscar un chal con el que cubrir los botones arrancados de la blusa. ¡El armario, sin embargo, no guardaba sino uniformes! Eran uniformes negros, de oficiales de las ss, de esos que veía cada día por los cafés de Bucarest o en los coches negros que atravesaban las calles. En la parte superior había cinco o seis

gorras, con el emblema de una calavera sonriente, y bajo los uniformes brillaban varios pares de botas relucientes. Detrás de las botas había unos trapitos de señora, unos trajes y máscaras de carnaval. Maria se envolvió en una especie de mantón de color azafrán que podría pasar, en las sombras de la ciudad, por un chal. Lanzó una última mirada a la mujer acurrucada en la alfombra y salió, dejando que la aguja del gramófono siguiera arañando el disco.

Atravesó de prisa el pasadizo y se sumergió en las callejuelas oscuras, horribles, bajo unas estrellas que le enviaban una corriente helada. Acosada por los perros vagabundos, zarandeada por los borrachos, confundida con las mujerzuelas que, junto a las tabernas, se apoyaban en las paredes y las farolas, la joven, cuya mente latía embebida en una turbia mezcla de pensamientos, llegó a casa al cabo de una hora. Vasilica no había regresado aún. Se puso el camisón y se cubrió con la sábana. Se esforzó por conciliar el sueño pero cayó en una especie de duermevela atroz. El éter del licor se había evaporado por completo, y ahora sentía en el estómago la pesadez de un olor químico, descompuesto. Empezó a sudar, retiró la sábana, dio vueltas y más vueltas hasta empapar la cobertura.

De esa postración la despertó Vasilica al romper el día. También ella estaba mareada y parloteaba como una loca. Con los dedos entrelazados, en la habitación cada vez más iluminada, mientras fuera piaban los gorriones y se oía a algún aldeano pregonar su mercancía por las callejuelas cercanas, las hermanas empezaron contarse las extrañas, perturbadoras experiencias de aquella noche. Muerta de la risa debajo de las sábanas, Vasilica le susurró a Maria que había estado con Cedric, el negro, en un par de restaurantes, que habían bailado y que el negro había gastado dinero a manos llenas, que habían comido unos cangrejos enormes rodeados de hielo y que habían bebido un licor en llamas. El negro tomó un trago y lanzó hacia el techo, como un dragón, una lengua de fuego que ahumó los prismas de cuarzo de la lámpara. Luego salieron a la calle y Cedric bailoteó y cantó durante todo el camino, tamborileando en el empedrado con sus zapatos de charol, «ya sabes, Marioara, como cuando el pope repiquetea para llamar a misa», y ella reía al ver que, haciendo piruetas, el negro caía de repente de rodillas a sus

pies, con los brazos extendidos como si estuviera en el escenario, con el rostro vuelto hacia ella y sonriendo con su dentadura de marfil, para levantarse de nuevo bruscamente y retomar su taconeo y sus canciones en inglés. Imitaba el sonido de la trompeta, del saxo, de las escobillas de la batería, golpeaba con sus palmas curiosamente blancas las bajantes..., así que la chica no se dio cuenta de que habían llegado a casa de Cedric, a una habitación de la Piața Lahovari. ¡Pero qué habitación! En las paredes, una especie de esteras de las que colgaban unas máscaras, «como las nuestras, las de la cabra, pero más esperpénticas, unos auténticos demonios negros», y en un rincón había un ídolo granate «con eso colgándole hasta las rodillas». En una vitrina llena de tazas de café y de copas, se distinguía algo oscuro y horrendo. Al ver que Vasilica lo miraba asustada, Cedric se echó a reír, abrió la puerta de cristal y sacó la cabeza de un hombre tan pequeña como un puño, arrugada, pero con rasgos vivos y expresivos. «Este hombre vivió —le explicó el negro—, pero ahora su poder me pertenece.» Era una cabeza humana de verdad y Cedric jugueteaba con ella como si fuera una pelota. En esa misma vitrina había también unas lívidas mandíbulas de cocodrilo, abiertas de par en par, llenas de dientes afilados como agujas. Vasilica supo, en cuanto aceptó subir a su habitación, que aquella noche se acostaría con Cedric. A diferencia de su hermana pequeña, ella no era ya virgen: en el pueblo había tenido un «querido» y desde que había venido a Bucarest, como la joven alegre y sana que era, había tenido dos más, un funcionario de la Dirección de Alcoholes y un estudiante de Medicina, a los que no llamaba «queridos», sino «novietes», como se les llamaba entonces en los arrabales. No le importaba tener una aventura por placer con un noviete negro tan simpático como Cedric. Pero, Dios mío, ¡qué fue aquello! Vasilica se echó a reír como una loca y a llorar de la risa. ¡Todo había sido tan ridículo! El negro sirvió una bebida en las copas y se puso a recitar unas letanías en una lengua endiablada. Ni siquiera la miraba. Daba palmadas y farfullaba. El sudor le bañaba la frente y las mejillas. Su camisa estaba completamente empapada y a través de la tela húmeda se distinguían sus fuertes músculos, bien perfilados. Se despojó de repente de la camisa, se bajó los pantalones a rayas —a punto estuvo de romperlos—, y se quedó desnudo

como una fiera, olía como huelen los leones en la arena del circo. Sus ojos eran ahora redondos, con una córnea amarilla como el azafrán. Cuando dio un salto, Vasilica se asustó, creyó que iba a abalanzarse sobre ella, pero Cedric tan solo abrió la puerta de un armario, sacó un uniforme alemán «de hiclerista» y lo lanzó sobre la cama. Con una mirada feroz, le dijo que se lo pusiera. «Y me he puesto esos pantalones estrechos y me he abotonado hasta el cuello el chaquetón con cruces de hierro, luego me he puesto la gorra y las botas. Me he ceñido el cinturón de piel y me he mirado al espejo. ¿Puedes creer que me quedaba bien? Solo un poco grande porque era una talla de hombre...» Luego Cedric le ofreció un látigo de piel gruesa, redondeada, y le ordenó que lo azotara sin piedad y que lo llamara de todo: negro asqueroso, maricon, hijo de puta... Lo golpeó toda la noche hasta que dejó de sentir la mano y eso fue todo. Cedric derramó su simiente unas cuantas veces en las sábanas pero a ella no le puso un dedo encima.

Maria había levantado el brazo y contemplaba su sombra en la pared. También ella le contó a su hermana lo de la cantante. Durante un rato se esforzaron por comprender qué había asustado tanto a Mioara. Concluyeron que solo podía ser la mariposa de piel rosada en la cadera de Maria, que la mujer alcanzó a ver cuando le bajó las bragas. Pero ¿por qué había reaccionado así? ¿Qué significaba esa mancha para la cantante? Recordaron que llevaba un anillo con una mariposa tallada en marfil. Las hermanas decidieron que tenían que ingeniárselas para descubrir qué estaba pasando de verdad, pero al día siguiente Bucarest fue bombardeado y aquella noche embrujada cayó en el olvido.

[12]. Rollitos de carne a la brasa, muy populares en los Balcanes.

Por la mañana, después de temblar durante toda la noche en el refugio, gritando cada vez que estallaba una bomba y la tierra se estremecía, las hermanas encontraron su barrio en ruinas. Arriba, en el cielo azul, transparente e irreal, los americanos habían escrito VICTORY con el humo coloreado de los aviones, pero las letras se habían desintegrado y ahora no quedaban sino unas nubecillas diseminadas por el viento. Muchas casas se habían visto reducidas a unas cuantas paredes, como trozos de muelas cariadas. Los tejados destruidos dejaban ver a gente que peleaba con canalones y cables en un intento por salvar algo. Los escaparates de las tiendas estaban hechos añicos y los niños vagabundos robaban los maniqués. Un tranvía yacía en diagonal en medio de la calle, volcado de lado, y un rail elevado en vertical hasta el primer piso parecía señalar al cielo. Soldados cubiertos de polvo corrían sin orden ni concierto, acarreando en brazos sillas, jarrones, alfombras enrolladas. La cabeza de una gorgona de escayola mostraba, justo entre los ojos, una esquirra triangular de acero que arrojaba una sombra afilada, como un reloj de sol, sobre el rostro, la oreja y sobre las dos ridículas serpientes de cabello rizado de la furia.

Cuanto más se acercaban a su calle, mayor parecía el desastre, más horribles y antiguas las ruinas, como si el bombardeo hubiera tenido lugar allí varias décadas atrás. El ladrillo de las paredes era ocre y se desmenuzaba, y al otro lado de las fachadas destruidas se abrían las habitaciones en las que yacían cadáveres entre vitrinas con las copas intactas y cuadros de desnudos en las paredes. Las chicas adelantaron a un afilador que acarreaba su primitivo armatoste a la espalda, escalaron montones de escombros en los que se mezclaban objetos y ropa y se detuvieron en la esquina, abrazadas, con el mismo pánico en la mirada. No se atrevían a adentrarse en la calle donde se encontraba —¿seguiría acaso en pie?— el núcleo de su vida bucarestina, la sastrería con los cuartitos de las aprendizas en el primer piso y, frente a ella, otras casas burguesas,

putrefactas y pesadas, se alzaban recargadas con ridículos adornos; en la planta baja se encontraban la cooperativa El Cuero, que fabricaba botas ortopédicas, el fotógrafo Leon Gavrilesco y su viejo conocido tío Titi, que tenía en el escaparate, así como en el cartel de metal, la enorme y feroz máquina de coser Singer, decorada con dibujos florales dorados. Y, naturalmente, junto a la sastrería Verona, el edificio encalado en blanco, con una charcutería en la planta baja, donde vivía, en el tercer piso, la cantante del cuerno de la luna.

Con el corazón acelerado en su doble pecho —pues el miedo y el presentimiento las había convertido en siamesas—, las chicas se adentraron en la calle de la muerte. Nunca habían visto una carnicería semejante. La sangre formaba charcos en los que brillaba el sol. Manos, mandíbulas y huesos destrozados afloraban entre los escombros y entre las grietas de los edificios. Un cerebro humano, intacto, húmedo, con sus circunvoluciones minuciosamente dibujadas y sus venitas azuladas, florecía en el empedrado, junto a un cráneo abierto de par en par. Ninguna casa estaba entera. Quedaban en pie las puertas, con marco y todo, mientras que las paredes estaban reducidas a montones de ladrillos. Quedaba el hueco del ascensor, con su rejilla negra de metal, del edificio de la Sociedad Petrolera rumano-alemana; el resto del edificio se había disuelto como si fuera de azúcar. Elevándose hasta el cuarto piso, el hueco del ascensor, con su enorme rueda en el extremo superior y su elegante cabina, con puertas de cristal, detenida entre dos pisos, dominaba toda la calle como una torre siniestra. En su interior seguiría tal vez, sentada en su taburete, resignada, la ascensorista, a la que la alarma y el corte de la corriente eléctrica habían sorprendido en la caja de sus eternas fatigas cotidianas. Tal vez se hubiera agitado y gritado durante toda la mañana, como un pájaro en la jaula, pero nadie se había preocupado de liberarla, así que ahora contemplaba probablemente, desde una altura de quince metros, el desastre de aquel barrio burgués, contenta porque, al fin y al cabo, estaba viva.

Las hermanas, con los dedos húmedos entrelazados, avanzaron por suelos de escaparates destrozados, entre botas ortopédicas desparramadas por todas partes —una esquirra había roto una de las suelas, de un palmo de

altura, y dejaba ver en su interior, envuelto en un crespón de satén, un maravilloso revólver de señora con seis cilindros y una minúscula empuñadura de nácar; en otro crespón había un pequeño lingote de oro; en un tercero, un peón de ajedrez de cristal reluciente—, entre sombreros con velo y placas fotográficas de cristal mate, impregnadas con nitrato de plata. Era como si todos los secretos de un mundo en apariencia apático hubieran aflorado de repente y ese mundo se hubiera vuelto ahora transparente y apasionante como la maqueta de un motor en un museo de tecnología, en el que se puede distinguir, a través de los cortes en el metal grueso, el movimiento de los pistones y las válvulas. ¿Quién habría podido imaginar que el fotógrafo Gavrilesco, barrigudo y tontorrón, siempre con una jarra de cerveza al alcance de la mano, y que yacía ahora ensangrentado sobre una pila de fotos de color sepia con niñas desnudas, había sido un taimado y competente espía? Maria y Vasilica, al pasar frente al antiguo estudio de fotografía, pisaban las valiosísimas fotografías *à vol d'oiseau* de las posiciones alemanas, llenas de letras y flechas garabateadas en las placas de cristal. O el tío Titi: siempre pringado del aceite de las máquinas de coser, siempre taciturno, con las mejillas tan chupadas que parecía comer solo el miércoles y el viernes,[13] resultaba ser ahora, cuando las conchas delirantemente retorcidas, de nácar rosado y violeta y antracita, moteadas como la piel de un leopardo, como pintadas por Chagall, con espinas y encajes deshilachados, grandes como ruedas de camión o menudas como granos de arena, se desparramaron por todas partes, uno de los grandes coleccionistas de caracolas de gasterópodos, que no llegaban a los cien en todo el mundo. El tío Titi yacía despanzurrado boca arriba y parecía un preparado anatómico, un ratoncillo pálido en un frasco de alcohol, que desplegaba en el líquido transparente su hígado, su corazón y sus pulmones, el intestino grueso y el delgado, los riñones y la vejiga. Sus ojos abiertos hacia el cielo parecían dos canicas verdosas.

En el lado izquierdo de la calle solo quedaba el cielo azul y vacío, apoyado en unos cuantos pilares de paredes derruidas. Se veían, más allá de un descampado con socavones cónicos y montones de basura, las casas, muchas intactas, de la otra calle. «Dios mío, Marioară —susurró Vasilica, paralizada

en medio de la calle—, no ha quedado nada... nada...» Tenían que comenzar otra vez de cero, en quién sabe qué taller, con quién sabe qué patrona. La bomba había caído justo sobre la sastrería, como si el yanqui del Spitfire, mascando chicle mientras pensaba, tal vez, en alguna Ginger Rogers de provincias, hubiera percibido de repente el perfume de almizcle de las treinta muchachas de axilas pobladas —¿o acaso el delicado Chanel de Mioara Mironescu?— y hubiera apretado el botón de la palanca para lanzar la ojiva de acero, con el timón pintado de amarillo, tal y como en otra situación habría ordenado, a través del nervio pudiendo, abrir las válvulas de los cuerpos cavernosos y llenarlas con sangre hasta la tumescencia. ¡Hundir a treinta chicas a la vez en el orgasmo destructor de la muerte! Por fortuna, solo una o dos se habían quedado en la casa, esas que, como tantos otros bucarestinos, se habían aburrido de tantas alarmas aéreas y se contentaban, en lugar de cualquier otra reacción, con santiguarse, hacer la señal de la cruz con la lengua y murmurar por enésima vez, distraídas, «¡Mándalos a Ploiești, Señor!».

Las chicas, con los ojos arrasados de lágrimas, habían caminado por separado a lo largo de la antigua fachada de la sastrería Verona hasta la carnicería. La mitad desollada de una vaca, prendida todavía al gancho de acero, se mezclaba con los adoquines del empedrado, mutilada por segunda vez. Las cabezas bobaliconas de los corderos, ensangrentadas, miraban con ojos desorbitados al cielo, con el mismo espanto alucinado de los ojos humanos del tío Titi. Salchichas, morcillas, salchichones curados y embutidos con forma de herradura, cubiertos de moscas, como los órganos de un enorme animal arcimboldesco, yacían esparcidos por todas partes. Una mano delicada, como pintada por un renacentista, descansaba, amputada desde la muñeca, sobre un trozo de tocino atado con una cuerda. Del corte, como los filamentos de una medusa, surgían los extremos de las venas y los nervios. En uno de los dedos brillaba la piedra blanca de un anillo. A Maria le dio un vuelco el corazón. Corrió hacia la mano, el vestido se le enganchó en unos alambres. Se agachó, sin tocarla, sintiendo que la emoción la ahogaba. ¡Era la mariposa! Era el anillo de pelo de mamut del delgado dedo, con la uña pintada de granate, de la cantante. Maria gritó con

toda su alma y Vasilica se acercó corriendo. «¡Vasilica, Vasilica, es la mano de la señora Mioara!» Su hermana intentó arrastrarla de allí, que no siguiera mirando, que lo olvidara... Pero de repente su cuerpo se crispó y Maria se calmó. Con gesto desolado, con una mirada enloquecida, recogió la mano pálida, la levantó y se la llevó a los labios. Luego retiró el anillo del dedo índice y se lo guardó en el pecho. Por la calle pasaba un campesino con fustanela e *ițari*,^[14] con el sombrero echado hacia atrás, que parecía estar buscando algo. Una oficinista con un bolso blanco las contempló un instante y siguió su camino. Las chicas, cabizbajas, cogidas de la mano, rodearon las casas destruidas en un intento por distinguir, entre los montones de ladrillos y de muebles hechos pedazos, algún vestigio de su antigua vida. Cuando llegaron a la parte trasera, a la entrada del servicio por la que las aprendizas accedían habitualmente al edificio, una escena conmovedora se presentó ante ellas. Maria no la olvidaría jamás y habría de contarla una y otra vez, en la paz de la cocina invadida por la pelusa de los álamos y por las avispas, mientras le preparaba a Mircea patatas encebolladas y miraba de refilón las almenas polvorientas del molino. También ahora, en el tranvía, cuando habían empezado a caer de repente unos copos grandes y lentos, Maria recordó la mañana posterior al bombardeo y sonrió emocionada. El tranvía había entrado en el bulevar y avanzaba, haciendo sonar la campanilla, de parada en parada, hacia la universidad. Todo el mundo vestía unos burdos abrigos. Los hombres se cubrían la cabeza con gorras rusas, con las orejeras bajadas, o con rizados gorros de piel de oveja. Únicamente dos o tres llevaban sombrero. Las mujeres se apretujaban para entrar en calor, riendo y bromeando, mostrando sus bocas melladas entre los labios impudicamente pintados. Solo Maria llevaba el mismo vestido de verano y el mismo pañuelo comprado en Sinaia, las otras mujeres iban bien pertrechadas, calzaban chanclos de goma sobre las botas, como dictaba la moda del 55. En las paradas, la gente se congelaba rodeada de nieve, a la espera del tranvía. Unos cuantos coches, Pobeda y Warszawa, se habían atrevido a arrastrar sus pesadas carcasas de escarabajo por la superficie ya blanca del bulevar. A su lado, los Volga negros parecían auténticas limusinas. Ahuyentando sus pensamientos sobre Costel, con el que tenía una cita en el cine Fraternidad

entre Los Pueblos, Maria se sumió de nuevo en el pasado, mientras el tranvía aceleraba, traqueteando al pasar junto a la estatua de C. A. Rosetti, que reinaba, en su sillón de bronce, en medio del parquecito de árboles desnudos y nevados.

Solo el marco de la puerta del servicio quedaba en pie. Tras él, el montón de escombros superaba la altura de una persona. Y entre las jambas de madera, sentado en el umbral con la cabeza entre las manos, con su traje campesino y sus botas de la Primera Guerra Mundial, estaba Tătica. Badislav Dumitru, apodado Babuc, que creía haber perdido a sus dos hijas en una sola noche. «Estaba el pobrecito allí, en el umbral, y lloraba —contaría decenas de veces Maria—. ¡Pobre Tătica! Aunque te parezca un tacaño, no tiene mal corazón. Es que de pequeño lo pasó muy mal. Se quedó huérfano muy joven, a cargo de un hermano mayor que le zurraba con el cinturón por cualquier cosa. Luego tuvo que ir a la guerra, resultó herido y fue condecorado, volvió al pueblo con el grado de sargento. Después se casó con la abuela, la conoció en Dârvari, los dos eran más pobres que las ratas. Tuvieron ocho hijos, pero quedamos solo cuatro, Anica, Vasilica y yo, y el tío Florea. Los demás murieron de tuberculosis, algo habitual en aquella época. Pero a pesar de que eran unas personas muy simples, de pueblo, recuerdo cómo se consultaban para cualquier cosa. Me despertaba por la noche, porque dormía a los pies de su cama, y los oía hablar: “Maria, mañana tenemos que arar la tierra. ¿Será demasiado pronto? ¿O mejor lo dejamos todavía dos o tres días?”. Y mi padre tenía en cuenta lo que decía mi madre y no hacía nada si no estaban los dos de acuerdo. Y no la insultó ni la zurró jamás, como hacían todos los hombres del pueblo. Tampoco se volvió a casar cuando murió la abuela, a los cincuenta y cuatro años, ni volvió a mirar a otra mujer. Sin embargo, se amargó y se volvió un roñoso. Dios mío, lo que pude llorar una vez cuando eras tú pequeño y vino a vernos con su cesto y te dio un rosco de veinticinco céntimos, del tamaño de una sortija y duro como una piedra, no pudiste comerlo, pero luego, al buscar en su cesto una cabeza de ajos, di con un rosco grande y crujiente, con sal y semillas de amapola... El rosco pequeño se lo habían dado a cambio de las vueltas y se lo regaló a su nieto porque tenías dientes para

poder desmenuzarlo. A cualquier cosa que le pidieras, “Papi, dame un puñado de nueces”, “No tengo, hija, cómo voy a tener”. Y en la boda no nos regaló ni siquiera una cuchara... Sí, él es así, pero nos crio a todos lo mejor que pudo y no nos faltó de nada. A ti no te puso la mano encima cuando eras pequeño y jugabas en el patio de Tântava. Una sola vez te dio un bofetón, fue cuando le pusiste el gato en la cabeza y le arañó la frente, ¿te acuerdas? Por lo demás, se le iba la fuerza por la boca: “¡Ay, Dios mío, si fuera mi hijo, buena tunda le daba yo!”. Entonces, tras el bombardeo, lo vi llorar por primera vez. Estaba desesperado. Creía que habíamos muerto porque había visto la casa destruida. Se había enterado del bombardeo a medianoche. Hasta entonces los aviones se dirigían sobre todo a Ploiești, a las refinerías. Pasaban incluso por el pueblo, por Tântava, se veían como mariposas de plata... Muchas veces lanzaban recortes de papel de estaño y los críos los recogían en el campo. Pero nuestro vecino de enfrente, que ya ha muerto, Fănel el de Ochișor, tenía radio, era un campesino pudiente; había otros que también tenían, y así se enteró todo el pueblo de la desgracia. Casi todos tenían hijos o familiares en Bucarest. Imagínate qué tragedia. El abuelo se vistió y se puso en camino de noche, para ver qué había sido de nosotras. Caminó veinticinco kilómetros hasta Bucarest. Llegó sobre las seis de la mañana. Llevaba allí un par de horas cuando lo encontramos nosotras con la cabeza entre las manos, junto al cesto de mimbre. ¡Cuántas cosas le perdoné yo gracias a ese día!»

Las chicas corrieron hacia él gritando y trastabillando sobre los tacones. Tătica levantó los ojos enrojecidos por el llanto, pero no las reconoció. Su Vasilica y su Mioara, dos chiquillas tímidas con sus sayas y sus blusas campesinas, bordadas con algodón de colores, después de haberlas tejido también a mano en el telar, se habían transformado en dos damiselas de cabello rizado, con faldas de tubo ajustadas a la cintura y collares de perlas al cuello... Cuando las abrazó, dando gracias a Dios, mientras ellas lloraban y se frotaban contra su áspera barbilla, arrebatadas de amor y ternura, el viejo sintió el olor a perfume. Una idea pasajera y absurda enturbió por un instante su alegría: ¿habrían tomado sus hijas el camino equivocado? En el pueblo había tres hermanas que vivían en la Crucea de Piatră[15] y que

venían de vez en cuando a casa pintarrajeadas, apestando a agua de colonia. Todos los mozos del pueblo que no habían sido llamados a filas (cuando terminó la guerra, ciento ochenta y siete madres de Tântava recibirían la noticia de la muerte de sus hijos en el frente) silbaban a su paso y les gritaban indecencias. Pero no, Anica había pasado por Bucarest unos diez días antes y las había encontrado trabajando en el taller con sus máquinas de coser. Avergonzado por aquel pensamiento, el padre abrazó con más fuerza a sus hijas. Cogió el cesto y se pusieron los tres en marcha, calle abajo, procurando no contemplar la desgracia que los rodeaba. El viejo estaba libre de todo cuidado y se sentía feliz. Caminaba, como siempre, como caminaría hasta los ochenta y siete años, hasta unos pocos días antes de su muerte, a grandes zancadas, mientras que las chicas trotaban siguiendo a duras penas su paso. Un carro se detuvo a su derecha una vez que dejaron atrás el barrio bombardeado. Era un vecino de Bolintin que —quién sabe por qué— conocía a su padre. Subieron al carro y recorrieron, entre sacudidas, unas calles en las que no habían estado jamás, hasta que el paisaje familiar de Obor, un hormiguero de aldeanos, gitanos y paletos, se abrió ante ellos. Un humo azulado, que olía a *mititei* a la parrilla, inundaba toda la plaza. Coches y carros cruzaban Moşilor y Obor Nou sin orden ni concierto, avanzando como caracoles entre un mar de gente. Las casas burguesas y las chabolas miserables se habían transformado en tascas. Entre las incontables tabernas abarrotadas de campesinos se distinguían también los letreros de unas tiendas y talleres miserables en los que, en montones informes, se acumulaban guadañas, mangos de palas, cadenas y cables... Un húngaro con cuencos de cerámica ocupaba unos diez metros delante de un figón y, un poco más allá, unas viejas vendían cucharas de madera. Un gitano, sentado en un corro de hierba, fabricaba sortijas con monedas de plata. Algunos niños vagabundos, que apestaban a carroña, lo rodeaban y contemplaban cómo avivaba el gitano el fuego soplando por un tubo de latón.

Entraron en una tasca y se apretujaron en un banco largo, ante una mesa de abeto pringada con jugo y pepitas de tomate. Tras pelear durante media hora delante del mostrador, el padre regresó con dos jarras de cerveza y una

copita de aguardiente. Olía a sudor, a manteca rancia, a ajo y, sobre todo, a oveja, el olor a campesino impregnado en su piel y en sus ropas, en los cestos de mimbre que llevaban siempre consigo. El viejo extrajo del suyo algo de queso, unos tomates y un trozo de salchichón ahumado, ofreció unas rodajas a un vecino de mesa y cogió un trozo de pan. Las chicas estaban hambrientas y todos comieron casi sin pronunciar palabra. El de Bolintin había desaparecido entre el gentío. «¿Qué tal está mami?», preguntó al cabo de un rato Vasilica, mirando distraída a su alrededor, a través del humo azulado de Plugar y Naționale, mientras masticaba con la boca llena. Tenía ciertamente cara de roedora, de ardilla espabilada, incansable, siempre en acción. Tal vez deberían haberla llamado Marta, en contraste con la soñadora Maria, pero Marta era un nombre completamente desconocido entre los habitantes de Tântava. «Bah..., ¿cómo va a estar? Bien...»

Babuc hablaba con una voz ronca que parecía no brotar de la garganta, sino de algún sitio de debajo de la tierra. «Cuando me fui, estaba ordeñando la vaca y decía “Ay, mi corazón, ay, mi corazón”, porque había oído lo del bombardeo. Me pones malo con el corazón, que te quejas tanto que me dan ganas de marcharme para siempre, le dije yo, pero ya sabes cómo es tu madre. Que si “He soñado que las chicas cruzaban un agua negra y Marioara no tenía manos y Vasilica tenía un ramo de dalias en los brazos y reía señalando la luna... ¿Qué querrá decir?”. Y venga a santiguarse y santiguarse y otra vez ay, mi corazón, ay, mi corazón...» Se echaron a reír los tres porque, al igual que los escalofríos, las almorranas o la ictericia, las arritmias no eran enfermedades que se tuvieran en cuenta en el pueblo. Enfermedad significaba guardar cama, consumirse y no volver a levantarse. Enfermedades eran el cólera y la tisis, el tifus y la pelagra. Con el resto apechugaban. Maria recordaría toda su vida a Mămica, también llamada Maria, a la que veló durante varios días y varias noches antes de que entregara su alma, a los cincuenta y siete años, en 1960. En el lecho de muerte de la casa de sus antepasados, amparada por los arcángeles de las paredes y por el mismísimo y todopoderoso Dios, con su libro rojo abierto sobre las rodillas, Maria Badislav era una santa. No se quejaba de nada. Sus

ojos, con venillas azuladas, brillaban hundidos bajo unas cejas ralas. Su rostro delgado y dulce lo heredaría Marioarã y luego el hijo de esta. Junto con la mágica capacidad de soñar. Durante toda su vida, Maria había soñado con los colores intensos y encendidos de los iconos. Había soñado con su marido antes de conocerlo (lo reconoció al instante aquella mañana en que entró con el carro en el patio de su padre, un tonelero de Dârvari, para que este le reparara el eje de una rueda); había soñado también con sus ocho hijos, seis niñas y dos niños, antes de que nacieran, sabía desde entonces cuáles iban a vivir y cuáles no. «Pobre mami», decían siempre los hijos cuando hablaban de ella. Velada por una candela que brillaba como el oro en medio de la oscuridad, Maria parecía translúcida y se apagaba a ojos vistas. Mircișor se encontraba también en la habitación, jugando a las sondas con una silla colocada patas arriba, sobre la que se balanceaba sin parar. El tictac de un viejo reloj, con una locomotora en el cuadrante y con dos timbres enormes en la parte superior, resonaba en el silencio de la estancia. De repente, la anciana gimió, Maria empezó a gritar y Babuc vino corriendo desde el zaguán, donde había puesto algo de comida a calentar. Le cogieron las manos, contemplaron con espanto sus ojos vidriosos que ya no miraban a nadie. Tãtica dijo, ronco, «Maria, Maria...», y, de repente, medio incorporada como estaba, la anciana suspiró y en el pecho transparente por el sufrimiento, a través del lino del camisón, los tres pudieron ver cómo el corazón de Maria se abría como el capullo de una flor, cómo los pétalos pegajosos se extendían ocupando todo el pecho, cómo, finalmente, en una vena gruesa que parecía un tallo, una flor maravillosa, roja, luminosa floreció bajo su piel y sus huesos. «Rotura cardíaca», escribirían luego en el apartado «Motivo de la muerte» en su certificado de defunción. El médico, llegado precisamente desde Domnești, no había visto nunca nada igual. «Es como una radiografía, mirad, se ven perfectamente los pulmones, con los tres lóbulos a la derecha y dos a la izquierda, estas son las clavículas, aquí los omoplatos... y las costillas, más claras en los extremos y más grises hacia el centro... Y el corazón, completamente reventado en la arteria aorta...» Los aldeanos que llenaban ya la alcoba se santiguaban con devoción. El pope, un jovencito de barba rala, los contemplaba pensativo, sin saber muy bien qué

hacer. Los milagros, por supuesto, no tenían cabida en la república de los trabajadores y los campesinos. Enterraron enseguida a Maria, un día lluvioso, con todo el pueblo congregado en el cementerio. Las tres hijas lloraban a moco tendido, Florea y Tătica, recién afeitados, vestidos de negro, callaban con la mirada clavada en el suelo, y los niños, Marian, Mircișor y Doru, el hijo de Florea y Rădița, jugaban con las piedritas perdidos entre el gentío, con unos chubasqueros transparentes sobre sus ropas pobretonas. Lo único que quedaría de Mămica sería un recuerdo borroso y la foto, más borrosa aún, de una campesina cubierta con un pañuelo negro. Su rostro casi no tenía rasgos, estaba tan blanco y desvanecido que Mircișor, cuando encontró la foto en un ejemplar de *Munca de partid* (tendría unos cinco o seis años y la familia se había mudado ya al bloque de Ștefan cel Mare, todavía por rematar, con la fachada cubierta por los andamios), dibujó con un boli, en el óvalo envuelto por el pañuelo, una cara horrible con la nariz torcida, dientes y ojos de calavera. Por detrás ponía a bolígrafo, con esa caligrafía abultada que los críos de los campesinos aprendían antes de la guerra, vigilados por el puntero de la Señorita: «Mămica en nuestra Boda 4 de Agosto 1955».

El tiempo pasaba deprisa en el ambiente bullicioso de la bodega de Obor. Todo el mundo hablaba sobre el bombardeo, tal y como unos años antes se había hablado durante meses sobre el terremoto y el hundimiento del edificio Carlton, que había adquirido las dimensiones melodramáticas del hundimiento del Titanic en el ridículo vals que sonaba en todos los organillos. Poco a poco, el licor de las copitas fue adquiriendo un matiz rosado que se escurrió también a lo blanco del ojo de los que estaban sentados en los bancos de madera ennegrecida por el humo. A la caída del ocaso, los tranvías se cruzaban en la plaza haciendo sonar ensordecedoramente sus campanillas. El padre y las chicas salieron de la tasca a las cinco de la tarde y echaron a andar por Mihai Bravu, se perdieron por barriadas solitarias, donde grupos de niños jugaban a las tabas o escarbaban en el barro, hasta llegar a la casa de Rădița, donde pasaron la noche. Florea, mi tío, se encontraba en el frente ruso y Rădița, una modesta vendedora en una tienda en la que no entraba nadie a pesar del precioso

escaparate lleno de muñecas de porcelana, se había quedado sola, atemorizada, llorando noche tras noche y esperando, de la mañana a la tarde, recibir la noticia de la muerte de su marido en el frente. Escucharon un rato la radio todos juntos, pero no entendieron nada de los programas de propaganda. El país se encontraba bajo la ocupación alemana, o al menos esa era la realidad que subyacía bajo las hermosas palabras. Se acostaron apretujados en dos camas, sin desvestirse, y al día siguiente volvieron a Tântava, donde las jóvenes permanecerían hasta el final de la guerra.

En marzo del año siguiente caían unos copos húmedos e inusualmente grandes sobre las trescientas casas del pueblo, «la nevada de los corderos», decían. La gente estaba disgustada porque tuvieron que ponerse de nuevo la ropa de abrigo y las gorras de piel de oveja cuando pensaban que podían pasar ya a los sombreros y las chaquetas. Temían asimismo que se helaran los brotes de los árboles frutales, y quedarse sin fruta en verano. Maria estaba en la habitación del horno, amasando algo en el recipiente del trébede. El horno era de barro, una enorme pera amarilla con una puerta de madera y un ventanuco del tamaño de una mano, eternamente sucio. La parte trasera estaba forrada de unos juncos que las abejas silvestres llenaban en verano de miel oscura. Arriba estaba la chimenea, por la que salía el humo de las ramitas siempre húmedas, rebosantes de orugas y telarañas. Junto al horno, con el rostro encendido por el fuego mientras contemplaba los arabescos del humo en las bandas de la luz, Maria se sentía como en el interior de un vientre redondeado, tierno, que la abrazaba. Olía a *mămăliga* y a guisado que se te hacía la boca agua. Estaba precisamente removiendo la *mămăliga* cuando oyó al perro, a Roșu, ladrar como un poseso. Era un perro con el pelo del color del fuego que tenía su propia historia, curiosa y emocionante. Los alemanes frecuentaban el pueblo desde hacía una temporada. Venían siempre en motocicleta, se detenían a tomar una cerveza en la tasca del centro del pueblo, junto al puentecito donde empezaba la aldea de Băcanu... La gente ni los apreciaba ni los odiaba, se habían acostumbrado a ellos. Solo años después, cuando los soldados alemanes fueron sustituidos por los rusos, comenzaron los aldeanos a echarlos de menos y a alabarlos. Los alemanes se habían portado bien con los vecinos,

pagaban todo lo que bebían y comían, hasta el último céntimo, jugaban con los críos y les daban chocolate. El encanto de sus ojos azules seguiría presente entre los habitantes de Tântava en comparación con los rusos, que se portaron como animales salvajes. Las violaciones y los saqueos se sucedían con los rusos y ni las películas en las que los alemanes eran tontos y malos, ni la propaganda sobre héroes soviéticos, ni las consignas como

*Stalin y el pueblo ruso
han echado al intruso*

o el nuevo himno de la patria

*Nuestro pueblo por la eternidad hermano
del pueblo soviético libertador*

les hicieron cambiar de opinión y decían, aunque algunos lo hicieran con temor: «Ay, los alemanes, cómo eran, qué gente tan decente. Pero que Dios t'ampare de la calamidad rusa...».

Un oficial alemán (Maria recordaba que se llamaba Klaus) fue acantonado durante una temporada en casa de los Badislav. Se pasaba el día en la habitación del fondo del zaguán, tumbado en la cama, leyendo bajo los ropones y las pellizas que colgaban de una viga. Un día se presentó en el zaguán con la gorra de piel de Babuc en la cabeza e hizo las delicias de los chiquillos, que se morían de la risa. Y a este Klaus, cuando salía al patio, le gustaba jugar con Roşu, uno de los dos perros —la otra era una perra vieja, la madre de Roşu—, le había enseñado a traer el palo que le arrojaba hasta el cobertizo, a dar la patita y otras muchas monerías. Cuando regresó a su Bavaria natal, el alemán le rogó a Tătica que le regalara el perro. Como se sentía en deuda, Tătica se lo dio y Klaus partió con él en el sidecar de la motocicleta. Pero Roşu volvió a casa al cabo de un año, arrastrando consigo un trozo de cadena atado a una correa con una inscripción en alemán, para asombro de los aldeanos, que lo miraban con los ojos como platos. Cuando vio a Tătica, se volvió loco de alegría, saltaba y aullaba, aunque estaba tan flaco que se le adivinaban las costillas, y se revolcó por el suelo con las patas

estiradas. Este acontecimiento fue recordado durante largo tiempo en el pueblo.

Pero ahora el perro ladraba a punto de ahogarse, Maria no le había oído jamás ladrar así. Salió por la puerta del horno y los copos de nieve helaron al instante su rostro enrojecido por el fuego. En la puerta había un pobre mendigo, salido de vaya usted a saber qué hospital, pues tenía la cabeza y las manos completamente envueltas en unas vendas sucias, casi negras. Solo se le veían los ojos y tampoco demasiado bien, pues los emborronaba la copiosa nevada. Su ropa no se diferenciaba de la de cualquiera de los pordioseros que cruzaban a veces el pueblo. A pesar de todo, su silueta extenuada, al menos lo que se veía detrás de las estacas de la cerca, cubiertas con gorritos de nieve, tenía algo raro, de alguien que no era de por allí o que tal vez (Maria hizo la señal de la cruz con la lengua) ni siquiera fuera un hombre: su cuerpo, recortado sobre la casa desmoronada de enfrente, recordaba al de los diablos pintados en la iglesia del pueblo, los de la escena que representa el Juicio Final: cargado de espaldas, con más vértebras en el cuello de las que cabría esperar, con un cuerpo de unas proporciones extrañamente pervertidas. Azotado, además, por la ventisca. La chica se arrebujó en la pelliza y atravesó el patio por el sendero pisoteado. Al pasar junto a los membrillos enanos, los sacudió sin darse cuenta y se llenó de pelusa helada, unos minúsculos cristales estrellados que brillaban como lentejuelas.

Estaban ahora frente a frente, separados tan solo por la cerca, que les llegaba casi a la barbilla. Maria susurró deprisa las palabras con las que se libraba habitualmente de los mendigos: «No tengo nada. ¿Qué quieres que te dé? ¡Vete de aquí, vamos, largo!». Pero el vendado soltó una risita ahogada y dijo: «Maria, ¿es que no me reconoces?». Y de repente se llevó las manos a la boca imitando una trompeta, se echó hacia atrás y, moviendo rápidamente los dedos sobre las teclas invisibles, emitió un solo enloquecido que imitaba tan bien el swing tenso del instrumento de latón que la joven comprendió al instante quién se encontraba ante ella. La momia, cuya córnea amarilla destellaba, se arrancó a continuación en una demostración de batería, retumbando y chasqueando con la boca, imitando los tambores

grandes y los pequeños, así como las escobillas y las maracas, cada vez más rápido, cada vez más jadeante, hasta que golpeó con todas sus fuerzas los platillos deslumbrantes, casi materializados en el aire cristalino y helado, y se inclinó de repente en una reverencia. «Cedric, estás loco —se echó a reír Maria—, ¿qué estás haciendo aquí?» Vasilica había salido del establo y no olía nada mal, a ternero y a boñiga caliente. «Oh, Cedric...» Elevó los ojos al cielo como una mártir, pero en ese mismo instante recordó la escena en la que lo azotó sin piedad en aquella habitación caldeada que olía a almizcle. Le habría gustado volver a hacerlo de vez en cuando, reconoció en su fuero interno, como se lo había confesado a sí misma bastantes noches antes de quedarse dormida, envuelta en una excitación húmeda. Le había deleitado vestir aquel uniforme negro y ceñido; el poder absoluto sobre el hombre que besaba sus botas, que se retorció y aullaba con cada latigazo, la embriagaba ahora, en el recuerdo, tanto como la había disgustado en la realidad.

Entraron en el zaguán y luego en la habitación grande de la derecha. Cedric, feliz y aturullado como un cachorrillo, se dejó quitar las vendas y, poco después, su amplia sonrisa brillaba de nuevo como en el Gorgonzola. Las chicas trajeron *țuica* y nueces. Al negro se le iban los ojos a los iconos de las paredes, llenos de dragones y ángeles soldado, de fotografías amarillentas en marcos de cristal, cubiertos por pañuelos de seda: Tătica y Mămica habían ido aquella mañana a Bolintin, y no volverían hasta bien entrada la noche o hasta el día siguiente. Por aquel entonces tenían todavía el carro con los dos caballos bayos, robustos y hermosos, que vivieron bastante y que, al cabo de unos años, fueron confiscados por la cooperativa y acribillados en una fosa. Las muchachas y Cedric tenían todo el tiempo del mundo para charlar. Solo Maria se acercaba de vez en cuando al horno para ver cómo iba la *mămăliga* o si estaba ya listo el guisado.

Pusieron la mesita redonda en el suelo de adobe y se sentaron en unos taburetes. Maria colocó la *mămăliga* en el centro y llenó los cuencos. Mientras comían ocultos en la penumbra de la habitación, a través de cuyas ventanas nevaba de forma monótona y triste, Cedric les relató una historia fantástica.

[13]. Se refiere a que el miércoles y el viernes son los días de ayuno para los cristianos ortodoxos a lo largo de todo el año.

[14]. Pantalones amplios que utiliza el campesinado rumano.

[15]. Famoso prostíbulo de Bucarest.

Maria se apeó en la Universidad en un decorado invernal. Bajo la gruesa capa de nieve, no se reconocían el bulevar ni las callejuelas laterales, solo las estatuas familiares de Mihai Viteazu, Heliade, Gheorghe Lazăr y Spiru Haret se elevaban como las torres de unos monstruosos submarinos. El edificio ceniciento de la Universidad, de una longitud gigantesca, parecía un acantilado de basalto ante un mar helado. Un acantilado esculpido de forma irregular, las estatuas alegóricas de la fachada —las Ciencias, las Artes, la Agricultura, el Comercio— podrían ser igualmente muestras de una naturaleza fantástica, curiosas estalactitas en las que la intemperie había excavado gryls y trolls y otros incontables espíritus. Árboles de ramas oscuras, repletos de cuervos, golpeaban los cristales del edificio. Cada vara estaba recubierta por una delicada capa de hielo.

En la ciudad, los colores habían desaparecido por completo. Te sentías en una película en blanco y negro desenrollada de una bobina desgastada. El celuloide viejo, humedecido, copia de la copia de una copia, estaba lleno de manchas y arañazos que se veían por todas partes durante la proyección, en forma de gotas alargadas y chorros de agua. La única presencia viva, carnal, coloreada como una flor, era Maria, que, con su falda de verano y sus zapatos de tacón, caminaba a saltitos hacia el cine, sacando, con la delicadeza de un gato, los tobillos de la nieve. Abrigados, con las cabezas hundidas entre los hombros por culpa del frío, los transeúntes parecían tan sumidos en sus cuitas que no dedicaban siquiera una mirada a aquella señorita maquillada y acicalada (vestida, por desgracia, de forma tan pobretona) que, indiferente a la calamidad que la rodeaba, contoneaba sus caderas rotundas junto a ellos. El cierzo, llegado desde las estepas rusas, azotaba con tanta fuerza que resultaba asombroso que los tranvías y los escasos automóviles no volcaran. Con cada una de las ráfagas, la gente se volvía y maldecía, envuelta en sus bufandas.

Un todoterreno se detuvo junto a la acera, a su derecha. Un joven con un

chaquetón acolchado y una gorra rusa, caqui, calada hasta las cejas (era una gorra militar a la que habían arrancado el cuco), la llamaba a gritos desde la cabina: «¡Maria! ¡Maria!». A la chica le dio un vuelco el corazón, sumida como estaba en la luz intensa, esférica, de la historia de Cedric, pero sonrió cuando reconoció al muchacho. «Ionel, Ionel, no bebas más, doncel...», le cantó acercándose al vehículo azul. «Que las chicas se rían de mí, que ande yo caliente... Oye, ¿adónde vas? ¿Tienes una cita? Hoy tengo una citaa..., qué motivoooo de alegríaaa...» «Que no, hombre, que voy al cine.» «¿A qué peli?» «No sé cómo se llama, pero es de ese actor que me gusta tanto, de Gérard Philipe.» Ionel hizo una mueca irónica. ¿Por qué se sabía la listilla de Maria el nombre de los actores? Él, cuando invitaba a una chica al cine, a alguna aprendiz, entraba al buen tuntún y, si la película les gustaba, les decían a otros que fueran a verla. Era su vecino de enfrente, vivía también en Silistra, pero ahora estaba pensando en mudarse, porque a un chófer con un vehículo oficial, del periódico *Scânteia*, no se le había perdido nada entre gitanos ni gentuza barriobajera. Una vez la llevó en el coche hasta la Casa Scânteia, recién construida, un palacio de mármol que dejó a la muchacha sin aliento. La paseó por el interior, por los amplios pasillos y las escaleras monumentales, de dimensiones sobrehumanas. Las incontables puertas de madera de las oficinas y las redacciones, con sus plaquitas rojas, le parecieron, sin embargo, mezquinas, también eran feúchos, mustios, con aspecto de chupatintas mal vestidos, con trajes baratos, los habitantes de aquel castillo de piedra blanca. Era como si los verdaderos, los legítimos habitantes, una estirpe noble y olímpica, hubieran sido ahuyentados por un pueblo de pigmeos miserables. La chica se había dejado agasajar un par de veces con un pastel y un zumo, pero no aceptó bajo ningún concepto ir más lejos. ¡Ella se lo perdía! Había pasado ya de los veinticinco años y, si no se daba prisa, se quedaría para vestir santos, como todas las que arrugan la nariz, sobre todo cuando no tienen mucho que ofrecer. Ionel había perdido el interés por Maria y salía ahora con una estudiante, Estera Hirsch, que, en la oscuridad de un portal, le metió la lengua en la boca en cuanto la besó por primera vez, a pesar de que, gafosa y creída, responsable de algunos asuntos en la UTM,[16] no daba la impresión de ser especialmente fogosa. Pero lo era

¡y mucho! Cuántas cosas habría contado su buhardilla de Predoleanu, arriba, un palomar entre las nubes, si hubiera podido hablar... Entre dos tandas de meneo enloquecido en la cama con cabecero de hierro, Estera se levantaba tranquila y se sentaba ante su mesa de trabajo para estudiar los artículos de Engels, desnuda como había venido a este mundo, con el pecho pecoso hasta los pezones y un vello púbico tan rojo como las portadas de las obras de Lenin, apiladas siempre junto a su cama. Lo instruía también a él, quería que mejorara su condición, le aconsejaba que se matriculara en el instituto nocturno... Esta sí que era una buena chavala, con su apoyo podría llegar él a ser alguien, un pez gordo, un propagandista, un hombre con una casa y un coche oficial en la puerta. Para un campesinito, convertirse en chófer sería ya bastante. «¡Bueno, Maria, que te vaya bien!», dijo mientras hacía girar la llave de contacto.

Maria hizo una mueca despectiva en cuanto desapareció. Ionel era de Teleorman, sus padres habían recibido tierras tras la guerra de reunificación y ahora se negaban a entregárselas a la cooperativa. Era el único de sus hermanos que se había mudado a la ciudad; aquí había trabajado una temporada en el adoquinado de las calles, cavando las zanjas de alcantarillado, y en otras obras públicas del distrito Primero de Mayo, hasta que, en una tasca familiar de Lizeanu, donde había entrado a calentarse un poco, se topó con un vecino del pueblo al que le costó reconocer con su chaqueta de piel negra y una visera de buen paño que lucía con bastante naturalidad. Era el tío Zambilă, de la aldea de Iliasca, cuyo padre, medio gitano, medio serbio, dio una vez fuego al pueblo y se degolló luego con una hoz. Se tomaron una copa juntos, un aguardiente de centeno cada vez más difícil de encontrar, pues lo sustituían en todas partes por la *țuica* Dos Ojos Azules, y el tío Zambilă —que ahora era el camarada Ciocan-del-Distrito —[17] le ofreció un empleo mejor. Los escultores que se habían enrolado en la lucha por la paz y el socialismo, y se habían despojado de las aberraciones del arte burgués, del formalismo y del intimismo habían sembrado todos los parques de la ciudad con cientos y cientos de bustos de ilustres hombres de la cultura y el arte, de todas las épocas y de todo el globo, que, aunque no habían conseguido comprender correctamente la relación entre las clases y

la lucha del proletariado en aras de una vida mejor, tuvieron, sin embargo, una visión realista-crítica de la sociedad en la que vivieron y crearon. Incontables Gorkis, Shólojovs,

Lérmontovs (pues, en primer lugar, había que poner de relieve la tradición de lucha del pueblo ruso, nuestro gran hermano del Este), Neculuș, Vlahuș, Coșbuc, Eminescus —el poeta que, a pesar de no haberla comprendido del todo, había escrito, sin embargo, *Emperador y proletario* y *Nuestros jóvenes*—, Shakespeares, Voltaires, Victor Hugos surgían espectrales, sobre unos pedestales devorados por la vegetación y los líquenes, en las veredas sombrías, para reprender desde las alturas de su genialidad a las parejas sin principios que venían a besarse bajo la luz de la luna. De todos ellos, Bălcescu parecía el más prolífico, como si se hubiera multiplicado a través de la clonación: desde los billetes de cien *lei*, su efigie crispada se había expandido por todas partes, como si la joven república popular fuera un billete sobre el cual una población de ácaros se hubiera movido siguiendo las líneas y los puntos de las filigranas azules, concentrándose en la barba, las cejas y los ojos hundidos del revolucionario del 48. Le seguían las estatuas de los rebeldes que habían luchado contra el régimen burgués-latifundista, que habían pegado manifiestos en las paredes pálidamente iluminadas por una bombilla bacoviana, mientras una joven delicada, con una blusa blanca, vigilaba; las estatuas de los que lanzaban una mina alemana golpeándola con un gancho y salvaban el puente sacrificando su vida, de los que hacían sonar la sirena de la fábrica para llamar a los obreros a la huelga, de los que eran torturados en las celdas H de la Doftana,[18] pero nunca traicionaban a sus compañeros, tal y como se mostraba en todas las películas rumanas: Olga Bancic, Eftimie Croitoru, Vasile Roaită, Ilie Pintilie... y muchos otros sobre los que no se sabía muy bien qué habían hecho... Por no mencionar a los grandes corifeos del régimen socialista y comunista, Marx, Engels, Lenin y Stalin, con sus estatuas de bronce o de mármol rojo sobre grandiosos pedestales (aunque estos no estaban dentro de sus atribuciones). Naturalmente, tío Zambilă, el camarada Ciocan-del-Distrito, no mencionó entonces todos estos nombres, le dijo tan solo que necesitaba a alguien que limpiara periódicamente los bustos de los parques

de la escoria, el hollín, el polvo y (perdón) las gallinazas de las palomas que embadurnaban las cabezas y los hombros. Todo lo que tendría que hacer Ionel era coger una escalera, un cubo de agua y un cepillo duro y recorrer sistemáticamente las alamedas de los parques, detenerse ante los ciudadanos de granito y de piedra blanca y hacerlos relucir de limpieza y bienestar.

El joven se emborrachó como una cuba aquella tarde, a duras penas consiguió arrastrarse hasta su habitación del arrabal, acosado e incluso mordido por una jauría de perros después de haberse caído por los charcos... Por la mañana, después de unas pesadillas con estatuas que hablaban o lo abrazaban, estrujando sus huesos entre los brazos de piedra, y después de recordar, aún más asqueado, que le había besado varias veces la mano a tío Zambilă en la taberna, delante de todo el mundo, se afeitó ante el espejo mellado y partió a su nuevo trabajo. En el Consejo le dieron todo lo que necesitaba; siguieron días y semanas peinando los mechones de piedra de los hombres ilustres, lijando con piedra pómez los grandes y abombados óvalos de sus ojos ciegos, retirando las colillas que los granujas colocaban entre sus sensuales labios de granito. Recogiendo las porquerías frescas, medio negro-verdosas, medio blancas de los pájaros que coronaban sus coronillas. Aplastando en sus duros pómulos alguna araña que había tejido una tela hasta la ceja. Era primavera y los arbustos de forsitias impregnaban su retina con manchas de un amarillo cegador que permanecían incluso cuando apartaba la mirada, como si hubiera mirado al sol. Por las tardes volvía a casa a través del fluido de ámbar que inundaba los barrios pobres, con niñas jugando al aro y mujeres gordas en las puertas, o bien, una vez cada varios días, pasaba por donde Estera, a la que desnudaba con brutalidad, casi en cuanto cerraba la puerta de la buhardilla de aquel bloque antiguo y devastado, la tiraba en la cama boca abajo y la penetraba por detrás hasta que la chica, loca de excitación, con la cara enrojecida envuelta en su cabello de cobre, empezaba de repente, de forma perversa y ronca, a susurrar entre gemidos cada vez más intensos: «Marx es un cagón..., repite..., repite conmigo... Gheorghiu Dej[19] es un cretino... ¡Ah!... Ahhh... Lenin se follaba a su madre... Stalin... Ahhh...». Cuando mencionaba a Stalin, tenía siempre un orgasmo estrepitoso que provocaba, probablemente,

que todo el bloque se pusiera en pie, luego permanecía unos minutos tumbada —una piel blanca como la nata constelada de pecas hasta las nalgas, hasta los labios— y luego volvía a estudiar los documentos del partido mientras Ionel, leve como el aire, con el pene colgando flácido y brillante sobre el vientre, apoyaba la cabeza en un brazo y cerraba los ojos. Veía bajo los párpados, con unos detalles más precisos que en la realidad, estatuas, solo estatuas, pueblos enteros de bustos con los nombres escritos por debajo en letras negras, cabezas y hombros que brotaban unos de otros, superponiéndose, cruzándose... Sus rasgos se combinaban, Caragiale lucía las melenas de Eminescu, Olga Bancic, la barba de Tolstói, debajo de Alecsandri ponía Makárenko... Se quedaba dormido así, de espaldas, y soñaba fragmentos de sueños en los que se veía a sí mismo en Teleorman, abría los ojos y veía a Estera, avanzada la noche, sentada todavía ante su escritorio, con las clavículas y los pechos realzados por el cono de luz de la lámpara y los bucles rojizos oscurecidos, a excepción de un mechón que brillaba como una llama junto a la bombilla.

Una tarde de abril, encaramado a su escalera en forma de A, luchando con los escarabajos que se empeñaban en chocar contra las sienes de Pushkin, cubiertas de líquenes, que parecían hebras de tabaco, Ionel observó una fisura negra como el alquitrán en la base del busto, ahí donde se unía al pedestal. Se había entretenido toda la tarde intentando reconocer los rostros de los ciudadanos solo con el tacto: en cuanto distinguía en la lejanía un resplandor blanco en medio de un bosque de lilas, entornaba los párpados y se dirigía hacia allí procurando no ver la escultura. Con los ojos clavados en el suelo, subía a la escalera y, con los ojos cerrados, cogía entre las palmas las mejillas modeladas a cincel, pasaba las manos por la frente arrugada y seguía con el dedo los bucles ásperos, luego afirmaba sin atisbo de duda: «Ah, Beethoven, hijo mío, así que eras tú. ¿Por qué me miras tan mal?». Los conocía a todos, eran ya sus colegas, les daba unos cachetes cariñosos en la cara o en la calva, acariciaba los pechos, más turgentes que los de cualquier mujer —a cada cual lo suyo— de alguna revolucionaria..., si estaban demasiado sucios, les daba un tirón de orejas... Con este Pushkin del parque Ghica Tei, escondido en una alameda por la que nunca pasaba nadie,

sucedía algo raro. A diferencia de otros bustos, bien fijados a unos pedestales burdamente encalados, ese que ahora miraba a los ojos a Ionel — como en otra época a Dantès, durante aquel duelo fatal— se tambaleaba de un modo apenas perceptible a cada pasada del cepillo áspero de madera con el que le frotaba las patillas. La fisura también se ensanchaba a su vez, temblorosa, negra como una línea de tinta. Que sea lo que Dios quiera, se dijo Ionel tras revisarla por todas partes, convencido de que la alameda seguía desierta. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, encaramado a la escalera con una pierna apoyada en cada lado, empujó violentamente el hombro izquierdo, con una charretera, del joven escritor, sin llegar a comprender del todo si era alegría o espanto lo que sentía al ver que el busto se deslizaba como en un pivote clavado en el hombro izquierdo y que en el soporte se abría un pozo profundo con una escalerilla de barras de metal.

Un escarabajo le golpeó el labio como una pesada bala de cobre. El perfume de las lilas se volvía más intenso a medida que caía la noche. La mitad del cielo se había tornado ya de un azul profundo, cargado de una luna en cuarto creciente y unas cuantas estrellas brillantes, mientras que un dulce rosa nacarado, con nubes sangrientas, bordeaba los arbustos por el otro lado, revistiendo cada rama con una bruma castaño-rosada. El aire se había oscurecido hasta tornarse sepia, como en una foto antigua. Ionel titubeó un instante, luego le vinieron a la cabeza las hipótesis más absurdas. Podría ser, tal vez, uno de esos canales por los que se descendía a la red de aguas residuales, ramificada debajo de toda la ciudad, y que arrastraba aguas abajo, hacia el Danubio y luego hacia el mar, la porquería fermentada de Bucarest: heces disueltas, periódicos utilizados como papel higiénico —en la portada, los amados Dirigentes sonreían en el papel arrugado en forma de estrella, embadurnados de mierda—, trozos de algodón sanguinolento, cenicientos preservativos fabricados en Vulcan y que se rompían durante el uso, retorciéndose como unos anillos dolorosos hasta la base de las vigorosas herramientas de los obreros que confiaban en no verter en sus esposas la sexta criatura, así como ratas putrefactas, gatos con los intestinos al aire, delicadamente coloreados en azul y naranja... O un almacén secreto

de la Securitate, institución que se ocupaba de detener a los espías que fotografiaban los objetivos nacionales con ingeniosos aparatos fotográficos escondidos en la patilla de las gafas. Los oficiales de la Securitate eran unos hombres sonrientes y enérgicos que defendían las conquistas revolucionarias, que tenían en casa a una delicada esposa, una maravillosa ama de casa, y que trabajaban sobre todo a partir de sutiles deducciones lógicas... El mayor Frunză y el capitán Lucian eran para Ionel un modelo moral y leía sus aventuras, volumen tras volumen, en la colección «Enigma», publicada un año antes. O podría tratarse de la entrada a un búnker nazi..., pero, en ese caso, ¿por qué no lo había observado nadie cuando levantaron la estatua? El joven campesino recordó de repente la historia de *El yesquero*, en la que una fortuna fantástica —piedras preciosas y herramientas con incrustaciones de oro, orladas de perlas— fue la recompensa del valiente que se había introducido en el hueco de un árbol. «Un tesoro», susurró Ionel con los ojos abiertos de par en par. A veces, al excavar la tierra para plantar sus chabolas o para abrir un pozo, los de su pueblo habían encontrado un cubo oxidado lleno de monedas doradas. O un gallo de oro con esmeraldas repujadas... Ionel volvió a echar un vistazo a las alamedas sumidas ya en las sombras, luego descendió, plegó la escalera y la escondió tras un seto de tuya. De un salto se subió a lo alto del pedestal, sujetándose con fuerza al cuello del poeta ruso, que ahora miraba a un lado, como si eludiera ser partícipe de los actos de esa miserable, percedera figura de carne, piel, nervios y sangre que mancillaba su eternidad. Apoyado en el borde del pozo, el joven se hundió hasta la cintura en la oscuridad de alquitrán del interior, donde, bajo la luz oblicua de la luna, brillaban apagados solo los dos primeros escalones. Ionel descendió con cuidado un escalón más y arrastró con dificultad el busto de Pushkin hasta la abertura, bloqueando así el perfume del cielo primaveral para adentrarse en la noche absoluta.

Días más tarde, más o menos una semana después de aquella tarde iluminada como por un espectro turbio, el chico le contaría a Maria, con la que solía quedar de vez en cuando, él por resentimiento para con la maldita «judía» que en el momento culminante del placer insultaba a todos los

maestros de la humanidad, ella por soledad y por poder ir al cine —lo que más le gustaba en este mundo—, su aventura en el corazón de las tinieblas. El tiempo se fundió junto con la luz, la única medida de su descenso, estribo a estribo, solo quedaba el miedo. Con los ojos ciegos, los oídos ensordecidos, las piedras calcáreas de las cócleas girando enloquecidas en medio del no-ser, se abría entonces el gran analizador del miedo. El chico no sabía ya si subía o bajaba, o si caminaba acaso a cuatro patas por unas vías infinitas; aferrándose a las traviesas, el interior de las manos y de los dedos sentía en intervalos rítmicos la forma y el hielo de las barras de metal, los únicos objetos en aquel espacio. Pero ¿no serían también estas unas sensaciones subjetivas? ¿No estaría acaso tumbado en una manta y eran los nervios de las palmas de las manos, proyectados a las zonas locomotoras del cerebro, los que construían la sensación de esos pequeños cilindros fríos, de la misma longitud que podían percibir las papilas de la palma y las yemas de los dedos? En medio de aquella oscuridad en la que el cuerpo se había disuelto por completo, era imposible decir si el páncreas seguía en el interior del saquito somático o si colgaba por fuera, como la lengua de un ahorcado, si el esqueleto no se había transformado en uno externo, como el de los crustáceos, si las neuronas no se habían alejado de repente del ovillo original del cráneo y se habían dispersado, deshechas como un encaje obscuro, hasta el final de la noche. El órgano para percibir el miedo no tenía una forma definida, como una papila gustativa o como el globo ocular, pues era continuamente devorado por aquello que percibía. El órgano del miedo enloquecía de pánico a cada instante, se arrugaba y se agitaba en el líquido corrosivo, en los ácidos implacables del miedo. El joven que descendía no sabía desde hacía un buen rato quién era, ni hacia qué zona del mundo se dirigía, pero veía el miedo, lo veía acrecentarse, convertirse en un paisaje fabuloso pintado con los matices del pavor, con desesperación, con inquietud, con angustia, con terror, con pánico... Había montañas de estremecimientos y ciudades de espanto y árboles de sudor helado. Monumentos al horror dominaban vastas y brumosas plazas. Esculturas en adrenalina, verdes fosforescentes, representaban terribles violaciones, descuartizamientos y amputaciones, desolladuras, ablaciones,

despedazamientos...

Ya no descendía, sino que levitaba como una nube en aquel mundo espectral, a través del colosal grosor del miedo, sobre árboles como ovillos de intestinos y sobre torres de garras. El verde apagado, el veneno opalescente, se volvía cada vez más denso, el grito inmóvil, cada vez más universal... Se deslizaba sobre un enorme y aterrado planeta, por imperios de desesperación que chispeaban a su alrededor como bruma, compacta unas veces y enrarecida otras. Inmensas torres con ventanitas que brillaban en el verde del ocaso tenían en la cúpula superior estatuas con la cabeza entre las manos, mujeres abrumadas por la vergüenza, viejos llamando a la muerte... A través de una ventana ovalada, se vislumbraba a una joven con un rostro indeciblemente romántico, unas pestañas largas y espesas, unos dientes de perlas entre labios de coral, un corpiño de encaje blanco y miriñaque de satén azul, con cientos de lacitos, bajo el que asomaba la punta de su zapatito de piel de lagarto, sentada ante una espineta que sonaba como si unas agujas la rozaran con delicadeza. Habría sido una encantadora imagen del amor si bajo el moño de ébano, de rizados tirabuzones, prendido con suaves peinetas en su delicada nuca, no le hubiera crecido un horrible tumor del tamaño de la cabeza de un recién nacido, ulcerado y desollado, cuyas membranas rosadas supuraban un mosto amarillento... Más abajo, en una nave tan vasta como una estación de acero y cristal, a lo largo de cuyas paredes flotaba el joven, disuelto en el terror como el vaho de una respiración ardiente, se adivinaba una procesión que avanzaba hacia una tumba de cristal. Penetró en la sala a través de una claraboya abierta, de bordes polvorientos, sujeta con un gancho de alambre negro, y se encontró de repente desnudo, caminando junto a los demás por unas baldosas como un tablero de ajedrez en el que se alternaban unos cuadrados sanguinolentos, con filigranas de mármol, y unos cuadrados blancos, cristalinos como el azúcar. Cada uno de los seres de la larga procesión estaba marcado por una monstruosa enfermedad: lenguas de vaca, excoriadas, brotaban entre dientes torcidos, vulvas con prolongaciones como los bigotes de una carpa, translúcidas, llenas de un líquido violeta... Solo él, tal y como se vio de repente en una arista pura, irisada, de la tumba,

estaba entero y era bello como un dios, sobre todo porque... tenía alas..., unas amplias alas multicolores, de mariposa tropical, con manchas de un azul eléctrico, unos bordes violetas, los extremos en forma de cabeza de cobra en un púrpura más cálido, más aterciopelado... Estaba todavía sumido en la contemplación de su imagen en el espejo brillante de la tumba vacía cuando sintió que en su carne se hundían seis garras afiladas como agujas; supo entonces que las inmensas alas no le habían crecido —como una rareza anatómica— entre los omoplatos, sino que sobre su espalda se había posado una inmensa mariposa, tan larga como él, bien aferrada a sus costillas, que lo miraba con ojos desencajados, ardientes, con miles de facetas hexagonales. Se imaginó el momento inevitable en que la trompa enrollada en espiral se desplegaría como una aguja curvada y se le clavaría en el occipucio, haciendo crujir la duramadre y la piamadre, avanzando suavemente, como embadurnada de gelatina, por el lóbulo occipital para detenerse en el centro del cerebro, en medio del anillo límbico, a media distancia del fórnix, de los cuerpos mamilares, del hipocampo y de la amígdala. Extraería con una bomba un centímetro cúbico de una sustancia de la textura del flan y la sustituiría por un huevo... Nacarado, tirando a rosa, con una cáscara blanda y pulsátil, descendería por el ovopositor y se encastraría allí, entre los copos de nieve del cuerpo de los axones y los laberintos enloquecidos de las sinapsis. Luego la trompa ensangrentada se recogería de forma igualmente sencilla, se enrollaría y la mariposa echaría a volar de repente en zigzag por el aire apagado, hasta el ventanuco abierto en el tejado. Acarreado en brazos por los lisiados, el joven dios fecundado sería depositado en el hueco de la tumba y una tapa pesada, prismática, se cerraría sobre él.

Se despertó aturdido como tras un vahído, frotando con un trapo el ojo derecho, ciego, de Pushkin y contemplando cómo el harapo se ennegrecía con el hollín. Se palpó el cogote, con la mirada perdida en el vacío, inspirando profundamente los átomos rosas del ocaso, tal y como estaba haciendo ante la mesita con cuadrados blancos y rojos de la terraza de verano donde había invitado a Maria a una cerveza y unos *mici*[20] después de haber deambulado durante una semana, de aquí para allá, por Herăstrău,

con la escalera al hombro y un cubo en una mano, sin atreverse a acercarse a ninguna de las personalidades de piedra que surgían entre los arbustos de lilas. En cuanto adivinaba a algún Ostrovski o algún Shólojov era como si hubiera visto a uno de esos espectros con los que, en su pueblo, los viejos asustaban a los críos. Le daba un vuelco el corazón y le temblaban las piernas. Maria se rio de él como de alguien que relata de día lo que ha soñado por la noche, pero al cabo de unos años, en el entierro del viejo Catana, mientras deambulaba por la inmensa cripta de mármol, recordaría la historia de Ionel. Había una extraña coincidencia entre ellas, como si fuera, de hecho, la repetición de una antigua leyenda, de otro país y de otro rapsoda, cuyos detalles había olvidado para añadir otros de su propia cosecha, de tal manera que habría que comparar cientos de variantes, superponerlas y observar las semejanzas y las diferencias para poder comprender qué había sucedido en algún sitio, en algún momento, qué núcleo de objetos duros y criaturas embrolladas, consumidos por la llama furiosa del tiempo, había desprendido el humo transparente, bifurcado en miles de senderos a la vez, de las historias infinitamente ramificadas. En cualquier caso, ni aunque hubiera sido una Mafalda con el ojo pineal azul entre las cejas —cubierto apenas por una membrana translúcida— escrutando las figuras del tarot, habría podido adivinar Maria de qué manera se iba a entrecruzar la vida de su familia con la de la «tía Hirsch» y su marido Ionel, el aldeanito venido a la ciudad en busca de una increíble carrera profesional. Una fotografía de comienzos de los años setenta, en blanco y negro y bordes dentados, mostraba a Costel y a Ionel riendo juntos, sobre el fondo de unos edificios modernos y unos pequeños abetos ornamentales. Costel viste una chaqueta de oficial con pantalones de traje negros, mientras que Ionel, casi irreconocible, gordo y acalorado, lleva una chaqueta de traje negra y unos pantalones de uniforme.

Cuando el todoterreno arrancó y se perdió entre los coches cargados de nieve que pasaban, con los limpiaparabrisas en marcha, por la explanada entre la universidad y las imponentes construcciones con columnas de enfrente, a través de la tremenda nevada, la Maria primaveral dejó atrás la Romarta[21] de los niños y avanzó por el bulevar junto a la Casa Armatei.

Las águilas de escayola del tejado eran ahora unas momias cubiertas de nieve de las que sobresalían tan solo unos picos doblados, como sobresalen las garras de las almohadillas de un gato blanco. A partir de ahí se sucedían las salas de cine cuyos nombres recordaban a todo el mundo la democracia popular, la paz, el trabajo, la fraternidad. En todos los escaparates se contemplaban los ojos de acero de algún soldado soviético, con la estrella roja en la frente y un arma automática que apuntaba al inocente transeúnte. A su espalda, un tanque con el mismo pentágono estrellado en la torreta y un tanquista medio asomado de su cabina de acero. Se cubre la cabeza con un casco negro, de orejeras abultadas, y sujeta una bandera roja que ondea majestuosa por detrás. Por mucho que ondee la bandera al viento, se siguen viendo, en la esquina de la derecha, arriba, la hoz y el martillo sabiamente cruzados. Un alquimista como Fulcanelli (pero, ay, el oculto autor de *El misterio de las catedrales* llevaba veintitrés años muerto aquel año de gracia de 1955, cuando Maria volvió a encontrarse con Costel después de su breve idilio en Govora, así que su rostro rechoncho, de enormes bigotes caídos, no se podía reflejar en el escaparate de ninguno de los cines obreros de su amado Bucarest) habría adivinado en aquellos dos símbolos una *unio mystica* entre azufre y mercurio, bajo el omnipotente signo del Pentagrama. Solo en un par de cines echaban películas «de amor», para las que se formaban, ya desde la sesión matinal, colas infinitas, pues las jóvenes torneras y tejedoras salían del turno de noche y se dirigían directamente a aquellas salas miserables, que apestaban a matarratas, para ver a Sara Montiel o a Vico Torriani.

Lo que más le gustaba a Maria era ver películas. Mucho más adelante, cuando se convirtió en un ama de casa abrumada por la vida, delimitaría su curioso mundo triangular del corazón de Bucarest con los tres cinematógrafos ubicados a igual distancia del bloque de Ștefan cel Mare: el Volga, el Melodia y el Floreasca. En pocas ocasiones se aventuraba fuera de ese territorio en el que se sentía segura, sus paseos por la ciudad (si no era para ir donde Vasilica o donde la madrina) se convertían entonces en unas aventuras extenuantes por tierras llenas de peligros, surcadas por pánicos oníricos. Era como si aquellos tres cines en los vértices del triángulo

protegeran, con sus secreciones alucinatorias, el único territorio real del universo, en el que se encontraban la casa, el mercado, la tienda de ultramarinos y el supermercado, el quiosco, los vecinos..., mientras que, fuera de ese ojo sabio abierto hacia el cosmos, el mundo se disolvía, se llenaba de lívidos demonios y de humo... Maria entraba en el cine como entran otros en la iglesia, dispuesta a vivir las experiencias más intensas, preparada para las lágrimas, chorros de lágrimas brillantes en la oscuridad de la sala, para las carcajadas, para el odio y para el amor. Odiaba las películas de guerra, solo iba a ver esas en las que «todo el mundo ríe, canta y baila», o alguna en la que el corazón de una madre era destrozado con crueldad. Si una película era «bonita», la veía incluso diez veces, cada vez más encantada. Por muy tentadora que fuera la película, Maria esperaría pacientemente, semanas y semanas, «a que la traigan aquí», con el pretexto de que la entrada era más barata en los cines de barrio que en los del centro, pero, de hecho, sentía verdadero rechazo, acentuado con la edad, a abandonar su zona. Le parecía, tal vez, que no estaba vestida como para ir al centro, la gente le resultaba hostil y desconocida, pero había algo más, una resistencia interior, algo que le impedía confundirse con la imagen de su juventud, como si su vida hubiera sido amputada en un determinado momento y reconstruida de nuevo desde los cimientos... Como si un enigma siniestro (o extático) hubiera cobrado forma de perla en el vientre de su mente, superponiendo estratos y estratos de inhibición nacarada en torno a un pensamiento doloroso.

Ahora, sin embargo, mientras consumía las últimas reservas de su juventud, Maria, la única persona deslumbrante en una ciudad sombría, siberiana, se dirigía sin atisbo de inquietud, pasando graciosamente entre vagabundos que rumiaban roscos de pan ante las salas de espectáculo, hacia el cine Fraternidad entre Los Pueblos, donde proyectaban una película de Gérard Philipe. Victorița, la ratera, la había visto ya y la había mareado tanto con ella, con «lo que hacía el chico y cómo había perdido a la chica», que Maria no sabía con quién tenía una cita, si con Costel o con el propio Gérard, tal y como algunas veces, cuando terminaba la película y salía por la puerta trasera a un cielo cuajado de estrellas, aunque hubiera entrado con la

luz del día, a la joven le parecía vivir también en una película, una película tan larga como su propia vida, que quién sabe quién (muchas gente, en todo caso) veía en una sala oscura. También ellos vivían en una película que otros veían, y así hasta el infinito.

Distinguió a Costel y le dio la risa: otra vez con su chándal desgastado, otra vez con sus botas de tachuelas, otra vez mal afeitado... Con aquellos ojos que podían ser tiernos, pero también terriblemente severos, sus negros y bellos ojos de banateano. Y su cabello negro ala de cuervo, con unas hebras duras como la cola de un caballo, peinado hacia atrás. Ahora miraba desconcertado a todas partes intentando localizarla, con las manos en los bolsillos, como de costumbre («déjate, que ya le quitaré yo esa manía»), con la cabeza y los hombros cubiertos de nieve. Pero no esperaba tiritando entre las ráfagas de viento, como todos los de alrededor, al contrario, tenía la cremallera del chándal medio abierta y se le veían la camiseta y el pecho blanco, sin rastro de vello —pues el joven cerrajero de los talleres ITB pertenecía, sin saberlo, a una noble estirpe—, como si fuera un dulce comienzo de otoño. Ni siquiera había cogido su eterna visera manchada de aceite, de la que Maria se había burlado tantas veces en Govora. Ahora, por aburrimiento, había sacado unas moneditas de los profundos bolsillos del pantalón y se había puesto a contarlas, apoyado en el escaparate en el que Gérard Philipe, con traje de época y una gola al cuello, clava la punta de la espada en el pecho de un barbudo gigantesco. Con una sonrisa de oreja a oreja, la joven se dirigió directa hacia él y lo agarró del brazo, mientras Costel, enfadado consigo mismo por no haberla visto de lejos, guardaba de prisa los cambios en el bolsillo y le dedicaba un «Buenos días» tan serio que la chica se alegró más aún. Estos tontainas del Banat... Costel estaba en Govora con un grupo de aprendices de una escuela de formación profesional de Lugoj, todos tan clavados unos a otros, tan lerdos y pánfilos que las traviesas muntenias, Maria y dos más, que habían ido gracias al sindicato, se reían de ellos sin cesar. Quedaban con ellos y no iban a la cita, los mandaban a comprar cualquier cosa y ellos se equivocaban una y otra vez con la misma sonrisa bobalicona... El sábado (habían coincidido dos sábados en su turno de vacaciones) fueron juntos al baile, pero las chicas

preferían bailar juntas, como hacían todas las jóvenes, mientras los banateanos, apiñados como una hidra de varias cabezas, bebían agua mineral y comentaban algo con su ridículo acento. Sin embargo, ya en el baile de la primera tarde, cuando se puso por primera vez aquel vestido de hilos brillantes que, por desgracia, se rozó con la estufa incandescente mientras daba vueltas, bailando con Ștefania, por aquel salón pobretón —la sala del comedor—, Maria le echó el ojo a Costel. Quizá porque el chico le gustaba de verdad, aunque era casi cuatro años más joven que ella, o quizá también porque se encontraba en ese periodo de eclipse que sigue, en la vida de una mujer, a la pérdida de un amor. En sueños sentía a menudo una soledad devastadora, una especie de veneno triste y dulce, pero para salvar las interminables sobremesas entre el almuerzo y la cena tenía que recurrir a los subterfugios que solo la gente abrumada por el hastío y la nostalgia conoce. Acostada en su cama de cabecero de hierro, con los ojos cerrados, contaba hasta cinco mil, abría los ojos e intentaba adivinar, por la luz cenicienta, luego rosa sucio, luego marrón, cuánto había avanzado la tarde de invierno; contemplaba un rato cómo caía la nieve uniforme y silenciosa sobre la silueta de ladrillo desmoronado de la antigua fábrica de ácido sulfúrico, a continuación cerraba los ojos y volvía a contar hasta cinco mil, intentando evitar eso que finalmente, cuando la tarde caía temprano y la habitación se sumergía en la oscuridad y solo los copos seguían cayendo, brillantes bajo la luz de una bombilla amarilla colgada de un poste, no podía evitar: pensar en Pavel, en su Pablo, en el estudiante al que había conocido dos años antes en una fiesta de la fábrica IOR; la había llevado Vasilica, que era ya novia de Ștefan, con el que se casaría y tendría a Marian, el querido sobrinito de Maria. Con la cabeza vuelta hacia la pared, apoyada en la almohada, con el cuerpo ardiente bajo la delgada manta de cuadros de la residencia para obreros, la muchacha deslizaba suavemente la mano por sus pechos, se acariciaba los pezones erectos, descendía por el vientre y escurría los dedos bajo la goma de las bragas para hundirlos en el vello denso y duro del pubis. Acariciaba sudorosa, excitada y triste al mismo tiempo, una excitación desesperada, perversa, feliz con el sufrimiento y la profanación y la destrucción, el pequeño cilindro abultado, la línea húmeda de los labios,

llevaba la punta del índice hasta el ano, repetía en suma, hundida en el sufrimiento del amor y en la infelicidad del sexo, los movimientos de la querida mano de un hombre delicado y fuerte, el hombre debajo del cual, arrebatada y ebria de amor, abrazada con fuerza a su cuello, se había movido por primera vez como una amante, como una mujer. Su único amor hasta ese momento, desaparecido al cabo de cinco meses. Así eran las cosas entonces: los jóvenes se citaban en la ciudad y se dirigían a un hotel o a la casa de una mujer que alquilaba habitaciones «para el amor». En sus respectivas casas era imposible, pues casi todos vivían con una patrona, dos o tres en cada habitación. Si faltaban a una cita, tal vez no volvieran a verse nunca más, como les había sucedido a Maria y Pablito, la tejedora y el estudiante de filosofía, que no consiguieron encontrarse una tarde de junio, cuando, por culpa de un estúpido malentendido (eso es lo que había creído la muchacha), ella estuvo esperando más de tres horas, paseando cada vez más asustada bajo los castaños en flor de la avenida, cuyas hojas luminosas se transparentaban a la luz de las bombillas, mientras él, probablemente, estaría con el ramo de flores —inexcusable en las citas— bajo quién sabe qué reloj municipal. Mucho más adelante descubrió Maria que Pablo había encontrado, de hecho, «a una joven más adecuada», que siempre había sentido vergüenza de la chica de barrio con la que se veía y se besaba en lugares sórdidos para pasear después, por la noche, por alamedas desiertas, esquivando a algún borracho caído en el suelo o regalando un cigarro a algún soldado medio adormilado.

Entraron en la sala de cine tan sucia como un urinario, con la tarima, frotada con aguarrás, llena de cáscaras de pipas y de envoltorios de galletas. En las butacas, muchas de las cuales estaban destrozadas, había una multitud de jóvenes, parecían hijos todos del mismo padre y la misma madre, sin afeitar, de frente estrecha, con el cabello peinado hacia atrás, fijado con azúcar y aceite de nuez, que abrazaban a unas chicas narigudas de pelo ralo, rizado con tenacillas. Durante todo el noticiario, los gamberros vociferaron, chillaron y gritaron a sus amigos de otras filas, sin prestar la más mínima atención a las figuras de los sabios dirigentes del Partido y la República Popular, que se desprendían, amarillentos, de la película de mala

calidad y se extendían por la pantalla. Las cosas incomprensibles que sucedían entre aquellas personas de rostro serio que no dejaban de estrecharse las manos y de pasear por sembrados y acerías eran comentadas por una voz animada, viril, tan cascada, sin embargo, que parecía gritar las palabras a través de un embudo de metal. Sobre el fondo —siempre el mismo— de una especie de música medio popular, medio sinfónica, desfilaban los trilladores, se encaramaban los electricistas a los postes de alta tensión, salían de los pozos unos mineros con sonrisa de negro, sucios de carbón, y aplaudían unos individuos vestidos con elegancia (pero entre ellos también había algunos con trajes populares) en una sala que recordaba a un cine. Maria, cuya mano se había atrevido por fin a coger Costel sin mirarla, esperaba pacientemente a que terminara de una vez aquella estupidez de noticiario y empezara la película. Reconocía de vez en cuando el rostro familiar de Dej, y tal vez también el de Ion Gheorghe Maurer, pero los demás le resultaban completamente desconocidos. Un torrente de nombres y rostros. Se rio un poco cuando aparecieron los chinos. También ellos construían el socialismo, con sus ojos oblicuos y su amplia sonrisa, obligatoria en todas las caras. Los rusos, en cambio, se mostraban siempre ceñudos y decididos. Las películas soviéticas empezaban invariablemente con una estatua: un hombre y una mujer de bronce, él con un martillo, ella con una hoz en la mano. ¿Adónde se dirigían con eso? ¿Y por qué tenía que ser ella tan pequeña en comparación con él? Porque las rusas son corpulentas y trabajan codo con codo junto a los hombres... La rusa de bronce era delicada como una bailarina.

El centelleo de la pantalla le fatigaba la vista. Olía a lana de oveja húmeda porque todos se habían despojado de las pellizas y los abrigos y los tenían sobre las piernas. Ahora en la pantalla desfilaban unas tropas. Se veían unos tanques avanzar por extensiones nevadas. Se filmaba desde el interior de un avión cómo caían bombas por la trampilla abierta. Abajo, en un sepia amarillento, florecían unas nubecillas como hongos. Costel, sin mirarla todavía, había empezado a acariciarle los dedos. Sentía los cortes ennegrecidos de sus manos de cerrajero, que rozaban las articulaciones de sus dedos y emitían un sonido débil cuando tocaban sus uñas o el anillo de

la mariposa, el anillo de Mioara Mironescu. En la penumbra, el efecto Kirlian se revelaba con su belleza sobrenatural: sus manos estaban rodeadas de un encaje de estrellitas azules, de llamas, de velos delicados como copos de nieve, de relámpagos serpenteantes y de rayos verdes. La mariposa del anillo había adquirido unos delicados matices naranja y magenta. Sus manos, que se acariciaban con ternura, eran los únicos objetos coloreados de aquella sala, donde la sombra luchaba con la luz, sucias ambas, y tristes.

[16]. *Uniunea Tineretului Muncitor*, Unión de la Juventud Trabajadora.

[17]. El camarada se apellida «Martillo».

[18]. Famoso centro penitenciario. Las celdas H estaban destinadas a la tortura.

[19]. Primer Ministro de Rumanía entre 1952 y 1955. Presidente del país entre 1961 y 1965.

[20]. Rollitos de carne picada a la brasa, también llamados *mititei*.

[21]. Grandes almacenes de Bucarest.

Encaje de bruma coloreada y lentejuelas, el French Quarter, en la historia de Cedric, agitaba al viento las palmeras y los agaves y asoleaba a las mulatas en los balcones de hierro forjado, protegidas por el penacho de marfil de los abanicos. En el hueso amarillento de las láminas flexibles, los negros de África habían grabado, generaciones atrás, escenas alucinantes y pintorescas: cráneos de cocodrilos, secos y apilados, un hombre sodomizando a un carnero, un ídolo con pinzas de cangrejo devorando una especie de cucaracha gigante. La perla de la oreja del esclavo que llevaba la bandejita con las tazas de café a las dos negras vestidas de seda, una perla cenicienta, del tamaño de una cereza, reunía en su esfera el barrio de edificios de madera atestados de banderas multicolores, el río Mississippi, que trazaba una amplia curva para perderse hacia el Caribe a través de una marisma deslumbrante, las nubes arremolinadas de la primavera, los rostros lunáticos, sobre unos cuellos interminables, de Cecilia y Melanie, que hablaban sosegadamente, ante un pastel de miel, sobre el próximo Mardi Gras, que empezaría al cabo de unos pocos días... Su francés *cajun* se parecía más al canto de cítara del instrumento lleno de insectos y de balances de relojería imaginado por Roussel que a la lengua en la que, más o menos por aquella época, les hablaba De Gaulle a los franceses en la radio, enardeciéndolos, recordándoles el amor a la patria y su obligación de odiar a los boches invasores, o a la lengua en la que, simultáneamente, los mismos parisinos, llevados por el entusiasmo, escribían un millón de denuncias a las autoridades colaboracionistas.

Cecilia lucía un turbante azul de Prusia. Sus gruesos labios, de un castaño oscuro, estaban cuidadosamente tatuados. Su nariz de fiera contrastaba curiosamente con sus ojos grandes y soñadores, de un brillo dorado, entre unos párpados rematados con un rabito de rímel. Una gruesa capa de rímel cubría sus pestañas, tan largas que no podían ser naturales. En los párpados, el polvo dorado de la mano del esclavo, pulverizado con un leve soplo, se

había ordenado, sin embargo —pues nada queda al azar en este mundo de paranoia y sueño—, para configurar la imagen exacta de las constelaciones: en el párpado derecho, las del hemisferio boreal, banalizadas por el horóscopo, y, en el izquierdo, las curiosas figuras del austral, entre las cuales brillaban con fuerza la Bomba Neumática y la Cruz del Sur, superadas tan solo por el grano de la estrella Canopo, que guía a los navegantes por los recodos del estrecho de Magallanes. Cuando reía, la joven negra, de no más de trece años, dejaba ver entre sus dientes perfectos la punta de la lengua, agujereada desde la infancia y atravesada por un anillito de cristal azul que emitía, mientras la joven pronunciaba las sílabas gorjeantes, el mismo sonido tintineante de los cubitos de hielo en un vaso de Martini.

Melanie era vieja y tenía unas caderas elefantinas, pero sus clavículas y su cuello asomaban de un escote tan delicado como el de Cecilia. Escondía cuidadosamente la vergüenza de su vida, un cráneo tan calvo como la palma de la mano, bajo una peluca de plumas de avestruz, debajo de la cual, en medio de la frente, atado con una cadenita, colgaba Leon, el cristal vivo de berilio, dotado de metabolismo y sexualidad, recibido de manos del sacerdote del French Quarter. Como había pocos creyentes en aquella región, el hermano Armando se veía obligado a ejercer también como hechicero vudú dos días a la semana. Otro día ejercía como *imām* en una restringida pero activa comunidad musulmana; también oficiaba un día en el templo hebreo, pero los tres días restantes estaban consagrados por completo al Salvador crucificado en el madero. El cristal Leon crecía, cada año que pasaba le añadía una faceta prismática, unas agujas frágiles, más o menos largas, más o menos delgadas, más o menos coloreadas o más o menos transparentes, según hubiera sido el año en cuestión en la vida de Melanie. Cuando la anciana perdió a su segundo marido, el único de los cuatro al que había amado, al cristal le salió un muñón negruzco como una muela podrida. Su propietaria, extrañada, lo arrancó con unas tenazas, tal y como se había arrancado del alma el recuerdo de Desiré. Por la noche, tras ofrecerle un platillo con brotes de trigo y un plátano frito, Melanie sumergía el cristal en el vaso de agua en el que depositaba también la dentadura postiza. En sus fantasías, el horrible objeto en forma de U, de una sustancia

cerosa y rosada como el vómito, con ganchos y dientes idénticos, inhumanos, era la amante secreta de Leon, con la que el cristal viril se entregaba a cópulas monstruosas. Por las mañanas, la negra bebía el agua del vaso para que la simiente del cristal penetrara en ella y pudiera vivir tanto tiempo como el que había esperado este en las entrañas de la tierra, entre pétalos de flores de mina condenados a la oscuridad y el olvido.

Descansaban en unas tumbonas de bambú, en el balcón de hierro forjado, contemplando distraídas cómo, en el espejo del cielo, Nueva Orleans se reflejaba en el rostro de un ángel de alas tupidas que se destramaban con cada sople de brisa. El esclavo Cedric (ah, era un juego, naturalmente: Cedric era tan solo el primo de Cecilia y tocaba el *washboard* en el Monsú, pero le gustaba, por las tardes, vestirse una librea y servir con humildad a su prima y a su tía abuela y ofrecerles así, junto con el olor a café, el aroma de otra época) las dejaba parlotear un rato mientras observaba cómo, caldeadas por el sol y el café, las dos «amas» sudaban unas gotas grandes y doradas. Les secaba de vez en cuando la frente con un pañuelo, sacudía las migas del pastel de pistacho que habían caído en su regazo, les mostraba algún automóvil amarillo que pasaba con dificultad por la callejuela recta y estrecha. Al otro lado de la calle había otra fila de casas idénticas, de una sola planta y con los mismos balcones de hierro negro con las formas más fantásticamente retorcidas, a los que otras negras —pero también prostitutas de cabello rojo, turistas pretenciosamente vestidos y marineros con ridículos gorritos— habían salido para contemplar la maravilla del ocaso. Esperó a que volcaran las anchas tazas miniadas en los platillos delgados como una hoja de papel para leer, en las letras y las filigranas de los posos, el futuro o Dios sabe qué. Con su tacita entre los dedos, parecían ambas dos plantas que sujetaran el cáliz de una flor de porcelana, haciéndolo girar tras el sol que estaba a punto de ponerse. Cedric les hizo a continuación la señal largamente esperada y las dos negras se levantaron perezosamente de sus hamacas. Con las manos apoyadas en sus enormes caderas, Melanie se desperezó estirando la espalda. Cada una de las vértebras, empezando por el sacro y terminando por el axis, sobre el cual su cráneo —con un exagerado prognatismo— giraba lentamente, crujía de forma individual e

inconfundible, como las varillas de un clavicordio de cristal. Entraron en la cava oscura del salón y la atravesaron deprisa. Sobre los pesados y ricos tapetes, extendidos sobre los muebles repujados, había pálidos cráneos de caimanes; en las paredes colgaban máscaras de vudú, delicadas como un payaso blanco. Gruesas alfombras con dibujos incomprensibles. Abrieron y cerraron a su paso puertas de fino contrachapado, se adentraron en otras estancias, cada vez más frescas, en las que brillaban apagadamente garrafas de cristal y cuadros sobre los cuales caía de forma oblicua la luz, de tal manera que parecían blancos como la leche. Estas casas de madera de planta rectangular eran mucho más amplias de lo que cabría suponer. Dos o tres críos (¿de quién?) se encontraban acurrucados en los rincones, sus ojos grandes y marrones carecían de expresión. Una negrita se prendía un lazo en su cabello rizado y rebelde.

Salieron. La sombrillita de encaje rojo de Cecilia resultaba ahora casi granate. Esperaron a que pasara por el empedrado rosado un taxi. Negros esbeltos, vestidos con *zoot suits* a la última moda, le echaban un vistazo a Cecilia, que miraba hacia delante, casi sin pestañear, con sus pestañas exageradamente largas. «¿Cuánto tiempo nos queda?», preguntó la anciana, que había intentado mantener la calma durante toda la tarde para no despertar las sospechas de la joven. Cedric sacó el reloj de bolsillo, prendido al ojal con una cadenita, levantó el párpado de oro, delgado como una hoja, y vio que las agujas señalaban ya casi las siete. «Menos de una hora, Madame.» En el escaparate de la acera de enfrente se distinguían unos instrumentos médicos: jeringas tan grandes que debían de ser para veterinarios, pinzas extrañas, jarrones en forma de alubia. Repugnantes tubos de goma y cinturones ortopédicos. Un maniquí de escayola, desnudo como una estatua antigua, pero sin rastro de sexo, lucía uno de aquellos corsés con varillas de ballena, casi obligatorios entre las mujeres de más de cuarenta años, gordas como hipopótamos, del Barrio Francés. Melanie apretó con los dedos el brazo de Cedric para señalarle el escaparate con la mirada y el joven negro asintió. La vieja cruzó, mientras que ellos dos permanecieron en el atardecer laberíntico, cada vez más púrpura (pero con un extraño cielo amarillo-sucio, mucho más luminoso que el aire entre las

casas, un cielo surcado por el revoloteo de los murciélagos), uno junto al otro, emperifollados y envueltos en seda, con la luna de sangre coagulada de la sombrilla, con sus sombras negras y afiladas alargándose sobre la pared trasera, llena de querubines y guirnal-das de estuco, Cecilia y Cedric parecían recortados de quién sabe qué revista antigua, de papel cuché, con imágenes de *music hall*.

Habían preparado a Cecilia durante todo el día para la ceremonia que tendría lugar aquella noche de primavera. En cuanto despertó, el Albino se presentó ante sus ojos como la imagen de un sueño que persiste unos instantes en la retina. Un negro blanco como la leche, con una enorme verruga, de color frambuesa, junto a la fosa nasal derecha, y unos ojos amarillos como de perro. Cuando se inclinó sobre ella, con una sonrisa extraña, su enorme cabeza llenaba casi todo el espacio bajo el baldaquín de tela dorada. De la habitación solo se distinguía un delgado triángulo de aire grisáceo por el que asomó la carita ridícula de Vevé, la negrita. El Albino era el propietario del club de jazz Monsú, donde actuaba Cedric. Había llegado a la ciudad más de veinte años atrás y había traído, en el asiento trasero de un curioso automóvil antiguo, un contrabajo panzudo, de color caoba en otra época, que estaba ahora negro y lleno de porquería; el mástil asomaba por la ventanilla, de tal manera que todo el mundo podía ver el ébano retorcido, devorado por las polillas, con unas cuerdas gruesas cuyos extremos estaban sujetos con hilos rojos y verdes. En el asiento trasero había algo más, un gran rectángulo enrollado en un burdo papel de embalar. La visión de un rostro así, procedente de otras tierras, con todos los rasgos propios de un negro, el pelo lanudo, el andar cadencioso, pero una piel tan blanca como la de cualquiera de los descendientes de los antiguos franceses, su penetrante olor a negro, un esmoquin como el de Humphrey Bogart y el eterno habano entre los labios, hizo que tanto los blancos —marineros y demás canallas— como los negros —saxofonistas y putas— lo odieran desde el primer momento y que procuraran echarlo o hacerlo desaparecer. El que dio fuego al coche aparcado ante el local alquilado por Monsieur Monsú (como lo bautizaron, de forma grotesca, por un incidente fortuito) murió, sin embargo, aquella misma semana, picado por un escorpión. Unos meses

después, el asesino a sueldo que vigilaba en vano la puerta trasera por la que el Albino abandonaba al amanecer el local desde que su automóvil se convirtiera en un amasijo barroco de hierro fundido, tiroteó por error al inspector de policía del barrio y acabó sus días en la silla eléctrica. La mujer que metieron en su cama para que descubriera sus secretos, una de esas mulatas tan despiadadas como la propia muerte y cuyos túneles secretos han sido recorridos por una cohorte de hombres desde los siete años, se dejó amar toda una noche, con las manos atadas a la espalda, pero la mañana siguiente, trastornada y enamorada como la más piadosa de las mujeres, fue expulsada de forma brutal y no se le permitió volver a la cama de Monsieur Monsú. La mulata se consumió de amor como devorada por un cáncer terrible. Envuelta en su mantilla negra, se pasaba los días arrodillada ante el icono de la Virgen María. En su lecho de muerte, deliraba entre rosas: «Sus testículos son diamantes..., brillan a través de la piel transparente del escroto..., iluminan la noche...». Tras la muerte de la mulata, los vecinos del Barrio Francés aceptaron a aquel hombre enigmático y poderoso que había traído (¿de dónde?) unos nuevos ritos y costumbres de los que nadie hablaba, pero que vivían en colores deslumbrantes en los fantasmas de todos. Su club, forrado como un burdel con velos de seda de color cereza, fue el primero que, en Bourbon Street, inauguró el gusto por los espectáculos que en aquella época ni siquiera tenían nombre y en los que muy tarde, pasadas las dos de la madrugada, ante una clientela que aspiraba por la nariz el opio de unas tabaqueras decoradas con filigranas o que se embrutecía con absenta azulada, en un escenario central, redondo como un diván, unos hombres y mujeres desnudos se acoplaban en abrazos de serpientes humanas, utilizando unos accesorios que se podían adquirir — para continuar con la orgía en casa— en una pequeña tienda que regentaba el mismo Albino: falos de marfil, esculpidos venita a venita de tal manera que parecían clavados al miembro viril de un dios de la abundancia, máscaras de terciopelo negro, lencería de encaje, complicados arneses y collares, látigos de piel de hipopótamo... Con el paso del tiempo, el barrio se escandalizó con la aparición de una cadena de tiendas semejantes, que les hacían una curiosa competencia a las tiendas tradicionales de máscaras de

Mardi Gras y de accesorios de vudú.

El enorme cuadro que a duras penas había cabido en el automóvil dominaba ahora la sala circular, era el único ornamento de la pared y se abría como una ventana hacia un paisaje fantástico. La pintura, por la que habían pasado ya varios siglos, había adquirido un brillo apagado e irradiaba soledad y melancolía. Mostraba unos palacios gigantescos, de mármol rosado, con fachadas cargadas de columnas y estatuas que se elevaban, brillando como en un espejo, de la evanescencia cegadora de un mar verde y límpido que resplandecía bajo el sol abstracto de un mediodía perfecto. Los veleros cargados de barricas, anclados en la orilla, parecían estar formados por la misma capa de cristal gris que los extravagantes edificios adornados con las esculturas más patéticamente expresivas que el temperamento negro podía imaginar: odio, éxtasis, vileza, imbecilidad, iluminación, piedad cristiana, desprecio..., agresividad endógena, grotescamente liberada, como la de un mono con electrodos en el cráneo, cuando le estimulan el hipocampo... Palacios de la locura y de la sabiduría que brotaban verticales, frágiles, de un océano verde, infinito. No se veían seres humanos por ningún sitio... En la parte inferior derecha, una firma en tinta negra: Desiderio Monsú. La visión espectral parecía extenderse más allá del marco del cuadro, y los mestizos mofletudos, con los dedos cargados de anillos, sudorosos desde las axilas hasta la cintura, podían pensar a veces que el local en el que contemplaban los traseros rosas de aquellas mujeres rodando obscenos ante su cara, dejándose penetrar por seres peludos con testículos de toro, no era sino el pabellón del placer o del dolor, una gruta del infierno o del paraíso rodeado por aquel paisaje supraterrrenal que se extendía todo lo que la imaginación quería. Unas náuseas bruscas mezclaban entonces todos sus órganos internos y, enloquecidos por la tristeza de ser tan solo hombres y no dioses o demonios de pesadilla, vaciaban de un trago los vasitos de whisky, tequila o absenta, alargaban la mano y humedecían sus dedos entre los muslos de las negras y de las pelirrojas, sus cabezas se desplomaban sobre las mesas de caña de bambú...

Durante diez años, el Albino compró calles enteras del French Quarter: pubs, salones de jazz, restaurantes en los que se servía la langosta de

ochenta maneras, con diez clases de mayonesa, burdeles y tiendas de recuerdos del Mardi Gras, tabaquerías y viviendas protegidas por palmeras... Las tiendas de moda y las barcazas del puerto lucían ahora su anagrama: una M caligrafiada con el refinamiento propio de una corte imperial, a duras penas reconocible entre una maraña de volutas. Esa misma M suntuosa, como tallada con piedras preciosas, estaba grabada en la portezuela de su Packard negro, conducido por un chófer indonesio que lo traía y lo llevaba hasta la puerta del local Monsú.

Cuando el Albino entró una tarde en el club por la puerta batiente de cristal, mientras el chófer —empapado a su vez por el diluvio que azotaba Nueva Orleans— lo protegía con un paraguas negro de la lluvia que caía en oleadas furiosas sobre el empedrado, el portero, un negro prematuramente canoso, con una librea de terciopelo púrpura, clavó su mirada en el rostro del patrón y se olvidó de las palabras de bienvenida y de hacerle la reverencia. Esto le costó algo más que el empleo: al atardecer sirvió para enriquecer el alimento de los caimanes en los pantanos de Luisiana. Sin embargo, cómo no iba a poner el hombre unos ojos como platos al observar que, junto a la nariz aplastada, de africano, de su amo, la verruga marrón oscura, tan grande como un guisante, se había vuelto de la noche a la mañana de color granate, puro y deslumbrante como un gigantesco huevo de esturión. Unos filamentos rojos y nacarados, como raicillas, brotaban del huevo brillante (en el que parecía latir, acurrucado, un pequeño embrión), se extendían por el tabique nasal y por la tersa piel de los pómulos; continuaron expandiéndose durante los días y las semanas siguientes, hasta recubrir el rostro de aquel negro blanco con una red de capilares que tapizaban incluso las pupilas, así como las encías y la mucosa lingual. En los globos oculares, el doctor, con un platillo plateado ceñido a la frente, pudo ver, colgando de unos pedúnculos filamentosos, una especie de crustáceo que agitaba lentamente, en el líquido vítreo, unas antenas pinadas y un curioso aparato masticador. Dolores de una atrocidad que superaba lo imaginable acompañaban la expansión de este extraño parásito por el cuerpo de Monsieur Monsú. Ciego, víctima de unos espasmos como los del tétanos, el propietario de una cuarta parte del Barrio Francés fue

desahuciado por los médicos al cabo de un mes de tortura, y aullaba desnudo como si lo estuvieran desollando vivo en la cama de su casa cubierta de yedra, en el selecto barrio norte de la ciudad, velado tan solo por dos atemorizadas monjas de la Misión Católica. La perla junto a la nariz era ahora del tamaño de un grano de uva y en su hialino flotaban unas velas vagas, sanguinolentas. Unos hilos ásperos, flexibles, absorbentes, se insinuaban por debajo de la piel, incluso en la de los testículos y los dedos de las manos y de los pies, envolviéndolos en unas redes enmarañadas como hebras de cabello.

Así lo encontró el hermano Armando cuando llegó en su famoso cabriolé para suministrarle el viático. Las monjas habían decidido cumplir con su obligación hasta el final, aunque nadie, en toda la ciudad, podría decir cómo era ese dios al que el Albino, tal vez, adoraba. El cura —llamado con tanta premura que conservaba todavía en la mandíbula, entre la corona de oro de las muelas y la pared blanda de la mejilla, una pequeña bola sangrienta— subió corriendo las escaleras del edificio colonial. En el descansillo arrojó la bolita en una escupidera pulida que reflejaba en su curvatura la escalera interior de madera repujada, los revestimientos con cuatro tipos de maderas preciosas y el gran cuadro —una imitación de Degas— con una bailarina que se anudaba los lazos de la zapatilla. Esa mañana el hermano había participado en una ceremonia chamánica en la que había sanado a un moribundo absorbiendo la enfermedad de su cuerpo y expulsándola en forma de bolita llena de sangre. Se acababa de colocar de nuevo la desagradable máscara de corteza de arce y se disponía a masticar un segundo manojo de plumas cuando recibió la llamada telefónica de la madre Fevronia. Ahora el hermano, que de forma misteriosa había conseguido no encontrarse jamás con el negro blanco, se sentía invadido por un desasosiego iluminado. El campo de las creencias de Nueva Orleans, que a menudo visualizaba, en la triste penumbra de su habitación, bajo la forma de una mirífica orquídea de pétalos multicolores, divergentes y, sin embargo, unidos en el globo del sagrado ovario, se había arrugado, había sufrido quemaduras y mutaciones, regresiones y metástasis desde la llegada de Monsieur Monsú. Herejías y crímenes, conversiones y bruscos abandonos

de la fe, en apariencia explicables según las elementales leyes de la estadística, significaban algo más para aquel hombre que sentía el fervor religioso de la comunidad a través de todos sus poros. En el borde del campo de fuerzas irisadas había aparecido de repente un enorme continente glacial. Un iceberg negro, extraño e irreductible, sobre el cual, como en la visión de Ezequiel, reinaba el Albino, que, envuelto hasta la cintura en un metal semejante al crisolito, exhalaba una llamarada negra.

Cuando entró en la habitación, el padre distinguió, en primer lugar, las grandes tocas blancas como la leche, almidonadas, que cubrían la cabeza de las monjas. Fevronia era hermosa como una escultura de porcelana e igualmente frágil. Sus ojos castaños parecían dos cáscaras de cristal, muy separadas, que miraban siempre al vacío. Caterina era más alta y más pálida, con ojos de color azul. Cuando la veías caminar por un sendero, entre agaves y cactus gigantes, perfilada sobre el cielo de Luisiana, tenías la impresión de que su rostro, blanco como el yeso, era solo una máscara y que el mismo cielo triunfante que rodeaba su cara se adivinaba a través del pozo de sus ojos. Ahora, sin embargo, sus ojos se mostraban sombríos, pues Monsieur Monsú acababa de morir. «Demasiado tarde —suspiró Caterina—, ha llegado demasiado tarde, padre.» Pero una sensación de fuerza —como el sol cuando sale— crecía en el sacerdote a la par que el desasosiego del espíritu. El hermano Armando sintió de repente que un dios habitaba en su interior. «Salid», les pidió tranquilo a las monjas, que se escabulleron y cerraron la puerta con marco de caoba. En la puerta había esculpidos unos ángeles cantores, con bocas redondas y ojos piadosos dirigidos al cielo.

Un silencio retumbante hizo vibrar, durante más de una hora, el candelabro de cristal que colgaba en el hueco de la escalera. Las monjas, sentadas en un banco de terciopelo junto a la puerta, contemplaban a través de la ventana la pared ciega de la casa vecina, cargada de los racimos lilas de un sauce japonés. Reinaba un silencio tenso, psíquico, había corrientes de silencio que helaban el aire de los pasillos, como esas corrientes de los océanos que, con una frecuencia de ocho ciclos por segundo, resultan insoportables para el hipotálamo y provocan que los tripulantes se arrojen al mar y abandonen un velero podrido, con las velas desgarradas por los

vientos, navegando a la deriva, con el puente y el castillo de popa ocupados por las gaviotas... Finalmente, la madre Fevronia se atrevió a entreabrir la puerta después de llamar varias veces en vano. Echó un vistazo en aquel vasto dormitorio y se retiró, asustada. La invadió un incontrolable temblor de caderas y se dejó caer sobre su hermana, que la estrechó entre sus brazos. La hermana Fevronia nunca contó qué había entrevisto, pero en sueños volvió a ver una y otra vez, durante varios meses, a aquellos dos hombres en la gran cama con baldaquino de cachemir: Monsieur Monsú acostado boca arriba, con los brazos en cruz y los ojos en blanco; encima de él, pegado a su cuerpo, con los brazos sobre sus brazos, las piernas sobre sus piernas, con los ojos clavados en sus ojos, el hermano Armando, que emitía por la nariz un sonido continuo, sobrehumano, e iluminaba débilmente la penumbra con unos haces luminosos.

En Nueva Orleans los crepúsculos son violentos y transparentes, desgarran con jirones de fuego las nubes que flotan sobre los edificios de madera devorados por las termitas. Sobre las nubes, en una Déesis de rayos, con un brillo y una magnificencia que abrumaban el espíritu, se podían distinguir las figuras de la Santísima Trinidad rodeadas por seres alados, querubines, serafines, o indescifrables escenas alegóricas, como si la totalidad de la bóveda celeste incendiada por el ocaso fuera el techo pintado de un domo colosal que recibe la luz del crepúsculo por la ventana redonda del sol. Un cataclismo vespéral semejante se había volcado sobre la ciudad, transformando en sangre el agua del río, cuando, tras horas y horas de tenso silencio, el hermano Armando abandonó el lecho de muerte o de sueño del Albino. Las monjas se sobresaltaron y se pusieron de pie (pues habían olvidado por completo dónde estaban y a qué esperaban), contemplando con ojos como platos al hombre de sotana morada, rostro ceniciento y párpados enrojecidos. Debido al cansancio, la piel de su rostro era casi transparente, mostraba la calavera desnuda, y su cráneo, rapado en el centro de la tonsura, revelaba las circunvoluciones levemente palpitantes del cerebro. El padre se dejó caer en el banco y apoyó la espalda en el zócalo. «Vivirá —dijo como para sí, con voz apagada—. Le he dado otros diez años. —Luego siguió en voz aún más baja—: Solo Dios sabe cuántos he perdido yo.»

En cuanto las hermanas entraron en el dormitorio, el cura se incorporó y se dirigió tambaleante hacia la escalera. Descendió y llegó a la calle desierta. Caminó como un autómata por el empedrado sonoro, mientras la sotana se le enganchaba en las grandes y carnosas plantas ornamentales, acosado por los dóberman grises que le ladraban en los patios, hasta que llegó a Canal Street y vio, entre los altos edificios de piedra del barrio comercial, las aguas del río Mississippi atestadas de embarcaciones. Por todas partes brillaban las antiguas farolas, en las que el gas de épocas pasadas no había sido sustituido aún por las bombillas eléctricas. Tropezando con los negros y con el rebaño de oficinistas que habían salido al paseo, el clérigo se dirigió hacia el puerto y, de repente, se encontró ante la increíble inmensidad del río, en cuya lejana orilla apenas se distinguían las casitas liliputienses con sus decenas de ventanas iluminadas. Apoyado en una balaustrada de madera, inspiró sediento el aire fresco y salobre. Le llevó unos cuantos minutos al hermano Armando darse cuenta de lo extrañas que eran las aguas que se dirigían hacia el sur. Porque el río no parecía simplemente sangriento a la luz del ocaso, ¡era sangre de verdad! El cura siguió el flujo vertiginoso de los glóbulos rojos, lenticulares, grandes como panecillos, el deslizamiento como de ameba de los glóbulos blancos, por cuya transparencia se veía el núcleo oscuro, el serpenteo de unos gusanos espirales que debían de ser los gérmenes de la malaria, la especial fluorescencia de la linfa en las corrientes de glucosa y proteínas. Fascinado e invadido por un cansancio mortal, el padre sintió de repente que todo estaba vivo, que todo vivía, que el universo no era en ningún caso el mecanismo de un relojero, sino una arquitectura blanda como la del cuerpo humano, un templo de membranas, una basílica de ligamentos, un cenotafio de mucílagos, sin ángulos rectos ni materiales perdurables, en la que el hombre reproducía sus sueños, sus pensamientos y sus ilusiones, su tiempo y su lenguaje como una célula que secretara una hebra de cabello o el cristal córneo de la uña. Y, sin embargo, hasta la más insignificante célula del cuerpo universal recibía, a través de los ángeles-hormonas y las visiones neuronales, los imperiosos mandatos de la Divinidad...

En menos de una semana, Monsieur Monsú se presentó de nuevo en su

local de Fuck Street, como habían empezado a denominar ya la calle Bourbon. Los filamentos de medusa que habían invadido su cuerpo se habían absorbido, dejando en su piel unas filigranas casi inapreciables, como las flores y los tallos Art Nouveau que adornaban los edificios de piedra en el *uptown*; sin embargo, la verruga junto a la nariz seguía siendo clara y granate, con algo parecido a un embrión de pez flotando en su interior, que agitaba de vez en cuando una cola virtual. Pero por las noches el Packard lo conducía hasta las afueras de la ciudad, a la cabaña lacustre del hermano Armando, en medio de la infinita laguna. La inmensa limusina, con los radios de las ruedas cromados y el chófer inmóvil al volante, permanecía la noche entera en medio de los remansos de agua que reflejaban montones de estrellas, entre plantas carnívoras con granos pegajosos y lenguas casi humanas, hasta que las ventanas se tornaban rosas como un caramelo y el día, con su ribete ceniciento-amarillento, se derramaba sobre Luisiana. En la cabaña, la luz no se apagaba jamás. Una silueta con sotana, o bien otra con traje y corbatín, se recortaba a veces en la ventana que daba al puente. Gente extraña, negros y asiáticos, jorobados y lisiados se deslizaban una vez cada varias noches, por el único sendero, hacia la casa instalada sobre pilones y asediada arriba y abajo por las estrellas. Algunas veces uno de ellos —un perfil negro como el alquitrán sobre el amarillo del alba— orinaba copiosamente desde la pequeña plataforma de juncos y derramaba, sobre el fango de las lentejas de agua, unas gotas brillantes como de ámbar. La peste a orina flotaba siempre sobre la cabaña, curiosamente mezclada con los efluvios de la mirra y el incienso.

Más o menos en aquella misma época, por la ciudad, al principio entre las negras que vendían mangos y aguacates en la plaza y luego por todos los barrios y rincones, gracias a las criadas y las lavanderas, se extendió un rumor acerca de una conspiración diabólica, mucho más extraña y más terrorífica que los rituales de vudú, un complot puesto en marcha por el Maestro de la Verdad y el Sacerdote Maligno, capaz de hacer tambalear las fuerzas celestiales. Alegorías tan complicadas como rayuelas, alusiones pueriles envueltas en el miedo y la histeria, fabulaciones imposibles de verificar y modificadas sin cesar se perfilaban, como un milagro volcado en

el espejo celeste, sobre la ciudad colonial. Nadie se atrevía a seguir con el dedo los enrevesados dibujos de la fantasía hasta su origen mundano, pero todos conocían la cloaca fétida (si el espíritu tuviera fosas nasales) de la chabola lacustre, todos hablaban sobre la unión perversa de las dos mitades del mundo, la Luz y la Oscuridad, en un globo gnóstico que desbordaba con mucho la masa crítica, todos aullaban solo con pensar en la devastadora explosión que iba a tener lugar. En un descampado lleno de basura habían encontrado —susurraban las modistas al oído de las señoras en jubón— un esqueleto humano con los huesos de colores diferentes. Al parecer, una perra callejera, llena de pulgas, había parido dos cachorros, luego una bola de cristal azul, luego otros dos cachorros. Una pequeña mulata se había despertado una mañana con las uñas de las manos y de los pies de más de medio metro y curvadas como hoces, así que, en cuanto se hubo bajado de la cama completamente desnuda, caminando a cuatro patas como un animal salvaje, su madre la había estrangulado con el delantal de cocina. Durante casi diez años, en los campos de algodón del norte y en los sótanos llenos de vapores de whisky (desde 1933 los alambiques eran legales y la época de los gánsteres había entrado en declive), la gente se había reunido agachada, fumando o bebiendo, en torno a cualquiera que trajera alguna nueva sobre los Conocedores, los miembros de la nueva secta que empezaba a extenderse, siguiendo los nudos de la red de restaurantes, burdeles y tiendas de obscenidades del Albino, por toda la ciudad. Cualquiera podía pertenecer a los Conocedores: prostitutas o mozos de cuerda, profesores de la *high school* o conductores de locomotoras, de tal manera que podías sodomizar el gordo trasero de una prostituta sin saber qué terrible sacrilegio estabas cometiendo, o escuchar el palabrerío de un fígaro bajito y calvo, mientras paseaba la navaja por tu rostro enjabonado, sin percartarte del fantástico poder que se concentraba bajo su cráneo pelirrojo. Los Conocedores no podían ser reconocidos por ningún rasgo externo, algo que acrecentaba el terror y el enigma, las sospechas de todo el mundo respecto a los demás. Lo más terrible era que, por lo que decía la gente, el antiguo refugio de los asediados por el mal —la divinidad, el bien y la vida moral— se había aliado por primera vez con las tinieblas para envolver el mundo en una

inextricable telaraña que no era del bien ni del mal, ni del éxtasis, ni del espanto, ni de todo ello a la vez, ni del vacío, sino de Otra Cosa, algo inhumano, no-diabólico y no-divino, algo que la mente no podía percibir ni los dedos tocar. Se hablaba de un complot para lograr el Cambio. Del vómito, de la eyaculación, del desangrado, del habla, de la orina, de la respiración con las fosas nasales cerradas con los dedos, del salivado, de la deposición, de la supuración o del pensamiento o de la imaginación, en cualquier caso de la transpiración de un nuevo mundo, o de un Antimundo o, más bien, de algo sin existencia y sin nombre. Una vibración nueva, de un instrumento nuevo, se propagaba desde aquella cabaña instalada sobre pilones en la que el cura de todos los cultos y el monstruo de todos los estupro se encontraban cada noche. Milagros que no parecían milagros y no tenían orden ni concierto, que seguían un Antiplán que habría podido ser pensado con los lóbulos frontales del cosmos —en cualquier caso no con la nuez escondida en el cráneo—, brotaban, aunque no fuera en la realidad total, sí al menos en los efluvios de los rumores y las fabulaciones. Al parecer, a las muñecas de las niñas de una casa junto al río les habrían brotado, bajo los vestidos de tela ordinaria, unas vulvas peludas, vivas, con carne y piel, ano y ombligo. El anillo de una honorable matrona que se abanicaba en el balcón de su casa se habría encogido de repente, como un esfínter, le habría amputado el dedo y habría caído rodando luego a un tiesto de begonias. Al alba del 4 de febrero de 1932, cientos de personas habrían visto la antigua fábrica de cemento del este, derruida desde hacía tres décadas, reinando sobre la ciudad, en los cimientos evanescentes de una nube. Una vieja india habría defecado una tenia con ojos de libélula y cientos de patas articuladas, que había huido al bosque arrastrando consigo su saquito de huevos.

La policía se había personado en varias ocasiones en la choza del sacerdote, la había puesto patas arriba y había interrogado, conectados al complicado mecanismo del detector de mentiras, a los dos cohabitantes. No habían encontrado nada sospechoso, pero ¿quién pondría la mano en el fuego por los inspectores de policía? Los Conocedores, con su infalible instinto estratégico, se habían infiltrado también, con toda seguridad, en las

brigadas forenses. El dossier del caso El Cambio, con sus miles de páginas, encajaba punto por punto con el manifiesto surrealista de Breton, publicado diez años antes: «*L'homme, ce rêveur définitif...*». Dos oficiales jóvenes, que se turnaban para dirigir el círculo literario de la Policía y que eran asimismo poetas, uno a la manera de Auden, y el otro a la de e. e. cummings, fueron puestos a disposición de W. W. Schrinke, el conocido psicoanalista, y juntos estudiaron, durante seis meses, los rumores, las denuncias y los testimonios recogidos por toda la ciudad; tuvieron la impresión, como uno de ellos declararía más adelante, de estar pescando en la red de alcantarillado, entre ratas putrefactas, vendas ensangrentadas, periódicos manchados de heces... El contenido latente del enorme sueño colectivo, ese bosquejo pobre y simétrico como el esqueleto de un pez, empezó a transparentarse a través de los opérculos y las escamas de la alucinación hacia el quinto mes: en la noche del 5 al 6 de abril de 1936 tendría lugar un ritual de conciliación entre la Luz y la Oscuridad, las fuerzas que se habían disputado la victoria a través del enloquecido laberinto de la historia y del cuerpo del ser humano. A lo largo del ritual tendrían lugar una muerte y un renacer. La criatura recién nacida estaría más allá del bien y del mal y podría penetrar así en el territorio desconocido que está más allá del tegumento de nuestro mundo, pero la inmensa energía necesaria para superar la ilusión se conseguiría a través de un crimen abominable. He ahí, así pues, aquello que tenía que evitar la Policía, a la que la metafísica y la religión no impresionaban en absoluto. Para ello disponían de varios años en los que tendrían que vigilar día y noche la vivienda lacustre, impedir los negocios clandestinos del Albino y, sobre todo, identificar a tiempo a la víctima, que, como se decía («se adivinaba» sería más acertado) en el informe del profesor Schrinke, tenía que ser muy joven y de piel negra.

Cuando se despertó en la cama con baldaquino, ante cuyo brocado dorado abría los ojos todas las mañanas para ver al unicornio recostado en la falda de la doncella, Cecilia sonrió perezosamente al «tío Monsú», como hacía cada miércoles desde que tenía uso de razón. ¿Por qué asistía el blanco de rasgos negroides y cabello rizado, una vez por semana, al despertar de la joven? ¿Por qué Melanie y Vevé la trataban siempre con una curiosa

deferencia y atendían todos sus caprichos? O el gracioso de Cedric, que soportaba que la muchacha le clavara agujas doradas en el trasero y hacía el payaso todos los días, se tropezaba, hacía juegos malabares con platillos y piñas, trastabillaba como un borracho y sacaba de un saxofón torcido unos maullidos como de gato hasta que le arrancaba una sonrisa a la muchacha y luego, encantado, pasaba a ocuparse de sus asuntos. ¿Qué relación de parentesco existía verdaderamente entre ellos, en aquel mundo de tías, tíos y primos, pero sin padres ni rastro del pasado? Había sido la princesa de este pequeño mundo desde que tenía uso de razón: el Albino, Melanie, Cedric, raras veces el hermano Armando (pero entonces Cecilia se sentía extraña, como si ella no tuviera una mirada para devolvérsela al prelado que la contemplaba con sus grandes ojos grises, así como tampoco la pieza de un museo o un pez en un acuario te observan cuando los observas tú) y, finalmente, desde hacía unos años, su pequeña camarera Vevé... Cecilia estaba demasiado acostumbrada a ellos (y a casi nadie más, puesto que no consideraba verdaderos seres humanos a los niños negros que —nunca habría podido decir cuántos ni de quién— jugueteaban en la sombra, por los rincones, o aparecían espectrales, chancleteando camino de la cocina) como para que la obsesionaran esos enigmas, pero, en sus momentos de soledad, ante el espejo de cristal, contemplando en el aire azulado su fabulosa belleza exótica, se acariciaba con los dedos los labios gruesos y tatuados y se preguntaba en voz alta: «¿Quién soy yo?». Ante el sonido de su voz, acompañado por el tintineo del anillo de vidrio contra los dientes cristalinos, se presentaba Vevé al instante, su cabecita llena de lazos aparecía en el espejo para prenderle otra peineta de hueso en el cabello. La triste pregunta se desvanecía entonces en el vacío opalino del arcón colonial hasta que adquiría el aire frívolo de un capricho.

Aquella mañana Melanie y Vevé estuvieron atareadas en la preparación de la «ceremonia». La gran ceremonia sobre la que todos le habían hablado desde que era pequeña, al principio en forma de cuentos que le encantaban y la aterrorizaban, luego en forma de pa-rábolos y alusiones que no conseguía comprender. Cuando, unos días antes, cayeron las primeras gotas de sangre, que se escurrieron como lágrimas por sus muslos de ébano, la tía

Melanie, invadida por un extraño temblor, le dijo, castañeteando, que se acercaba la Ceremonia. Un gatito menudo, de orejas ridículamente grandes, con el que precisamente estaba jugando Cecilia, ofreciéndole los dedos de los pies para que los mordisqueara y los arañara con las patas traseras, sacó la lengua y lamió el rocío menstrual antes de que la chica pudiera ponerse en pie. Melanie saltó entonces como un demonio, con su dilatada nariz de leona y los ojos inyectados en sangre, agarró al gatito por la cabeza y lo desgajó en dos, arrojó los trozos de carne y piel sobre la delicada alfombra persa con dibujos de pavos reales. El espectáculo le provocó a Cecilia asco y placer, pues sintió entonces, por primera vez, en su concha sellada, el espasmo del deseo de un hombre. Ahora vestía ropa interior de seda, habían ungido su rostro y sus pechos con aceites aromáticos, estaba delicadamente maquillada, envuelta en un espléndido vestido con destellos de lamé, brillos de piel de anaconda y aguas de color azul eléctrico, que combinaba de maravilla con el turbante de seda con estampado floral. Monsieur Monsú había asistido, sin aburrirse, a las complicadas operaciones de cosmética y vestimenta que duraron casi ocho horas. Hundido en un sillón de mimbre, contemplaba a Cecilia como a una prometida mística o una diosa.

Pero ahora, junto a Cedric, admirando fascinada el escaparate médico de enfrente, velado de vez en cuando por los carros arrastrados por mulas cuyas orejas, largas e inquietas, asomaban de unos sombreros de paja, por las limusinas de color limón e incluso, una vez, por un coche funerario vacío, de relucientes ventanillas y flamígeras esculturas de ébano, Cecilia esperaba pacientemente a su tía, que tardaba en aparecer por la puerta de cristal. La enorme negra salió por fin caminando con aires de importancia y acarreando en brazos una especie de bolsa de papel con el emblema de la tienda impreso en tinta roja: la cabeza de un dragón bajo la cual —ahora lo pudo observar también la joven— estaba trazada, caligrafiada con complicadas volutas, la misma M de todos los negocios de Monsieur Monsú. Por las esquinas del papel castaño de la bolsa brotaban unas extrañas varillas, como unos tornillos largos, por cuya rosca se deslizaban unas mariposas de metal, también los bordes delicados de una probeta y unos aparatos de níquel que parecían unas pinzas sofisticadas... La negra cruzó

deprisa, taconeando con sus zapatos de piel de tuátara, en los que embutía la punta ancha, amoratada, del pie. «Ya podemos irnos. Tenemos todo lo necesario. Pero el maldito vendedor ha empezado a hacerme preguntas, así que le he dicho que llame al jefe —le cuchicheó la negra a Cedric, que se vio invadido por una infinita melancolía—. ¡Mira, un taxi! ¡Llámalo, rápido!»

«No comprendía todavía lo que iba a suceder y no entendí nada hasta que allí, en la catacumba, vi cómo aquellas mariposas amarillas, peludas y ensangrentadas, rasgaban la lengua de las jóvenes y salían para secarse las alas a la llama de las antorchas. Solo entonces comprendí en qué urdimbre me encontraba inmerso y supe que no podría escapar porque mi carne y mi mente estaban tejidas con la misma urdimbre. Sería más fácil para un pájaro tejido en el dibujo de un tapiz salir volando, dejando un agujero en la tela...» Maria y Vasilica habían dejado de comer, en la habitación de la casa de adobe de sus padres en Tântava, y la *mămăliga* se había enfriado sobre la mesa de madera mientras Cedric, con sus ojos de negro invadidos ahora por los coloridos fantasmas de los iconos que se reflejaban en ellos, seguía relatando, cada vez con más dificultad, cada vez más atormentado, su historia. La luna rústica, amarilla, a la que ladraban todos los perros del pueblo, había aparecido en una esquina de la ventana y la nevada había cedido. La luz de la única candela alumbraba con rayitos finos como alambres los rostros claros de las hermanas. El negro se había desvanecido casi en la oscuridad, solo sus ojos redondos y sus dientes brillaban en el aire cada vez más apagado de la estancia. La Virgen y San Jorge, los arcángeles, las fotos de papá en la Primera Guerra Mundial y los tapetes de algodón estaban en consonancia con la sustancia de la historia, pues, así como todas las religiones de la Tierra albergan ardientes torbellinos de magia, cualquier atrocidad encuentra finalmente su camino hacia el único y aterrorizado dios, el alfarero, el tejedor o el ingeniero genético o el sabio loco o el rabino que nos dio la vida.

«El taxi nos condujo hasta la orilla de la gran laguna. Bajamos en medio del barro, que nos llegaba hasta los tobillos, y si no hubiéramos llevado chanclos especiales, de suelas gruesas, nos habríamos hundido hasta las rodillas en el limo lleno de lombrices.» Las mujeres se recogieron las faldas

y se las prendieron con cordones de piel, como se cierran y sujetan las sombrillas. El Albino, que había abandonado de repente su casa unas horas antes, los esperaba en un promontorio del terreno que recordaba a un hormiguero. Por su bota se arrastraba perezosa una sanguijuela a través de cuyo tegumento adiposo se adivinaban las bolsas de sangre. Con una antorcha en la mano (pues había caído la noche, habían salido millones de estrellas y solo por el oeste una intensa franja púrpura coloreaba el cielo), corpulento y dominante con su traje colonial de tejido beis, descendió despacio para ofrecer su brazo a la joven negra. Melanie caminó tras ellos, resollando, y Cedric, tras despedir el taxi y pagar al taxista cinco veces más de lo debido, se apresuró a alcanzarlos, contoneando los hombros y tarareando una melodía *dixie*. Se perdieron por un sendero con innumerables recodos, levemente elevado sobre el nivel de la ciénaga. El hedor era agobiante y no se percibía tan solo con la nariz, sino con toda la piel. El grotesco croar de las ranas se elevaba como las lianas por los gruesos postes de aquella peste, abriendo en la bóveda curvada de la noche unas inflorescencias cacofónicas. El frío era penetrante. Desde las hojas de los lirios silvestres, de las eneas y de las plantas carnívoras, las larvas de las libélulas gigantes lanzaban sus horribles máscaras faciales, aquellas mandíbulas móviles y ciegas, y arrancaban trozos de tela de la ropa de quienes se enfrentaban al infinito *swamp*, protegiéndose con desesperación de los mosquitos.

La luna había salido enorme, redonda, y se encontraba ahora exactamente en el centro de la bóveda. De repente emitió un fuego tan helado que la antorcha de Monsieur Monsú resultaba inútil. Bajo aquella luz amarilla, los millones de remansos de agua ardían furiosos como gasolina. Y unas extrañas ruinas, cubiertas de filigranas, aparecieron ante nosotros. «Pero si son los palacios del cuadro», me dije en cuanto los vi, sintiendo que la piel se me erizaba. Yo solo cantaba una vez a la semana en el local de Monsú, los otros días actuaba en el Tequila y en el Red Fox, pero cuando me encontraba en el estrado del salón redondo y purpúreo, iluminado como la cueva de las brujas, me imaginaba vagando entre aquellos edificios espectrales, brillantes y cargados de estatuas. Aquí, en el *swamp*, entre senderos con centenares de

recodos, se alzaban —fui consciente de su existencia por primera vez— unos edificios idénticos a los del cuadro, con estatuas como de carne lívida, probablemente de colores a la luz del día, pero desposeídos ahora de colores y de vida. Derry Fawcet, mi amigo del contrabajo, tenía una manía, se subía a una terraza en las noches sin luna y fotografiaba las estrellas con una lente. Las estrellas de sus fotos tampoco eran amarillas o blancas, como en el cielo nocturno, sino que brillaban con miles de colores: violetas, rosas, verdes como el jade, ciclamen, caoba... Me decía que así eran en realidad, pero que por la noche nuestro ojo no distingue los colores, por eso las vemos anémicas, tristes, despojadas de toda belleza. Así me expliqué entonces la triste palidez de las ruinas que aparecieron ante nosotros. Era como si varios siglos hubieran transcurrido sobre los edificios del cuadro. Ninguna de sus paredes, delgadas y frágiles como el papel, estaba entera. Las ventanas se habían convertido en unos agujeros blancos en los muros del bloque de mármol dislocado. En el borde de los muros derruidos crecían arbolillos que se perfilaban, negros como la brea, contra la luna. Los lirios de los pantanos, transparentes, abrían unos receptáculos como los de las medusas, aferrados a la cadera de alguna estatua caída. Las quimeras de los muros aullaban en silencio hacia las estrellas, igualmente mudas. Aquí y allá, una columna de pórfido sujetaba aún la esquina de un frontón en el que el pie de un héroe, tallado en altorrelieve, caminaba hacia el vacío con una sandalia de piedra. Y todo, todo —los rostros desesperados de las estatuas, las columnas y los capiteles, las escarpas y las saeteras y los contrafuertes— estaba recorrido por el mismo motivo de filigranas que parecía organizarse, a cada paso, en núcleos de imágenes y nudos de sentido, pero que se deshacía siempre en lo esquivo y en lo evanescente, como un texto alusivo, como la escritura de los sueños. Entorné los ojos en un esfuerzo por descifrarlos, y me pareció que, entre los senos de una mujer de mármol, la filigrana dibujaba una mariposa con las alas abiertas, y en un frontón macizo, una mano a la que le faltaba el dedo índice. Estatuas mutiladas al caer de sus nichos yacían desperdigadas por todas partes, y tropecé con una que flotaba, sin brazos, con la cabeza hundida en el fango. Espanté al sapo gigantesco que descansaba en su nuca helada y la volteé de cara a la luna.

Aunque manchada de lodo, podría jurar, Maria, ¡podría jurar que se parecía a ti! ¡Por eso me atrajo tu rostro en el club, en el Gorgonzola...!

En otras palabras, las ruinas que aparecieron entonces eran como los restos tristes, cariados y rotos de una dentadura antigua y soberbia de la que solo quedaban unos dientes torcidos y ennegrecidos en una sonrisa apestosa. Un inmenso pórtico de piedra ojival quedaba milagrosamente en pie, a la entrada de un campo de ruinas. También sobre él, entre los bloques derrumbados, crecía una vegetación exuberante. Atravesamos el pórtico guiados por el Albino y, a través de una grieta rectangular en la pared de mármol pálido, suave al tacto, nos adentramos en el vientre mohoso de las ruinas. Antes de perdernos en las tinieblas miré por última vez atrás. La luna, en declive (la habíamos tenido unas veces a la derecha, otras a la izquierda, según la dirección del tortuoso sendero), se encontraba justo en el ápex del pórtico y formaba con él un curioso símbolo que mi médula espinal y los nervios de mi estómago comprendieron mejor que yo.

Entramos, por fin, en las entrañas de la oscuridad. Entre los bordes de pórfido y las ninfas de obsidiana de la noche. Las estrellas desaparecieron, pero, a la luz de la antorcha reavivada, feéricas flores de mina, en torno a la vagina de granito por la que avanzábamos, encendían y apagaban sus aristas cristalinas. Descendíamos cada vez más, poniendo buen cuidado en no aplastar las manitas translúcidas de los tritones de los charcos que cruzábamos, atentos a que no se nos enredaran en el pelo las horribles arañas ciegas de las cavernas. Cruzamos una sala como una cisterna, medio llena de un agua verde, una sala con las paredes completamente cubiertas, como un congelador, de cristales finos y blancos, una sala rectangular de azulejos en la que se alineaban unos urinarios rotos y unas cañerías con los vestigios de unos grifos devorados por la cal. El Albino pronunciaba de vez en cuando algo en voz alta y, en el silencio goteante, su voz resonaba tan brutal y obscena que al escucharla se nos clavaba un agrio chorro de adrenalina en el estómago. Su piel descolorida, sus ojos pálidos y su cabello como el algodón te hacían ver en él a uno de esos seres macilentos de las profundidades de la tierra, de la misma especie que los insectos sin alas, que los crustáceos que extienden sus órganos táctiles por la piedra húmeda, que

los murciélagos andrajosos y famélicos...

Supe que nos acercábamos al centro de la diana cuando de repente, ante nosotros, en uno de aquellos pasillos estrechos como trompas, apareció, con sus amplios ropajes de cura católico, el hermano Armando. Cuando la luz de la antorcha lo sacó de la oscuridad, estaba tan inmóvil —ocupaba y obstruía el pasillo— que parecía esperarnos desde hacía varios siglos. Una curiosa mitra de acero, como seguramente no ha llevado ningún cura jamás, le cubría la tonsura. De esa confusa maquinaria brotaban dos tubos curvos, cromados, como las agujas de una jeringuilla, que penetraban en su cráneo y perforaban los huecos de detrás de las orejas, como pudimos ver cuando Fray Armando nos dio la espalda. Por el momento, sin embargo, sin prestar atención a Monsieur Monsú, el cura se acercó a la jovencísima muchacha de grandes ojos aterciopelados bajo unos párpados dorados, rozó con la punta de los dedos sus labios tatuados y le hizo la señal de la cruz en la frente. La negra sonrió con timidez y quiso decir algo, pero el sacerdote se lo impidió. «Venid —murmuró—, los Conocedores os esperan.»

«¡Una película precioooooosa! El bueno, que era Jerarfilip, aparece al principio en un caballo blanco, muy bonito, va pal bosque y a lo lejos, en una colina, se ve un castillo. Luego ves cómo entra en el castillo por una puerta de hierro y va por ahí hasta la plaza del castillo. Y allí el chico se lía a puñetazos con un gordinflón, un guardia que no les deja a los campesinos que vendan su mercancía. ¡Madre mía, qué paliza se llevó, lo que pudo arrearle! ¡Ja, ja, ja! Le pone un cesto de mimbre en la cabeza, corta una cuerda con el sable y le cae encima un tablón, lo tiró entre los cerdos... Vienen también los centinelas, pero el chico pelea contra tres o cuatro a la vez y de repente se apoya en la espada y los manda a todos rodando al barro. ¡Madre mía, qué paliza! Y la chica, que era la hija del conde de aquel castillo, se acercó a ver qué pasaba, iba también a caballo y la acompañaba su criada. Se detuvo a observar la gresca y cuando el chico le soltaba a alguno una patada en el culo que lo mandaba volando... a cinco metros, la chica sonreía... Era rubia y guapa, una princesa como Dios manda, y con las cejas depiladas: parece que en aquella época (¡qué va, pero es una película!) se arreglaban las chicas igual que ahora. Y cuando vienen muchos, pero muchos soldados, y se abalanzan sobre él y el chaval no tiene ya nada que hacer, la chica se enfada, da la vuelta y se marcha en su caballo...»

¡Dios mío, cómo le gustaba! Había olvidado por completo dónde se encontraba, hacía rato que no sentía la mano de Costel en la suya, su cuerpo y el mundo de alrededor habían desaparecido como si fueran alucinaciones, como unos universos en los que no hubiera nacido nadie, que no hubiera percibido nadie, nunca... Ella estaba en la película, los músculos de su rostro reflejaban las emociones de los que luchaban y se amaban (pero nunca hacían el amor, no se sonaban la nariz, no se tiraban pedos, no tenían hipo, no eructaban, no se dejaban la bragueta abierta) allí, al otro lado de la ventana entre la realidad y el sueño. Paralizada, inconsciente, vivía el filme con tanta intensidad que parecía estar proyectado no en la pantalla de la

sala (una sábana sucia y desgarrada), sino en el hueso liso de su cráneo, ante los lóbulos frontales, en cuya carne blanca se encendían y apagaban las zonas asociativas. Todo su ser, fluidificado ahora como la leche, se escurría a la cáscara de cristal, gris-sucio, del cuerpo de la princesa de trenzas rubias y ojos brillantes, ocupaba la botella hasta los más finos contornos y arrugas y, finalmente, desde la armadura encantadora de crinolinas y miriñaques, empezaba a recitar las escenas que se sabía de memoria. Nadie intuía — nadie podía sospechar la verdad— que ahora Ivon de Noséqué más era, de hecho, Maria, que la había invadido como un Horla o como los demonios que invaden a los poseídos. Con el rostro unas veces encendido y otras apagado, con los ojos reflejando el rectángulo de la pantalla, Maria susurraba las palabras que conocía de memoria: «Oh, Sharl, Sharl, pensaba que habías muerto...», obligando a Ivon a decirlas también al mismo tiempo. A través del delgado cristal de Ivon, Maria sentía el fornido pecho de Gérard Philipe cada vez que él y la princesa se abrazaban. Y cuando el chico cayó en manos de los hombres del conde, pues este conde, el padre de la chica, no sabía que no era espía, que el espía era, en realidad, el malo ese, Marmandac o como se llamara, ese que había querido raptar a la chica, los espectadores la oyeron decir de repente «Pablo, patatín-patatán» (es decir, en la lengua de la película), pero los subtítulos decían «Sharl, ¿volveré a verte algún día?». Sin embargo, ella dijo «Pablo», lo oí con mis propios oídos. Y lo entendí todo. Y la chica se quedó entonces boquiabierta, completamente aturdida, y después dijo Sharl. Sí, eso lo dijo después, Sharl, yo también la oí. Pero también dijo Pablo.

Era la primera vez que Maria conseguía meterse tanto en el cuerpo de un personaje como para modificar su rol en la pantalla. Se estremeció, anonadada, al darse cuenta de que, al soplarle la réplica a Ivon, había cambiado el nombre de su amado. Más adelante, en otras películas, conseguiría cambiar escenas enteras, modificar la trama, eliminar a los personajes antipáticos, casar a sus personajes favoritos en contra de toda lógica, a la vista del consternado público de las miserables salitas de cine que frecuentaba y que delimitaban su territorio: el Volga, el Floreasca y el Melodia. Sentado por las tardes ante el televisor y viendo por aburrimiento

cualquier melodrama, Mircea contemplaría cómo a su madre, acurrucada en la butaca, con una manta descolorida sobre las piernas, se le escapaban las lágrimas con las escenas de separaciones, con la pérdida de algún hijo (en las películas indias), con las desdichas de alguna joven maravillosa pero sin suerte en la vida. Lloraba sin hacer ruido porque Costel, arrellanado en el sofá en camiseta y calzoncillos, se burlaba de ella si la oía, la imitaba hasta que la obligaba a refugiarse en la habitación de al lado para sollozar a gusto: «Qué mujer, siempre lloriqueando...». Muchas veces, sin embargo, cuando Maria se controlaba apretando los puños y las lágrimas solo se adivinaban — unas líneas brillantes a la luz del televisor— en sus mejillas, Mircea veía cómo el destino de los protagonistas cambiaba de repente, cómo las cosas se arreglaban y las películas, tragedias al principio, acababan en bodas felices y bautizos gracias a la reconciliación de los enemigos acérrimos, gracias a la conversión de los blasfemos ateos. Entonces las lágrimas de Maria se secaban y a su rostro volvía la expresión de hechizo y embelesamiento que otorgan los sueños felices.

Cuando en la pantalla apareció la palabra FIN y las luces, amarillas y miserables, se encendieron, Maria y Costel se pusieron en pie sin mirarse, sonriente ella, cegado por la luz él, y se dirigieron, caminando despacio, de forma mecánica, como unos esclavos con grilletes, entre las decenas de chavales de rostros vulgares y chicas a las que solo su juventud volvía atractivas, hacia la puerta sobre la que, en un rectángulo azul con letras blancas, decía: ZALIDA. Con el mismo paso torpe, procurando no pisar a nadie y, sobre todo, que no los pisaran a ellos, se arrastraron por el estrecho pasillo que llevaba al exterior, agobiados por el olor a ajo de unos, el de chorizo de otros y el de oveja de todo el mundo. Antes de ver la luz del sol, a Maria le dio un vuelco el corazón, supo que había llegado la primavera. Porque una mariposa púrpura se había posado, con las alas pegadas, en un tubo de la pared, y movía de vez en cuando sus patitas filiformes. Maria la contempló largo rato, con avidez, guardando para sí este descubrimiento. No se lo mostró siquiera a Costel, a cuyo brazo se agarraba para que no los separara la muchedumbre. Nadie más parecía reparar en aquella maravilla de terciopelo, en la mancha de sangre sobre el verde sucio del tubo, como si

no estuviera allí sino en la retina de la muchacha y desde aquí, girando en la vorágine del quiasmo óptico, hubiera extendido las alas en los dos hemisferios cerebrales de su cráneo. Pues, ciertamente, solo cuando pasó Maria se soltó la mariposa, agitando sus alas rígidas como un juguete mecánico sobre las cabezas del rebaño hacinado en el túnel, y escapó hacia la luz vertiginosa del exterior.

Porque Bucarest estaba envuelto ahora en una primavera ardiente y perfumada, con charcos que reflejaban el cielo azul, con brotes en las ramas negras de los árboles alineados a lo largo de los bulevares y con una luz blanca, uniforme e intensa, que removía pulsiones y recuerdos, brillando en las ventanas. Ráfagas de viento cálido agitaban en los cruces el cabello y las gabardinas de los transeúntes, hacían restallar las banderas rojas enarboladas en las fachadas (se acercaba el Primero de Mayo) y arrancaban el sombrero a alguna señora elegante, para regocijo de los grupos de escolares. Entornando los ojos y arrugando el labio superior por culpa del sol, los trogloditas que salían de la gruta oscura de los cines se dispersaban por las aceras o seguían caminando por el bulevar desierto, atravesado de vez en cuando por un Volga o un tranvía traqueteante. Los policías, que no habían pasado todavía al uniforme de verano, se agitaban en vano; arrebuados en sus capotes y tocados con gorras rusas, discutían con algún gitano al frente de un carro cuyo caballo había depositado la boñiga en el centro de la Capital. ¿Dónde estaban los montones de nieve que se habían acumulado en las aceras? ¿O el cielo lechoso, tan bajo que podías tocarlo con la mano? Ahora el azur se elevaba infinito, recortando con precisión los contornos de las estatuas de la universidad, los de los bloques cubistas, con sus docenas de terrazas y terracitas, que brillaban rosas en el aire luminoso, los de las ramas extendidas, deshojadas, negras como la pez, de los álamos y los carpes. Alrededor de estos contornos afilados, el azul se diluía casi hasta el color puro de la luz, para volverse de inmediato profundo e intenso, en algunos sitios de un violeta ultramarino que no podías contemplar sin un sentimiento de desmayo y exaltación, como si pudieras verlo, a través de la piel translúcida de la frente, con el enorme y perdido ojo pineal de entre las cejas, retirado ahora a la base del cráneo, en la silla turca, atento tan solo a

la luz fiera del mundo interior.

Liberados por fin del pasillo bullicioso, Maria y Costel empezaron a caminar calle abajo, hacia la universidad, felices, sin pensar en nada, confundidos con el paisaje, sumergidos en los torbellinos y los fractales de la historia, sin poder distinguir entre ellos y su mundo y sin comprender que vivían en un grano de arena de una playa más extensa que el universo, diseminada y esparcida, con melancolía, por una mente que los había elegido y predestinado. Indiferentes al hecho de que existen tan solo porque son aislados y visualizados, hasta en los detalles más alucinantes, por una monstruosa cábala de neuronas. Porque únicamente para esa secta son ellos importantes, están vivos y tienen los ojos brillantes, mientras caminan del brazo, en un «ahora» de un mundo sin tiempo, por la acera de la Casa Armatei en el bulevar de los cines, en un Bucarest en el que cada edificio es solo una fachada de tablones y cartón piedra, sujetos por detrás con vigas sin desbatar. Una ciudad construida con pinzas en una botella verdosa y panzuda.

¡Pero qué reales parecen las nubes que el viento oscuro y apasionado empuja por el cielo mientras se reflejan en la chapa caliente de los tranvías y en los miradores de la universidad! ¡Qué cariñosa es esa luz blanca que se desliza por las mejillas y cómo florece, en el aire ardiente de la carne joven, el sistema arterial que rezuma deseo, sueño y adrenalina! En la exaltación primaveral, Maria, una sencilla chica de barrio a la que casi se le ha pasado el arroz, siente que puede llegar a amar al chico torpe que camina a su lado y cuyo brazo aprieta con suavidad. Lo mira a veces por el rabillo del ojo mientras camina junto a él por la miel fluida del sol: es un crío. Delgado como un palillo, con ojos negros como el alquitrán y de una palidez enfermiza. Su cabello liso, peinado hacia atrás y fijado a la cabeza, embadurnado con aceite de nuez, es un espejo negro de aguas cambiantes, y resultaría completamente ridículo si no fuera el peinado de todos los jóvenes que, cuando se inclinaban sobre la lima o sobre el torno en las fábricas y los talleres, tenían que retirarse continuamente el mechón que se les soltaba y les caía sobre los ojos. Costel no era ni demasiado alto ni demasiado guapo, no era «guapetón», como decían la chicas de la fábrica de

alfombras, pero al menos era dulce y serio y sus ojos (aunque Maria se quejaría todo el tiempo de que su marido era «torcido», «raro», que no había manera de saber qué estaba pensando) tenían a veces una expresión cálida y meditabunda, como si, de vez en cuando, un ser superior viniera a habitar en el edificio de la mente del aprendiz de los talleres ITB, y este hubiera partido quién sabe adónde. Esa mirada, la contemplación noble, la profunda y verdadera melancolía que se revelaba a veces, sobre todo por las tardes, en su rostro, incluso aunque vistiera entonces un pijama roto y fumara unos Mărășești apestosos, no parecía suya, y de hecho no lo era, pues en aquellos instantes Costel estaba completamente vacío de sí mismo y no pensaba en nada, tal y como el actor que representa en el escenario a un personaje noble puede ser, en la vida cotidiana, un mediocre con cabeza estatuaria. Sin sentir gran cosa por aquel chico del Banat, Maria amaba, amaba sinceramente ya desde entonces, la tristeza engañosa de su rostro que aparecía cuando el gran poeta polaco del siglo XVIII, su desconocido antepasado, se elevaba en sus retorcidas vísceras, como el vaho de la taza de café, para contemplar una vez más el mundo a través de unos ojos negros, idénticos a los suyos, a los de Costel.

Extasiados, respirando la dulce anfetamina de la primavera, los dos jóvenes caminaban del brazo a través del aire dorado y frío como el cristal, hablando de tonterías y riendo, Maria, asombrada por el hecho de que él pareciera enfurruñado incluso cuando reía; él, sintiendo que estaba compuesto de aire perfumado e intentando a toda costa descubrir el algoritmo de la joven, intuir (como en esos pasatiempos de los almanaques en los que, a partir del sentido del giro de la primera rueda dentada de un complicado mecanismo, tienes que adivinar cómo girará la última) el funcionamiento inefable de su mente, arrancar el secreto de la aparición de aquellas sonrisas alegres, ambiguas, amargas, dubitativas, de los pequeños mohines de disgusto que tanto temía, de los vagos asentimientos con los ojos y las cejas, de las inflexiones evanescentes de la voz, de los leves estremecimientos de las aletas nasales. Así se imaginaba el joven aprendiz la psicología de la muchacha a la que amaba: proyecciones y diagramas de dibujo técnico, cicloides e hipérbolas, una geometría de la lámina de goma,

extensible y, sin embargo, precisa, de la que —si conoces sus leyes y dominas su tecnología— puedes obtener los miles de efectos y combinaciones posibles. Y si, al decirle algo o apretarle el brazo un poco más fuerte, Costel observaba que la chica reaccionaba de manera diferente a lo esperado, las explicaciones que encontraba no eran místicas o poéticas, tampoco atribuía el inefable resultado a los caprichos femeninos, sino a la imperfección de su técnica, a que no había seguido con suficiente atención todas las rueditas dentadas, las cúpulas, los piñones, las cremalleras y las cruces de Malta. Contemplando a veces, soñador, las estrellas, desde el pequeño y oxidado balcón de la casa en la que vivía, en camiseta y tarareando una cancioncilla del Banat

*Qué contento me haría sorche...
trilirí, trilirilí,
si el fusil fuera de corcho,
trilirí, trilirilí,*

Costel pensaba que las constelaciones son también mecanismos e intentaba distinguir en sus brillantes superficies los restos de aceite y de grasa del torno. El mundo entero era un engranaje en el que el movimiento de un minúsculo grano de arena en el fondo del océano producía, en el otro extremo, un terremoto devastador; el aleteo de una mariposa en las Antillas provocaba un tornado en Kansas y un simple pensamiento concupiscente de un vagabundo de Rahova atraía la furia divina sobre un billón de mundos habitados. En su mente soñador-paranoica y ante sus ojos de pestañas femeninas, todo se correspondía con todo en una vasta y cristalina conspiración.

Al abandonar el bulevar, se adentraron en las callejuelas espectrales y sonoras de detrás del hotel Ambassador. Maria se quitó el pañuelo y dejó que los bucles, rizados con tenacillas, revolotearan sobre sus hombros. El día empezaba a declinar, pero el aire era aún cálido y ventoso, golpeaba los bordes de cristal de los edificios, vaciados por la soledad y el silencio. Sus pasos los condujeron, de forma extraña y en cierto modo inevitable, hacia la

calle donde había vivido Maria en otra época, sobre el taller de costura. Habían pasado más de diez años desde el terrible bombardeo del 43 y el barrio estaba to-talmente reconstruido. En el lugar que ocupara la sastrería Verona había ahora un edificio cuadrado, anónimo, verdoso, con una placa de cristal azul en la entrada: «Laboratorio de Tisiología, Distrito 23 de Agosto». Casi todos los edificios mostraban placas como esa, rojas o azules. En los mástiles de las entradas no faltaban las banderas rojas en las que brillaban, cosidos con hilo amarillo, una hoz y un martillo entrecruzados dentro de una corona de espigas.

Maria frunció el ceño y bajo la piel de su rostro incontables fibras musculares contribuyeron, contrayéndose a las órdenes de un fino sistema de palancas y cables del interior del cráneo (eso es lo que pensaba Costel), a plasmar una expresión transida de una emoción difícil de definir. La sombra de la antigua adolescencia formaba ahora un extraño relieve en los cerros de las mejillas y de la barbilla, el hueco del labio superior y las leves depresiones del rostro de la mujer, al igual que las nubes, al deslizarse sobre las lomas, apagan de repente el sol deslumbrante y traen el frío y la humedad, prácticamente otra estación del año. Maria recordaba o, mejor dicho, algo brotaba en su memoria a través de un proceso pasivo y doloroso: Mioara. Cedric. Su padre sentado en la piedra del umbral de la puerta que quedaba en pie, con la cabeza entre las manos. Su adolescencia oscura y espléndida que no regresará jamás. Un minúsculo tubo graduado, cuyo extremo inferior asomaba por el borde de su ojo, secretó una lágrima. Dejaron atrás el lugar ocupado por el antiguo taller sin que la chica le confesara a Costel que había vivido allí. Hacia el fondo de la calle, reclinó la cabeza en su hombro mientras caminaba así, con el rostro inclinado y unos ojos modiglianescos, bañados en tinta aguada.

No habían dado siquiera diez pasos por el oro transparente de la tarde, que temblaba ligeramente a cada movimiento, cuando Maria levantó la cabeza, sorprendida y contrariada: por encima de la casas reconstruidas con el mismo estilo burgués carente de estilo, negra como el alquitrán sobre el cielo todavía claro, entre las copas de los álamos, se alzaba, tal y como la había visto Maria doce años antes, tras el bombardeo, la caja del ascensor

con su enrejado embadurnado de petróleo, que seguía en pie después de que el bloque que la abrazaba se hubiera convertido en un montón de escombros... Una gran rueda, en el extremo superior del paralelepípedo negro, sujetaba un cable grueso y pringoso, trenzado con miles de hilos de acero, del que colgaba arriba, en el último piso, la cabina del ascensor, y abajo —escondido ahora entre las casas y el bosque— el contrapeso macizo, rectangular. La chica no daba crédito a lo que veían sus ojos: ¿cómo era posible que esa quimera siguiera en pie cuando todo, todo lo que la rodeaba, había sido demolido y reconstruido? Maria desconocía por aquel entonces la existencia de la Cúpula de la Bomba Atómica en el centro de Hiroshima o de la Iglesia Memorial en Berlín, ruinas cuidadosamente conservadas como las osamentas de los antepasados o los cráneos de unos mártires santificados en el centro postindustrial, de acero y cristal, de las grandes ciudades. E incluso aunque lo hubiera sabido, no habría establecido ninguna relación, porque un hecho increíble borraba toda analogía y agudizaba el sentimiento de alucinación de Maria, la sensación embarazosa —pero cada vez más intensa a medida que pasaba el tiempo— de que su mente no le pertenecía por completo, sino que era el escenario de una obra que la desbordaba totalmente, pero que le confería, asimismo, una importancia sin igual en este mundo.

Arrastró casi a Costel por dos o tres callejuelas tortuosas, atravesaron una plazoleta con una estatua agorafóbica y se encontraron de repente a los pies del gran monumento, ante la puerta verde oscura del ascensor. Una lámina de vidrio mate, ennegrecido por el paso de los años, se recortaba en medio de la hoja de metal macizo. A la derecha de la puerta, una placa de cobre mugriento conservaba, devorado por una especie de líquen verde, un antiguo y deteriorado botón de ebonita. Sobre el botón se adivinaba, escrito con bucles y florituras, un nombre: MARIA. Los huecos de los bucles estaban llenos de porquería y apenas se veían. Por muy extraño que pueda parecer, no fue esta placa, sujeta con pernos junto a la puerta del ascensor, lo que aceleró el corazón de la joven e hizo palidecer a Costel (que contemplaba también la caja del ascensor y estaba igualmente contrariado, pero su pasión por el dibujo técnico era más fuerte, así que él admiraba sobre todo la

precisión mecánica de las cosas de otra época, del régimen «burgués-señorial». Ascensores como ese no se construían ya en las fábricas), sino por lo que habían visto desde lejos y que ahora, doblando el cuello hacia atrás, percibían como una vaga sacudida en la cúspide de la torre, en la caja de madera y cristal suspendida a unos veinte metros del suelo. Allí había alguien, se distinguía el brillo y el zigzaguo de un rayo en su interior, sobre el barrio desierto, una arquitectura solitaria, espectral. Era una luz azul parpadeante que le recordaba a Maria el pecho con aguas de azur de Păunaș, el pavo real del patio de Silistra.

Había empezado a brotar la hierba alrededor de la torre embadurnada de petróleo. Costel la rodeó, dejando a la joven tejedora inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, ante la puerta. Detrás de la construcción de rejas y barrotes de hierro había un descampado donde se apilaban neumáticos y, al fondo, la pared ciega de una casa, con una ventana en el centro, cerca del borde superior. En la ventana, la cabeza de una vieja de ojos hundidos royendo la tetina de un biberón, redonda, con un anillo de plástico rosa. Meneando alegremente la cabeza, le hizo con la mano una señal al joven, que le dio la espalda con asco. Alejándose un poco más de la base de la caja del ascensor, Costel pudo divisar mejor, desde el descampado, el interior de la cabina de la cumbre. No había duda de que allí había un ser humano, pero también algo parecido a un pájaro, algo alado. Regresó junto a Maria, le pasó el brazo por los hombros (la muchacha se le arrimó cálida y asustada), le lanzó una mirada interrogante y luego, con su consentimiento, pulsó el botón del ascensor. El cilindro de ebonita se hundió en el hueco chirriando, pero como si —algo que era muy posible— en aquella viejísima carcasa no circulara la corriente, no sucedió nada. El silencio seguía siendo total, silbante. Ni siquiera el viento, que se abalanzaba sobre ellos en ráfagas cálidas y perfumadas, haciendo ondear su ropa y desnudando los muslos de la joven —parecían ahora de miel transparente o ámbar fluido—, producía sonido alguno en el follaje suave de los árboles de alrededor, como si fuera tan solo un cambio en la luz del barrio inmóvil. Maria, con el rostro enrojecido en la luz de la tarde, supo de antemano que el ascensor no se pondría en movimiento. En la placa que olía a óxido ponía su nombre. Era

su dedo el que tenía que pulsar el botón, imprimir la filigrana de sus huellas dactilares. Extendió entonces la mano con tanta gracia que esta pareció fluir de su cuerpo, como un pseudópodo lleno de corpúsculos fluorescentes, se deslizó lenta, serpenteante, acercándose a la placa de latón a través del delta brillante de los cinco dedos (sobre uno de los canales llenos de embarcaciones, barcazas y palafitos, el anillo de pelo de mamut se arqueaba como un puente). El índice, cuya uña pintada reflejó por un instante el cielo inmenso, anaranjado, los edificios apiñados en el borde y, en el centro, el rostro delgado de Mircea inclinado sobre esta página del libro como sobre el volumen dorado de un acuario, rozó con delicadeza la cara cóncava del botón, lo apretó hasta hundirlo en la placa dorada. Alguien que hubiera tenido la mirada de un ángel (o del demonio de Laplace), un ojo capaz de percibir no la refracción de los corpúsculos o de las ondas de fotones en la superficie de los objetos, sino los objetos mismos, tal y como son, percibidos de forma simultánea con todos sus detalles, en todos los niveles que nuestra mente separa de manera artificial: matemática, física, química, biología, filosofía, poesía, como si el cráneo entero se convirtiera en un ojo, uno de los billones de ojos de Dios, alguien que se hubiera acercado tanto a la imagen del dedo de piel transparente, surcada por el dibujo de las huellas digitales, hasta confundirse prácticamente con él (y también con cada una de las moléculas de ebonita del botón), ese alguien habría asistido al extraño e inesperado espectáculo del encuentro de dos universos. Habría observado que entre esas dos superficies, una de carne, otra de antigua carne, queda, por mucho que se pulse, un espacio minúsculo, y que ahí, en esa *no man's land*, como entre las sinapsis neuronales, se firman tratados, se cierran tratos, se realizan intercambios de prisioneros y se pronuncian sofisticados discursos, compuestos no por palabras, sino por remolinos y torsiones espaciales. Los neurotransmisores brotan en chorros finos, de un color verde-amarillento como el veneno o azul-fluorescente, que se dirigen con movimientos quimiotácticos hacia los receptores del botón. Allí encajan como una llave en la cerradura, dislocan o bloquean otras sustancias, parlotean sin cesar en un código catecolaminérgico y son finalmente absorbidos, desmantelados, transformados en nuevas sustancias, antes de

ser captados por los riñones del cosmos y eliminados. Entretanto, sin embargo, su cháchara oriental se ha insinuado, a través de los largos canales neurales, en la red nerviosa del ascensor, se ha transmitido de axón en axón por los relés desmielinizados, anulares, situados aquí y allá, para llegar hasta el área motriz al cabo de un número incalculable de intermediarios, reconversiones, distorsiones y retrasos, y hacer funcionar —por primera vez tras años de inactividad— el organismo petrificado del motor eléctrico.

Maria dio un respingo y retiró el dedo del botón, como si la hubiera quemado, al ver que la rueda superior empezaba a moverse, a girar y a retumbar, haciendo temblar toda la torre de metal negro. Deslizándose por los rieles petroleados al mismo tiempo que izaba el gran contrapeso rectangular, el ascensor empezó, con una lentitud majestuosa, a acercarse al suelo. La parte inferior de la caja arrastraba un bucle de cables, doblado como un intestino y sujeto con un mecanismo polvoriento. Al pasar por cada uno de los tres pisos, el ascensor chirriaba como un tren ante el tope de la vía, para calcular lentamente, rodando casi en silencio, el espacio hasta el siguiente piso. Los dos jóvenes, atemorizados, dieron un paso atrás abrazados cuando, al final de un descenso infinito, de horas o de milenios, el ascensor se detuvo por fin ante la puerta maciza de la planta baja. A través de la ventana mate no se podía distinguir en la cabina sino un vago resplandor. Lo que se encontrara en su interior no quería o no podía salir por sus propios medios. Con el cabello de repente alborotado por una oleada de luz anaranjada, Maria se separó del cerrajero, volvió a acercarse al ascensor y agarró la manilla de níquel, antaño brillante, en forma de T. La hizo girar hacia la izquierda y abrió, con un chirrido terrorífico, la puerta de bisagras agarrotadas. Sin querer comprender aún la fabulosa imagen —seccionada por los rombos del enrejado oxidado— que se mostró de repente ante sus ojos, la joven deslizó la reja y solo entonces pudo ver de verdad, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

En la cabina revestida de nogal, entre unas ventanas de cristal que arrojaban a su alrededor unos prismas irisados, había, sentada en un taburete, una rubicunda mujer desnuda, cegadora en la madurez lechosa de su piel, que sostenía en brazos, como si fuera un cisne, e igualmente pesada,

una inmensa mariposa de cuerpo grueso y peludo, con seis patitas nerviosas que terminaban en unas garras clavadas en el pecho y en el vientre de la mujer; tenía una cabeza redonda y unos ojos enigmáticos y una trompa retorcida como el muelle de un reloj. Las alas, que no podían extenderse por completo en un espacio tan angosto, forraban la cabina con un azul eléctrico que no podías mirar sin dañarte la vista, como no puedes mirar tampoco la llama del soldador. La mujer tenía más de cuarenta años. Lo revelaban las ojeras que rodeaban sus ojos brillantes y despiertos, sus senos levemente caídos y las copas blanquecinas recorridas por venillas azules, su vientre atravesado por arrugas profundas. Los cabellos habían crecido hasta rozar el suelo desgastado del ascensor y los últimos rizos se desparramaban tras envolver el muslo derecho en bucles y mechones. Un delicado perfume, rápidamente disuelto en el dulce vértigo de la primavera, emanaba del icono de la mujer con la mariposa en brazos. Entre sus cejas había grabada una gran Omega melancólica.

Durante largo rato permaneció casi inmóvil, contemplando a aquellos dos jóvenes aureolados por el crepúsculo. Cuando se puso de pie, pudieron sentir la fuerza de sus caderas de mujer plena y la delicadeza de la red de cabello seco y rizado que no conseguía cubrir la blancura abombada de su pubis, marcado en la parte inferior por una aterciopelada grieta vertical. Liberada de la estrechez de las paredes, en las que había depositado un polvo azulado como una sombra de ojos, la mariposa aleteó unas cuantas veces. Abiertas, sus alas tenían más de tres metros de envergadura. Aunque la mujer la sujetaba con todas sus fuerzas, abrazada a su cuerpo anillado, la mariposa consiguió escabullirse, giró como un ave rapaz sobre el descampado y se posó finalmente en la tibia pared ciega de la casa del fondo. Se asoleó unos instantes, con las alas extendidas que abarcaban casi la totalidad de la pared amarillenta, bajo los rayos del sol ya de color rubí, luego plegó las alas y permaneció así, como un gnomon, arrojando una sombra afilada sobre el diente de león y la manzanilla que habían brotado a los pies del muro desconchado. Bajo aquella luz rasante, en la parte interior de las alas se marcaban las venas y los nervios sobre un fondo azul mucho más pálido que el de la parte exterior. Sobre el tejado afilado de la casa,

llo de chimeneas, en el cielo de la tarde apareció, blanquecina, apenas visible, la delgada uña de la luna.

«Eres Maria», dijo la mujer saliendo de la caja en la que había estado esperando doce años, amamantando a aquel extraño bebé y, tal vez, soñando o contemplándose hipnótica en el espejo de la pared trasera del ascensor. Puesto que las glándulas mamarias son, al igual que las lacrimales, modificaciones de la piel producidas por la misma hormona, ella había alimentado a la mariposa, alternativamente, con lágrimas y con leche. Ahora caminaba con gracia por el empedrado cálido, envuelta en la primavera. Costel y Maria la flanqueaban, avanzando muy despacio, por la calle desierta. «Charlie me habló de ti. Nos vimos solo un momento, pero le dio tiempo a contarme, en ese momento, todo. Estos años, los que me quedaban para encontrarme contigo, han pasado tan deprisa que ha sido como vivir en un libro y que el autor hubiera escrito “y transcurrieron doce años”... Solo eso, lo que dura una frase, una frase inacabada que nos encerró, a mí y a mi hijo, en esta cápsula de tiempo licuado. Cuando era pequeña y leía la fábula del genio encerrado en la botella durante milenios, me estremecía la idea de vivir algo así, el silencio y la inmovilidad eternos, la mente convulsionada que se devora a sí misma, las uñas que crecen, clavadas en la palma de la mano, hasta aflorar por el otro lado, los dientes que muerden salvajemente la lengua solo por sentir algo y, de vez en cuando, la histeria que crece en ti con una fuerza inmensa y te disuelve por completo en sus ácidos venenosos... ¡Son con mucho preferibles las innumerales torturas de un infierno verdadero, honesto, con objetos concretos que te desgarran la boca y te revientan los ojos y te arrancan la rótula de la carne de la rodilla! Aunque grites, aunque te resistas, sabes que existes, que estás en una historia que viene de algún sitio y lleva a alguna parte, incluso a otro sufrimiento abominable.

»Sin embargo, conmigo ha sido distinto, con las mujeres es distinto. Yo he permanecido en mi crisálida como la hembra de un piojo quitinoso, degenerada, solo un vientre lleno de grasa y huevos, sin sistema nervioso, sin esperanza ni ilusión. No como una conciencia que piensa hasta que culmina su pensamiento y permanece vacía hasta el final de los tiempos,

sino como un pensamiento, el de alguien muy superior, como una letra en un libro, como una mancha de color en un cuadro. No he sufrido porque yo misma estoy compuesta de sufrimiento, no he pensado porque formo parte de otro pensamiento, de la reflexión fantástica de las raíces del mundo. Mi mensaje está cifrado en mí, soy precisamente yo, tal y como la hostia es precisamente el Redentor, y las palabras de este mensaje, dirigido únicamente a ti, son mis dedos, mis labios, mis caderas, mi bazo y mis vértebras y mi intestino grueso. Qué extraño resulta vivir en la historia de otra persona, como si fueras una de esas criaturas soñadas, producidas íntegramente por el cerebro y, sin embargo, completas, con personalidad y deseos, y unos ojos castaños con irisaciones verdes, pero que a pesar de todo no tienen vida interior, no piensan, no ven, no oyen y no saben que existen. Ser un personaje secundario en la novela de otra persona y aparecer no con tu complejidad de planeta enorme, sino para traer tan solo una bandeja con una carta. ¡Al diablo con tu corazón y tu vulva y tu fe! ¿Has entregado el mensaje? No volverás a aparecer nunca más, ni en este libro ni en ningún otro. Y, sin embargo, qué consuelo traer una buena nueva... Poder ser el Ángel arrodillado, con las alas plegadas, que pronuncia, con un aparato fonador diferente al de los hombres, los sonidos del triángulo y el carillón: “¡Alégrate, Maria!”. Y disolverte luego, no para desaparecer definitivamente, sino para confundirte de nuevo con la Inteligencia cuya arruga has sido, como si la arruga se alisara o una sonrisa se apagara, dejando un rostro serio que sonriera tan solo con unos ojos celestiales...

»Yo, esta arruga de la sábana, este pliegue de la Divinidad. Esta imperfección, esta tara. Esta negatividad que, cuanto más cegadoramente bella sea, más supera su monstruosidad a la carne y a la mente. Las víboras, los escorpiones de cola transparente, los pulpos y los peces abisales que son todo dientes, las arañas y los sarcoptos, los jorobados, los leprosos, los cretinos y los recién nacidos con un solo ojo en la frente son mucho menos horribles que una mujer hermosa en el esplendor de su juventud. Porque ella es un trozo arrancado a Dios, una biopsia de sus órganos luminosos, una dolorosa punción lumbar de la que brota una gota de líquido. Ella deja una cavidad perfecta, de la que se aleja más que todos los monstruos y todas

las pesadillas. Es terrible poseer la belleza. En estos doce años me he mirado tanto al espejo que mi pecado, el más grave e imperdonable —porque la soberbia es otro nombre para la belleza—, me ha resultado claro e insoportable. ¡Con cuánta alegría descubría a veces que tenía una arruga o una ojera! ¡Qué alivio cuando la frente se me cubrió de pecas! Y cuando me brotaba un herpes en el labio era feliz varios días, pues era como si una supernova hubiera explotado en los abismos constelados, destruyendo la materia insolente, llenando de sangre pársecs enteros. Al envejecer, ofendía cada vez menos al Resplandor, mi brillo iba adquiriendo la textura delicada de la ceniza. Eso, solo eso quiero llegar a ser: una letra en un libro, un copo de nieve hecho de ceniza... Benditos sean, así pues, y bienvenidos, mi papada, mis senos caídos, las estrías de mi vientre, las varices de mis piernas. Siento que la belleza escapa de mí fluyendo como un plasma, iluminando mi perfil y fundiéndose de nuevo con la Belleza infinita...»

Cuando llegaron al fondo de la calle, con aquella odalisca cuyos pezones se habían vuelto granates como el vino a la luz del ocaso, Costel y Maria se detuvieron para contemplar la perspectiva afilada del bulevar, también casi desierto. Sin embargo, pasaban de vez en cuando grupos de jóvenes, alumnos de liceo con gorras y carteras, estudiantes universitarios con el pelo peinado hacia atrás, chicas con el cabello rizado y las cejas extrañamente depiladas, «con las cejas de traslado», como bromeaba Tomazian en la radio; se veía también a algún caballero con corbatín, con un bastón de caña en la mano, con un traje tan bien cortado que te preguntabas si no habría retrocedido el tiempo y los «antiguos», objeto de burla en revistas y novelas, eran de nuevo «actuales». Aunque miraban distraídos a aquellos tres, inmóviles en la esquina, frente a un negocio de pompas fúnebres con la tapa de un ataúd apoyada en la pared, los transeúntes no parecían observar nada raro. Caminando siempre de puntillas, sus cabellos caían hasta la parte trasera de las rodillas y los bucles irritaban la delicada piel de sus pantorrillas, la mujer del ascensor, ovalada como un ojo cerrado, parecía de aire de color miel. La joven tejedora imaginó que, sin embargo, los transeúntes podían verla tan bien como ellos, pero que la encontraban tan acorde con aquel rincón nostálgico y extraño de Bucarest, y con el

ocaso, que su mente no la registraba, el icono descendía directamente a las oscuras profundidades de la emoción y la ensoñación.

Regresaron y pasaron de nuevo por delante de las casas inmóviles. Tras las cortinas y las ventanas cubiertas con papel azul se había encendido, aquí y allá, una luz. Maria recordó, embelesada, las maravillas de la habitación de los patrones del patio de Silistra: las muñecas con vestidos rosas o azules, los jarrones con plumas coloreadas, los cuadros de lana con gatitos... ¡Cuántas preciosidades semejantes habría en cada una de las habitaciones de detrás de las cortinas! La chica conservaría siempre el gusto por las figuras, los tapetes de macramé, las fotos enmarcadas, y al cabo de diez o quince años, en Ștefan cel Mare, llenaría su casa de angelitos, ardillitas o patitos de escayola, a dos o tres *lei* la pieza, soportando con resignación el sarcasmo de su marido: «¿Has vuelto a comprar otra gallina? ¡Cualquier día te lo voy a tirar todo y te vas a enterar!».

«Yo no he tenido infancia ni juventud. En vano las busco en mi memoria, así como en vano intentas recordar la eternidad previa al nacimiento. Sin embargo, existe ahí una luz gris, un matiz algo más claro que el negro a través del cual representamos la nada y que, de hecho, sin representarla, sin mostrar nada, es siquiera la señal de que existe el aparato a través del cual podría aparecer algo. Hay ciegos que saben que podrían ver, pero que, por un accidente del destino, no ven, y hay otros ciegos que no tienen conciencia de que les falta algo, para ellos es inimaginable el hecho de ver, como tampoco podemos imaginar qué podríamos sentir si se abriera de pronto, en la frente, como una flor, un órgano sensitivo, o si nos crecieran las antenas peludas de una polilla. Siempre he sabido que estoy hecha para existir, que tengo un cuerpo y una mente completos, como los ojos grandes y claros de los ciegos o de los muertos, y, sin embargo, no percibía la existencia. ¿Qué vive un miriópodo retorcido en espiral debajo de su hoja putrefacta? ¿Qué puede percibir del espectáculo del mundo un paramecio que se agita en el líquido? Eso es lo que he vivido y sentido también yo durante más de veinte años, como si hubiera vivido en el sueño apagado y mediocre de un empleado de la compañía de ferrocarriles. Probablemente también yo berreé por las noches, enfajada en unos pañales húmedos,

luchando por sacar las manitas, creo que más adelante fui a la escuela y que en el recreo me peleé con mis compañeras, y que me manché de tinta los dedos, la cara y la lengua... Debí de ser una chiquilla de trece años dulce y desgarbada, a la que cualquiera le puede hacer cualquier cosa, avergonzada y enojada por el crecimiento doloroso de los pechos... Debí de ponerme la primera bola de algodón en las bragas y soportar irritada esa humedad... Tal vez me cortejó algún aprendiz, con la cara llena de forúnculos, que me acompañó a casa con mi cartera a cuestas mientras hacía el payaso... No tengo ni idea. Todo eso no tiene siquiera la consistencia de una película que se mezcla en tus recuerdos con todas las anteriores en cuanto abandonas la oscuridad de la sala del cine, entornando los ojos bajo la luz de agosto, ante los parabrisas brillantes y los escaparates llenos de carteles de colores. Lo único que sé es que, hasta el bombardeo, fui, durante un año, ascensorista en este bloque de oficinas de una sociedad petrolera rumano-alemana. Me pasé ese año, ocho horas al día, sentada en mi taburete, abriendo y cerrando la puerta del ascensor, corriendo la reja metálica, pulsando los botones, subiendo y bajando a los señores oficinistas y a sus perfumadas secretarias, sin otra perspectiva que seguir haciendo lo mismo el resto de mi vida y jubilarme en esta caja de menos de dos metros cuadrados. Día tras día entre esas cuatro paredes, pensando que también podría haber trabajado en alguna fábrica de fertilizantes y escupir los pulmones al cabo de unos pocos meses, o haber sido camarera y llevar diez platos o diez jarras a la vez, con el trasero lleno de pellizcos, o puta, y aguantar a todos los cerdos y borrachos de la faz de la Tierra... Aquí al menos estaba en una silla, al menos algún que otro caballero educado me dedicaba una sonrisa (aunque también intentaban, casi a diario, toquetearme cuando, para mi espanto, entraba uno solo en el ascensor y tenía que llevarlo hasta la planta baja; vi también algo bastante habitual para cualquier ascensorista: un señor que te enseña eso antes de que te dé tiempo de apartar la mirada y te quedas —tú todavía una damisela con sueños románticos— con ese tallo rosa en la retina, sin poder quitártelo de la cabeza y llorando luego la noche entera en tu cama solitaria), al menos el aire olía a agua de colonia y a habanos... Tenía también mis pequeñas vanidades y satisfacciones: me parecía que

todo el mundo me admiraba cuando, con un gesto rápido y decidido, conseguía detener el ascensor justo a la altura del rellano, ni un solo milímetro más arriba o más abajo... Por la noche, cuando la empresa cerraba, me iba también yo, con la espalda agarrotada, a través de la ceniza de las calles, para llegar, al cabo de una hora de caminar como en sueños, a mi pequeña habitación, donde me acurrucaba en la cama como un perrito. Nunca quedaba con nadie, nunca salía. Los domingos siempre llovía, y mi única ocupación era estar junto a la ventana mojada y mirar afuera, al patio de la parte trasera de la casa, para contemplar el único arbolito azotado por las ráfagas de viento. Pero no me perdía en ensoñaciones ni lamentos como otras chicas solteras. Estaba demasiado claro que no había vivido nada, que todo lo que tocaba se convertía en ceniza. Me resultaba cada vez más evidente que, precisamente porque nadie me había elegido, yo era una elegida. No la Elegida, porque me sentía demasiado menuda y frágil para ello; sin embargo, algo tenía que suceder, tenía que llegar algún momento o alguna hora verdadera. Existiría en una historia, incluso aunque no fuera la mía, tendrían que dotarme de coherencia y dignidad en un mundo, aunque fuera el más ilusorio de los mundos. Porque la realidad te la da la historia, no la sustancia. Puedes estar tallado en piedra y no existir, perdido entre unas dunas infinitas, pero si eres un fantasma en un sueño, es precisamente la luz del sueño la que te justifica, la que te construye. Y ahí, en la historia confusa de algún durmiente, eres más verdadero que un billón de mundos habitados.

»Y cuando una tarde de primavera-verano-otoño-invierno (había perdido —si es que alguna vez la tuve— la noción de los días y de las estaciones) me encontré bloqueada en el último piso del ascensor, con la luz bruscamente interrumpida y un olor a miedo flotando difusamente a mi alrededor como el arabesco del humo de un cigarrillo, supe que había llegado mi hora astral. Las sirenas aullaban ensordecedoras en la calle, casi podías oír, gracias a un sentido metafísico, los motores de los bombarderos que se acercaban, y poco después empezaron los temblores y las explosiones, como en una tormenta de verano, cuando trueno aterradoramente y sientes un sabor a herrumbre en la lengua y los niños esconden la cabeza debajo de las sábanas. Uno de

esos rayos cegadores destruyó de un solo golpe la carne de ladrillo y cal del edificio y no quedó en pie sino el esqueleto de barras y de barrotes negros. Conmigo en el último piso, en mi jaula de madera y cristal, rodeada por el Bucarest nocturno, violentamente iluminado de vez en cuando por los disparos de los tanques antiaéreos y por las destructoras explosiones de la alfombra de bombas. En contraste con la catástrofe de abajo, una luna como de cristal macizo, en el primer cuarto, había tejido a su alrededor una telaraña inmóvil.

»Me despojé entonces de la ropa y, completamente desnuda, esperé de pie a mi novio alado, allí, en la estrecha cámara nupcial. Él supo que yo estaba aquí antes de verme desde su carlinga, sintió las feromonas que brotaban de mi bajo vientre (las percibió con el cerebro, no con la nariz, porque el cerebro no es sino el despliegue monstruoso del bulbo olfativo) y descendió en picado sobre mi zigurat de petróleo y metal. Y de repente estaba en mi cabina, rubio y desnudo, con alas de mariposa entre los omoplatos, con el sexo en erección, poderoso y dorado, con un número grabado en una placa prendida al cuello en una cadenita de plata. Me colgué de su cuello y todo se volvió luminoso, mágicamente coloreado, como si hubiera penetrado en la aureola mística de un chakra de docenas de pétalos. Cuando me desvirgó, introdujo en el centro de mi vientre no solo un líquido nacarado, sino el conocimiento pleno, como si su delgada cánula de carne se hubiera transformado en un cordón de comunicación entre dos mentes y a través de él nos lo hubiéramos dicho todo, hubiéramos sabido todo el uno sobre el otro, desde la química de nuestro metabolismo hasta nuestros complejos, nuestras preferencias, nuestra experiencia, nuestros fantasmas. Era Charlie Klosowsky de Baton Rouge, Luisiana. Escoltaba los pesados bombarderos que despegaban casi a diario de una base aérea de Malta. Era teniente y tenía ya casi un millar de horas de vuelo en el afilado Spitfire que, gracias a un ingenioso mecanismo, disparaba entre las palas de las hélices, mientras estas giraban hasta volverse invisibles. Había sobrevolado los Balcanes y Rumanía en numerosas ocasiones. Había visto cómo saltaban por los aires los tanques de acero de las refinerías cerca de Ploiești, cómo estallaban en pedazos las sondas de Câmpina como si fueran cerillas; se había perseguido

por el cielo, como jugando al gato y al ratón, con los IAR y los Stukas; había visto los globos de fuego y humo negro de algún bombardero herido en la panza por un obús, pero también los hongos polvorientos que crecían, tres mil metros más abajo, en los arañazos abstractos del mapa de la tierra. Era como si solo hubiera hecho eso a lo largo de toda su vida: sujetar la palanca, apretar los botones de las ametralladoras, mirar los cuadros de mandos, a solas en su carlinga, horas y horas, tal y como yo, en la cabina del ascensor, apretaba botones y contemplaba el desfilarse de los pisos. Ambos subíamos y bajábamos, ninguno de los dos tenía recuerdos ni vida personal. Habíamos venido a este mundo (pero ¿a qué mundo?) solo para el instante en el que copulábamos, como dos insectos, en un aura de círculos concéntricos de luz. Y así seguiríamos siempre: de pie, pegados el uno al otro, unidos en la parte superior por las miradas y en la parte inferior por aquel cable seminal a través del cual podía sentir cómo me invadían billones de bits de información. Permanecimos así, en aquel circuito cerrado, en aquella rueda en la que el hombre fluía en la mujer a través del sexo y la mujer en el hombre a través de los ojos, incluso cuando nos separamos, cuando él dio un paso atrás y contempló durante un instante mi vientre y mis pechos bañados en sudor. Yo contemplé una vez más el vello rizado de su pecho, también húmedo, y su sexo flácido, luego regresó a su carlinga gris, gris también él, como en una película en blanco y negro de la época de la guerra, para seguir corriendo por los cielos despejados o nublados en los aviones de cazar enemigos, para ser abatido aquel mismo día o para sobrevivir hasta la vejez y poder sentar a sus nietos en las rodillas y contarles cómo había luchado en la guerra. ¿A quién le importa?

»En cuanto a mí, he permanecido en la cabina doce años, envejeciendo y criando al niño. Lo sentí en mi útero desde el principio, en un primer momento como una larva horrible, ciega, con unos garfios bucales afortunadamente blandos, pero de aspecto terrorífico. Porque lo veía como si mi barriga fuera de cristal. Roía mi placenta como una oruga roe una hoja de col. Luego le salieron patitas y le brotaron alas en las axilas. De un día a otro se convirtió en mariposa y, extendida en mis trompas de Falopio como en un insectario, sorbió con la trompa el tapón de gelatina que la separaba

de nuestro mundo. Cuando nació, se envolvió en sus alas y salió sucia de sangre y de líquido placentario y de sus propias heces, así que tuve que lavarla durante días y días con mi saliva, mis lágrimas y mi leche. Al cabo de una semana se había vuelto sedosa y lozana, con ojos brillantes, y había abierto ya las alas, que entonces tenían aún sitio suficiente para aletear entre el espejo y la reja. Al principio su envergadura no alcanzaba un par de palmos y su azul no relampagueaba como ahora. Es una hembra que de un momento a otro alcanzará la madurez. Peino todos los días con los dedos el plumaje suave de su vientre y siento, junto a los últimos anillos, cómo crecen los tubitos que llenarán el vacío, en cientos de kilómetros, con el perfume que solo sus antenas perciben. Feromonas: es suficiente una molécula en un kilómetro cúbico de aire. Sí, dentro de poco mi pequeña tendrá pretendientes...»

Los pretendientes ya estaban allí, ¡pero qué escuchimizados! Cuando dejaron atrás el último bloque de cuatro pisos antes del descampado, los tres distinguieron asombrados, detrás de la torre de malla negra, una pintura fantástica. Toda la pared ciega de la casa del fondo estaba cubierta de mariposas. En el centro, con las alas de nuevo extendidas, deslumbrantes, permanecía inmóvil la gran mariposa de la mujer del ascensor. Sus antenas con pompones en la punta encuadraban de forma simétrica la ventanita a la que se había asomado de nuevo la vieja del biberón. Reunidas en torno a sus inmensas alas, dispuestas en orden, había incontables mariposas, todas distintas, de todas las formas, tamaños y colores, que configuraban una alfombra de una belleza arrebatadora. Incluso en la luz destilada del ocaso, sus colores emitían un vaho vidrioso pero aterciopelado, con suaves matices que se fundían y se separaban formando aguas, virando a un marrón uniforme y brillando de repente en verde, azul, amarillo limón, caoba, granza, tan puros que habrías creído que eran las llamas de un prisma de cuarzo o la luz como la punta de una aguja de las gotas de rocío al alba, en un cólquico violeta. La luna, en el cielo, mostraba sus cuernos poderosos y afilados.

Aquella mujer dorada y desnuda abrió la boca de par en par, de tal manera que se le vio el tendón de la lengua, sujeto por un trocito de piel, y lanzó un

grito agudo. La enorme mariposa se despegó bruscamente de la pared y el movimiento de sus alas de color azul desperdigó a las demás, revoloteó sobre el descampado y se lanzó, como un búho sobre un ratón de campo, al pecho de su madre. Su cuerpo aterciopelado era tan largo como el de esta. La mujer la estrechó entre sus brazos y se volvió hacia Maria: «Sucederá pronto», le dijo con una sonrisa tan triste y extraña que, años más tarde, esa sonrisa seguiría apareciendo en las más horribles pesadillas de Maria. Y, antes de que los jóvenes pudieran volver en sí, la mujer embutió a la mariposa en el ascensor, se arrodilló, grande y pesada, envuelta en su cabello áspero, ante la joven y besó su mano derecha. Los labios apretados contra el dorso de la mano soltaron una sustancia volátil que subió hacia el cerebro de Maria y lo hizo centellear un instante. Costel distinguió claramente (pero enseguida lo olvidó) una corona de rayos en torno a las sienes de su amada. La mujer se enderezó, se volvió mostrando sus nalgas imperiales, con la vulva oscura, casi animal, en la parte inferior, y entró en la cabina del ascensor, se sentó en el taburete y volvió a coger a la mariposa en brazos. Durante todo este tiempo, el aire había estado tan saturado por los miles de lepidópteros que los dos jóvenes, simplemente, los respiraban y los inhalaban por la nariz hasta los pulmones, sintiendo cómo se agitaban en los alvéolos antes de espirarlos en el ocaso. Finalmente, sin embargo, cuando oscureció casi por completo y aparecieron las primeras estrellas en el cielo de verano (porque, sin duda alguna, había llegado el verano y la noche era cálida y perfumada), todas las mariposas penetraron en el ascensor, como si de una trampa luminosa se tratara, y ocuparon por completo aquel espacio angosto. La mujer y la mariposa no se veían ya tras las rejas. Maria cerró la puerta metálica y el ascensor se elevó despacio, haciendo temblar la torre de alquitrán. Se detuvo en el extremo, bajo la rueda gigantesca, y se habría vuelto totalmente invisible si la luna no hubiera iluminado, blanquecina, sus ventanas de cristal.

Maria cogió de la mano a aquel joven moreno y, abrumada por la tristeza, echó a andar por las calles espectrales hacia su casa. Tardaron más de una hora en atravesar la ciudad, casi sin hablar. Costel se concentró en la palma pequeña y suave de la muchacha, que respondía a veces con un

estremecimiento de los dedos a las caricias de los suyos. Hacía bochorno y los árboles que bordeaban la avenida olían a hojas carnosas y a savia. Algún que otro tranvía se retiraba a las cocheras de Vatra Luminoasă, traqueteando y tambaleándose sobre los raíles. Los basureros empujaban los carros por los bordes de las aceras y las barredoras, en grupos de dos o tres, fumaban apoyadas en sus escobas. A través de las ventanas iluminadas de algunas fábricas se veía el movimiento intermitente de las máquinas: estaban trabajando los del turno de noche. Llegaron, por fin, a Colentina. De la fábrica de jabón venía un olor insoportable a sebo rancio. Tuvieron que caminar otras dos paradas de tranvía, junto a unas casas bajitas y destartaladas, con techos de cartón petroleado como los cobertizos. Costel, al que aquella tarde interminable había encerrado, casi sin saberlo, en un huevo de ámbar translúcido y, sin embargo, impenetrable —porque para intuir el milagro hace falta una urdimbre sináptica diferente al macramé de fibras cortas del hemisferio izquierdo, y Costel era un fanático del hemisferio izquierdo en estado puro, un lógico de la melancolía—, tatareaba para sí una cancioncilla que cantaba todo el mundo:

*Y una, y dos, y nueve y noventa y nueve,
dime, Clavelito, dime,*

mientras se preguntaba qué resorte o qué palanca tenía que presionar para que los músculos cervicales de la joven se contrajeran y ella volviera la mirada hacia él, y luego él, gracias a otra hábil maniobra —como con la cepilladora con la que trabajaba en los talleres ITB—, pudiera provocar un leve alzamiento de los pómulos, o esa compleja e infame coordinación de los esfínteres peribucales y periorbiculares en una expresión que se podría denominar «serenamiento». En la mente de aquel chaval todavía virgen, cuatro años más joven que Maria, se perfilaba un gran tablero semejante al de los logaritmos, senos y cosenos del librito mugriento que tenía en su habitación, una tabla en la que a los miles de gestos, palabras, actitudes corporales, expresiones faciales, peinados, ropa, zapatos, cigarrillos, formas de nubes, intemperies, posiciones de constelaciones, sucesos políticos,

piedras del adoquinado, recuerdos de un instante... les correspondería un número equivalente de reacciones por parte de la chica, en una relación directa, unívoca y constante. Solo que necesitaba cientos de piezas de este engranaje, activadas de forma simultánea y sincronizada, para que la chica le acariciara como de pasada el rostro mal afeitado, cientos de miles de ensambladuras de ruedas dentadas y de correas de transmisión para que lo abrazara y (aquí a Costel no le cabía duda de que todas sus cualidades de mecánico no le servían para nada) de un engranaje más vasto y más complejo que el universo, con más componentes que el número de los fotones que recorren el espacio, para que Maria llegara a decirle en algún momento «Te quiero». La tabla presentaba por ahora muy pocas certezas, muchas hipótesis, una multitud de borrones y de modificaciones. Se extendía, paso a paso, en direcciones imprevisibles y heteróclitas.

Se adentraron, sumergiéndose en la oscuridad que olía a lavazas, en una maraña de callejuelas a la derecha de la avenida. Los grillos cantaban, los perros ladraban y, de vez en cuando, algún viejo con la boina calada asomaba la cabeza por la puerta, miraba calle arriba y farfullaba algo. Cerraba luego la puerta y desaparecía bajo el emparrado. En otro patio, unos vecinos cenaban en el exterior en torno a una mesa cubierta con un mantel de hule, bajo una bombilla que colgaba de la rama de un árbol. Miles de mosquitas y mosquitos revoloteaban alrededor de la bombilla. Pero la mayoría de las casas estaban sumidas en la oscuridad, cubiertas por el polvo estelar.

Una plazoleta triangular, pálidamente iluminada por una farola; en el centro, una rotonda con flores y una estatua mezquina, un soldado de yeso más pequeño que el tamaño natural, con un arma en ristre. Se le había caído una mano mucho tiempo atrás y ahora quedaba tan solo un muñón de hierro oxidado, de esos con los que se sujeta el hormigón. Era un lugar indeciblemente triste. Al penetrar en él, te volvías tan pálido e inmaterial como todo lo que te rodeaba. Pero fue precisamente allí donde se detuvo Maria, se volvió hacia Costel y le dijo muy seria, casi con severidad: «Bésame». El chico del Banat sintió que le estallaba la cabeza y que el orden del mundo se tambaleaba. El efecto se producía antes de la causa y el tiempo

discurría al revés. En un instante arrojó al fuego aquella tabla infinita que no había anticipado nada y se abandonó, entregado en cuerpo y alma, al otro hemisferio, donde las contradicciones se funden en una luz tierna, en un disolvente universal. La abrazó con torpeza por la cintura, como había visto en las películas, e intentó abrirle la boca con los labios y la lengua, pero la joven se resistió, y fue el suyo un beso típico de la década de los cincuenta, romántico y casi casto, tal y como todo el mundo imagina que se besaron su madre y su padre antes de nuestro nacimiento. Fue exactamente así: un beso de Hollywood, con una pasión fingida y sin pizca de erotismo. Incluso la luz del rostro de Maria, cuando se separaron y Costel pudo ver la cara dirigida hacia él, parecía estudiada, parecía estar bajo un foco que enfatizaba los ojos brillantes y los dientes perfectos de las divas de otra época. Maria no había rodeado con los brazos el cuello de Costel, sino que los había posado suavemente en los hombros, como al bailar. Tampoco ella sabía muy bien por qué le había pedido que la besara. Tal vez por miedo. No podía quitarse de la cabeza el mensaje terrible de la mujer de la mariposa. Era una elegida, ya no le cabía duda..., pero ¿para qué? ¿Y por qué precisamente ella? Dios mío, pensaba, es espantoso ser elegido, sentir el dedo del ángel dirigido hacia ti como un puñal. Sentir que has abandonado la oscuridad de tu libertad, que estás bajo la luz, que te observan en cada instante de tu vida y que nada te pertenece, ni siquiera tu propia alma. Es terrible que se pose sobre ti la mirada de Alguien tan poderoso e incomprensible, que ya no importe si has sido elegido para la beatitud o para la tortura. Deberíamos rezar todos los días, con esperanza y desesperación: «Dios mío, no me elijas, Dios mío, haz que no te conozca jamás, que no aparezca en tu libro...». Maria temblaba de fascinación y de horror, pues a partir de ahora no podría ya escapar. Sí, había besado a aquel aprendiz por miedo, por miedo lo amaría y se casaría con él y junto a él pasaría el resto de su vida. ¡Lo tenía tan claro en aquel momento! También ella contempló al muchacho con atención, como si lo viera por primera vez: ¿merecerá acaso ser amado? ¿Ser él el hombre de su vida? Vio unos ojos negros y un rostro pálido y unos labios tristes. De repente, todo le resultó completamente indiferente. ¿Por qué precisamente ella? ¿Por qué

precisamente ella?

Se despidieron después de charlar un rato, cogidos de la mano, ante la puerta de la casa de Silistra. Parecían encontrarse en las profundidades del océano, las estrellas eran tan solo los reflejos de las olas bajo una luna de otro mundo. La adelfa del patio despedía un olor dulzón y embriagador. Se besaron una vez más, rozándose apenas los labios, y la joven se adentró en el patio. En su jaula de alambre, los pavos reales dormitaban sobre un tocón de madera. Marinache se ahuecó en sueños al sentir los pasos de la muchacha, pero el gorgoteo se le atascó en la garganta y el moco se quedó pálido y blando, colgando sobre el pico. Algunas ventanas cubiertas con papel azul estaban iluminadas y se oían voces masculinas y femeninas hablando tranquilamente o discutiendo. La chica subió por la escalerita estrecha, en una oscuridad casi total, atravesó la galería de madera que crujía terriblemente a cada paso y abrió la puerta de su habitación.

*Entra la luna por la ventana,
entra así en nuestra morada,*

murmuró, porque, en verdad, la hoz de la luna blanqueaba el suelo y una parte de la cama. Se sintió, de repente, atrozmente sola. Se acurrucó en la cama, se cubrió la cabeza con las sábanas y se quedó dormida después de llorar largo rato como una niña.

Costel permaneció un momento ante la puerta, respirando el aire sofocante del arrabal en el que el olor penetrante de las estrellas se mezclaba de forma curiosa, nostálgica, con el de los ladridos lejanos. Con las manos en los bolsillos, agitaba inconscientemente unas moneditas y las mezclaba con las hilachas y las migas. Maria. Para él, Maria era la mujer de la mariposa —incluso sus labios eran la mariposa mística largamente esperada por cualquier hombre—, que él había absorbido allí, bajo la bombilla mortecina de la plazoleta. Como a través de un alambique deslumbrante, la imagen de su amada, completamente psíquica (porque, aunque la había abrazado, Costel no se habría atrevido jamás a imaginar que llegaría a ser algún día el señor de un imperio de tejidos, glándulas y recuerdos con el

nombre de Maria a cuyos puertos enviaría él sus galeones cargados hasta los mástiles de esperanzas, miradas, caricias, esperma, crepúsculos, la flotilla desesperada de una comunicación imposible), fluía, gota a gota, en su sistema circulatorio, penetraba en el corazón, rodeada ahora por los rayos de la luna, desde las aurículas gorgoteaba en los ventrículos, era arrojada luego, gracias a una fuerte contracción, a las arterias yugulares, donde se separaba en miles de filamentos y tubos que empujaban sus prolongaciones hacia el cerebro, vagaba por los conductos de los axones, millones de Marias idénticas con túnicas de glucosa, que parasitaban cada célula estrellada y cada neuroglia como si fueran unas espiroquetas encantadoras, se encontraban en salas y pasillos y se fundían unas con otras, como bolas de mercurio, en Marias más grandes y más hieráticas, hasta que, en la sala suprema, en el trono supremo del cráneo, flanqueado por grifos, una única, inmensa Maria temblaba reflejando de nuevo los suaves relieves del cráneo, bajo los cuales apenas cabía, mientras la adoraba, rendido a sus pies, un difunto poeta polaco muerto dos siglos atrás. Cuando la luz de la habitación de la muchacha se apagó, Costel encendió un cigarrillo y regresó por el laberinto ardiente, sobresaltándose ante la aparición de cualquier silueta. Sentía a cada paso cómo la mujer del interior de su cráneo se tambaleaba suavemente, como un giroscopio.

Poco después la noche se volvió sospechosa. Las callejuelas embarradas se multiplicaban y las estrellas, allá arriba, no eran las mismas: tenues y cercanas como un decorado naif. Las cercas que acariciaba con los dedos habían adquirido un brillo de cartón piedra. Las casas perfilaban sus contornos apenas visibles, convertidas en amorfos montoncitos de tierra, y el ladrido de los perros se había purificado y se alargaba en *glissandi* cada vez más lentos. «¡Qué diantres!», se dijo el joven, pasándose la mano por el pelo. Su cabello era ahora compacto como un trozo de goma. Cuando la mano descendió por la cara, sintió sus rasgos embotados, reblandecidos, como modelados en porcelana. Incluso la vista se le enturbió. Costel contempló, como un sonámbulo, su mano izquierda: los dedos se hundían levemente en la palma. Se dio cuenta de repente de que abandonaba el Relato, de que había llegado a las zonas laterales en las que todo se sume en

la sombra, a un mundo en construcción, con el espacio y el tiempo apenas brotados. Siguió avanzando, sin embargo, hasta que de él no quedó sino el avanzar. El mundo era ahora sucio y deforme como la plastilina en la que se han mezclado todos los colores, todos los muñequitos, todas las manzanitas. Poco después, todos los rasgos desaparecieron en la matriz final: la noche. Que se disipó también en lo no-pensado, lo no-escrito, lo no-existente. En la página blanca sobre la que me inclino y que no volveré a profanar con la simiente obscena de mi bolígrafo.

Tercera Parte

Contemplo mis manos esta tarde silenciosa de finales de verano, sentado, en camiseta, ante el cuaderno de tapas de plástico marrón. Las manos se perfilan pálidas, pero con los bordes oscuros, sobre el aire rojo de la ventana. Observo la piel que las cubre, arrugada y semitransparente como un cristal blando, más duro en la punta de los dedos, ahí donde las uñas, de forma ovalada entre los padrastrós que me muerdo hasta hacerme sangrar, me han crecido como élitros rígidos en el abdomen de un insecto. Bajo la piel, tensos y delicados, se perfilan los tendones que mueven las palancas de los dedos. Y los dedos se mueven porque no dudamos. Porque entre las fronteras de nuestra piel no corre solo sangre, solo linfa, solo hormonas y solo azúcar: corre sobre todo fe. «Si tenéis fe como un grano de mostaza, le diréis a este monte “Muévet” y él se moverá»: nosotros les decimos a los dedos que toquen, a los ojos que vean y a los pies que caminen, y estos trozos de carne obedecen, pues se encuentran en nuestro imperio y, en cuanto emitimos la orden, estamos seguros de que van a obedecer, ya que, en cierto sentido, esa certeza es la orden. Hay en nuestro cuerpo, trenzado con las arterias y las venas, trenzado con los nervios y las placas motoras, humedecido por los líquidos osmóticos, un sistema circulatorio de fe inquebrantable, de certeza de nuestra naturaleza angélica. Porque eso es lo que hemos denominado siempre ángel: el intermediario que, revestido de fe, parte del espíritu y mueve la materia, la moldea y la somete. Hay en el cerebro una bomba de vacío metafísica, un corazón neural que, a través de largos tubos de luz dorada, envía a todas las provincias, departamentos y cantones de nuestro cuerpo a esos graciosos heraldos que nadan en el suero de la fe. Y ellos, andróginos con testículos de zirconio y senos de amatista, se precipitan sobre los montones de fibras estriadas, las contraen y las relajan, las dirigen hacia lo que desea nuestro ser profundo y el dedo se mueve, y la montaña se arroja al mar. ¡Ay, Señor, si nuestra piel no fuera tan gruesa y opaca, si su interior no fuera tan brillante que la fe, al llegar a

esa frontera, no se viera obligada a regresar como la luz reflejada en un espejo cóncavo! ¡Si la luz de nuestra esperanza rodeara nuestro cuerpo con un aura de azur y de sodio! ¡Si las filigranas de los rayos brotaran entre las cejas como puentes de fuego y, al tocar una cerilla sobre la mesa, le ordenaran que se moviera! Cuántas veces habré pasado horas muertas, hasta casi enloquecer, disuelto en el miedo y el sudor, con la mirada clavada en un grano de arena apenas visible en la tabla de la mesa, repitiendo en mi interior, con toda la fuerza de la que era capaz: «¡Muévete! ¡Muévete!», imaginando que se había movido, que el milagro ya se había producido... Acercaba el dedo para que su espectro astral llegara hasta él, hasta la soledad de su naturaleza. Me concentraba, mi corazón se aceleraba, las venas de las sienes se hinchaban, los ojos se me salían de las órbitas como si hubiera intentado levantar una piedra inmensa, pero no, los ángeles palpaban la piel por dentro, intentaban brotar al exterior junto con el sudor, pero volvían a rodar hacia el corazón atraídos por una fuerza divina. No tenía suficiente fe, la fe que secretaba a duras penas conseguía llenar el saco de huesos e intestinos de mi cuerpo.

A veces me imaginaba que, gracias a la fe, me extendía hasta la periferia de Bucarest, hasta las vías del tren y las carreteras de circunvalación que lo rodean como una membrana rígida en torno a una célula. Con su circulación demente y caótica, sus plataformas industriales en las que cada pieza de cada máquina está ajada física y moralmente desde hace mucho tiempo, con sus universidades y bibliotecas en las que florecen líquenes de miles de colores y de especies, con sus estatuas (¡ay, las estatuas!) asombrosas, con el Dâmbovița y el Colentina como capilares tejidos con colesterol, con los edificios cubistas del centro cristalizados en torno a unos inquilinos embebidos de melancolía, con sus mujeres de nalgas tatuadas que deambulan sin rumbo por las calles a la sombra de los tilos en flor, la ciudad se convertiría en mi propio cuerpo artificial, podría bautizarla con mi nombre y podría humedecerla con mis deseos. Controlaría el hormigueo de los escorpiones y los murciélagos en sus sótanos de cantos rodados, calcularía la trayectoria de cada gota de orina que brotara del meato del borracho que moja una pared con la cabeza apoyada en su ladrillo helado,

jugaría apasionadamente con la forma de las nubes desgarradas por las antenas parabólicas del Palacio de Telecomunicaciones, las modelaría en forma de mecheros, de arañas, de Jehová, de chinchetas, escribiría con ellas, en el cielo de la tarde, terribles juramentos algodanosos..., prohibiría de repente la producción de estrógenos en todos los aparatos genitales, en los de los hombres, los de las ratas, los de las moscas y los del resto de las criaturas y seguiría a lo largo de los años la descomposición del mundo vivo a través de la angelización..., transformaría todas las iglesias ortodoxas en medusas semitransparentes, a través de su carne se verían los iconos de las paredes como unos gránulos difusos dorados y azules, los curas con sus sotanas serían vacuolas y orgánulos latiendo despacio en torno al altar, y los feligreses, filiformes como los del Greco, serían unas tiras harapientas, pálidas, con baterías de células asesinas en su ropaje blanco. Y centenares de iglesias se elevarían lentamente desde el fondo del océano, entre los edificios, agitando sus cúpulas, aleteando los encajes irisados, cada vez más arriba, dejando en la piel de la ciudad unas manchas redondas de carne viva, hasta que, con las manos invisibles de la fe, yo reuniría el regimiento centelleante de campanas, las mezclaría unas con otras, las aplastaría ligeramente, como granos de uva, hasta que en el cuenco de mi mano se formara una gran campana de gelatina azul, con aroma a mirra, incienso y nardos, con la que me lavaría los ojos brillantes.

Oh, Señor, la soledad no es sino uno de los nombres de la locura. Sé muy bien que con mi voluntad no podré modificar jamás ni siquiera el proceso de formación de las caries en mis dientes. Sé que no puedo dictar órdenes ni a una décima parte de mi propio cuerpo. En cuanto al exterior..., pero ¿qué hay en el exterior? Sin los fotones que caen sobre los objetos y rebotan en el cristalino de mis ojos —unas esferas horribles incrustadas en el hueso craneal—, el mundo sería un fango oscuro de reverberaciones, como el mundo de las arañas, para las que existe únicamente aquello que hace vibrar su ridícula telaraña. La aterradora imagen de la muerte no es para mí el no-ser, sino el ser sin ser, la vida terrorífica de la larva del mosquito, del gusano, de las caracolas de los fondos abisales, la carne viva e inconsciente que nos constituye a todos. Percibimos la luz con unos huevos correosos

lentos de jalea, la transformamos en impulsos eléctricos y la transportamos a un montón de mucílago húmedo situado en el interior de una concha caliza. Nunca sabremos cómo se convierte una longitud de onda en una sensación subjetiva, cómo vemos (Señor, pero ¿cómo vemos?) el pétalo de una boca de dragón. No podremos comprender jamás cómo puede existir esto que, a lo largo de nuestra vida, no hemos visto, oído, probado, olido ni palpado jamás. Nuestra vida, limitada a nuestro universo, que envuelve nuestro cadáver como una mortaja, como el vendaje estrellado de las momias. Nuestro mundo, el campo de nuestras sensaciones. El leve moho de luz que cubre nuestras pupilas, el fieltro sonoro que crece en nuestros tímpanos. Los pezones de una mujer que recuerdan las yemas de nuestros dedos. Nuestra lengua, como el pedúnculo de una orquídea, nuestra lengua, que no es roja, sino que está pintada en dulce, ácido, amargo y salado. Y los arbolitos en forma de madréporas, zarandeados por el mucus que despliegan sus copas en las fosas nasales. Y los bloques calcáreos de la cárcel del oído interno. Y los pedúnculos que conocen el significado del frío y el calor. Todo ello desperdigado como gotas transparentes de pegamento en la red de nuestros nervios. A veces imagino que me han sumergido en un baño de ácido corrosivo que disuelve mi carne, mi esqueleto y mis órganos internos, dejando intacto, sin embargo, el sistema nervioso. Luego me sacan y me extienden en una lámina de cristal, con el hilillo de cada nervio bien estirado, con sus miles de ramificaciones desplegadas en círculo a su alrededor, como un tapete de hilo blando, fino, imposible de romper. ¿Qué sería yo sino una neurona, con el cerebro transformado en cuerpo celular, la médula espinal convertida en axón y los nervios, en incontables dendritas? Una telaraña que solo percibe lo que la acaricia. Sí, todos albergamos una sola neurona, la humanidad es un cerebro disperso que procura desesperado recuperar la unidad. Y me pregunto estremecido si no serán así el Juicio Final y la resurrección de los muertos: la extracción de la neurona de cada individuo que haya vivido, la selección y destrucción de las inservibles «allí donde será el llanto y el crujir de dientes», y la construcción, con las más perfectas, de un fantástico cerebro nuevo, universal, cegador, gracias al cual subiríamos, inconscientes y felices, un escalón más del fractal del Ser eterno.

Pero ¿y las neuronas «inviabiles»? ¿Y las mentes, las almas y las sensaciones de los criminales y los pecadores? ¿No formarían a su vez, en la Gehena, un cerebro infinitamente perverso, un monstruo ante el cual el cerebro de Leonardo, compuesto por las partes más horribles de las criaturas de las tinieblas, sería bello como un arcángel? ¿Y no continuaría de esa manera, también en el mundo superior, la cizaña de siempre, la perpetua cizaña? Pues la tortura eterna, ese infinito tormento que son la maldad, el llanto y el crujir de dientes debidos a la incapacidad de ser bueno, ¿no es asimismo existencia y, al ser existencia, no es también infinitamente bella? Separados gracias a la centrifugación en las grandes turbinas de Dante, o a través de la destilación fraccionada en las Déesis de los iconos bizantinos, el infierno y el paraíso, la capa de aceite perfumado sobre la capa de petróleo pestilente son, al fin y al cabo, también sabiduría. El paraíso, la sabiduría de la mano derecha, del hemisferio derecho, femenino, delicado y suave, aguas infinitas e inmóviles, iluminadas hasta las profundidades por la fosforescencia de los terribles peces abisales... El infierno, la sabiduría de la mano izquierda, el hemisferio izquierdo, el violento fuego paracleto, el macho que esconde, en medio de la destrucción, un alma de pichón. El bien y el mal, dos Budas enormes surgidos como dos volcanes en nuestras vidas, principios opuestos y, sin embargo, afines como los polos de un imán, se acoplan finalmente, a través de un puente de fibras nerviosas, para formar los hemisferios arrugados y complicados del enorme, del incomparable Cerebro que nos sueña.

Alguna vez llegaremos allí. *Videmus nunc per speculum in aenigmate, tunc autem faciem ad faciem...* Y llegaremos allí porque ya estamos allí, porque hemos puesto ya un pie, porque somos anfibios, porque, de forma paradójica y milagrosa, formamos ya parte del mecanismo que nos inventa en cada momento, así que participamos a cada instante en nuestra pintura, en nuestra escultura, en nuestra concepción, en nuestro bordado. Si no fuera así, no podríamos mover siquiera un dedo, porque el dedo de carne, tendones y hueso no se sentiría obligado a obedecernos. Puesto que participamos ya de la Divinidad, todos emitimos, de las matas de los sobacos, de la grasa de las caderas y, sobre todo, de la concha que tenemos

sobre los hombros, una luz perfumada que nos envuelve como una lanzadera. Es la mandorla que algún día nos elevará a los cielos, la cáscara de la simiente que contiene un embrión vivo. Sí, somos embriones neuronales, renacuajos enredados en órganos atávicos que pertenecen a dos medios, a dos zonas del ser. Qué extraños seremos cuando, al igual que los cetáceos, abandonemos definitivamente la tierra firme de la carne inerte y nos adaptemos al nuevo reino, cuando nademos en el fluido mental de un conocimiento ingente, formando parte de su totalidad, perdidos en él como los animalitos transparentes del plancton o como un único animal que llena todo el océano, indistinguible de él, una pulga marina sobre cuyo lomo navegan buques de arrastre y pesqueros...

Son casi las seis de la tarde, un verano tardío y sofocante... Hace mil novecientos ochenta y seis años nació un profeta en Judea. Treinta y tres años después fue crucificado, pero al cabo de tres días resucitó y subió a los cielos. No sin haber prometido que regresaría. Hasta el día de hoy, sin embargo, no lo ha cumplido. A ese retraso le debo el hecho de que, ya ves, tengo todavía unas manos que me contemplo con perplejidad. No he sido transformado todavía en un abrir y cerrar de ojos, y no he visto aún una tierra nueva ni un cielo nuevo...

Sigo sentado en mi silla, en la buhardilla de la ventana ovalada, en los confines de una galaxia. Reina un silencio cada vez más rojizo a medida que cae la tarde, entretejido con ruidos versátiles y benignos: el canto incesante de las tórtolas (que a menudo se posan en el alféizar y miran con su ojo redondo la cueva de este lado de la ventana), el agua de la cisterna del baño en otros apartamentos, los gritos límpidos de los chavales que juegan al fútbol entre los coches aparcados delante del bloque... Escribo ahora en el corazón de la noche. La lamparita de mi mesa no ilumina mucho más que un candil, así que los rincones de la habitación están sumidos en la penumbra y la cama desaparece en un rincón de alquitrán. Un vapor de alcohol llena la habitación, alcohol y sudor. Porque en mi casa, en mi cama hay, por primera vez en varios meses, alguien, completamente borrado por la oscuridad. Solo si saco la cabeza y los hombros de la esfera de luz dorada de la mesa y dejo que mis ojos se acostumbren poco a poco a las tinieblas, creo distinguir ahí una estructura arrugada, una telaraña trazada con el punzón de un grabador, una placa a la que el ácido apenas ha atacado. Mucho después distingo el blanco fantasmal de una sábana arrugada que esconde y a la vez revela una forma humana. Parece un molde de escayola arrojado pesadamente en la cama de madera, una estatua que hace que se comben y crujan los listones. Pero Herman es ligero, un esqueleto a duras penas sujeto por un envoltorio de piel pegado al cráneo y holgado en el resto del cuerpo, pues su metabolismo se resume a una combustión de alcohol. «Pobrecito — decía mi madre hace veinte años—, tan joven y tan educado, que me dice docenas de veces “Mis respetos, señora” cuando nos encontramos en el ascensor o en la escalera... Pobre chico, mira adónde ha llegado, mira lo que hace la bebida...» Y yo, de su mano, sin sospechar que un día llegaría a conocer a Herman como a mí mismo, volvía la cabeza hacia el portal, donde podía ver aún, inverosímilmente jorobado, al borracho, su silueta débilmente iluminada en la oscuridad de la lucecita amarilla y roja del

ascensor. Su cuello formaba un ángulo recto con el cuerpo, como si una de las vértebras cervicales hubiera rotado, curvando el cordón espinal hasta volverlo horizontal, y la cabeza, siempre mirando al suelo, era la viva imagen de la humildad oriental. Cuando nos encontrábamos con él, yo sentía miedo porque me asustaban los borrachos como si fueran animales extraños —los oía gritar y jurar a veces en la parte trasera del bloque— y, aunque Herman era la dulzura en persona, cuando posaba la mano en mi coronilla, yo daba un respingo y mi madre tiraba de mí. Sin embargo, él no retiraba la mano de mi cabello corto, con flequillo, y si el ascensor estaba precisamente en el séptimo, podía permanecer así más de un minuto. Entretanto, nos miraba, en la oscuridad de la escalera, mostrando bajo las cejas unos ojos muy, muy azules, con la frente arrugada por el esfuerzo de mirar de frente. Su rostro era joven y bello, inteligente, pero la respiración cargada de tufo a vodka nos obligaba a aguantar la nuestra durante el rato en que, apretujados en el ascensor, subíamos hasta el quinto. Cuando cerrábamos la puerta de metal, con una banda de cristal mate, y nos encontrábamos en nuestro tranquilizador rellano, ante el apartamento número 20, yo respiraba profundamente varias veces, esperando a que mi madre abriera la puerta, mientras el ascensor subía dos pisos más con Herman.

Además del habitual «mis respetos, señora», el joven no abría la boca, pero me miraba sonriente y seguía acariciándome la cabeza. Llevaba siempre el mismo traje oscuro, muy correcto, con la camisa blanca desabrochada que dejaba ver la piel suave y rosada del pecho. Aunque siempre estaba achispado y, cuando acompañaba a mi madre a la compra, en Lizeanu, solía verlo en la bodega pasando el rato con otros borrachos ordinarios, Herman no se tambaleaba, no soltaba incoherencias y no vestía ropas descosidas o sucias. ¡Qué diferente al padre de Mimi y de Lumpă, un gitano guarro que volvía a casa seguido de un grupo de gitanos que tocaban el violín y el acordeón, mientras él berreaba su canción favorita:

*Que se muera mi madre
si no te rapto esta tarde*

*en babuchas y desnuda,
que se entere hasta el cura,*

con los pantalones caídos y rascándose el balón de su barriga peluda! O el del portal 3, el vejete del pantalón gris, que se sacaba el gusano negruzco y lanzaba un chorro de pis, como un caballo, contra los postes del callejón, entre los críos que jugaban con las cajas de cartón de la tienda de muebles.

El joven vivía con una madre pueblerina, de edad avanzada, en la buhardilla del bloque de Ștefan cel Mare. El ascensor solo llegaba hasta el séptimo, luego había que subir por las escaleras un piso más para acceder a su rellano, minúsculo, compartido por la puerta de la buhardilla, la puerta de metal, siempre cerrada con un candado, del cuarto de máquinas del ascensor y la puerta, con una ventana transparente, del lavadero. La cuarta puerta, la más misteriosa con mucho para mí, era la que daba a la terraza. De hecho, este rellano, y no solo él, encerraba unos misterios concéntricos, cada vez más perturbadores, cada vez más profundos... Me había trasladado al bloque de Ștefan cel Mare cuando tenía cinco años y la inmensidad de sus escaleras, de sus portales y de sus pisos me ofreció durante varios años un vasto y extraño territorio de exploración. He regresado allí en muchas ocasiones, en la realidad y en sueños o, mejor dicho, en un *continuum* realidad-alucinación-sueño, sin saber nunca por qué la visión de ese bloque alto, con ocho portales, con la fachada cubierta por un mosaico de ventanas panorámicas, con las mágicas tiendas de la planta baja —muebles, electrodomésticos, el taller de reparación de televisores—, me ha emocionado siempre profundamente. Nunca puedo contemplar esa zona de la carretera con una mirada serena. Si la fotografiase, estoy seguro de que la foto mostraría algo completamente distinto: entre el enorme castillo, escarlata, del molino Dâmbovița, con sus frontones y almenas recortados contra el cielo, y el mar de tejados y edificios cúbicos, amarillos, rosas o granulados del Bucarest del otro lado de la carretera se vería tan solo un descampado, tal vez lleno de montones de vías de tranvía oxidadas o de piezas prefabricadas de hormigón o, simplemente, una ciénaga amarilla que reflejaría las nubes amarillas volcadas sobre ella... El bloque, la torre de la

Policía adosada a él, la Avenida del Circo con su hongo azul, rodeado todo ello por álamos de ramas retorcidas en una lacería renacentista (y que han crecido muchísimo estos años: en verano, desde el balcón del apartamento de mis padres, a través de la nieve de la pelusa de los álamos, no se puede distinguir ahora, debido al follaje, el sendero, solo se divisa el gran frontón polvoriento del molino), parecen vivir de verdad únicamente en mi cabeza, surgidos pálidos, espectrales, de un abismo emocional. Todo es extraño, porque todo se remonta muy atrás en el tiempo. Y porque todo está en ese lugar en el que no se distingue el sueño del recuerdo, pues las grandes zonas del mundo no estaban entonces separadas unas de otras. Y vivir el extrañamiento, sentir una emoción, quedarse petrificado ante una imagen fantástica significa siempre lo mismo: regresar, volver, descender al núcleo arcaico de tu mente, mirar con el ojo de una larva humana, pensar algo que no es un pensamiento con un cerebro que no es todavía un cerebro y que funde en un núcleo de placer desgarrador eso que nosotros, al crecer, separamos. En incontables sueños entraba en el portal 4 del bloque de Ștefan cel Mare, tal y como estaba en los primeros meses después de nuestra mudanza: el vestíbulo lleno de escombros, el panel de metal con las portezuelas de los buzones colocado en una pared distinta a la que ocupa hoy en día, una celdilla misteriosa, llena de periódicos y paquetes, que ahora ya no existe —o tal vez no haya existido jamás— y los monumentales escalones que conducían hasta la puerta del ascensor. Todo es tan vasto como el interior de una basílica, solemne y aterrador. Más terrible resulta aún la oquedad blanca del hueco del ascensor, antes de que lo instalaran. No hay puerta, es solo una abertura rectangular en medio de una pared. Subo, dominado por una especie de hechizo, las escaleras llenas de cascotes y de yeso endurecido, me detengo ante el inmenso orificio y miro hacia arriba el enorme pozo silbante, con los intestinos de los cables trepando por las paredes. Siento vértigo ante esa altura infinita, me agacho y alguien me aparta bruscamente. Es mi madre, que me coge de la mano y empezamos a subir por las escaleras llenas de ese mismo escombros, a veces tan abundante que tenemos que escalar los montones cenicientos. Entre los pisos con puertas de apartamentos hay otros vacíos, siniestros, con unos ventanucos

por los que se ve el molino y con una sola puerta, la del incinerador de basura. En los incineradores huele mal, pues muchas familias se han mudado al bloque antes de que esté terminado. Me dan más miedo los rellanos vacíos que los de los apartamentos. Aunque aquí cada puerta sea distinta, aunque hayan aparecido ya grandes tiestos con un cactus o una adelfa y alguna foto mugrienta colgada en la pared. Si no estuviera con mi madre, no llegaría nunca a casa, pues seguramente los pisos se extienden hacia arriba y hacia abajo hasta el infinito. Perdido en rellanos desiertos, gritaría desesperado hasta quedarme sin voz, enajenado por el pánico y la extrañeza. Llegamos por fin a casa. Mamá abre la puerta metiendo en la cerradura el filo de la llave de seguridad, que hace que las aletas del cerrojo pequeño se retiren poco a poco. A continuación abre con la llave de verdad. Penetramos en las amplias estancias vacías, luego nos dirigimos a la habitación de enfrente. Es una tarde oscura. En el triple ventanal se ve una nube de sangre sobre la ciudad. Unos letreros luminosos, a lo lejos, se encienden y se apagan. En la habitación hay tan solo una cama y una silla. Las paredes están sin pintar y del techo cuelgan dos cables de alambre negro retorcidos como dos patas de araña. No tenemos todavía corriente eléctrica. Mi madre, joven y guapa, enciende una vela y la coloca en un platillo. No tenemos cortinas, la ventana está salpicada de cal. Nos sentamos en la cama, abrazados, y me derrito de amor y de magia. En la ventana solo el jirón de sangre coagulada perdura un rato, el resto es oscuridad. También se ve la luz redonda, débil, con agujas irisadas, de la vela, reflejada en la ventana. Reina un silencio hermoso y triste. Me abrazo a mi madre y ambos contemplamos cómo, lentamente, desaparece también la línea de sangre...

Luego, a la luz temblorosa, esférica, de la vela, mi madre se levanta y proyecta una sombra colosal sobre las paredes y el techo, como un extraño ballet en el que la mujer de carne oscura —solo sus ojos castaños son claros como dos lagos en el crepúsculo— cambia sus rasgos, su ropa y sus órganos internos por los de su propia sombra deforme, anamórfica, trémula. Abre la mano y en la palma, como en el centro de una flor marrón, hay un elefante de plástico blanco, fino, semitransparente a la luz amarillo-oscura. Lo coloca en la silla y deja que cuelgue del borde del asiento la monedita dorada,

prendida con un hilo al cuello del elefante. La monedita gira un poco y brilla, parpadea suavemente, lanzando vagos destellos al suelo. Su peso pone al elefante en movimiento, empieza a tambalearse, se apoya primero en las patas de la derecha, luego en las de la izquierda, mientras la monedita desciende lentamente hacia el suelo. Arrodillados a ambos lados de la silla, la contemplamos, sonriendo felices, fundidos en la noche luminosa de la habitación todavía medio desconocida. Y en la inmovilidad que lo rodea, iluminado desde detrás, alargando su trompa reluciente con una sombra deforme sobre la madera de la silla, el elefante avanza durante varios minutos emitiendo un ruidito intermitente, avanza milímetro a milímetro, eternidad tras eternidad hasta el borde, donde se detiene y se asoma un poco al abismo. La monedita cuelga a un solo dedo del suelo y muestra, sucesivamente, las dos caras, que se alternan como las fases de la luna...

Algunas veces, dos o tres meses después de mudarnos a Ștefan cel Mare, mi madre pulsaba por error el botón del sexto o del cuarto en el ascensor ya instalado. Subíamos a oscuras porque alguien robaba siempre la bombilla, así que dejaron de reponerla y, cuando la cabina se detenía entre crujidos metálicos, abríamos la puerta y salíamos a un mundo desconocido y aterrador. Si nos deteníamos en el cuarto, la impresión no era tan fuerte, pues conocíamos el descansillo de cuando subíamos por las escaleras, pero si llegábamos a los pisos superiores al nuestro, sentía cómo los ojos se me salían de las órbitas por el miedo. En aquellos mundos reinaban siempre el silencio y el vacío. El aire era verdoso y a través de esa bruma solemne distinguía unas imágenes terroríficas: de repente, sobre las formas familiares que me esperaba —las puertas de los apartamentos del quinto, con cada detalle conocido, con la plaquita azul de la puerta del señor Manu, con la mirilla de latón en forma de embudo del policía, con el felpudo marrón de la madre de Săndel— se superponían monstruosos, amenazadores dibujos mentales: otras puertas, otros colores, otra pintura en el cuadro eléctrico, otra configuración del mosaico del suelo. Era un descansillo idéntico al nuestro y, sin embargo, completamente distinto, cuanto más se parecía a grandes rasgos, más se diferenciaba en los detalles, era otro universo que gritaba amenazador, glacial, y en el que me sentía completamente perdido.

Una vez nos metimos incluso en otro portal, con dos escaleras aparentemente idénticas a las del nuestro, solo que eran las escaleras 6 y 7, no 3 y 4, y el engaño perduró hasta que llegamos al ascensor y nos detuvimos en el quinto y abrimos la puerta de metal verde que daba a otro mundo, y bajamos por las escaleras y cada rellano —algunos iluminados y rebosantes de un silencio silbante, otros sumergidos en la más profunda oscuridad— era tan extraño y aterrador como si estuviéramos descendiendo al infierno... Berreaba como un animal y me zafaba de la mano de mi madre, que también gritaba intentando calmarme, pero yo temblaba de pies a cabeza, como el corazón de un pájaro, y no me tranquilicé hasta que no me vi fuera, en la calle, y contemplé los postes de la luz entre las vías del tranvía, que sujetaban sus globos de luz rosada. Tranvías y coches atravesaban la noche roja, y los escaparates encendidos de la tienda de muebles mostraban los objetos conocidos, tranquilizadores: butacas y sofás, mesas, lámparas de pie...

El octavo piso de nuestra escalera era incomparablemente más misterioso que los demás. Lo descubrí más adelante: cuando subí allí por primera vez, con Luci y Jean, para salir a la terraza, había pasado más de un año desde que nos habíamos mudado al bloque. Tenía seis años cumplidos y solo conocía bien, en aquel coloso de hormigón, nuestra escalera y el vestíbulo de la de enfrente, en el mismo portal. Casi todas las tardes salía a la parte trasera del bloque para jugar con otros niños por las zanjas del alcantarillado en las que no habían instalado aún las tuberías ni los cables eléctricos. Había oído hablar del portal 1 como de un continente lejano que no llegaría a explorar, tal vez, jamás. Me encontrara donde me encontrara, tenía que estar al alcance de la vista de mis padres desde el balcón del quinto piso, así que su mirada, situados allí arriba cabeza con cabeza, delimitaba el mundo seguro y civilizado más allá del cual me engulliría la nada. Lo cierto es que el universo estaba compuesto entonces por las tres habitaciones de nuestra casa y unos pocos anexos, largos como las patas de las arañas, de una ambigüedad más evidente cuanto más alejados se encontraran. Había una primera zona, semirreal, en la que podía moverme solo con una cierta seguridad, luego estaban los paseos por la ciudad,

creados por mis padres a medida que nos internábamos en lugares peligrosos y extraños. Solo mi madre y mi padre, entre los que caminaba a través de fortalezas y basílicas, depósitos y torres de agua que desgarraban unas nubes como una llama en los cielos dorados, solo mis amigos y mis gigantescos señores, que me apretaban los dedos con sus manos grandes y calientes, mientras hablaban tranquilamente sobre mi cabeza y me arrastraban por plazas redondas con fabulosas estatuas en el centro, solo ellos podían pacificar los dominios del caos infinito. Como un arco reflejo, como un engrama en la memoria, como el desgaste de los escalones de mármol por el paso de millones de pisadas, algunos trayectos que realizábamos más a menudo se «endurecían», adquirían consistencia, se teñían de matices familiares al desprenderse de la ceniza irreal que los rodeaba. El tranvía que llevaba a Dudești-Cioplea, donde vivía la tía Sica (Vasilica, la hermana de mi madre), era lo único de color rojo y arriba tenía la única franja de cielo azul de Bucarest. Cuando subía, me gustaba sentarme junto al asiento del conductor, ver cómo manejaba la palanca con la bola de metal y contemplar el cielo a través del cristal grueso, violeta, de la ventanilla tintada. La bola de la palanca era de latón bruñido por el roce continuo de la palma áspera del conductor y en su curvatura se amontonaban, en colores concentrados, diez veces más intensos que en el delicado aire exterior, el paisaje del barrio que íbamos atravesando y el interior de madera del vagón, con sus asientos de madera y las barras de madera que golpeaban contra el techo cubierto con sintasol. También veía en ella el rostro del chófer y, si me acercaba, mi propia carita, solo los ojos y la nariz, con una sonrisa bobalicona y asombrada. Igualmente «solidificado» y menos extraño —¡si bien qué curioso!— era el camino a casa de mis padrinos, a Maica Domnului, donde también nos llevaba un tranvía, pero solo unas pocas paradas, luego teníamos que adentrarnos por una calle de barrio, siempre llena de barro, con las vallas absurdamente pintadas en rosa y azul y verde, antes de llegar, al final de un camino interminable, hasta la casa en forma de barco. En este nuevo trayecto neural el cielo presentaba un aspecto completamente distinto: era una capa de líquido perfumado, con vastos arrecifes de coral, con lirios de mar que se balanceaban en las

corrientes primaverales y filtraban el aire helado a través de unas branquias como plumas, con bancos de pececillos que brillaban al sol y que cambiaban bruscamente de dirección, todos a la vez, ante quién sabe qué giro de las nubes...

El octavo piso era, sin embargo, una zona abstracta, poco propicia para la vida. Allí, en la cresta del bloque, el aire debía de estar tan enrarecido que ningún ser humano corriente habría podido sobrevivir. Era toda una aventura avanzar escaleras arriba hasta el sexto. El séptimo piso era casi inaccesible, pero el ascensor, el alma viva y móvil de la casa, se arriesgaba a hacerlo como una avanzadilla que se adentrara en las profundidades de la selva, en el Mato Grosso. Los rellanos eran, si no idénticos, sí al menos «del mismo tipo» que los conocidos. En el octavo —¡cuántos rumores, leyendas y mitos circulaban entre nosotros, los niños, sobre ese lejano país!— todo cambiaba. Allí estaba, en primer lugar, la salida a la terraza. Cuántos cientos de veces nos habrían advertido nuestros padres: «¡Que no se os ocurra salir a la terraza! ¡No podéis salir!», antes incluso de que albergáramos la más remota idea de lo que significaba esa terraza. Ni siquiera nos la podíamos imaginar, pero, en lugar de una representación, esa palabra encendía en nuestra mente la luz verde del miedo. Los niños más mayores ya habían salido a la azotea y eso les otorgaba prestigio y confianza en sí mismos. Hablaban de la puerta estrecha, con una ventana enrejada, que daba al exterior, de la balaustrada de hormigón más allá de la cual veías toda la ciudad y, si te asomabas, veías también la carretera como al fondo de un pozo, con tranvías y coches minúsculos... En el octavo estaba también el cuarto de máquinas del ascensor y hablaban del estruendo, como un cañonazo, del motor al arrancar y al detenerse. En el lavadero se hacían «cochinadas» (y no podías sacarles nada más a los que lo decían). Finalmente, en el octavo estaba, como un guardián en la frontera con otro mundo, Herman.

El día en que subí por vez primera al octavo me habían sucedido dos cosas bastante inusuales, así que achaco mi valor de aquellos momentos a mi estado de aturdimiento. Había salido a la calle, a la parte trasera del bloque, sobre las nueve de la mañana, cuando, aunque el sol brillaba con fuerza, el

aire era todavía tan frío como el agua del grifo. Estaba por ahora solo, en medio de aquel revoltijo de materiales de construcción, barro y zanjas que era nuestro campo de juegos. Tras el muro de hormigón con una puerta metálica que las niñas, jugando a maestras, pintarrajeaban con tizas de colores, se alzaba el gigantesco palacio de ladrillo del molino, y a su lado, como otras dependencias, el edificio aplastado —con unas paredes de las que salían unos tubos curvos que se introducían en otro piso— de la panificadora El Pionero, con las ventanas mates por culpa de la harina, envuelto siempre en un aroma a pan caliente. Su chimenea de ladrillo era tan alta como nuestro bloque y en el extremo, perdida entre las nubes, ondeaba a veces una bandera roja. Después de zarandear durante un rato las manivelas de una apisonadora olvidada quién sabe cuándo en el patio, me bajé de la cabina y empecé a jugar en una pila de arena marcada por las huellas de los niños que la escalaban a todas horas. Excavé un agujero en la arena húmeda y rojiza que olía a caracolas y que contrastaba con la costra seca, polvorienta, de la superficie, hasta que conseguí meter el brazo hasta el codo. Las uñas me escocían por la humedad, pero de repente sentí un dolor de verdad: al excavar, había topado con algo duro. Extraje con mucho esfuerzo un objeto atravesado en mi túnel y, cuando le limpié el barro arenoso, se me cortó el aliento: era una enorme, pesada y reluciente pistola de *cowboy*, con tambor, con una empuñadura curvada que a duras penas podía sujetar con la mano, con un cañón niquelado como un espejo. No se me pasó por la cabeza preguntarme de quién era, a quién se le había perdido allí. Hasta entonces solo había tenido dos vulgares pistolas de agua de dos *lei*, de un plástico rosa y blando, y a mí me gustaba beber el agua de su interior, que sabía a goma. Había visto muy pocas veces, solo entre los chicos con padres ricos, pistolas de vaquero, pero tampoco estas se podían comparar con mi excepcional revólver. Porque era solo mío, yo lo había encontrado y a partir de ahora me pertenecía. Trepé de nuevo al asiento de plástico de la cabina de la apisonadora y empecé a disparar en todas direcciones en medio del aire helado. Tenía carne de gallina por culpa del frío, pero el sol y las pelusas de los álamos, la vegetación enredada y lujuriosamente trenzada en la cerca de hormigón me daban una sensación

de verano tórrido. Solo cuando eché a correr por las zanjas del alcantarillado y elegí como diana a la primera niña que había salido a colocar sus muñecas y su cocinita en un felpudo, al sol, me di cuenta del segundo hecho sorprendente de aquella mañana: estaba desnudo de cintura para abajo. Llevaba solo la camiseta de tirantes que flotaba sobre las caderas, cubriendo a duras penas el culo y el «pajarito», pero que los dejaba al aire cuando correteaba disparando la pistola. Como la camiseta era bastante larga, mi madre no se había dado cuenta —pues me dejaba, desde hacía algún tiempo, vestirme solo— de que se me había olvidado ponerme los calzoncillos.

Sentía que la piel me quemaba de vergüenza. Me estiré la camiseta todo lo que pude y me dirigí despacio, a pasitos cortos, hacia nuestro portal. Entré en el vestíbulo sin que me viera nadie y me escabullí escaleras arriba. Como iba con los pies descalzos, los escalones de mosaico estaban fríos como bloques de hielo. Los primeros pisos eran siniestros y oscuros. El misterioso primer piso, donde no conocía a nadie y donde unos tubos delgados recorrían las paredes y se desplegaban los contadores de la luz, luego el segundo, el tercero y el cuarto, cada vez más familiares... Sabía dónde vivían algunos vecinos que tenían niños: la madre de Romică, la madre de Virgil, la madre de Cristi y del Chino... El oficial del cuarto —de nombre muy gracioso, Corcodel— se había instalado una puerta monumental, pintada en negro como la puerta de un panteón. Donde el señor Kulineac se oía siempre ladrar a Lola. La hija de Popa, el jugador del Dinamo, tenía unos juguetes fantásticos, comprados en el extranjero: una muñeca que caminaba mientras empujaba un cochecito con un bebé dentro... Encontré la puerta de nuestro apartamento entornada, como la había dejado probablemente yo. Mi madre estaba lavando algo en el baño y, cuando abrí la puerta, estaba cubierta de espuma hasta los codos y la espuma le había salpicado incluso el cabello. Un trozo grande de jabón de lavar, verde y amorfo, mantenía el equilibrio a duras penas en el borde del lavabo. La apunté con la pistola, gritando, y mi madre se sobresaltó y empezó a reprenderme. Se secó las manos con la toalla. Era enorme. Me dolía el cuello al mirar hacia arriba y verla proyectada sobre el techo. Me dijo que dejara inmediatamente aquella pistola donde la había encontrado y, al darse cuenta de que estaba con el

culo al aire, me dio unos azotes y me puso unos pantalones cortos. En cuanto me cubrió los muslos, me zafé y salí corriendo a la calle.

Me encontré con Luci, y luego con Jean, en el depósito grande junto al muro de hormigón, frente al portal 5, un portal lúgubre, diferente a todos los demás y casi tan misterioso como el 1 porque no estaba alineado con los otros, sino que se encontraba justo en la parte trasera, junto a la entrada al almacén de muebles. Así que aquella entrada rota, más deteriorada que las demás, estaba siempre oculta por cocinas, percheros, butacas, espejos protegidos por cajas y papel de embalar, colocados directamente sobre el asfalto y arrastrados en ocasiones, con gran esfuerzo, por unos mozos pertrechados de correas de cuerda y de palancas, que los subían a unos camiones tirados por caballos. Algunas veces Jean sujetaba un caballo por las riendas y le susurraba a la oreja: «*tsuric*», y el caballo reculaba y derribaba las sillas y las mesas.

Sentados en la cisterna grande, mientras pataleábamos con todas nuestras fuerzas para escuchar el estruendo metálico amplificado por el vacío, estuvimos un rato charlando tranquilamente. Jean, el del séptimo, nos decía que los italianos llaman «pollita» a la *māmāliga*, «así que puedes correr por la calle gritando “¡Pollita! ¡Pollita!”», y nadie te dice nada», y Luci, regordete, de cabello rizado, encaramado a la valla, gritaba a su vez, riendo a carcajadas, esa palabra tan graciosa. Cuando nos aburríamos de decirla de todas la maneras posibles, nos fuimos de exploración porque éramos todavía pocos para poder jugar. Yo me negaba en redondo a entrar en el portal 5, más siniestro para mí que la guarida de un dragón. Me cogieron de las manos para arrastrarme a la fuerza y yo me tiré sobre un montón de tablones llenos de clavos y me hice un araño en una pierna. Al final, aterrado, dije que también yo iría a la terraza si subíamos por nuestra escalera, la mía y la de Jean, porque Luci vivía en la escalera 3. Jean era un gamberro, decía tacos y contaba chistes groseros, con «cochinadas». Vivía en el séptimo, iba siempre mal vestido y su madre parecía una mendiga. Su padre era tractorista en el Circo, transportaba las caravanas y las jaulas de los animales. Pero éramos buenos amigos, porque siempre me hacía reír y no era un matón. Aquel día subí por primera vez en el ascensor sin un

adulto. Jean se puso de puntillas para llegar al botón del séptimo. «Puedo llegar más arriba», añadió, y pulsó el botón rojo, que provocó un timbrazo tan estridente que empezamos a gritar. No paraba quieto. Saltaba para poder mirarse en el espejo mientras sacaba la lengua y, finalmente, pulsó también el último botón, el marcado con una «P», que detuvo el ascensor entre dos pisos. «¡Me voy a chivar a tu madre!», gritaba Luci, muerto de miedo, mientras Jean abría las puertas para poder ver mejor la plancha de hormigón entre los pisos. «¡Se ha bloqueado! ¡La hemos cagado, chaval!» Y estaba convencido de que nos quedaríamos en aquella cabina horrible, pintada de verde, para siempre, separados de nuestros padres y del mundo real, excavada por ellos para nosotros, los niños, en un infinito bloque de hielo, en un miedo infinito. Tenía los ojos arrasados en lágrimas cuando Jean volvió a pulsar el siete y el ascensor se puso en movimiento, abriéndose camino lentamente por el universo de hormigón del edificio. Otras dos puertas metálicas aparecieron y desaparecieron, lentamente, ante las ventanas del ascensor, hasta que se detuvo y salimos en tromba a un descansillo extraño, tan desconocido que podríamos estar en cualquier sitio, a miles de kilómetros de distancia, arriba o abajo, en un sitio u otro. Para Jean, sin embargo, era el lugar más corriente del mundo porque allí vivía él. Yo llevaba la pistola con el cañón escondido en los calzoncillos y bien tapada con la camiseta, no se la había enseñado a los chicos por miedo a que supieran de quién era y se chivaran. Ahora, más muerto que vivo, la sentía tan caliente como si formara parte de mi cuerpo.

Apiñados, nos escabullimos escaleras arriba. Desde el principio nos golpeó una luz nueva, más fuerte a medida que subíamos. Era una luz blanca, intensa, irreal, completamente distinta al melancólico color verde de los otros pisos. Aunque la balastrada de la primera escalera fuera igual a la de los otros pisos que yo conocía, el rellano entre el séptimo y el octavo nos pareció nuevo y fantástico: no había puerta de incineradora, no había radiadores, estaba completamente vacío, blanco y puro como una caja encalada, inundada de luz procedente de las ventanas situadas muy arriba. Desde allí la luz caía oblicua, en bandas gruesas, vibrante como un cristal. Subimos una escalera más corta que las demás. Habría dado cualquier cosa

por volver atrás, el miedo me resultaba casi insoportable, pero Jean y Luci, con los perfiles difuminados por la luz, con el cabello lleno de rayos, seguían subiendo, pegados a la pared, manchándose la ropa de cal. Una vuelta más al hueco del ascensor y llegamos al rellano del octavo, envuelto en una luz sobrenatural. Provenía de la ventana enrejada de la puerta de la azotea, sellada con un grueso candado oxidado. Era difícil ver algo en medio de tanta luz. Lentamente, sin separarnos y mirando a todas partes, empezamos a distinguir algunos objetos: una bicicleta vieja apoyada en una pared, una adelfa en una caja de madera podrida, varias puertas cuyos contornos apenas sobresalían de las paredes. El pasillo era mucho más estrecho que los demás, parecía estrujarnos, echarnos las puertas encima en un intento por aplastar nuestros huesos y nuestra carne. Desde la sala de máquinas del ascensor llegaba un continuo gruñido amenazador. Permanecimos allí algunos minutos. Jean maldecía en voz baja porque habíamos encontrado la puerta de la terraza cerrada. A través de su ventana resultaba imposible ver nada, era como mirar el interior de un horno cuyo metal brillara incandescente. Aquella luz enloquecida se amplificaba en las paredes inmaculadas. El perfil de la bicicleta parecía estar en llamas. Y nosotros vimos de repente, a través de la ropa transparente ahora como el celofán, el interior de nuestros cuerpos, nuestros esqueletos frágiles, oscuros, y nuestros órganos internos como manchas en una radiografía. Cuando alguien llamó al ascensor en la planta baja o en uno de los pisos, la sala de máquinas produjo un estruendo que nos paralizó por completo. Inmóviles, con los ojos como platos, esperábamos el desmoronamiento del bloque y el fin del mundo.

En ese momento se abrió la puerta del único inquilino del rellano y en el umbral apareció Herman. Pero estaba transformado. Su rostro no era un rostro humano. Sus manos, que sostenían una caracola con espinas tan grande como una tetera de porcelana, no eran unas manos humanas. Y vestía tan solo una bata, desabrochada en el pecho, de seda estampada con los más fantásticos, más vivos y más escurridizos dibujos, que se fundían unos con otros, se contemplaban y jugueteaban acoplándose y mordiéndose y desgarrándose. Era como un espejo de cristal blando, un prisma con vuelo

que reflejaba el espacio que lo rodeaba —nosotros, los tres niños, la bicicleta oxidada, la puerta de la terraza—, pero que deformaba cada rostro, lo llenaba de brillos coloreados con el violeta más tierno y el rojo más voluptuoso, y el verde más inolvidable y el amarillo más infantil, y el azul celeste, y el naranja..., de tal manera que del rostro bobalicón de Jean, deformado en un pliegue de la bata, brotaba un escarabajo de marfil y oro, y en las mandíbulas del escarabajo se formaban dos estatuarias mujeres desnudas que custodiaban, con los cuernos de la abundancia en brazos, la entrada al infierno, y cada uno de los cuernos, con cada movimiento de la seda, se transformaba en un cúmulo de cráneos de víboras. Luci se había transformado en una recua de caballos con sillas de cachemir florido y, en el centro de las flores, áspides y unicornios se disputaban una gema de valor incalculable, y la gema era un planeta cubierto de nubes a través de cuyos huecos se adivinaban estanques y cráteres, y en cada estanque se reflejaba el rostro inhumano de Herman. Me vi también yo, en un solo instante sin fin (y, en cierto sentido, también sin comienzo), pero mi carita afilada y pálida, toda ojos, se extendió de inmediato, en medio de unas irisaciones pulsátiles, por toda la prenda, la cubrió por completo, así que Herman estaba ahora vestido con la piel desollada de mi rostro, envuelto en las largas pestañas de mis ojos, iluminado por el fresa de mis labios, punteado por el sol negro del lunar junto a la oreja, atravesado por los mechones de la nuca. La visión duró un abrir y cerrar de ojos y estalló luego en espirales de espirales de espirales, verde de amarillo de rojo, plantas de lagartos de estrellas, mundos de mundos, vacíos de vacíos, lunas-velero, máquinas-escorpión, cerebros-abeja, ángeles-vulva, islas-nube... Herman flotaba. Levitaba en el hueco de la puerta, con el cuello doblado y un rostro indescriptible, mientras en nuestros rostros bailaban los colores de su horrible, fascinante bata. No habríamos salido jamás de ese hechizo si el ascensor no hubiera arrancado de nuevo, con un crujido apocalíptico. Dimos un respingo y echamos a correr escaleras abajo, gritando con toda el alma, piso tras piso, mientras las puertas de los vecinos alarmados se abrían a nuestro paso. No recuerdo siquiera cómo llegamos a la planta baja, cómo salimos por la puerta acristalada del portal... Nos detuvimos cuando llegamos al portón metálico

de la valla del molino, sobre el que Silvia y Marcela dibujaban princesas con tizas de colores. Sin resuello, nos apoyamos en la cerca para mirar desde abajo la terraza del edificio. ¿Y si Herman nos había seguido? Pero no sucedió nada. Era ya la hora del almuerzo y nuestras madres, asomadas a los balcones, nos llamaban para que volviéramos. Primero se fueron las niñas, luego Luci. Jean se alejó por el sendero y yo me quedé solo, apoyado en la cerca de hormigón rugoso. ¡Qué día tan extraño! Y, sobre todo, qué... raro, qué distinto me sentía. Cuando corríamos escaleras abajo, había oído un golpe violento a mis espaldas y pensé que había perdido la pistola, pero allí seguía el cañón caliente, pegado a mi barriga. Cuando, por fin, oí la débil voz de mi madre, volví a casa y, antes de lavarme las manos en el baño, quise admirar una vez más mi revólver. Pero la pistola había desaparecido, el tubo duro y caliente era de carne y salía de mi propio cuerpo. Era precisamente mi pajarito, con el que hacía pis, y que ahora estaba curiosamente erecto y me dolía. Solo duró unos minutos, así que no tuve tiempo de alarmarme porque todo volvió a su sitio y así siguió durante varios años todavía...

Herman duerme ahora, atiborrado de alcohol, en mi cama velada por la oscuridad. A duras penas he conseguido arrastrarlo hasta aquí. Porque hace unas horas he salido a respirar un rato por un ocaso denso como el petróleo. He cruzado lentamente el solar lleno de carcacas de frigoríficos y muelles de sofás y hierros de encofrados, con los que me tropezaba una y otra vez, contemplando el dibujo preciso de las ramas de los árboles sobre los matices aterciopelados del cielo, verde como la orina en el horizonte, luego rosa y, en la parte contraria, de un azul profundo, un índigo sobre el que palidecía la luna... Una gigantesca construcción de metal, como una sonda infinita, con varias antenas en la cima —un repetidor de radio, probablemente—, ha despertado en mí un curioso deseo de subir por la escalera vertical y estrecha de metal, a través del anillo protector, hasta arriba, en medio del atardecer. He recorrido barrios tortuosos con casas antiguas, macizas como galeones, que flotaban en el crepúsculo y transportaban en los balcones a todo un pueblo de hombres en camisa y mujeres en sujetador, fumando, hablando en voz baja y escuchando el canto de los grillos. He descendido

por alamedas desiertas, con talleres de reparación de calzado y relojerías con los postigos cerrados, me he escabullido junto a la ciclópea construcción de la Casa del Pueblo, evitando las patrullas de policías que hablaban de fútbol, y he salido finalmente al bulevar de los cines, sumido ya en la oscuridad. Farolas amarillas, encendidas de tres en tres, transformaban los edificios en cristales pálidos, sin rastro de realidad. Los árboles extendían la sombra de sus ramas sobre una pared de ventanas ciegas. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos, pensando en Cedric y en Vasili, en el Albino y en Herman, en mi manuscrito sin sentido y sin final, en este libro ilegible, este libro... He cruzado frente al Romarta contemplando, como siempre, las buhardillas cubistas, escalonadas, nacidas unas de otras, del bloque de enfrente de la Casa de la Armada, deseando con toda mi alma vivir ahí, arriba del todo, en el último cubo, bajo el gran letrero azul de la Caja de Ahorros, poder salir por la noche al pequeño rellano delantero y, apoyado en la última letra, sin que nadie pudiera verme, como un Ferragús que desafiara a la metrópoli, observar la ciudad, mi querida y misteriosa ciudad, extendida bajo la alfombra persa de las constelaciones. De las calles casi desiertas llegaba a veces un aire cálido que olía a tilo. Los trolebuses pasaban tristes como carros funerarios por el cruce de la universidad. El hilo de mis pensamientos había llegado hasta la curiosa, fascinante historia de Paul y de la enana rusa del circo, Katerina, siempre con su cachorro de pantera blanca en brazos, y en mi mente habían empezado a dar vueltas de nuevo las sílabas obsesivas NO-TO-KO..., TO-KO-NO..., NO-KO-TO... cuando he llegado a la plaza Rosetti, ante la estatua del político de la revolución de 1848 hundido en su butaca de bronce ennegrecido. Un maxi-taxi con las luces encendidas estaba estacionado, sin chófer ni clientes, allí cerca, arrimado al pedestal de la estatua como una chalupa en la costa rocosa de un pequeño islote. Desplomado junto a la estatua, con la espalda apoyada en la placa de bronce fijada al pedestal, yacía un mendigo o un borracho de esos que se han multiplicado por Bucarest en los últimos años. No sé por qué he cruzado el bulevar y me he adentrado en el parquecillo de la estatua. Había caído una noche como el alquitrán, como la del arrabal, la estatua de bronce era casi invisible, y el mendigo era una mancha cálida, un líquido

viscoso que encenagaba el mármol espectral. Una sombra como la de un feto, con la cabeza hundida en el pecho en un gesto imposible, como en una perpetua reverencia, como con una infinita humildad. Pueden pasar años sin que vea a Herman, pero siempre que me lo vuelvo a encontrar tengo la impresión de que en realidad él está conmigo, agazapado unas veces en mí como un embrión en un útero, surgiendo otras como un espectro entre los pliegues y los recovecos de la ciudad.

Me he agachado ante él, he cogido su cara entre las manos, su barba sin afeitar me ha pinchado y el estómago se me ha contraído al sentir el olor asqueroso, a alcohol barato, que salía de su boca. Con casi cincuenta años, Herman ha perdido pelo, unas hebras blancas, entre calvas, rodean su cráneo, y su rostro es el del hombre del sufrimiento, nacido para sufrir. Los ojos achinados, purulentos, con las cejas caídas, se han abierto un solo instante, sin fijarse en nada, como desmayados, ha bajado de nuevo los párpados para dejar a la vista solo dos líneas de córnea, amarillentas como el marfil. Debido a la noche y a la luna triste, su iris azul de antaño tenía ahora la turbiedad del coma y de la agonía. A duras penas he conseguido remolcarlo hasta la parada del 343, donde he tenido que dejarlo en el suelo media hora, hasta que ha llegado el autobús que nos ha traído a casa. Lo he arrastrado hasta el fatigado ascensor que nos ha subido al último piso del bloque antiguo y púrpura; y aquí está este viejo, este pecio, este pecador tumbado en mi cama, empapado de sudor, tiritando. Hace unos minutos que he dejado de escribir y he abierto su mano izquierda y en ella he visto, entre los dedos, un papelito arrugado. En ese papel de mala calidad, deshecho, que debe de haber estado en un bolsillo pringoso lleno de baratijas, hay algo escrito a boli que, a primera vista, me ha parecido un número de teléfono, pero luego me he dado cuenta de que es una fórmula matemática. La apunto aquí tal y como la distingo, espero no confundirme con ningún signo:

$$W(k) = \sum_{n=0}^{\infty} a^{-n} \cos(b^n k), \quad b > a$$

Recordaba aquella primera y única erección de la infancia con la perplejidad que he sentido siempre ante los cuadros antiguos almacenados al azar en la pinacoteca gris de mi memoria, con delicados líquenes florecidos en las capas más gruesas del óleo coagulado y con los marcos roídos por unos escorpiones ciegos. El cuerno de Amón y el fascículo mamilotalámico, el núcleo de la habénula y el fórnix, bajo la bóveda de cuarzo del encéfalo, contienen miles de tubos transparentes por los que circulan las pinturas y los colores y los miles de estudios en los que pintores con cincuenta manos copian, restauran, recortan, mezclan y separan, pintan pastiches y réplicas y copias, falsifican fechas y firmas, proyectan en las desoladoras paredes del hueso amarillo del cráneo diapositivas y retroproyecciones, deformadas por las curvas frenológicas de la frente y de las sienas, tras las protuberancias de la imaginación y de la vileza, de la compasión y de la sospecha... También hay museos, luminosos y esnobs, con baldosas de cuadros que transforman los suelos de las salas en vastos tableros de ajedrez, con alegres claraboyas en las bóvedas decoradas con enrevesadas alegorías en las que del ombligo de la Soberbia brota la varilla de una lámpara, hay pinturas oficiales ahogadas en un asfalto unánime, hay etiquetas claras, bajo placas de cristal, junto a los inmensos lienzos expuestos en las paredes immaculadas... Pero hay asimismo museos-trampa, melosos como las plantas carnívoras, en los que incluso el público visitante está ilusoriamente pintado sobre las paredes y sobre los lienzos desconsolados. Ahí todo, todo es falso, completamente artificial, cuelga de estrías y pedúnculos como un fruto podrido. ¿Dónde vas a mirar y en quién vas a creer, cuando en tus sueños recuerdas otros sueños y en esos sueños recuerdas cosas que no han sucedido jamás, y tomas por extraños caprichos de un demonio interior los paisajes que aparecen súbitamente en tu cabeza mientras comes o lees despistado un libro, cuando son en realidad fieles engramas de unos hechos acaecidos mientras veías con unos ojos más

grandes y pensabas con un cerebro más pequeño y más rudimentario? Cuando, ante tu escritorio, donde entrelazas líneas de escoria brotadas de un bola sucia sobre una urdimbre de fibras vegetales, contemplas la filigrana de la taza de café, y de repente el dibujo parece flotar en el aire, se desdobra, se deforma extrañamente, se transforma en un paisaje matinal, con un mar deslumbrante, evanescente, que se transparenta entre las columnas rosas de unos templos y palacios geométricos, y cuando el dibujo flota largos minutos, transparente, sobre tu escritorio, antes de fundirse como el azúcar en el agua, es imposible discernir entonces dónde te encuentras, con tu miedo y tu fascinación, en ese mapa como una telaraña tridimensional e infinita de tu situación en el mundo: en el callejón de la Ilusión, en la avenida de la Ensoñación, en el parque de la Memoria, en la estación de la Alucinación, en el barrio de la Realidad... Es más fácil imaginar que has clavado una aguja en el mapa doblado, uniendo zonas incompatibles y lejanas en un trayecto incomprensible, perpendicular a la hoja, oculto, que atraviesa la existencia desde la nada hacia la nada, así como nosotros mismos unimos, con el trayecto paradójico de nuestras vidas, unas incongruencias patéticas: el nacimiento y el amor, el arte y la locura, la felicidad y la muerte...

Más adelante, cuando, sentado en el baúl de mi habitación, con los pies apoyados en el radiador, contemplaba durante tardes enteras cómo desaparecía Bucarest, piso a piso, tras los andamios y los encofrados del bloque de enfrente, recordaba aquella primera tumefacción inexplicable del insignificante apéndice con el que hacía pipí no como un hecho en sí mismo, sino como una pieza de una constelación entera en la que también entraban, en diversos grados de probabilidad o ficción, otras curiosidades fisiológicas, psíquicas o soñadoras, estructuras de la debilidad que forraban, como una entretela deshilachada, la firmeza melancólica de mi mente. La nieve que caía copiosamente sobre la calle Ștefan cel Mare (entonces adoquinada y mucho más estrecha que hoy en día) enturbiaba el inmenso panorama de la ciudad, reflejaba los colores del cielo en la tierra y arrojaba al cielo los fantasmas verdosos de la mezcla de casas y árboles que quedaban grabados en mi retina después de haberlos contemplado horas muertas, con los ojos

abiertos de par en par, parpadeando lo menos posible. A veces clavaba mi mirada en un solo copo en cuanto aparecía en la esquina superior de la ventana, y seguía su caída oblicua y veloz; durante unos segundos podía distinguir todos sus detalles cristalinos y evanescentes y percibía la metamorfosis del color, del gris sucio que lo envolvía cuando se perfilaba en el cielo lechoso hasta el blanco feérico, con una leve aureola de pelusa, que adquiriría cuando se posaba en los tejados, en las ventanas y en las puertas de las casas y en los montones sucios acumulados al borde de la carretera. Hacia el mediodía el cielo enrojecía y continuaba nevando de manera apocalíptica, las siluetas de los transeúntes arrebujados en sus abrigo y provistos de bidones para coger agua en los patios de las casas de enfrente (las cañerías del bloque llevaban mucho tiempo congeladas) se difuminaban, emborronadas por miles de copos, y, cuando yo dirigía mi mirada hacia las hebras grises de la inmensidad crepuscular, tenía la sensación de volar en diagonal hacia las alturas, con mi habitación y todo, como si el apartamento fuera una nave espacial que hubiera despegado a gran velocidad. El radiador me achicharraba las plantas de los pies y la habitación iba sumiéndose en la oscuridad y la soledad. Había terminado los deberes hacía un buen rato y había tanto vacío y tanta melancolía en mi vida, tanta incapacidad de imaginar no solo el futuro, sino incluso los momentos presentes, que mi mente, como una bomba de vacío, sorbía un tuétano extraño de los delicados huesos del recuerdo. Y ese fluido que subía girando hasta el cráneo como a la cisterna de un conector, ese interferón metafísico secretado por cada célula, cada glándula y cada cartílago del imperio de mi cuerpo, iba llenando poco a poco mis sesos en forma de nuez, se impregnaba de la amargura del tanino, disolvía mi conciencia y, así ennoblecido, se retiraba de nuevo al canalículo del recuerdo. Luego retrocedía, me retiraba hacia mi interior, descendía al corazón de mi corazón, empequeñecía y me encogía en torno a mi columna vertebral, dejando que mi cuerpo de adolescente ondeara como la ropa demasiado holgada, me retiraba hacia mis formas anteriores, hacia los anillos de crecimiento cada vez más tiernos a medida que me acercaba al núcleo, rellenaba mi forma de los quince años, la abandonaba como un aura virtual por la de los once, luego la de los nueve,

luego la de los cinco, hasta que me acurrucaba en mi propio vientre, como un feto con mis rasgos y mis ojos. Entonces, en la pantalla depresiva y carnosa del cielo invernal, al igual que en mi propio campo visual, se aovillaban unas alucinaciones tan extrañas y minuciosas que no podían ser sino los recuerdos bombeados a través del cordón umbilical desde el feto hacia la madre, pues en el mundo de película invertida de la memoria, el niño da a luz y alimenta a su madre con una sustancia que, en lugar de disminuir, brota cada vez más abundante. El yo de hoy engloba a mi yo de ayer, que contiene a su vez al de anteayer, en un retroceso continuo, de tal manera que no soy sino una sucesión infinita de muñecas rusas encerradas una dentro de otra; cada una está embarazada de la anterior, pero nace, sin embargo, de ella, emana de ella como un aura, de tal modo que el núcleo es cada vez más oscuro y las superficies, más diáfanas, y en la superficie deslumbrante de mi cuerpo de este preciso instante centellea ya la luz suave del que seré dentro de una hora, porque nuestro cuerpo astral no es sino la luz clarividente del futuro. De la oscuridad a la luz, del plomo al cristal, del aplastamiento a la levitación, del todo a la nada se deshila la absurda trayectoria de nuestra vida hasta acabar en un jirón de vacío. Pero el yo de cada momento está unido al anterior a través de un vigoroso cordón umbilical, con dos arterias y una vena que vehiculan los inefables hematíes de la causalidad. A su lado, una vascularización sutil y complicada, un entrelazado de venillas azules y moradas, liga de forma inextricable unas muñecas rusas a otras en un capullo tupido, de tal manera que el momento actual puede enviar una ramificación al cabo de un intervalo de cinco años y otra al cabo de siete, palpando con sinapsis flexibles los párpados pesados y la sonrisa de Buda de uno de los millones de niños y adolescentes que se parecen a mí, sorbiendo de sus mentes, de las glándulas del cuello o de la cápsulas suprarrenales emociones, elementos químicos, paisajes, ideas o algo más que no alcanzo a imaginar y que no me atrevo a explicarme. Con algunos de estos hermanos míos (unos extraños hermanos, que llevan mi nombre y mi código genético, tal y como, en las familias numerosas, los más pequeños llevan la ropa de los hermanos mayores) he perdido todo vínculo directo, mientras que de otros me alimento a través de miles de tentáculos.

Ellos, a su vez, se alimentan unos a otros, se alían unos con otros, conspiran unos contra otros, estirando el brazo sobre las distintas generaciones en una maraña de relaciones tan densa que todas juntas oscurecen un campo de cuatro dimensiones, mi verdadero ser, del cual mi yo actual no es sino un punto, una hipóstasis, un isótopo de una serie infinita, un encuentro entre lo virtual y el prodigio de la realidad que, fijaos, también ha desaparecido ya. Porque, así como los seres planos que vivieran en un mundo bidimensional verían un balón que atraviesa verticalmente el plano como un punto que aparece de la nada, se transforma en un disco cada vez más ancho y disminuye de nuevo para convertirse en un punto que desaparece, la anatomía barroca de mi cuerpo revela y esconde simultáneamente la cuarta dimensión, que es el tiempo. Si seccionáis mi médula espinal, encontraréis, en un disco blanco, el dibujo de una mariposa cenicienta; si seccionáis mi verdadero ser como si cortarais un árbol, encontraréis, en anillos concéntricos, a Mircea en Mircea en Mircea en Mircea en Mircea en Mircea...

No encendía la luz ni siquiera cuando caía la noche y del tríptico de la ciudad no quedaba sino la fosforescencia azulada de la nieve en los tejados y el cielo rojizo, inesperadamente luminoso todavía, de tal manera que la oscuridad se concentraba en la habitación y me envolvía en la tristeza. En la otra habitación estaba encendido el televisor y mis padres hablaban y se reían con una risa estúpida. De la habitación contigua, en otro apartamento, llegaba un golpeteo sordo. En noches de excitación y de fiebre, acostado entre las sábanas como una estatua ardiente, oía a veces al otro lado de la pared susurros, crujidos y suspiros —o creía oírlos— y, de rodillas, me pegaba a la pared fría, arrimaba la oreja e intentaba, aguantando la respiración, intuir qué estaba pasando, cómo peleaban en la cama, en una comunión de órganos húmedos y palpitantes, un hombre y una mujer, dándose placer mutuo, sintiendo en las manos la piel de las zonas erógenas y los rizos del pubis, mordisqueándose los pezones y los lóbulos de las orejas. La oreja se me quedaba helada y me daba pinchazos, mi corazón latía tan fuerte que anulaba cualquier otro sonido, me retorció como alguien abrasado en un incendio, me extendía sobre la pared hasta que el pijama y la

piel se me llenaban de cal, y permanecía horas muertas así, como un bajorrelieve de la frustración. Solo cuando perdía toda esperanza de oír algo real y empezaba a sentir estremecimientos por el cansancio, me tumbaba en la cama y me quedaba dormido para soñar que un agujero largo y estrecho se abría en el tabique, justamente sobre mi cabeza, y que me colaba en la habitación de los vecinos, donde una mujer lúbrica y azul se arrimaba a mí y me ofrecía esa araña embriagadora escondida entre las piernas, una verdadera araña del Amazonas, grande y musculosa como un cangrejo; yo la agarraba y la arrancaba del pubis de la mujer, que se revelaba tan liso como el de una muñeca. Cuando le doy la vuelta, la araña muestra en el abdomen, entre las patas temblorosas, una herida delgada y roja, la misma (lo recuerdo incluso en el sueño) que la de las niñas del hospital Emilia Irza, donde estuve ingresado a la edad de cinco años, justamente antes de mudarnos al bloque de Ștefan cel Mare. Arrojé la araña todo lo lejos que pude y me abracé a Silvia, intentando penetrarla con todas mis fuerzas, hasta que mis gotas salpicaron su vientre en chorros finos y nacarados. Me incorporé y, al mirar a mi alrededor, me di cuenta de que su habitación era estrecha y redonda como un alvéolo, con las paredes forradas de terciopelo negro. Una escalera de caracol, metálica, me condujo al exterior después de subir tres o cuatro pisos. Me encontraba de nuevo en Ștefan cel Mare, delante de los escaparates de la tienda de lámparas, mágicamente iluminados en medio de la noche.

Acababa de cumplir cinco años cuando mi madre, todavía no sé por qué, ingresó en el hospital Emilia Irza y, como no tenía con quién dejarme en casa, me internó a mí también en el pabellón de Pediatría. Al menos eso es lo que me ha dicho siempre. Intentaba sonsacarle algo más aquellos veranos tórridos en la cocina de casa, mientras contemplaba cómo entraban y salían las avispa por el ventilador del gas, pero ella se resistía tozuda, como cuando le preguntaba por otras cosas, imágenes y hechos grabados en mi memoria, pero que, inexplicablemente, habían desaparecido de la de mi madre. Me veo, por ejemplo, en un cuarto de baño oscuro, con el cilindro grande y pálido de un calentador detrás de la bañera. A través del agujerito se ven las llamas inmóviles, azuladas, del quemador, las únicas que, de

hecho, iluminan la estancia. Su continuo susurro, tranquilizador y triste, es el único ruido que percibo. Luego, un chapoteo. He sacado la mano del agua y unas gotas moradas como granos de uva gotean sobre la superficie extrañamente oscura del agua, a través de la cual veo mi cuerpecillo, que recuerda al de un pez lívido. Estoy sumergido hasta el cuello en el agua violeta, de olor penetrante, en la bañera esmaltada. «Permanganato», oigo claramente en mi cabeza. Sé que mi madre vertió en la bañera ese líquido que no olía mal, y luego me dejó (¿por qué?) en aquella densa oscuridad, macerándome en el agua de flores putrefactas. Olía a ciénaga, a violetas, a bolígrafo, a útero. Inmóvil, me disolvía en aquel líquido hasta que no podía ya distinguir los miembros, cada vez más atenazados por el cristal. Las gotas que caían de mis dedos sobre aquella superficie de agua morada hacían un ruido genético, inesperado, como si entonces, en aquel instante, se hubiera esbozado mi conducto auditivo, su estructura laberíntica, y se hubiera disuelto luego en el hueso temporal. Cada gota reinventaba mi cóclea. Finalmente entraba mi madre y, con delicadeza, me hundía la cabeza en el agua con permanganato, me humedecía el cabello y me masajeaba suavemente la nuca. Con los ojos apretados, con el agua que ensanchaba y estrechaba mi máscara facial, me dejaba a merced de la gigantesca mujer que me bañaba, que me salpicaba con los harapos violetas arrancados al espejo del agua, que me frotaba los miembros brillantes... Mi madre transpiraba y de sus pechos, ya entonces caídos, con unos círculos enormes, rojizos, en la punta, empezaban a chorrear unas gotas moradas en la bañera, como si el permanganato fuera el propio sudor de mi madre, como si toda ella estuviera llena de permanganato. Mi madre, sin embargo, no me ha confirmado jamás este recuerdo, aunque estoy seguro de que no sucedió una sola vez, sino que, durante un largo periodo de tiempo, el ritual de estos baños químicos y olorosos tuvo lugar en aquel cuarto de baño, que no sé si estaba en la casa de la calle Puccini o en el bloque que linda con el garaje. Así como tampoco he descubierto jamás para qué servía la formidable batería de ampollas, del tamaño de un pulgar, llenas de un líquido amarillo, que encontré a los catorce años en la cómoda de mis padres. Era una caja de cartón blanco, larga y relativamente estrecha, en cuya tapa decía —y, al

igual que el término casi místico de «permanganato», el nombre del increíble medicamento se alza deslumbrante en mi memoria, como tallado en piedras preciosas— QUILIBREX, en letras azules, rectas. Contenía decenas de ampollas, idénticos cilindros alargados que terminaban en un pico afilado de cristal, alineados en un soporte de cartón. En cada ampolla, cuyo líquido brillaba como el oro, decía algo minúsculo, ilegible, y en su interior había unos seres: unos gusanillos con delicados encajes de matices rosas y unos hilillos negros en la cola, otros eran marmolados y su piel húmeda parecía decolorada por el vitíligo, vagos reptiles con las patitas apenas brotadas, una sibila del tamaño de un escarabajito, como esculpida en plomo, que leía concentrada un libro, un espermatozoide de cinco centímetros de longitud, un embrión transparente, a través de cuya piel se adivinaba el cerebro como una bolsa de veneno... También recuerdo, finalmente, que en una de las ampollas había un velerito en cuyo castillo de popa se paseaba arriba y abajo, con las manos a la espalda, un almirante con charreteras de seda. Decididamente, mi madre no recordaba, o no quería recordar, la caja de Quilibrex. ¿Por qué había tomado, durante varios meses seguidos, baños de permanganato? ¿Había sufrido acaso una horrible —o simplemente desagradable— enfermedad de la piel? ¿Pululaban debajo de mi piel unos sarcoptos ciegos, con unos hilillos largos en los muñones de las patas? ¿O es que, a través de la jungla de árboles finos de mi cabeza, pululaban los piojos? En cuanto a las ampollas, podría jurar que no eran para mí. En Voila me acribillaron el trasero con penicilina o estreptomycinina ante el mínimo atisbo de catarro, pero siempre pude ver bien, despertado en medio de la noche por una enfermera que recordaba a un verdugo sin piedad, cómo la aguja penetraba el tapón de goma de las botellitas y cómo extraía una sustancia blanquecina de un olor tan agonizante que, a partir de entonces, me he dicho siempre que es el moho el que huele a penicilina y no al contrario. Apretaba los ojos resignado y, sin embargo, aterrorizado, era un criajo con los pantalones del pijama bajados que soportaba los suaves y rápidos azotes en la nalga ya humedecida con alcohol y aguantaba el suplicio de la aguja penetrando la piel para depositar en su interior una bolsa de dolor vivo, el agua enmohecida. Pero no me pusieron nunca

inyecciones con el contenido de esas ampollas gruesas y doradas. Jugué con ellas durante una semana más o menos, y luego desaparecieron sin dejar rastro.

Una mañana de finales de agosto dejé atrás por última vez, como un iceberg, la casa amarilla de Floreasca, donde había vivido tres años, y eché a andar de la mano de mi madre por las tranquilas callejuelas del barrio; pasamos junto a la tienda de ultramarinos al final de nuestra calle, adonde me enviaban a hacer compras con el dinero justo; pasamos por delante de la peluquería en la que me perdí una vez y donde grité hasta ponerme morado; tomamos varios autobuses y, después de dar vueltas por unos incomprensibles barrios de la ciudad, llegamos hasta un edificio enorme. No sabía entonces que iba a pasar una semana detrás de aquella fachada con miles de ventanas y que no regresaría jamás a nuestro apartamento en la villa de Floreasca, sino que rellenaría otra espiral, mucho mayor, en otro bloque en el que viviría más de veinticinco años. Y ahora me resulta evidente que la fachada brumosa del hospital Emilia Irza, al igual que la del bloque de enfrente en la calle Ștefan cel Mare, construido quince años después de que nos mudáramos allí, no han sido sino opérculos, membranas impermeables que separan los compartimentos, cada vez más amplios, del caparazón del caracol secretado, estructurado y habitado por la carne blanda de mi mente (aquí, en el cuaderno) y por la meditación blanda de mi carne (en la vida real), si es que existen de forma separada la vida y el pensamiento sobre la vida, eso que sucede fuera de la conciencia del acontecimiento y, por otra parte, el campo gestual en que, con la intervención del gesto, todas las demás creodas se marchitan, se transforman en polvo y desaparecen. A través del filtro turbio del hospital, las vidas anteriores de la larva sifonófora que fui desde que nací hasta que cumplí dos años y medio (en Silistra), desde entonces hasta los tres años (en el bloque de Floreasca, junto al garaje) y luego en la villa de la calle Puccini, seres con un cerebro desarrollado de forma diferente, con conexiones entrecruzadas de otra manera, para los que las imágenes eran sobre todo emociones y deseos, y cada acontecimiento se configuraba como una sorpresa desconcertante, las otras vidas fetales, solo un poco más

evolucionadas que las del feto real que soñaba con rápidos movimientos oculares en el saco genital de su madre, aparecían como unas mágicas, sucesivas reencarnaciones, tan ajenas al ser de detrás de la pared llena de ventanas como los animales de los bestiarios o como los humanoides que, según dicen, viven en otros mundos, en la suspensión coloidal de las estrellas.

Recuerdo una mañana helada, acorde con los antiguos, legendarios, perdidos en *illo tempore* amaneceres púrpuras que nos recibían a mi madre y a mí, de camino a la guardería, y cuyos engramas penetraron tan inesperadamente en mis poemas:

¡ay, mamá, sueño tan a menudo contigo!
camino de tu mano en mañanas gigantescas
llego contigo a patios de fábricas llenos de damajuanas de ácido
entramos en talleres llenos de pelusas de las alfombras mecánicas
o, en las horas negras de la mañana
caminamos de la mano por una callejuela bordeada de tenderetes
y apagamos el gas de las estufas enrojecidas...

Pero si es absurdo y fantástico utilizar la palabra «recuerdo» para esas imágenes ilocalizables y atemporales de asfaltos enrojecidos hasta el horizonte, de amaneceres que caldeaban los rostros y la ropa, empapándolos en una delicada agua púrpura y proyectando unas sombras delgadas e infinitas de ámbar, puedo en cambio recortar secuencia a secuencia —qué extraño— aquella inexplicable estancia de una semana en el hospital, mi primera separación total de mis padres y de mi casa.

Me llevaron los dos. Recuerdo que tenía mucho frío, como si estuviera mirando una serie de fotografías que tuvieran fijadas en su gruesa capa de nitrato de plata no solo imágenes, sino sensaciones, emociones, sonidos y olores. Vestía un peto de pana azul marino, a rayas, con dos setitas de raso bordadas en el pecho, el mismo con el que aparezco en una de las fotos en blanco y negro de esa época: estoy en el patio de la Academia Ștefan Gheorghiu, en un grupo de niños, tres niñas con pañuelo en la cabeza, todas

mayores que yo, y de pie, junto a nosotros, la tía Estera, la compañera de trabajo de mi padre, con una especie de abrigo raglán muy popular en los años sesenta. La tía Estera tiene el cabello rizado y un cigarrillo entre los dedos de la mano izquierda. Yo saco pecho, luzco una cara rellenita, estoy moreno y peino raya a un lado. En cuanto entramos por la puerta del hospital nos sumergimos en unos interminables pasillos verdosos. Nos acompañaba una enfermera vestida de blanco que iba abriendo ante nosotros unas puertas con cristales mates, blanquecinos, y las cerraba a nuestro paso. A lo largo de las paredes, entre las puertas numeradas y flanqueadas por escupideras metálicas, había unas vitrinas con repugnantes y fascinantes preparados anatómicos: rebanadas de corazón, trozos de colon, fetos en diversas fases de desarrollo... Yo examinaba todo con los ojos como platos, sin atreverme a pedir explicaciones. Me estremecí únicamente ante un grueso recipiente, como de medio metro de altura, en el que flotaban dos bebés siameses unidos a la altura del vientre, de tal manera que los dos troncos brotaban oblicuos a partir de un solo cuerpo; de cintura para abajo, solo había dos piernas con los dedos arrugados por la humedad. No habría podido decir, al contemplar los cráneos vacíos y los ojos en blanco, qué sexo tenían aquellos dos seres, pero su pubis común era de niña. Por aquellos pasillos que se imbricaban cada vez más, subiendo y bajando a veces unas escaleras con balaustrada, esperaban también algunos ancianos enfermos vestidos con batas de un púrpura descolorido. Mi madre entró con la enfermera en una habitación y mi padre y yo nos quedamos en la sala de espera de enfrente, sentados en los bancos de plástico. No aguanté allí más de dos minutos; curioseé un cuarto de hora por la sala helada, contemplando con ojos desorbitados todas aquellas vitrinas y las láminas con personas desolladas de las paredes. En un pedestal había un molde de escayola, era el torso de un hombre con medio cuerpo también desollado: en una de las mitades se veían un rostro, un pecho y un brazo todavía humanos; en la otra sonreían desnudos los dientes clavados en los maxilares y brillaba el globo ocular como una canica de cristal. Los órganos de la parte desollada —todos de colores diferentes— se podían extraer para ver los órganos internos, así que enseguida tenía entre las manos un alerón lateral del sacro, como si

fuera un *nai*.^[22] Mi padre, sin una sola cana en su cabello engominado —era mucho más joven de lo que yo soy ahora— se levantó, rojo de ira, dispuesto a abofetearme («¡Ten cuidado, que te vas a llevar un azote! ¡Pon esos huesos en su sitio!»), y justo entonces salió mi madre. Me costó reconocerla con aquella miserable bata delgada de algodón azul descolorido, con lunares que en otra época fueron blancos, y un pañuelo de la misma tela en la cabeza. Me tomó en brazos y, para mi desesperación y para irritación de mi padre, empezó a besuquearme con una ternura arrabalera, repitiendo sin cesar, como una letanía de aires gitanos: «¡Ay, cariño mío, que te voy a comer a besos! ¡Cariño mío! ¿Qué vas a hacer tú tantos días sin mamá?», y besos y más besos, así que me sentí aliviado cuando me depositó en el suelo y me dejó a cargo de la enfermera. También mi padre me besó (el roce de la barba sin afeitar en mis mejillas y su vago olor a agua de colonia y aceite de nuez) y se quedó cuchicheando algo con mi madre. Los recuerdo allí, en la salita alta y estrecha, frente a frente, hablando con seriedad, sin sonreír, sin darse la mano.

No sentí temor alguno al abandonarlos, suavemente arrastrado por otros pasillos por la mujer vestida de blanco (rostro de alemana, rubia, de cabellos cortos, con las cejas depiladas «en pico»). Me resulta incomprensible la confianza que mostré al afrontar la gran aventura de separarme de mis padres y explorar el hospital con una especie de embeleso maravillado. Esa primera semana de independencia, arrebatada a la vida cotidiana, iba a ser, tal vez, el modelo de la vida posterior en unos mundos cerrados, aislados, esféricos como perlas e igualmente preciosos, incrustados en el edificio asimétrico, caprichoso e imposible de abarcar por completo que es mi existencia ordinaria. Cuando más adelante me enviaban a campamentos y excursiones, o cuando me ausentaba de casa por cualquier otro motivo, mis padres no sabían cómo mostrar su indignación ante mi indiferencia respecto a ellos. «¿Nos has echado de menos?», me preguntaban siempre, y yo respondía invariablemente, sincero e ingenuo: «No». «Vas a pagarlo caro en la vida con esta forma de ser», repetía afligida mi madre, y añadía: «No he conocido a un crío más arisco», y con ello se refería a que, después de cumplir los seis años, no permitía que me besara ni me acariciara, la

rechazaba apoyando las manos en su pecho y volviendo la cara. Nunca, en la adolescencia, le escribía ni la llamaba por teléfono desde los campamentos. Mi padre hacía lo mismo cuando salía de viaje, así que, abandonada y, en cierto modo, humillada por todo el mundo, mi madre se lamentaba a menudo por vivir con dos salvajes. El amor, e incluso la pasión, que aparecen casi en cada línea que he escrito sobre mi madre (y he escrito casi exclusivamente sobre ella) me han pillado siempre desprevenido y me han hecho preguntarme si no se tratará de algún miserable efecto libresco o si habrá existido alguna vez una época en la que haya querido de verdad a mi madre más que a nadie en este mundo y, en ese caso, ¿qué conflicto, qué frustración, qué traición por su parte transformó esa adoración en frialdad y tal vez, de forma subterránea, en hostilidad? Sí, me he dicho muchas veces que me porto de manera «hostil» con ella, recuerdo cómo lloraba cuando, por mi cumpleaños, me compraba ropa y yo le soltaba a la cara que «no pienso ponerme eso», o cuando dejaba intactos sus pobres platos y decía invariablemente en tono impersonal: «No me gusta». «Eres como tu padre. Acabábamos de casarnos y lo esperaba cuando venía de trabajar con la comida preparada, calentita. Yo me esperaba alguna palabra amable, algún cumplido... Él comía y no decía nada. Y si le preguntaba, cuando ya no aguantaba más, qué tal estaba la sopa, qué tal estaba la carne o cualquier cosa que hubiera cocinado, él, con la nariz hundida en el plato, solo decía: “¿Cómo va a estar? ¡Es comida!”. Me moría de rabia cuando le oía...»

Finalmente me quedé a solas con la enfermera y recorrí de su mano otros pasillos verdes, con suelos de mosaico rojo y blanco como un tablero de ajedrez. Atravesamos unos fríos y amplios vestíbulos, subimos más escaleras de mármol y llegamos por fin a un ala del edificio totalmente distinta a las demás. A ambos lados del pasillo había aquí unas puertas increíblemente grandes que llegaban casi al techo, de donde colgaban unos grandes globos blancos sujetos por varillas metálicas. Muchas puertas se encontraban abiertas y en el umbral había niños, unos asomaban solo la cabeza, curiosos, otros estaban en el pasillo, niñas y niños de mi edad, algunos eran algo mayores, todos vestían unos pijamas que yo no había visto jamás: en lugar de botones tenían unos cordones blancos anudados con un lacito. Los

pijamas estaban desteñidos de tanto lavar, pero se veía que habían sido de colores vivos y estaban estampados con figuras de animales: jirafas, cebras, elefantes, monos... Recorrí todo el pasillo mirando las habitaciones, las más grandes que había visto jamás (salvo los abrumadores palacios de mis sueños), y casi vacías; en el suelo se alineaban los juguetes, dejé que los niños me tocaran con las manitas al pasar y que me preguntaran cómo me llamaba, y llegamos por fin ante las puertas, esta vez de madera maciza (las otras tenían unas ventanas mates), del fondo del pasillo. La enfermera abrió las puertas de par en par y un olor a ropa recién lavada brotó como un vaho de aquella estancia forrada de estanterías de arriba abajo. Cientos, miles de pijamas pálidos, cuidadosamente plegados y perfectamente ordenados, llenaban las baldas. En el borde se distinguían los dibujos, solo animales y pájaros, esbozados de forma bastante imprecisa y repetidos por toda la tela. La enfermera titubeó un instante, me miró y extrajo uno de ellos, azul con elefantes blancos, desdobló la blusa y me la mostró con una sonrisa tentadora. No sé por qué, aquel trapo de algodón, de codos tan desgastados que se veía a través de la tela, me pareció precioso. Estaba impaciente por ponérmelo. De hecho, todo me parecía, aquel día, extraordinario y mágico, como si la luz hubiera cambiado de repente y una especie de pelusa emocional hubiera cu-bierto todo lo que veía.

La enfermera me entregó el pijama y me condujo, empujándome suavemente, hacia una de las puertas con cristales, hacia la mitad del pasillo, donde una niña esperaba en el umbral. Desde el primer instante vi tanta maldad y tanta hostilidad en su rostro que solo pude pensar en Aura, la sobrina de mi madrina, que me arañaba la cara siempre que nuestros padres nos ponían a mí y a Marian a jugar con ella. Pasé a su lado y vi también, en medio de la habitación, sentada y peinando una muñeca rota, a otra niña que se parecía sorprendentemente a la primera y que también me miró bastante enojada. La enfermera no me dijo nada más. Me desvistió, me puso los pantalones y la chaqueta del pijama y me mostró mi camita, porque en aquella habitación había tan solo tres camitas de hierro blanco, rodeadas de barras (una de ellas se bajaba para poder subirse a la cama), una mesa y tres sillas, dos lavabos con espejo y una estantería en una de las paredes. En la

pared opuesta había unas ventanas inmensas, pero al otro lado —nuestra coronilla llegaba al alféizar— se veía solo el cielo. Cuando la mujer de blanco salió de la habitación diciéndonos «¡Portaos bien!», toda mi atención se concentró en las dos pequeñas inquilinas de mi dormitorio.

La primera, a la que había visto en el umbral de la puerta, se llamaba Carla. Era un poco mayor que yo, debía de tener unos seis años. En su rostro, la maldad, pura, geométrica, extraída de las trastadas que hacía a diario, era tan pronunciada que parecía un rasgo físico, un pliegue en un ojo, una verruga o una nariz hendida. Daba la impresión de que se podría extirpar con una operación sencilla, local, y su rostro se convertiría entonces en el de una niña normal. Carla tenía unos ojos rasgados y oscuros como los de los gatos, un poco bizcos, y una risa de mujer madura que fijaba en su cara, como en un *collage* artístico, sus futuros labios a los treinta años, superpuestos, culpables e hipócritas, translúcidos como la piel de las lombrices con sus hilillos de sangre. Ella era la jefa, ella ha-bía inventado la «tiquitana» y, durante aquella semana, fue ella la que más me pegó, me pellizó y arañó. En cuanto nos quedamos solos, Carla arrastró una silla hasta el lavabo, se encaramó a ella y agarró mi cepillo de dientes, que la enfermera había colocado en el vaso junto a los otros dos. Lo arrojó a la alfombra con un odio que me dejó perplejo, pues no lo había conocido antes. Siempre había sido el más pequeño y el más mimado en todos los lugares donde habíamos vivido, me habían paseado en brazos, me habían atiborrado de caramelos, galletas y golosinas que Victorița robaba en la guardería donde trabajaba, y los niños, tanto en la casa como en el bloque de vecinos, se sentaban en corro en torno a mí para que les recitara poemas, *Tío Stiopa el policía* y *Olenka se ha hecho mayor*, admiraban lo limpio que iba siempre y cómo brillaban mis trenzas doradas... No conocía la hostilidad y, cuando mi padre me agarraba por sorpresa, me inmovilizaba y me apretaba la nariz para que mi madre me metiera en la boca una cucharada de jarabe, obligándome a tragar aquella hiel y soltándome una colleja si la dejaba escapar por la comisura de la boca mientras gritaba y me agitaba, solo me asustaba la brutalidad de la situación, pues sabía que mis padres me adoraban y querían que me curara. Pero ¿qué le había hecho a Carla mi

cepillo de dientes? ¿Y por qué no hablaba conmigo y se limitaba a gritar que me alejara de donde estaban jugando ellas? ¿Por qué, más adelante, derribaba mis cubos y rompía mis juguetes? Me entraban ganas de llorar cuando lo pensaba, así como más adelante lloraría siempre después de pelearme con otros chavales, tanto si había ganado yo como si me habían zurrado a mí.

Bambina se parecía a Carla, pero tenía unos ojos grises y mates como el hormigón. Solo que su maldad —que en ella había adquirido un aspecto carnos— se transformaba en Bambina en una membrana tan fina como la vejiga de un pez, que envolvía de manera uniforme, brillante, todo su rostro. Bambina no era impulsiva como su amiga, sino perversa y calculadora. Sus extremidades, al igual que el tronco, eran filiformes, morenos como los de una gitanilla. Nunca miraba a nadie directamente a los ojos, pero, cuando aparecía la enfermera, se transformaba en la niña más obediente del mundo: estuviera donde estuviera, en cuanto se oían aquellos pasos tan fáciles de reconocer por el repiqueteo de los tacones altos, ella se dirigía rápidamente a la mesa, se sentaba y empezaba a jugar con la muñeca, en silencio, con los pies juntos y los codos pegados al cuerpo, de tal manera que siempre recibía elogios. La enfermera la llamaba «angelito», pero yo, gracias a lo de mi cepillo, ya había comprendido con quién tenía que vérmelas; lo recogí del suelo, lo lavé y lo coloqué por el momento sobre la sábana almidonada de mi camita. Salí al pasillo a ver a los demás niños, jugueteé un rato con la puerta batiente y luego volví a entrar en aquella gran cueva blanca. Sorprendí entonces a Bambina introduciendo mi cepillo en el orinal lleno de pis. El comportamiento de aquellas niñas me parecía tan asombroso que ni siquiera entonces se me pasó por la cabeza chivarme a la enfermera que cuidaba de nosotros.

Ambas tenían el cabello encrespado, como las furias, y se pasaban el día golpeando con la suela de las zapatillas la pared que nos separaba de la habitación vecina, tirando de la cinta ancha y rígida que salía de una ranura en la pared y que servía para subir y bajar las persianas y, sobre todo, jugando con unas muñecas horribles, de trapo, con la cabeza de escayola, como eran por aquel entonces; tenían el rostro completamente mellado de

tanto entrechocarlas jugando a soldados o a boxeadores. Se asustaban mutuamente contándose que las muñecas vendrían por la noche a vengarse, así que, antes de acostarse, las amarraban enrollándolas con cordones y haciéndoles unos nudos grotescamente grandes. Yo solía estar en el pasillo o mirando por la ventana. No me trajeron mis juguetes hasta el último día y aquellas dos empezaban a gritar si me veían simplemente observar sus pringosas muñecas. También me gustaba subir y bajar la barra metálica de mi camita, deambular por el vestíbulo para observar a los críos de las otras salas (aunque, de hecho, no estaba permitido salir al vestíbulo) o contemplar largos minutos los azulejos con flores azul marino de debajo de los lavabos, hasta que empezaba a ver doble y las flores —eran lirios— se fundían para adquirir un curioso relieve. Yo mismo sentía entonces que desaparecía de la realidad para penetrar en aquel campo de iris indeciblemente profundo, me paseaba entre ellos sin cuerpo y sin movimiento, yo era el mundo mismo en el que solo existían las flores intensamente azules que flotaban equidistantes en el aire, arriba y abajo, adelante y atrás, hasta el infinito. Me olvidaba por completo de mí hasta que un zapatillazo en la cabeza o un empujón hacía que me golpeará la cara contra el sifón del lavabo y me llevaba de vuelta al salón.

Mi aislamiento respecto a las niñas de pijamas descoloridos era total, como si perteneciéramos a mundos diferentes, debido sobre todo a mi incapacidad de comprenderlas. La mayor parte del tiempo ellas hablaban una lengua desconocida que no estaba formada tan solo por sonidos, sino por gestos, por roces e incluso por olores (a veces una de ellas, en ciertos momentos de la discusión que yo había llegado a anticipar, soltaba una ventosidad), y lo hacían a una velocidad y con una precisión increíbles. Mucho más adelante, cuando leí sobre el volapük y el esperanto, recordé cómo hablaban Carla y Bambina, y se me ocurrió denominar su lengua, en la que se mezclaban sonidos corrientes con rarezas glóticas, con signos como los de los sordomudos y con actitudes como la de los esquizofrénicos catatónicos, «tiquitana», porque, de hecho, la «palabra» más habitual era «tikitán» o «tikitán», acompañada siempre de unos ojos desorbitados y del gesto de arrancarse algo del pecho con unas garras imaginarias.

Las cenas eran casi mágicas. Nos acompañaba la enfermera, sentada en una silla plegable; una lámpara de luz muy tenue iluminaba la mesa, pero solo salvaba de la oscuridad los platos y nuestras caritas juntas. Incluso el rostro de la enfermera, cuyo pecho blanco y macizo surgía como un iceberg bajo la luz, permanecía en la penumbra. En los platos encontrábamos la misma comida todas las noches: parecía una medusa temblorosa, casi completamente translúcida, a través de cuya piel se adivinaban más oscuros, de color ámbar, los órganos internos. Cuando hundías la cucharilla en ella, la medusa se contraía y temblaba de dolor. Nos obligaban a comérsela entera, a pesar de su sabor insípido, como de flan sin azúcar. Si aquella gelatina no era una especie de medicina, eso significa que a lo largo de esa semana no tomé ningún medicamento. Pero tal vez lo fuera, pues era el único momento en que la enfermera permanecía a nuestro lado hasta el final, hasta la última cucharada. A menudo, una de las niñas, sobre todo Bambina, se inclinaba y vomitaba, la alfombra se llenaba de una pasta cuajada, pero la enfermera, sin decir una palabra, hacía venir al instante a una señora de la limpieza, que traía otra medusa en un platito y limpiaba el suelo. Lo mismo sucedería más adelante en la enfermería de Voila, cuya locura fue presagiada ya por la de Emilia Irza, los niños no escapaban hasta que no vaciaban el plato, incluso aunque para ello tuvieran que estar toda la noche sentados a la mesa.

Al tirarles de la lengua, sin que se dieran cuenta, sobre su curiosa forma de hablar, la enfermera descubrió una historia más gestual que verbal. Carla soñaba de vez en cuando el mismo sueño: desnuda y con el cabello rizado suelto hasta los muslos («y tenía también tetas de mujer», señaló, moldeando sus pechos con los dedos), paseaba por un vasto palacio de mármol blanco, con un pórtico, con galerías y estatuas, con un mosaico brillante que se extendía por el suelo y que reflejaba un dibujo incomprensible; de repente, aquel palacio lleno de perspectivas infinitas, sin muebles ni cuadros, translúcido como si estuviera tallado en sal, se llenaba de perezosas mariposas multicolores. Carla deambulaba por las salas petrificadas hasta que, en el centro de una de ellas, descubría un monumento funerario de cristal que refulgía con todos los colores del

arcoíris. En su interior se encontraba un ser blando, de anatomía compleja y delicada, con unos orificios húmedos a ambos lados del vientre grisáceo, tenía un rostro vagamente esbozado, con una trompa corta en el centro, en cuyo extremo se hinchaba y se deshinchaba una gran gota de leche. Unas membranas arrugadas como un escroto se elevaban lentamente, y aquella criatura abría unos ojos humanos (aquí Carla cerraba los párpados para despegarlos después con una lentitud que no parecía natural, hasta que los ojos se transformaban en dos globos desorbitados por un pánico paralizante; realizaba al mismo tiempo, con las garras de la mano izquierda, el gesto de arrancarse el corazón del pecho con venas y todo). Entonces las estatuas cobraban vida, descendían de sus pedestales, se reunían en torno a la tumba y empezaban a hablar entre ellas en aquella lengua desconocida que Carla había conseguido descifrar al cabo de muchos sueños idénticos y que, para tener con quien practicarla durante el día, había enseñado también a Bambina. A pesar de las tretas de la enfermera, Carla no dijo ni pío sobre lo que las estatuas comentaban.

En cierto modo, la niña nos había proyectado todo este sueño directamente en el cerebro, como si nosotros mismos lo hubiéramos soñado, porque sus palabras y sus gestos eran tan solo unos brillos vespertinos en las crestas negras de las olas: elípticos, incoloros, disueltos enseguida en la atmósfera de recogimiento de la cena. Cuando acabábamos de comer, cada uno se dirigía a su camita, como todas las noches, y nos acurrucábamos debajo de las sábanas. Las habitaciones del hospital eran mucho más altas que las de las casas en las que había vivido hasta entonces, y arriba del todo había unos globos blancos, gigantescos, prendidos al techo con unas largas varas de metal. Antes de quedarme dormido, clavaba la mirada en uno de ellos, que flotaba como una luna brumosa en la oscuridad cobriza. Lo miraba fijamente hasta que tenía la impresión de que empezaba a oscilar... a la derecha..., a la izquierda..., cada vez más..., con la minúscula imagen de mi cama reflejada en su curvatura..., hacia un lado..., hacia el otro..., hasta que me hundía, suspirando, en el sueño, para soñar con los rostros reales de las niñas, con sus manos derribando mis castillos de cubos...

Al igual que el decorado, los días también eran por aquel entonces

incomparablemente más largos que los de ahora. Transcurrían eternidades de luz fresca, glacial, desde que nos levantábamos de la cama, por la mañana, hasta la hora del almuerzo, había ondulantes variaciones de oro y sombra, según cubrieran o descubrieran las nubes el sol en los ventanales de postigos blancos. Los rasgos de las niñas, las barras de metal de las camitas, el azul intenso de los iris de debajo del lavabo, cada detalle de las horrendas muñecas —las capas de cartón lustroso, recubiertas de yeso, sobre las que estaban dibujados la nariz o los ojos— brillaban vivamente, destacaban con nitidez, en tres dimensiones, unas sobre otras, como si no fueran mis ojos los que las veían, sino una impersonal *camera lucida*, mordaz e implacable, que incendiaba con una especie de conciencia abstracta los más insignificantes detalles. Todo brillaba y giraba con los colores y los dibujos del comienzo del mundo. Desde mi rincón junto a la ventana veía a Carla y Bambina interpretando su ballet de pequeñas diosas de la destrucción. Observaba cómo sus dedos vidriosos rasgaban unas largas tiras de las sábanas de las camas, cómo las anudaban luego en torno a los ojos de las muñecas y cómo las ejecutaban clavándoles una astilla de conglomerado en el pecho. Yo procuraba volverme invisible en cuanto empezaban a hacer piruetas, tan torpes como unas salvajes, arrojando al centro de la habitación todos los objetos al alcance de la mano. Intentaba intervenir cuando iban «de caza» a otras habitaciones y volvían arrastrando a algún crío más pequeño, lo tiraban al suelo, se burlaban de él, lo pellizcaban, le tiraban del pelo y le daban patadas en las costillas. Entonces me cazaban también a mí y me arañaban la cara y los hombros como si fueran gatos. Seguían, monótonas, horas y horas de golpes en la pared con las zapatillas, la una junto a la otra, parloteando en su tiquitana y zarandeándose hasta que entraba la enfermera y las agarraba del pelo a las dos. Empezaban entonces a gritar y a echarme la culpa a mí: yo era el culpable de la barahúnda de la habitación, del alboroto, de todo. Era yo el que no las dejaba en paz y cogía sus juguetes.

Las tardes parecían más elevadas aún, eran como unas bóvedas de la arquitectura cotidiana. Después del almuerzo teníamos que dormir dos horas, pero nadie dormía. Aquellas dos se ponían de pie en sus camas

contiguas e intentaban derribarse mutuamente tirando de los brazos y del pijama, entretanto yo miraba fijamente a través del cristal los perfiles brillantes de las nubes, su transformación, su avance moroso hacia una de las hojas de la ventana. Contemplaba cómo avanzaba el ocaso de septiembre, la glándula pineal de la base de mi cerebro detectaba el cambio de la luz con la estación, mis pupilas se dilataban y una tristeza atávica, dulce, colmaba mi pecho a medida que caía la noche. Poco antes de que oscureciera del todo, la atmósfera se tornaba mágica. Por las paredes se extendían unas franjas de un rojo líquido, fluorescente, y el aire del salón adquiría un matiz ocre. Del azul claro, los largos rectángulos de las ventanas pasaban al amarillo, luego se apagaban en un naranja sobrenatural, ceniciento, que embadurnaba toda la habitación. El silencio y el aburrimiento se volvían entonces insoportables y todos los objetos (solo entonces) empezaban a emanar un olor a medicina, a hospital.

Era el momento —que yo esperaba durante todo el día— en que Carla y Bambina se quitaban los pijamas y, como unas muñecas enormes y asombrosamente gráciles, saltaban de la cama y empezaban a bailotear por el salón. De rodillas, boquiabierto, yo contemplaba sus cuerpecillos desnudos, de un moreno oscuro a la luz de la tarde, girando como dos pececillos en una pecera de cristal. De vez en cuando, al atrapar la luz de las ventanas, sus ojos brillaban antes de apagarse al instante. Se tumbaban en el suelo y rodaban por la alfombra desgastada, hacían el puente, intentaban andar con las manos, se agarraban de los brazos y giraban... Sabíamos que a aquella hora no se presentaba nunca la enfermera (a la que teníamos pánico), así que también yo bajaba de la cama, temeroso, para admirar su baile con una especie de embeleso prudente. Miraba con curiosidad sus pechos lisos y la delicada línea de sus pubis brillantes. En mi casa había jugado ya a médicos con Aniñoara y en el sótano, en aquel cuartito pintado de verde, nos habíamos quitado muchas veces los calzones, pero ahora no me parecía lo mismo, porque las niñas que estaban bailando en aquella habitación sumida en la penumbra no parecían incitar a la complicidad en el peligro y en la vergüenza de mis encuentros con Aniñoara. Aquella niña vulgar y tonta que me había enseñado a jugar «a inyecciones con los

calzoncillos bajados», que me había contemplado desnudo con una especie de admiración soñadora, mientras que yo había permanecido probablemente tan ajeno que no recuerdo siquiera la imagen de Aniñoara sin bragas, sino únicamente el miedo a que nos pillaran nuestros padres.

Lo que estaba sucediendo ahora era, sin embargo, magia. Ni Carla ni Bambina eran ellas mismas, como si los ácidos de la tarde hubieran disuelto la corteza de maldad de sus rostros, que eran ahora tersos e inexpresivos como unas mascararas benévolas. Me costaba reconocerlas. Cuando estaba tan oscuro que su baile se distinguía tan solo sobre el fondo de las ventanas — unas siluetas negras y delicadas como estatuas africanas—, las dos venían hacia mí, hacia la ventana, con ojos brillantes, y me quitaban a mí también el pijama. Se tumbaban y me mostraban triunfantes las pequeñas ranuras púrpuras entre los muslos, como si hubiera en ello algo glorioso y soberbio. Se sonreían mutuamente confirmando su poder exorbitante, se alborozaban al ver que las miraba, pero mi pequeño sexo, por el contrario, devolvía a sus miradas la malicia habitual. Tiraban de él, fingían cortármelo y, finalmente, me daban la espalda como si yo no hubiera existido jamás. Luego volvíamos a vestirnos deprisa, porque se oían ya los pasos de la enfermera rubia que nos traía para cenar el molusco habitual, cubierto por sirope de caramelo, que teníamos que comer entero, hasta la última cucharadita. La última noche sentí en la boca, mientras masticaba aquella carne insípida, algo parecido a un tubo de goma: saqué con los dedos una vena blanquecina, con un extremo verdoso, la deposité en el borde del plato y luego vomité. La enfermera me trajo de inmediato otra ración.

Los niños de los otros salones no estaban sanos como, al menos en apariencia, lo estábamos nosotros. Casi todos tenían una rareza que ha quedado fuertemente grabada en mi mente. Uno tenía los dedos de las manos bifurcados en todas las direcciones, como las patas de los crustáceos. En la habitación de otro apestaba siempre, penetrantemente, a orina y a arce. Una criatura delgada y retraída, de rasgos anodinos, gritaba como un poseso cuando Carla y Bambina, tras acecharlo un buen rato, lo atrapaban y lo arrastraban hasta nuestra habitación. Peleaban una media hora con aquel niño que se retorció como una sanguijuela, hasta que conseguían bajarle los

pantalones del pijama para volver a contemplar una vez más, como si de una flor rara se tratase, aquel complicado capullo del que no podría afirmarse si era de niño o de niña. Había también una niña, dulce y vivaracha, que se reía feliz y hablaba con todo el mundo, pero sus manos sin brazos brotaban directamente de los hombros, como unas alitas. Todo el mundo admiraba su cabello largo hasta la cintura, como el de una muñeca rubia, y el brillo de sus ojos azules. Dos o tres niños tenían unos terribles esqueletos deformados por la poliomielitis. Todos vestían los mismos pijamas descoloridos, con animalitos, atados con cordones de tela como los cartapacios.

La visita de mis padres, un día antes de mi salida del hospital, una mañana lechosa que anunciaba ya el cambio de estación, fue el único acontecimiento verdadero en aquellos días en los que no pude hablar ni jugar con nadie. Aparecieron de repente, en el salón, con sus gabardinas, del brazo, jóvenes y morenos, tan altos que llegaban hasta el techo, y se inclinaron sobre mí con un amor terrible. En unos pocos minutos estaba rodeado de juguetes nuevos que despedían un penetrante olor a pintura: cubos de cartón con imágenes de cuentos que encajaban unos en otros; otros cubos de madera con los que se formaban figuras cuadradas —el pavo, el cerdo, la vaca...— y con los que se podían construir también castillos y, sobre todo, un caballito blanco de trapo, con ojos de cristal y una silla de charol roja. Tanto me gustó este juguete que lo conservaba toda-vía a los dieciséis años en algún cajón de la cómoda, pero estaba deformado como una lombriz, tan sucio que parecía casi marrón, pintarrajeado con boli, sin ojos y con unos cortes por los que se veía la frágil rugosidad del armazón. Mi madre y mi padre no se quedaron mucho rato. Después de prometerme que al día siguiente me llevarían a casa, «a una casa nueva, más grande, ya verás», salieron igual de desconocidos, igual de cambiados. Comprendí entonces que abandonar el hospital me resultaba completamente indiferente: habría podido quedarme toda la vida allí, contemplando cómo se oscurecían las paredes o cómo las iluminaba el sol, perdiéndome en el campo estereoscópico de iris o escuchando distraído las inflexiones dementes de la tiquitana. Y siempre, en todo momento a partir de entonces, he estado a merced de los mundos

puntuales, esféricos, los mundos-perla que he ido ensartando, como vértebras, en el hilo de mi médula espinal, y he permanecido ahí, metamorfoseado, adaptado a la textura de su aire, al brillo de sus nubes, hasta que un elemento exterior precipitó mi aborto de aquellos vientres sucesivos, con otras constelaciones placentarias y otros líquidos amnióticos, otros paraísos y otros dioses... Cuando se marcharon mis padres, me quedé sentado en la alfombra, construyendo para el caballito torres y pirámides con los cubos. Al cabo de un rato, sin embargo, al regresar de hacer pipí, encontré mi torre, tan alta como yo y que tanto me había costado equilibrar, derrumbada y desperdigada, y la silla de barniz púrpura arrancada de la grupa de mi caballo. Solo entonces empecé a llorar con desesperación, como habría tenido que hacer cuando partieron mis padres. Cuando llegó la enfermera, las santurronas estaban en la cama, jugando con sus muñecas.

Al día siguiente me trajeron mi ropa, y el pijama, arrugado, que despedía un olor acre, quedó tirado en el suelo, como un preparado anatómico en una lámina. La enfermera me cogió de la mano ante la mirada hostil de Carla y de Bambina, que no quisieron despedirse de mí, como les pidió la imponente mujer rubia, y volvimos a recorrer juntos las sinuosidades de los pasillos y de las escaleras heladas hasta que llegamos a la salita con el molde de escayola del hombre desollado. Mis padres entraron de nuevo en la habitación contigua para hablar con un médico invisible, así que me quedé solo en aquel aire verde, escuchando el sonido de mis pasos en las baldosas cuadradas del suelo. Me acerqué, como una semana antes, a la estatua sin brazos ni piernas, mitad hombre con la piel pintada en amarillo, con un cabello como un casco negro y la monedita de su pezón marrón, y mitad monstruo de pesadilla, un hervidero de fibras musculares rojas como la sangre, venas nudosas, azuladas, y extremos de huesos de color marfil. Una abertura practicada en el hueso craneal, en la calavera, permitía ver el cerebro. Ningún mártir había sufrido tanto ni había sido sometido a una tortura tan salvaje y tan científica. En cada uno de aquellos órganos extraíbles, sujeto a los demás con clavos, habían escrito, con una caligrafía anticuada, unos numeritos, alineados también en una placa colocada en el pedestal y acompañados de sabias explicaciones, que para mí no eran sino

unos adornos espinosos. Permanecí inmóvil ante la trágica escultura, con la mirada perdida en aquel ojo esférico sostenido por los músculos orbiculares como unas manitas que elevaran una ofrenda. En el iris de cristal marrón del ojo de porcelana azulada brillaba una chispa de luz. Con la cabeza echada hacia atrás, pues solo le llegaba a la cintura a aquel hombre desollado, contemplaba el escorzo siniestro tal y como había observado el campo de flores de color tinta, hasta alcanzar una especie de autohipnosis, de olvido de mí mismo, hasta la extinción progresiva del ser que rodeaba la estatua —esta se había vuelto de pronto sobresaliente y luminosa, con el contorno irisado por temblorosas líneas de oro—. Y entonces, solo entonces, me di cuenta de que el hombre gritaba. Un grito ronco, incesante, en salvajes *glissandi*, que expectoraba trozos de laringe, bandas ensangrentadas de la mucosa de la tráquea. Aullaba como una hiena, como un perro callejero apaleado hasta la muerte, como alguien sumergido en aceite hirviendo, como una mujer que diera a luz a un murciélago. Su cuerpo sufría unas convulsiones increíbles, tendía sus muñones sanguinolentos hacia el techo de la habitación, salpicado de las gotas que brotaban de las arterias. Empecé a gritar a la vez que él, invadido por el pánico, gritábamos juntos, nos agitábamos juntos, en mi pequeño cráneo de huesos blandos el grito se coloreaba de un amarillo cegador, apocalíptico, vibrante, insoportable. Gritaba con las manos en las orejas y todo mi ser, a través del estrecho túnel de la faringe y de la cavidad bucal, se convertía en grito, revestía un cuerpo de grito con una anatomía de grito, así que no era yo el que gritaba, sino que el grito me gritaba a mí, era yo el que se deslizaba entre las cuerdas vocales de mi grito, lastimándose con la glotis y la epiglotis, escurriéndose por la lengua, afinándose para poder pasar entre sus labios de grito.

Así me encontraron mis padres, acurrucado en las baldosas cuadradas, a los pies del molde de escayola y gritando con toda mi alma. Seguí gritando, congestionado, con la cara y el rostro bañados en lágrimas, hasta que salí por la puerta del hospital, entre hojas marchitas y telarañas. Esperamos largo rato el tranvía en una parada solitaria. Hipaba todavía y las pestañas no se me habían secado del todo cuando lo vi aparecer, rojo, tambaleándose

sobre los raíles como un escarabajo fatigado.

[22]. Flauta tradicional.

Tal vez en el corazón del corazón de este libro no haya sino un grito amarillo, cegador, apocalíptico... Esta noche, exánime, me he quedado dormido entre las sábanas empapadas y he yacido como una carroña helada en medio del campo, en una ausencia de ser ante la cual la muerte es un hormiguelo atronador, hasta que he experimentado de nuevo, después de tres o cuatro años, mi estado nocturno de «revelación» (de hecho, no he encontrado nunca un nombre adecuado, y el que utilizo aquí me parece apropiado porque es vago, indefinido, porque, por lo demás, en la locura sin límites de mi sueño «esencial» —pero aquí es sobre todo la palabra «mi» la que debería ir entre comillas— no se me revela nada más que, tal vez, la propia revelación: se me revela el hecho de que en este mundo opaco, denso, mortal como una almohada que alguien apretara sobre tu rostro para ahogarte, mientras te inmoviliza en el suelo con las rodillas y controla implacable tus forcejeos, la revelación es posible). Como un poro accidental en el duro marfil que rodea tu cisterna interior de luz viva, un poro sinuoso como la galería de una termita, se puede abrir de repente ante tus ojos un túnel iluminado por el inmortal fuego interior, mientras giras inquieto, en sueños y en visiones, dando vueltas una y otra vez en torno al Enigma. Pero ¿qué puedes comprender si, mientras te deslizas por el túnel a una velocidad terrible, sientes que los ojos se carbonizan y las orejas se contraen, la lengua se licúa e hierve, la piel se arruga como la corteza de los árboles, la mucosa nasal se deshace entre las llamas? En el torbellino de las hojas de ceniza, en la rosa carbónica, ¿qué queda de ti en el encuentro contigo mismo vivo, para que puedas tener la revelación, para que pueda producirse la fusión? Es el meollo de la rosa de nuestra muerte, porque ahí, en el centro de nuestro cuerpo carbonizado, entre los pétalos de ceniza de nuestro hígado y de nuestro cerebro y de nuestros bofes, firmemente apretados como un capullo abominable, entre los gránulos esparcidos de nuestras muelas, entre las cerillas de nuestros huesos completamente calcinados, hay algo más, y en

ese algo está todo. Cuando el túnel entra en línea recta y la boca del horno lo lame con sus llamaradas, derritiendo las paredes brillantes, cuando te precipitas a una velocidad fantástica hacia la ceguera de más allá de la ceguera, hacia la sordera respecto a la cual la sordera es un bramido de matadero, cuando las lenguas de fuego, que alimentan el fuego como unas astillas secas, alcanzan la rosa negra, sus hojas (riñones y vértebras, recuerdos y deseos, teoremas y dioses) se desprenden y se encienden una vez más, caen girando... y en el centro del centro del centro de la corola de la rosa aparece la esfera de cuarzo, indestructible, que puede penetrar en la arquitectura de las llamaradas, en las jerarquías de la devastación. En el centro de la cisterna de fuego, reflejando el fuego, ella se transforma entonces en el propio generador de poder vivo, y así ha sido desde el principio de los tiempos, porque no puedes vivir jamás un enigma que no hayas construido tú mismo.

Es ese «sueño» que he intentado describir a lo largo de tantas páginas y que tuve por primera vez a los doce años, inmediata o casi inmediatamente después de abandonar el hospital de Colentina. Desde entonces se ha repetido, en diversas variantes, con algunos detalles añadidos y otros omitidos, tal vez una docena de veces a lo largo de estos catorce años. Al principio con una frecuencia aterradora, más o menos una vez al mes (en esa época rebuscaba febrilmente en los tratados de neurología para fijar yo solo el diagnóstico); con el tiempo, los intervalos se espaciaron y todo pareció encaminarse hacia la «sanación». El sueño de anoche, continuación tal vez de las páginas escritas ayer (porque, mientras describía al detalle la visión del molde de escayola gritando y salpicando sangre, había sentido algo muy cercano a la locura), ha respetado el esquema de todos los precedentes y no ha sido en absoluto menos perturbador, aunque hayan transcurrido dos años desde el anterior. Como de costumbre, en torno a la erupción del sueño re-velador —pero ¿qué velo se retira? Por el contrario, los velos parecen superponerse, concentrarse, rotar, hasta que el grosor en torno al frágil huevo de tu duramadre, turbante celeste con el diamante de Shiva en la frente, se vuelve enorme, ocupa todo el cosmos (finito pero ilimitado, en el que el tiempo imaginario acompaña al espacio en todas sus

direcciones) con una entretela de algodón impenetrable— la actividad onírica aumenta de manera considerable, al igual que los estados de disolución del yo durante la vigilia. Un enjambre de monstruos brotaba bajo mis párpados en cuanto me acurrucaba en la cama y cerraba los ojos. Cráneos putrefactos, rostros indescritibles, terribles susurros al oído me torturaban hasta la mañana, cuando, en muchas ocasiones, me despertaba completamente paralizado y no podía realizar el más mínimo movimiento durante largos minutos, aunque mi mente procuraba con desesperación enviar órdenes firmes, tener confianza, no vacilar. Era como si ordenara a la montaña que se zambullera en el mar.

Y llegaba la noche en la que, después de quedarme por fin dormido, tenía la impresión de que me levantaba y me incorporaba, envuelto aún en las sábanas como una momia. No me asombraba en absoluto el hecho de verme desde arriba, desde el techo, como si dos entidades gemelas de mi conciencia se hubieran desligado, se hubieran alejado unos metros y una de ellas hubiera atravesado (¿gracias a qué ósmosis?, ¿gracias a qué efecto túnel?) la piel metafísica que envuelve mi encéfalo y separa lo interior de lo exterior. La habitación estaba bañada en una luz verde que giraba lentamente.

Aunque todas las cosas estaban en su sitio (por ejemplo, sobre la mesa estaba abierto el cuaderno de inglés tal y como lo había dejado la tarde anterior, pero los pantalones, colocados en el respaldo de la silla, estaban en mi sueño tirados en la alfombra, tal y como los encontraría en realidad al día siguiente), flotaba en la habitación un aire lunático, como si me hubiera despertado mal o como si lo hubiera hecho en un mundo con unos detalles idénticos al nuestro, pero reconstruido con demasiada fidelidad, con demasiados matices, en un planeta desconocido, para unos fines incomprensibles. Y de repente empezaba a percibir el sonido. Me parecía que había existido desde siempre, pero que había evolucionado durante milenios bajo el umbral de mi percepción, que se había amplificado sin cesar a partir de un silencio casi total, que había buscado mis oídos (o tal vez la zona de los lóbulos temporales situada en la interfaz entre la vibración y la sensación) como la flecha busca la diana y que, finalmente, ampliado billones de veces respecto al punto de partida, se había infiltrado por la gran

puerta auditiva de la mente. El ruido, al principio tenue e inofensivo como el zumbido de una mosquita, casi inaudible, oscilaba como el de una sirena, pero con una frecuencia propia y con un cierto *glissando* que le confería una sedosidad casi táctil, como si froteras suavemente entre los dedos los pétalos fibrosos de una petunia.

En unos pocos segundos, el ruido se volvía consistente y se tornaba amarillo. Se atornillaba a mi cráneo como un sacacorchos, cada vez más profundamente, oscilando hacia arriba y hacia abajo cada vez más rápido, ascendiendo de forma asintótica del «audible» al «fuerte», superando el umbral de lo aceptable, luego el de lo tolerable, hasta que se transformaba en un aullido de oro. Sentía que la amplificación no acabaría jamás y una histeria demoledora, un terror sincronizado con el crecimiento demente del sonido me invadían, me dominaban, me suplantaban a pesar de todos mis esfuerzos por conservar mi identidad. Cuando el sonido desbordaba el oído —tal vez lo había disuelto— y se convertía en llama, arrancaba la segunda parte del sueño. Unas manos invisibles me agarraban bruscamente de las piernas y me tiraban con brutalidad de la cama, con sábanas y todo, y me golpeaban contra los muebles de la pared. En otros sueños ese arrastre no acababa aquí. Me acarreaban, a una velocidad cada vez mayor, por habitaciones extrañas, por caminos cubiertos de árboles que parecían túneles, hasta que la velocidad se volvía infinita, junto con las lenguas de fuego del antiguo ruido, que ahora ya habían abrasado mi cuerpo, habían hecho mi cráneo añicos y se extendían triunfantes por todo el espacio, en todos los tiempos, por todo el ser, hasta que el propio ser era carbonizado y el fuego hirviente lo sustituía, comprimiéndose, atizándose, concentrándose, amplificándose en el infinito. Un aullido de fuego que subía y bajaba billones de veces por segundo, mi grito y el de la Divinidad, mi terror y mi triunfo, el horror más allá del horror, la felicidad que superaba miles de millones de veces la felicidad...

Volvía a encontrarme en mi cama y era como si acabara de despertarme. El verde de la habitación hacía girar la misma luz lunática, arremolinada en sí misma. Las lágrimas parecían haberse secado en las mejillas. Me levantaba e iba en busca de mi madre. El día parecía confundirse con la

noche. Avanzaba por los pasillos y los aposentos de nuestra casa, todavía perdidos en el crepúsculo. Las puertas se abrían solas a mi paso, y me permitían avanzar, lento y uniforme, por las tres habitaciones. Cuando la puerta del salón se abría, veía por la ventana el sol del alba, pequeño y rojo, sin brillo, que se elevaba sobre el molino Dâmbovița. En el sofá revuelto dormían mis padres, mi madre con la cabeza completamente escondida bajo las sábanas, acurrucada, así que resultaba curiosamente menuda, y mi padre boca arriba, con los botones del arrugado pijama desabrochados y con una capucha en la cabeza, una media de señora anudada para sujetar el cabello. Me acercaba y contemplaba a mi madre con una rara intensidad. Casi al instante me despertaba de verdad y, como anoche, permanecía un rato en un estado de confusión total. Realizaba a continuación unos cuantos gestos absurdos. Iba al baño y, después de contemplarme un rato en el espejo, sin pensar en nada, empezaba a cortarme las uñas de una mano. O enroscaba y desenroscaba varias veces el tapón del frasco de alcohol. Me quemaba el cuero cabelludo como si una red de metal incandescente lo cubriera. Regresaba a mi cama como un autómata y volvía a quedarme dormido enseguida; vegetaba varias horas sin soñar, hasta que rompía el día.

Durante uno de aquellos vagabundeos, en sueños, por las estancias crepusculares, al entrar en el salón me sorprendió la ausencia de mi madre entre las mantas del sofá. Estaba solo mi padre, de cara a la pared, en camiseta de tirantes, respirando rítmicamente. La frustración y la angustia me espabilaron al momento. Cuando amaneció y mi madre regresó de la cola de la leche, me dijo, roja de furia, que «este padre tuyo» había vuelto a ir al bar con sus compañeros del periódico para celebrar no sé qué. Mi madre se había enojado tanto por el despilfarro que se había acostado en la habitación pequeña y le había dejado a mi padre dormir solo aquella noche... El sueño, por tanto, había alcanzado una especie de extraña clarividencia, como si, en cierto modo, hubiera caminado de verdad, aunque sin cuerpo, por las habitaciones sombrías.

Todo comenzó avanzado ya el otoño de 1973, cuando me sorprendió una lluvia desagradable y helada al volver de las clases de taller. En un minuto mi uniforme estaba empapado y mis cabellos chorreaban agua que se colaba

por el cuello, zigzagueaba por la piel desnuda de la espalda y se extendía por el cinturón. En la línea 5 el paisaje era, de cualquier manera, desolador, pero bajo aquella lluvia torrencial todas las casas parecían, al igual que el cielo, de barro y alquitrán. Las hojas se pegaban, muertas, en las paredes y en los parabrisas de los tranvías, se pudrían en los charcos, se posaban en los hombros encorvados de alguna anciana loca que, separando las piernas, orinaba en medio de la lluvia apoyada en una cerca. Cuando llegué a casa, me di un baño caliente y permanecí sumergido, con la cabeza debajo del agua, escuchando los ruidos curiosamente nítidos que procedían de las casas de los vecinos —voces, ladridos, el traqueteo de alguna lavadora—, hasta que empecé a sentirme mal por culpa del calor. Después, durante toda la tarde, recité con énfasis, ante el espejo, a los poetas que iba descubriendo paulatinamente: el último me resultaba siempre el mejor, el tocado por el genio, el único. El patetismo de mis declamaciones —en voz baja, sin embargo, pues temía la ironía de mis padres, a pesar de que, la mayoría de las veces, ellos estaban como muertos en el aura azulada del televisor, en el salón— desbordaba toda medida. Sentado en el borde de la cama, con el libro en la mano, bramaba, gorjeaba y ladraba los versos, contorsionando los músculos de la cara, como si estuviera en trance, hasta que empezaban a dolerme y, como ocurre con el esfínter peribucal de los trompetistas, se me quedaban entumecidos durante un rato. Había que vivir cada verso con una intensidad absoluta porque cada uno de ellos proporcionaba una aclaración, una iluminación interior en mi vida miserable, en mi habitación con bombillas mortecinas y muebles viejos. Cuando los recitaba, mirándome a los ojos en el espejo y haciendo muecas «desesperadas», «proféticas», «puras», «apasionadas», era como si mi química interior se modificara: el pelo se me erizaba, no solo en la cabeza y en los brazos, sino incluso en los muslos, mis ojos se abrían de par en par, el acné que cubría mi frente se encendía en mi piel pálida. Sudaba, empapaba el pijama con los ojales siempre rotos. No podía quedarme quieto y, arrebatado de exaltación, me acercaba a la ventana para recitar al panorama bucarestino sobre el que caía, mansa, la lluvia:

*Muchacha lagartija,
tumbada en las losas,
corre al riachuelo
y quítate las rosas.*

Enfrente, el perro del tío Cățelu estaba acurrucado, como un trapo negro, en medio de la lluvia, y los crucificados de los postes de neón entre los raíles de los tranvías, cada uno con su corona de espinas, levantaban hacia el cielo sus rostros ensangrentados para beber la lluvia de noviembre. Por los raíles circulaban casi exclusivamente los vagones-taller que tenían en la plataforma trasera una especie de horca amarilla, de metal, con poleas. Me sentaba sobre la tapa del arcón y apoyaba las plantas desnudas en las barras ardientes del radiador, que ya habían puesto en marcha «de prueba». Me quedaba así hasta que oscurecía por completo y la ciudad, como en la ilustración de un antiguo libro para niños, se difuminaba delicadamente bajo las nubes de plata y bajo la luna. Solo los anuncios de neón se encendían y se apagaban en la lejanía, como unos fosforescentes peces abisales, contradiciendo al ocaso con sus indistintas luces verdes, azules, púrpuras. Como solía hacer de niño, cuando se apagaba un letrero yo cerraba los ojos, contaba hasta siete o hasta once y, al abrirlos de nuevo, volvía a ver el letrero encendido. Podía, de esta forma, mantenerlo encendido hasta el infinito, evitando las fases a oscuras, porque el espacio sombrío que aparecía tras el apagado del rectángulo o del círculo de luz sobre los bloques del centro se volvía de repente mucho más negro que el resto del panorama nocturno. No encendía la luz de mi habitación y permanecía así, más o menos hasta las dos de la madrugada, contemplando la oscuridad a través de la deslumbrante ventana azul, sintiéndome como un animal de las cavernas, de carne transparente y sin ojos, tanteando las paredes con delgados manojos de órganos táctiles.

Y aquella noche, después de tantas muecas y contorsiones, me quedé dormido sintiendo mi máscara facial tan pesada como si fuera de bronce. Al día siguiente desperté pálido y aturdido. Mientras me lavaba los dientes me di cuenta, sin comprenderlo aún del todo, de hecho, de que sucedía algo

raro: el agua fría con que me enjuagaba caía libremente de la boca, a pesar de que apretaba los labios: el músculo de la parte izquierda del labio superior estaba blando, inerte, y latía un poco. Era curioso, casi divertido. «Qué diantres», me decía, y volvía a tomar un trago de agua, intentado retenerla en la boca con todas mis fuerzas. Pero cuanto más apretaba los labios y las mejillas, con más fuerza brotaba el chorro por la brecha fofa del labio superior. Salí del baño y, durante una hora, me ocupé de mis asuntos procurando no pensar en esa rareza que —confiaba— tendría que desaparecer antes o después, como un calambre o un latido de los párpados. Pero la anomalía persistía, obstinada. Me di cuenta de que ni siquiera podía silbar, y esa porción de un centímetro de labio, cubierta por una pelusilla fina, estaba blanda como la carne de un molusco. Tampoco entonces me asusté, pero le mostré a mi madre (acababa de llegar de la plaza, abrumada por el peso de dos bolsas enormes) lo que me había pasado, sonriendo con torpeza, como si tuviera que alardear de una destreza recién adquirida. Mi madre se asustó, se llevó la mano a la boca, como las campesinas, y lanzó un «¡Ayyyyy!». Fuimos rápidamente al Hospital de Urgencias. Era sábado y en la sala de guardia no había nadie. Olía tan solo a hule y a antibióticos. Finalmente apareció una doctora de mediana edad que me examinó y me dio inmediatamente un diagnóstico que resultó ser correcto: parálisis facial, probablemente periférica, izquierda, denominada «*a frigore*», porque el nervio que rige la musculatura de la mitad del rostro estaba seccionado, a la altura de la oreja, debido al frío excesivo. La lluvia helada que me había empapado la víspera había acabado conmigo. Me tenían que ingresar sin falta en una sección de neurología para comenzar el tratamiento cuanto antes, así que la doctora, tras bromear un poco, me dio un volante para el hospital Colentina, adonde llegué la tarde de ese mismo día.

En el enorme salón de Neurología del pabellón IV del hospital de Ștefan cel Mare —edificios amarillos destrozados, con la proa y la popa prolongadas por miradores de cristal, que recordaban sobre todo a unos galeones españoles anclados unos junto a otros en la bahía soleada— habría unas treinta camas. Su población, aunque homogeneizada por las batas púrpuras salpicadas de calvas, rozaduras y marcas de la plancha, se diversificó

enseguida a medida que empecé a conocer mejor a los pacientes, cada uno con su enfermedad y con su personalidad y con sus historias. Como hasta el lunes por la mañana no me examinó nadie, tuve tiempo suficiente para observar, por una parte, la extensión progresiva de la parálisis de mi rostro, la incorporación, lenta como la marcha de un minuterero, de la comisura de la boca, del músculo de la barbilla, de la mejilla izquierda, del párpado (que luego, durante largos meses, solo conseguiría cerrar con el dedo), hasta que mi cara —y esto se observaba sobre todo cuando reía— se convirtió en el rostro de un arlequín siniestro; por otra parte, me permitió entrar a formar parte de un pequeño grupo de gente joven, la «guardería», como nos llamarían la doctora Zlătescu y las enfermeras, unos chicos con los que más adelante, durante todo un mes, jugaría, en la mesita de la veranda, interminables partidas de veintiuno a cambio de cerillas. A los demás los conocí de manera más vaga: recuerdo a un doctor retirado, enfermo de esclerosis múltiple, acostado siempre en la cama con aire soñador, que, si te acercabas a él, se sacaba de la pechera una foto en blanco y negro con un heteróclito grupo de gente cuyos nombres, relaciones de parentesco y otros detalles eran siempre distintos; un individuo que había resultado herido en la cabeza con una barra de hierro durante unos «incidentes con los húngaros», en la frontera, en un momento histórico que no pude ubicar en ninguna parte; un enfermo de Parkinson atiborrado de L-dopa; un camarero del Intercontinental que llevaba bragas de señora, con lacitos de seda; un tipo antipático, extremadamente gordo, que olía siempre a sudor y que sufría un terrible síndrome de Reiter: tenía la sensación de que sus propios dientes conspiraban contra él y, efectivamente, no podía dominar el impulso de morderse la lengua y los carrillos por dentro. También recuerdo a un anciano de al menos ochenta años, completamente decrepito, «el señor Ionescu», que alardeaba de haber escrito en *El Universo*, «antes de los comunistas», varios reportajes sobre la miseria social de Rumanía: «¡Los fustigaba, hombre, los fustigaba sin piedad! ¡Era el terror del periodismo político! ¡Venían a verme Bucșescu, y Vosgian, y Lacheris, incluso Samurçaș vino en una ocasión a mi despacho, y se ponían de rodillas, chaval, y me ofrecían millones para que no escribiera sobre sus sórdidos

negocios! ¡Garrapatas, canallas, arañas del régimen de la corrupción, eso es lo que les llamaba! ¡Y les arrojaba sus millones a la cara!». El viejo, completamente calvo, con unas venas como varices en el cráneo, con los ojos violentamente desencajados y unas mandíbulas desdentadas en eterno castañeteo, recuperaba el aliento por un instante y seguía con la misma vehemencia senil, escupiéndonos mientras peroraba: «Me mandaban mujeres para que me sedujeran, cortesanas, prostitutas de lujo... Pasó a verme, por el periódico, gente que no te puedes ni imaginar: mira, aquí, en mis rodillas, estuvieron Debora Zilberştain, y Angelica Ducote (la de la Terraza Oteteleşeanu), y Mioara Mironescu del Bisquit (ah, no, del Gorgonzola), y la Vetuţa aquella a la que visitaba Eftimiu para que le hiciera *le carnaval de Venice*... ¡Todas, las tuve a todas, pero los panfletos los escribí igual, me cagüen su puta madre! ¡Cuando oían hablar de Ionescu era como si oyeran mentar a Satanás!». El viejo había conocido «al dedillo» a Camil Petrescu, a

Homer Patrulius («Ese era el único que tenía genio; ya lo decía Lovinescu: “¡Tienes genio, Patrulius, tienes genio!”.»), a Minulescu, a Corduneanu... De vez en cuando lo interrumpía la enfermera para clavarle en la nalga la aguja de una jeringuilla con la indiferencia con que se la habría clavado a un caballo muerto o para coger delicadamente su glande entre los dedos e introducirle la culebrilla rosa de la sonda, la única forma de conseguir que el señor Ionescu orinara... Finalmente, en algún lugar entre los pliegues del recuerdo, se me aparece también un larguirucho frágil y pálido, una especie de langosta verdosa, que estaba siempre junto a la ventana mirando el horizonte. Sufría, tengo la impresión, una extraña acromegalia. Solo me fijé en él cuando lo hizo todo el mundo, un día de visita, cuando a uno de los enfermos vino a verlo una mujer con una niña de diez o doce años. Aquel ser infinitamente alto se animó de repente, se acercó a la niña como si fuera un fantasma, se la llevó aparte y, con gestos de nigromante, habló con ella una media hora. «No te olvides de soñar», le gritó con su voz apagada y chirriante cuando la madre y la niña abandonaron el salón.

Pero con estos individuos tuve poca relación. Por la noche algunos gemían y se quejaban desagradablemente, y a uno le rechinaban los dientes que te

morías de miedo. Mis compañeros más cercanos (literalmente, además, porque las camas de nuestra «guardería» estaban agrupadas cerca de la puerta) eran otros. Junto a mi cama, separado de ella por una mesilla, estaba el lecho de sufrimiento de un pobre jorobado, un zapatero de unos cincuenta y cinco años cuyo cráneo, cubierto por una piel del color de las heces, brotaba directamente de un torso deforme. Una cabeza de niño en la espalda y otra en el pecho parecían querer abrirse camino a la fuerza a través de su pijama de algodón. Además de todas estas desgracias, el jorobado había sufrido un ataque de hemiplejía en su pequeño taller de zapatero. Así que era el único del pabellón completamente inerte, incapaz de levantarse de la cama y objeto de la antipatía de todo el mundo, pues llenaba la habitación de un tufo insoportable, al menos una vez al día, cuando una de las enfermeras le colocaba la «chata» bajo el trasero y, al cabo de un rato, se la llevaba cubierta con unos papeles sucios. El pobre hombre quería que se lo tragara la tierra de vergüenza. Charlé muchas veces con este Leopardi atormentado por la melancolía. Por las noches le quitaba el reloj de muñeca, con el cuadrante calcificado y con una correa de color caqui, lo guardaba en el «cahón», y por la mañana se lo colocaba de nuevo en la muñeca. Entre las cejas de este hombre del dolor se marcaban unas profundas arrugas. Solo se alegraba un poco cuando venía su familia: una mujer oligofrénica, operada de la cabeza, justo en la frente, donde una cicatriz azulada, atravesada por suturas, se arqueaba y se adentraba en el cabello, y una niña normal, el gran motivo de orgullo del zapatero. Hablaba casi todo el tiempo solo sobre ella, sobre cuánto estudiaba, cómo jugaba...

Una mañana, durante la visita del médico, el señor Paul, el zapatero, se dio cuenta de que no podía hablar: balbuceaba, no encontraba las palabras, y su rostro estaba ruborizado como los órganos pudendos congestionados. El espanto se apoderó de él. El doctor había intentado tranquilizarlo, pero el jorobado abrió de repente la boca de par en par, hacia el techo (¿qué tenían sus dientes para que resultaran tan raros? ¿Una disposición errática?, ¿una capa de sarro que trazaba, en cada uno de ellos, perfiles de camafeos, escenas religiosas, jardines con senderos que se bifurcaban?), y lanzó unos aullidos agudos, ridículos, como un zorro atrapado en una trampa. Gritó y

se retorció todo lo que le permitía la parálisis, con el rostro amarotado y las lágrimas corriendo por las sienas, hasta que le dieron unos tranquilizantes. Hacia la tarde se calmó y reía feliz. Había creído que, además de la joroba, además de la parálisis, Dios lo había castigado también con la tartamudez. Eso lo había vuelto loco: «¿Qué habrían dicho esos demonios de críos de Smârdan si hubiera vuelto del hospital tartamudeando?». Pero no había sido sino un temor sin fundamento. A mi derecha había un chico granujiento, con cara de aldeano porteador de cubos, esmirriado y completamente cretino, jugador de fútbol. Había llegado un día antes que yo. Después de caerse en el campo, empezó a sangrar de un oído. Se había despertado por la noche con la almohada empapada. El flequillo, los ojos pequeños y redondos, una boca sin labios y el acné ubicuo le conferían el rostro clásico del «malo» de las antiguas películas de cruzados y cinturones de castidad. Estaba en observación, al igual que el joven agradable y educado que se encontraba a su lado y que, en una situación de absoluta normalidad, se había acostado una noche y al que no habían podido despertar en ocho días, cuando abrió los ojos feliz y muerto de hambre. Había pasado ya más de un mes desde entonces y le habían analizado el cerebro de mil formas, el electroencefalograma había salido siempre normal. «Nadie sabe qué tengo», les comentaba a todos, orgulloso. Hablábamos de literatura, le recitaba con entusiasmo poemas de Tzara y de Voronca, y él me hablaba de Mandiargues y de Beckett. Le gustaba hacerme reír porque entonces (mi enfermedad había avanzado) la mitad derecha de mi cara se animaba, la comisura de la boca se levantaba alegre hacia la oreja, el ojo se entornaba y brillaba, mientras que el rostro invisible de la luna, la parte izquierda, seguía siendo de piedra, hierática y misteriosa. «¡Pareces Riga Crypto y Lapona Enigel!»[23] Unos diecisiete o dieciocho años tendría, asimismo, el único epiléptico del pabellón, un chico de pueblo, grande, de orejas de soplillo y ojos inyectados en sangre. Mientras permanecí en el hospital sufrió una sola crisis, pero muy violenta, tremenda: cayó de repente, con un aullido terrible, en el hueco entre la fila de camas y empezaron las convulsiones clónicas. Llegó enseguida un doctor y le apretó con fuerza la nariz y la boca con las manos hasta que disminuyó la intensidad de las sacudidas y el gran cuerpo

embutido en un pijama azul quedó inerte en el suelo. Pero hasta entonces no había asustado a nadie, al contrario, nos había entretenido con unas historias prolijas, infantiles, llenas de detalles, sobre espectros que salen de lagunas y niños que nacen de pie y conocen perfectamente el futuro. El futbolista, el hipersomnÍaco (creo que se llamaba George), el epiléptico y yo éramos la «guardería» y matábamos el rato juntos, sobre todo jugando a las cartas, en la esquina de la cama o en el mirador, contando chistes y espiando a las enfermeras. En la última semana de mi estancia se nos unió un chaval de unos diez años que deseaba con toda su alma que lo operaran de cualquier cosa: después del apéndice le habían extirpado las amígdalas y unos pólipos, y ahora simulaba (eso creía la doctora) unos agudos dolores de estómago. En cuanto se hablaba de una operación, se le ponía duro el pajarito, y el futbolista se revolcaba entonces en la cama, muerto de la risa. Naturalmente, aquel borrico ponía buen cuidado en «empinársela» al pequeño paciente veinte veces al día, contándole, con un montón de detalles estúpidos, disecciones, amputaciones y trepanaciones, fingiendo que se le hacía la boca agua de placer. Pero aquel chavalillo se salvaba de todas las burlas gracias a su insólito talento como jugador de cartas. Nos desplumaba, simplemente, jugando al veintiuno. Nos ganaba docenas de cajas de cerillas. Su milagrosa intuición le decía si tenía que plantarse en el catorce o el quince o, por el contrario, si tenía que pedir una carta más cuando las que tenía en la mano sumaban diecinueve o incluso veinte.

Mi tratamiento consistía básicamente en cortisona. Por eso no podía comer nada salado, pero no me importaba porque me gustaba el miserable sustituto de la sal de las mesitas de la galería, el cloruro de potasio. Me daban también unas vitaminas, pero, gracias a Dios, ninguna inyetable. El tratamiento me lo había fijado la doctora el día de la primera consulta, después de que las enfermeras me examinaran por todas partes (pero no en los pantalones del pijama, como me esperaba y me temía, porque —lo había leído antes— uno de los apartados de la hoja de diagnóstico contemplaba el «aspecto de los órganos genitales», sin embargo, las enfermeras apuntaron, de oficio, «normal»), me hicieran cosquillas con una llave en las plantas de los pies, me metieran algodón en los ojos y verificaran otros reflejos con un

martillito de goma. Este examen me había excitado sobremanera. Las enfermeras, una rubia, rolliza, y la otra pelirroja, vestían unas batas blancas a través de las cuales se adivinaban fácilmente —sobre todo cuando se agachaban— las bragas y, cuando llevaban, los sujetadores. Sabía cada día (y lo comentaba con mis amigos) el color e incluso el dibujo —lunares y florecitas— de su ropa interior. Entre los botones de las batas, tan almidonadas que parecían de papel, se abrían a veces unos huecos por los que se podía adivinar la redondez de los senos y, si tenías suerte, incluso un pezón con su areola. Como tenía dieciséis años y las hormonas campaban a sus anchas por la sangre que irrigaba mi cerebro, no me costaba nada imaginarme que las poseería a ambas, que vendrían una tras otra a mi cama en una noche poblada de gemidos y crujir de dientes. Había una tercera enfermera, una «santa», como la llamaba el jorobado, una joven de rostro delgado y pálido, casi incorpórea, en cualquier caso, sin atributos femeninos, que flotaba silenciosa entre los enfermos realizando las tareas más desagradables (colocar la sonda en la uretra de algunos pacientes, reducir el prolapso rectal de otros, acarrear las chatas) sin que en su rostro apareciera aquella mueca de asco y desprecio de las caras de las otras dos. Tras este primer examen, la doctora estableció mi diagnóstico, el tratamiento e incluso un pronóstico bastante ambiguo, manifestado en tono de broma: «Pero no te esperes que transformemos a una vieja maltrecha en una joven casadera...».

Hacía un tiempo miserable, seguía lloviendo mansa y estúpidamente, los pocos árboles que se veían por las ventanas de la galería conservaban en las ramas unas pobres hojas amarillas, y los senderos estaban oscuros, húmedos, brumosos. Por las tardes leía casi todo el rato, sobre todo después de cenar. Dos veces por semana iba a los «rayos» y otras dos veces, en días diferentes, recibía un masaje. Formaba parte del tratamiento. Entretanto, la parálisis facial se había vuelto total. Como era un caso «ideal» y arquetípico, me visitaban a menudo los estudiantes de Medicina que frecuentaban nuestro pabellón en grupos de siete u ocho, rodeando las camas y esforzándose por establecer algún diagnóstico. «Mirad su rostro —les decía el profesor cuando se arremolinaban en torno a mí. Eran chicas guapas y

chicos con batas de médico, de manga corta—. ¿Es simétrico

o asimétrico?» «¡Asimétrico!», gritaba la mayoría, pero, ante el gesto desaprobador del barbudo, los otros gritaban aún más fuerte: «¡Simétrico! ¡Simétrico!». «¡Ahora riéte, chaval!», añadía el profesor, y yo obedecía como un mono amaestrado. «¡Asimétrico!», gritaban todos, triunfantes. Luego me introducían algodón en los ojos para detectar no sé qué reflejos. En cuanto se marchaba el profesor, sabía que podía relajarme. Los chicos pellizcaban el trasero de las chicas, se iban a la galería y fumaban, bromeaban y charlaban sin prestar la más mínima atención a los enfermos en bata morada o con pijamas a rayas descoloridas, de una textura áspera como el sayal.

Cuando iba a los rayos, descendía dos pisos, recorría unos vestíbulos vastos y fríos, siniestros como la morgue. Había en cada pasillo dos o tres bancos de plástico en los que casi nunca se sentaba nadie y un teléfono público colgado de la pared, ocupado por alguna enferma escuálida, con una bata de lunares que recordaba un quimono. Me adentraba en un corredor oscuro que tenía a ambos lados bombonas de oxígeno, veía por el rabillo del ojo, por la raja de una cortina de hule, las imágenes difuminadas del infierno de la sala de reanimación y llegaba, por fin, al consultorio estrecho atestado de aparatos eléctricos. Incluso yo podía darme cuenta de lo extrañas y ridículas que resultaban aquellas cajas con botones de plástico y esferas sujetas con tornillos firmes, como las de un tanque. En las esferas se movían unas agujas en forma de flecha que tenían incluso timón, pero las letras y los símbolos estaban escritos a mano, con tinta, con una grafía anticuada. Era como un depósito de quién sabe qué taller de reparación de televisores, donde te enredabas entre cables e hilos, donde incontables cilindros de metal esperaban las clavijas con extremos de plástico ordinario, donde los paneles con potenciómetros y voltímetros recordaban a los de un tranvía. Tomaba asiento delante de uno de ellos y el doctor, habitualmente sumergido en la lectura del *Sportul*, se acercaba a mí con cara de mago escéptico, para colocarme en las sienes dos electrodos impregnados de vaselina que pegaba a mi piel con esparadrapo. Hacía girar luego el botón de ebonita hasta una posición determinada y regresaba a su rincón para desaparecer tras las páginas de clasificaciones y comentarios deportivos. Me

aguardaba una hora de espera e inquietud. La vaselina de los conductores crujía levemente al paso de la corriente eléctrica, como si hirviera y formara burbujitas. Con los ojos cerrados, imaginaba cómo el flujo de electrones atraviesa el escalpo, perfora el hueso del cráneo y taladra las hojas del pergamino grueso y arrugado que envuelve mi cerebro. Se hunde luego en la complicada y análgica médula, tantea circuitos y estructuras, favorece la emisión de los neurotransmisores, estimula las neuroglías, despierta a las princesas dormidas en alcobas secretas, multiplica las pinzas de los cangrejos y los sarcoptos que pululan por los sótanos, hace vibrar los globos de cuarzo de las salas de caolinita, más vastas que la mente. Violado, humillado, pero ungido al mismo tiempo con una mirra extraña, mi cerebro abría lentamente sus labios retorcidos, irrigados por las venas, florecía como una tierra en la que manara leche y miel, bañada por un Jordán carnívoro. Descendía también yo a ese paisaje cárstico excavado por el riachuelo de la corriente violeta. Exploraba estructuras trágicas y grandiosas, propulsadas hacia las alturas, palacios abstrusos que ardían al sol haciendo brotar de una masa de neuronas sus cumbres enroscadas, salas con baldosas por las que pululaban animales transparentes y húmedos, remolinos de información coloreada, nudos de serpientes enredadas en bobinas de jade. Atravesaba la ciénaga de los axones en ligeras naves de iridio, amputaba dendritas y tentáculos a machetazos, me enfrentaba a pesadillas violentas como huracanes, me atrevía a mirar a los ojos a unos emisarios celestiales hasta que, por fin, adivinaba entre las brumas azules el esperado puerto: la cóclea del otro oído se elevaba en el hueso temporal como la noria de un parque de atracciones. Abría entonces, aturdido, los ojos: ya había pasado la hora. El médico me arrancaba bruscamente el esparadrapo y me quitaba los electrodos, mis sienes quedaban relucientes. Después de cada una de estas sesiones me pasaba la tarde con la mirada perdida en el vacío, soñador sin soñar con nada, meditabundo sin meditar nada, sintiendo, sin embargo, mi vida extensa y pura como un infinito cielo de verano. Respondía a mis amigos si me preguntaban algo, comía si llegaba la hora de comer, pero no estaba allí y, sobre todo, sentía que no era de allí, que las formas coloreadas a mi alrededor, al igual que la herrería de las voces y la felonía de las nubes

de otoño, aunque idénticas a las de mi mundo (y precisamente por ser idénticas), no eran sino una inmensa y ridícula puesta en escena. Contemplaba todo sin fijar la mirada en ninguna parte, mis globos oculares divergían, el fantasma derecho y el izquierdo se separaban lentamente el uno del otro, el mundo se desdoblaba y se disolvía en una especie de vaho tenue, marrón oscuro y luego dorado... Hasta que quedaba tan solo aquel dorado, como de icono, temblando en el frío y en el vacío. Regresaban después las imágenes del salón, pero sin relieve y sin sentido, un entramado barroco que yo miraba ahora tal y como, de niño, en las sobremesas en las que me obligaban a dormir la siesta, contemplaba, de cara a la pared, el respaldo del canapé, su tela de estampado floral: lo veía como con lupa, seguía todos sus meandros y bifurcaciones, observaba cada matiz de los colores, de tal manera que llegaba a conocer la tela tan bien, tal vez, como su fabricante, pero sin saber por qué la conocía, por qué había recreado mi mente aquel trozo de tela que brillaba ahora, tridimensional, en medio de mi campo visual, con cada hilillo y cada milímetro coloreado visible como bajo una luz rasante. Horribles son las imágenes en las que tú no existes, imágenes que cualquiera habría podido ver antes de injertarlas en tu mente, en tu carne... Finalmente, al cabo de horas y horas de vacío, regresaba a mis propias sensaciones, reencontraba mis glándulas endocrinas y mi piel, mi historia y mis valores, mi pijama y mi baraja. Los chistes de George me hacían reír de nuevo con la mitad del rostro y por la noche, antes de quedarme dormido, rememoraba el trasero de las dos enfermeras y las poseía por detrás, una y otra vez, entre las sábanas húmedas y cálidas. Por la mañana volvía a colocarle el reloj al jorobado, llegaban luego el médico y los asistentes, el tiempo se autorreproducía con la placidez de un invertebrado inferior con las tres cuartas partes de su cuerpo llenas de huevos...

[23]. Personajes de un poema de Ion Barbu (1895-1961).

La última parte de mi tratamiento era el masaje. Mucho después de abandonar el hospital seguía dándomelo yo solo, ante el espejo, como una mujer que se siente envejecer. Con un poco de talco en los dedos, empezaba por la frente, estiraba la piel hacia las sienes y comprobaba día a día cómo, si levantaba las cejas en un gesto de sorpresa, las líneas de la parte izquierda de la frente se acentuaban cada vez más (en el hospital habían desaparecido por completo), continuaba con las cejas y los pómulos, luego, con unos movimientos especiales que me había enseñado el masajista ciego, descendía hacia las mejillas, donde me demoraba largos minutos. La cortisona y la electroterapia habían estimulado la regeneración del nervio, pero la recuperación de la masa muscular del rostro había evolucionado de forma un tanto caótica, así que la simetría de la cara se había alterado, ese era el precio de la recuperación de los movimientos esenciales. Masajeaba en profundidad los labios y la barbilla, para terminar con el cuello, asombrado cada vez por lo delgado que era y por cómo se enrojecía al contacto con mis dedos. Me contemplaba luego largo rato en el espejo, sintiendo una tensión benigna en todos los músculos de la cara. Una cabeza de adolescente ojeroso, pálido como la muerte, me devolvía la mirada desde la prisión del espejo. Me acostaba después en la cama con un libro y la noche me pillaba, como de costumbre, leyendo y enloqueciendo de soledad.

Pero durante mi estancia en el hospital, las sesiones de masaje tenían lugar en la consulta del masajista ciego, dos veces por semana, y sus manos anchas y suaves como las de un escultor modelaban la arcilla cerosa del rostro. El ciego emanaba un frío de iceberg. Siempre me inspiró miedo, aunque, cuando bajé a su guarida para la primera sesión, reparé en que no me resultaba completamente desconocido. Me había cruzado con él muchas veces por Ștefan cel Mare, paseando del brazo de una mujer pelirroja maquillada en exceso, envuelta en pieles de zorro. Extraordinariamente corpulento, con un rostro muy ancho, avanzaba dislocando el aire ante él,

con ese caminar característico de los ciegos que parece oponer resistencia a alguien que lo empuja de espaldas. En el consultorio, entre muebles y estanterías pequeñas, el masajista resultaba más impresionante aún. Llenaba la consulta tal y como la estatua enorme de un ídolo aglutina la gruta que lo rodea. En los espacios interiores, el ciego renunciaba a sus gafas negras, así que se podían ver sus párpados cerrados, con hermosas pestañas, abombados por los globos oculares muertos. Eran los ojos de alguien que duerme o que intenta pensar en un problema enrevesado e irresoluble.

Nunca me sentía cómodo en las sesiones de masaje. Habría preferido recibir solo rayos. En primer lugar, la consulta estaba muy lejos de mi pabellón. Tenía la sensación de descender docenas de pisos y de recorrer cientos de pasillos vacíos. Al principio siempre me perdía y llegaba a pabellones de mujeres, a salas de radiología o a laboratorios, o simplemente a unas naves verdosas y frías que no parecían tener salida. Recuerdo mi sorpresa cuando, al abrir una de aquellas puertas blancas y anónimas al fondo de un pasillo, encontré primero un dormitorio, más bien un tocador, con una mesita atestada de perfumes y una cama enorme en la que una adolescente acurrucada leía un libro de tapas moradas. Al oír la puerta, la joven se incorporó, asustada, y empezó a gritar mirándome con los ojos abiertos de par en par. Vi por un instante mi silueta en el espejo límpido del baño: un crío desaliñado, en bata y pijama, en la puerta entreabierta, tan asustado como la joven. Porque, dejando a un lado la curiosa aparición en un hospital de esta alcoba íntima y de la poderosa belleza morena que la ocupaba, por la ventana de vaporosas cortinas descorridas se veía una plaza rodeada de edificios antiguos, ennegrecidos, en cuyo centro había un monumento ecuestre que conocía perfectamente por la enciclopedia que leía —sí, la leía, no la hojeaba— y releía desde que tenía siete años: era la estatua de Simón Bolívar en el centro de Montevideo...

Llegaba finalmente a la consulta del masajista que, blanca y funcional, se parecía a cualquier otra consulta. El masajista me reconocía por la voz y me invitaba a quitarme la bata y la chaqueta del pijama y a tomar asiento en una silla de madera chapada, situada en medio de la habitación. Él se colocaba a mi espalda, de pie, como un peluquero o un dentista, y yo sentía

cómo unas manos inusualmente grandes atrapaban mi cabeza y la aplastaban con fuerza contra el vientre del ciego, contra una pared blanca y blanda. El masaje, si lo hubiera realizado de forma continua, no habría durado más de veinte minutos, y eso es lo que duraba los días en que esperaban su turno otros pacientes, cuyos pasos, susurros y carraspeos percibía aquel hombre macizo a través de la puerta. Cuando yo era, sin embargo, el único «cliente», sus manos se paseaban por mi rostro durante una hora entera, unas veces concentradas, apretando, agitando y sacudiendo determinados manojos de músculos como los dedos de un violinista, completamente distraídas otras veces, rozando tan solo los globos oculares, las comisuras de los labios, las yugulares que latían suavemente bajo la piel cálida del cuello. Durante las primeras sesiones, el ciego me había masajeadado la cara en silencio, lanzando de vez en cuando un comentario al que yo no sabía muy bien cómo responder: «Tienes unos huesos frágiles como barquillos. No te hagas nunca boxeador». Luego permanecía en silencio y en mis oídos solo resonaba el roce harinoso de los dedos llenos de talco al frotar mi carne hasta que, imaginaba yo, esta se volvía translúcida como el sombrero de las medusas y a través de ella se veía, limpio y blanco, el marfil de mi cráneo, pulido como un canto rodado. La eterna repetición de los mismos apretones y tirones y tamborileos de dedos, la extraña tibieza del vientre en el que mi cabeza se hundía casi por completo, así como la luz mística de la ceguera que flotaba en la consulta me transportaban a un estado tenso y desagradable, de miedo profundo, tan profundo que no podía reconocerlo como puro miedo, sino más bien como pura tristeza, como pura desesperanza. Los ciegos. La ceguera. Desde pequeño me habían torturado algunos pensamientos que no conseguía comunicar a los adultos. Y no solo ese gran dilema que intriga a todos los niños y niñas: cómo nacen los niños. Lo que yo sabía entonces era que no podía encontrar por el momento una respuesta, o la respuesta completa, porque los adultos, reunidos en una conspiración impenetrable (como si fueran los iniciados de un misterio eleusino y nosotros, los niños, unos profanos; porque, ciertamente, ¿no tienen todos los misterios —y tal vez todas las religiones— esta primera exclusión como modelo? ¿No es el sexo una especie de inmortalidad a la que

accedes a través de la madurez? ¿No divide esta la vida en dos estadios, uno larvario y otro que brilla en la luz eterna de la conciencia? ¿No es el niño respecto al adulto lo que es el adulto respecto al ángel en el que se transformará, gracias a la transfiguración del rostro y el revestimiento en la gloria del cuerpo espiritual? «Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara»...), no permitían que nada se abriera camino hasta nuestras cabecitas sedientas de verdad. Pensábamos que los niños salían de la tripa de su madre por el trasero, o a través de un corte en el vientre, tal y como pensamos ahora (de forma errónea y descabellada) en cómo veremos sin ojos y cómo oiremos sin oídos y cantaremos sin labios en la vida prometida, tras el trabajo obstétrico de la muerte. Más que la pregunta «cómo se hacen —y nacen— los niños», ante la cual los adultos se encerraban en un mutismo áspero y huraño (en cierto modo celoso) y decían entre dientes: «¿No tienes nada mejor que preguntar?», me torturaban otras, que sabía que mis padres no responderían, no porque no tuviera yo que conocer la respuesta, ni siquiera porque ellos mismos no la supieran, sino porque no podían comprender qué quería yo, porque no conseguía comunicarles qué era lo que me causaba esa angustia. Cuántas veces estallé en sollozos, tumbado en la cama, a espaldas de mi madre, que, con el torso desnudo, apretaba con el peine los hilos de la alfombra persa que estaba tejiendo. Habría querido preguntarle cómo sería el mundo si en él no viviera nadie, es decir, si nadie lo viera, pero no era capaz siquiera de transformar mi miedo súbito en idea y, mucho menos, en pregunta. Presentía de hecho, de vez en cuando, un destello horrible: el mundo podría existir incluso aunque no lo viera nadie. Pero, en ese caso, ¿cómo sería? No tendría color, ni sabor, ni consistencia, ni olor... Y, sin embargo, existiría como el que nosotros vemos y sentimos. Miraba la habitación a mi alrededor e intentaba imaginar que el telar, la silla, la cama, las paredes, incluso mi madre, con su cabello rizado cayendo sobre los hombros, con sus blandos pechos colgantes, se vaciaban de color y de todo lo demás, pero conservaban en cierto modo la forma y yo procuraba «ver» aquel gris rugoso y

desesperado que perduraría y que sería nuestra habitación si no la viera nadie, una especie de casamata de cemento en la que a duras penas se distinguirían la silla de cemento, el telar de cemento de la alfombra de cemento a medio tejer, y mi madre de cemento petrificada en el borde de la cama. Sabía, no obstante, que incluso esta visión era una imagen, que también ella era «vista» con la mente entreabierta, como cuando entornas los ojos para ver tan solo lo esencial de un paisaje. Pero ¿y si la mente se cerraba del todo? ¿Si, más aún, no hubieran existido jamás los ojos ni la mente? ¿Cómo eran los lugares que no había hollado el pie del hombre? ¿Cómo podían existir sin forma y sin colores? Entonces me imaginaba el mundo, el mundo entero, todo lo que existe, como una inmensa oscuridad, con zonas más densas, más fangosas allí donde se encontraban los objetos. Una ciénaga infinita, con grumos que se disolvían lentamente. Ninguna luz por ningún sitio, ningún matiz, ningún ruido, solo oscuridad con grumos más grandes o más pequeños, amontonados en desorden, como muebles viejos, en un desván completamente oscuro.

De ahí, tal vez, mi turbación ante los ciegos. Cuando era pequeño, me imaginaba que todos vivían en esa ciénaga como unos siniestros renacuajos, como unos anfibios que proyectaran una imagen torpe y prudente, con el cuello rígido, sobre la orilla de los mundos, una orilla llena de sol, multicolor, pero en su interior, en la noche de debajo de la piel, lanzarían unos tentáculos y unos extraños órganos sensoriales con los que se comunicarían, silenciosos como los peces abisales, con otros mundos, los del miedo, tal vez, y los de la depresión. Ellos sabían cómo es el ser cuando nadie lo ve. Eran, más aún, sus agentes, sus espías, sus avanzadillas en el mundo blanco. A través de sus ojos a menudo entreabiertos, en los cuales se adivinaba una córnea supurante, te acechaban la muerte y la agonía o, quizá, simplemente la grandiosa ataraxia de la nada. No sabía entonces que los ciegos, aparentemente hermanos de un solo padre y una sola madre, son, de hecho, muy diferentes, y que la ceguera es objeto de una compleja taxonomía. Vi más adelante, encerrados en grandes cilindros de alcohol, a recién nacidos sin globos oculares, sin párpados ni pestañas, cuya frente, nítida como un casco de marfil, se prolongaba hasta los labios. He oído

hablar de recién nacidos ciegos que siguen ciegos toda su vida a pesar de que sus ojos y sus nervios ópticos están intactos, son virtualmente funcionales; de otros que, por el contrario, a pesar de que la zona de la vista en la corteza occipital se haya desarrollado con normalidad, no pueden ver por quién sabe qué atrofia o disfunción del quiasmo óptico o de la retina; de aquellos que tienen una catarata en ambos ojos o el vítreo inundado de sangre; de los que no tienen noción de la vista, tal y como no podemos tener conciencia de cómo sienten los peces con la línea lateral o de qué siente el óvulo cuando lo roza el primer espermatozoide y la cápsula química del extremo se rompe y vuelve opaco al instante el enorme sol de la reproducción; de los que tienen conciencia de la vista por la mitad izquierda, pero no por la derecha, sin que uno de los ojos esté más dañado que el otro; de los que ven las imágenes con normalidad, pero no son capaces de comprender qué ven; de los que tienen la sensación de estar rodeados por una noche profunda y de los que perciben, sin embargo, una vaga luminiscencia procedente de todas partes; de aquellos cuya ceguera es la expresión carnal de unos terribles dramas psíquicos (porque entre los ojos y los testículos, los globos superiores y los inferiores, entre la castración y la extracción de los ojos ha existido siempre una relación sádica y, al mismo tiempo, redentora); de los que ven como a través de un tamiz y de los que ven como en sueños... La ceguera es deshilachada y gradual, nadie ve del todo y nadie es totalmente ciego. Y así como toda la materia de los mundos surgió de un punto espacial infinitamente denso y caliente, así como toda la vida se ramificó a partir del primer coacervado del océano borboteante, también la vista se elevó y se aclaró a través de la carne de los animales, brotando del primer punto de cromatina del cuerpo del primer paramecio. Su mancha roja percibía solo luz, intensa y pura, sin diferenciar formas ni colores. Es la luz que subió por los tubos de las generaciones, alejándose siempre de sí misma y llenándose de atributos, tal y como el filamento negro del ojo del caracol sube por el cuernito escamoso y surge en el extremo. Y tal vez al final del crecimiento de la vista, como en la parábola zen de la montaña, lleguemos a contemplar de nuevo, pero de otra manera, la luz pura, con el cuerpo bruscamente transformado en cerebro, y el

cerebro convertido en ojo y el ojo disgregado, de repente, en luz... Y solo entonces tendrá lugar la gran unificación, no la de las cuatro fuerzas en una sola, sino la del ojo que ve con la luz que él ve, en un *continuum* ojo-mundo o mundo-ojo que se podrá denominar Todo...

Con el tiempo, el masajista se volvió más parlanchín y, hacia el final del tratamiento del hospital, los movimientos cada vez más inescrutables, más laberínticos de sus dedos en mi rostro se convirtieron en curiosas historias, musitadas, recitadas como para él mismo, titubeante e insinuante como si esperara una respuesta por mi parte: el remate a una frase en suspenso, un respingo ante una alusión completamente oscura para mí... Cuando entraba en la consulta y reconocía mi voz (había llegado con toda probabilidad a reconocer también mis pasos y otros ruidos: quién sabe, el crujido de la ropa, la forma de bajar el picaporte o de llamar a la puerta), algo se transformaba en su rostro inmóvil, en su sonrisa de Buda enorme. Entre las cejas afloraba una curiosa arruga, como si ahí se esforzara por salir un brote ocular, una verruga capaz de ver. Se colocaba a mi espalda y, al ejecutar su ritual, lo adornaba con mitos excéntricos que han quedado vivamente grabados en mi memoria. Sus primeras historias no tenían, sin embargo, un aire demasiado inaudito, aunque resultaba un tanto embarazoso que el ciego compartiera con un chaval desconocido asuntos íntimos y, con toda seguridad, dolorosos para él. Lo hacía con distanciamiento, con un interés medio científico y medio autoirónico que hacía soportables sus revelaciones, como cuando exprimes unas gotas de limón en el lomo graso del pescado de la bandeja.

Antes de quedarse ciego había trabajado «con los chicos de ojos azules». Yo no conocía entonces esa expresión, así que le pregunté «¿Con quién?», y él me respondió regocijado: «Hombre, con los chicos que tienen estrellas en los hombros», y siguió describiendo su vida profesional con esa clase de perífrasis, de tal manera que al final, en mi mente todavía ingenua, de hijo de obreros en cuya casa no se hablaba de política, se formó una imagen feérica y confusa en la que veía al masajista en medio de una especie de logia angélica de superhombres, todos altos y rubios, de brillantes ojos azules... Los imaginaba desnudos, estatuarios, tan blancos como el mármol,

y sus ojos resultaban inquietantes y obsesivos en sus rostros helenos. Tenían los hombros decorados con constelaciones brillantes que formaban signos del zodiaco tan claros como los dibujos estampados en los vasos. Los «chicos alegres», como los denominaba también el ciego, podían ser Cáncer, Escorpión, Capricornio o Virgo, en función de su rango en la jerarquía. Se infiltraban entre nosotros y, sin embargo, eran invisibles, oían todo lo que decíamos, incluso en la intimidad de nuestros hogares, y, sin embargo, nadie sospechaba dónde celebraban sus misteriosas reuniones, en qué canales subterráneos se escondían... Si todos tenían ojos azules era porque su propia sangre era azul, como la de los dioses y las arañas. Incorruptibles y distantes, raza de señores llegados de otras zonas del Cosmos, estos «chicos» (señal de su virginidad ritual) de una imperturbable y enigmática alegría se habían infiltrado en tiempos inmemoriales (que se remontaban, según algunos rumores, hasta el anciano rey Burebista,[24] porque era cierto que Dekeneu, su gran sacerdote, debido a la altura del monte sagrado en que vivía, tenía en las venas un fluido azul que olía intensamente a ácido cianhídrico, una sangre mucho más idónea para absorber el poco oxígeno de las alturas y transportarlo hacia los sistemas y los aparatos de su cuerpo astral) en las estructuras políticas del pueblo, pero su supremacía se había vuelto, sobre todo en las últimas décadas, plena, triunfante. De un rango superior a los ángeles, estos supra-vigilantes fijaban su vista de águila, desde sus palacios aéreos, en los hormigueros que los trabajadores de la tierra, en su estupidez, levantaban, y se abalanzaban de vez en cuando sobre las muchedumbres aterrorizadas para llevarse a los cielos a algún mortal. Nadie podía adivinar sus maneras ni comprender sus ideas. Dos personas dormían juntas en una cama: tomaban a una y dejaban a la otra; dos mujeres cavaban juntas en el campo: tomaban a una y dejaban a la otra. Donde yacía el cadáver, se arremolinaban los buitres.

Tenía esta visión mientras el masajista, hablando entre dientes, se demoraba sobre mis párpados con los dedos llenos de talco, como si quisiera abrirme los ojos. El «accidente» que le había provocado la ceguera lo había expulsado definitivamente de aquella secta gloriosa. Naturalmente, en las filas de esta no podía ser admitido ningún individuo con una tara que

estropear la perfección. El masajista se había quedado ciego porque había visto demasiadas cosas, de lo cual yo extraía la conclusión de que a estos seres privilegiados el destino les deparaba también algunos inconvenientes: la cantidad de información que podían recibir era limitada y, si colmaban su ración antes de morir, se quedaban ciegos o sordos o insensibles para el resto de los años que les quedaban aún por vivir. Los ángeles caídos en la ciénaga concreta de las calles, del metro y de los mercados de pescado se llevaban consigo a la tumba el secreto de su sangre azul.

Si no hubiera sido uno de los jefes del «monasterio de Secu», su enigmático foro cuyo nombre evocaba la sequedad y la ascesis del espíritu, el ciego habría acabado fabricando cepillos, como la inmensa mayoría de los afectados por la ceguera. Por eso habían creado para él un puesto de masajista en Colentina, bien pagado y cerca de su casa. Su despampanante esposa, vestida siempre como una diva, lo llevaba y lo traía cada día, enfrentándose orgullosa a la mirada de la gente con la que se cruzaba por la acera, junto a la valla del hospital, trenzada de correhuelas. Él, sacando pecho, parecía oponerse con todas sus fuerzas, como si lo arrastrara al patíbulo un guardián desalmado. Una de sus frases, de esas que, en un parloteo disperso, soltaba como si nevara suave y continuamente sobre mi coronilla, llamó mi atención un instante: «Y no sé si he acabado en esta consulta por quedarme ciego, o si me quedé ciego para acabar precisamente aquí»... Enmudeció por un instante y dejó de recorrer la piel enharinada de mi rostro, luego retomó su parloteo para describirme el funesto proceso de su ceguera. El comienzo de la historia habría sido atroz y sorprendente si ese mismo tono que brotaba de sus labios, ligeramente divertido, como si fuera una historia ajena, no estuviera por completo vacío de la savia de sus palabras, aéreas ahora como un palacio de papel.

Había entrado al anochecer, tras un día de escuchas (probablemente como los monjes en las ermitas, traducía yo), en el portal oscuro del bloque en el que vivía. La bombilla del portal, como todas las bombillas de todos los portales de los bloques, había sido robada, así que unas gruesas bandas de oscuridad aterciopelada se habían posado en la parte del ascensor. De allí surgieron unos individuos que lo atacaron por la espalda, lo narcotizaron y

lo transportaron, probablemente en coche, a otro barrio de la ciudad. Se despertó en medio de una sala enorme, bajo la bóveda majestuosa de una basílica, situada tal vez a miles de metros del suelo. Estaba amarrado a una silla de cristal, en el centro de un suelo a cuadros que se extendía hasta donde se perdía la vista, como un campo abierto; por los laterales, esos cuadros blancos y rojos se aglomeraban hasta convertirse en una sola línea de bruma. El aire en el interior era gelatinoso y glacial, atravesado por columnas oblicuas de luz, porque unos tragaluces redondos perforaban aquí y allí la gigantesca semiesfera de la cúpula. Tal vez llevara allí varios días, siguiendo espantado el deslizamiento sobre el suelo, pulido como un espejo, de las manchas de luz, su oscurecimiento hasta volverse granates, el enrojecimiento del aire de la sala infinita y la caída de la oscuridad, y luego, un día tras otro, la llegada del alba, cuando, en el margen de la vista, justo enfrente, le pareció que unos puntos se movían de forma apenas perceptible. Durante varios días, aquellos puntos avanzaron, crecían poco a poco, tardaban varias horas en atravesar una mancha luminosa y desaparecían de nuevo, horas y horas, en la penumbra, hasta que una mañana el que estaba atado a la silla deslumbrante pudo percibir, a unos cien metros, una columna desordenada de hombres con hábitos blancos, rígidos, que no caían sobre sus cuerpos formando graciosas arrugas, sino en ángulos rectos, como élitros.

«Poco después —siguió relatando el ciego—, aquellos cuarenta oficiantes de los Misterios me rodearon formando un semicírculo de sotanas crujientes. Llevaban en las manos unos instrumentos incomprensibles y atroces, cuya simple visión hacía que el sudor perlara la piel. Solo uno de ellos tenía las manos vacías; sin embargo, en su efod, prendido en los hombros con unas cadenitas de platino, brillaba un relicario de cuarzo en el que se transparentaba un diente humano, con raíces y todo, que emanaba un aura pálida. Este adusto sacerdote lucía en la cabeza una mitra de acero cuyas ramificaciones tubulares le perforaban el cráneo.

»La acusación —pues, por la expresión solemne y amenazadora de sus rostros de insecto, eso debió de ser— duró varias horas, hasta que en la gigantesca esfera cayó la noche. Solo brillaban ahora, como si fueran de

fósforo, las pinzas, los tornillos y las complicadas espátulas en las manos de los sacerdotes y el diente de la cajita de cristal. Las palabras que, unas veces solo el jerarca, otras todos a coro, otras veces uno solo, como arrebatado por una brusca revelación, gritaban a mi cara, salpicándome de saliva, eran signos de una lengua desconocida que me arañaban el tímpano. Más adelante se arremolinaron en torno a mí y me impusieron las manos en la cabeza y los hombros. Sus ropajes bordados con hilo de oro emanaban un olor acre a gusanos. El jerarca me atornilló a la cabeza un círculo de hierro con dos pedúnculos mecánicos que colgaban ante mis ojos. Me sujetaron los párpados entre aquellos dos pequeños tornos y, ajustándolos con unos tornillos, los separaron hasta que empezaron a dolerme y, una vez desgarrados, a sangrar. Los globos oculares estaban desencajados, sin protección, y yo empecé ya a presentir el monstruoso suplicio. Las escarpías de latón, enrojecidas al fuego, romperían los frágiles huevos en las órbitas de la frente.

»Sin embargo, no fue así. Los sacerdotes se retiraron y pasaron tal vez a la parte trasera del trono de cristal. Una sola voz, delicada como un hilo, seguía tejiendo un brocado sonoro en la fría gelatina de la sala cuando un párpado enorme empezó a abrirse a medias en el horizonte, para dejar, como el filo de una guadaña de oro, que penetrara en la estancia una uña de luz cegadora. Aullé como una fiera, porque aquella luz no era luz, sino la luz de un mundo de luz, no era fuego blanco y deslumbrante, sino el fuego de un mundo de fuego y de calcinamiento. Mientras mis ojos, transparentes como ópalos, morían entre unos tormentos y una voluptuosidad inenarrables, la piel de mi cuerpo desnudo empezaba a ver. Veía con el pecho y con los brazos, más allá del crisol que abría lentamente el párpado, formas y versos, deslizamientos y contracciones que no pertenecían a este universo. Sabía, mientras aullaba intentando romper las ataduras, que estaba en un globo ocular, que vivía como una ínfima mota de polvo en el vítreo de un ojo —¿de qué dios?, ¿de qué gigantesco atlante?— y que el ojo se abría ahora hacia un mundo de un rango superior. Yo había sido secuestrado y arrastrado, desde las estructuras cerebrales que generaban el sueño de este ser que construía nuestro mundo, por el quiasmo y el nervio óptico,

introducido por la alfombra polícroma de la retina y obligado a contemplar, en medio del globo cristalino, un mundo cegador, cegador... El párpado se abría cada vez más, la luz de más allá de la luz me golpeaba como una columna monstruosa que descendía de la pupila, la sala se había llenado del color insoportable de la ceguera y, en el punto culminante de aquellos tormentos respecto a los cuales el simple estallido de los ojos me habría parecido un bálsamo celestial, una especie de voz, o una especie de dibujo caligráfico en mi piel —que ahora era capaz de ver— me contaba el extraño mito de los Conocedores, su conspiración mundial extendida tanto en el espacio como en el tiempo (y sobre la cual, como uno de los jefes de los servicios secretos, tenía una vaga noción, pues todos estos servicios, sectas y cábalas están ligados entre sí como redes de neuronas), su huida hacia los cielos y los infiernos en un esfuerzo sobrehumano por horadar la realidad.

»Y yo estaba siendo cegado para que se mostraran en mí los caminos del Señor. Sería, de ahora en adelante, elegido para la atrocidad —pero también para la profecía— por una fuerza desconocida ante la cual el oscuro poder de los chicos de ojos azules era una caricatura degenerada y una metáfora torcida. Esperaría aquí, en mi consulta, como una araña en medio de su trampa de saliva endurecida, a que llegara aquel que fuera capaz de reconocerme, aquel que tendiera su dedo hacia mis párpados, que los tocara con su uña sanadora, que resquebrajara la grieta y cegara la ceguera de mis ojos. Sería —me lo habían dicho a través de aquel elocuente tatuaje de luz mientras aullaba crucificado en el sillón de cristal— un adolescente de huesos tan finos como los de los pájaros. Lo espero desde hace años, no tanto para que me devuelva la vista —porque ¿qué más puede ver la vista después de haber visto imágenes indescriptibles?— como para verlo a Él, al enviado, al que será enviado, el Enviado que, estando ya allí, está también aquí simultáneamente. Entretanto, he atravesado todos los infiernos de la ceguera: la extinción progresiva de la espacialidad; la ampliación, como en los murciélagos, de un dominio sonoro con paisajes de ruidos; las alucinaciones con los rostros inventados de mis interlocutores, vistos con los colores más fluorescentes y eléctricos, pero rostros de acromegálicos, de cíclopes, de desollados, de sátiros, de orugas, de calaveras y de camaleones;

los miedos paralizantes cuando sientes que alguien se acerca a ti por todas partes a la vez; voces que te ordenan, llamándote por tu nombre, que te rebanes el cuello... Y, al final del final, el hoyo infinito del topo, la ceguera profunda...»

El masajista apretaba cada vez más mi cabeza contra su vientre mullido, como si quisiera meterme en su interior, en un imposible útero ovalado. Me escocía el rostro como si estuviera despellejado y, ciertamente, cuando me miré aquel día al espejo en cuanto regresé del masaje, me vi la cara roja y completamente exhausta, como si hubiera adelgazado varios kilos de golpe. Es cierto que aquel día también observé una leve mejoría en los músculos peribucales y orbiculares, que se sometían de nuevo, imperceptiblemente, al poder de mi voluntad. Pero en aquel momento no me importaba lo más mínimo la piel escoriada de mi rostro, tampoco las señales de recuperación, porque en la consulta del masajista, después de que sus dedos largos y temblorosos como alas de mariposa hubieran aleteado por última vez sobre mi cara, ocurrió algo maravilloso y terrible. Me había puesto de nuevo la chaqueta del pijama y me volví hacia el masajista para darle las gracias, como de costumbre, antes de salir. Lo vi llenando por completo la consulta, un iceberg ciego y blanco como la nieve, una ballena blanca y ciega que olía a silencio. Ante él, frente a frente como ahora, me sentía como un adorador anónimo, consumido por los ayunos, aterrado por el monstruo criselefantino. «Eres Mircea», susurró entonces, casi inaudible. Abrió luego dos ojos grandes, castaños, luminosos, indeciblemente humanos en aquel cráneo de hielo.

[24]. Antiguo rey de los dacios.

Unos meses después de la entrada de los tanques del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, la Quinta Dirección de la Securitate del Estado rumano recibió una serie de nuevas misiones, algunas delicadas e inéditas, clasificadas como secretos reservados. Se llevaron a cabo en ese periodo secuestros de niños (tanto niños como niñas), se utilizaron los neumáticos de los vehículos militares para transportar sangre, se construyeron instalaciones subterráneas (¿centrales nucleares?, ¿búnkeres?, ¿refugios antiatómicos?), aparecieron imprentas supermodernas protegidas por paredes dobles en casas aparentemente abandonadas o habitadas por gitanos. En Fundeni, en una clínica parecida a un laboratorio espacial, se realizaron complejas operaciones estéticas a unos ciudadanos que guardaban un cierto parecido físico —la estatura, la voz— con el jefe del Estado. Estos ciudadanos, que tras la operación eran idénticos al héroe nacional, fueron declarados fallecidos en accidente y se les organizaron entierros.

La extravagancia y el misterio de folletín de estas misiones, el poder absoluto que se ejercía sobre aquellos que ejecutaban los horrores —doctores, soldados, obreros y sacerdotes—, al igual que la creciente consideración recibida por parte del aparato del Partido y del Estado (a sus reuniones asistían de vez en cuando miembros del Buró Político Ejecutivo), provocaron profundas modificaciones en la psicología de los oficiales de la Securitate. La mayoría de ellos pertenecían a una nueva generación, eran niños durante la guerra y alcanzaron la madurez cuando la oleada de atrocidades de los años cincuenta había pasado ya. A menudo los podías oír hablando de los «viejos» como si se tratara de unos catetos embrutecidos, vulgares esbirros sudorosos que maltrataban a sus víctimas en habitaciones que apestaban a establo. Sus compañeros más veteranos, cada vez más marginalizados, parecían todavía simples campesinos a los que el uniforme les sentaba fatal. A duras penas sabían firmar y, cuando, al salir «de copas»,

abrían la boca, aburrían a los jóvenes «lechuguinos» (como llamaban ellos a su vez, con inquina y rencor, a los recién llegados) con las mismas historias ya conocidas sobre cómo habían cazado ellos a los enemigos del pueblo en Făgărași. El gitano Belate Alexandru, convertido en héroe de las tropas de la Securitate y homenajeadado con poesías firmadas por los camaradas poetas, era vilipendiado con saña en todas esas leyendas: «¿Belate? Ya os voy a contar yo qué le pasó a Belate. Murió por tonto, porque dio el alto sin atrincherarse y los bandidos no tuvieron más que dis-pararle como si fuera un cuervo. El camarada poeta no tenía ni idea cuando escribió esa poesía de la bandera:

*Asesinado con vileza por la espalda,
el héroe de la patria cayó inerte,
nuestro héroe más amado: ¡Belate!
... cigarro en mano lo pilló la muerte».*

Cuando oían hablar de Belate y de los enemigos del Canal[25] que, por supuesto, «habían llegado a beberse su propia orina», los jóvenes oficiales trinaban. Ellos jamás se habrían manchado las manos con semejantes crímenes. Con sus trajes impecables y su perfume a lavanda, recorrían las librerías en busca de los libros de moda, se visitaban en compañía de sus esposas, y ofrecían tan solo un cafetito y un coñac (no sentaban a los invitados a la mesa para atiborrarlos de sopa), por las noches se reunían en el Select o en el Boema... Habían soñado durante toda su adolescencia con convertirse en eso que ahora se había cumplido. Todos habían leído con pasión *A medianoche caerá una estrella* y *El fin del espía fantasma*, identificándose con los irreprochables oficiales de paisano, el mayor Frunză y el capitán Lucian, por ejemplo, que, quintaesencia de Hércules Poirot y del mitológico Heracles, conseguían resolver casos enigmáticos y capturar a espías imperialistas o antiguos criminales de guerra que habían regresado al país bajo una identidad falsa. «¿Quién es usted, señor Pietraru? —soñaban con preguntarle algún día al espía de gafas oscuras, desarmado, hundido en el sofá—. ¿Acaso bajo ese nombre falso no se esconde Horst Müller, antiguo

oficial de las ss?» Y entonces, antes de que pudieran evitarlo, este rompía con los dientes una ampolla de cianuro escondida en el cuello de la camisa...

No, la Securitate estatal no era ya la Seguridad de la época burguesa-señorial, con sus comisarios satirizados en tantas películas, pero tampoco la antigua Securitate de Dej y de Draghici, la de los campos de trabajo y los perros policía. Se estaba transformando en una institución moderna, un cuerpo de técnicos salidos de los pupitres de las universidades, llamados a desempeñar un rol social excepcional, casi mesiánico. El país se industrializaba, el milagro rumano estaba en boca de todos los países occidentales, el índice anual del crecimiento del PIB se encontraba entre los más altos del mundo. El nuevo líder del Partido era joven, inconformista y mostraba un valor admirable frente a los rusos. Los chistes lo presentaban como un chófer que señalaba a la izquierda y giraba a la derecha. Los signos de prosperidad —cigarros y bebidas de importación, supermercados bien surtidos, frigoríficos y televisores para todo el mundo, la posibilidad de que, comiendo solo yogur con pan durante cinco años, pudieras impresionar a tus vecinos con un automóvil Dacia o incluso un Škoda o un Wartburg para los más afortunados (¿o por qué no, al fin y al cabo, un Fiat 600?)— se veían por todos los pueblos y ciudades. Los arrestos políticos habían cesado y algunos líderes comunistas habían sido rehabilitados. Parecía que, ciertamente, la única salida para el cuerpo de élite de los oficiales del servicio de información era el espionaje industrial. Porque, a pesar del aumento de la conciencia social y patriótica de la población, no se podía descartar que cualquier desgraciado, captado en la playa por un extranjero, vendiera los frutos de la investigación rumana por un puñado de billetes verdes.

Que las cosas no estaban exactamente así quedaría claro inmediatamente después de los acontecimientos del 68. Es cierto que la mayoría de los compañeros del teniente Ion Stănilă —que meditaba sobre todo esto en una especie de ensoñación somnolienta en su despacho en Dristor, en el primer piso de una casa burguesa— se ocupaban todavía de la vigilancia de los laboratorios de investigación: los de armamento en Tohan y Sibiu, los de productos químicos en Turnu-Severin, algo turbio pero estrictamente

secreto en los montes Apuseni, además de la supervisión rutinaria de las zonas industriales en torno a Bucarest. Se ponían sus batas blancas y se hacían pasar por investigadores gracias a unos conocimientos básicos de cada especialidad, adquiridos en unos cursos intensivos de química, física o metalurgia. Algunos de ellos, que llevaban varios años trabajando en investigación, habían llegado a especializarse y a hacerse un hueco en el ámbito de la ciencia. Más envidia despertaban los que eran enviados a Occidente, nuestra red diplomático-informativa que cubría las embajadas y las representaciones oficiales. ¡Dios mío, qué perspectiva: vivir en Occidente varios años, a veces décadas enteras, y acumular tus ahorros en divisas! Algunos, los mejores, se infiltraban, con una identidad falsa y documentos en regla, en los puestos estratégicos de los círculos más variados, y vivían allí, se casaban y tenían hijos, y nadie, jamás, llegaba a conocer su verdadera identidad. ¿Cómo será —pensaba, asustado y fascinado, el teniente— estar incrustado en la médula de un mundo hostil, confundirte con él hasta casi olvidar tu verdadero nombre y tu misión, desempeñar tu trabajo y criar a tus hijos según el estilo de vida local, hacer amigos e ir al fútbol o salir a tomar algo y, durante todo el tiempo que permanezcas a su lado, estar, sin embargo, muy lejos, un pseudópodo, un pedúnculo de otro mundo, voraz e implacable? ¿Cómo será que te reactiven, al cabo de años de inactividad, de parasitismo, de mimetismo? ¿Recibir de repente la señal codificada y que cobre de repente forma en ti, bajo tu arrugado rostro de ingeniero mediocre, ante tus ojos cansados de ver a una esposa obesa, el demonio de otro imperio? ¿Cómo será verte poseído, no pertenecerte a ti mismo, ser un guante en el que, de vez en cuando, penetra una mano de hierro?

Mientras contemplaba distraído, en su despacho, el pálido reflejo de su rostro en el retrato del Camarada, Ion Stănilă reconoció en su fuero interno que él no sería capaz de hacer algo así. Los agentes secretos eran sus héroes, encumbrados a la categoría de superhombres. En cuanto a él..., ya era bastante con haber llegado hasta aquí. Toda su familia vivía todavía en el pueblo. Su hermano había recibido tal paliza con la colectivización del 58 que se había quedado cojo y con una mano deforme; habría pedido limosna a la puerta de la iglesia si él no le hubiera encontrado un trabajo en un

garaje. Luca lavaba el suelo con la manguera, iba también a por cigarrillos y pan para los mecánicos, qué iba a hacer el pobre... Sus padres, desde que entregaron los caballos y guardaron el carro en el cobertizo (había estado en Măgureni en verano y se había entristecido al ver el deterioro de los bonitos tablones del carro con ruedas de caucho, decorados con sirenas azules y flores rojas), parecían haber perdido el juicio, eran como niños. Tenía que intervenir continuamente en el Ayuntamiento, en el Consejo Popular, para que no les quitaran el viñedo... Entretanto, ahí está él, un oficial de la Securitate con un buen salario, con complementos de todo tipo, con un apartamento en una villa pintada con gotelé y con una escalera interior y, sobre todo, con una mujer de bandera que levanta pasiones cuando van a un restaurante. «En cuanto entra esa judía mía, con pecas hasta en el trasero, con su traje rojo y zapatos de tacón también rojos, incluso a los camareros se les cae la baba. Qué no le harían ellos cuando camina, pechugona y provocativa, con el bolso colgado del brazo, por la alfombra del Athenée o del Salón de Los Espejos...» Sí, era mucho más afortunado que otros. Muchos se habían partido la crisma en un escalón, sin saber siquiera por qué, y es más que seguro que también él se la habría roto si la secretaria de propaganda de la universidad («¡Ahhh..., voy a huir del país..., ahhh! ¡Dale! ¡Dale más fuerte!... ¡Lo contaré todo en Europa..., ahhh! ¡Dale, cariño..., métemela también por detrás..., ayyyyy! ¡Abajo los comunistaaaaass...!»), su querida mujercita, no hubiera velado, con su temida firmeza, por él. Por ejemplo, Dunăreanu: había caído por una tontería. Había soltado un comentario grosero en una fiesta..., algo sobre Dubcek... o quién cojones sabe, un simple chiste, pero sus benévoloos colegas lo denunciaron. Ahora a saber en qué escuela de pueblo estará enseñando Historia de la Patria. Lo de Costică, el de Mărioara, fue distinto: los dos camaradas fueron reclutados a la vez: uno se dedicaba a fregar estatuas; el otro era tornero en los talleres de la ITB de Grozovici. «Camarada, ¿querrías ir a la escuela de oficiales de la Securitate?» Currículo intachable: hijo de campesinos pobres que no se habían metido en política. Sin parientes en la capital, solo en Ficătari y en Râmnicu Sărat. Chavales espabilados, con siete cursos y unas clases de aprendiz de taller. Así era en el 59. A él lo cogieron y lo enviaron

directamente a Băneasa. Costică —br, br, br, br— (el oficial se pasó repetidamente el dedo por el labio inferior) se quedó a dos velas. En una de las pruebas médicas le encontraron un nódulo en un riñón. Como ya no era apto para la Securitate, lo enviaron a Ștefan Gheorghiu para que estudiara Periodismo. Su hijo, el mocoso de Mircișor, tendría unos... casi tres años por aquel entonces... (vivían todavía en Silistra), y cuando la lista de Mărioara le preguntó: «Cariño, ¿quieres que papá sea periodista?», se echó a llorar: periodista quería decir para él borracho andrajoso que vende periódicos. En aquella época (incluso ahora puedes encontrártelos de vez en cuando) recorrían las calles con un montón de periódicos en un cartapacio de cartón rosa, colgado del hombro con una cincha: «¡Información! ¡Información!». Periodista o barrendero era lo mismo para la gente corriente. Hacía ahora un par de años, cuando se encontraba en Moși disfrazado de vendedor de gorros y cucuruchos de papel pinocho, inmerso en la misión de descubrir los contactos superiores de la mujer-araña, vio precisamente junto a su tenderete a uno de esos desgraciados: miraba con ojos como platos, borracho perdido, las tetas de la domadora de chimpancés dibujada en los carteles, y los periódicos se le escurrían del cartapacio al barro...

Desde que habían empezado a marginar a los judíos (el jefe era al parecer un antisemita irredento), a Estera la llamaba Emilia. Solo los más cercanos la seguían llamando por su nombre. La camarada Emilia Stănila, esa que año tras año convocaba en el aula de Derecho a las secretarias de la facultad y a los delegados del curso —jóvenes guapetones, con el pelo cortado como los chinos o los coreanos, y chicas con las faldas por debajo de la rodilla— para decirles que el amor a la patria y al Partido era mucho más importante que el amor por la «persona querida», estuvo magnífica en el invierno del 56, cuando algunos estudiantes tarambanas empezaron a hacer tonterías. Tomó medidas de inmediato, sacó una lista con los nombres de todos los alborotadores y les echaron el guante. El oficial sonrió al recordarlo: ¡qué chiflada! Aquellas noches, con las ventanas cubiertas por flores de hielo, agarrada con fuerza por detrás, Estera fantaseaba ebria de excitación: estaba en los lavabos de la facultad, arrodillada junto al retrete, y los airados estudiantes le hacían todo lo que se les pasaba por la cabeza, uno tras otro y

varios a la vez... Ella había llegado ya a la cúpula del partido en la universidad, pero ahora ascendería de nuevo, la habían llamado desde la Capital. También él la había visto varias veces tomar la palabra en las reuniones; tenía una labia increíble: en cada frase, una cita. Se había adaptado perfectamente al cambio de guardia en Palacio, pasó de ser rusófila a ser nacionalista, el nombre de Ceaușescu sustituyó al de Dej en la política de orgasmos nocturnos que, sin embargo, desde que se habían olvidado de Stalin y había cesado el terror (¿o debido acaso al peso de la edad?), presentaban menos dramatismo, se prolongaban más y eran puestos en escena con más esmero.

El teniente Ion Stănilă no había destacado precisamente por su inteligencia en la Dirección de la Seguridad del Estado. Su astucia pueblerina, en cambio, le había permitido sortear las trampas, la deslealtad de los colegas, los asuntos demasiado sucios y también esos otros en los que llegabas a enterarte de demasiadas cosas. Su trabajo había sido hasta entonces rutinario: había reclutado a informadores en varias fábricas, así que siempre tenía sobre la mesa informes aburridos y llenos de faltas de ortografía, de los que, por mucho que te esforzaras, no podías sacar nada en limpio: qué hizo fulano, qué dijo zutano... «Ayer 26 de mallo de 1967 hera día de paga y el capataz Ilie Boțan, en el bar, contó el chiste del Jefe en el infierno en la caldera de mierda. Y dijo también que el comunismo es la socedad de los vagos, que los alemanes no faltan al tajo como nosotros. Dice que ayí los ingenieros están con el culo pegado a la siya y los ojos en el trabajo, y que aquí es al revés, que están con los ojos clavados en la siya y con el culo en el trabajo»... La mayoría de las denuncias eran por chistes políticos. Cómo diantres vas a detener a alguien por eso, sobre todo cuando sabes que los chistes son inventados y lanzados, junto con los rumores que circulan en las colas, por el equipo especial de Buzești, por tus colegas, que los sacan a su vez de las recopilaciones francesas y los adaptan... Y se los pasan unos a otros, a los checos, a los búlgaros, a los rusos, a los polacos, así que no resulta sorprendente que todo el campo de concentración se ría con los mismos chistes, cambian tan solo a Kadar por Breznev y a Walter Ulbricht por Ceaușescu. Mejor que se rían a que salgan a la calle. O a que

escuchen Europa Libre. En primer lugar, no la escucha demasiada gente y, además, incluso los que la escuchan dicen que todo son mentiras y provocaciones. Los jóvenes prefieren la música. Necesitan una válvula de escape, porque de lo contrario empiezan a hacer tonterías y es peor.

Hace dos años le sorprendió que lo sacaran de la rutina de citas con sus chivatos en las casas clandestinas (eran en realidad los asquerosos alojamientos de unos obreros, le dejaban una llave y le daban permiso para que utilizara sus cuchitriles mientras ellos estaban en la fábrica: muchos de sus colegas utilizaban estas casas, de hecho, como «picaderos», llevaban allí a sus amoríos) para confiarle por primera vez una misión especial. Al parecer habían surgido por toda Europa oriental unas compañías ambulantes de profesionales autónomos, artistas de circo nómadas que actuaban en las ferias y en los descampados de los barrios, grupos recalcitrantes que se oponían al legítimo intento de centralizar el fenómeno artístico del mundo del circo y a su control por parte del Estado, siguiendo el famoso modelo del Gran Circo de Moscú. Naturalmente, funambulistas, lanzafuegos y tragasables, forzudos, enanos y demás habían existido siempre, pero lo que sucedía ahora parecía completamente distinto. Los itinerarios, desde Gdansk hasta Grozni, de una veintena de compañías seguían trayectorias absurdas, sin ninguna relación aparente con su fuente de ingresos. Llegaban muchas veces al lugar de las ferias y las romerías fuera de las fechas de la feria tradicional. Algunos carros cubiertos con toldos o camiones de cartolas traqueteantes se movían en círculo, otros, tras un enorme recorrido en línea recta, giraban de repente a la izquierda, trazando un bucle gigantesco, y se adentraban en los campos de colzas y de girasoles. Como si obedecieran una orden, todas las compañías presentaban sus documentos de manera simultánea, el mismo día y a la misma hora, algo que levantó en los oficiales del KGB, los primeros en reparar (¿gracias a qué acontecimiento?) en las curiosas maniobras de los feriantes, la sospecha de que se trataba bien de la existencia de un plan inicial, conocido y respetado al dedillo por todas las compañías, bien de una permanente comunicación entre los convoyes. La segunda hipótesis se descartó desde el principio. No se detectaba contacto físico alguno por radio, por palomas mensajeras ni por

emisarios humanos. La idea de una conspiración inicial, probablemente contra el orden estatal (había pruebas en este sentido), se convirtió en la hipótesis de trabajo de los servicios secretos socialistas, aunque no quedaba excluida tampoco la posibilidad de una red de espionaje político, militar o incluso industrial (algunos artistas poseían y utilizaban máquinas de fotos, muy antiguas, es cierto, verdaderos daguerrotipos de esos que formaban la imagen invertida directamente sobre placas opacas de vidrio). Se estableció a la sazón un plan general, enviado desde Moscú a los países-satélite, para contrarrestar este fenómeno. Entonces, en 1966, y no dos años más tarde, se produjo de hecho en Rumanía la primera rebelión contra los rusos, la primera pulsión de orgullo nacional: después de cubrirse bien las espaldas con «el gran jefe», la dirección de la Securitate rechazó con muchos miramientos el plan soviético para mostrar que, en nuestras condiciones específicas, se imponía una estrategia a nivel local. El plan nacional recibió un nombre conspirativo, «Operación Falso Plátano», no por quién sabe qué motivo oculto, sino simplemente porque el oficial responsable del mismo se llamaba Paltin Bădescu.[26] Puesto que era un buen fisionomista —el mayor tenía un doctorado en Criminalística sobre las obras de Gall y Lombroso, analizadas a la luz de las recientes investigaciones sobre el «cromosoma del crimen»—, el oficial decidió elegir, para esta operación, a unos agentes con un aspecto de lo más «popular», para que se integraran sin problemas en el ambiente de Moşilor. Cretinos, enfermos de bocio, borrachos con cuperosis, campesinos de ojos acuosos, braquicéfalos con un diente de metal, mujeres repeinadas de rostro enharinado, adolescentes de labios húmedos y mirada de onanista... era el aspecto que tenían que presentar los agentes ideales para aquella misión a tenor de la visión felliniana del mayor Bădescu. Como todos esos rasgos implicaban también una cierta oligofrenia subsidiaria, surgía una paradoja: al igual que todos los artistas, el mayor tuvo que aceptar finalmente que el ideal no se podía alcanzar en el mundo sensible. ¿No decía acaso el propio Leonardo da Vinci que la mano no puede seguir a la mente? «La polizzia è una cosa mentale», se dijo, sonriendo amargamente, Paltin Bădescu, y se conformó con lo que tenía a mano.

Así había llegado el (en aquel entonces) teniente Ion Stănilă a vender

gorros de papel de estaño y de papel pinocho, cornetas de lentejuelas y gafas de cartón entre la fétida muchedumbre de la feria de Moşilor, entre las mosterías y los *mititei* del otoño de 1966. Entre el mercado de pescado, con su peste a podrido, a sal y a mujeres, y el mercado de Obor, el empedrado de la plaza, cubierto como estaba de barro, no se distinguía. Los tiovivos giraban enloquecidos en el horizonte. Sus motores quedaban ocultos por los paneles pintarrajeados con bailarinas árabes y camellos de rostro humano. Una marea de gente se apretujaba bajo el carrusel con cuerpos inmóviles arrastrados por la fuerza centrífuga. Aunque parecía que no había un alfiler, la masa conseguía avanzar en oleadas hacia la plaza, hacia los puestos de mosto, hacia el rincón de los queseros con sus tinajas turbias y hacia las pilas de cajas donde se vendía un refresco popular, por setenta y cinco céntimos, en botellas redondeadas y mates. Vestido con ropas de paño grueso, arrugadas, como sacadas de la utilería del teatro, con la cabeza cubierta por un fez y soplando un matasuegras que se estiraba de repente cuando se llenaba de aire, el oficial había encontrado un hueco junto a la barraca de los espectáculos circenses. En su mesita vendía también unas pelotas de papel de colores, rellenas de serrín, que colgaban de una goma, unos pájaros de arcilla pintados de fresa e índigo con unas plumas coloridas en la cola, un tentetieso de plástico con base de plomo y unas gafas de sol con lentes de celofán rojo. Los niños de alrededor, harapientos y llenos de mocos por culpa del mal tiempo, no dejaban de estirar la mano para robar algo o mendigaban un gorro o una pelotita, así que el teniente, sin quitarles el ojo de encima, apenas conseguía vigilar la entrada del circo. De vez en cuando le ponía a uno de los críos un gorro de papel pinocho para que se paseara por la plaza como un anuncio ambulante. Era curioso cómo se había picado con este negocio. La mercancía había llegado en una partida oficial procedente de la RDA, pero ahora se moría de ganas por sacar algo, por poco que fuera, para él, así que empezó pidiendo cincuenta céntimos más que el precio fijado por sus superiores, luego incluso un *leu*. Regateaba con los clientes e intentaba sisarles en las vueltas. Se sorprendió de repente, ya desde el primer día, al darse cuenta de que para el mediodía se había olvidado por completo de su misión. Habrían podido pasar a su lado cientos

de sospechosos mientras él pregonaba, congestionado, su mercancía. Por la noche, dando vueltas y más vueltas entre las sábanas, junto a su esposa, cuyas pecas brillaban suavemente en la oscuridad como la canela espolvoreada en una figurita de mazapán, el teniente Stănila veía claramente en su retina montones de relojes de hojalata con correítas de plástico multicolor, silbatos de árbitro, pelotas de goma, ratoncitos que correteaban con un carrete y elefantes arrastrados por el contrapeso de un céntimo dorado.

Solo al día siguiente, sin embargo, se metió el oficial en la turbia aventura que ahora, en la habitación de Dristor, a la espera de su superior, revivía su mente en contra de su voluntad, tal y como la había revivido cientos y cientos de veces desde entonces. Cuando regresó a su rinconcito de la feria, junto a la barraca decorada con imágenes de payasos, mujeres deformes en traje de baño y una horrible araña con cabeza y pechos de muchacha —unos colmillos de vampiresa sobresalían sobre el labio inferior, pintado en color sangre—, el oficial de la Securitate estaba soplando con todas sus fuerzas uno de aquellos matasuegras, cuando distinguió, entre la multitud que escuchaba boquiabierta a un animador en el tablado de la barraca, una figura tremendamente conocida. Un flujo de adrenalina fría como el hielo inundó sus arterias. Dios mío, aquella tarde de mayo, los escarabajos revoloteando pesadamente por el rosa oscuro del parque Ghica Tei, el aroma embriagador de las lilas. El descenso, por el pedestal de la estatua de Pushkin, a los imperios verdes del miedo... La levitación sobre los palacios y las naves de un infierno transparente... Y el rostro de esfinge de la princesa de la ventana ovalada, del hada con miriñaque de raso azul, sentada ante una espineta con la tapa decorada con incrustaciones de nácar... La languidez de sus ojos y el horrible y descarnado tumor de la nuca... Era ella, aunque vistiera ahora un impermeable ajado, aunque tuviera unos labios pálidos, marcados por un herpes brumoso, aunque calzara unas botas de hombre embutidas en unos chanclos de goma. El presentador gritaba algo al micrófono, pero de los toscos altavoces solo salía un rugido de camión. A su lado, una vieja dama teñida de rubio, rechoncha y fofa, hacía juegos malabares con una especie de bolas. Su vestido de lamé le daba un aire de

sirena decrepita. «¡Compren sus entradas, el espectáculo va a comenzar!», dijo finalmente, renunciando al micrófono, el individuo vestido de negro, y algunos de los asombrados espectadores, no muchos, sobre todo los que iban con niños, subieron los escalones de la tarima dispuestos a adquirir sus entradas. Un montón de cacharritos se volatizaron de la mesa improvisada del oficial Stănilă, que no podía apartar los ojos de la criatura que acababa de ver en una especie de trance y que había invadido de repente la realidad como el tufo a alcantarilla arrastrado por una ráfaga de viento. Estaba allí, concreta y salpicada por el barro de Obor, mezclada con la muchedumbre campesina y arrabalera, entre la cual incluso el bulto del cogote, del tamaño de un membrillo, parecía estar en su sitio junto a los rostros deformes, las bocas melladas, los ojos legañosos y los dedos deformados por el reuma. La muchacha subió también los tablones del estrado para comprar la entrada. Por segunda vez, pero por un motivo bien distinto, el oficial se olvidó por completo de su misión. Cerró con un golpe seco la maleta repleta de cachivaches de colores y gorros de papel de estaño, retiró el caballete de madera y, con maleta y todo, se plantó ante la rubia del vestido de lamé, transformada ahora en taquillera. Con la entrada en la mano, entró en la barraca, caminando como un autómatas detrás de los demás y mirando trastornado a la joven.

La nave parecía por dentro mucho más amplia de lo que se podía pensar al ver la barraca pintada desde fuera. Al fondo se divisaba un escenario que tenía como telón una tela azul en la que habían pegado unas estrellitas de papel de estaño. No había ningún otro decorado por ninguna parte. Las paredes eran unos tablones sin lijar, el suelo estaba fabricado con los mismos tablones, y las quince filas de sillas eran como las de los cines: respaldos unidos en serie, numerados, y el asiento abatible prendido con tornillos. Olía asquerosamente a aguarrás, como en todas las salas de espectáculo de la época, y por el suelo sin barrer, las cáscaras de pipas y las migas de las rosquillas

*Con roscos de amapola
se cura la barriga sola*

nadaban entre escupitajos. Alguien, tal vez en la sesión anterior, había dejado caer una botella de *tuica* y ahora olía que tumbaba, te emborrachabas solo con los pesados vapores de la bebida. Con la cabeza cubierta por un gorro que, llevado por la emoción, había olvidado quitarse y con unas gafas de carnaval, el oficial tomó asiento en una de las últimas filas, pero tuvo que cambiar de sitio varias veces a la derecha o a la izquierda, porque algunos campesinos corpulentos, con pelliza y gorras de piel de oveja, se le sentaban una y otra vez delante. Su pecho palpitaba con tanta fuerza que era como si no solo el corazón, sino los pulmones, el cuello, la médula espinal y los ganglios latieran deprisa, de manera sincrónica y sofocante. La joven del impermeable anaranjado, con el bulto asomando bajo el moño prendido con horquillas baratas, estaba tranquilamente sentada a unas tres filas de sillas negras delante de él.

En primer lugar, apareció en escena una mujer corpulenta, en un bañador a rayas, con unos labios rojos abultados, como de negra, que enrollaba y desenrollaba, alrededor de los brazos y del cuello, una serpiente no demasiado grande, de movimientos escurridizos, con anillos alternos de color coral, negro y dorado. La mujer bailaba con ella al son de una música cascada, arrastrada, que surgía de un altavoz idéntico al del exterior, y se la enroscaba en un brazo, se la pasaba por los pechos, para, finalmente, cogerla de la cabeza y mirar sus ojos de piedra preciosa. De vez en cuando, la serpiente sacaba una lengua fina y hendida, cilíndrica y húmeda como una lombricilla. Con la mirada clavada en ella, la mujer abrió de repente la boca y engulló con sus labios gruesos la cabeza de la serpiente antes de tragarla. Centímetro a centímetro, el reptil penetraba por el cuello de la mujer, ahora dilatado, con las venas tan hinchadas como las de las cantantes de ópera. El anillo de carmín rojo de la bailarina se iba expandiendo a medida que se ensanchaba el cuerpo resbaladizo, sus ojos se habían tornado vidriosos y turbios, como si la propia mujer se hubiera transformado en un ofidio. El proceso de engullir el cilindro musculoso y vivo duró largos minutos, hasta que la serpiente desapareció por completo en el cuello y el estómago de aquella mujer demasiado maquillada. Ella retomó entonces su baile cadencioso, moviendo el ombligo y dando vueltas para contonear sus nalgas

blancas ante las narices de los espectadores de las primeras filas, y recuperó de nuevo su p rfida mirada de mujer. Luego se detuvo, su vientre se agitó varias veces como si tuviera hipo, el cuello se dilat  y la cabeza brillante del reptil brotó entre sus labios como una lengua inflamada. La agarr  al instante y tir  suavemente de aquella lombriz gigantesca con el lomo manchado de carmín. Trajeron una cesta de la que sacaron un conejito negro. Colocada en el suelo, la serpiente elevó un tercio de su cuerpo, se inclinó sobre el conejo, que saltaba desorientado de aquí para all , se abalanzó bruscamente y le mordió una oreja. El conejo se quedó quieto, su cuerpo se agitó de improviso y cayó inerte, con las patitas temblando ligeramente. La mujer cogió el cadáver por las orejas, lo mostr  con gesto triunfal, besó tiernamente el hocico de la serpiente y salió acompañada de unos pocos aplausos.

Dos gitanos en bombachos, con el torso desnudo, hicieron a continuación unos juegos malabares con antorchas, ante los gritos de un chimpancé vestido que, observ  el teniente, ten  una herida muy fea en el codo. Se lo proteg  mientras daba volteretas, girando sobre sus brazos largos y peludos, con las rodillas dobladas. Estaba atado del cuello con una cadena muy gruesa que sujetaba, por el otro lado, el presentador. Este se hab  despojado del traje negro y, en camisa y pantalones cortos, hacía ahora de domador. El mono ten  unos ojos tan tristes que no podías mirarlo si habías dejado atrás la infancia. Con él acababan los «numerosos animales salvajes» anunciados a la entrada. Seguía la mujer catal ptica, que dormía sobre los filos de unos sables: no era otra que la mujerona rubia del vestido dorado de brillos metálicos.

El oficial se dejó arrebatarse de nuevo por la magia de la feria, maravillado con todo lo que sucedía en el escenario. El pueblerino agazapado en él rebosaba de alegría porque de pequeño nunca había montado en el tiiovivo, no había jugado al tiro a la diana ni había entrado en ningún espectáculo, aunque habría dado un ojo de la cara por hacerlo. Se había contentado con el bullicio de la calle antes de la función, cuando prometían diez veces más a los que entraran. Ahora había entrado, estaba dentro y esperaba con impaciencia a la mujer-araña, la atracción especial del espectáculo.

También en su pueblo, en Teleorman, había estado años atrás la mujer-araña, pero sus apariciones cesaron enseguida porque —corría el rumor— se había casado con el hombre de lengua de buey y se había quedado embarazada. Acaso la de ahora fuera la misma, y entonces debía de ser ya vieja, o tal vez fuera otra, quizá su hija. En cualquier caso, Stănilă la había reconocido en la pintura de la barraca, a la entrada, la melena negra y los ojos verdes como la hiel, las tetas globosas, ciegas, y el horrible embrollo de patas negras de las que brotaba el busto del monstruo: eran idénticas a las de los paneles de su recuerdo, como si los pintores de ferias tuvieran su propio canon, al igual que los pintores de iglesias.

Finalmente, después de que sobre el fondo estrellado del escenario tuviera lugar un número bastante curioso (en una garrafa de cristal llena de agua, colocada en una mesita, sobresalían las ramas secas de un arbusto de color canela. En el extremo de algunas ramitas, sorbiendo el agua o la savia, agitaban sus velos multicolores unos peces exóticos. A veces abandonaban la ramita y planeaban rápidamente por el recinto, como unas libélulas brillantes, para regresar de nuevo a la garrafa y pegar sus labios cartilaginosos al extremo de otra ramita), se hizo el silencio. Se oyó entonces un grito desgarrador, un grito invertido, nacido no de una fuente de vibraciones externa, como sería la laringe de un hombre descuartizado vivo, sino de las profundidades del córtex auditivo de cada espectador, de las complejas neuronas que detectan el volumen, la altura y el timbre de los sonidos, y que ahora los creaban a partir de la nada, acurrucados allí, junto a la fosa silviana. El alarido de araña y de mujer encendía las sinapsis y los axones del núcleo geniculado medial y descendía, por los conductos eferentes, hacia el colículo inferior, codificado con la frecuencia de una corriente eléctrica que saltaba por los delgados tubos de los nódulos de Ranvier, para bajar por el núcleo ventral de la cóclea y, filtrado por los complejos olivares superiores del tallo encefálico, llenar el acueducto del nervio coclear. El grito eléctrico recorría la roca maciza del cráneo, llenaba extrañas grutas y fisuras, al retumbar entre estalactitas aterraba a madonas con niños en brazos y penetraba finalmente en el caracol retorcido del oído interno. Se deshacía en miles de riachuelos centelleantes que irrigaban a su

vez una célula con pelillos, escondidos a lo largo de la espiral, entre la membrana tectorial y la basilar, en una linfa amarillenta, gelatinosa. El alarido inhumano, de un hombre sumergido en aceite hirviendo, de un desollado vivo, de un canceroso con metástasis generalizada, se convertía aquí en una vibración de la endolinfa que llenaba la membrana de Reissner, y era transmitida después a la perilinfa bruscamente agitada en la ventana ovalada. Como unos órganos mecánicos, el estribo, el yunque y el caracol retomaron la vibración y se la transmitieron al tímpano, que, por el conducto auditivo lleno de cera, hizo vibrar el aire. Y las decenas de pabellones del oído externo amplificaron el aullido como si fueran altavoces, comprimiendo y ahuecando alternativamente el aire, dirigiendo el terror hacia el escenario, concentrándolo en uno de sus márgenes, donde se encendió de repente el foco rojo de un receptor y todos pudieron ver a la mujer-araña gritando. Los rugidos de agonía surgidos en la mente de los que la contemplaban penetraban en su boca, dilataban su tráquea, rompían los bronquios, hinchaban las gruesas venas de las sienes. Todos bombeaban en ella el terror que le atravesaba el tórax, le envenenaba los pechos y ensanchaba los arcos de sus patas apoyadas en el suelo, negras, peludas, terminadas en unas garras terribles, el vientre redondo y frágil, lleno de huevos e intestinos, y los conductos de cuyos extremos brotaba una seda transparente. Y así como, en la voz de una mujer que grita en pleno orgasmo bajo el hombre que la penetra rítmicamente, agarrándola con firmeza, sin posibilidad de huir, se distinguen claramente dos voces, la de la hermosa cabeza de cabellos ondulados y rostro delicado como el de los niños, por una parte, y la del animal pélvico, por otra —útero, ovarios y trompas, vagina y labios—, superpuestas ambas para que precisamente de esta mezcla resulte el gemido excitado y dulce, no el de cualquier mujer, sino el de tu amada, y no el de tu amada, sino el de cualquier mujerzuela que haya gritado alguna vez debajo de un hombre, también en el grito terrible de la Esfinge de feria se podían escuchar perfectamente la voz de la mujer y la de la araña, una te provocaba una pena amniótica, pero la otra te helaba la sangre en las venas y el horror te arrebatava el sentido.

La mujer-araña permanecía allí, en un rincón del escenario bañado en

sangre, y gritaba girando la cabeza hacia uno y otro lado, sobre un cuello demasiado largo para un ser humano —parecía más bien un tallo translúcido—, escrutando la oscuridad de la sala con sus ojos verdes, de animal salvaje, como si estuviera esperando algo. El foco del reflector venía desde la pared trasera, como en el cine, y el haz de luz púrpura sacaba de la oscuridad las cabezas y los respaldos que encontraba a su paso. El humo de los cigarrillos baratos se torcía y retorcía en ese rayo grueso, dibujando inflorescencias de ceniza viva. Aunque el oficial, con los pelos de punta y ojos como platos —Ionică el de Teleorman, el hijo de Ilie Apretrachei, que no había visto jamás un espectáculo—, estaba completamente subyugado por la imagen de la araña con busto de mujer, un movimiento vivo, húmedo y menudo, en un plano mucho más cercano, atrajo de repente su atención e hizo que sus ojos desorbitados convergieran en una de las cabezas que tenía delante, perfiladas en el rayo de color vino. Se sobresaltó y volvió en sí, recordó su misión, la realidad. Al rascarse la cabeza, se encontró con el borde del sombrero de carnaval. Se lo arrancó furioso y lo arrojó al suelo. Porque aquella cabeza rodeada del aura de unos rizos brillantes era, naturalmente, la de la Sospechosa, la de la princesa de la nuca inflamada, hermosa como ninguna otra y repugnante como un espectro de pesadilla. Ahora, del tumor del tamaño del cráneo de un recién nacido, exfoliado y rezumante, salía, agitándose suavemente, un ser vítreo. El oficial, inclinado hacia delante en tensión, vio cómo aquel gusanillo, con unas antenas como alfileres y unos ojos negros y mates, se apoyaba en unas patitas para escurrirse del capullo; vio cómo, completamente eclosionado, trepaba por la coronilla de la joven, sacudiéndose el líquido, hinchando y vaciando el vientre de forma alternativa, y cómo, con este bombeo, desenvolvía poco a poco un par de alas arrugadas, las estiraba, las alisaba y las secaba, hasta que, sobre el cabello brillante de la princesa proletaria, como si fuera una diadema, extendió las alas una espléndida mariposa —la más grande que viera nunca el oficial—, que echó a volar por la sala como un murciélago multicolor, entrando y saliendo del rayo del reflector. Sus círculos, acordes con la escala horocíclica de Lobachevski (¡ah, Herman!), se acercaban cada vez más a la Esfinge, y esta, modulando también de repente, en *glissandi* tan dulces como

un maullido, su grito silbante, acechaba con unos ojos verdes como la hiel el vuelo del lepidóptero. Cuando, en un último giro, este aleteó junto al hocico de mujer apasionada de la Quimera, una lengua larga y pegajosa lo atrapó, rompió su fragilidad, enrolló su cuerpo anillado y lo engulló en su boca pintada, que los masticó con avidez. Durante largo rato, en la comisura de sus labios se pudieron ver los extremos de las alas fibrosas, que acabarían por deslizarse finalmente por el cuello de la mujer-araña...

«¡Alto! ¡Alto! ¡Encended las luces! —gritó de repente Stănilă poniéndose en pie de un salto—. ¡Securitate!» El foco se apagó y se produjo una barahúnda tremenda. La gente huía por todas partes, entre empujones y pisotones. «¡Encended las luces de una puta vez!», volvió a gritar el oficial, abriéndose paso entre cuerpos envueltos en pellizas de piel mientras intentaba alcanzar el escenario. Ahora lo sabía: ¡el contacto acababa de producirse! ¡La mariposa era el mensaje! «¡Banda de canallas!», gritó como un poseso cuando consiguió llegar finalmente a las miserables bambalinas, una barraca, de hecho, llena de objetos devorados por las polillas. Agarró del cuello al presentador que había anunciado el espectáculo y que, bajo la luz cenicienta que caía de la ventana, era un pobre hombrecillo con cara de funcionario. La mujer, una simple putilla con la barbilla llena de granos, estaba precisamente quitándose de las caderas las patas negras y peludas de tela rellena de estopa. La tragadora de serpientes estaba en bata y despiojaba al chimpancé, sentado en su regazo como si fuera un niño. Entró también aterrada, con un trozo de periódico viejo en la mano, la vieja de lamé, que, sorprendida, dejó abierta la puerta de la barraca. «¡Ajá! ¡Aquí está la prueba! ¡Vosotros mismos os habéis delatado!» Stănilă le arrebató el periódico con el que la mujer había vuelto del retrete, lo abrió y...

Dos años después, el oficial veía aún ante los ojos un enorme artículo borroso, ilegible, con un titular de dos palmos que en vano procuraba desentrañar, un artículo que tenía en medio un mapa de Europa del Este, el campo de concentración socialista sobre el cual un gran arco que empezaba en Alemania Oriental, descendía por Checoslovaquia, Hungría y Rumania, volvía a subir hacia el centro de la estepa rusa, decía, con enormes letras de molde

CEGADOR

El teniente supo que tenía en sus manos un documento de relevancia histórica. Las letras no trazaban sino las trayectorias de las caravanas ambulantes, que atajaban por los bosques, cruzaban ríos, subían montañas y atravesaban ciénagas sulfurosas para dibujar (¿para qué ojos?), con unas huellas invisibles, una palabra en la curvatura del planeta. Él solo, el agente de la Securitate Ion Stănilă, gracias a sus excepcionales cualidades, había conseguido desenmascarar una conspiración (¿jurada por los fascistas, los americanos, por los extraterrestres sobre los que leía en la revista *Ciencia y técnica*?) contra el poder establecido en los países del Pacto de Varsovia. Naturalmente, lo que había descubierto él no era sino una pieza del rompecabezas político-diplomático, pero una esencial. Sus superiores no eran capaces de valorar su importancia. En cuanto a él, no podía imaginar un triunfo mayor que llegar un buen día a casa y abrazar a su judía susurrándole al oído: «¡Mujercita, aquí tienes a un mayor!». «Siento gran curiosidad por comprobar cómo hace el amor un mayor», susurraría ella, y se dejarían caer ambos en la alfombra del suntuoso vestíbulo de su villa...

Por desgracia, no se cumplió (casi) nada de todo esto, y Stănilă solo recibió, dos años más tarde, una estrellita como las otras dos que lucía en las charreteras. Un ascenso banal, no por méritos, sino por antigüedad. Porque, tras un momento de pánico, los artistas del circo le pidieron que se identificara, y él constató que no llevaba la documentación encima. En medio de aquel jaleo le habían robado hasta la insignia de la solapa. Entonces empezaron a abuchearle y a zurrarle con todo lo que encontraban a mano, gritando: «¡Chiflado! ¡Lárgate de aquí!». El mono se le había encaramado a la espalda y le tiraba de los pelos con toda su alma. Arañado y golpeado por los gitanos, pringado con el maquillaje de los saltimbanquis, cegado por el hollín, fue arrojado con una formidable patada de la mujer-araña hasta el charco apestoso de la parte trasera de la caravana, donde yació inconsciente hasta la noche. Cuando se incorporó, en la extensión del cielo no se veía sino una línea sangrienta. La caravana había desaparecido, solo quedaba la barraca de madera del espectáculo en medio de la explanada

desierta. Al fondo, los tiovivos inmóviles se perfilaban sobre el cielo como un hongo triste. La bombilla mortecina de un poste muy alejado acentuaba la desolación del lugar. La maleta de vendedor ambulante, por supuesto, también había desaparecido. El oficial llegó a su casa a duras penas, después de discutir en el tranvía con la cobradora porque no tenía ni cinco céntimos para el billete. La última sorpresa de aquel desgraciado día lo esperaba precisamente en su nidito de amor, donde encontró a su esposa descubriendo alborozada cómo hacía el amor un mayor...: su jefe directo en persona, Paltin Bădescu, cuyo trasero rollizo, adornado con dos hermosas criadillas, bombeaba con fuerza entre los muslos blancos, con medias de seda, de Estera. Al infeliz teniente le tocó oír de nuevo, lleno de barro, apoyado en la jamba de la puerta del dormitorio, las apasionadas indecencias dirigidas a los verdugos de la humanidad...

Al llegar a este desolador momento del recuerdo, el teniente, sentado ante su escritorio en un anónimo edificio de Bucarest, se cubrió la cabeza con las manos y se apretó los ojos con la punta de los dedos helados. Presionó hasta que los fosfenos verdiazules dibujaron en su campo visual una alfombra equívoca que le recordaba las manchas de tinta de las láminas de Rorschach en las que, entonces, había visto tan solo... Pero el oficial se negó a recordar lo que siguió, y apartó, con gestos desesperados, las imágenes fulgurantes, cargadas de odio y horror, que asaltaban su conciencia: el tejido áspero de la camisa de fuerza, el médico barbudo, los tranquilizantes, la pelea con el otro enfermo, el intento de fuga y la huida desesperada hacia su casa, de noche, en pijama, por la vía desierta del tranvía. La posterior captura y la estancia de seis meses en el pabellón de vigilancia especial, durante dos semanas atado, además, con correas... Y luego la mañana en que se despertó con la mente despejada, ligero, completamente dueño de sí mismo, y pidió que sus superiores se pusieran en contacto con él por una cuestión de máxima importancia... La Securitate se ocupó de él, sin embargo, una semana más tarde, cuando fue sometido a incontables exámenes, a cada cual más desconcertante, en los que se mezclaban preguntas e imágenes, de tal manera que Stănilă llegó a pensar que se había convertido en un conejillo de indias, en un puro objeto de investigación, con la mente al desnudo, para

mostrar su obscenidad y vileza ante unos superhombres inescrutables. Lo sometieron al «Inventario de personalidad multifásico de Minnesota», que, a través de sus quinientas cincuenta preguntas, lo clasificó en cuatro escalas de validación («?», «L», «F» y «K») y en nueve escalas clínicas (hipocondría, depresión, histeria, desviación psicopática, masculinidad-feminidad, paranoia, psicastenia, esquizofrenia, hipomanía); siguió la técnica asociativo-verbal de Galton según la variante de Jung, la técnica de la apercepción temática y técnica de Rosenzweig, con las veinticuatro láminas que reflejaban la Frustración, y la técnica Szondi, con las cuarenta y ocho fotografías de enfermos mentales... Finalmente, las terribles, terribles mariposas de carboncillo, tinta y sangre de las láminas de Rorschach (Herman Rorschach, ¿no resulta extraño?), en las que él solo pudo ver... Del maestro Sandro di Mariano, también llamado Botticelli, aprendió Leonardo da Vinci a estimular su imaginación gracias a las manchas fortuitas que deja sobre una pared una esponja empapada en pintura. Podías distinguir en ellas paisajes y batallas, y amarillos torsos humanos retorcidos en curiosas posturas, pero sobre todo te veías a ti mismo, porque *ogni pintore dipinge se...* La técnica del árbol de Koch y la de la figura humana de Machover cerraron la avalancha gráfico-lingüística para la cual una mente normal y digna tendría una única respuesta: la afasia, y probablemente sea esta siempre la respuesta.

El teniente estaba todavía en pijama, abrumado por exámenes y más exámenes, cuando recibió la visita de un hombre inusualmente corpulento, de cabeza taurina y ojos castaños, que se quedó de pie junto a su cama, con las manos en los bolsillos, contemplándolo sin demasiado interés. «¡Qué pueblo de siervos! —se diría más adelante muchas veces, y no solo en relación con esta visita, Ion Stănilă—. Eso es lo que somos los campesinos, un pueblo de malditos esclavos, dispuestos a llevarse la gorra al pecho cuando aparece el amo.» El hecho es que ahora, en la habitación del hospital, se había incorporado en la cama, con una extraña posición de «firmes», incluso antes de que el desconocido se identificara. Y lo cierto es que este ni siquiera se tomó la molestia de hacerlo. El médico que lo acompañaba estaba tan eclipsado que no era necesario documento alguno.

Hizo un pequeño gesto y el doctor se esfumó; siguió a continuación una conversación breve y frustrante. El desconocido no se creía ni una palabra de la fantasmada de la mujer-araña. Es cierto que tampoco pensaba que el joven teniente hubiera mentido. Era más bien de la opinión de que allí, en la barraca de la función, había sucedido otra cosa; que el oficial había descubierto algo tan terrible que su mente se había bloqueado ante la revelación, la había vomitado como si fuera veneno, como un cuerpo que no pudiera digerir, y había tejido en su lugar el frágil guion que Stănilă recordaba. En el subconsciente podrían quedar tal vez rastros de la verdad, así que el oficial superior (¿securista rumano?, ¿miembro del KGB?, ¿ambas cosas a la vez?) recomendaba —y era, de hecho, una orden— un interrogatorio en estado de desinhibición de la conciencia. Resignado, Stănilă aceptó. Sabía de qué se trataba: la desinhibición Jagodka que también utilizaban ellos de vez en cuando. ¿Cómo demonios —se había preguntado siempre él— entrenaban a los espías de élite para que resistieran la entrevista bajo los efectos del amital?

En cualquier caso, este método había demostrado ser más eficaz que cualquier tortura y había revolucionado la técnica de los interrogatorios. Solo los cretinos de Sudamérica (imaginaba aún, por aquel entonces, Stănilă) seguían utilizando pinzas eléctricas. Animales sedientos de sangre.

Aquella misma tarde le inyectaron una ampolla subcutánea de cafeína. El efecto, comparado con el de una taza de café, fue, por supuesto, mucho más rápido y, sobre todo, «más puro». Su mente brillaba como el cristal. Se volvió más inteligente y más comunicativo. Se esforzó por convencer al oficial superior, sentado junto a su cama en un taburete, de que cada detalle de la visión que había experimentado en Moși había sido real. Describió con la precisión de un bisturí los dibujos y los matices de las alas de la mariposa. Señaló en qué se basaba cuando afirmaba que la mariposa era el mensaje. Reprodujo de memoria, verbalmente, los trayectos de los feriantes por el mapa de Europa oriental, incluyendo las localidades más insignificantes. De hecho, todo el mapa, como bajo una luz intensa, brillaba eidético ante sus ojos. Intentó leer también el título del artículo que flotaba a su alrededor como una neblina, pero volvió a resultarle imposible. Al cabo de un cuarto

de hora le inyectaron, por vía intravenosa esta vez, muy despacio, una solución de amital sódico, 10 gramos en 100 mililitros de agua esterilizada. En un relampagueo pudo ver —la sintió, la reconoció, la vivió— la madeja interna de los vasos sanguíneos, como si estuvieran marcados con un color fluorescente, apasionado. Las yugulares, como dos manos de dedos delicados, elevaban y alimentaban la mandarina celestial del cerebro, que ahora resplandecía de felicidad. Y con la llamarada ensordecedora del amor, toda la carne se sublimó en palabras. El mapa del cuerpo se transformó en el mapa evanescente del lenguaje, que se retorció como el vaho del café. La piel y el sistema nervioso formaron la estructura sintáctica, las relaciones ramificadas de oraciones regentes, coordinadas y subordinadas, grupos verbales y nominales, estructuras profundas y superficiales, el cuerpo funcional, descarnado, de la lengua; del sistema óseo-muscular derivaron la morfología, los grupos de músculos y huesos yuxtapuestos de las partes del habla, que se contraían y relajaban en declinaciones, conjugaciones, desinencias; el vientre hormigueante de materias y glándulas produjo el vocabulario en el que epitelios y mucosidad y músculos lisos y bacterias y vómito y saliva y jugos gástricos y heces fermentadas e insulina, labios y ano y esófago y recto, intestinos y duodeno, hiel y hambre y saciedad se fundían, generaban campos semánticos, se estratificaban en helenismos y turquismos, en argots y en jergas inescrutables; la sublime fonética del aparato respiratorio, dios y céfiro que roza con suaves dedos el arpa vocal; y el imaginario, el cuerpo místico del jardín de rosas, la luna tiernamente inclinada sobre el hombro del sol (el eterno incesto del sol y de la luna en nuestro cuerpo astral), brotó de las glándulas sexuales, del grotesco monstruo de entre las piernas, de los huevos abultados en su bolsa untuosa y del glande morado, como de goma, camuflado en una piel blanda, de los cuerpos cavernosos del gusano que arroja al mundo, igualmente calientes, la materia más pura y la más ab-yecta, el nácar de la vida y el agua residual. Nunca una flor más fantástica ha brotado de una raíz más horrenda.

Evaporado célula a célula y órgano a órgano, convertido en un complicado vaho de palabras, el oficial recordó hasta la primera leche que mamó de su madre.

[25]. Se refiere a los presos políticos deportados y destinados a la construcción del canal Danubio-Mar Negro.

[26]. En rumano se denomina *Paltin* al *Acer Pseudoplatanus*, el plátano falso.

Aquel hombretón había pagado con la ceguera lo que descubrió entonces. Ahora, sin embargo, desprendía un olor a nieve fresca y me miraba con los ojos abiertos. Analizaba con las pupilas brillantes las cotas de altura y los relieves de mi rostro, de mi pecho, de mis manos, como si tuviera que describirlos algún día hasta en sus más ínfimos detalles y su vida dependiera de ello. «Eres Mircea», repitió y dio un paso hacia mí, un paso de ciego todavía, como si, aunque sus ojos castaños estuvieran abiertos de par en par, no pudiera verme sino como una irradiación de intensa luz azul. Cuando tendió hacia mí sus brazos de estrangulador ritual, salí corriendo del consultorio dando un portazo, y me adentré, escuchando aún un «¡Mircea!» vibrante en el aire helado, por los pasillos verdes de aquella ala del hospital. Huía enloquecido bajo las bombillas sucias, giraba y empujaba con el hombro las puertas batientes que daban paso a las mismas perspectivas tristes y frías: pasillos que avanzaban hasta el infinito, puertas a ambos lados, amplias escaleras, con escupideras en los rellanos, que conducían a otros pisos idénticos... El miedo que crecía en mi interior de forma irresistible me impedía darme cuenta de lo que estaba haciendo: el sudor me empapaba la pechera del pijama a pesar del frío que emanaban las paredes. A través de algunas puertas abiertas entreví de nuevo escenas de pesadilla: camas blancas, medio cubiertas por un hule, en las que yacían ancianos con extrañas cánulas insertas en el vientre, otros defecaban por anos artificiales, con un grifo de níquel..., niños poliomielíticos con el fémur envuelto directamente por la piel, sin rastro de muslo que lo recubriera, pedaleando con dificultad en bicicletas estáticas..., gordas desnudas, masturbándose con los ojos en blanco... No me detuve hasta llegar a nuestro pabellón, iluminado a través de las ventanas por un crepúsculo místico, prueba de que había vagado por los pasillos más de medio día. Solo entonces me calmé, al contemplar a los enfermos jugando al tres en raya en la galería, bañados como santos por la luz del ocaso, o tumbados en sus lechos con las manos

debajo de la cabeza. Me dirigí a mi cama y me acurruqué en una esquina arropado en las sábanas, con la cara vuelta hacia el jorobado que dormía roncando, con la boca abierta hacia el techo. Su mano lisiada colgaba en el hueco entre nuestras camas, con los dedos abiertos y pálidos. El hombre soñaba. Su alma vagaba lejos. ¿Y si hubiera extendido entonces la mano y hubiera tocado con mi dedo sus negras uñas de zapatero? ¿Si me hubiera transferido a su cuerpo de mártir? Me habría quedado allí para siempre, un cifótico paralizado, pringado de excrementos, medio podrido, contemplando el techo con ojos despavoridos, mientras él, en mi cuerpo de adolescente, habría corrido hacia el mundo otoñal, dorado bajo el sol, al otro lado de las ventanas. Sonreí porque, en el fondo, no me habría disgustado este intercambio de pieles y carnes. Estaba tan atormentado, tan inconsciente y tan triste que la susurrante vida del hospital me habría convenido para siempre. Me imaginaba como el paciente más veterano del pabellón, aureolado por sus horribles síntomas, amado por las enfermeras, contemplado con veneración y desasosiego por los demás enfermos. Ellos serían siempre distintos, dispuestos siempre a regresar a la jungla crepuscular de la vida en cuanto sintieran la más leve mejoría, mientras que yo, en el centro de mi universo inmóvil, sería el Enfermo perpetuo sobre el cual se posarían lentamente las mañanas, las tardes y las noches, como las capas de esmalte de una cajita china. Treinta..., cuarenta años en la misma cama del mismo pabellón, aferrado al mismo día dulce y blanco en el que no te espera ninguna sorpresa: así imaginaba yo entonces la felicidad. Habría sufrido, por supuesto, dolores, habría tomado medicamentos amargos como la hiel, por la noche me habrían despertado para ponerme inyecciones, pero no habría tenido deseos, recuerdos ni planes de futuro. No habría tenido documentos ni identidad. No habría dependido de una palabra mía el destino de nadie. No habría tenido que soportar jamás la tortura de ser malo, el remordimiento de ser bueno. Una vida pura, una contemplación seca y tibia, en un espacio cerrado, al abrigo: eso es lo que habría querido entonces, y tal vez lo quiera también ahora...

Después de la cena estuvimos un rato charlando, eché un vistazo a los periódicos... Un músculo de la comisura de la boca se contraía levemente

cuando intentaba sonreír, era la primera vez en tres semanas. Pensaba en la alegría de mi madre cuando se lo enseñara al día siguiente. Mi madre había venido tres veces por semana a verme —todos los días de visita— con las bolsas llenas de tarros de caldo de pollo y de arroz. Llegaba con los ojos hinchados por el llanto, lloraba antes, para presentarse fuerte en el hospital y no de-sanimarme. Ahora podría mostrarle por primera vez una señal de mejoría. Me quedé dormido pensando en ello en cuanto apagaron las luces, pero dormí mal, con despertares bruscos, con sueños confusos, como si el proyector de mi cráneo tuviera que proyectar una película enredada como un ovillo de serpientes. Algo en mí sabía, tal vez, que mi madre me encontraría al día siguiente en el sótano, entre los moribundos.

Me desperté de repente en medio de la noche, lúcido como si no hubiera dormido ni un segundo, no solo aquella noche, sino ningún día de mi vida, como si la noción de sueño me resultara completamente desconocida. Lúcido como una escultura en un grano de café, como un himno dedicado a la lucidez. Al abrir los párpados, vi un rostro humano a pocos centímetros del mío. La luz de la luna otoñal, de una transparencia incomparable, acentuaba el relieve de los pómulos y de la barbilla de aquella máscara pálida y sumía los ojos en la oscuridad y en el brillo. Arrodillada junto a mi cabecera, contemplando mi rostro con la expresión enajenada de los que no tienen expresión, permanecía en silencio, inmóvil, la tercera enfermera, la «santa», la que no tenía caderas ni pechos, la que nadie desnudaba con la mirada. Me incorporé sobre un codo, en absoluto sorprendido, le sonreí y posé la mano en su brazo. Aunque fino como un tallo, su brazo, a la altura del hombro, desprendía materialidad y calor. Como si fuera eso lo que estaba esperando, la enfermera se abrazó a mi cuello y se hizo un hueco, con una energía inesperada, bajo mis mantas. El sexo se me endureció al instante y, abrumado de golpe por una oleada sísmica de química erótica, se me pasó por la cabeza la idea de que, por fin, haría el amor por primera vez, de que penetraría por primera vez en el túnel ardiente de entre los muslos de una mujer. Las noches de tormento y de húmeda frustración cuando, durante horas, acechaba algún movimiento en la casa del otro lado de la calle, cuando se me congelaban las orejas pegadas a la pared con la

esperanza de oír algún gemido de mujer penetrada en la habitación de al lado, se verían compensadas y, tal vez, entregadas al olvido como unas ropas que se han quedado pequeñas. Ahora la enfermera intentaba poseerme, estaba sobre mí, me besaba el cuello y la barbilla y había metido la mano en los pantalones de mi pijama, acariciándome primero la parte inferior del vientre, por debajo del tallo de carne tiesa, que cogió luego en su mano fría y apretó con fuerza. Me coloqué sobre ella y empecé yo a acariciarla. Sentí sus pechos apenas prominentes pero con unos pezones negros como el alquitrán en la penumbra, inesperadamente grandes, y bajé la mano hacia la zona de su vello rizado, esa zona que se hunde en lo más profundo del cerebro de cualquier hombre, el bosque oscuro, la floresta sagrada donde se encuentra la Entrada hacia lo insospechado e incomprensible, hacia el

Enigma, hacia el Jardín, hacia la Gloria, hacia el Horror, hacia la cisterna de fuego de la locura infinita de nuestro ser. Porque, así como en el mandala chino del yin y el yang en medio de la luz se encuentra la oscuridad, así también en el cerebro del hombre se esconde un útero, una caverna, una flor carnívora con un fondo carnosos y humeante hacia el cual se esfuerza él por llegar a lo largo de toda su vida, para hacer el amor consigo mismo y encontrarse a sí mismo más allá del sexo y del destino, en el reino puro del que venimos todos.

Si me hubiera hecho hombre esa noche, todo se habría perdido, y yo, tal vez, me habría salvado. Pero si la enfermera tenía allí, *inter urinas et faeces*, un sol interior, no tenía, en cualquier caso, una vía de acceso a él. Su palacio uterino estaba escondido y era tan inexpugnable como la fortaleza de los asesinos. Entre los muslos, aquella mujer delgada como un tallo tenía el esbozo de una vulva más púdica que la de los maniqués de los escaparates. Nada que penetrar, nada que conquistar. Durante varias horas tal vez, nos meneamos desnudos bajo las sábanas, hasta que eyaculé de manera dolorosa y ardiente en sus dedos y su vientre. Nos quedamos dormidos juntos, vientre contra vientre, contentos y tristes como dos gemelos flotando en el mismo líquido amniótico. Hasta que me sumergí por completo en el sueño, en mis oídos seguían retumbando las palabras que la joven me susurraba

mientras nos agitábamos como peces en tierra firme: «¡Sigue hasta el final! ¡Hasta el final!».

Por la mañana me desperté solo en la cama, como si aquello no hubiera sido sino una alucinación. Pero el futbolista que estaba junto a mí, medio incorporado, me guiñó un ojo. ¿Había oído algo? Era difícil que no lo hubiera hecho. Precisamente ahora me daba cuenta de cómo debía de haber crujido la cama. Sin embargo, no me dijo nada. Todos esperábamos, charlando, la hora de las visitas. El otoño se deslizaba despacito hacia el invierno y aquella mañana habíamos visto por la ventana los primeros copos. En unos pocos días, el patio del hospital —alcanzaba a ver algunos senderos desde la ventanas del pabellón, pero si pasaba a la galería se me abría una perspectiva, estrecha, es cierto, hacia Ștefan cel Mare, con el estanco redondo donde los enfermos hacían acopio de cigarrillos y con las cercas podridas de las casas del otro lado de la calle, ocultas aquí y allá por el paso de un tranvía— se cubriría con una nevada temprana del grosor de un dedo, así que los pabellones de estuco envejecido, que hacía poco parecían galeones balanceándose en un mar verde, serían entonces como las naves de una expedición ártica, atrapados en los hielos infinitos, teñidos de rosa por un crepúsculo triste, eterno. Pero en el salón hacía calor y sus habitantes, que habían dejado al entrar su identidad y sus cargos e incluso, de un modo extraño, su memoria, para convertirse en una especie de preparados anatómicos vivos que mostraban la enfermedad de Pick y la neuralgia del trigémino y la parálisis facial y la narcolepsia, convivían en un Qumrán delicado, en una fraternidad no del sufrimiento, sino de la irresponsabilidad y de la infancia, embutidos en sus pijamas azules, acurrucados en la cama y parloteando... Tenía tanto encanto la vida en el hospital, en aquel espacio cerrado y calentito, mientras en los grandes ventanales nevaba...

Durante la visita, el señor Ionescu había encontrado de nuevo la manera de armar un escándalo. Tenía que ver esta vez con las enfermeras que, al parecer, se desentendían de él de forma sistemática. Lo gracioso era que no le molestaba en absoluto el sadismo con que aquellas dos yeguas le clavaban en las nalgas arrugadas, literalmente como si fuera un caballo viejo, las

agujas de las jeringuillas, insertándole bruscamente en la carne varios centímetros cúbicos de suero con una especie de odio que nos indignaba; tampoco le molestaba tener que gritar retorciéndose y echando espuma por la boca durante medio día, con la vejiga a punto de estallar, hasta que una de ellas se dignaba ponerle la sonda en la uretra; tampoco que le hubieran dado, para burlarse de él, una bata con los bolsillos descosidos, cedida, con un boquete enorme entre los hombros y la tela desgastada por todas partes. Lo único intolerable para él era que las jóvenes se vistieran de manera indecente. «¡Busconas! ¡Se os ven las bragas a través de la bata! ¡Mira, tú no llevas ni sujetador, se ve a la legua! ¡En mis tiempos iban a andar así las mujeres entre los hombres! ¡No pasaba ni en la Crucea de Piatră, hombre, que venía la policía y se las llevaba al momento! ¡Se están perdiendo las buenas costumbres, el mundo se está pudriendo como una manzana, hombre! ¡Viene el Apocalipsis! ¡En mis tiempos no había mujeres así! ¡Claro que había putas haciendo la calle! Por supuesto que había putas..., ¡pero qué mujeres! La que era rica se ponía varias enaguas, y cuando le quitabas la última, por muy mujerzuela y aventurera que fuera, se ruborizaba como un pichón y se tapaba la cara con las sábanas. No andaban contoneándose con las tetas en bandeja ante las narices de los hombres, sobre todo ante unos enfermos esmirriados como nosotros. ¡Qué vergüenza! ¡Qué desvergonzadas!» Mientras al viejo se le salían los ojos de las órbitas por la indignación, las chicas se morían de la risa, trajinando en los compartimentos de sus mesitas de medicamentos. Pasaban por cada una de las camas y dejaban en la mesilla, en un hueco especial, unas pastillas o cápsulas de colores vivos que, al entrechocar, tintineaban de manera alegre y suave. Un buen día, de una de esas cápsulas alargadas, mitad verde, mitad anaranjada, que el viejo con bruxismo nocturno —su atroz rechinar de dientes nos despertaba cada noche— había olvidado tomar, salió una especie de larva transparente, ligeramente violácea, con una complicada estructura interna y con cuatro patas negras, articuladas, que se arrastró por la mesilla hasta desaparecer por la parte de debajo. Desde entonces todos abríamos cuidadosamente las cápsulas y tragábamos solo el polvo amargo. Cuando alguna de las enfermeras se encontraba junto a nuestra cama, dándonos la

espalda, todos hacíamos como que la abrazábamos, que acariciábamos sus nalgas imperiales en las que se distinguía bien el dibujo de las bragas, como a través de un cristal, bajo la bata ceñida al trasero, que introducíamos el dedo corazón en las tinieblas húmedas de entre los muslos... Luego, sin embargo, nos calmábamos, nos tragábamos las pastillas con un vaso de agua y esperábamos el desayuno: pan con mantequilla (sin sal) y té en tazas de metal.

A las once, como era habitual ese día de la semana, me dirigí por el pasillo del hospital hacia la consulta donde me daban los «rayos». Esta vez tuve la impresión de haber llegado con demasiada facilidad, en un instante. El vasto laberinto de los pasillos verdosos se había reducido (al menos en mi recuerdo) a un solo corredor, en cuyo extremo había una puerta que me pareció, tal vez por la penumbra, púrpura y misteriosa. Cuando entré, sin embargo, descubrí el prosaico y miserable salón de electroterapia, con un montón de aparatos de los tiempos de Volta, sacados de un museo de la técnica. En sexto curso también yo había intentado fabricar un voltímetro de cartón, con alambre y con una caja de mermelada: todos los instrumentos de esta sala parecían fabricados por escolares, en el taller, con esos mismos materiales. Pero lo milagroso era que funcionaban, aunque la única prueba fuera el movimiento de las agujas de metal en el interior de unas ventanitas graduadas, cubiertas por un cristal verde y grueso. Del médico solo quedaba en el gabinete su *Sportul*, olvidado en una silla con las páginas abiertas. ¿Para qué necesitaba yo a un médico? Me senté ante el monstruo de chapa galvanizada donde me instalaba siempre y me embadurné las sienes con un poco de vaselina que encontré en un tarro de yogur. Me coloqué luego los electrodos en las sienes, los sujeté con esparadrapo e introduje la clavija del extremo de los cables en su enchufe hembra de plástico. Luego giré suavemente el potenciómetro hacia la derecha, observando cómo la aguja cobraba vida y se desplazaba despacio por la pantalla. Al mismo tiempo, de forma en cierto modo tranquilizadora, empecé a oír el suave crepitar de la vaselina al calentarse. Me quedé inmóvil, con los ojos cerrados, siguiendo una vez más, en mi imaginación, el fabuloso trayecto de los rayos por el imperio de mi mente. Había en él ciudades deshabitadas, mansiones con

columnas de cristal, salas de tortura con instrumentos de oro. Había crematorios por cuyas chimeneas salía un humo violeta. Había casas flamencas alineadas a lo largo de unos canales por los que discurría perezoso el líquido cefalorraquídeo. Había camaleones con mandíbulas de iridio. Mientras seguía el misterioso flujo cavernícola, cegado de vez en cuando por el brillo multicolor de las flores de mina, enternecido por alguna niña desnuda envuelta en una telaraña, por alguna embarazada cuyo vientre abultado se resquebrajaba como una granada para esparcir en la noche dioses de luz y sangre, por alguna vieja atrapada en una capa de azúcar, resonaron de repente en mi cabeza, con el eco de la sala helada, las palabras de la «santa», con más claridad que como las habrían pronunciado jamás sus membranas y sus cartílagos vocales: «¡Sigue hasta el final! ¡Hasta el final!». Luego otra voz, indescriptible, abrumadora, destructora, tan intensa y encerrada en sí misma que no podía estar formada por sonidos, sino por fonemas, susurró de forma tranquila y fuerte en mi cerebro: «Mircea». Por un instante, el enorme universo tuvo mi nombre. «Aquí estoy, Señor», susurré también yo, abriendo los ojos. Ya sabía lo que se me pedía. Era como si todo hubiera sucedido mucho tiempo atrás, así que, mientras permanecía asustado ante la maraña de relojes y cables, con la vaselina chorreando por las mejillas y el cuello, durante un rato no hice movimiento alguno. Finalmente extendí la mano y agarré el botón del potenciómetro. Siento todavía hoy las estrías del plástico. Ya no estaba en mi cuerpo. Percibía todo como si fuera una escultura tallada en un bloque de sustancia amarilla que representara una leyenda olvidada, una alegoría incomprensible. «¡Hasta el final!», me ordenaba, sin glotis, sin hueso hioides, sin lengua, amígdalas ni velo palatal, la enfermera silenciosa, la impenetrable. En la escultura patética, un detalle empezó a moverse. Unos dedos hacían girar cada vez más hacia la derecha un botón de plástico. Una aguja metálica se deslizó también hacia la derecha en el interior de un cristal graduado, observada por dos ojos castaños, inexpresivos. Herméticamente encerrado, como una sibila, en la ampolla de cristal de mi cuerpo, contemplaba impotente cómo efectuaba el gesto más insensato de mi vida, ese que lo provocó, tal vez, todo. Después de hacer girar el potenciómetro muy despacito durante un

rato, siguiendo cómo mis lunáticas construcciones interiores empezaban a tambalearse, cómo las quimeras y las gárgolas de piedra se desprendían y se hacían añicos contra el empedrado, cómo los arquitrabes de cuarzo de los templos se agrietaban en zigzag y cómo una población de miriópodos y termitas gigantes se desplegaba por el crepúsculo, ¡giré bruscamente el botón hasta el final!

Al regresar del baño, el médico me encontró tirado en el suelo, sacudido por unos espasmos clónicos, con una espuma roja en los labios (me había roto un diente y me había mordido el moflete) y con los pantalones del pijama empapados. Las sienas olían a quemado. Me llevaron al sótano, a Reanimación, donde permanecí en coma más de una semana, alimentado al principio con glucosa por vía intravenosa, luego a través de un tubo insertado en la nariz, mientras los ataques epilépticos se repetían a diario. Cuando volví a abrir los ojos era por la tarde, y en aquel salón lleno de moribundos, hundido a miles de kilómetros bajo tierra —allí donde se encuentran toda la historia y todas las formas y todos los siglos—, flotaba una tristeza seca. Los enfermos yacían en sus mesas envueltos en sábanas de escayola. Una enfermera de blanco, de rostro ceroso, se había petrificado junto a un soporte. Vitrinas de níquel con cajas de jeringuillas vibraban suavemente en el aire ocre. Permanecí en aquel limbo una semana más. Percibía los contornos sin estar allí. Distinguía los sonidos —gemidos, pasos, un tintineo— sin orejas y sin oídos. Alguien defecaba a veces. Alguien orinaba. Estaba en un duplicado, en una copia, una foto, un maniquí, veía lo que ve, sentía lo que siente, pensaba lo que piensa un personaje de una película que se mueve y habla, pero que es tan solo una mancha de emulsión en un negativo. ¿Cuánta desesperación y cuánto pánico esconde bajo su rostro arrogante y sus bigotes retorcidos un abuelo muerto tiempo atrás, del que solo queda una foto? Yo también llevaba mucho tiempo muerto. También de mí conservaban tan solo un simulacro. Superficies vitrificadas, la noche eterna, estatuas de escayola en sarcófagos... Recaídas en el sueño, envuelto hasta el cuello en mi hígado y mi hiel y mis nervios y mis intestinos... Acurrucado en mi propio vientre, parasitando como la triquina los músculos estriados de mi homúnculo... Exhalando un vaho vivo en mi

espejo...

Una tarde, mientras el salón de reanimación se contemplaba desde hacía varios minutos, sentí de repente que era yo el que lo contemplaba. Me incorporé lozano e indiferente, sin fisuras en la conciencia, entendiendo perfectamente qué había sucedido y dónde me encontraba. Me extraje yo solo, lentamente, como si fuera un parásito exótico, el tubo transparente de la nariz, y luego me palpé la cara. Al intentar sonreír, constaté —como ya sospechaba— la elasticidad y docilidad de los músculos que movían las comisuras de la boca. Había progresado mucho. Podía parpadear también con el ojo izquierdo —es cierto que más despacio que con el derecho y no del todo— y podía arquear las cejas. Durante varios meses tendría una sonrisa torcida y mi rostro conservaría para siempre una leve asimetría. El mundo de mi ojo izquierdo, marchito por la falta de humedad, sería crepuscular, oscuro, con extraños tonos verde oliva, pero, combinado con el brillo de los colores del derecho, no me molestaría demasiado. Al contrario, mi mundo tiene una especie de relieve especial que no percibía antes de la enfermedad y que se me aparece tal y como en los sueños cada contorno está porosamente iluminado por una emoción.

La doctora Zlătescu, la responsable de nuestro salón, parecía no confiar en mi recuperación. No llevaba mucho más de una hora volviendo a ser yo mismo cuando se abalanzó sobre mi cama hecha una furia, roja de indignación y con los dientes apretados. Me llamó de todo, suicida desgraciado, inconsciente, crío idiota, me preguntó de forma retórica (pues estaba tan enfadada que era incapaz de escuchar a nadie) qué se me había pasado por la cabeza al cometer aquella acción demente. ¿No me daba cuenta de que podría haber reventado? ¿No me había parado a pensar en mis padres? ¿Y en que la desgraciaría también a ella, que, mientras permaneciera en el hospital, era responsable de mí? La escuchaba asustado, avergonzado por aquel escándalo indecente en el crepúsculo eterno del sótano. De todas formas, tampoco habría sabido qué responder. Al cabo de un rato se tranquilizó, agotada, se sentó en el borde de mi cama y, tras un largo silencio, me miró y sonrió. Como un bebé que ve una máscara sonriente, también yo levanté, por reflejo, la comisura de los labios. «Vas

por buen camino, viejecita», me dijo, me revolvió el pelo y salió. Volvería a ver a la doctora Zlătescu siete u ocho años después, un día soleado, en Magheru. Caminaba junto a una compañera de la facultad criticando al profesor de Folclore cuando la vi: aunque estábamos en pleno verano y el asfalto se derretía por el calor, ella llevaba un grotesco gorro de lana del que escapaban unos mechones de pelo llenos de caspa. En la pechera del vestido ajustado, verde fosforito, lucía insignias y medallas de pionero. Unos galones amarillos, de comandante de destacamento, a floraban de un bolso de plástico blanco, agrietado, encontrado en quién sabe qué basurero. Con la atroz máscara de la locura en el rostro, la antigua doctora hablaba sin cesar, señalando con el dedo una señal de aparcamiento... Me sentí perturbado el resto del día. Por la tarde permanecí varias horas ante la ventana, en un ocaso amarillo como la llama del sodio, repitiendo la frase central de mi vida: «Dios mío, ¿qué sucede? ¿Qué demonios sucede?», la ciudad me respondía a través del bullicio y de la quimera.

Mi madre había venido todos los días a lloriquear junto a la cabecera de mi cama, a retirarme de la frente el cabello bañado en sudor y a colocar bien los frascos de suero del soporte. Tampoco ella podía entender qué me había llevado a meter cientos de voltios en mi frágil cráneo, que se desprendía capa a capa de la cal antigua. Cuando me llevaron de vuelta a mi pabellón, se animó un poco, sobre todo porque ahora podía ya sonreír sin esfuerzo. Procuraba esconder sus manos ennegrecidas y magulladas, como de mecánico, que yo había observado desde el principio y sobre cuyo lamentable estado se negaba a hablar: había limpiado el lavabo o había desatascado el sifón, ya no se acordaba... Solo cuando regresé a casa al cabo de unos diez días (entretanto, me hicieron varios encefalogramas sin que encontraran nada), comprendí lo que había pasado: mi madre había tenido una pelea terrible con mi padre e intentaba desesperadamente encontrar un trabajo, ganar también ella algo de dinero para que no la mantuviera él, como le había echado en cara en tantas ocasiones. Quién sabe qué anuncio en el periódico la había recompensado con aquella calamidad. El caso es que un día llegó a casa con un rodillo de alambre de acero y una especie de taladro extraño, un torno que era, de hecho, una máquina para fabricar

muelles. «Este trabajo no es para usted, señora», le dijo con timidez el mecánico del taller que había puesto el anuncio, pero mi madre había insistido y ahora se esforzaba por trabajar en casa, en la cocina, enredada en espirales de alambre negro, llorando y haciendo aspavientos, mientras los muelles salían torcidos o enganchados o rotos, en cualquier caso deformes, lastimándole los dedos y arañándole las manos. Cuando lo ponía en marcha, el taladro rugía tanto que podía despertar a todo el bloque. Por una especie de afán de martirio mezclado con el dolor y el odio, y por el deseo de victimizar a todo el mundo, mi madre persistió varios meses con esta tontería, sin conseguir un solo muelle entero en todo ese tiempo. Su cabello olía a virutas de hierro caliente, las manos eran pura llaga, pero volvía todas las tardes a su tortura con una obcecación insensata, sin hacerle caso a nadie, con los ojos fijos y enrojecidos, y cuando yo la cogía de las manos e intentaba hablar con ella de forma racional, se zafaba y gritaba fuera de sus casillas: «¡Déjame en paz! ¡No te metas en esto, mocoso! ¡Déjame en paz!». Así creía ella castigar a mi padre.

Fue un invierno duro, los montones de nieve marrón acumulados a lo largo de la calle Ștefan cel Mare superaban con mucho la estatura de un hombre. Los quitanieves, alineados unos junto a otros, se habían petrificado en la acera, y sus chóferes, con tabardos acolchados y gorras rusas, reunidos en corros, tomaban *țuica*. Por las mañanas las ventanas estaban heladas de arriba abajo: en la parte inferior las suaves flores de hielo eran perfectamente mates y se entrelazaban en ritmos Art Nouveau, mientras que, a un palmo del marco superior, los montoncitos de hielo se volvían translúcidos, húmedos y ondulados y, a través de ellos, de pie sobre el arcón de la cama, me gustaba contemplar la ciudad nevada. El aire era entonces tan lechoso, la niebla tan compacta, que los copos rápidos apenas se distinguían. Bucarest parecía dibujado por un niño, con los tejados enterrados por la nieve y las chimeneas humeantes. Todas las calles, a pesar de los quitanieves y de la sal, se cubrían de inmediato con nuevos estratos inmaculados que se convertían en pringosos charcos de café con leche hacia el ocaso. Y el ocaso llegaba temprano, hacia las cuatro de la tarde, cuando se encendían las farolas de la calle y el cielo lleno de nieve se tornaba rosado

para permanecer rojizo toda la noche. Cuántas noches perdí entonces junto a la ventana, viendo cómo nevaba con furia a la luz de los neones, contando los coches y los tranvías... Una vez, en un invierno que no puedo situar (¿en la infancia?, ¿en sueños?, ¿en otra vida?), sucedió algo perturbador y mágico, pero un solo fragmento permaneció en mi mente, centelleando de vez en cuando sin la esperanza de poder aclararlo: el violeta doloroso del imaginario..., una colina nevada..., una ventana verde... Nada más, pero, en esta nada, un galimatías de seres y estados inexpresables, una especie de presagio, un aura, una alegría con el corazón encogido...

Y una noche de primavera, avanzado abril, tuve mi primer «sueño» con aquel terrible, terrible estruendo que se ampliaba hasta la llamarada. En el aire de oro transparente de mi mente despierta, o ultradespierta, abierta como la corola triunfante de mi cuerpo dormido, vislumbré entonces una espiral. Un arco largo y delgado, con espirales menudas, se retorció a su vez para girar espira a espira entorno a un eje longitudinal y formar un tubo mucho más grueso, de una longitud enorme. Este nuevo arco también se retorció, espira a espira, formando uno nuevo, cientos de veces más grande, que giraba en torno a otro eje, de tal manera que podías subir y bajar de espira en espira, de un nivel de existencia a otro, sin límites, podías abarcar simultáneamente toda la espiral en cada una de sus espiras, podías convertirte simultáneamente en el señor del universo y en la nada de la nada... La grandiosidad de los tubos gofrados que empezaban a partir del tercer y del cuarto nivel era difícil de imaginar, y los demás crecían tanto, de forma exponencial, que rompían el cofre de cristal de cualquier mente, para evadirse hacia el desgarrar y la locura. Sin embargo, fui siguiendo también a estos últimos, mientras el ruido dorado y vacío aumentaba en cada nivel, hasta que las espirales y el ruido se fundieron en un todo y mi rostro se difuminó como un puñado de polvo soplado por la Divinidad. Grité entonces, carbonizado por la beatitud y la tortura, unas frases que ya no recuerdo, aunque podía palparlas como si fueran los sólidos filos de un cuchillo. Al cabo de un tiempo sin sucesión, el volumen de vacío no-espacial y la ausencia de luz de mi ser adquirieron una asimetría y, tal y como los peces abisales barren la oscuridad y el frío eterno con su cola bioeléctrica,

sentí la presencia de un Ser. Era un ser formado por una multitud de cosmos. Y cada cosmos tenía mundos habitados. Y cada mundo tenía una neblina de habitantes. Y su materia era el fuego. Y el poder de su pensamiento brillaba como las supernovas. Gritaba palabras hacia aquella criatura y ella me respondía.

El núcleo del sueño, la puerta, la vulva... no pueden ser descritos. Me desperté en otro sueño, recorriendo como en una levitación brumosa las conocidas habitaciones de nuestro apartamento. Las cinco de la mañana, el sol como una bola púrpura sobre el molino Dâmbovița, mis padres durmiendo sudorosos bajo un revoltijo de mantas, una oleada de amor por mi madre, la proximidad de su silueta completamente envuelta en la sábana, como una momia, luego el regreso a mi cama en la habitación que daba a la calle, como un autómatas, sin pensar en nada... Y un despertar completamente desconcertado, la visita al baño, los pequeños gestos absurdos, el temblor del cuerpo como un animal acorralado... Todo esto se repetiría decenas de veces, de manera casi idéntica, hasta hoy en día (sí, casi hasta hoy), durante catorce años. Y después de cada sueño, dejaba todo a un lado, a veces incluso durante una semana, y me sumergía en el penetrante sentimiento de la predestinación. Me llamaban, aparecían señales, las coincidencias se multiplicaban, en mi mente se presentaban imágenes imperiosas y extrañas, pero seguía retenido en la antecámara de la comprensión. Habría preferido la tortura eterna, si es que estaba predestinado a la tortura. Mi pasado era la clave, unos signos turbios lo mostraban como algo legible, la gran lectura tenía que comenzar de un momento a otro, pero no aparecía estrella alguna que iluminara de repente el conocimiento. No sabía si las líneas de mi vida (voces y contactos, nubes y ciudades, carcajadas y tierra llena de lombrices) se leían en vertical o en horizontal, desde la izquierda o desde la derecha, o si tendría que caminar hacia delante y hacia atrás en el bustrófedon de mi infancia, si era una escritura pictográfica o fonética, si se trataba de un texto. Fotos y miniaturas, viñetas y frisos con laberintos de tallos adornaban el viejo libro de horas con hojas de pergamino. En la filigrana de cada hoja se veía una urdimbre de venillas azules y rojas que latían con un solo pulso e irrigaban

los párrafos. Unos nervios arborescentes volvían cada letra sensible como un diente. Los errores eran atacados por los anticuerpos de la linfa. Porque el pergamino estaba vivo como la piel recién arrancada a un mártir, y rezumaba tinta y sangre. Lo que ponía, sin embargo, en mi piel, o lo que estaba tatuado en ella, entre los pezones de mi pecho, me resultaba por ahora completamente oscuro. El pensamiento y la inquietud no me servían para nada, así como al analfabeto no le sirve para nada la buena vista. Al cabo de semanas de infructuosa ensoñación, abandonaba la búsqueda y regresaba a mi triste vida cotidiana.

«¡QUILIBREX!», gritó Fray Armando por el pasillo subterráneo tapizado de flores de cuarzo de un brillo pálido, y el guarda, cubierto por completo con un traje antiquímico de goma y cubierto el rostro con una máscara antigás, nos dejó pasar después de entregarnos a cada uno un cilindro grueso y caliente de cristal, de extremos afilados, que iba sacando, como si de unos bombones caros se tratara, de una caja de cartón blanco. Me guardé la ampolla en el bolsillo del pantalón y durante un buen rato me olvidé de ella por completo. Mientras avanzábamos, siempre cuesta abajo, por un camino cada vez más irregular, atravesando lagos negros como el alquitrán, protegiéndonos de las bandadas de murciélagos despigmentados, a través de cuya carne se veía la ramificación de las venas, atacados por unos crustáceos con antenas ridículamente largas que se descolgaban del techo y se posaban en nuestros hombros, dejando atrás unas formaciones cársticas cuya belleza te dejaba sin aliento, yo miraba por el rabillo del ojo a los hierofantes abisales: ante nosotros, iluminándonos el camino con una antorcha metálica, caminaba como siempre el sacerdote. A su aliado albino solo podía verlo girando el cuello y mirando hacia atrás, algo que parecía inadecuado o prohibido, porque Monsieur Monsú, cada vez que su mirada se cruzaba con la mía, me hacía un gesto furioso para que mirara hacia delante. O tal vez me señalaba que prestara atención a los hoyos cada vez más abundantes del suelo cenagoso: eran unos pozos cuyo fondo no se adivinaba, pero que emanaban una luminiscencia verdosa. El Albino, con su verruga morada, ahora muerta, que flotaba sobre su rostro como un minúsculo satélite cuya sombra se dibujara en un planeta lechoso, cerraba el grupo. Miles de crustáceos transparentes pululaban sobre su cabeza y sus hombros, lo aureolaban, como si fuera un dios espeleológico, con los millones de rayos de sus antenas en continuo movimiento. Sus ojos, pálidos como los de una serpiente a la luz del día, eran ahora solo ovalados, levemente abombados, ojos de una estatua, sin rastro de iris ni de pupila.

Entre ellos dos caminábamos nosotros, los Negros, más esclavos, más sumisos, más humildes, más fascinados de lo que jamás ha estado nuestro pueblo. Camitas, cusitas, etíopes. Zombis. Atados con cadenas, torturados, azotados por unas manos blancas como las alas de una polilla. Abandonamos Costa de Marfil en los fétidos galones de los negreros para llenar las minas, los burdeles y las fosas comunes de cincuenta reinos. Y, sin embargo, reyes nosotros mismos, soberanos de nuestros dientes, más blancos que los huesos de los blancos, dueños de la confederación de nuestros pigmentos, del tótem de nuestra entropierna... Pero, en aquella extraña mina de las almas, no éramos ya dueños de nada. Melanie emanaba un tufo a sobaco de zorra, el inmenso volumen de su grupa de hipopótamo, que se restregaba contra las paredes, arrancaba los frágiles carámbanos de las flores de mina. Arrastraba de la mano a Cecilia, cuyo fantástico maquillaje centelleaba más aún bajo la luz de acuario de las antorchas: las constelaciones doradas de sus párpados se reflejaban en las paredes y en el techo como en un planetario. «¡Mira, estamos rodeados por el cosmos!», me susurró, sonriente, Fray Armando; yo lo seguía de cerca contemplando cómo dos hilillos de sangre brotaban del punto en el que los finos tubos de la mitra taladraban el cráneo detrás de las orejas para penetrar, con una precisión estereotáctica, en su cerebro. La sangre había empapado ya el cuello de sus ropajes y, como un hilo de encaje, se trenzaba con los hilos de oro, dibujando ángeles y crisantemos.

El camino descendía, y no podría ser de otra manera porque las propias fibras del espacio huían también hacia abajo, como deformadas por un horrible, pesado sufrimiento. Los insectos transparentes, cuyos miles de detalles anatómicos destellaban bajo el tegumento, se volvían cada vez más grandes y más agresivos. Las arañas nos arrojaban, a través de un curioso movimiento de las patas, chorros de saliva en un intento por atraernos hacia los velos de tela brillante donde se adivinaban también los esqueletos secos de murciélagos, ajolotes y niños. Los minerales que esmaltaban las paredes parecían cambiar continuamente de color y, en estas inesperadas combinaciones de mármol, piritita, pórfido y cristal de roca, se nos revelaban unos curiosos iconos. Vasilica, en una pared pude ver cómo San Jorge, con

armadura y manto de púrpura, tal y como lo conocemos, pero caído ahora del caballo, con un miedo amarillo en la mirada y protegiéndose con la mano derecha, era atravesado por la lanza del dragón verde como la hiel, que, triunfante, arrojando fuego por las fosas nasales, había abierto las alas de par en par sobre el mundo. Y vi a una mujer crucificada con clavos de circonio, y a tres hombres con sotanas oscuras llorando a los pies de la cruz y besando sus últimos mechones de un cabello tan rojo como el cobre. Y también vi a un hombre de maravillosos ojos marrones que sostenía en su regazo a una niña de unos pocos añitos, desnuda y regordeta, que hacía el gesto de la bendición. Todas estas visiones se fundían entre sí como las aguas de un traje de seda...

Tras varios siglos de marcha por las entrañas de la noche, deslizándonos por el suave espejo de los glaciares, trepando por unas estalactitas tan colosales como elefantes, balanceándonos por puentes de cuerda tendidos sobre las grietas, nos encontramos caminando por carne. No nos habíamos dado cuenta de que, poco a poco, de manera titubeante, entre tantos retrocesos y otros tantos bruscos saltos hacia delante, las paredes del túnel se habían ido calentando, se habían humedecido y latían, así que tenía la sensación de avanzar por una vena gigantesca. Pisábamos un tejido cada vez más elástico y en la pared gruesa, hialina, se adivinaban incontables células minúsculas con un núcleo violeta. Los insectos transparentes seguían allí, pero ya no nos atacaban: estaban pegados a la pared, con el abdomen estremeciéndose de placer. Sus trompas largas y duras se clavaban en el epitelio de la gruta y chupaban una sangre negra cuyo trayecto hasta el estómago se observaba fácilmente a través de sus cuerpos incoloros. Los aplastábamos en nuestro suave descenso, que no acababa jamás. Entretanto, el canal del conducto de carne se había estrechado tanto que a duras penas conseguíamos avanzar. Las paredes se juntaban, la cavidad se volvía virtual y Fray Armando nos abría el paso empujando con las manos, a ambos lados, los músculos calientes, ocultos bajo una mucosa nacarada. Parecía nadar entre olas de carne femenina, de perfume ambiguo, arrugada y viscosa como el pie de los caracoles. Y, de repente, al final del último movimiento, brotó la Luz.

Cedric se estremeció y calló durante unos instantes. La noche había alcanzado su apogeo y unas heladas estrellitas invernales se clavaban como agujas sobre Tântava. Pero, a través de los ventanucos enrejados de aquella casa de pueblo, no penetraba ni un destello del aire cristalino de la noche. Las hermanas habían escuchado la historia boquiabiertas, con las pupilas tan dilatadas como si a la *țuica* de las tacitas de barro le hubieran añadido, como les ocurrió a sus abuelas, la fatídica simiente de gitano, pero sus consecuencias no hubieran sido (¿gracias a qué mutación química de ese remedio venenoso?) un deseo bestial por acoplarse, sino la necesidad de ficción. El espejo colocado de través en la viga, junto al manojito de albahaca seca, reflejaba tan débilmente, en sus aguas torcidas, la lámpara de la pared rodeada por rayos afilados y por el arcoíris que, a un paso de la llama, su luz se tornaba marrón como la tierra. Pero el espejo no podía reflejar el olor a oveja y a santidad que emanaba, como otra luz, de las mantas de lana de la cama con patas de madera, de los taburetes de tres patas, de la mesita redonda donde quedaban las migas de la *mămăliga*, de las fotos amarillentas en los marcos de cristal que colgaban de las paredes. Maria contemplaba, desconcertada, los tapices de las paredes: algunos los había tejido precisamente ella antes de la guerra. Debajo, los humildes iconos de papel, litografías en añil y magenta, eran ahora mandalas revestidos de poder. Volvieron a brindar con las tacitas de *țuica*, cascaron unas cuantas nueces más... Años más tarde, también Mircișor subiría al desván, por la escalera del zaguán, para mirar de cerca las cabrias negras del tejado y los curiosos compartimentos del suelo, uno de los cuales estaba lleno de nueces tintineantes. De la claraboya caía un pilón oblicuo de luz diurna, mientras el resto era como el alquitrán. En una esquina, entre unas vigas de carga, brillaba siempre una enorme telaraña con el insecto gordo precisamente en el centro, inmóvil, con su cruz rojiza en el reverso del vientre. El muchacho la bombardeaba con granos de maíz sin que el horrible animal se dignara moverse de su sitio, fingía no percatarse de los agujeros que se abrían, cada vez más numerosos, en la tela que lo rodeaba. Movía un poco las patas solo cuando lo alcanzaba un grano, pero se quedaba inmóvil al instante, como si fuera terriblemente complicado mover la esfera de aquel vientre obeso. La

indiferencia y la fuerza de la araña no se correspondían con su tamaño, eran las de un búfalo, o las de un hipopótamo. Si Mircea la azuzaba con un palo, el animal luchaba, y solo huía en el último momento, se deslizaba por el hilo y correteaba luego tan rápido por el polvo del sobrado que al chaval le daba miedo, soltaba el palo y era incapaz de dar con la trampilla de salida. Estaba seguro de que la araña le daría alcance, se le colaría por la pernera del pantalón, treparía por su espalda, bajo la camisa, y le clavaría en el cogote sus colmillos venenosos. Al día siguiente, tras subir de nuevo la escalera, cauteloso y pálido, el chiquillo se tranquilizaría: la fiera lo acechaba para abalanzarse sobre él desde cualquier escondrijo, había reconstruido la telaraña desgarrada y descansaba de nuevo en el centro, pesada como un rodamiento, atiborrada, emanando poder y frío...

Las nueces brotaban de las cáscaras leñosas. Las hermanas las untaban en sal y las roían en silencio, y seguían cascando más, de dos en dos, con las manos. Cedric encontró en el interior de una nuez un cerebro pequeño, rosa, de quién sabe qué animal. Apartó la duramadre atestada de venillas y lo aplastó con deleite contra el paladar. Había pasado ya la medianoche y en la estufa solo quedaban las brasas.

«Siguiendo los pasos de Fray Armando, accedimos todos a la enorme sala. ¿Enorme? ¿Sala? Era todo un mundo con un horizonte tan lejano como el de nuestro mundo. Su bóveda —pues parecía la mitad de una esfera con un ápex a decenas de kilómetros de la entrada y a una altura tan difícil de calcular como la de la bóveda celeste— empezaba en el mismo suelo y parecía estar formada por un caolín amarillento, perfectamente liso, sin nichos, luceros ni inscripciones. La luz de aquella incalculable semiesfera procedía del núcleo: era una columna de llama pura, líquida, que descendía desde el centro de la cúpula hasta el centro del suelo. Su origen estaba tan alejado que el fuego de cuarzo no habría conseguido llenar la sala como lo hacía si el suelo no hubiera sido un liso y cegador espejo, perfectamente circular, irisado, que arrojaba los más delicados matices de fresa y verde crudo y naranja, coloreando nuestros rostros y embriagándonos con unas emociones confusas. El disco divino, de rostro tan dulce como un hielo tibio, sobre el que nuestros pasos emitían un taconeo discreto, cristalino, como si

fuera una losa maciza, estaba atravesado por millones de finísimos surcos concéntricos, impalpables, mientras que desde el centro hasta los márgenes se abrían unos triángulos de reflejos simétricos, pálidos. Así era la sala secreta de los Conocedores, que tenía, como descubriría más adelante, no una, sino millones de entradas repartidas a lo largo y ancho de la Tierra. No solo cualquier cueva y cualquier puerta —incluso la de la entrada a un miserable almacén o a una cripta siniestra—, sino que cualquier boca de serpiente, cualquier vulva entre los muslos de una mujer o el objetivo de cualquier máquina fotográfica podían ser una Entrada. Cualquier libro podía ser una entrada, cualquier cuadro, cualquier pensamiento. Porque nos encontrábamos en el centro del centro de nuestro mundo, en el óvulo pineal, en el centro de la flor, en el ojo del corazón y en el corazón del ojo, en la llama de la llama de la llama de la llama de la llama... Nos encontrábamos (como si nosotros mismos, incorpóreos, hubiéramos descubierto nuestro cuerpo en ese preciso instante, la ciénaga vertical de órganos retorcidos, imbricados unos en otros, la maquinaria blanda y acuosa que generaba continuamente el campo místico de la vida sin ser él mismo vida, la voluptuosidad del amor que no tiene nada que ver con el amor, lo fabuloso del pensamiento, aunque sea precisamente lo contrario) muy cerca de la verdad, del bien y de la belleza, tres nombres para la cisterna de luz del núcleo de nuestras vidas, ese relámpago que, desgarrando nuestro cuerpo desde el cerebro hasta el sexo, los confunde en un solo sol cegador, cegador...

»Perdimos varios años de nuestra vida avanzando hacia el centro, sin comer, beber ni dormir, tumbándonos de vez en cuando sobre el cristal cálido del suelo para pegar la oreja y escuchar el coro de millones de voces. Colocando las manos a ambos lados de los ojos y mirando en las profundidades del espejo, veíamos allí pueblos enteros de hombres y mujeres, completamente desnudos, que tendían las manos hacia nosotros y gritaban en medio del éxtasis o de la tortura. ¿Éramos acaso los ángeles de un mundo sumergido? A veces mi mirada se cruzaba con la de una virgen cuyos rizos caían hasta los muslos. Ella se agachaba entonces en el suelo —el suelo rugoso de aquellas islas—, apoyaba la sien y los pechos en el polvo y

elevaba en una suave lordosis la grupa, donde brillaba su granada como una piedra preciosa. ¿Por qué tenía, sin embargo, aquellas costras supurantes entre los omóplatos? Todos aquellos pueblos estaban enfermos y tullidos. Cada uno presentaba un estigma diferente, cientos de miles de enfermedades mostraban sus secuelas ante nuestros ojos, era un espectáculo patético pero fascinante. Ese hombre joven de perfil griego, tan altivo que los tendones del cuello le aplastaban la nuez, se habría amoldado a su forma a la perfección, fundiéndose en ella, si un ántrax venenoso en la axila izquierda no lo hubiera distinguido de entre sus iguales, no definiera su verdadero ser. Todos vivían gracias a aquellas enfermedades que les servían de nombre, de cualidades e incluso tal vez de alma. Labios leporinos, dedos palmeados, vientres hinchados por la cirrosis, hernias umbilicales como melones, lepra y sarna ennoblecían aquellos cuerpos rosados que, de otro modo, portarían el sello de una empalagosa perfección. Los contemplábamos horas muertas a través de aquel suelo semiprecioso que arrojaba una sombra verdosa, cristalina, sobre los rostros que sin cesar buscaban nuestras miradas. Nuestra pequeña procesión se ponía de nuevo en marcha y, siempre en el mismo orden, escrutábamos la llamarada líquida desde la distancia y entornábamos las pestañas, entre las que se formaban copos de arcoíris. ¡Y qué paisaje colosal se entreveía a través del suelo de ágata líquida! ¡Qué continente sumergido! Montañas azules con millones de cumbres envueltas en la niebla, ríos más anchos que el Amazonas, praderas con una flora desconocida donde pastaban unas libélulas de ojos humanos... Alimañas de bestiario pululando por bosques que, si bien infinitos, tenían cada hojita y cada nervadura de las hojitas caligrafiada con la minuciosidad de un miniaturista... Lagunas con islas en el centro hacia las que conducían istmos de madrepora... Y nosotros cruzábamos sobre las nubecillas de oro y púrpura con el paso de una divinidad ociosa, incapaz de disolver el hielo transparente entre nosotros y nuestra creación, de intervenir en el devenir trágico del mundo...

»Cada largos intervalos de tiempo (¿décadas?, ¿años?, ¿horas?, ¿instantes?), la columna de fuego relampagueaba de manera oblicua, rozaba la superficie del suelo en un punto y regresaba luego al centro oscuro del

disco. De los surcos circulares, de un diámetro tan ancho que las líneas de metal parecían rectas, brotaban entonces objetos y seres, como si fueran unas sofisticadas proyecciones sobre un tablero de dibujo. ¿Existían realmente? ¿Eran simples fantasmas? Nunca lo averiguaría, porque solo me atreví a acariciarlos con la mirada. Del destello de un nanosegundo de aquel rayo brotó así, de repente, la ciudad de Ámsterdam, con sus cuatro mil casas flamencas cuyas austeras fachadas se reflejaban en unos canales semicirculares como los del oído interno. Y apareció Badislav Dumitru, en el umbral de la casa destruida por el bombardeo, llorando con la cabeza entre las manos, con el cesto que apestaba a ajo a su lado. Y el cura del pueblo de Bârzava, con su ropaje de ceremonia y el diente del mártir en el pecho, dentro de la cajita de cuarzo. Y uno de los siniestros instrumentos con los que tatuó Herman el cráneo perfectamente esférico de Anca. Y la inmensa pared de huesos ilíacos, y Victor, el enigmático hermano oscuro, el grande y necesario e imposible Victor. Y la enana que abrazaba al cachorro de pantera blanca. Y Dan el Loco, subiendo por el cabrestante del pozo en el patio interior del portal 1. Y el hongo azul-polvorientado del Circo Estatal, con sus ventanas diamantinas. Y el carro de Efraim el Eunuco, y la estatua de Lenin, animada de repente, perorando en medio de quinientas estatuas búcarestinas, incitándolas a la revolución, y una formación nubosa (¿nimbos?) que Maria pudo contemplar el día en que conoció a Costel en Govora, y Mircea (¿qué Mircea?) escribiendo un libro insensato, infinito, en su cuartucho de Uranus, y Fulcanelli aullando en las profundidades del infierno, desnudo entre las lenguas de fuego, y Nueva Orleans y los hielos del Ártico, y las cuentas de los universos ensartadas en un *string* metafísico, y los fractales, y la historia nacional con sus héroes y tumbas, y Witold Csartarowsky, el poeta polaco del siglo XIX que veía a través de los ojos de Costel sin su conocimiento ni su permiso, y nosotros mismos, Monsieur Monsú, Fray Armando, yo, Cecilia y Melanie, y tú, Vasilica, y sobre todo tú, Maria (en cientos de hipóstasis); y esta nuez, y esta silla, y esta lámpara de cristal, y Tântava y todo, y todos... Así que, a partir de un determinado momento, no nos sentíamos ya solos: estábamos allí todos, solidarios con el universo que se nos había concedido percibir y vivir. Y comprendí entonces

que todos éramos Conocedores, que en el espacio y en el tiempo, en cada criatura, no había espacio para la inocencia porque todos sabíamos que lo sabemos, sin saber todavía lo que sabemos. Que el único desconocedor en la faz de la Tierra estaba todavía por nacer, para enturbiar, con un solo gesto, un universo transparente, para transformar lo virtual, fluctuante y feérico como una aurora boreal, en verdad y realidad. A medida que avanzábamos hacia su centro, el disco se transformaba en tierra.»

Poco después la pequeña procesión apenas tenía sitio para pasar entre tantas paredes, barricadas, maromas, entre pueblos de países y épocas distintas, monstruos de feria, lagunas apestosas (que atravesaron en góndola), estatuas a cada paso —Hitler y Kafka y Lombroso y Pushkin—, brazos de mar con pesqueros y ballenas... No se sorprendieron cuando pasaron junto al Gólgota con los tres crucificados en cruces de madera embreada, en los que reconocieron enseguida a Gaspar, Melchor y Baltasar con sus ricos ropajes orientales. Tampoco cuando Marconi, ante su ridículo aparato, recibió el primer mensaje transmitido a través de las ondas: *from quiqui quinet to a michemiche chellet and from a jambebatist to a brulo brulo...* Así pues, dejando atrás países y mares, eras y esferas, llegaron por fin al centro del centro, al enigma del enigma, al ombligo. Se encontraban en la arista afilada más allá de la cual se abría el vacío. El diámetro del agujero negro en el centro del disco mediría varios cientos de metros. El río de fuego vertical, que no podías pensar ni contemplar, caía directamente a través de este orificio, formando junto con él un mandala grandioso y sagrado: yin y yang, materia y espíritu, lo horizontal y lo vertical, la mujer y el hombre, la vulva y el pene, en eterna copulación fluctuante, un fuego sin comienzo y sin final... El rugido de la columna líquida, como de perlas fundidas, recordaba a una catarata. Se detuvieron allí, medio alumbrados, medio quemados por la luz de aquella luz. La humanidad, toda la humanidad, había seguido sus pasos y los rodeaba como un anfiteatro de cuerpos hasta donde se perdía la vista. Y, curiosamente, por muy lejos que se encontrara un rostro, ya fuera de un viejo, de un niño, de un mendigo, de un emperador o de un cardenal, incluso aunque se fundiera con miles de otros rostros en una línea ocre en el límite del campo visual, era una cara perfectamente dibujada

y se podía percibir antes incluso de verla en realidad. Todos se veían como si estuvieran en primera línea, a medio metro de los ojos que los contemplaban. Cedric, por ejemplo, había reconocido a sus vecinos del barrio de The Crest: todos, absolutamente todos, habían llegado hasta las catacumbas de la laguna. Todos charlaban y sus voces se trenzaban como los tallos de la correhuela a los pies de un árbol gigantesco: la gran voz de la cascada de oro y viento. Bastaba con concentrarse en un solo rostro, por muy lejos que se encontraran la prostituta o el pastor, para oír en aquel mismo instante su voz, que parecía nacer precisamente en tu oído, o en la zona auditiva de tu mente, como las insinuantes voces de la locura.

Fray Armando esperó a que cesara todo movimiento. Las voces callaron. El roble de fuego bramaba y temblaba en su caída monótona, pero su rugido se transformó enseguida en la definición del silencio, y si ese rugido, que nadie percibía ya, hubiera cesado de repente, el verdadero silencio habría hecho brotar sangre de todos los tímpanos. Por eso, cuando el arconte se acercó con pasos lentos hacia el borde afilado del disco, pudieron percibir el tintineo delicado, el roce chopiniano de sus tacones en la suave superficie. El sacerdote de todas las religiones se detuvo precisamente en el filo de la nada, con el rostro vuelto hacia el torrente púrpura. Elevó las manos. Las amplias mangas de sus ropajes formaron unas gruesas arrugas en los hombros y dejaron a la vista unos brazos inesperadamente delgados. En aquel momento, la columna irradiante, de decenas de metros de anchura, atenuó su ardor y se vio descender del ápex de la bóveda un líquido nacarado, obscuro y profético al mismo tiempo, pues se parecía tanto al esperma procreador como a un cerebro fundido, pero, por encima de todo, a las perlas antiguas y enfermas que adornan los nimbos de los Dioses bizantinos. El aire bajo la cúpula se marchitó entonces y adquirió un tono marrón cálido y semitransparente, y las paredes amarillo caolín del principio se volvieron pulsátiles como membranas, coloreadas por un mosaico incierto de venillas púrpuras y azules, sobre el fondo hialino de una carne diáfana. Al mirar a su alrededor, algunos creían encontrarse en el vientre de un ser ciclópeo, y distinguían más allá de la membrana de las paredes, con la tenacidad de los astrónomos aficionados, las arrugas

copiosamente irrigadas del intestino grueso y los músculos circulares de la vejiga urinaria. Otros creían encontrarse en el vestíbulo de un cerebro y juraban que los pliegues que los primeros habían tomado por intestinos no eran sino circunvoluciones cerebrales, y la vejiga, la epífisis empapada de hormonas neurales. Y puesto que el enorme disco del suelo había recuperado, bajo esta luz mortecina, sus virtudes reflectantes, flotábamos ahora en una esfera donde el arriba y el abajo se sucedían varios millones de veces por segundo, en su perfecta identidad, mezclando bandas de realidad y de virtualidad hasta que el ser se volvía homogéneo, y ningún personaje podría decir quién era realmente: el que permanecía de pie ante el espejo o el que crecía desde sus pies, alzándose hacia el Nadir. Era, de hecho, ambos, pues solo ahora se veía lo que todos habían presentido en algún momento de su vida: que la realidad es tan solo un caso particular de lo irreal, y que todos somos, por muy concretos que nos sintamos, una ficción de quién sabe qué mundo que nos crea y nos abarca...

Un gran misterio, una penetrante melancolía se reflejaban ahora en los millones de ojos de alrededor, que brillaban en la penumbra castaña como unas bolas de cristal colgadas de delicados péndulos, como si la humanidad entera, fundida bajo el cielo orgánico de la gruta en un solo ser, no fuera sino una planta carnívora, una drosera abierta en medio de la ciénaga, cuyos diamantes pegajosos brillaran al sol del alba. Todos esperaban señales y milagros, suplementos de proteína angélica para su pobre alimento terrestre. Cómo habrían seguido aquellos ojos a cualquier ángel extraviado, arrastrado por el viento hasta el cenagal sulfuroso, cómo habrían acariciado, con delicadeza, de manera pensativa y rapaz, aquellos mechones de oro que le caían hasta los hombros, hasta las costillas esculpidas en marfil, hasta las sandalias de hilo de iridio... Cómo lo habrían inmovilizado en un abrazo atroz precisamente a él, llegado para traer a la inmundicia de los mundos el Evangelio. Cómo lo habrían digerido, órgano a órgano, vocal a vocal, sorbiendo sus ojos, antes de apartar su rostro del resto de plumas y huesos desperdigados por el viento, inseminados de manera estéril en las charcas salobres, llenas de larvas de mosquitos... Cómo habrían esperado luego, durante siglos y milenios, esos ojos, límpidos e inocentes ahora (señal de

hambre), a otro mensajero, otra Anunciación...

Fray Armando se volvió hacia el inmenso auditorio y comenzó a hablar, perfilado sobre la columna temblorosa, con el rostro tan oscuro que sus rasgos se adivinaban tan solo como un esbozo de líneas finas, como la máscara impenetrable de los insectos. A medida que hablaba, su curiosa mitra metálica se iba deshaciendo de sus pétalos mecánicos, de tal manera que, hacia el final del discurso, el cerebro rosado del jerarca quedaría desnudo, sin protección, en el centro de la flor de acero. El tubo, fino como una aguja, irrigaba en el hemisferio izquierdo el área de Wernicke, e introducía una leche amarillenta, vesicante o nutritiva, o tal vez ambas...

«Existen dioses, decía él, existe la Divinidad. Las incontables, grotescas y trágicas y variopintas y crueles religiones son solo los órganos sensoriales con que nuestro mundo tantea lo que nos trasciende y nos crea. Son las antenas del insecto, los palpos de la oruga, los ojos abiertos de los presentimientos a través de los cuales ¿tocamos?, ¿atraemos?, ¿espantamos?, ¿matamos?, ¿amamos? la divinidad que se acerca. La eterna esquizofrenia de las religiones. Enredadas en ritos y prohibiciones, manchadas de visiones y de sangre, despiadadas con la conciencia y la felicidad, predicando otra conciencia, otra felicidad, como un parricida que quisiera que su padre fuera rey y lo mata para que se transforme en uno. La locura de las religiones y, sin embargo, la única vía, pues es la única salida de nuestro mundo que la mente (el órgano con que detectamos puertas y salidas) puede imaginar, el único gran objetivo para el que vive el universo. Porque en este mundo se ha urdido una gigantesca conspiración contra nosotros: todo —el lapicero que tocamos y sentimos duro, el dolor que nos atraviesa una muela, los días idénticos, el hecho de despertar cada mañana en la misma habitación con los mismos objetos en su sitio, el sol que nunca se vuelve verde de repente—, todo quiere convencernos, contra toda evidencia, de que la existencia realmente existe, de que el mundo es real, de que vivimos ciertamente en un mundo verdadero. Que tenemos que conservar la calma, nacer, vivir y morir de forma confortable. Pero ¿cómo puede existir esa pared que tengo ante mí? Basta con que las voces en el oído cesen un solo instante, un momento puro de meditación, y toda esa

propaganda insensata se desmorona y los huesos de la mente empiezan a desentumecerse, la locura vence a la locura. Porque todos, todos, por muy monstruosos que sean, distorsionados, paralizados en danzas catatónicas, haciendo girar sus retinas circulares, haciendo tintinear en la cintura cráneos de rata, aunque estén coronados de dientes humanos, salpicados de oro y mirra, aunque ellos mismos sean fantasmas producidos por las neuronas al mismo tiempo que la acetilcolinesterasa, los dioses y los demonios dicen, con bocas caníbales o sin boca, lo mismo, siempre lo mismo: tú no eres de aquí. Este no es tu reino. Tú tienes que salir, encontrar tu mundo, en el que ya has estado y que, sin tú saberlo, añoras. Tienes que encontrar la salida, ese es el objetivo de tu vida, la regla del juego en el nivel en el que te encuentras. Todo conspira para convencerte de que no existe salida alguna y, ciertamente, esta no existe hasta que no la buscas. Pues, en cierto sentido, en la propia búsqueda está la salida, como si el espacio que recorres con esperanza y fe se solidificara a tu paso y se construyera un túnel por el que se sale, el tuyo personal, abierto solo para ti, como un poro que se abre de repente en la piel de pétalo de la Divinidad. Ningún culto, ninguna iglesia te puede conducir directamente hasta allí. Los rezos y los ayunos no sirven. Las iglesias son como los sueños: el filón de mineral entre tantas capas de arenisca inútil es delgado. El arte de creer es el arte de desechar. Pero todo lo que existe en el rito es una señal, un indicio que late todavía bajo la perversión de los siglos: un milagro, una alucinación, una catástrofe, un tipo barbudo coronado por un triángulo de rayos... Aquí no hay nada que encontrar, pero a partir de aquí puedes empezar a buscar. Los milagros que explotan sobre Judea como una alfombra de bombas. Los millones de rostros de Krishna, desvelados un solo instante a unos globos oculares humanos. Los gigantes de turquesa, dioses y diosas, en el cráneo de aquel que escucha el Bardo Thodöl. Los *koanes* y los mandalas y el gran vehículo y el pequeño vehículo y la luz tabórica y la oración interior. Todas las técnicas para alcanzar el éxtasis, todos los alcaloides de las plantas sagradas y los destilados (la coca y el polvo de ángel y la velocidad y el viaje y la hierba y la escalera de Jacob y el elaterio), todos los sueños, todos los mantras..., todo conduce hasta aquí, hasta esta sala, y todos vosotros habéis

llegado aquí buscando a través de uno de los infinitos caminos. Tal vez todos veáis una Redención en la cisterna de llama viva de vuestro ser más profundo. Y es cierto, aquí nosotros estamos en nuestro propio núcleo porque, al sumergirnos en nosotros mismos como si descendiéramos de una torre y continuáramos el descenso por la tierra en la que están construidas todas las torres, nos encontraríamos todos en una enorme sala común, que es de todos y de nadie por igual. Pero la revelación acaba de comenzar.

»Porque las iglesias son máquinas para viajar al pasado, y lo sagrado es la forma de sentir en la temprana infancia. El pasado lo es todo, el futuro no es nada. Por eso son abrumadoras, por eso nos espantan y nos asombran con sus deslumbrantes bóvedas de cornalina, con sus nichos habitados por estatuas de mercurio. Son gigantescas porque nosotros somos minúsculos. Simples ácaros humanos que caminan por templos y basílicas, por las suaves losas de mosaicos, por sus laberintos circulares, que contemplan cómo el techo se eleva hasta una altura inconmensurable por las nervaduras de las ojivas, que gimotean por el exceso de luz que se filtra por los majestuosos rosetones, no hacemos más que recordar, re-ver con nuestro cerebro de niño la casa en la que abrimos los ojos, la fantástica estancia en la que aprendimos a percibir colores y volúmenes. Y, sobre todo, a observar cómo los dioses —nuestra madre y nuestro padre— modificaban las líneas al interponerse entre nuestros ojos y las paredes, y los muebles, y los cuadros, en un espacio apenas consistente. Sí, la Madre y el Padre, con ellos nos encontramos en la iglesia, de ellos hablan los mitos. Sus emblemas adornan todos los iconostasios del mundo, pues ellos son los amuletos, ellos son los ídolos, ellos son los dioses, ellos son los que son... La rigidez de los cultos, la monotonía de las voces, el olor de los incensarios abren en nuestra mente (o en el ombligo, o en el sexo, o en el corazón), ahí donde somos más frágiles, más vulnerables, un conducto hacia el precámbrico de nuestras vidas, cuando fuimos sujetos pasivos de la redención cotidiana: mamar, los pañales, la expulsión de los desechos, la ensoñación cargada de sueños. A continuación el despertar, la sonrisa de los dioses, siempre las mismas formas: el techo, las paredes, los muebles y los cuadros, luego las emociones imposibles de expresar a través del lenguaje, pues el lenguaje solo apareció

como sublimación de las emociones en la tierra fosilizada del miedo, del amor y del odio verdaderos, en comparación con los cuales lo que nosotros denominamos hoy así no son únicamente sombras de las sombras, sino algo mucho peor: traiciones, evasivas, etimologías violentadas. Porque no volveremos a gemir jamás, ni siquiera bajo tortura o presos de la desesperación de Job, como lo hicimos en la infancia, y no alcanzaremos — no se nos concederá, hagamos lo que hagamos— la gracia de amar a Dios con la pasión extraviada, devastadora, con la que nos amó una vez nuestra madre, cuando el amor no era solo amor y nosotros no éramos solo nosotros, y nuestra madre no era solo nuestra madre. La esencia de la esencia de lo sagrado: el recuerdo. La memoria que precede a la memoria. Trasladarse al mundo de un encéfalo en gran parte libre de mielina, que ve, piensa y siente de otra manera, más cerca de la semilla de la que salimos y que es la Salida. En el propio estadio embrionario comienza la maduración, la traición. Ya desde entonces los axones basales de la mente se revisten de mielina y así, transformados en momias, separados unos de otros, se convierten en simples cables lógicos, que apenas se comunican a través de unos botones terminales que, sin embargo, no se tocan jamás. Lo que era unidad de la mente, el contacto íntimo, epidérmico de las neuronas, se destruye sobre todo en la temprana infancia. Tras los circuitos vitales, es a los emocionales a los que les toca momificarse. La sustancia blanca se extiende como la sarna hacia los márgenes del cerebro, envolviendo, escindiendo, aislando, extrañando. Y en la adolescencia los oligodendrocitos alcanzan casi el triunfo completo: el propio pensamiento se mieliniza. De esa manera olvidamos, nos olvidamos, y el almacén ciego, el canal central de plasma de nuestra vida, se nos aparece tan solo en sueños, ritos, psicosis, *per speculum in aenigmate...* ¡Oh, si una sola vez un solo místico consiguiera fundir, a través de la meditación o de la gracia, la abyecta sustancia blanca, poner en contacto de nuevo toda la sustancia neuronal del cerebro, superar un millón de veces la masa crítica, reconstruir el brillante original! ¡Qué fusión, qué magnífico resplandor y qué disolución total del cosmos y de la maya! ¡Qué rosa de perlas en el no-ser! Santos e iluminados, dioses y arcángeles morirían con las alas carbonizadas como mosquitas en torno a

este fuego, incipiente y final e incomparable... Al igual que los salmones, este místico debería poder viajar hacia el pasado, luchando contra el aullido del tiempo, enfrentándose a las corrientes contrarias, saltando el elevado umbral de las cataratas y las cascadas hacia aguas cada vez más puras, más dulces y más heladas, hasta donde el manantial se pierde bajo tierra, en el reino de las piritas y las ágatas. Él recorrería también, de forma simultánea, al revés, to-da la estructura, que coincide punto por punto con las edades de su teología, su noología, su biología, su geología y su nadalogía, todas ellas a-lógicas y herméticas: descendería bajo la piamadre, a través de los seis estratos del neocórtex, se adentraría en el sistema límbico, vagaría por el paleoencéfalo y por las decenas de arcos de triunfo de las vértebras, superaría con terribles forcejeos y esfuerzos la barrera cerebro-sangre que transforma el sistema nervioso central en un extraño, encerrado en el sarcófago del cuerpo, que los anticuerpos no reconocen como carne de su carne, se hundiría luego en lo somático, se impregnaría de humores y tejidos, superaría a continuación —con cuánto sufrimiento— la segunda barrera, cuerpo-mundo (pues somos muñecas rusas encajadas unas en otras), y llegaría por fin, superando también la bandeja de oro del mundo, a la misma luz del vacío feliz, porque el tiempo y el espacio y el ser son todo uno...

»Existen dioses, pero ¿dónde está *el* Dios? ¿Para qué habéis venido hasta aquí, desde vuestras torres, desde vuestros faros giratorios? ¿Por qué habéis descendido la escalera de caracol de vuestro interior para llegar aquí, al interior de todos, al Interior? ¿Habéis intuido acaso que toda inmersión (en pensamientos, en sueños, en la pila bautismal, en el mar, en la lectura) conduce hasta aquí? ¿Que cada vez que habéis descendido un escalón en la escalera verde de vuestros edificios, o del sótano, o de una gruta en la montaña, os habéis acercado a esta zona? Os contemplo: estáis todos, reales y virtuales e ilusorios. Personas reales, personajes de libros o de películas, o de juegos de ordenador, opacos como el Zohar, semitransparentes como el ágata o translúcidos como los gusanos abisales... ¿Por qué estáis todos vosotros aquí? Naturalmente, por Él. Por el constructor. Por el panadero. Por el tejedor. Por el zapatero Arepus que nos sostiene a todos sobre sus

rodillas tan fuertes como rocas. Por el cerebro que nos sueña y el sexo del que brotamos, ardientes, aullando de felicidad. Por el que redime al comenzar y por el que no redime para que todo pueda comenzar. ¡Como una mariposa hembra, él ha diseminado sus feromonas por el mundo y vosotros dais vueltas ahora en torno a ese abdomen que rezuma sacralidad, languideciendo profundamente, ay, tan profundamente, por la existencia, es decir, por la salvación!

»Al llegar aquí, sin embargo, no habéis visto ningún dios. Tan solo una caverna cerebro-genital y un Excalibur de luz. El cáliz y la espada, más grandes que la mente y más eternos que el sexo, pero ni rastro de dios. Y entonces, tal vez, uno de vosotros vuelva a gritar, como una araña, “¡Dios ha muerto!”, y nos encontremos de repente en el cilindro de la muerte, agonizando, agitándonos, buscando obstinadamente salidas, moviendo las escaleras de aquí para allá, encontrando cavernas ciegas y regresando al cilindro, paralizados por un súbito resplandor y por una doble vibración antes de extinguirnos uno tras otro, como bombillitas, de tal manera que de nosotros no queden, en el fondo del frasco, sino unas carcacas pútridas, unos élitros secos, unos ojos muertos. Pero incluso así el triunfo también sería nuestro. Porque el gris inventor del frasco no lo llenó, como había creído, con desesperanza, sino con pura y fresca alegría. Sin embargo, ¿de dónde sale ese cilindro? ¿Y quién ha fabricado las escaleras? ¿Qué dedos provocaron esa doble vibración? El hecho de que nos mate no es nada comparado con su inmensa piedad, con la abrumadora misericordia que brotó de su alma cuando nos permitió vivir. Al vivir, lo hemos conocido. Al ser, nos hemos salvado, y salvados permaneceremos eternamente, aunque estemos hechos pedazos, aunque nos descuarten hueso a hueso. ¡Nadie, al abrir los ojos, ve otra cosa que a ti, Dios mío! Nadie, sometido a tortura, grita otra cosa que tu nombre. Y ese que, viviendo, grita “¡Dios ha muerto!” pone en movimiento la laringe con los alisios de tu respiración.

»No, Dios no ha muerto, él es cada uno de nuestros instantes o, mejor dicho, él lo será. Pues todos suspiramos por convertirnos en algún momento en órganos, glándulas, sistemas y aparatos de su cuerpo, neuronas en su tálamo, espermatozoides de sus huevos o simples cuarks en el abismo de su materia.

Y nuestro mundo no es sino nuestra proyección hacia él. Él no es El-Que-Es, es mucho más: El-Que-Será. Dios no ha muerto, sino que no ha nacido aún. Todos nosotros, iluminados ya por su presciencia (pues nuestra carne es presagio, anunciación), aunque somos tan solo la premonición de su futuro ser, seremos algún día él, él nacerá de repente en nosotros, para que pueda parirnos en algún momento. Y, así como el poeta es precedido y formado por la forma sin palabras de sus poemas, el propio Dios nace del núcleo de su creación para poder crearla. Todos los mundos existen para ser existidos. Todos están preñados de sus propios dioses, las mónadas son mujeres preñadas de estatuas de luz, el árbol estrellado ha florecido y en los ovarios de las flores hay vacío y alegría. Todos los creadores son las criaturas de sus criaturas y nacen para crearlas, formando una dualidad inseparable.

»Nosotros somos creación. En un mundo superior alguien nos escribirá, letra a letra, o dibujará, rasgo a rasgo, lo sublime y lo grotesco de nuestras siluetas. Y cualquier gesto que hagamos, lo podemos hacer porque será descrito alguna vez en una obra, y no podemos pensar o vivir nada que no vaya a ser escrito. Y decimos lo que ponen en nuestra boca, y vemos lo que nos dejan ver, y nos sucede lo que está escrito que nos suceda. Pero somos una creación antes de ser creada, porque ser creado significa siempre crear. Aquí estamos en un limbo, al margen de la existencia, porque ¿qué es el centro sino un margen interior? Al descender a nuestro fuero interno, con tenacidad, lucha e insomnio, apretando los dientes hasta que estallan hechos añicos, dejando atrás una pegajosa línea de sangre, deyecciones, procesos lógicos, calcio y miedo, llegamos aquí para encontrarnos de repente al final de nuestra vida, ante nuestra vida, que se alza ante nuestros ojos como una escalera monumental, somos incapaces de subir siquiera un escalón, no porque la flaqueza nos lo impida —no, no es voluntad lo que nos falta—, sino porque nos encontramos en el margen infranqueable de la inmensidad, y, por muchos escalones que subamos, seguiremos en el margen, e incluso aunque la luz de nuestro ser aumente mil veces con cada escalón, seguiremos siendo unos profanos respecto al escalón que sigue, marginados y opacos como ante el primer escalón jamás subido. Así vagaremos, en la escalera de Jacob, eternamente, en la periferia de la Divinidad, en los

descampados de la revelación, contemplando con añoranza el manantial de llamas desde la distancia. Porque no se puede entrar en lo eterno de forma gradual. El milagro no se produce en pasos sucesivos. Al otro lado de los muros hay otros muros, y más allá de los muros, otros muros, y el milagro es la perspectiva de los infinitos muros firmemente envueltos unos en otros, tal y como la rosa no es su núcleo, sino el perfumado envoltorio de pétalos, de márgenes, de superficies. También de golpe arrancarás la rosa de cristal de su tallo de iridio, porque no sirve de nada romperla pétalo a pétalo.

»Y, puesto que somos creación antes de ser creada, nos hemos reunido aquí todos los que seremos creados (pues esto ya lo sabéis, Conocedores: que seréis algún día creados, y que no existirán en este mundo desconocedores, tal y como en un libro no pueden existir un miriópodo o un héroe o una sonrisa si el autor no ha escrito “miriópodo”, “héroe”, “sonrisa”, y, de hecho, vosotros, al saber, ya existís y, al existir, estáis salvados, aunque sea de prisa y corriendo) por el miedo infinito a quedarnos para siempre en este limbo. Me imagino los gritos de pánico de todos los nonatos, el no-ser debe de ser solo pánico y horror de uno mismo, solo aullidos infernales. Por miedo nos sumergimos en nosotros mismos llamando a dios como el niño que, en la habitación oscura, llama a su madre. Lo que no sabemos es que también el dios, entretanto, gimotea de miedo, porque tampoco él es todavía un dios, tal y como una mujer no es madre hasta que no alumbró a una criatura. Así caminan a ciegas el uno hacia el otro, a través del miedo, el mundo y su dios, el Mundo y Dios.

»Estamos aquí para alumbrar a nuestra madre. Para dar a luz Al Que nos alumbrará. Es cierto que a nosotros se nos prohíbe Salir y que no podemos nacer en otros mundos. No saldremos jamás de este vientre, pero todos somos el vientre del que nacerá Él, pues todos los mundos son un vientre que se hincha y se contrae. Nosotros nos salvaremos a través de él, inventándolo, creándolo, él crecerá aparentemente en nuestro mundo, pero lo hará de verdad en un mundo muy superior, porque él, al elevarse desde nuestro plano como la cresta de una ola, a la tercera —inimaginable— dimensión, se inclinará sobre nosotros para vernos, para describirnos, para crearnos sílaba a sílaba y línea a línea, mientras colgamos de la estatua de

madreperla de su cuerpo. Él es perpendicular respecto a nuestro mundo, así que solo distinguiremos algunas secciones cuando se incline sobre nosotros. Veremos sus cuerpos sucesivos: con unos pocos meses, con un año, con tres años, con cinco años y tres meses, con cinco años, tres meses y una hora, con cinco años, tres meses, una hora y cuatro segundos... cortados en láminas increíblemente delgadas, en el microtomo mecánico, como los preparados microscópicos fijados en lactofenol de Amann, coloreados luego con yodo y fucsina (pues son, de hecho, de un translúcido deslumbrante y se perderían por completo en nuestra ilusión translúcida), pero perderemos por completo todo aquello que no es coplanario con el disco de nuestras vidas, así como los personajes de una película no verán jamás el grueso haz que los proyecta, ni los cientos de ojos que los contemplan desde la sala oscura. Lo veremos crecer entre nosotros, pero no será uno de los nuestros, intervendremos en su vida de manera discreta, progresiva, le permitiremos convertirse en lo que es, no dejaremos nada, nada, en manos del azar. Porque el más nimio incidente —una lombricilla retorciéndose, colgada de un hilo invisible, un copo de nieve que roce de improviso su barbilla, una inflexión de la voz de cualquiera de nosotros— modificará una letra, una línea o un párrafo del libro que él va a escribir y que es nuestro único mundo. Un inoportuno estornudo y uno de nosotros desaparecerá. El temblor de una pestaña y él no escribirá nada, jamás. Custodiado por nosotros como por decenas de miles de apóstoles, asistido por nosotros como por una cohorte de ángeles, el muchacho crecerá en sabiduría y fortaleza, pero nunca podremos ver cómo crece su gloria. Porque él estará simultáneamente con nosotros y en un mundo superior, contará además con la dimensión de la gloria, un mundo del que somos tan solo una plana, borrosa proyección. Y ese mundo de la gloria no es a su vez sino un plano, borroso diagrama de un mundo de hipergloria, escrito por otro dios en el aullido dorado de la inspiración, escrito a su vez por otro... Y el túnel dorado cada vez más intenso y más pesado se extiende hasta el infinito, como un collar de perlas cuyo hilo fuera tan solo un punto infinito de luz y las cuentas se insertaran unas en otras, atravesadas todas por su núcleo cegador. Y es tan extraño que cada una de las esferas de nácar se forme

sobre las demás, que nazca de la de debajo para poder, precisamente, germinarla alguna vez, en un infinito latido de lo virtual y lo irreal y lo real, en una danza de transparencias y opacidades en torno a un hilo reducido a la más extática estrella...»

La flor de acero estaba ahora completamente abierta y en el centro latía, aplastado por su propio peso, el cerebro de Fray Armando. La muchedumbre hambrienta de milagros lo contemplaba con avidez, como si fuera un pan tierno, a la espera tal vez de que lo repartieran entre ellos, de saciarse todos y de que quedaran aún varios cestos de mendrugos. Entre las primeras filas, una mujer escuálida sostenía en brazos, con cierto orgullo, un grueso cilindro de cristal en el que flotaba, flácido e indolente, un feto amarillento. Recordé la ampolla que tenía en el bolsillo. Metí la mano y la agarré, caliente y dura. Pero no podía sacarla, porque era carne de mi carne, era mi sexo erecto, la simiente había alcanzado el extremo y estaba a punto de brotar. ¿Tendrían una erección todos los hombres de aquella muchedumbre? ¿Incluso los críos más pequeños, incluso los bebés dormidos envueltos en mantones floridos y sujetos a la espalda de sus madres? Miré de soslayo a mi izquierda, hacia un enano sudoroso, miope, con una boca horriblemente roja: sí, se adivinaba su miembro tieso a través de los pantalones de mezclilla. No me cabía ya duda del curioso efecto de la cercanía de lo sagrado y supe también que las vulvas de las mujeres y de las niñas se habían humedecido levemente. Porque siempre que soñamos sucede eso, indiferentemente del contenido de nuestro sueño, como si la intensa luz del sueño fuera de la misma naturaleza que el aroma del rostro y el terciopelo de la piel y la aspereza del vello púbico del otro, de la otra, como si el sueño fuera nuestro compañero interior, mujer si somos un hombre y hombre si somos una mujer: él nos excita, secreta los líquidos seminales, lúbricos, enciende nuestra mente con fantasmas y acoplamientos... Eyacular en el útero de nuestros sueños, fecundarnos, como los caracoles, a nosotros mismos, hacer el amor con nosotros mismos entre las paredes de caolín de nuestro cráneo... Eso es lo que deseamos invariablemente, y tal vez lo hayamos deseado desde siempre...

«Él nacerá aquí, continuó el sacerdote, como aquí nacemos todos, porque

aquí se encuentran todas nuestras mentes y todos nuestros sexos. Aquí se entrecruzan todos los úteros y se convierten en uno solo. El punto central de nuestro mundo es el punto central del ser de cada uno de nosotros. Todas las mujeres que hayan sido fecundadas alguna vez fueron fecundadas aquí, al igual que todos los seres humanos, por muy diferentes que sean, se encuentran en la idea de ser humano. Lo alumbrará en algún sitio, en algún momento, una mujer concreta y viva, pero antes debemos nosotros concebirlo aquí. ¿Cómo podría alguien convertirse en profeta sin contar con un modelo de profeta? ¿Cómo podría nacer alguna vez un dios si no supiéramos que existen dioses?»

Fray Armando se volvió hacia la rugiente columna de leche y esperma cuyos torrentes se retorcían y se trenzaban en rápidos turbiones. Se dirigió a ella, con los brazos extendidos, en una lengua desconocida. A veces me parecía reconocer los sonidos guturales de los negros somalíes o los velares del arameo. El chasqueo de los dogones, las quintas de los javaneses. «Tiquitán», gritaba a menudo, como un compás obsesivo del discurso, y cuando pronunciaba (¿ladraba?, ¿maldecía sometido a tortura?, ¿hacía rechinar las muelas?) esta palabra, hacía al mismo tiempo con las manos un gesto que el hábito dorado y el manípulo que forraba las mangas de brocado ocultaban en parte. Era como si se clavara las garras en el esternón, se arrancara con un esfuerzo insensato las costillas para extirparse el corazón de raíz y ofrecérselo, con un terror y una devoción sin par, a aquel Jordán vertical. Este se avivaba de nuevo, latía, vibraba hasta adquirir la consistencia y la luz del oro líquido, como fustigado por las consonantes bárbaras, los siseos y los *glissandi* de la voz del sumo sacerdote. Fascinado por su curiosa invocación, yo no había reparado en que entre la muchedumbre, hasta entonces inmóvil, algo se agitaba: una a una, decenas de muchachas desnudas hasta la cintura, con el cabello peinado en cientos de trenzas, con las pupilas dilatadas por la belladona, se acercaban a la primera fila, abriéndose camino a empujones con los hombros y las caderas. Algunas tenían los pezones atravesados por brillantes aros de jade. Otras lucían una esvástica violeta tatuada entre los pechos. Más de cien doncellas ocuparon enseguida el espacio entre el sacerdote y la multitud. Allí donde

pisaban, con los pies descalzos, el suave suelo de piedra translúcida, quedaba la huella húmeda de sus plantas, rodeada de un vaho que luego se reabsorbía lentamente.

«¡Tiquitán!», rugió por última vez el sacerdote, y las cien jóvenes repitieron a su vez, como un eco, las sílabas sagradas. Sus bocas de gruesos labios, burdamente tatuadas con signos azules hasta las encías, permanecieron abiertas, y unas lenguas rojas y voluptuosas se mostraron bajo el arco de unos dientes deslumbrantes. Extraña y aterradora visión: con los ojos dilatados, con las lenguas fuera, las chicas temblaban. Manojos enteros de músculos, en los muslos y en los brazos, pero también a lo largo de la columna, latían con vida propia, como en un ataque epiléptico o una crisis de histeria. En las papilas gustativas de sus lenguas musculosas brotaron unas pequeñas ampollas. Crecieron hasta convertirse en unas bubas blancuzcas, insoportables a la vista, que reventaron una tras otra, provocando unos gritos como de parto en las gargantas de las mártires. Con las alas todavía húmedas, con una gota de líquido brillante en el extremo de las trompas enrolladas, salieron de las vejigas miles y miles de mariposas. Pálidas como embriones al principio, adquirieron rápidamente unos colores caleidoscópicos, aterciopelados o metálicos, y echaron a volar desde las lenguas desgarradas. Poco después, toda la caverna era un hervidero de mariposas, pero las más grandes y hermosas, con unos ojos como los de los peces chinos y unas alas tan anchas como la palma de la mano, giraban perezosamente en torno a la flor de acero y de cerebro al borde del abismo.

«¡Tiquitán!», murmuró la muchedumbre, y yo me vi susurrando también con ella esa palabra bárbara. Las jóvenes se habían desplomado y yacían como muertas. Solo un temblor sacudía de vez en cuando su carne gelatinosa. Docenas de mariposas, con las alas atestadas de ojos de pavo real o de ramitas de coral, hormigueaban ahora por el cerebro desnudo de Fray Armando como un denso polen de felpa y terciopelo. Unos meses antes, en incontables lugares de la esfera terrestre, unas jóvenes se habían paseado por campos de flores. Una mariposa grande y pesada, llegada de ninguna parte, giró a su alrededor; ellas se tumbaron entre tagetes y fucsias y, por un impulso interior —como cuando en invierno quieres atrapar un copo de

nieve—, sacaron su lengua de animalillo y dejaron que la mariposa se posara en ella y que acariciara con las alas su paladar, estriado como el de los gatos. El correteo menudo de las seis patitas sobre la mucosa lingual les provocó un placer inesperado que fue sustituido de inmediato, sin embargo, por un dolor agudo. Porque la bestia alada clavó el ovopositor en la carne púrpura, inseminándola con huevos tan pequeños como la semilla de amapola. Echó a volar a continuación y desapareció, dejando que la joven llorara entre las flores como si la hubiera violado el genio maligno de un cuento.

La corteza cerebral del sacerdote comenzó a irradiar entonces una aureola de fuego que carbonizó las alas de los lepidópteros como si fueran hojas secas. Luego, como un globo de hidrógeno, su encéfalo rosa y viscoso empezó a elevarse con cerebelo y todo, arrastrando consigo la médula espinal liberada del canal amarillo de las vértebras. El cuerpo, vaciado de esa sustancia noble, cayó al suelo como los velos de una cortesana, dejando que ese segundo cuerpo, más verdadero, flotara libre y deslumbrante en el aire de la sala, espeso como la gelatina. Permaneció allí, sobre nuestras cabezas, inmóvil, todo el tiempo que duró el insoportable suplicio de Cecilia. Porque el Albino, en cuyo rostro de Pierrot blanco se acentuaban más que nunca los rasgos negroides, abandonó enseguida nuestro grupo. Se azotaba de vez en cuando las botas militares con el mismo látigo de nervio de buey con el que había empujado al vacío el cuerpo arrugado de Fray Armando. Se giró luego violentamente hacia la multitud, se abalanzó contra los de las primeras filas y los fustigó con todas sus fuerzas, aullando, hasta que el látigo salpicó por el aire gotas de sangre, trozos de dedos y orejas amputadas. La gente se abrazaba y se arremolinaba, gritando, hasta que un gran anfiteatro, lleno de cuerpos caídos, despedazados por el látigo, se amontonó en torno al Amo, lejos, sin embargo, de este. Reinaba ahora un silencio sepulcral, ni siquiera los heridos, unos degollados, otros con los ojos reventados, se atrevían a gemir. Resultaba aterrador, en medio de ese silencio, el repiqueteo de las tachuelas de las botas sobre las losas hialinas. En cuanto al silencio de la cascada del centro de los mundos, era este un silencio místico, negativo: comparado con él, la ausencia de sonido habría sido una monstruosa cacofonía. Era el silencio de más allá del oído, de más allá de la oreja, de más

allá de la conciencia, de Más Allá. Monsieur Monsú se atusó, con un gesto reflejo, el uniforme colonial y se volvió hacia la cascada nacarada. Con la cola del látigo dibujó en el aire una complicada, indescifrable trenza que permaneció un segundo, como un macramé ilusorio, en el vacío. El flujo de la columna viscosa se detuvo de repente y el silencio, esta vez terrestre y aceitoso, nos empapó como si fuera sudor. Los márgenes de la columna se absorbieron lentamente hacia el centro hasta que solo una esfera, una perla de nácar del tamaño de una catedral, quedó en el centro, flotando en el abismo negro. La perla colapsó rápidamente, adquiriendo tal vez una densidad enorme, para convertirse al final en una perla cuyo diámetro central podría abarcar un hombre con los brazos y las piernas abiertos. Unos extraños procesos químicos se desencadenaron en el grano lechoso antes de transformarse en una urna de cristal cegador que arrojaba unos rayos irisados...

Bajo la gigantesca bóveda, las mariposas aleteaban cada vez más despacio, como esos juguetes a los que se les acaba la cuerda, hasta que cayeron al suelo por millares para pudrirse allí casi al instante. Y, cuando los jirones de queratina se ennegrecieron y se llenaron de moho, se pudo ver que los insectos tenían esqueleto y cráneo, pero sus huesillos, finos como agujas, parecían del mismo cuarzo cegador que la urna del ombligo de la Tierra. Cuando su carne gelatinosa se hubo dispersado por el aire, los huesitos también se rompieron, cada uno en dos trozos, cada trozo en dos fragmentos, cada fragmento en dos gránulos, cada gránulo en dos chispazos de color violeta y naranja, cada chispazo en dos motas blancas como el azúcar glas. En unos pocos segundos estábamos hundidos hasta los tobillos en una arena fina, ondulada, en la que brillaba aquí y allá algún minúsculo cristal.

«Nada, no existe nada —dijo lentamente el Albino en medio de aquel silencio ensordecedor—. Somos delicadas telarañas hinchadas y desgarradas por el viento. Somos franjas de interferencia en una pompa de jabón, multicolores, húmedas, desesperadas... Sarcoptos en la piel de una pompa de jabón, que depositan en ella sus huevos y sus excrementos... Nuestro mundo no tiene peso ni sentido. Somos simulacros de una irrealidad que es a su vez

un simulacro. Y solo si se contempla su grosor desde el extremo superior o inferior, superponiendo una capa translúcida sobre otra, esa escalera de irrealidad se vuelve opaca hasta tornarse real. Pero no existe un extremo superior ni inferior, y tampoco existen ojos que puedan mirar desde allí. Hoja sobre hoja sobre hoja, nuestro mundo es un libro con páginas de membranas. Y las membranas tienen vasos sanguíneos y nervios. Y glomérulos de sudor apestoso.

»Los antiguos lo supieron y lo dijeron, pues cada mundo es un libro que incluye un libro, y en cada Evangelio hay un Evangelio. Una vez sucedió que el sol se detuvo en un punto toda una tarde; otra vez, la sombra se retiró diez niveles. Y en otra ocasión todo se quedó inmóvil y los pastores comían sin comer y los pájaros cantaban sin cantar... Y Jehová aparecía en su tronco de nube y fuego, de improvviso, entre dos páginas de peripecias pastoriles, como uno de esos marcapáginas que bordan las niñas en la escuela... No es que el tiempo se detuviera y retrocediera, sino que unos dedos largos hojeaban el libro para volver a algún pasaje favorito.

»Somos niños y copias,[27] pero ¿los de quién?, ¿las de quién? Nos han escrito con una caligrafía de oro y heces, pero ¿para quién? ¿Quién lee, en definitiva, la pobre historia de nuestra vida? Naturalmente, solo Él, el Escritor. Y la lee una sola vez, al mismo tiempo que la escribe. Pues la reproducción de los mundos es un proceso de escritura-lectura unidas por un tubo umbilical, pero a través del tubo se entrecruzan, simultáneamente, la lectura y la escritura por ambas partes, porque si él sopla su Espíritu a través del tubo e hincha nuestra pompa de jabón, nosotros, por nuestra parte, reflejamos su rostro en la curvatura y podemos divisar a través del tubo su laringe de circonio. Y si alguien pudiera nadar contra la terrible corriente de la bendición, subiendo como los salmones hacia el manantial, saldría de la pompa de ilusión y recorrería el cordón que nos une a Su boca, a Sus pulmones. Se establecería ahí, en los alvéolos, se multiplicaría insensatamente ahí, en el seno de Abraham, se desperdigaría como una metástasis por el hígado y los testículos, llenaría la Jerarquía de remolinos anárquicos. Dios moriría entre tormentos inimaginables y sus gritos serían la eterna corona del deicidio. Porque todos, llegado el momento, matamos y

devoramos a nuestro Dios, de lo contrario no podemos transformarnos en él mismo, no podemos estar en él ni él en nosotros. La devoción es, por tanto, un crimen. La oración es crucifixión. El amor es tortura. La adoración es estrangulamiento con anchas manos de querubín. El tormento sin fin es la déesis de nuestras vidas. Por eso todos los dioses han sido despedazados y mutilados y crucificados. Fray Armando os ha mostrado el camino a la unificación, yo, el del desmembramiento, y nadie os dirá: ¡Elegid!

»Vamos a inventar al ser que nos inventará, pero no será de luz pura. Nuestro mundo no es un diamante. En la tierra la carroña y los cristales brillan y apestan. En nuestros intestinos hay lombrices, en las lombrices hay intestinos y en sus intestinos hay lombrices. También el divino Dante lanzaba su fétida orina contra la corteza del roble. Pero la humilde prostituta coloca delicadamente un iris en un jarrón de arcilla. Por eso el Creador será hombre y luz, pero también mujer, negra y esclava. La mente de un ángel y el corazón de una perra. Solo así se superarán los hemisferios, la esquizofrenia y la paranoia; los sexos, el hombre y la mujer, se anularán; los poderes, el señor y el esclavo, se convertirán en uno y, milagro de los milagros, el bien se corromperá a través del mal para brillar con más fuerza, y el mal se elevará a través del bien para tornarse más oscuro y, cuando se encuentren y se arqueen para salir de sí mismos y acoplarse con el otro, resultarán ser idénticos, luz y tinieblas en una única palabra extática:

CEGADOR.»

«¡Cegador!», gritó también la muchedumbre, tal y como habían gritado unos minutos o unos siglos antes «¡Tiquitán!». También yo grité con ella y sentí cómo el miedo me adormecía el paladar. Entretanto, el Albino se transformaba. La piel del rostro, pálida como

la de un muerto, se había tornado ahora transparente. A través de ella se adivinaban, rojos y estriados, los manojos de músculos faciales, prendidos en los extremos con tendones blanquecinos. En torno a los ojos y la boca, los anillos de carne se dilataban y se contraían. La carne se volvió luego transparente. A través de su fantasma de bruma y viento, apareció el cráneo,

verde-fosforescente, con las suturas óseas de color violeta. Hacia el final del discurso también el hueso se volvió humeante, luego se aclaró como si fuera agua helada y el cerebro, irrigado por una sangre negra, latía ahora bajo la campana de cristal como un sapo inmenso. En su base, la pituitaria brillaba como un grano de zafiro. Seguí su desplazamiento hacia la superficie por un pedúnculo como el cuernito de un caracol, lento y titubeante, hasta que apareció por el hueso frontal, donde se abrió —un ojo azul entre las cejas— formando un triángulo que habría podido ser divino si el extremo no estuviera orientado hacia el suelo. El cuello y los brazos de Monsieur Monsú se volvieron transparentes, cubiertos por una especie de escamas de cristal. Un monstruo fascinante agitaba ahora ante nosotros su látigo de piel de hipopótamo.

Melanie, envuelta en fantásticos tergaes y haciendo ondear su fantástica peluca de plumas de avestruz, teñida de color zanahoria, se adelantó con una bolsa de papel en brazos. La vació en el suelo y empezó a encajar, con la destreza torpe de un niño, la extraña maquinaria en la que se combinaban varillas, cruces de Malta, tornillos, piñones y esposas de un metal de brillo apagado como el aluminio. En un obturador de láminas en espiral colocó el cristal Leon, seco ahora como un trozo de yesca. Tubos gofrados, correas y conductores eléctricos revestidos de plástico de colores unían las diversas partes de la maquinaria. ¿Cómo habían cabido en la bolsa todas aquellas piezas, todos los engranajes? ¿De dónde había sacado Melanie las jeringuillas, los cuchillitos? Las bombonas azules de oxígeno, con los manómetros oxidados, parecían brotar del suelo.

«Tápate un ojo (continuó el Albino) y mira solo con el otro: verás el mundo plano y decolorado como un dibujo en un plato. Mira con los dos ojos y la dimensión oculta explotará: el agua será profunda y cristalina. Es suficiente una discordancia, una diferencia de ángulo de los dos globos de debajo del cráneo, para que el anaglifo forme un bajo relieve, un altorrelieve, una estatua y, tal vez, si nuestros ojos convergieran tanto que pudieran mirarse el uno al otro, la estatua aumentaría también varias dimensiones para convertirse en un objeto inimaginable. Mira ahora este tapiz abigarrado, esta piel abstracta de leopardo —y, ciertamente, en la pared

del fondo de la sala, al otro lado del abismo, se dibujó con zafiros, esmeraldas, heliodoro y crisoberilo un enorme rectángulo deslumbrante—, pero contéplalo de forma soñadora y distraída, obsérvalo en su conjunto, disolviéndote en él. Tus globos oculares acentuarán su convergencia. Fantasmales, la imagen izquierda y la derecha se deslizarán una sobre otra, se amoldarán, se imbricarán hasta que el holograma cobre vida y la maravillosa quimera del Libro que nos contiene se revele en su gloria imperecedera.»

Una mariposa colosal extendía ahora sus alas ante nosotros, dentro de un cubo de luz azulada como un acuario. En su tórax de terciopelo granate, el brillante de la tumba, suspendido entre el cielo y la tierra, resplandecía protegido entre sus patitas filiformes. La visión duró tan solo unos minutos, nuestros ojos se fatigaron y las manchas incandescentes se volvieron de nuevo informes. ¿Dónde había desaparecido aquel búfalo alado?

Puedes, asimismo, contemplar el abigarrado espectáculo de nuestro mundo, los objetos y los hechos acumulados a tu alrededor sin orden ni concierto. Cógelos uno a uno, olisquealos, piensa en ellos: en vano. El caos seguirá creciendo. Porque el misterio es el padre de una serie interminable de misterios, y las soluciones son siempre parciales, autodevoradoras... Pero piensa en todo simultáneamente, de forma distraída y soñadora, hasta que los hemisferios converjan y las dos imágenes ligeramente distintas — racional y sensual, analítica y sintética, diabólica y divina, masculina y femenina— se superpongan. De repente, ese tapiz de manchas desaparece y, en miles de dimensiones, podemos pensar claramente, por un instante o durante milenios, el rostro irreproducible de la Divinidad. Vemos entonces, cara a cara, lo que hemos entrevisto siempre, parcialmente, en espejos y enigmas. Cara a cara: porque nuestro rostro está incorporado a Su rostro. Los ojos en los ojos, porque nuestros globos oculares están en Sus globos oculares...

Latiendo como un pilar de fuego sobre la muchedumbre, el cerebro de Fray Armando lanzaba unos rayos poligonales. Su cola medular ondeaba suavemente, como un flagelo, en el aire gelatinoso de la inmensa sala abovedada. Un tatuaje delicado, fluorescente, recorría los intrincados

trayectos de las neuronas catecolaminérgicas, noradrenérgicas y acetilcolinérgicas: hilillos rojos, negros y violetas curiosamente trenzados e imbricados. El cerebro comenzó a deslizarse suavemente, gracias a los movimientos rotatorios de la cola, hacia la atroz instalación que la enorme negra había construido con la minuciosidad y la inconsciencia de una mantis religiosa. ¿Una mesa de quirófano? ¿De electrochoque? ¿De tortura? ¿El aparato de violación de alguna celda libertina? Las bielas y las cremalleras brillaban en una ventanita rodeada por cilindros hidráulicos. En una bañera llena de un líquido opalescente, flotaba, abotargado, un feto con inteligentes ojos orientales. Tenía pegados a la cabeza, con silicona, unos electrodos filiformes cuyos cables se introducían en la maquinaria. Bajo una campana de cristal conectada a los interruptores del engranaje, una sibila de plomo leía un libro grueso siguiendo las arañas negras de la escritura con un dedo indeciblemente seco. Un gato desollado vivo, crucificado en un tablero de madera entre dos bobinas de inducción, era el último componente orgánico de la máquina. Le habían arrancado de la carne, con pericia, algunos nervios nacarados y los habían extendido con destreza, a uno y otro lado del cuerpo martirizado, formando una red fina, numerada y explicada con burdas letras de tinta. El animal movía sus ojos claros, de pupilas verticales, y agitaba de vez en cuando el bigote.

Cuando acabó su tarea, cubierta de gotas de sudor amarillo, la mujer del Magdalenense se quedó inmóvil como un ídolo de ébano. El tufo de sus axilas y del aro atraía miles de moscas de tórax verde-metálico o azul-cianuro que enseguida la cubrieron con una camisa viva de malla hormigueante.

El Albino, en su nueva encarnación de insecto cavernícola, había perdido los ojos, convertidos ahora en dos leves abultamientos bajo la piel de escamas de cristal. El ojo de la frente, en cambio, brillaba como un enorme zafiro y emitía una intangible luz cónica de tal manera que la piel chocolate de Cecilia adquirió, bajo su mirada, un cautivador matiz azulado. La núbil estaba ya desnuda, ungida con aloe y nardo, con los labios, los pezones y los delicados pliegues del pubis —sin rastro de vello— pintados de negro. Los párpados cerrados, maquillados con kohl y escarchados con polvo dorado,

proyectaban en la bóveda colosal, más delirantes que nunca, las constelaciones, de tal manera que parecía una noche de verano, tórrida y luminosa. En el cuello, ensartadas en un hilo de iridio, lucía siete esmeraldas en bruto que el esmeril del joyero no había tocado aún. En cada una de ellas había una letra hebrea invertida. En las orejas, a modo de pendientes, colgaban tan solo dos conchas de murex, grandes y atigradas. Una gema de cornalina, amarillo-crema, tapaba el hueco del ombligo. Pero lo verdaderamente sorprendente eran sus uñas.

Tanto las de las manos como las de los pies eran de un azul marino intenso, irreal y fluido, como salidas de un sueño. Y cada una tenía en el fondo una imagen, en relieve, minúscula y, sin embargo, clara, como esas fotografías de monumentos famosos (o de mujeres desvergonzadas) insertas en bolas de cristal. Por muy lejos que te encontraras de la princesa negra, al contemplar sus uñas podías distinguir perfectamente su pintura giottesca, pero, si te concentrabas en un solo detalle (los dentículos de un muro, el relieve de una cornisa, el florón en la cúspide de un campanario amarillo, el bordado con flores y lagartos de una vestimenta), veías también, de forma igualmente límpida, los detalles del detalle, hasta el milésimo nivel, y, sumergiéndote en el vértigo de las uñas pulidas, llegabas al mundo subatómico de los cuarks, de los hechizos y los aromas... En las uñas de las manos había unas escenas del Nuevo Testamento sobre un fondo naif de palacios medievales y sicomoros: la Virgen durmiendo en su habitación de paredes desnudas, sonriendo en sueños y cubriéndose un hombro desnudo, mientras el arcángel, de pie junto a su lecho, con un lirio de tres corolas entre los dedos, no se atreve a despertarla; el Niño Jesús tallando con una navaja una cruz de madera, mientras todos los demás cabreros tallan unas flautas; también él subiendo por primera vez (tendría unos siete años) en la mandorla que lo alzaría a los cielos para ser presentado a los ángeles; el Jesús adolescente en el desierto, acurrucado en la arena, sujetando entre las manos la cabeza triangular de una serpiente y mirando fijamente sus ojos transparentes; Jesús y Juan, sentados en una roca, contemplando cómo el Jordán refleja en sus aguas el ocaso; la hija de Jairo, al día siguiente de su resurrección, prendiéndose un lazo en la trenza, ante el espejo, y cantando

una canción sin letra; Pedro, en el monte Tabor, contemplando a través de las pestañas la astronave de cristal y preguntándose dónde podrá cortar ramas para construir tres cabañas: una para Moisés, otra para Elías y otra para Jesús; la mujer adúltera, abandonada en el lugar de su castigo, intentando descifrar las palabras de Jesús sobre la arena, mientras una gota de simiente blanca se escurre entre sus piernas; Jesús comiendo, en casa de Mateo, con publicanos y pecadores asombrados ante la irradiación triangular de las sienes del nazareno; Dimas, con los brazos dolorosamente torcidos por el madero de la cruz, con el rostro verde de sufrimiento, sonriendo, sin embargo, a las Marías arrodilladas ante los tres martirizados; y trillones de estrellas desperdigadas sobre Jerusalén, cada una de ellas anunciando una Redención increíble, ininteligible, inimaginable, pero verdadera...

Las uñas de los pies presentaban, en cambio, miniaturas del Antiguo Testamento: Séfora insertándose en el dedo anular el prepucio de su hijo y diciéndole orgullosa al hombre alado: «¡A partir de ahora eres mi esposo de sangre!»; el ángel del Señor, junto a la era de Arauna el Jebuseo, cargando su arma de exterminio y lanzando la peste desde Dan hasta Beerseba; el cráneo, las piernas y las manos de Jezabel en un amasijo de tejidos sangrientos, y una perra de ojos humanos royendo un dedo con gruesos anillos; Maaseya, con el corazón roto, pero fiel a Dios, abrazando por última vez a su esposa, una dulce filisteo, de pestañas aterciopeladas; Job, anciano y feliz, gordo, de piel sonrosada como los niños, con una mariquita en el dedo que abre las alas para echar a volar; una novia de menos de doce años, ya ataviada, apretando aterrada con la mano el hueco entre sus caderas de niña y pensando en la noche que la espera; el Señor, en su trono de zafiro sobre la bóveda celeste, contemplando con unos ojos extraños, de una anatomía no-terrenal, el árido paisaje de Judea que desfila allá abajo; Ezequiel, en el valle de los huesos secos, recogiendo distraído los lirios silvestres que han crecido de repente en los cráneos y cajas torácicas llenos de tierra; Daniel, salvado del foso de los leones, emanando todavía, después de varios días, un olor a testículos de fiera; el Día de la Ira, que se abate de improviso, como un ladrón en la noche, sobre las aldeas, los viñedos y los huertos, y siembra la

desolación en un gloria ambigua...

La matrona se acercó a la negra núbil, la tomó de la mano con una delicadeza y una gracia inesperadas, y la condujo hacia el aparato instalado al borde del vacío. La acostó sobre el bastidor estrecho y le sujetó las muñecas y los tobillos con esposas. Así extendida, sobre una cruz de san Andrés de aluminio, Cecilia desveló a nuestros ojos su sexo como una flor negra de pétalos arrugados, un sexo de felino, una vulva de esfinge destinada a cópulas extraordinarias. Con una rápida maniobra de los dedos, Melanie puso en movimiento los cilindros hidráulicos y el bastidor metálico se elevó lentamente hasta quedar en posición vertical. Turbadamente bella, Cecilia sonreía con la sonrisa salvaje de las africanas, pero también con algo de niña perversa, encantada de mostrar a todos su flor secreta. Inclino la cabeza sobre el hombro y sus ojos se cubrieron de una delicada bruma. Acurrucado en el acuario, el aborto abrió de repente sus ojos amarillos y su boca apenas esbozada empezó a pronunciar unas palabras inaudibles como si fuera un pez exótico. El Albino, cuyo uniforme se había volatilizado en el vacío como un gas, se acercó despacio a la mesa de operaciones. El sexo, semitransparente, con un escroto como de cristal blando a través del cual se veían los testículos de marfil repujado, estaba erecto, así que todos creímos que íbamos a asistir a la violación ritual de una doncella por parte del horrible sacerdote. No nos imaginábamos, en cambio, lo inimaginable. Y no puedo describir lo indescriptible. Durante varias horas, el cuerpo de carne, sangre y nervios de aquella joven conoció todo el sufrimiento humano y superó todos sus límites. Dichosos aquellos luchadores paganos que cayeron en manos de sus enemigos y fueron reclusos varias décadas en celdas para ser torturados cada día ante la mirada del señor feudal. Dichosos los quemados vivos, los desollados y los cancerosos. Pero los gritos de la muchacha parecían expresar, sin embargo, un placer insoportable, mientras que el labio arrugado y los ojos apretados mostraban en su rostro un éxtasis destructor. Lo único que las palabras pueden reflejar, aunque sea algo atroz, pareció un gesto de ternura respecto a todo lo anterior: con el relampagueo experto de una cuchilla, el Albino sajó el vientre de Cecilia sin verter una sola gota de sangre y extrajo de su

interior, limpio como un preparado anatómico, el útero protegido por las trompas —como dos alas desplegadas—, en cuyos extremos estaban, entre suaves bandas membranosas, los dos ovarios, dos pequeñas piedras preciosas. Solo entonces, como si toda su vitalidad se escondiera en ese delicado órgano, el cuerpo de la negra murió, flácido y ceniciento, y se pudrió ante nuestros ojos, hasta que los huesos amarillos se dispersaron por el suelo. Solo el radio de la mano izquierda siguió sujeto por la esposa metálica. También los huesos se transformaron enseguida en polvo y el polvo fue absorbido por el suelo brillante.

Monsieur Monsú sujetaba en la palma abierta de la mano derecha la mariposa uterina, que batía suavemente sus delicados velos. Finalmente echó a volar, pero no con los movimientos mecánicos de muchos lepidópteros: parecía ondear más bien en un medio gelatinoso, tal y como avanzan en las profundidades, en sueños, los seres transparentes del fondo de los océanos. Aleteando sobre el vacío, la pequeña criatura se dirigió hacia la celda de brillantes del centro de los mundos. La alcanzó al cabo de eones de viaje hipnótico. Se acurrucó allí, en la urna transparente, echó raíces en la tierra de cristal y abrió una corola de banderolas. En el centro empezó a desarrollarse un óvulo, repujado, nacarado, con dibujos cambiantes y miríficas protuberancias en la ionosfera. Finalmente, el propio útero, con sus trompas y sus nervios, se convirtió en un detalle casi inapreciable del enorme grano, del huevo con cáscara de cuarzo.

El huevo parecía tatuado con un laberinto de líneas de colores apagados, tan enmarañadas y cambiantes que al principio no se podía distinguir nada a excepción de unos contornos ilusorios, más bien intuitivos, como en los posos de café. Puesto que su volumen seguía creciendo, la superficie se ensanchaba cada vez más y unos extraños y heteróclitos dibujos empezaron a brotar de la maraña de líneas. Era el rostro de un hombre joven, trazado a carboncillo, los zarcillos negros de su cabello rizado rodeaban sus mejillas ascéticas. Unas ojeras violetas acentuaban sus ojos severos y visionarios, levemente asimétricos, el derecho animado por el brillo de la gracia, el izquierdo trágico y mate como un espejo velado. Bajo las hebras gruesas del bigote, la boca podría parecer femenina si su sensualidad no fuera negada,

disuelta, dilapidada, reconvertida por las amargas arrugas de la comisura de los labios. Y cada uno de los rasgos de este retrato, contemplado con más atención, estaba formado, de hecho, por otros dibujos, a una escala menor, y estos a su vez por otros, que se volvían extraordinariamente claros en cuanto los tocaba el ojo. Así, al profundizar en las perspectivas de una pestaña, te podías sumergir infinitamente en el espectáculo del mundo y podías explorar cielos con otras estrellas, otros paraísos y otros dioses al explorar un solo píxel en la inmensidad del rostro. Era el Todo, y todo se derramaba en el corazón del todo, y la mano real y la virtual se dibujaban mutuamente, cambiando de densidad y de destino un billón de veces por segundo. Era el Mandylion, era la Verónica, era la imagen del rostro humano, del aquiopoeta que buscamos sin cesar, que vemos en todas las estructuras del mundo porque, para nosotros, el mundo mismo, los dioses y la Divinidad tienen rostro humano. Por ello, sumergidos en la tragedia y sintiendo el olor a azufre de Gomorra, cultivando en el barbecho de nuestro cuerpo decenas de miles de terribles enfermedades, sin saber jamás qué pasará mañana, luchando por respirar una vez más, sonreímos, sin embargo, como un niño de cuarenta días que le sonríe incluso a una hoja blanca en la que han dibujado un par de ojos...

El cerebro de Fray Armando, serpenteando la colita espinal, lanzando rayos como una astronave, partió sobre los millones de cráneos de la muchedumbre para dirigirse hacia la inmensa esfera que abarcaba casi todo el espacio del centro del disco en el que nos encontrábamos. El huevo giraba pesadamente en torno al eje vertical, mostrando otros canales, otros mares secos y otros continentes, lanzaba haces de fuego y los reabsorbía de nuevo en su vientre de clara y yema. Navegante solitario, el cerebro se acercaba al sol deslizándose por un pliegue subliminal, por una funda escondida en otra dimensión. Había allí, inaudible, pero perceptible con todo el cuerpo, un susurro más denso que el órgano que lo percibía, ese susurro en medio de la noche al que solo puedes responder, des-puerto de pronto y asustado: «Aquí estoy, Señor». Por el susurro, por la llamada se deslizaba el solitario espermatozoide, el susurro de millones de decibelios, la onda de choque de billones de gigatonnes, era la funda por la que avanzaba el macho dorado.

Toda la sala, con los pueblos que albergaba, temblaba como en un terremoto, estremecida. El óvulo susurraba, susurraba un nombre. Tranquilo, monótono, quedo, poderoso como un serafín, el rostro del huevo susurraba un susurro, susurraba un nombre. Su propio nombre. «Aquí estoy, Señor», respondía el cerebro, el espermatozoide, y la respuesta, feliz en el terror, aterrada en el éxtasis, no era un sonido, sino la traslación misma.

La frente abombada del renacuajo se detuvo por fin a un solo palmo del enorme vientre tallado. Las membranas duras se reflejaban mutuamente, unos remolinos coloreados brotaban en los puntos frontales y abarcaban, en círculos cada vez más grandes, las esferas temblorosas. Se entablaba un diálogo, se conmutaban canales y frecuencias, se revelaban las claves secretas, miles de llaves se introducían en otras tantas cerraduras vacías, daban vueltas, subían piñones y palancas, abrían cerrojos químicos. Y, de repente, no fueron las membranas, sino el espacio entre ellas el que se abrió como una puerta, de repente, entre las membranas no había ya espacio, el espermatozoide y el óvulo eran uno, el cerebro y el sexo eran uno, el espacio y el tiempo eran uno.

Y el espacio-tiempo-cerebro-sexo empezó a agitarse. Ocurrieron cosas monstruosas. Sucedieron milagros. Se inventó una matemática de burdel, una sublime defecación. Un vómito conceptual, un eructo angelical. Un sueño real, una vida muerta. Era una carcajada, pero ¿de risa o de llanto? Era una revelación: ¿de un profeta o de un loco? Era el todo, pero se parecía tanto a la nada... Contemplábamos atónitos aquella agonía, no la de la muerte, sino la de la concepción, aquel gemido no del nacimiento, sino del vahído final. Veíamos ruidos de catástrofe y desolación, oíamos colores de fuego y hielo. La explosión-implosión olía a rugosidad. Los átomos eran sistemas solares y las constelaciones eran fermiones. ¡Oh, paraíso infernal, oh, luz oscura!

Un causa-efecto brotó en el meollo del margen de ese relicario. Igualó su carne-aire, atenuó sus transparentes opacidades. De los vientos del karma, del terrorífico Bardo del país del ocaso, se formaría un niño. Sería porque ya era, veía ya a sus padres copulando como langostas, el remolino de espacio-

tiempo-cerebro-sexo dibujaba ya, con el dedo mojado en sangre, una horca caudina, un arco de triunfo. Dos cariotipos se iban a fusionar, el sí y el no iban a unirse en un quizá, y luego el huevo, superada la barrera del ser, comenzaría el gigantesco resumen, pasaría las páginas cada vez más complicadas de la vida, complicadas no por el sentido del texto que contenían, sino por la propia estructura de las páginas, como si la primera fuera un punto, la segunda una línea, la tercera una superficie, la cuarta un volumen, la quinta un volumen de Moebius, la sexta un nido de golondrina tomista, y así hasta la millonésima página, en la que lo Divino está elevado a la potencia Divina. Mitosis y meiosis, dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, mórula, blástula, gástrula, y las tres hojas embrionarias que brillan como un cristal blando mientras se arrugan, se envuelven, se absorben, forman tubos y brotes, se separan en puntos catastróficos, se reencuentran para configurar rostros y miembros, órganos y membranas, sistemas y aparatos. Pez, reptil, batracio, mamífero, cuarta, quinta, sexta, séptima semana. Sexto mes, el séptimo, la voltereta del octavo mes. La levitación sobre la flor de loto, en medio de las aguas oscuras, con los párpados cerrados y el rostro sonriente. Unos párpados enormes, sin pestañas, bajo los cuales las protuberancias oculares se deslizan tranquilas como marsopas. Piel de perla que resplandece de sabiduría.

Se nos anunciaba aquí, a todos, el Evangelio. Pues no existe otra anunciación que el nacimiento de un ser humano. Y cada nacimiento crea una religión, es una anunciación. Y la propia religión no tiene otro sentido que el Nacimiento. Se nos mostraba el Camino, se nos revelaban los Grados. Se nos predicaban las Bienaventuranzas. Nuestros ojos, desorbitados de tanta ceguera cegadora, esperaban ver el embrión, el niño, el milagro, la compensación. Negros y blancos, asiáticos, mujeres, hombres y niños esperábamos, al borde del abismo, la alegría. Tomaríamos la luz de la luz y no moriríamos jamás...

Y entonces sucedió la ínfima catástrofe. Y así como en otra época, en el principio de los principios, una imperceptible asimetría en las condiciones iniciales provocó que la fuerza primordial se partiera en dos, luego en cuatro, y que del punto infinitamente caliente y denso explotara el fuego de

artificio del mundo, y así como un temblor de las alas de una mariposa posada en una hoja de guayaba en las Antillas provoca un huracán en Colorado, y así como no sabes de dónde viene el Espíritu y adónde se dirige, en el centro del centro del cigoto perfumado, en el ovillo cromosómico de serpientes seráficas, se formó un remolino, un viento probabilístico, más limitado que el espacio de una molécula. Se invirtió un signo en un ortograma, se deslizó algo en la estereoquímica aceitosa de aquella sustancia. Tal vez la mirada de uno de nosotros (¿la de la mujer esquelética con un número tatuado en el antebrazo?, ¿la del hidrocéfalo de ojos saltones?) fue suficiente para provocar la minúscula tragedia, pues la observación modifica siempre la experiencia. O tal vez el propio Mal, indefinible e impalpable como la gravedad, infiltrara en el corazón del dios en formación un dedo agitador, el mismo que hostiga los mundos. Y en el centro de nuestra alegría brotó una camelia de quinina.

Porque, en el huevo, había un segundo centro en torno a la información alógena. Y una membrana se alzaba como una cortina vaporosa de tendones entre ella y ella. Como un espejo en el que el yo se viera a sí mismo, idéntico y, sin embargo, completamente distinto, pues la derecha de uno es la izquierda del otro, el segundo es un monstruo para el primero, ya que tiene el corazón a la derecha y habla con el hemisferio derecho del cerebro y siente compasión con el izquierdo. Resultan más diferentes y más extraños que el blanco y el negro. Nuestro mundo se volvía esquizoide, porque lo que en verdad nacía allí era la Duplicidad, la Ruptura. La superficie del espejo entre dos embriones soñadores, situados frente a frente, cuyas frentes terriblemente abombadas se rozaban casi, y cuyos ojos grises se contemplaban. Iban a venir al mundo unos gemelos homocigóticos, pero lo que iba a nacer era, en realidad, la Alteridad. Contemplábamos el apocalipsis a través de las lentes de las lágrimas de nuestros ojos. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Cuál era nuestro dios? ¿Qué pasaría con el mundo de este libro ilegible, de este libro?

Y entonces, María, mientras contemplábamos la doble proliferación de las células —dos mórulas, blástulas, gástrulas— separadas (o unidas) por aquella membrana espejo, fuimos heridos por un rayo destructor: reapareció la

columna de fuego que vagaba ahora entre nosotros, confundiéndose con el suelo del disco deslumbrante, integrándonos en él, digitalizando nuestra sangre y nuestros tendones y nuestros nervios, transformándolos en memoria, memoria pura, holográfica, indestructible. Estábamos de nuevo en casa, estábamos en el Akasha, la memoria universal que todo lo ve, que conoce, que comprende y que se compadece. La memoria-madre que protege, que acaricia. Y el disco cegador, cegador, se rompió con un estruendo de mundos que se destruyen desde sus cimientos, levitó hacia el techo abovedado de la sala, lo rompió en añicos y astillas poligonales y, Maria, a nuestros ojos, extendidos ahora por toda la superficie del disco, les fue concedido ver lo que no puedes, lo que no debes ver jamás, lo que no se puede decir nunca. El disco giró en torno a su eje, cada vez más deprisa, hasta que una esfera de gloria, que brillaba con billones de colores, apareció con una cisterna viva de luz en el centro. Y la esfera se instaló en Su coronilla, sobre sus mechones de cabello negro, iluminando sus ojos tristes y castaños. Porque era Él, en un mundo denso, en una luz densa, y a lo largo de Su columna vertebral, a través de la carne transparente, se abrían seis chakras como seis plantas carnívoras.

El séptimo chakra, Sahasrara, la esfera de diamante, brillaba ahora sobre su cabeza.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN

[27]. En rumano, «niños» o «hijos» se dice *copii*, y «copias», *copii*; cambia tan solo el acento.

El ala izquierda



El ala izquierda es el volumen que abre «*Cegador*», la monumental trilogía en forma de mariposa que está considerada unánimemente la obra maestra del rumano Mircea Cărtărescu. Visceral ejercicio de autoexploración literaria sobre la naturaleza femenina y la madre, viaje ficticio a través de la geografía de una ciudad alucinada, una Bucarest que se convierte en el escenario de la historia universal, «*Cegador*» se ha convertido en uno de los éxitos más sólidos de la literatura europea actual, y en un best seller literario desde el mismo momento de su publicación. Circos errantes, agentes de la Securitate, gitanos adictos a la flor de la amapola, una oscura secta, la de los Conocedores, que controlan todo lo visible y lo invisible, un ejército de muertos vivientes y una hueste de ángeles bizantinos enviados para combatirlos, un iluminado albino que burla a la muerte, jazz underground en una Nueva Orleans soñada, la irrupción del comunismo en Rumanía... Pasajes ocultos, tapices fascinantes, mariposas gigantescas, un éxodo místico a la infancia del autor, a la prehistoria de su familia. Un mundo caleidoscópico del que emergemos como si regresáramos de un extraño peregrinaje, conmovidos y definitivamente transformados.

Mircea Cărtărescu es el más importante narrador rumano de la actualidad. De su obra poética destaca *El Levante* (1990). Dio el salto a la narrativa con *Nostalgia* (1993), que se abre con su relato «*El Ruletista*». Siguió con *Lulu* (1994) y *Cegador* (1996-2007), trilogía que Impedimenta empieza a recuperar traducida por primera vez directamente del rumano. En 2017 se publicó su monumental novela *Solenoides*, considerada uno de los libros del año por la prensa cultural en España y América. Suyos son también *Las Bellas Extranjeras* (2010, Premio Euskadi de Plata) y *El ojo castaño de nuestro amor* (2012). Sus textos han sido vertidos al inglés, al italiano, al francés, al español, al polaco, al sueco, al búlgaro y al húngaro. En 2018 ha sido galardonado con el prestigioso Premio Formentor de las Letras.

Título original: *Orbitor. Aripa stângă*

Edición en ebook: septiembre de 2018

Copyright © 2007 by Mircea Cărtărescu/ Paul Zsolnay Verlag Wien

Todos los derechos reservados.

Copyright de la traducción © Marian Ochoa de Eribe, 2018

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Gabriel Regueiro

Corrección: Ane Zulaika y Aymarà Cardeña

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17115-87-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PORTADA

EL ALA IZQUIERDA

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE MIRCEA CĂRTĂRESCU

CRÉDITOS